

Lerroux y Cataluña

Por Miguel Artola

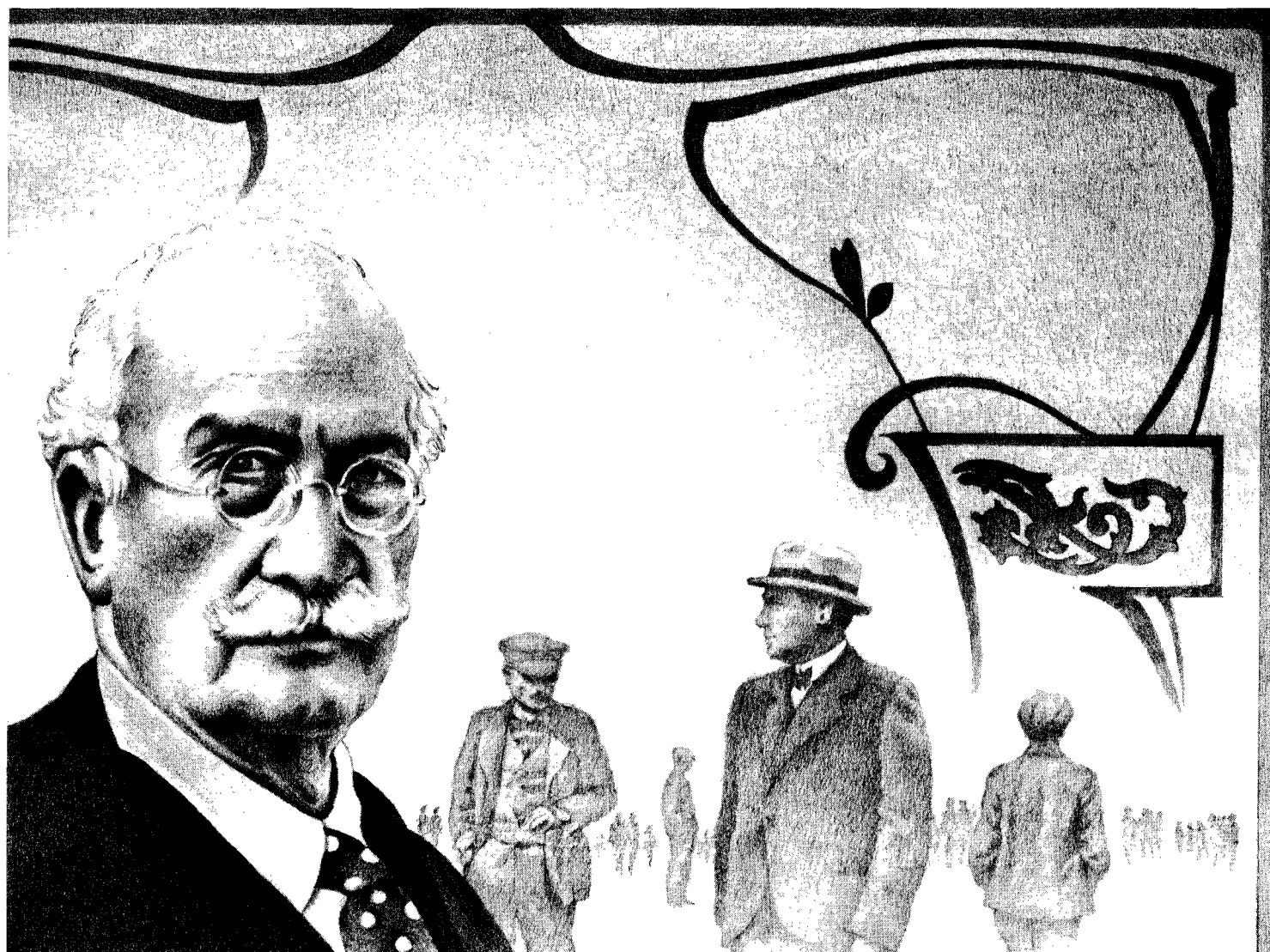
Miguel Artola (San Sebastián, 1923) es catedrático de Historia Contemporánea de España en la Universidad Autónoma de Madrid. Es académico numerario de Historia y presidente del Instituto de España. Entre sus obras, pueden citarse: La burguesía revolucionaria, Los orígenes de la España contemporánea y Antiguo régimen y revolución liberal.

La tesis doctoral es, durante mucho tiempo, el empeño personal de mayor trascendencia en la vida del investigador. Proporciona unas señas de identidad que lo caracterizan como especialista en una parcela del conocimiento y al mismo tiempo hace pública su vinculación a un grupo de trabajo, el que se reúne en torno a su director de tesis. En ocasiones este estudio no llegará a ser superado por las investigaciones posteriores. En un momento en que la urgencia por convertirse en profesor presiona a los autores, es una satisfacción encontrar en el trabajo de Culla i Clarà, realizado bajo la dirección de Josep Termes, una investigación de excepcional calidad, que constituye una decisiva aportación en el campo definido por su título.

El republicanismo

El republicanismo surge como consecuencia de la prevención ante la Corona, un actor político no elegido, y, más frecuentemente, como reacción a una práctica política considerada como poco ajustada a los límites constitucionales del poder real. El republicanismo se vio enfrentado desde el primer momento de su existencia a la necesidad de optar entre los medios políticos y los revolucionarios para lograr su objetivo, opción que provocó la primera de las divisiones en el seno del partido. La forma de Estado —unitaria y nacional frente a la versión federal e incluso internacional— produjo desde 1868 una fractura en sus filas que nunca llegó a superarse. La posición ante los problemas de la clase trabajadora no podía dejar de tener eco en las filas republicanas, dando origen al distanciamiento de los «socialistas», que consideraban necesario acoger en el programa republicano las reivindicaciones obreras, y de los «individuales», que se mantuvieron fieles a los principios liberales de la economía.

La coexistencia de todas estas opciones en el seno de un mismo partido no era posible,



FUENCISLA DEL AMO

y el partido republicano sufrió una nueva división y nunca pudo recuperar la unidad perdida, a pesar del empeño de sus líderes por crear y recrear la «Unión Republicana», denominación que aparece desde 1875. En 1890, coincidiendo con la definitiva introducción del sufragio universal, se constituyó la «Unión Republicana», que hubo de ser renovada en los años 93 y 96 para imponer la voluntad unitaria frente a las fuertes tendencias disgregadoras. Incluso entonces la unión no pasaba de los niveles superiores puesto que, como señala Culla, las entidades territoriales y locales mantenían su independencia. El fenómeno

más significativo de la historia del republicanismo acabaría siendo el de una gran masa de opinión, según lo reflejan los resultados electorales, incapaz de hacer valer su peso político por la dispersión que se producía en su seno y entre sus líderes.

Alejandro Lerroux

En la historia del republicanismo, la figura de Lerroux ocupa un lugar preeminente que ha motivado dos importantes estudios en la última década: el global de Octavio Ruiz Manjón y el que ahora comentamos, que se limita a Cataluña y al período anterior a la Dictadura de Primo de Rivera. Lerroux ha soportado mal los efectos del paso del tiempo. La casi total desaparición del republicanismo militante y, en cualquier caso, la ruptura de la mayoría de los republicanos con la línea política que siguió durante el bienio radicalcedista, le dejaron sin partidarios ni seguidores, cosa que no sucede con muchos de los que fueron sus rivales en la época, a los que el tiempo ha convertido en figuras míticas. Como consecuencia de ello, todas las críticas y también los juicios de opinión menos fundados han encontrado acogida más allá de lo que

era razonable. El primer mérito de Culla es la declarada voluntad de no dar por bueno ninguno de los juicios que han pasado a la historiografía desde la lucha política. La imagen del agente al servicio del gobierno queda desmontada de forma irrefutable al poner de manifiesto la importancia del republicanismo catalán antes de que Lerroux se estableciera en Barcelona, del mismo modo que desmonta con igual eficacia la interpretación anarquista de un Lerroux que engaña a trabajadores ingenuos.

La aparición de Lerroux en Barcelona se produce en abril de 1901, después de un par de viajes que hubieron de contribuir a que se formase una opinión acerca de la importancia de la opción republicana en Cataluña. El insólito desplazamiento de un candidato forastero sin ser cunero fue considerado por los regionalistas como una maniobra de los liberales destinada a combatir al movimiento catalanista. Que Lerroux recibiese dinero del gobierno no supone necesariamente que fuese una criatura suya, y en cualquier caso la crítica más elemental conduce a hacer dudar de que el dinero de la corrupción fuese suficiente para movilizar a las masas que Lerroux logró reunir tras sí.

En este número

Artículos de

| | | | |
|-------------------------|-----|--------------------------|-------|
| Miguel Artola | 1-2 | José Luis Pinillos | 8-9 |
| Antonio Domínguez Ortiz | 3 | José Manuel Pita Andrade | 10-11 |
| Ricardo Carballo Calero | 4-5 | Ramón Pascual | 12 |
| Ricardo Gullón | 6-7 | | |

SUMARIO en página 2



Viene de la página anterior



Lerroux y Cataluña

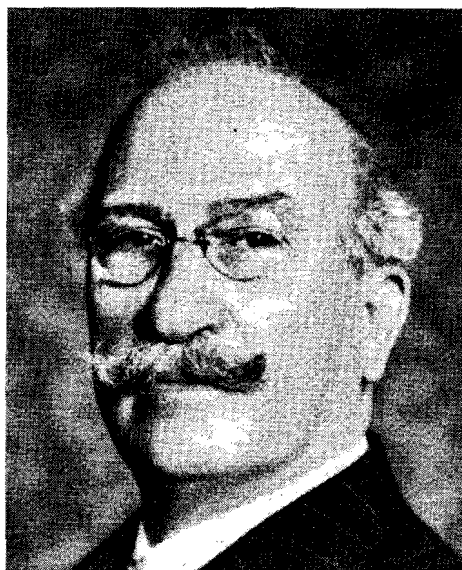
La decisión de Lerroux de presentarse como candidato por Barcelona a las elecciones generales de 1901 puede explicarse de forma más verosímil teniendo en cuenta las condiciones del personaje y las circunstancias del republicanismo catalán, que se veía desbordado por un movimiento regionalista que a sus ojos no era sino una versión nueva de las fuerzas conservadoras y tradicionalistas. La decisión de Lerroux, que a sus treinta y cinco años no ha conseguido más que la dirección de un periódico, se explica con sólo examinar los resultados electorales de los republicanos en Madrid y Barcelona. En las seis elecciones generales del período 1891-1901 sólo en dos consiguieron escaños en Madrid, en tanto en Barcelona lo hicieron en cinco. Lerroux, que había intervenido en dos campañas electorales en Cataluña y que participó en el congreso obrero de 1900 como delegado de varias sociedades catalanas, pudo concluir con acier-

to que sus posibilidades políticas eran mayores en la Ciudad Condal que en la Corte.

Frente a la imagen habitual del Lerroux demagógico y truculento, Culla nos ofrece la figura del innovador en la acción política, cuya técnica le permite ganar partidarios de forma espectacular. La movilización constante de los militantes, la creación de centros políticos de reunión y educación como la Casa del Pueblo, la sustitución de las campañas de banquetes de los progresistas por las meriendas democráticas, que permiten reunir a mucha más gente y con menores recursos aunque con más votos, fueron una novedad en su tiempo y son razón suficiente para explicar la fulminante progresión de un líder que aún no contaba con su propio partido.

Tal vez la aportación más importante de la obra que comentamos sea la de poner de manifiesto la adecuación entre un sector de la opinión pública catalana y el movimiento lerrouxista. Según Culla, la ideología de la Federación Republicana tenía, como notas características: el obrerismo, el anticlericalismo y el anticatalanismo. Se trata de principios a los que el republicanismo no podía renunciar sin arriesgarse a sacrificar la identidad doctrinal que hasta entonces le había caracterizado. El obrerismo era el resultado de combinar el individualismo, que no acepta la posibilidad teórica de los partidos de clase, con una visión progresista de la sociedad. La incorporación de un obrero a la candidatura radical no fue una simple maniobra, aunque la escisión entre partidos y sindicatos de clase frente al interclasismo republicano acabaría privando de sentido a este tipo de iniciativa.

El anticlericalismo es una consecuencia lógica de quienes se enfrentan a una Iglesia que pretende orientar la vida cultural y social de acuerdo con el dogma. Aun así, el relato de Culla nos ofrece una visión mucho más matizada y verosímil que la hasta ahora vigente. Para Lerroux y sus correligionarios el carácter conservador, cuando no tradicionalista, de los movimientos nacionalistas no podía dejar de concitar la oposición de cuantos creían en la primacía de los valores universales del in-



Alejandro Lerroux

dividuo frente a los que pudieran representar los pueblos. Reducir el movimiento lerrouxista a simple anticatalanismo o, como alternativa, a defensa del españolismo es, en el fondo, ofrecer una explicación desde la perspectiva nacionalista, ajena por completo a los principios doctrinales del republicanismo.

El comentario de la obra de Culla es una buena ocasión para señalar las limitaciones con que nos movemos los historiadores debi-

do a la desaparición de los archivos de la época contemporánea y a la escasez de documentación social. Aunque el autor ha utilizado profusamente los escritos de Lerroux y entre ellos sus memorias, hay una ausencia total de documentación personal y, lo que aún es más grave, no se cuenta con documentación procedente del partido. Estas palabras no deben interpretarse como crítica, sino como la necesaria comprobación de las lagunas de la documentación que ha llegado hasta nuestros días. En estas condiciones es inevitable depender de la documentación y de las noticias procedentes de la prensa y de los folletos, dada la escasez de memorias y otros escritos, para construir un relato en el que los caracteres personales aparecen ocultos tras la expresión laudatoria de la propia prensa o denigrante de la contraria. Abundando en esta consideración, creo que es procedente una referencia a las circunstancias en que se realiza la investigación en España. La falta de ayudas no favorece los desplazamientos y los autores no son siempre responsables de la limitación espacial de su trabajo. Culla se ha autolimitado no sólo en el tiempo sino en el espacio. Esta última restricción no debería haberla llevado tan lejos como para no venir a consultar los papeles de Natalio Rivas en la Academia de la Historia, papeles que habrían contribuido a enriquecer un trabajo, que aun así es de notable calidad y al que deseo la buena fortuna de la crítica y el debate. □

Qué es

SABER Leer

Con carácter mensual, la revista SABER/Leer es una publicación periódica, editada por la Fundación Juan March, que recoge comentarios originales y exclusivos sobre libros editados recientemente en las diferentes ramas del saber. Los autores de estos trabajos son distintas personalidades en los campos científico, artístico, literario o de cualquier otra área, quienes, tras leer la obra por ellos seleccionada, ofrecen una visión de la misma, aportando también su opinión sobre el estado del asunto que se aborda en el libro comentado.

Cualquier centro cultural, institución o persona que desee recibir esta revista puede solicitarlo por escrito a SABER/Leer. Fundación Juan March, c/ Castelló, 77. 28006-Madrid.

Los textos contenidos en esta revista pueden reproducirse libremente citando su procedencia.

Leer

Revista crítica de libros



Fundación Juan March

Servicio de Información y Prensa

Castelló, 77
Teléfono: 435 42 40
Telex: 45406 FUJM E
28006 Madrid
España

Depósito legal:
M. 40.038-1986
ISSN: 0213-6449
Impreso en: G. Jomagar
Móstoles (Madrid)

SUMARIO

| | Págs. |
|--|-------|
| «Lerroux y Cataluña», por Miguel Artola, sobre el libro <i>El republicanisme lerrouxista a Catalunya (1901-1923)</i> , de Joan B. Culla i Clarà | 1-2 |
| «Masonería española, un secreto desvelado», por Antonio Domínguez Ortiz, sobre el libro <i>La masonería en la crisis española del siglo XX</i> , de María Dolores Gómez Molleda | 3 |
| «Doce poetas gallegos», por Ricardo Carballo Calero, sobre el libro <i>Desde a palabra, doce voces: nova poesía galega</i> , de Luciano Rodríguez Gómez (antólogo) | 4-5 |
| «Juan Ramón, el muchacho despatriado», por Ricardo Gullón, sobre el libro <i>El muchacho despatriado. Juan Ramón Jiménez en Francia (1901)</i> , de Ignacio Prat | 6-7 |
| «Muerte y transfiguración de lo moderno», por José Luis Pinillos, sobre el libro <i>El fin de la modernidad. Nihilismo y hermenéutica en la cultura posmoderna</i> , de Gianni Vattimo | 8-9 |
| «Nueva imagen de nuestro Renacimiento», por José Manuel Pita Andrade, sobre el libro <i>La arquitectura del Renacimiento en Toledo (1541-1631)</i> , de Fernando Marías | 10-11 |
| «Los electrones, los átomos y los núcleos», por Ramón Pascual, sobre el libro <i>Partículas subatómicas</i> , de Steven Weinberg | 12 |

RESUMEN

Aunque la figura del político republicano Alejandro Lerroux ha soportado mal los efectos del paso del tiempo —señala Miguel Artola—, en la última década han aparecido

dos estudios sobre él. Uno de ellos, que reduce su ámbito a Cataluña y al período anterior a la dictadura de Primo de Rivera, es el comentado por el profesor Artola.

Joan B. Culla i Clarà

El republicanisme lerrouxista a Catalunya (1901-1923)

Curial, Barcelona, 1986. 495 páginas.

Masonería española, un secreto desvelado

Por Antonio Domínguez Ortiz

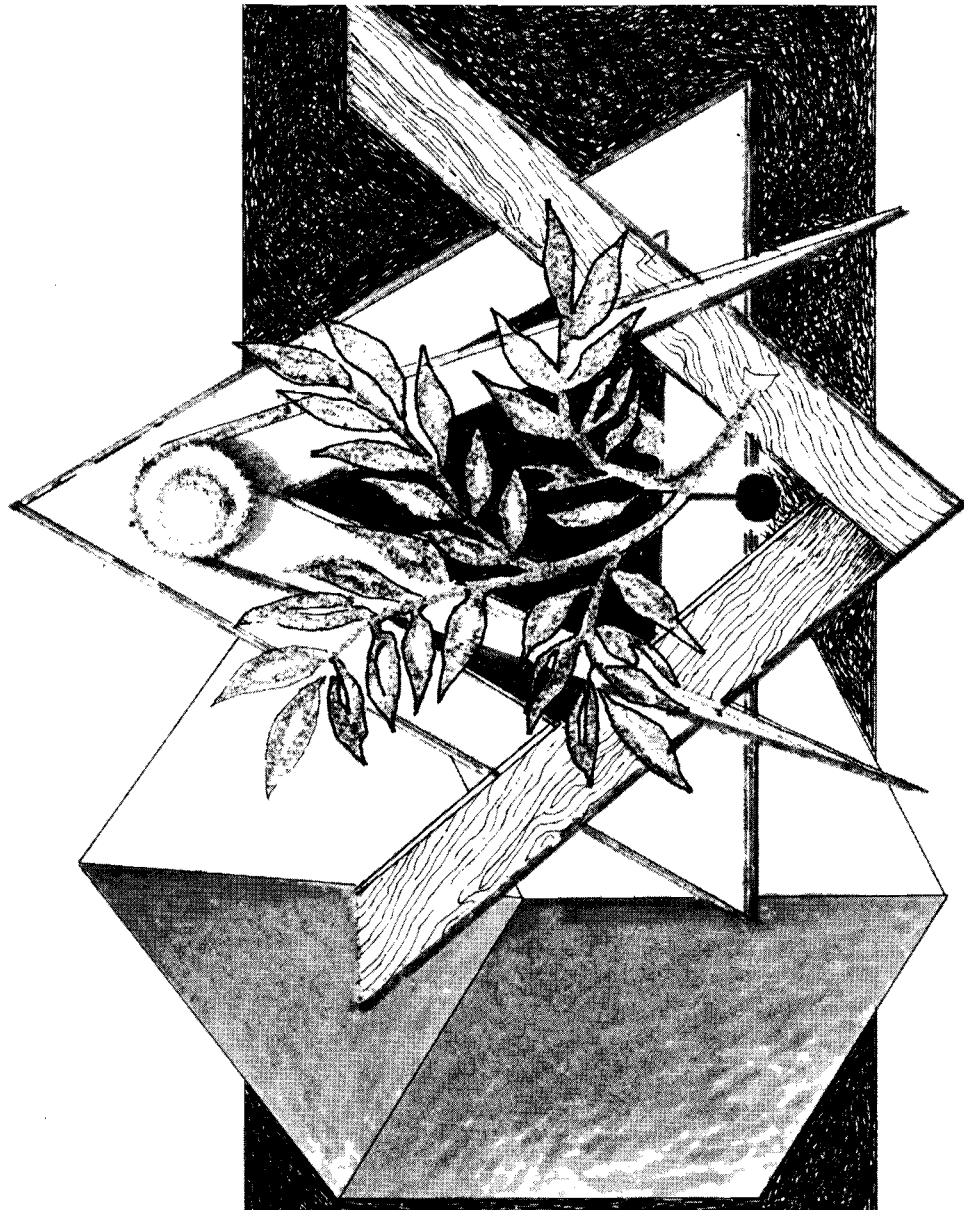
Antonio Domínguez Ortiz (Sevilla, 1909) ejerció la docencia hasta su jubilación en 1979. Es académico de Historia, doctor «honoris causa» por varias Universidades, Premio Príncipe de Asturias de Ciencias Sociales (1982) y Premio Menéndez Pidal (1986). Su amplia bibliografía se ha centrado en la Sevilla, Andalucía y España de la Edad Moderna.

Por un concurso inusitado de circunstancias, una institución rodeada de secreto, misterio y fábulas resulta hoy ser de las mejor conocidas. Podemos hoy contemplarla a plena luz y comprobar cuánto va de lo imaginado a lo real. Es como si una estancia en penumbra fuera atravesada por una repentina ráfaga y las vagas siluetas se nos aparecieran de pronto como personas de carne y hueso, viejos conocidos en algunos casos, proporcionándonos confirmaciones o sorpresas en cuanto a su identidad. Sí, no me admira que mi antiguo profesor de Geografía en la Escuela Normal de Sevilla, don Ramón González Sicilia (hombre bueno si los hubo), aparezca en la lista de conspicuos masones. Sí me extraña que don Laureano Talavera, personaje desvaído y sin ningún relieve, desempeñara en determinada época un altísimo cargo masónico.

Quienes vivimos los lejanos años juveniles en un centro masónico tan activo como fue Sevilla, podemos recibir esta clase de sorpresas con la lectura del libro de Dolores Gómez Molleda, y además enriquecer nuestra visión de la España contemporánea. No en balde su libro no se titula simplemente *La Masonería española*, sino *La Masonería en la crisis española del siglo XX*. Obra histórica importante, con la garantía de otras que la titular de la cátedra de Historia Contemporánea de la universidad salmantina nos ha ofrecido ya. Como es normal en la trayectoria de todo investigador, su dispersión primitiva se ha ido decantando hacia sectores concretos, en su caso hacia dos temas muy vinculados a Salamanca: Unamuno y la Masonería española, cuyos copiosos archivos fueron requisados y depositados allí, suministrando «fuentes abundantes hasta el agobio».

Tan abundantes, que Gómez Molleda no ha podido finalizar la tarea a pesar de muchos años de labor. El núcleo de su libro se refiere a la reorganización e incremento que experimentó la Masonería española durante la dictadura de Primo de Rivera y a su intervención en la vida política durante la II República hasta la crisis de 1934. Una intervención que más bien puede llamarse interacción, pues si una impresión queda bien clara en el ánimo del lector al terminar el volumen es que no fue menor el impacto de la política en la Masonería que el de la Masonería en la vida política española. En cierto modo, se repetía la historia, aunque con notables variantes. Contra el absolutismo de Fernando VII los liberales se refugiaron en las logias. Más bien se podría decir que invadieron las logias; con pocas raíces, con poco historial, el masonismo español quedó sumergido, las logias fueron meros centros de conspiración, el ideario, la actividad propiamente masónica reducidos a la mínima expresión.

En 1923 esto no era posible porque la Masonería tenía ya en España una personalidad, una consistencia; sin embargo, el contragolpe de los que en ella entraron para conspirar contra el Dictador, y de los que, estando ya dentro, se dedicaron a la misma tarea, fue lo bastante grande como para almar a los que querían mantener a la Orden por encima de las turbulencias del mundo profano, neutral en las luchas religiosas y políticosociales, dedicada a sus tareas iniciáticas y filosóficas. Gómez Molleda señala como principales representantes de esta tendencia, en el mayoritario Grande Oriente Español, al Gran Maestre Demófilo de Buen, Augusto Barcia y don Diego



JOSE ANTONIO ALCAZAR

Martínez Barrio. Curiosamente, el Gran Maestre de la otra obediencia, la minoritaria Gran Logia Española, Francisco Esteve, mantendría flirteos con Primo de Rivera, mientras que el Grande Oriente asumiría un talante cada vez más combativo.

El advenimiento de la II República pareció dar la razón a los partidarios de la intervención en el mundo profano. Fue para la Masonería una gran victoria, pero muy cargada de peligrosas consecuencias. El número de afiliados al Grande Oriente se había incrementado durante la dictadura: de 2.500 afiliados a 4.000 de procedencia muy variada, predominando la media y baja burguesía urbana, y con una distribución regional asimétrica; la concentración de logias en Madrid, Barcelona, la Baja Andalucía, ciudades portuarias del Sudeste y Noroeste contrastaba con los vacíos de casi toda la España interior. La Masonería era un fenómeno urbano en una época en que España era todavía rural, y ésa puede ser una de las razones de su baja tasa de implantación. Frente a los escasos cinco mil masones españoles, los franceses eran más de treinta mil.

Y, sin embargo, un colectivo tan pequeño tuvo una representación desproporcionada en el Gobierno de la nación: 150 diputados en las Cortes Constituyentes, ministros, subsecretarios, directores generales, gobernadores civiles, altos puestos del Ejército... Apenas quedó masón de mediano relieve que no alcanzara una sustanciosa prebenda. ¿Lo justificaba su elevado nivel? En parte sí, hubo una gran proporción de catedráticos, escritores y abogados masones; algunos de gran solvencia: Fernando de los Ríos, Jiménez Asúa, Sánchez Román... Pero no pertenecían a la Orden Menéndez Pidal, Ortega (don José), Unamuno, Baroja, Marañón, Valle Inclán, los Machado... Entre los realmente grandes sólo se puede citar a Pérez de Ayala. Azaña se ini-

ció tarde y sin convicción, por razones políticas.

Gómez Molleda piensa que la desproporcionada intervención de masones en el Gobierno de la República se explica por su participación en la lucha contra la Dictadura, que los puso en relación con los grupos y partidos vencedores. Examinando su adscripción a los partidos políticos se observa la más alta proporción en el radical-socialista, seguido del radical y el socialista. Era inevitable que corrieran rumores sobre la «solidaridad masónica» como explicación al ascenso meteórico de sus miembros, y en muchos casos no cabe duda de que jugó esa solidaridad. Pero también es indudable que el éxito político llevó la discordia al seno de la Orden. La progresiva radicalización de la vida política española que terminó en la incivil tragedia hay que imputarla en no pequeña parte a la inadecuación entre pueblo y gobernantes; los de 1931 fueron mucho más allá de la voluntad real de la nación; los del bienio radicalcedista situaron el péndulo mucho más hacia la derecha, y en 1936 una nueva oscilación lo volvió a lanzar a la extrema izquierda. De esos tremendos bandazos la Masonería fue a la vez corresponsable y víctima.

RESUMEN

Gracias a la excepcional acumulación de material del Archivo de la Masonería de Salamanca y a la capacidad de trabajo e interés de la profesora Gómez Molleda se cuenta,

La fractura no se efectuó en el plano socioeconómico a pesar del contraste entre el ideario de la masonería genuina, impregnado de paternalismo burgués y vago filantropismo, y el de las nuevas reclutas, en las que había un fuerte contingente socialista; simplemente se trató de dar más realce y prestar más atención a esos problemas. La división profunda y dura ocurrió en el terreno religioso, en especial a propósito de la discusión del artículo constitucional que había de fijar el estatuto de las órdenes religiosas. Gómez Molleda señala que si bien la Masonería española estaba más cerca de la francesa que de la nórdica, su espíritu era anticlerical, no antirreligioso. La batalla entre los representantes de esta tendencia y los que querían soluciones extremas fue zanjada por Azaña con dos medidas que no figuraban en el proyecto primitivo: prohibición de enseñar y disolución de la Compañía de Jesús. A este precio, y con grandes apuros, se lograron los votos necesarios y no se llegó a la total extinción y confiscación de bienes de las demás, e incluso a la negación de derechos cívicos a los religiosos que reclamaban los más exaltados.

Entre esos exaltados había muchos masones, pero muchos más que no lo eran. La adscripción de los diputados masones a diversos partidos políticos, las cambiantes posturas que adoptaron éstos con vistas a la conquista y conservación del poder y las maniobras oportunistas inherentes al juego parlamentario, agravaron el problema de la doble fidelidad (a la Orden y al partido) de los diputados, y produjeron en las logias terrible marejada que llegó a su ápice cuando don Alejandro Lerroux concertó un pacto con don José María Gil Robles que implicaba el abandono o la puesta en sordina de muchas reivindicaciones que los masones apadrinaban en común con los partidos de izquierda. La autora de este libro sigue esta pugna, ya conocida en sus líneas generales, apoyando y rectificando los datos hasta ahora disponibles con otros extraídos de los archivos masónicos.

Hay una figura en este enorme embrollo que sale ennoblecida a través de su relato, ejemplarmente objetivo: la de don Diego Martínez Barrio, ejemplo de ecuanimidad en una España de pasiones desquiciadas; un hombre que presenció con desconfianza la entrada en la Orden de elementos oportunistas, ignorantes de las tradiciones que él quería preservar. ¿Influyeron motivaciones masónicas en su decisión de apartarse de Lerroux y del partido radical, corrompido hasta el tuétano? ¿Fue una decisión meramente política? Con los elementos de juicio de que disponemos no es posible decidir, aunque tal vez la disyuntiva no sea tal, ni hubiera en su ánimo conflicto entre las dos tendencias. En todo caso, el destino de Martínez Barrio es reflejo del de la entera Masonería española en un momento crítico de su historia: obrero infatigable durante el período dictatorial, elegido Gran Maestre del Grande Oriente en 1931, se ve forzado a dimitir ante el aluvión de críticas en mayo de 1934. A partir de esta fecha, la Masonería participa en el general proceso de radicalización de la vida política española. Pero se nos hurta en el relato, como en la mejor novela de «suspense», el desenlace final, que sin duda requerirá aún la compulsa de innumerables fichas. □

señala Antonio Domínguez Ortiz, con una visión globalizadora de lo que representó la Masonería en la vida política española durante el primer tercio del siglo XX.

María Dolores Gómez Molleda

La Masonería en la crisis española del siglo XX

Taurus, Madrid, 1986. 537 páginas.

Doce poetas gallegos

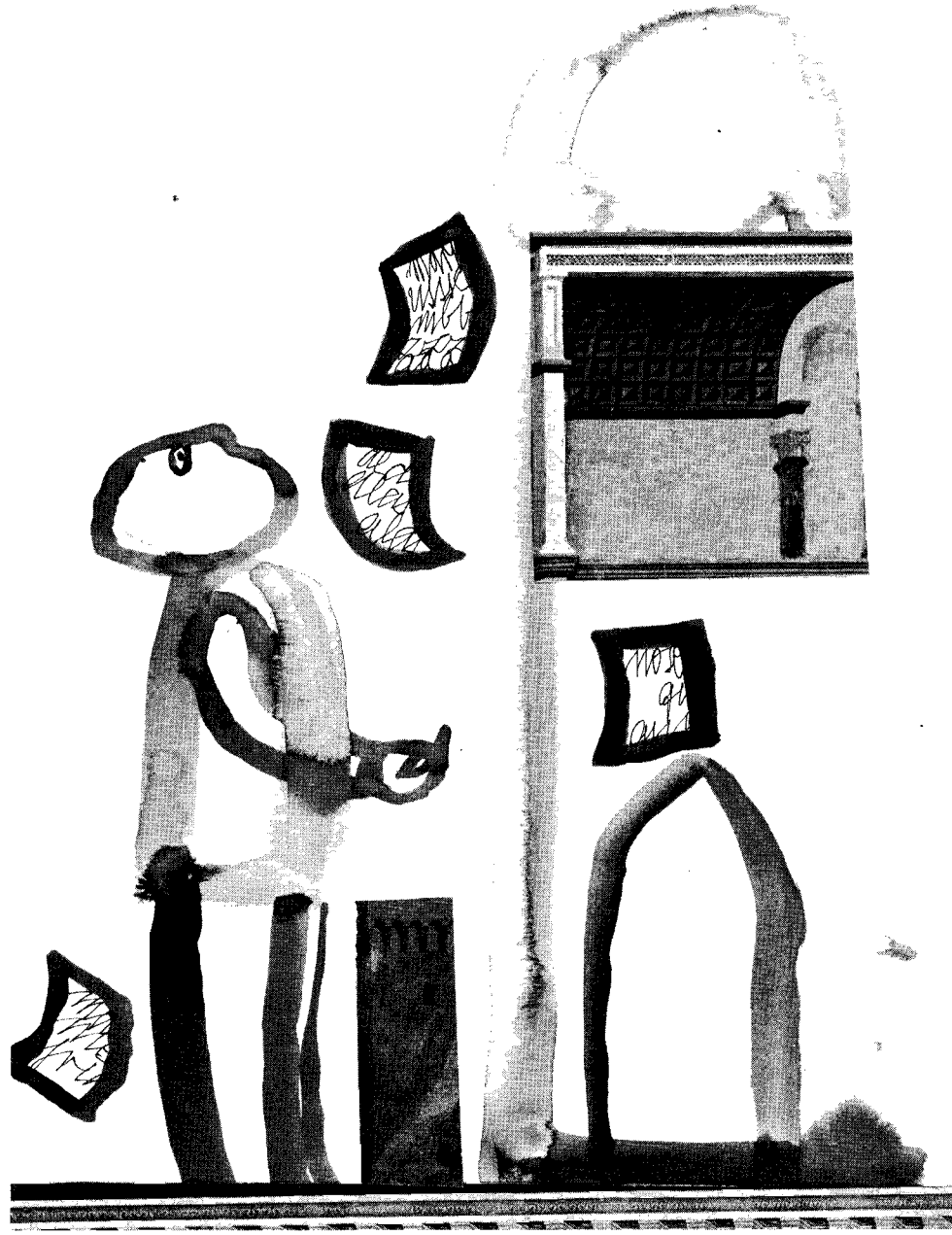
Por Ricardo Carballo Calero

Ricardo Carballo Calero (Ferrol, 1910) es catedrático jubilado de Lingüística y Literatura Gallega de la Universidad de Santiago. Entre otros títulos es autor de Gramática elemental del gallego común y de Historia da literatura galega contemporánea.

La azarosa vida de la moderna literatura gallega ha dejado una profunda impronta en los trabajos críticos que se consagraron a aquella modalidad de las letras hispánicas. Aunque ligada al resurgimiento de la personalidad colectiva de Galicia, nunca fue tomada por la generalidad de los gallegos como exclusiva manifestación de la cultura literaria del país. Una parte de la población lectora del mismo se halla instalada en el castellano como lengua escrita desde principios de la Edad Moderna, y sólo a partir de la segunda mitad del siglo XIX, el gallego, que en la Edad Media había sido la lengua normal de todas las clases sociales, recuperó el «status» de lengua literaria, siempre en desigual competencia con la lengua del Estado. Estas circunstancias determinaron una serie de deficiencias e insuficiencias en la cobertura crítica que arrojó el renacimiento de las letras gallegas. Cultivarlas o conservarlas era poco rentable desde un punto de vista material, y ello afectó, naturalmente, al esmero y solidez de la crítica correspondiente. Por otro lado, las condiciones de inferioridad competitiva en las que la literatura gallega se producía, motivaron por parte de muchos críticos comprometidos con el Resurgimiento una actitud apologetica y propagandística que forzó a menudo los juicios de valor y desorbitó la atención consagrada a los textos. La situación se complicó como consecuencia de las fuertes restricciones que el cultivo de las letras gallegas experimentó por razones políticas. El interés de los cultivadores del gallego coincidía con el de los ideólogos del cambio, y esto condujo a extrapolar al campo de la estética los criterios políticos. En poesía fueron silenciados o desdeñados los autores que no cultivaban la veta eufemísticamente denominada «social», y algunos de los que la cultivaban con escasa pulcritud artística —porque careciesen de empuje poético o porque lo subordinasen a la eficacia pragmática— fueron ungidos con los óleos de la consagración o coronados con el apolíneo laurel por oficiales alineados en la lucha contra el régimen o presionados por el ambiente de protesta cívica que entonces se respiraba.

Todo ha cambiado, ciertamente. Y tanto, que los supervivientes entre los jueces que antaño menospreciaban o francamente estigmatizaban a los poetas estetizantes, si alguno entonces osaba levantar cabeza, deberían ahora escandalizarse —si ellos mismos no se han acomodado a la mudanza de los tiempos— ante libros como el que lleva un título en el que figura el sintagma *Nova poesía galega* y que constituye una antología de jóvenes ingenios reunida por Luciano Rodríguez Gómez.

Efectivamente, nada más ajeno y, en el fondo, nada más contrario al espíritu del realismo social que la obra recogida de estos 12 poetas, nacidos entre 1950 y 1962. Los más viejos entre ellos, que contaban más de veinticinco años de edad en 1977, fecha que el antólogo registra como bisagra del cambio, conocieron en sus inicios como poetas el auge y monopolio del neorealismo crítico, y aun le rindieron tributo; pero los versos que los representan en el libro aludido están ya en los antípodas de aquel monopolio y aquel auge. Frente al prosaísmo popularista del lenguaje poético, cultivan todos la expresión elevada, a veces hermética a fuerza de distinción aristocrática. Nada de llaneza vulgar, sino más bien la transgresión de la normativa lógica de la comunicación con el buen hombre de la calle o de la vereda campesina. Hasta el extremo de que debemos preguntarnos si esta reacción contra la peroración descuidada y utili-



ASUN BALZOLA

taria, que realmente degradó la poesía como creación artística, no se halla amenazada del exceso opuesto y, en su afán de selectividad y especialización, no olvidará más allá de lo permisible la pura vibración humana y la capacidad de diálogo con el lector que, aun siendo culto —pues al lector culto se dirige—, no puede considerarse necesariamente integrado en una hermandad de técnicos que se produce en lenguaje cifrado o que, como en los viejos tiempos que siguieron al realismo histórico, ensaya un lenguaje experimental cuya arbitrariedad sólo puede justificarse por una carga poética de luminosidad cegadora.

Los maestros

En sus contestaciones al cuestionario del antólogo, Julio López Valcárcel, Ramiro Fonte Crespo, Manuel Rivas Barrós, Pilar Pallarés García y Manuel Fernández Álvarez aún citan a Celso Emilio Ferreiro, el poeta preferido por los políticos de la oposición a Franco, entre los maestros que influyeron en la propia formación. Pero a propósito de esto hay que formular tres observaciones.

La primera, que esa influencia, al parecer, se ha desvanecido totalmente en la actualidad, pues los versos que en la antología se nos ofrecen están, a todas luces, muy lejos de los del autor mencionado.

La segunda, que algunos de los citados poetas señalan expresamente aquella influencia como pasada, caducada o superada, en efecto. «Ciertamente Celso Emilio también está vivo», matiza Fonte. Y Pallarés: «Como les sucedió a tantas personas de mi generación —en el ámbito de los creadores como en el de los lectores—, mi poesía se alimentaba al comienzo de Celso Emilio y de Pablo Neruda.

Dos viejas pasiones de las que me fui apartando, sobre todo de la primera.»

La tercera observación que hay que formular no es otra sino la de que entre los siete poetas que no mencionan a Celso Emilio Ferreiro están los cuatro últimos de la antología, es decir, los más jóvenes.

Es, en cambio, abrumadora la lista de poetas extranjeros mencionados como maestros. Sobrebundan los de lengua inglesa. Y es evidente que los grandes imaginistas americanos —aunque, como grandes, hayan superado el imaginismo y el americanismo— marcan poderosamente los versos de buen número de los doce. Thomas Stearns Eliot y Ezra Pound ejercen verdadera fascinación sobre algunos de estos jóvenes poetas gallegos.

Verdaderamente, aunque algunos de los de más edad puedan ser sospechados de realistas arrepentidos, lo que aquí domina abrumadoramente es el antirrealismo, en el sentido de simbolismo, entendiéndose esta última palabra con un significado general, como estilo de expresión indirecta, o hasta antirecta, no como referencia a la escuela histórica denominada simbolista. Por otra parte, sin simbolistas como Mallarmé o Laforgue difícilmente se pueden explicar los maestros americanos a que rinde tributo lo más granado de esta generación de gallegos.

Como consecuencia de esa actitud de reacción contra el inmediato pasado, se da curiosamente en nuestros jóvenes poetas una vehemente pasión apologetica y exaltatoria en beneficio de figuras literarias que por su supesta o real significación conservadora o no democrática, eran mal vistas por la opinión literaria dominada por la ideología izquierdista. Ahora los poetas de nuestra antología, educados todos en el clima nacionalista avanzado, social y políticamente, y considerados

todos, en este sentido, como progresistas, no sólo no tienen inconveniente en confesar su admiración por Cunqueiro, que se sometió en su día al movimiento militar de 1936, o por Eliot, anglocatólico, sino también por Ezra Pound, que apoyó a la Italia fascista en lucha con los Estados Unidos y sus aliados. Estos tres autores son fundamentales en la historia literaria de las lenguas que respectivamente cultivaron. Pero que Cunqueiro sea preferido hoy, sin lugar a dudas, como maestro de los jóvenes poetas gallegos significa un cambio, un giro en redondo, si no en la estética literaria, cuando menos en la jerarquización de valores dentro de la sociedad literaria gallega. Quiero decir que la sustitución de Ferreiro por Cunqueiro en el culto externo de los mozos portaliras de hoy, no prueba tanto una mudanza de gusto como la emancipación de los juicios estéticos del vasallaje a los prejuicios políticos.

Claro está que es discutible, y ha sido discutida, y hasta hostilmente condenada, la selección del antólogo. Dentro de los límites de edad fijados hay indudablemente otros poetas que pudieran haber sido incluidos, y si el número apostólico o zodiacal es canónico y preceptivo, pudieran ser excluidos algunos de los canonizados para dejar sitio a otros tantos de los no admitidos. Este artículo no se siente tentado para intervenir en ese pleito, que admitiría toda una gama de sentencias. Tomamos el libro tal como es, y sólo aspiramos a caracterizarlo en general, como hemos pretendido hacerlo, y añadir a continuación algunas observaciones que se refieren más particularmente a la individualidad de los poetas seleccionados.

Literatura arraigada

Desde el más viejo, José Álvarez Cásamo, nacido en 1950, al más joven, Paulino Vázquez Vázquez, que vio la primera luz en 1962, todos son poetas fuertemente arraigados en la literatura. Ninguno es un ingenio que refleje directamente vivencias no filtradas por una técnica aprendida en los libros. Ninguno canta como Valmajour: «*Ce m'est venu de nuit en écoutant santer le rossignou.*» Ahora lo propio del tiempo es no sólo una poesía cuyo lenguaje se aparte francamente del lenguaje de la comunicación utilitaria y procure asociaciones y giros impropios de la expresión vulgar, sino la autorización del texto con citas y referencias culturales que suponen un lector particularmente informado. Hay, pues, una dosis inevitable de culteranismo, o conceptismo, o hermetismo que dificulta la traducción del texto poético a prosa lógica, porque a diferencia del populismo, o neorealismo, o socialrealismo imperante en los años anteriores, estos años de ahora restauran el tecnicismo especializado, la fluencia automática de signos verbales con sus asociaciones irreflexivas, el discurso suprarrealista y la autarquía creacionista del arte. Es decir, que saltando hacia atrás por encima de la oratoria política y del pasquín versificado, que reducían orgullosamente el poema a herramienta verbal de transformación de la sociedad, la poesía ahora retorna al espíritu de vanguardia que caracterizaba a la poesía experimental y revolucionaria de los novecentistas, hillozistas y demás autores de los últimos tiempos de Alfonso XIII. No es, claro está, que volvamos propiamente al creacionismo de Manuel Antonio o al imaginismo naturista de Amado Carballo; pero es claro que la línea de estos doce poetas ahora reunidos continúa por su filosofía estética la del «arte nuevo» de los años veinte y treinta, y no la del clamor populista de las décadas posteriores hasta la desaparición de la era franquista con el fallecimiento del General.

Realmente, los maestros más escuchados de los más significativos de estos doce jóve-

Viene de la página anterior



ASUN BALZOLA

nes son los imaginistas; no los imaginistas rusos, desde luego, tan próximos a nuestros hillozoístas, sino los imaginistas americanos, o angloamericanos, los «imagists» de *Poetry* o, al menos, los que, como Pound y Eliot, superaron las limitaciones de la escuela, se emanciparon de su disciplina y se tornaron grandes figuras de la cultura occidental. De hecho, los dos aparecen expresamente citados por Claudio Rodríguez Fer, Ramiro Fonte y Paulino Vázquez al contestar a la pregunta del antólogo a propósito de los autores básicos en la respectiva formación poética. Paulino copia incluso, según el original inglés, nueve versos del poema de Pound que comienza: «*With usura hath no man a house of good stone*». Javier Seoane menciona a Eliot, y sus versos, con sus subjuntivos optativos o deprecativos, recuerdan quizá más que ningunos otros de este libro a aquel autor o a su amigo «il miglior fabbro». La mayor parte de estos poetas gallegos de hoy son profesores de Lengua y Literatura Gallega en institutos de bachillerato. Se sientan a componer o a poner en limpio sus versos en bibliotecas privadas o públicas, rodeados de los clásicos modernos, y éstos saltan a menudo de los estantes a la mesa, y entonces es a través de ellos como nuestros poetas contemplan la vida.

Hay, pues, en ellos quizá un rasgo común, el de ser poetas que no se sitúan ingenuamente —como ya se ha indicado— ante sus motivos, sino que los consideran a través del prisma de sus lecturas. Posiblemente no cabe otra actitud en estos tiempos y en estas circunstancias, y como consecuencia de ello su obra acusa generalmente un grado muy elevado de elaboración, hasta el extremo de que lo que pueda haber en ella de locuacidad irreflexiva se encauza también por los canales del culteranismo general.

Con todo, hay una relativa espontaneidad e incluso un sentimiento de diáfana presencia en Julio López Valcárcel y Pilar Pallarés, en Manuel Rivas y Fernán Vello, poetas, sin embargo, muy distintos entre sí; y de naturaleza que se puede asimilar a esa dirección es el fuego vital de Claudio Rodríguez Fer.

Mientras que un Javier Seoane, un Alvarez Caccamo, un Román Raña y un Paulino Vázquez parecen más moderadamente reservados ante las posibilidades de eficacia poética de la irrupción confiada de la inspiración directa, y convencidos de que el poeta de hoy no puede realizar un trabajo serio que no se apoye en la sistemática organización, en la programación, a base del abundante material que la historia literaria nos suministra, del nuevo texto que aspiramos a incorporar a la tradición.

José Alvarez Caccamo es un poeta de notable unidad tonal, que parece ordenar cuidadosamente sus arquitecturas poéticas dentro de unos límites bastante estrictos. No maneja muchas octavas del piano, renunciando por temperamento o disciplina a agudos estridentes y graves profundos. Tal vez una ampliación de su extensión de voz agregaría una útil versatilidad al austero hermetismo de sus construcciones líricas.

López Valcárcel nos ofrece versos que bajo una forma moderna no demasiado estructurada, reiteran la canción ingrávida, de fondo sentimental, incluso romántico, dominada por una música que está en la inspiración conceptual más que en el ritmo métrico.

Con Seoane Rivas nos movemos en el campo de la poesía más experimental, aquella que más recuerda las audacias verbales y las inflexiones discursivas de los ingleses educados en el simbolismo francés en su etapa precursora del suprarrealismo.

Claudio Rodríguez, muy independiente de servidumbres escolares, saturado, como todos, o casi todos, de lecturas poéticas, es, en cambio, a pesar de la modernidad de su lenguaje, un ejemplo de expresión ardorosa, conscientemente libre y voluntariamente confiada en el impulso personal.

La abundancia verbal de Ramiro Fonte, que fluye en el tono conversacional de un discurso literario hoy generalmente recibido, está de acuerdo con su expansiva información ante la encuesta del antólogo, información que constituye la respuesta más minuciosa y extensa del libro.

Mucho más ceñida, contrastada de sostenidos y bemoles, traspasada o entreverada de estridencias que le dan legibilidad y viveza, es la aventura poética de Manuel Rivas, la más «posmoderna» del florilegio, si el desenfado y la ironía, no como inesperadas modulaciones, sino como tonalidad fundamental del texto, son rasgos propios, si no esenciales, del nebuloso fenómeno que convencionalmente se oye llamar posmodernidad. El cual está lejos de la palabra poética moderna, pero claramente inserto en la tradición de la auténtica lírica amorosa de introspección sentimental que constituye la aportación de Pilar Pallarés, única figura femenina en este repertorio de cantores.

Más literaria y más libre de condicionamientos afectivos nos suena la poesía de Manuel Forcadela, modulada a menudo conforme a los movimientos de batuta con que Cunqueiro organizaba sus compases de danza italiana neorrenacentista.

Muy constante en su lento y ondulado flujo de pura y armoniosa letanía es la pasión diáfana, deslumbrante de blanda y blanca luz de música de flauta, de Miguel Ángel Fernán Vello, que desgrana las imágenes compuestas por secuencias de epítetos o piropos en sucesiones de paralelismos laudatorios que generan el poema por reiteración de matices descriptivos.

Con los tres últimos poetas antologizados nos hallamos en el ámbito de la más jo-

ven —aunque no adolescente— poesía gallega actual, la de los autores que cuentan alrededor de los veinticinco años de edad. Los tres son artífices cuidadosos: Román Raña, el más «mallarmeano», el más afanado en la pureza musical y plástica del verso, el más vocado a la trascendencia formal de la palabra. Eusebio Lorenzo y Paulino Vázquez, más incuriosos en un culturalismo conceptista. Lorenzo, con sus citas en latín, italiano y alemán; y Vázquez, cuyo Tiresia, cuyo mercader de Esmirna, cuyos arquitecturas provenzales e italianas rinden tributo a Eliot y a Pound, cierran con su meditativa estética este conjunto.

El profesor Luciano Rodríguez, que reunió los poemas, los introduce con útiles noticias y juicios sobre sus autores, a lo que hay que añadir el ya citado cuestionario, al que, con mayor o menor sobriedad y precisión, responden los poetas escogidos.

La obra, pues, que de alguna manera actualiza o completa otras anteriores, tiene indudable interés y permite al lector, a través de la información del colector, de las declaraciones de los poetas y, sobre todo, de sus textos, formarse una idea personal del estado de un sector importante de la actual poesía gallega, muy preocupada por su integración dentro de la poesía occidental de hoy y totalmente curada de regionalismos, pintoresquismos y populismos, aunque enérgicamente comprometida con la lengua propia del país. □

RESUMEN

El profesor Carballo Calero, tras trazar unos rasgos esenciales de lo que él mismo denomina «azarosa vida de la moderna literatura gallega», centra su comentario en una antología que recoge la producción y la manera de pen-

sar de doce jóvenes poetas nacidos entre 1950 y 1962 y que cultivan un tipo de poesía muy influida por autores extranjeros y con un claro contenido antirrealista, curada, además, de regionalismos, pintoresquismos y populismos.

Luciano Rodríguez Gómez (antólogo)

Desde a palabra, doce voces: nova poesía galega

Sotelo Blanco, Barcelona, 1986. 368 páginas.

Juan Ramón, el muchacho despatriado

Por Ricardo Gullón

Ricardo Gullón (Astorga, León, 1908) perteneció a la carrera fiscal y ha sido profesor de literatura en varias Universidades norteamericanas. En Puerto Rico dirigió la Sala Zenobia-Juan Ramón y es autor, entre otras obras, de *Conversaciones con Juan Ramón Jiménez* y *El último Juan Ramón Jiménez*.

Un joven profesor y crítico, Ignacio Prat, fallecido cuando su insólito talento se aplicaba a poner en claro lo relativo a la estancia de Juan Ramón en Francia y a relacionar recuerdos con textos, dejó varios estudios dispersos sobre la vida y obra del poeta, posteriormente recopilados en un volumen de *Estudios sobre poesía contemporánea*. También dejó inédito e incompleto un proyecto de libro que habría de titularse *El muchacho despatriado*.

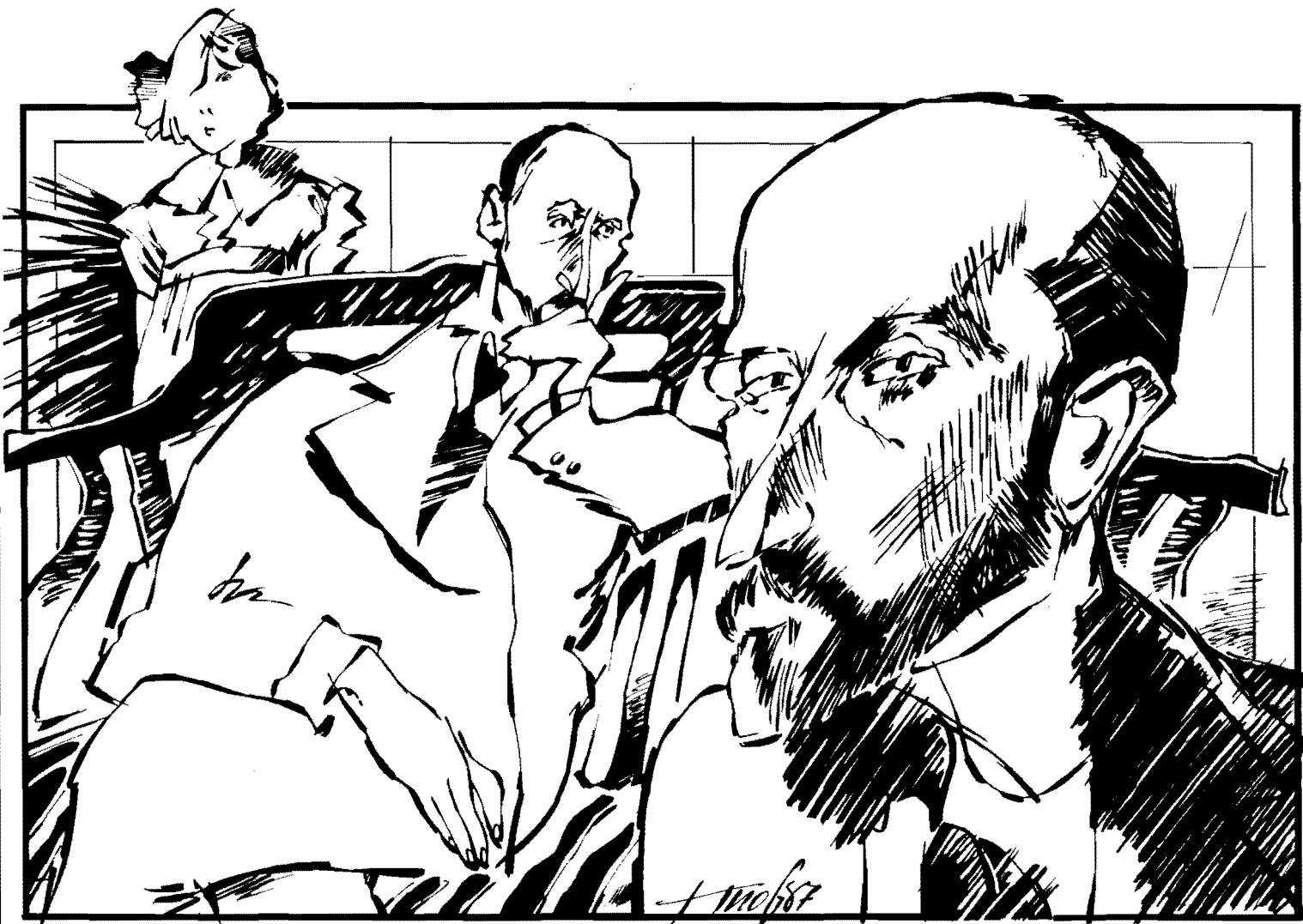
Carmen Jiménez, viuda de Prat, profesora y escritora como él, ha preparado para la imprenta los borradores de su marido, y sólo quien haya visto, como yo los vi, los materiales en el estado «silvestre» en que se hallaban al morir Ignacio, puede valorar su esfuerzo en la forma que se merece. Manuscritos difíciles de leer, mal ordenadas las cuartillas, con repeticiones, interpolaciones y multitud de problemas textuales, su conversión en libro resultaba empresa casi imposible. Una conjunción de amor, talento y paciencia permitió a la distinguida investigadora superar, hasta donde podían ser superadas, las complicaciones del texto y enviar a la imprenta uno de los más apasionantes de la crítica contemporánea. La falta de revisión autorial es causa de que alguna página diga lo ya dicho anteriormente o de que incluya en nota lo que acaso tendría mejor sentido en la narración misma.

El muchacho despatriado está dividido en cinco partes y un apéndice; cuatro de aquéllas corresponden a la estancia en Francia del joven andaluz, mientras la quinta y última trata de Eloísa de Córdoba, a quien conociera en Alhama de Aragón antes de salir de España. Del apéndice hablaremos al final: está dedicado a las monjas del Sanatorio del Rosario, y allí y en otros lugares aparecen referencias a mujeres que antes o después del viaje a Burdeos figuraron en la nómina de «las amadas» del poeta.

De 1978 data el primer artículo de Prat sobre la estancia de Jiménez en Francia («Insula», n.º 385) y de 1980 el comentario sobre «las amadas» francesas («Insula», n.º 403), uno de los temas favoritos del crítico. Para explorarlo a fondo viajó a Francia, buscó y encontró a los supervivientes de la época en que Juan Ramón residió allí, habló con los descendientes de ciertas figuras, compulsó documentos ignorados, recogió correspondencia inédita, trazó planos, consiguió fotografías de paisajes y figuras... y, en suma, reunió datos que por su abundancia y por su singularidad permiten reconstruir un capítulo mal conocido de la vida del poeta.

La biografía literaria, según se produce en el mundo anglosajón y con menos asiduidad en otros países, es poco frecuentada y poco estimada en España. Y hacia la biografía apunta *El muchacho despatriado*, con derivaciones sagaces a una crítica analítica y comparativa de los poemas y las prosas donde se declara la peripecia vital del biografiado.

Y la construcción es en verdad fascinante: seguimos al poeta enfermo en sus idas y venidas por la Maison de Santé du Castel d'Andorte, en Le Bouscat; se acumulan noticias examinadas y presentadas del derecho y al revés, de frente y de perfil, en sorprendente derroche de información. Recintos y personas que habían pasado inadvertidas, cuando no tenidas por invención del poeta, adquieren solidez y realidad. Explorando a fondo los archivos, recurriendo a la creación para iluminar la vida, y viceversa, se aventura el biógrafo por terreno movedizo que por su com-



TINO GATAGAN

petencia y su destreza acabará adquiriendo firmeza. Las ideas recibidas y la ortodoxia crítica reciben tratamiento de choque cuando el investigador lee y aclara ciertos pasajes que el foco de lo sucedido en aquellos meses cuyo recuerdo operó hasta muy al final, en los años del exilio en Puerto Rico.

Las observaciones de Prat sobre la Maison de Santé son muy completas y no menos lo son los informes sobre el doctor Gaston Lalanne, director del sanatorio. El conocimiento del terreno es de primera mano (en los años setenta visitó el biógrafo los sitios donde viviera Juan Ramón), y así consiguió reconstruir el mundo del poeta en aquel tiempo lejano.

Documentos en mano, pasó de las hipótesis y leyendas a la crónica puntual de los hechos. Federico Molina Halcón, amigo y paisano de Juan Ramón, le acompañó en el viaje a Burdeos y le dejó en manos del Dr. Lalanne el 8 de mayo de 1901. Poco más de tres meses permaneció en Francia (no un año, según me dijo y registré en *Conversaciones*), y durante esa temporada habitó en el edificio central del sanatorio, distante de los locos y de la servidumbre, alojados en otros pabellones.

La decisión del doctor de instalarle cerca de su familia y de hacerle convivir con ella resultó decisiva para la normalización del joven español, tratado como amigo más que como enfermo. Desde la muerte repentina del padre (3 de julio de 1900) sentía la necesidad de estar siempre cerca de un médico, y en Le Bouscat esto se cumplía con la presencia del Dr. Lalanne, amable y comprensivo, que, conforme prueban sus cartas a doña Purificación Mantecón, la «mamá Pura» del enfermo, lo observó muy de cerca, sin consentirse ilusiones injustificadas ni caer en pesimismo excesivos.

Juan Ramón retrató al doctor, envejeciéndole y deformando su carácter, en «La corneja» —cuento destinado a *Páginas dolorosas*, libro que no llegó a completarse—, y allí refiere la historia de una loca «que esperaba el momento de estar sola para subirse a un árbol y silbar su canto», semejante al de las aves del título. Que la narración responda a un referente concreto es muy probable; que la anécdota ocurriera según se refiere es poco verosímil; no es de creer que la «viejecita cadavérica» de quien habla pudiera subirse a un ár-

bol y los testigos consultados por Prat niegan la posibilidad de que así ocurriera.

Con el Dr. Lalanne viajó el poeta a Arcachon el 12 de mayo, y allí tuvo su visión de «la tísica», reclamada por la muerte en «Crepusculos de abril» y «Triste amor» (*Rimas*, 1902). Curiosamente, y por improbable que parezca, la enferma se convierte en un amor ideal con la muerte al fondo. Poemas sentimentales como el tema, la época y el autor los imponían; poemas significativos del proceso transfigurador de la realidad producido por la operación creadora. En seguida veremos ejemplos más prolongados y significativos.

El tema «amadas» atrajo a Ignacio Prat desde el comienzo de su investigación biográfico-crítica: no es sorprendente el episodio de Georgina Hubner, la joven peruana de quien se enamoró Juan Ramón leyendo las supuestas cartas de amor que firmadas por ella le enviaban desde Lima unos escritores de buen humor, y que dio ocasión a una elegía de belleza no disminuida por lo ficticio del sujeto.

Anteriores a Georgina fueron las «amadas» francesas: Jeanne Roussié, Marthe —«Marta»— Lalanne, Denise Lalanne y Francina, en Le Bouscat, más «la tísica» de Arcachon y una novicia del hospital Saint-André, de Burdeos. Amadas desde luego poéticas y, como tales, invenciones. En los casos de Jeanne y de Francina probablemente amantes de carne y hueso, aunque los testimonios aducidos no siempre tengan el peso deseable.

Jeanne era la esposa del doctor Lalanne y a ella le dedicó las «Variaciones inefables» de *Laberinto* (1913). Son textos expresivos del sentimiento amoroso e insinuantes de una relación que no excluía la carnalidad, aunque el cómo y en qué grado sea difícil de precisar. En opinión de Prat, esta mujer «representa el amor secreto, culpable, nudamente sexual, "feo", adulterino y, en fin, amargo y cínico frente a la estilización jammesiana del amor por Francina y el erotismo paidofílico de las escenas y evocaciones que protagonizaron Marthe y Denise».

Seguramente las circunstancias facilitaban la intimidad de las relaciones con Jeanne. Si nos guiamos por los poemas que su joven huésped dedicó a «la romántica», los encuentros ocurrían unas veces en la casa, cuarto de los niños («desde el suelo, / miraban, asus-

tadas, nuestro amor las muñecas!») y otras en el jardín («Yo te esperaba [...] en aquel banco oculto»). Hacia el 18 de agosto viajaron juntos a una casa propiedad de Lalanne, desde la cual la amada y el amante hicieron excursiones a la ciudad de Nèrac, antigua corte de los reyes de Navarra, a la Bastide de Viana y al «château» de Laroche. Lo que ocurría en la finca «Toutair» y en los viajes no está claro. Si lo está, y habla por sí mismo, el hecho de que Juan Ramón regresara súbitamente a Castel d'Andorte, dejando a madame Lalanne, a sus hijas y a la institutriz.

En los días de «Toutair», y derivados de las excursiones mencionadas, escribió Juan Ramón numerosos poemas y prosas que fueron apareciendo en libros a partir de su regreso a España. Si, conforme supone el biógrafo, la salida del grupo familiar hacia la finca de recreo ocurrió alrededor del 18 de agosto, la vacación de los amantes duró menos de quince días. En carta del 30 de ese mes informaba el doctor a doña Purificación Mantecón del deseo, «muy legítimo», de su hijo de volver a España, y así lo realizó a primeros de septiembre, sin que sepamos si en el viaje le acompañó el buen doctor u otra persona.

Es probable que, según Prat indica, en los días de «Toutair» se desarrollara un «idilio adulterino», y más probable todavía que Juan Ramón experimentara una «pasión dolorosa» por madame Lalanne. Sería difícil ir más allá de donde llegó el biógrafo en la compulsión y análisis de unos textos destinados, en palabras del poeta, a constituir en conjunto «un libro de sazón, de sensualidad triste y avasalladora, de expureza, de exinocencia, de exingenuidad. Amor con la conciencia de lo humano, con la idea mutua del goce natural, triste un poco y gris, por todo lo que pierde, y violento, por lo que gana». No parece posible expresar con mayor exactitud lo que el poeta sentía.

Extrañas transfiguraciones las producidas por Juan Ramón al incluir entre sus «amadas» a «Marta» y a Denise Lalanne. Marthe, hija mayor del matrimonio, nacida el 7 de octubre de 1894, aún no había cumplido siete años en los meses que el joven español pasó en Castel d'Andorte. De ser cierto lo escrito en un poema, la niña sintió que algo anómalo sucedía entre su madre y Juan Ramón, y de ahí

Viene de la página anterior



TINO GATAGAN

la mirada de «odio» que le dirigió al verlos volver juntos de un paseo por el parque. ¿Son en verdad recuerdos los del poeta o figuraciones de su imaginación? La anotación siguiente apenas cabe entenderla sin concebir el amor de modo muy distinto al usual: «Marthe (una niña), pero la amé y me amó.»

Hay versos que tanto como lectura exigen interpretación:

«Un momento dejabas de ser niña. Tu [cuerpo traslucía otra alma con el sol, [momentáneo, mientras abril, más lento, que venía a [tu vida, daba a tu carne, cada día, un nuevo [encanto.»

Quien piense que el poema describe una experiencia, puede perderse en hipótesis poco fecundas y tal vez aberrantes; quien, más correctamente, lo descifre como creación de una experiencia, no tendrá dificultad en aceptar que el poeta borrase en el texto «la realidad» y el tiempo, trasladando la ocurrencia al espacio de la invención. Adjetivos como «fantástica y perversa» se justifican en la imaginación del poeta por el deseo de atribuir a «la amada» los prestigios de un ensueño en que lo personal cede el terreno a lo literario.

Sólo partiendo de este supuesto puede aceptarse a Denise Lalanne como otra de las «amadas». Nacida el 21 de octubre de 1898, ni siquiera había cumplido tres años cuando la conoció el poeta. Es necesario dilatar el concepto «amada» hasta extremos que le alejan de lo específico para insertarlo en una vaguedad que trastrueca su sentido.

Una noche, el doctor Lalanne —en versión del escritor— llevó a Juan Ramón a la alcoba donde la niña dormía desnuda: «se ve al francés sensual en este padre enamorado. Denise desnuda es realmente de una belleza incomparable.» Singular incidente —que en otra anotación se atribuye a iniciativa de Mme. Lalanne (lo que parece más verosímil)—, detonante de un poema incluido en *Rimas* y treinta y dos años después revivido en *Presente*, cargado de una sensualidad cuya rareza quiso amortiguar el autor cuando tardíamente transformó la niña en adolescente y hablando con Juan Guerrero Ruiz la menciona entre «las mujeres de su juventud».

Aquí, como en el caso de Marthe, y todavía más acusadamente al escribir y al revivir el poema, funcionaba un mecanismo transfigurador del sujeto, pre-texto más que referente de la invención. ¿No será Denise, sencillamente, una de las llamadas por Jiménez «fuentes humanas de mi poesía»?

Dentro del círculo bordelés, la figura de Francina ofrece muy singular relieve; Prat la dedicó especial atención, advirtiendo el error de los críticos que consideraron (consideramos) a la muchacha como encarnación poética de la mujer francesa, guiados por el nombre emblemático y por la consistencia de los poemas que protagoniza. Descubrió el sagaz investigador que Francina existió y se llamó en la vida Marie-Françoise Larrègle, nacida el 26 de marzo de 1884 en Arrós (Oloron) y prestó servicios como ayudante de cocina en el sanatorio de Castel d'Andorte desde el 6 de mayo de 1900. La llamaban familiarmente Francine y de ahí la derivación que Juan Ramón dio al nombre, españolizándolo.

A juzgar por las fotografías, la joven era alta, hermosa y bien construida. Cuando el muchacho andaluz la conoció tenía ella diecisiete años y él se acercaba a los veinte. Lo que sucediera entre ambos pudo ser algo semejante a lo sugerido por el biógrafo, pero, como él mismo dice, ha de tenerse «muy presente la fragilidad de los datos». He aquí la hipótesis de Prat: «En torno al 18 de mayo de 1901, a primeras horas de la noche, en cierto "sendero oculto" de los jardines de Castel d'Andorte, J.R.J. y la muchacha francesa que éste llamó "Francina", casualmente o no, se hallaron y hubo entre ellos alguna clase de relación amorosa física.»

Ir más allá y suponer que el encuentro se ajustó a lo dicho en los poemas sería, más que aventurado, temerario. Si ciertas líneas («su carne divina», «al sentir mi placer en su carne») pueden leerse como referidas a la mujer concreta, otras es preferible cargarlas en la cuenta de la transfiguración poética.

En *Jardines lejanos* (1904) aparecen poemas dedicados a Francina, y si algo puede deducirse de ellos es que la imagen de la joven seguía viva y operante en la imaginación de su amigo; en *Pastorales* (libro de 1911, pero escrito años antes), la primera parte está dedicada «A Francina, carne blanca, ojos bellos, finos rizos».

Los poemas de la serie Francina más declaradamente eróticos se encuentran en *Poemas májicos y dolientes* (1911): en ellos estalla la risa de la amante perseguida por el amorador que tiernamente le golpea las espaldas «con lilas llenas de agua». Ni sadismo, ni sdomasquismo: transcripción de imágenes en que recuerdos y literatura se combinan. Desnudez, lluvia, primavera..., elementos eróticos de no menor intensidad de la que alcanzan en la famosa escena de *Lady Chatterley's Lover*, en que Connie corre desnuda por el parque perseguida por Mellors bajo la lluvia.

Los siete poemas integrantes de la serie «Francina en el jardín» se escribieron —si son exactas las indicaciones del poeta— en 1909, a ocho años del encuentro en Le Bouscat. En esa fecha Francina estaba casada y era madre de dos hijos. Sin noticia de estos cambios, la memoria preservaba intacta la imagen creada en poemas anteriores, invulnerable, claro está, a cualquier mutación biográfica. La muchacha, «desnuda y fragante», el sexo «lirio de oro», «irrisaciones de infinito», vivían en el recuerdo de su inventor y nada podía afectarlas. Años más tarde, Antonio Machado resumió con palabra bella lo que el prosista dice a menor nivel:

«Todo amor es fantasía,
él inventa el año, el día,
la hora y su melodía;
inventa el amante y, más,
la amada.»

Las páginas dedicadas a «Las monjas del Sanatorio del Rosario» figuran en un apéndice; de ellas ya se había tratado en el capítulo «Las mujeres de *Arias tristes*». Al regresar

RESUMEN

La muerte del investigador Ignacio Prat dejó inconclusa esta obra dedicada a analizar básicamente la estancia del joven Juan Ramón Jiménez en Francia y, por extensión, su relación, en aquellos años de inicios poéticos, con

a España se instaló Juan Ramón en el sanatorio madrileño y no tardó en incorporar a la lista de sus amadas a varias de las novicias allí destinadas. La primera en el orden de la pasión fue, según Prat, la hermana Pilar Ruberte, a quien están dedicados los «Recuerdos sentimentales», de *Arias*.

Tenía sor Pilar la misma edad de Juan Ramón, que la llamó «mi Venus de Milo», recordándola con admiración en uno de los fragmentos de «Sanatorio del Retraído»: «Desde el primer día me pareció un marmol de museo ablandado y calentado por mí. Daba al Sanatorio un aire clásico de jardín superior. Sus ojos eran tan negros como blanca su frente.»

Con todo, no fueron los amores o amoríos con la hermana Pilar los que llamaron la atención de la superiora, sino los mantenidos por el poeta con sor Amalia Murillo, a quien se trasladó para alejarla de quien en las *Arias* dejara tan dulce testimonio de su partida:

«Su carita blanca y triste
llena de amor y de ensueño,
se perdía entre la sombra
que arrojaba el manto negro.»

Casi medio siglo después, hallándose en Puerto Rico y con motivo de un incidente con cierto médico a quien conociera en el sanatorio, escribió Juan Ramón esta nota: «La Madre Superiora, con gran escándalo de la comunidad se enamoró de mí y venía constantemente a mis habitaciones (un dormitorio y una salita). Las hermanas jóvenes, que eran las que a mí me gustaban (y yo a ellas), nos burlábamos de la Madre cincuentona [cuarentona, más bien, pues nació en 1861]. Entonces, ella indignada expulsó a una hermana Amalia, de 20 años, como yo.» Las otras novicias citadas son la hermana Pilar, la hermana Andrea y la hermana Filomena. Ninguna escapó a la diligencia del biógrafo, ni tampoco la novicia francesa presente en un poema de *Olvidanzas* (1909) bajo el título de «Otra novia blanca», variado en un borrador tardío a «Una novicia francesa».

Suponía Prat que se trataba de una hermana de la Caridad que prestaba servicios en el Hospital Saint-André de Burdeos, en donde Juan Ramón fue examinado por el doctor Lalanne y el doctor Regis, director de la institución. Verla y «enamorarse» fue todo uno. Tan extraño como pueda parecer tal «amor a primera vista», fue ocasión de versos análogos en forma y léxico a los inspirados por las restantes «amadas».

Si el lector distingue, según conviene, entre el Yo lírico y el Autor, no se dejará llevar a la identificación de la voz que habla en el poema con la de su creador. Imaginación y memoria son fundamentalmente transfiguradoras, y quien, olvidándolo, se empeñe en la literalidad, se alejará de la lectura correcta.

La aportación de Ignacio Prat, tan valiosa y sugestiva, nos acerca a una juventud natural en que Juan Ramón Jiménez —y así le ocurrió siempre— experimentó la atracción de la belleza. Ayudado por las circunstancias vivió una aventura de amor total con una mujer casada y algún episodio de intenso erotismo con una muchacha hermosa. La exactitud de la vivencia y los detalles del incidente importan poco al lado de la fragante experiencia que es el poema: en él viven las amadas y por el más fresco de ellos sigue Francina corriendo desnuda bajo la lluvia. □

varias mujeres. Ricardo Gullón va siguiendo paso a paso aquellas andanzas, acercándose, gracias a Prat, a esa juventud natural en la que Juan Ramón experimentó la atracción de la belleza.

Ignacio Prat

El muchacho despatriado. Juan Ramón Jiménez en Francia (1901)

Taurus, Madrid, 1987. 238 páginas.

Muerte y transfiguración de lo moderno

Por José Luis Pinillos

José Luis Pinillos (Bilbao, 1919) es profesor emérito de Psicología en la Facultad de Filosofía y Ciencias de la Educación de la Universidad Complutense y miembro de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas. Autor de Principios de Psicología, La mente humana y Psicopatología de la vida urbana.

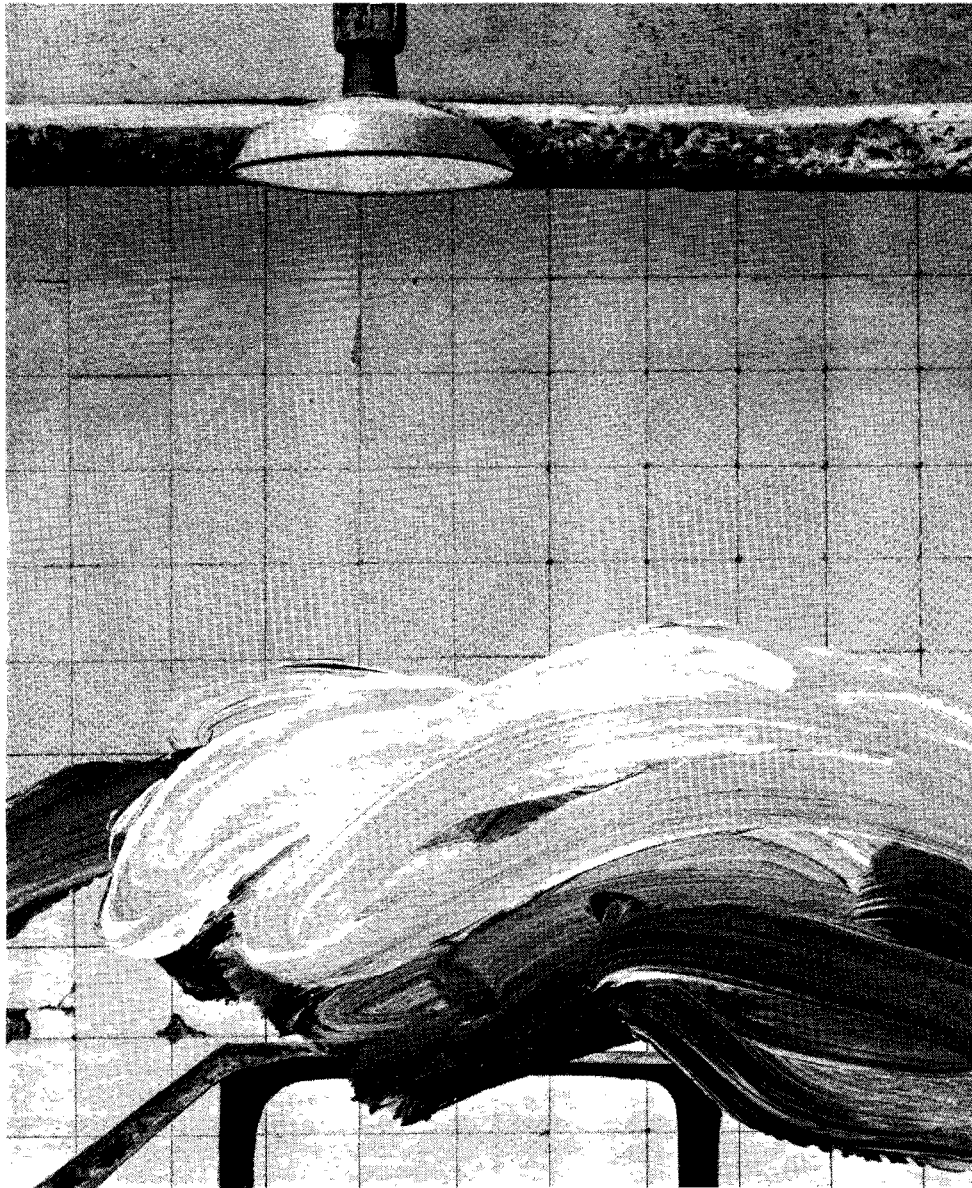
En estos últimos años, no son pocos los libros que han vuelto a ocuparse, directa o indirectamente, de la decadencia de Occidente. Quizá uno de los más profundos sea éste en que Gianni Vattimo, buen conocedor del pensamiento de Heidegger, analiza con rigor el incierto tema del fin de la modernidad, al trasluz de la filosofía existencial.

A primera vista, el título de la obra resulta quizá un poco espectacular, pero no hay nada de eso. Realmente, *El fin de la modernidad* tiene poco que ver con Spengler, y menos aún con las futurologías trágicas y los holocaustos nucleares. Ya en el subtítulo se pone de relieve que el problema es contemplado desde una perspectiva filosófica, donde el nihilismo y la hermenéutica marcan las principales líneas teóricas del análisis. Y por ellas es por donde efectivamente discurre el pensamiento del autor, sin ademanes solemnes, poniendo orden y forma en este complejo asunto, aunque aquí y allá se deje ir por esos caminos solitarios, tan del gusto de Heidegger, que se entrecruzan sin conducir a ningún sitio.

La idolatría de lo nuevo

Arranca la obra con una crítica a la lógica del desarrollo —sobre la que se insiste luego—, en la que el excesivo culto a lo nuevo se considera uno de los factores responsables de la caída de la modernidad. Por supuesto, la crítica no es original, pero está bien. De ponerle algún reparo, no sería el de su similitud con las tradicionales reticencias frente a la novedad. Habría que pensar más bien en que el autor da por supuesta la naturaleza unitaria de la cultura moderna, cuando lo cierto es que puede haber más de una lógica del desarrollo, más de una filosofía del progreso, más de una idea de modernidad.

Vattimo sostiene —y éste es el aspecto del problema a discutir ahora— que uno de los defectos principales de la cultura moderna ha consistido en identificar lo nuevo con lo valioso. Yo tengo mis dudas. Por supuesto, toda mejora implica novedad; pero lo contrario no es cierto. Evidentemente, hay novedades catastróficas: por ejemplo, Hiroshima. Lo que sin embargo no parece ya tan claro es que un error así, por lo demás muy corriente en el pensamiento ordinario, sea causante principal del desvenecamiento de la civilización moderna. El hecho de que el progreso no sea perfecto y tenga su costado sombrío —«the seamy side of progress», que acostumbraba a decir Elton Mayo— tampoco es para tanto, salvo en casos límites, claro es, como el de la guerra nuclear. Por lo que hace a la vida cotidiana, la verdad es que al progreso le debemos casi todo lo que hace hoy la vida larga y confortable, entre otras cosas. Lo nuevo no se ha asociado a lo valioso porque sí. La circunstancia de que, una y otra vez, durante generaciones enteras, los descubrimientos de la ciencia hayan beneficiado a la humanidad, es motivo más que sobrado para comprender que la palabra novedad o, mejor aún, la idea de lo nuevo, haya cobrado las connotaciones positivas que hoy posee. Y ello, dicho sea de paso, por virtud de un elemental proceso de condicionamiento semántico y de sobregeneralización del significado que está a la orden del día en el llamado conocimiento social. Sin duda, desde un punto de vista lógico, la identificación de lo nuevo con lo bueno es un craso error. Pero otro, no menos grave, consiste en



ALFONSO RUANO

olvidar que el hombre es un ser psicológico, no un ordenador, cuya mente con frecuencia funciona más de acuerdo con las leyes de la asociación y el sentimiento que con las del siglismo.

Aparte sobre la modernidad

Por otra parte, tampoco es del todo cierto que el profesor Vattimo sitúe la raíz del problema en este error categorial. A última hora, Vattimo cree que el hundimiento de la cultura moderna es una consecuencia del desfondamiento del ser anunciado por Nietzsche y desvelado por la posmetafísica de Heidegger. La teoría es fascinante, desde luego, pero se queda no obstante algo corta de recursos frente a la complejidad de los hechos que ha de explicar. Un ejemplo es lo que le ocurre con el concepto mismo de modernidad.

Harold Laski, sin ir más lejos, señaló insistentemente —y con suma agudeza— que la raíz de la crisis de la cultura moderna tiene a última hora su origen en el agotamiento del ciclo de la Reforma. Karl Polanyi, por poner un ejemplo más, recurrió, en cambio, a la economía para explicar la gran ruptura del XVIII, sin la que ciertamente es difícil entender lo que acontece ahora. Robert Lenoble, por su parte, ha explicado con notable precisión hasta qué punto el mecanicismo de la ciencia del Barroco ha sido responsable de la decepción y el desencanto que oscurecen las postrimerías del mundo moderno. El inmenso tema de la secularización, tan vinculado al del cientismo, o el problema de la aceleración de los cambios, la alienación y la anomia, son asimismo de una importancia capital para entender la crisis de la modernidad, y así ocurre con muchas otras cuestiones que se omiten o simplemente son objeto de alusiones ocasionales.

Pero evidentemente no se trata de confeccionar una lista de omisiones. En esencia,

lo que pretendo decir con esto es que la idea de modernidad que maneja este distinguido profesor de Turín, y las razones que aduce para explicar la crisis, son demasiado especulativas. Ya me hago cargo de que las cosas tienen infinitas descripciones posibles y de que, por tanto, es absurdo pretender considerarlas todas. Reconozco también que atreverse a dar razón del fin de la modernidad desde una perspectiva metafísica, representa un «tour de force» que hay que recibir sombrero en mano. Pero, a la vez, debo añadir que no son ni uno ni dos los aspectos importantes del problema que, por virtud de esta óptica, quedan excluidos del estudio o no reciben suficiente atención. Lo cual limita un poco el alcance y la fuerza argumental de la obra.

Un nihilismo «light»

Retomando el hilo del asunto, conviene subrayar de nuevo que, según Vattimo, el fin de la modernidad tiene sus causas más profundas en el desfondamiento del ser. De ahí brota y se nutre el nihilismo que ha acabado con el espíritu de la modernidad. Lo propio de ésta ha sido siempre la recuperación del fundamento originario por la vía del pensamiento, es decir, la búsqueda de la autenticidad, los renacimientos, el retorno a los principios, la vuelta a las raíces del ser: que es, por otra parte, lo que justamente Nietzsche y Heidegger han mostrado que la ontología es incapaz de hacer. Esta es la cuestión.

Privado de su condición de fundamento, el ser queda reducido a una eventualidad, a una transmisión de eventos que suceden como episodios sueltos, desmigajadamente, en el seno de una historicificación invertebrada. De ahí que entonces el mundo se desfonde y que la historia se quede en una sucesión de aperturas de destino prendidas entre sí con alfileres. Tal vez esas aperturas las envía algún «Si

mismo», pero aun así es obvio que se limita a atravesarlas, sin darse jamás todo en presencia y sin cuidarse de enhebrarlas en un relato universal dotado de finalidad y de sentido. Despojada de su principio radical, la realidad se debilita y lo nuevo en vez de valer se desmejora. Por ello, la levedad del ser ha terminado siendo insoportable para la modernidad desarrollista. A la postre, es esta especie de leucemia metafísica lo que ha ido apagando una tras otra las luces de la Ilustración, hasta dejar a oscuras el acervo de evidencias que alumbraban la marcha del progreso.

Cabría sospechar, por tanto, que después de la modernidad tendría que venir la noche de los tiempos, esto es, una aniquilación más devastadora que el propio nihilismo revolucionario de Chernychevski, quien por lo menos aún tenía frente a sí un mundo macizo y una sociedad recalcitrante contra la que arremeter. En principio, insisto, un nihilismo radical es lo que se compaginaria mejor con los innumerables «des», con las incontables partículas privativas que son precisas para describir el desmoronamiento de la modernidad: un final donde el hombre se deshumaniza, la subjetividad se deconstruye, la realidad se desmejora, el saber se debilita, la vida se despije, la conciencia se disuelve, el intelectual se decepciona, la moral se descompone, la civilización se desvenecija y todo se desfonda. En principio, insisto, así es como cabría imaginar el nihilismo que se nos anuncia como destino al comienzo de la obra. Excepto que, por fortuna, lo que al parecer aguarda es un mundo más ligero donde nadie tendrá la obligación de despeñarse por los abismos insondables de la nada. Antes bien, se anuncia que la modernidad va a descender con suaves giros, hasta posarse en la apacible incertidumbre de la nueva situación.

La mediación del arte

El nihilismo posmoderno carece de tragedia. El fin de la modernidad tiene en cierto modo un final de ballet, sobre las puntas: un tercer acto donde el elemento lúdico y la estética encuentran un protagonismo singular, entre alegre y decadente, acaso algo neomodernista.

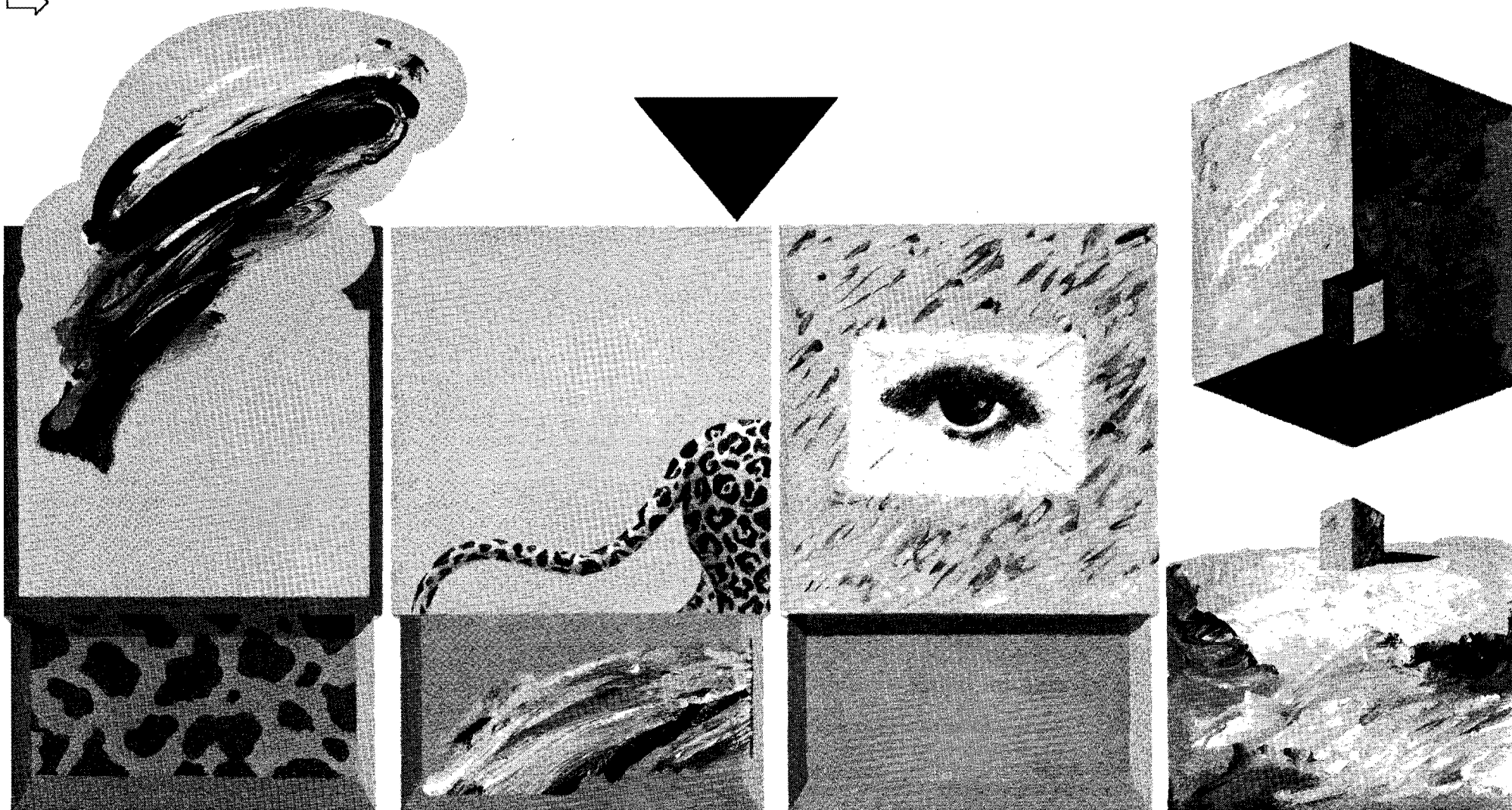
Como quiera que sea, las páginas más bellas de la obra son las que este sensible profesor italiano dedica a recuperar los lenguajes de sentido —el arte, la palabra poética— que tan malparados salieron de la hegemonía positivista. Son páginas redactadas, como digo, desde la perspectiva de una ontología de la decadencia, a través de las cuales esos vislumbres en que el mundo se manifiesta al «esprit de finesse», logran a veces penetrar en la esencia de la verdad, hasta el punto de envolver la evidencia del «es» en el efecto de un silencio.

De ahí que a pesar de tanto desencanto y decepción, pese a que la modernidad tenga ya color de despedida, la aparición del arte en la terminal del trayecto defina un lugar denso, un espacio desde donde la centralidad de la experiencia estética dulcifica la agonía y ayude a esquivar el final definitivo. De él se librará la cultura posmoderna por virtud de una nueva visión del mundo, a la que el arte despoje de los caracteres autoritarios de la vieja metafísica, y también de la magia del número y de la potencia de la técnica. Será de esta forma, apoyándose en la ligereza de lo estético, como a la modernidad suceda una novedad menos arrogante, un después menos firme, que juegue y goce con el adelgazamiento del ser y la debilidad de los saberes, que entreabra las puertas de un lugar sin causas donde la libertad pueda volar.

El arte y la experiencia estética asumen, pues, en el pensamiento de Vattimo, juntamente con la hermenéutica, el sentido de una culminación, donde el absolutismo del funda-



Viene de la página anterior



ALFONSO RUANO

mento y la «hybris» de lo nuevo se diluyen y, al perderse, den paso a una insignificancia humana independiente de la ascética.

La hermenéutica y el fin de la ciencia

En el declive de la modernidad no podía faltar un turno de hundimiento para la ciencia. Y en efecto, ahí está. Se trata de cerrar al tráfico la vía que desde Kant venía siendo el camino más seguro del saber, o sea, la ciencia experimental, para reemplazarlo por una hermenéutica allegada a la retórica. No sé. Aquí noto que mis resistencias son muy grandes. Yo me pregunto si detrás de este quiebro tan insólito no andará en juego una sublimación del desánimo, una especie de Cuaresma metafísica para intelectuales marginados por la sociedad de masas y por una ciencia que no entienden. Repito que no sé. Sea como sea, la ciencia es otro de los protagonistas de la modernidad condenado a ir quedándose en los huesos.

Al reducir el mundo a mera objetividad mensurable, señala Vattimo, la ciencia del Barroco sume al mundo en el vacío de la cantidad. Ahora, en las postrimerías de la modernidad, la verificación cuantitativa se quiere substituir por una concepción hermenéutica de la ciencia —Gadamer—, cuya verdad es esencialmente retórica. La continuidad acumulativa del progreso indefinido se descompone así en una sucesión de paradigmas inconmensurables —Kuhn—, que hacen juego con la eventualidad del ser y la falta de vertebración de la historia (la «post-histoire» de Gehlen y todo lo que ha venido después).

De este modo, pues, con la socorrida ayuda de los paradigmas reforzada por la exaltación de los aspectos lúdicos de la vida y la centralidad de la experiencia estética —que curiosamente Kierkegaard asociaba al nihilismo y la autodestrucción—, quedarían explicadas cosas tan diversas como el desarrollo de los anarquismos epistemológicos, los usos del desorden y el elogio del error. En el fondo, pues, la hermenéutica representaría la forma epistemológica de la disolución del ser en la época de la metafísica cumplida. Con ella, además de perder valor lo nuevo, se instauraría una suerte de saber residual, donde la divulgación y la noticia —por ahí se cuele otra vez la novedad— configurarían un panorama de saberes ligeros y tal vez un poco asténicos.

Se adivina aquí la influencia de Habermas y su modelo de sociedad comunicativa pu-

ra, que tropieza, no obstante, con el grave inconveniente de que son los saberes especializados —absolutamente incompatibles con el modelo de la comunicación total— los que sustentan de forma irremediable la tecnoestructura en que vivimos. Puede que en el futuro la hermenéutica dé mucho de sí; ya se verá. Pero, en todo caso, lo seguro es por ahora que la ciencia positiva goza de buena salud.

Técnica y humanismo

Entre los cómplices de esta liquidación de existencias que aparentaba ser el fin de la modernidad, y que al final se nos ha quedado en unas sencillas rebajas de otoño, no hay que pasar por alto los atentados deshumanizantes que se atribuyen a la técnica. Según el punto de vista habitual de las ciencias sociales —que los existencialistas no aprecian mucho—, la civilización industrial habría puesto en marcha unos mecanismos impersonales que están deshumanizando al individuo, desmontando su subjetividad y que acabarán por destruirla si antes no se consigue frenar su acción demolidora.

El problema, no obstante, es que la subjetividad no puede ponerse y quitarse a voluntad lo mismo que un traje. Por ser pura función del mundo objetivo, se nos arguye, ella misma tiende fatalmente a convertirse en objeto de manipulación, en una subjetividad-objeto que inevitablemente desvirtúa su propia mismidad. De aquí que la reconstrucción del sujeto que proponen los humanismos sea un imposible metafísico, una ilusión irrealizable. Cargar la mano en la subjetividad equivaldría a debilitar la objetividad, de la cual sin embargo el sujeto es correlativo y depende para existir. O, lo que es igual, el fortalecimiento del sujeto se volvería contra él mismo. Razón por la cual, concluye Vattimo, ni siquiera la psicología, no digamos el estructuralismo, encuentra razones para retener la idea de sujeto y, en consecuencia, ha prescindido de él.

Aquí me veo obligado a discrepar de mi distinguido colega. Sencillamente, no es cierto que la idea de sujeto haya sido abandonada por la psicología científica actual ni por la tecnología del comportamiento. Tanto el sujeto como su conciencia hace ya tiempo que regresaron del exilio a que, no sin razones, les tuvo sometido la ciencia de la conducta durante su hegemonía. El estructuralismo no ha levantado la pena, quizá porque no pueda hacerlo, pero la psicología sí. Aunque modesta-

mente, por supuesto, la reincorporación a la terapia y la ingeniería humana, a la neurofarmacología, a la organización del trabajo o al urbanismo, de conceptos mentales como el sujeto y la conciencia, de algo ha servido para suavizar las tendencias deshumanizantes que padece la sociedad tecnificada.

Pero lleva razón Vattimo al afirmar que los posmodernos no sólo no creen en la posibilidad de rehumanizar la técnica, sino que tampoco quieren. Yo, en cambio, pienso lo contrario. Es posible que la técnica represente ese «máximo despliegue de la metafísica» que Heidegger ha llamado el «Ge-Stell», lo impuesto, esto es, lo que concatena en una misma dirección la actividad de todos los seres y, en definitiva, reduce a mecanismo, a relación de causa y efecto —o de estímulo a respuesta— la iniciativa humana. Si en verdad se trata o no de un despliegue de la metafísica, yo no lo sé. Pero de todos modos, justamente porque la objetividad ha crecido tanto y de la forma en que lo ha hecho, la posmodernidad debería dispensar cuidados exquisitos al sujeto que ha de manejarla.

El fin de la modernidad

En último extremo, lo que habría que saber es si la subjetividad y el humanismo modernos se han hundido por la pérdida de su fundamento o, por el contrario, lo que les pasa es que están siendo absorbidos por el torbellino de un proyecto desbocado.

Si nos situamos en el primer supuesto, nos vamos al mito de la Edad de Oro, o a la leyenda del buen salvaje, para terminar en que lo único que cabe recuperar de la guardarro-pía de la historia son caretas y disfraces, máscaras tan desangradas y espectrales como las sombras del Hades. Entonces, a la modernidad sólo cabe decirle adiós, porque a su tra-

vés se ha disuelto la posibilidad misma de la continuidad. De ahí que lo posmoderno se vea, desde esta perspectiva, como la despedida inexorable que el tiempo impone a un ser que ha perdido su condición fundante.

Si aceptamos, en cambio, que la modernidad ha reemplazado el origen por la originalidad y el fundamento por el proyecto; si convenimos en que así es como el hombre moderno ha traído a la tierra el mundo que no había en ella, entonces habrá que concluir que ha sido el mal uso de la técnica, y no la técnica misma, el principal determinante de los deterioros de la modernidad. Nietzsche buscaba un superhombre, vislumbrando tal vez lo difícil que iba a ser el manejo del mundo que se avecinaba, con su poderosa técnica y sus falsas seguridades. Excepto que lo que nos ha sobrevenido no ha sido el «Übermensch», sino, por el contrario, un «Überwelt», un gigantesco supermundo que nos atrapa entre sus engranajes y mecaniza nuestra capacidad de darnos destino. La propia desmesura de este mundo, que además de haber perdido su principio tampoco tiene fin, porque su progreso es indefinido, aconseja en efecto aligerar el peso de las cosas y moderar también las ambiciones de los hombres. Quizá sea así como prosperen las tres formas de pensar que propone Vattimo: un pensamiento de la fruición, de la contaminación y de lo impuesto. Tal vez por este modo alumbre un día la luz de un nuevo, «débilmente nuevo», comienzo, que flote entre los restos del naufragio.

Al hilo de estos susurros de esperanza se queda por fin en la penumbra el escenario de donde la modernidad se marcha, mientras entra de puntillas otra novedad más tenue. En la sinestesia de conceptos que reclama el tema, este final suena a muerte y transfiguración, sin timbales ni crepúsculo de dioses. El profesor Vattimo merece un largo y contenido aplauso. □

RESUMEN

Dentro de una tendencia, apreciable en los últimos tiempos, a ocuparse por escrito de la decadencia de Occidente, destaca, a juicio de José Luis Pinillos, esta obra de Gianni Vattimo, que trata del fin de la modernidad

desde una perspectiva filosófica. Pinillos, en su comentario, va recorriendo las teorías allí expuestas, en las que al final percibe «susurros de esperanza» que hablan de transfiguración más que de muerte.

Gianni Vattimo

El fin de la modernidad. Nihilismo y hermenéutica en la cultura posmoderna

Gedisa, Barcelona, 1987. 159 páginas.

Nueva imagen de nuestro Renacimiento

Por José Manuel Pita Andrade

José Manuel Pita Andrade (*La Coruña, 1922*) ha sido director del Museo del Prado y es miembro de la Academia de Bellas Artes de San Fernando, además de catedrático de Historia del Arte Moderno y Contemporáneo de la Universidad Complutense. Entre sus obras pueden citarse *Don Alonso de Fonseca* y el Arte del Renacimiento, La capilla real y la catedral de Granada, El Greco y La arquitectura española del siglo XVII.

Cuando está cerca el fin del siglo XX se filan con vigor nuevos modos de interpretar el arte español. La muerte, el 5 de octubre de 1986, de don Diego Angulo Iñiguez cerró un ciclo de grandes y concienzudos estudios que diseñaron los capítulos fundamentales de nuestra historia del arte, inscribiéndolos en el contexto de Occidente. No es éste el momento de hacer un balance de las valiosas aportaciones que hicieron factible estructurar estilos, tendencias y escuelas. Lo que importa destacar es cómo ahora asistimos a un debate que nos está llevando a una reinterpretación, en profundidad, de aquellas etapas y a la revisión de sus límites cronológicos. Un análisis cada día más riguroso de los nexos que existen entre las creaciones de España y de otros países como Italia ha ido desmitificando los rasgos diferenciales y, sobre todo, la originalidad a ultranza de nuestro arte. Todo ello reconociendo que las tesis renovadoras no hubieran sido posibles sin los estudios, siempre admirables y fecundos, de aquellos grandes maestros. También en esto cada día España es menos diferente.

Vienen a cuento estas cosas tras la lectura atenta de la excelente obra de Fernando Marías sobre *La arquitectura del Renacimiento en Toledo (1541-1631)*. Fruto de muchos años de trabajo (concebido como tesis doctoral), la publicación de sus cuatro densos volúmenes se fue escalonando desde 1983 hasta bien avanzado 1986. Estamos pues ante un estudio que se gestó lentamente (sin precipitación, pero sin tregua, como diría Juan Ramón Jiménez), porque ha exigido minuciosas rebuscas en los archivos, la elaboración de monografías sobre grandes y pequeños arquitectos y maestros, el análisis pormenorizado de edificios religiosos y civiles de la provincia de Toledo o de otros de Avila, Cáceres, Ciudad Real, Guadalajara y Madrid, que por razones estilísticas debían tenerse en cuenta. Pero esto (con ser mucho y resultar digno de ser valorado) tal vez no nos hubiera movido a llamar la atención de los lectores, si en esta obra no se plantease una nueva caracterización de nuestro Renacimiento, aunque centrándola, claro está, en Toledo.

Ciudad imperial

La urbe que, siguiendo un manido tópico, llamaremos «Ciudad Imperial», se convirtió, en tiempos de los primeros Austrias, en un enclave de primer orden por la relevancia de sus monumentos. De ello no hay duda; los interrogantes se abren cuando se abordan problemas de filiación artística, de cronología, de conexión con otros focos. ¿Cuál es el papel que juega Toledo en la gestación del Renacimiento, al lado de Guadalajara, Salamanca o Granada? ¿Y qué puesto ocupa según avanza el tiempo y se suceden fecundas experiencias? Cuando acaban de concluir los ecos de las conmemoraciones centenarias del Escorial se acumulan otras preguntas sobre el puesto del singularísimo monasterio en el final de una etapa. La obra de Fernando Marías nos introduce en un escenario que no puede disociarse (y que el autor, desde luego, no disocia) de un complejo entorno; pero se inscribe en unos límites cronológicos peculiares (1541-1631) que no dejan de producir una leve desazón. Aunque admitamos que unas fechas

son siempre un punto de referencia convencional, nos preocupa que, junto a un título, puedan servir para enmarcar una etapa artística, en éste el Renacimiento. Su punto de partida se fija, nada menos, que en el comienzo de la quinta década del siglo XVI. Otro gran estudioso de la arquitectura, Agustín Bustamante, situaba el inicio de la fase «clasicista del foco vallisoletano» en 1561 (ver la monografía publicada por la Institución Cultural Simancas en 1983), mientras José Manuel Gómez-Moreno Calera utilizaba el período 1560-1650 como de «transición del Renacimiento al Barroco en la arquitectura religiosa granadina» (tesis doctoral defendida el 12 de septiembre de 1987). Podríamos poner otros ejemplos que acreditan disparidad de criterios al establecer nomenclaturas y períodos en una de las épocas más trascendentales del arte occidental.

Esquema en crisis

Es obvio que ha hecho crisis un esquema mantenido por nuestros maestros (el último, recordémoslo, sería don Diego Angulo) y que Fernando Marías sometió a rigurosa revisión

con un afán clarificador que hemos de agradecerle. ¿Cabe seguir hablando de los estilos «plateresco», «purista» o «herreriano» para designar tres etapas del Renacimiento español, encajables, aproximadamente, en sendos tercios del siglo XVI? ¿En qué medida debe incorporarse el término «manierismo» a nuestro vocabulario para designar un estilo diferenciado, con personalidad propia, vigente en las últimas décadas del siglo XVI y primeras del XVII? Advertimos que, además de las expresiones que hemos ido barajando, hay otras que han hecho fortuna sustituyendo a la voz «manierismo», cuya expansión internacional resulta evidente; me refiero a términos como «escurialense», «trentino» (introducido por Camón Aznar con cierto éxito), «protobarroco», etc. No hace falta ir más lejos para comprender hasta qué punto nos encontramos en una encrucijada donde no resulta fácil acertar con el mejor camino.

Un hecho incuestionable es que está de moda ocuparse del Renacimiento español. Sin referirnos a las numerosas exposiciones y trabajos realizados con motivo del centenario del Escorial y sin salirnos de la arquitectura, añadamos algunas aportaciones. De acontecimiento puede considerarse la aparición de la

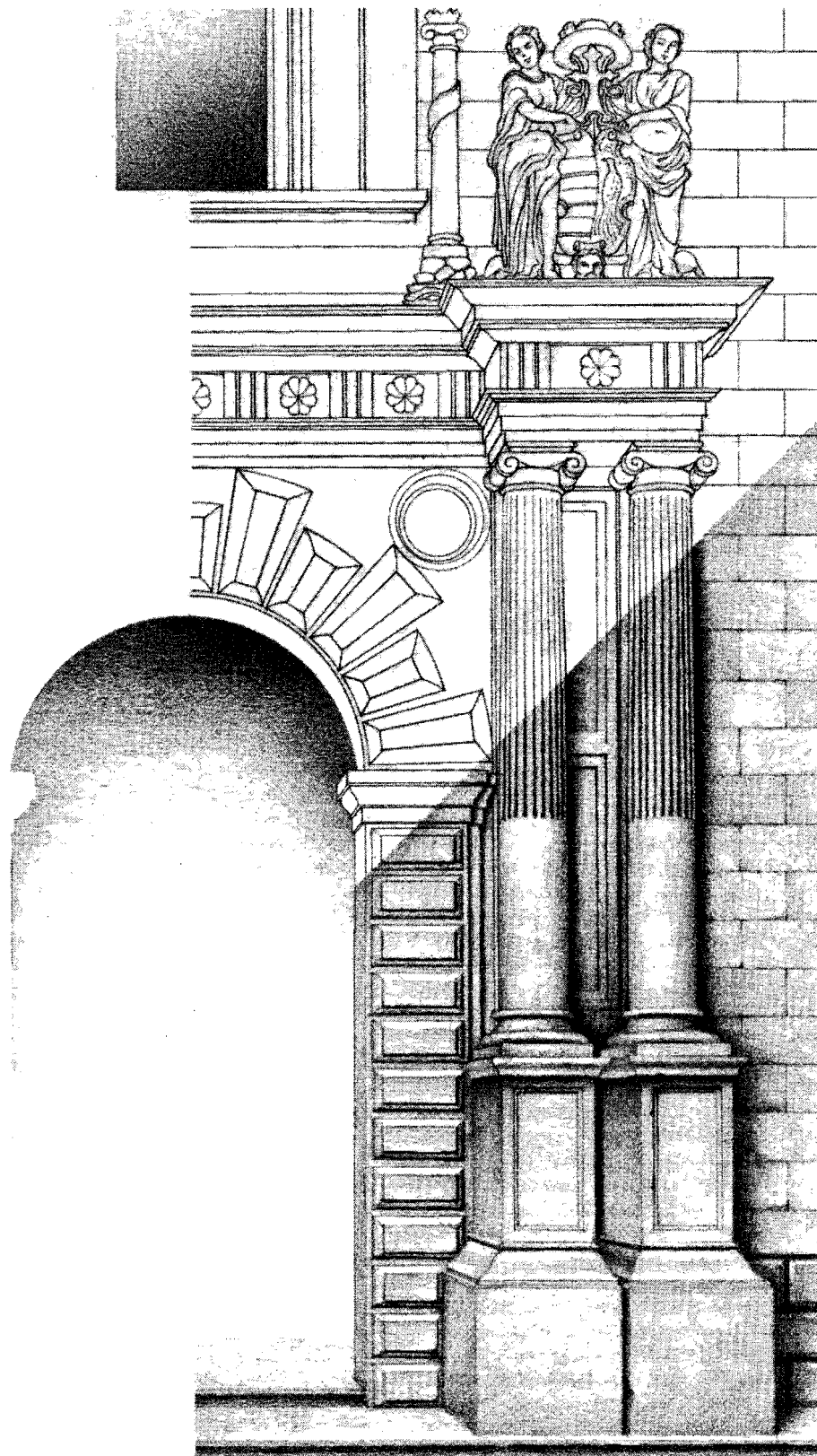
esperada y magistral monografía de Rosenthal sobre el palacio de Carlos V en Granada (Princeton, 1985); dentro de esta ciudad merece destacarse la visión de la arquitectura civil y del urbanismo debida a Rafael López Guzmán (1987) y el «Seminario sobre arquitectura imperial», llevado a cabo en el seno de su Universidad (mayo de 1987) con participación de numerosos especialistas dirigidos por Rosenthal. En Salamanca habría que destacar los novedosos trabajos de Álvarez Villar y Casaseca. La Diputación palentina patrocinó unas «Jornadas sobre el Renacimiento en la provincia...», con interesantes ponencias sobre monumentos y retablos, impresas en 1987. El antiguo Alcázar de Madrid, aunque desaparecido, reclama la atención de los estudiosos. Otros escenarios han merecido investigaciones recientes. Así, un rico acervo bibliográfico nos está llevando a un cambio de imagen de nuestro Renacimiento. Pero sin perdernos en la fronda concentrémonos en Toledo y en la obra de Fernando Marías.

La «Ciudad Imperial» puede servirnos, en la multiforme España del siglo XVI, como paradigma del peculiar modo que tuvieron nuestras más importantes urbes de ponerse en contacto y asimilar el Renacimiento. Circunscribiéndonos a la arquitectura habría que empezar por ver dentro de qué límites Toledo acabó erigiéndose en centro de un foco artístico que irradió bastante más allá de su propia provincia. Marías es consciente de la existencia de una arquitectura digna de llamarse «toledana» por encima de convencionales límites administrativos, haciendo factible una caracterización. Partiendo de un fenómeno urbano tiene en cuenta las experiencias que emanan de él como fruto de la actuación personal de unos maestros o de unas instituciones de tipo preferentemente religioso. Queda así expresada una dicotomía donde alcanza toda su relevancia el artista y el patrón o, como suele decirse ahora, el «comitente».

Otras coordenadas que tiene en cuenta Marías se relacionan con lo que él llama «límites cronológicos» y «estilísticos». En relación con los primeros ya hemos apuntado nuestra sorpresa. Establece «dos fechas cuyo valor de apertura y cierre será más simbólico que real: 1541 y 1631». La primera corresponde al comienzo del Hospital Tavera, que considera, con Gómez-Moreno, creación príncipe del «Renacimiento castellano y, por tanto, toledano»; la segunda coincide con la muerte de Jorge Manuel Theotocópuli, con quien acabaría la «escuela toledana». Ambos hitos tienen que ver con los límites estilísticos que fuerzan a Marías a internarse en el enmarañado campo de la terminología. Quienes se interesen por el tema deben acudir a las páginas 22 y siguientes del tomo I; aquí sólo podremos rozar la cuestión.

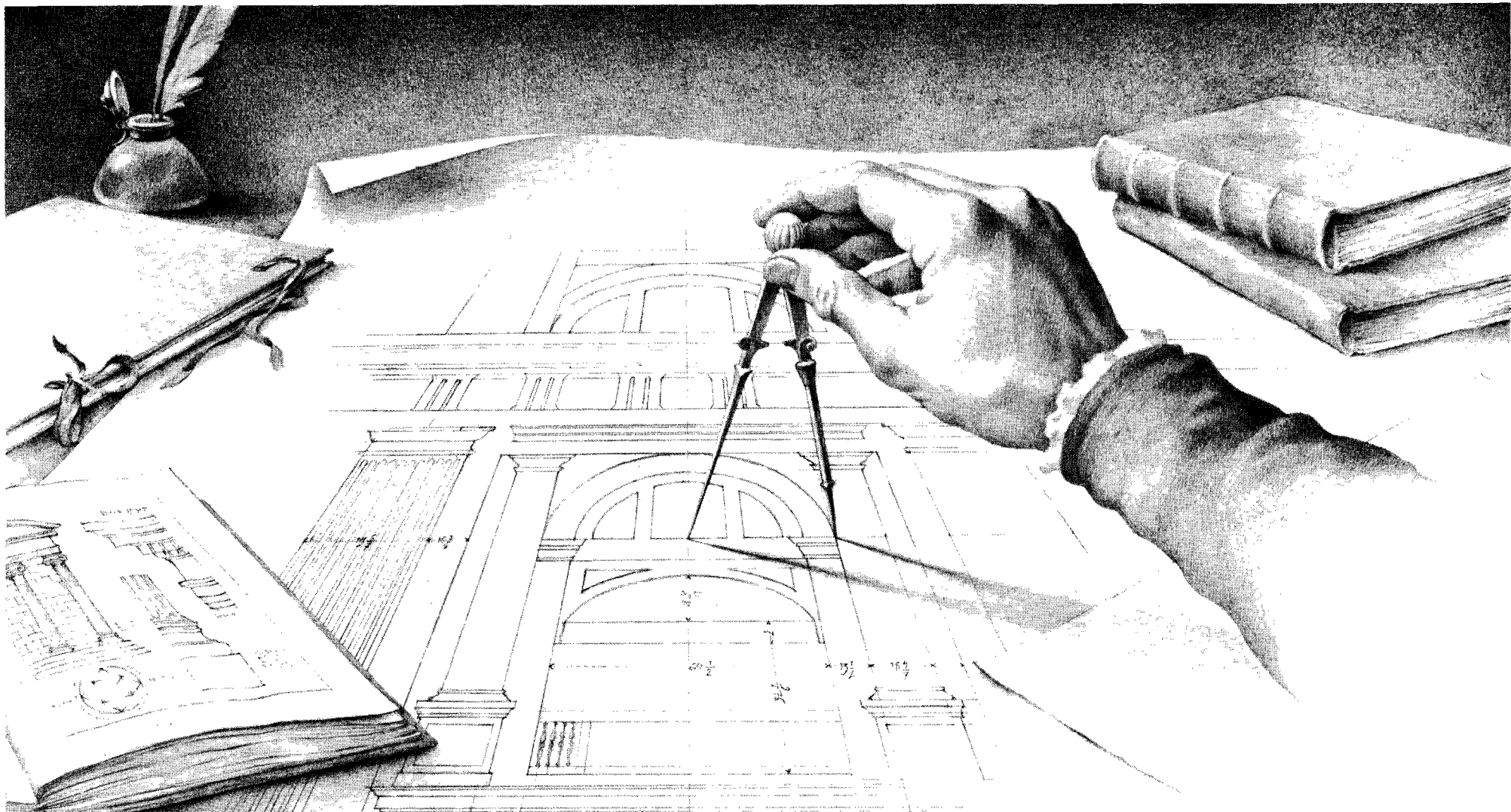
Covarrubias

Simplificando mucho cabría decir que el caballo de batalla se centra en torno a dos conceptos apuntados antes: el de «plateresco», referido a las obras que introducen un repertorio ornamental de ascendencia italiana (manteniendo estructuras arquitectónicas góticas), y el de «manierismo», mucho más difícil de apretar por el abuso de este término, que acabó aplicándose a obras y períodos dispares. Si Marías, con buen criterio, considera que lo «plateresco» alude a un entorno epidérmico y no es, en puridad, arquitectura, hemos de convenir que la del Renacimiento toledano sólo comienza en la quinta década del siglo XVI. Mas ello comporta una grave sacrificio: el de cercenar en la valoración de un estilo su complejo proceso de gestación, cosa que, por fortuna, no hace nuestro autor. Utilícese, si se quiere (como hizo Santiago Sebastián), el prefijo «proto» para registrar los primeros síntomas de un trascendental cambio estilístico



FRANCISCO SOLE

Viene de la página anterior



FRANCISCO SOLE

con amplias resonancias ideológicas. Sería así «protorrenacentista» el arte que, dentro de la órbita toledana, tuvo plasmación en la obra de Alonso Covarrubias, que se estudia como figura cumbre, anterior a 1541.

En 1988 se celebra el quinto centenario del nacimiento de Alonso Covarrubias, que vio la luz en la toledana villa de Torrijos. Murió, a los ochenta y dos años, en 1570; considerando que desde los veintidós su vida tuvo que ver con su profesión y que su actividad se prolongó hasta última hora, constituye el más aleccionador ejemplo de la trayectoria seguida por el arte toledano en una gran parte del siglo XVI. Actuó como «moderador» de una serie de cambios y sin ser genial, o tal vez por eso mismo, su personalidad sirve mejor que ninguna otra para valorar el ambiente artístico de la urbe antes de la llegada de El Greco. Covarrubias contribuyó a dar a Toledo un perfil clasicista que queda bien patente en la más importante de sus creaciones: el Hospital Tavera. Al analizar su actividad entre 1510 y 1541 por tierras de Salamanca, Sigüenza, Guadalupe, Guadalajara (en 1526 se estrena, como tracista, en el Convento de la Piedad), Compostela, Alcalá, Lupiana, Yepes, Alcázar de Madrid... y, dentro de la «Ciudad Imperial», en el Hospital de Santa Cruz, en la Catedral Primada (con la Capilla de Reyes Nuevos), en San Clemente, etc., pensamos si no resultará demasiado tímido por parte de Marías esperar a que Covarrubias alcanzara los cincuenta y tres años para vincularle, con todos los títulos, al Renacimiento. El magistral estudio que hace de este maestro, con una incisiva valoración de sus obras posteriores a 1541, confirma no obstante que con el Hospital Tavera se inicia una etapa de plenitud en la arquitectura toledana que tuvo brillante continuidad en el Alcázar. Es indispensable recorrer las páginas de la monografía de Marías para acabar de comprender la personalidad de esta figura clave que «se nos aparece como uno de los grandes arquitectos de nuestro Renacimiento, como uno de los primeros —con Machuca y Siloe— que supo, sin estar nunca en Italia como ellos, comprender el sig-

nificado y los fundamentos de la arquitectura «a la antigua», que supo, en suma, ser un clasicista».

El estudio monográfico de Covarrubias es el gran punto de arranque (no podía ser de otro modo) de la parte que dedica Marías a estudiar los «arquitectos y maestros». La valoración que se hace de los primeros tiene capital interés para fijar el verdadero papel que jugaron muchos de ellos en el diseño de un estilo que iba a imprimir carácter a la urbe. En este sentido resulta muy interesante el juicio que se hace sobre la presencia de Juan de Herrera en Toledo, especialmente en el Alcázar, donde trazó la fachada sur, el cuarto meridional con la capilla, el alzado de la caja de la escalera y el segundo piso del claustro, con elementos «de pura tradición serliana». Otros arquitectos como Bustamante (estudiado antes por Alfonso Rodríguez de Ceballos) son objeto de una rigurosa revisión crítica. Pero dejando a un lado estas y otras figuras representativas, como Francisco de Villalpando, Nicolás de Vergara o Juan Bautista Monegro, importa destacar lo que nos dice sobre El Greco y su hijo Jorge Manuel como arquitectos.

Vocación de El Greco

El análisis de la personalidad del cretense, en un campo que sin duda sedujo al pintor, se hacía del todo necesario. Recordar las alusiones de contemporáneos y tratadistas (desde Pacheco a Ceán), revisar cuanto se ha dicho sobre las trazas que se le han atribuido (en especial de retablos), comentar la escasa importancia que tienen los fondos arquitectónicos en los cuadros de época toledana, es tarea muy provechosa, aunque resulte un tanto desmitificadora. Sólo echamos de menos que no se incorporaran al texto algunas de las preciosas observaciones hechas por el mismo Marías y Agustín Bustamante a los «marginalia» descubiertos por ambos en un ejemplar de la obra de Vitruvio que poseyó el artista. Porque en estas anotaciones se expresa, in-

equivocamente, la vocación de El Greco por la arquitectura. Convendrá, pues, acudir a esta publicación (*Las ideas artísticas de El Greco*, Madrid, 1981).

Resulta penoso, pero justo, el juicio que se hace sobre Jorge Manuel Theotocópuli. Su vida, cargada de frustraciones, siempre a la sombra de su padre y preñada de conflictos al desaparecer éste, no pudo enderezarse por un campo que tal vez le hubiera brindado algunos éxitos. Marías se pregunta qué supone el hijo de El Greco en la arquitectura toledana. La respuesta es terminante: «Prácticamente nada.» El que, pese a esta realidad, haya elegido la fecha de la muerte de Jorge Manuel (1631) como límite cronológico de su estudio del Renacimiento en Toledo, debe interpretarse como un acto de extrema generosidad, aunque realmente la nómina de arquitectos se cierre con el carmelita Fray Alberto de la Madre de Dios, maestro foráneo que abre una nueva etapa.

No prolongaremos nuestro comentario glosando las noticias que se recogen sobre los maestros de obras y sobre un crecidísimo repertorio de edificios. Contienen un impresionante caudal de datos, fruto de pacientes investigaciones, muchas de ellas de primera mano. Abruma el catálogo de construcciones civiles de carácter público (con puentes, puertas y plazas incluidos) y de casas que comple-

tan el de templos, monasterios y conventos toledanos. Fuera de la ciudad impresiona la proyección de la arquitectura toledana por la provincia y en lugares a veces tan alejados como San Miguel de los Reyes, en Valencia. Este copioso acervo monumental consiente tener una dimensión veraz de uno de los focos más importantes de nuestro Renacimiento, donde conviven obras de gran aliento con otras casi insignificantes. Merced al gran esfuerzo realizado puede revivirse una etapa decisiva de la historia de la «Ciudad Imperial». El trabajo de Fernando Marías se convierte así en el más vibrante testimonio de lo que fue la urbe en la época de El Greco.

Antes de terminar habría que preguntarse, tras repasar los numerosos planos y fotografías que ilustran esta importante obra, si la arquitectura del Renacimiento en Toledo se nos ofrece con una fisonomía diferenciada dentro de nuestro país. La respuesta no es fácil, aunque los rigurosos análisis tipológicos que se hacen en el tomo I pueden ser un buen camino para establecer (véase la página 106) «el estilo imperial del Toledo del Quinientos», dentro de un vasto fenómeno clasicista y con todas las dudas que el autor deja en pie. Marías acaba sintiéndose atraído por lo que Chueca denominó «herrerrianismo manierista», temperado en su frialdad (dice nuestro autor) «por un eco de Serlio». □

RESUMEN

El estudio que hace Fernando Marías de la arquitectura del Renacimiento en Toledo, plantea unas cuestiones previas que incitan a revisar una serie de conceptos sobre el significado del arte del siglo XVI en España. Esta

nueva visión, centrada en la «Ciudad Imperial», se muestra dentro de unos límites cronológicos convencionales (1541-1631) a través de un riguroso análisis de los arquitectos, maestros y obras.

Fernando Marías

La arquitectura del Renacimiento en Toledo (1541-1631)

Tomos I-IV, C.S.I.C.-Instituto Provincial de Investigaciones y Estudios Toledanos, Madrid, 1983-1986. 1482 páginas con 101 figuras + CXLIII con 524 grabados.

Los electrones, los átomos y los núcleos

Por Ramón Pascual

Ramón Pascual (Barcelona, 1942) es catedrático de Física Teórica de la Universidad Autónoma de Barcelona y rector de la misma. Ha sido profesor en las Universidades de Valencia, Zaragoza y Complutense y Autónoma de Madrid, así como investigador de la JEN (Madrid), del ICTP (Trieste), del CERN (Ginebra), de Orsay (París) y del Rutherford Laboratory (Oxford).

En los últimos años se han producido varios intentos de aproximar el mundo de la Ciencia Moderna, y en particular de la Física, a públicos cada vez más amplios. Las causas de estos intentos pueden estar ya sea en un afán de mitigar el divorcio entre las dos culturas, del que nos hablara ya en 1959 C. P. Snow, ya sea en el aumento del interés general en saber en qué consisten las revoluciones científicas y técnicas de las que tanto se habla hoy en día y de las cuales es cada vez más claro que no pueden permanecer ausentes ni las personas de «cultura humanística». Que los intentos han existido lo prueba cualquier ojeada a los catálogos de muchas editoriales o las inclusiones de materias científicas en los currícula básicos de algunas universidades, como la propia Universidad de Harvard, donde Weinberg dio el curso que originó el libro que comentamos. Que los intentos hayan tenido éxito es otro asunto.

La probable falta de éxito puede deberse a distintas causas. Una de ellas puede ser la mala calidad de los libros publicados o su escasa capacidad de comprensión por parte del público amplio al que van dirigidos. Por un lado, no siempre los científicos más reputados tienen tiempo ni interés en estas obras de divulgación que no suelen reportarles aumentos de su prestigio científico, ni, por otro lado, es fácil hacer llegar conceptos complicados a públicos amplios, sobre todo si éstos desconocen la «lengua matemática», en la cual ya dijo Galileo que está escrito el libro del universo y «sin cuyo medio es humanamente imposible entender una palabra». Por ello es elogiada la existencia de colecciones dedicadas a la divulgación rigurosa y atractiva de los temas científicos más actuales y fundamentales, tales como la colección a la que pertenece el libro que vamos a comentar, la colección de la prestigiosa revista norteamericana «Scientific American», editada en castellano por la Editorial Prensa Científica, editora también de la traducción de la revista y a la que pertenecen algunos otros títulos que, con su estilo atractivo, seguro que despertarán la curiosidad del lector inquieto.

El libro que comentamos puede ser uno de los candidatos a superar las dificultades mencionadas. Por un lado, su autor es un muy cualificado premio Nobel de Física, premio que recibió junto con Abdus Salam y Sheldon Glashow en 1979 por su teoría unificada de las interacciones electromagnéticas y las interacciones nucleares débiles (las responsables de los fenómenos de desintegración beta de los núcleos radiactivos), teoría elaborada en 1967, confirmada en 1972 en el CERN, el Laboratorio Europeo de Partículas Elementales, al comprobarse experimentalmente la existencia de las llamadas corrientes neutras, y reconfir-



ALBERTO URDIALES

mada en el mismo CERN en 1982 al detectarse las partículas W y Z que predice la teoría. El autor, cuya calidad científica queda ya probada con la mencionada muestra de su trabajo científico original, tiene además cualidades didácticas, como prueba, por ejemplo, su famoso texto sobre la teoría de la Gravitación (*Gravitation and Cosmology*, John Wiley and Sons, 1972), y también cualidades divulgadoras, como refleja su libro *Los tres primeros minutos del Universo* (Alianza, 1978), descripción interesante (si bien ya algo anticuada) y dirigida a un público amplio, de la teoría del «Big-Bang» o de la «Gran Explosión», el fenómeno que es mayoritariamente aceptado como origen del universo en expansión en que vivimos.

El contenido del libro tiene un ámbito relativamente modesto. No pretende describir todo el mundo de las partículas subatómicas, sino que se limita a describir cómo se generaron y en qué consisten algunas ideas que son empleadas masivamente por la gente, aunque pocos distinguen de qué se trata. El meollo del libro nos cuenta en qué consistió el descubrimiento del electrón, qué es el átomo y qué es el núcleo del átomo. Se trata de conceptos muy usuales; ¿quién no habla hoy día de la «electrónica», o de las centrales «nucleares», o de las bombas «atómicas» (a las que, por cierto, debería llamarse nucleares)? Pero uno se pregunta si cualquier persona que tenga un nivel cultural equivalente a un bachillerato tiene ideas claras sobre estos temas. Por descontado que si una persona con un tal nivel cultural desconoce quién es, por ejemplo, Cervantes, socialmente será considerado un inculto, o más probablemente ocultará pudorosamente su ignorancia. Pero si lo que desconoce la tal persona es quién era Newton, o el contenido esencial de sus Leyes del Movimiento o de la Gravitación Universal, no solamente no será tachada de inculta, sino que es muy probable que haga gala de su desconocimiento. Y lo

mismo se podría decir respecto a autores más modernos, como, por ejemplo, James C. Maxwell, que a mediados del siglo pasado logró la descripción unificada de las leyes de la electricidad y del magnetismo, o bien de los autores básicos de las revoluciones físicas de este siglo, la relatividad y la mecánica cuántica.

Conviene aclarar, antes de seguir adelante, que aunque el libro toma una perspectiva histórica en su exposición de los descubrimientos del electrón, el protón y el neutrón, en modo alguno debe considerarse que se trata de una historia de la ciencia, pues aunque se citan muchos hechos e incluso algunas citas textuales de los descubridores, el intento de Weinberg es introducir al lector a las ideas físicas, no a la historia de la ciencia. Y también conviene señalar que aunque se trata de un libro de divulgación, pocos serán los físicos profesionales que no aprendan algo nuevo con la lectura del libro, pues contiene algunas ideas o aspectos poco conocidos que no suelen estar presentes en los manuales o textos ordinarios.

Es algo evidente que un lector sin más formación científica que la de un nivel equivalente al ingreso en la Universidad no puede comprender a fondo las cuestiones de que trata el libro, pero ello no le dificultará la lectura, ya que el autor separa cuidadosamente aquellos aspectos que precisan un, por otro lado sencillo, aparato matemático en un conjunto de apéndices de los que el lector puede ensayar la comprensión según sus conocimientos, o puede omitir sin problemas. También el profesor Weinberg introduce en el texto principal las secciones «retrospectivas» necesarias para exponer aquellos conceptos de la física clásica que son imprescindibles para captar la esencia de las ideas que expone.

Como hemos indicado, el contenido del libro no pretende abarcar toda la extensión del fascinante mundo de lo inmensamente pequeño, el mundo de la física, de las partículas elementales o de las altas energías, las mayores energías alcanzables mediante los modernos sincrotrones, sucesores de los primitivos aceleradores que Weinberg nos describe (mundo que, curiosamente, cada vez más está ligado al mundo de lo inmensamente grande, la Cosmología residual de la Gran Explosión que dio origen al universo y en la que hubo una concentración de energía inalcanzable con los actuales métodos de aceleración). Por el contrario, se limita a los apartados mencionados, a los que dedica las tres partes del libro, después de una introducción: el descubrimiento del electrón, la escala atómica y el núcleo. Aunque una ojeada a estos títulos puede sugerir

que se trata de temas expuestos ya repetidas veces y sobre los que se ha escrito mucho, el autor introduce enfoques nuevos que justifican su lectura y logra además reflejar las características del mundo de la investigación, relatando muchos detalles de los experimentos que suelen omitirse.

Weinberg finaliza la exposición con un apartado que contiene la descripción de las partículas elementales más corrientes y acaba con una breve referencia al modelo de los «quarks», un paso más en la escala de estructuras cada vez más pequeñas de la materia: átomos formados por núcleos y electrones corticales, núcleos formados por protones y neutrones, protones y neutrones formados por «quarks»..., por no citar posibles extensiones, sobre las que se especula ampliamente entre los físicos de partículas elementales y hacia las que se dirigen los mayores esfuerzos investigadores en todos los países del mundo. En este sentido el libro es algo anticuado (la versión americana es de 1983, pero el texto es de mayo de 1982), pues habla de que los físicos esperan aún hallar nuevas partículas, mencionando explícitamente las requeridas en su teoría electrodébil, los bosones vectoriales intermedios Z y W y los bosones de Higgs. Como hemos dicho, el Z y el W fueron descubiertos en 1982. Pero de lo que se trata no es de divulgar lo último, que dada la velocidad de evolución de la Física Moderna siempre estará anticuado, sino de divulgar bien las bases para poder comprender futuros avances que el lector interesado puede hallar, por ejemplo, en los títulos citados en la bibliografía adjunta.

Señalemos para acabar que Weinberg anuncia en el prefacio futuras contribuciones sobre la física del siglo XX, concretamente sobre la Relatividad y la Teoría Cuántica, siempre en la línea de revisar radicalmente la manera cómo la ciencia se presenta a los no científicos. □

RESUMEN

El profesor Pascual piensa que es positivo el intento de aproximación de las dos culturas, la humanista y la científica, que tradicionalmente aparecen divorciadas, el llevar la Ciencia Moderna, y en este caso la Física, a

públicos más amplios. En esta línea se encuentra la obra del Premio Nobel de Física Steven Weinberg, que trata de hacer comprensible en qué consiste el descubrimiento del electrón, qué es el átomo y qué es el núcleo del átomo.

Steven Weinberg

Partículas subatómicas

Labor, Prensa Científica, Barcelona, 1985. XVI+208 páginas.

En el próximo número

Artículos de Francisco García Olmedo, Antoni M. Badia, Manuel Alvar, Juan José Martín González, Javier Muguerza, Olegario González de Cardedal y Elías Díaz.

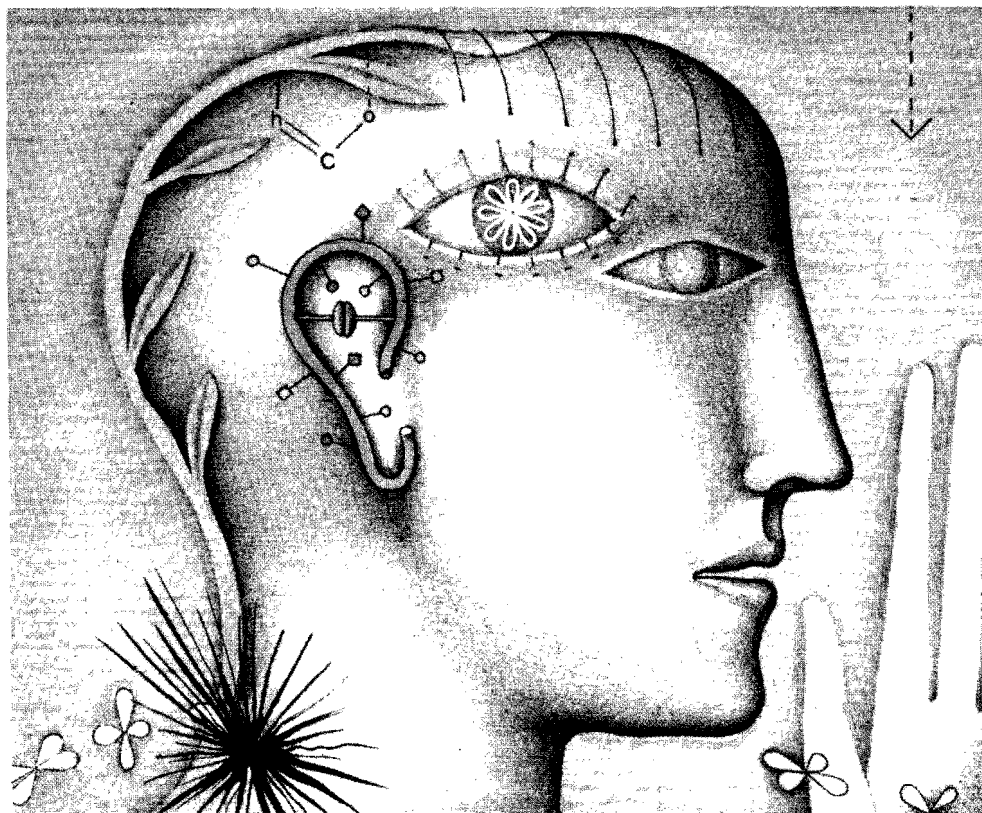
Biología molecular del gen

Por Francisco García Olmedo

Francisco García Olmedo (Cádiz, 1938) es catedrático de Bioquímica y Biología Molecular en la Universidad Politécnica de Madrid y ha sido profesor visitante en el Departamento de Agronomía y Genética Vegetal de la Universidad de Minnesota. Dirige un grupo de investigación sobre genética molecular de plantas cultivadas, tema sobre el que ha publicado cerca de un centenar de trabajos.

Es comparativamente reducido el número de biólogos experimentales de elite que hayan escrito libros —si exceptuamos algunas desvaídas memorias o ciertas reflexiones «filosóficas» de final de trayecto— y es posible que esto se pueda también decir respecto a científicos de otras áreas en rápida evolución. Escribir un libro siempre lleva consigo el riesgo de la decepción, si el producto resulta fallido, pero ésta es pasajera y el riesgo desdeñable si se compara con el que comporta el éxito, ya que éste esclaviza al autor durante muchos años, imponiéndole el recurrente esfuerzo de actualizar el texto, lo que puede interferir seriamente con su tarea experimental primaria. James D. Watson no ha sido, ni remotamente, tocado por este maleficio, ya que, tras una precoz graduación en la Universidad de Chicago y un doctorado a la sombra de Salvador Luria y de Max Delbrück, había ya rendido su tributo a la ciencia experimental a la temprana edad de veinticinco años, dilucidando, junto con Francis Crick, la estructura del ADN. Su tarea como publicista no la inició hasta bien avanzada su treintena, ya premio Nobel, cuando sus responsabilidades estaban totalmente alejadas de las exigencias diarias de la experimentación.

Es autor Jim Watson de dos de los libros cumbres de la literatura científica del siglo XX: *Molecular biology of the gene* (1965) y *The double helix* (1968), y además ha sido coautor de otros tres: *The DNA story* (1981), *Molecular biology of the cell* (1983) y *Recombinant DNA* (1983), que completan lo que podíamos denominar la «constelación Watson», un conjunto coherente que abarca desde la autobiografía cuasinolesca y la historia documental hasta la exposición sistemática y clarificadora del renacimiento explosivo de la ciencia de la vida. Puede decirse además que este importante y poco convencional «corpus» lleva implícita una nueva visión de la ciencia actual, que trasciende a la Biología, y ha supuesto un nuevo estilo de comunicarla, el cual



FRANCISCO MELENDEZ

ha impregnado la voluminosa bibliografía biológica de estas últimas décadas.

Dos acontecimientos recientes, la publicación de la cuarta edición de *Molecular biology of the gene* y la de la primera edición española de *Recombinant DNA*, sirven de pretexto para las presentes reflexiones.

Con la publicación de *Molecular biology of the gene* en 1965 —apenas una docena de años después del establecimiento de la estructura en doble hélice del ADN y cuando se está a punto de completar el descifrado de la clave genética— Watson levanta acta de lo que supone una nueva visión del mundo biológico. Es la primera formulación integral de los procesos celulares en términos moleculares, donde la célula no sólo se considera como un sistema termodinámico, que transforma e intercambia energía con el universo circundante, sino también como sede de procesos informáticos cuya naturaleza molecular se ha empezado a establecer con certeza, y donde, además, tanto las transacciones termodinámicas como las informáticas tienen una base común a la que pueden ser reducidas desde la óptica de la Física y de la Química.

El origen del enfoque físico del enigma de la vida, que a la larga contribuiría a la aludida visión reduccionista, habría que buscarlo en una publicación —hoy famosa, oscura en su tiempo— de Timofeeff, Zimmer y Delbrück, aparecida en 1935, en la que se formuló la hipótesis de que el gen pudiera ser una entidad polimérica resultante de la repetición (aperiódica) de estructuras atómicas idénticas. Este enfoque había de ser popularizado y, en cierto modo, distorsionado por el físico Erwin Schrödinger en su conocidísimo texto *What is Life?*, publicado en 1944. Las dificultades de este físico teórico, heredero de Boltzmann, para explicar la estructura material de la vida en términos físicos estribaban en las aparentes contradicciones entre el fenómeno vital y las leyes estadísticas de la Física. Pero, como ha señalado Max F. Perutz, en un devastador comentario publicado recientemente en la revista «Nature», estas contradicciones eran susceptibles de ser resueltas invocando una ciencia prácticamente ignorada por Schrödinger en su ensayo: la Química. En efecto, un elemento esencial, quizás el más importante, que sirve de base a la síntesis realizada por Watson es todo el cuerpo teórico compendiado en la famosa obra de Linus Pauling *The nature of the chemical bond* (inicialmente publicada en 1931 y que alcanzó su tercera revisión en 1960). Estos ingredientes conforman el esqueleto de la obra de Watson en una formulación que conecta sin ambigüedades con el problema biológico y que ocupa dos capítulos en las ediciones más tempranas. «La importancia de las interacciones químicas débiles» y «El concepto de las superficies matriciales (templates)» son los títulos de estos dos capítulos, el segundo de los cuales ha quedado subsumido en el resto del texto en la última edición. Los múltiples enlaces químicos débiles que pueden darse en-

tre superficies moleculares complementarias, generando lo que Watson llama «adhesividad (‘stickiness’) selectiva» entre macromoléculas, no sólo sirven, como ya se sabía, para explicar la catálisis enzimática específica, responsable de las transferencias de energía, sino que son también el fundamento del mecanismo por el cual una macromolécula puede servir de molde o matriz para la síntesis de otra complementaria, operación unitaria en la transferencia y expresión de la información genética.

La visión de Watson en las primeras ediciones es también reduccionista a un nivel más obvio, el de la idea de que «lo que es verdad en ‘Escherichia coli’ es verdad en el elefante». Esto no era óbice para que el libro, que se iniciaba con una brillante revisión del mundo mendeliano y de la bioquímica clásica, terminara con el planteamiento de temas más propios del elefante que de la bacteria, tales como las bases moleculares de la embriología y del desarrollo, de la inmunología y del cáncer.

La colectivización de una obra

Han pasado veintidós años desde la primera edición —once desde la tercera— y éstos han sido testigos de una verdadera revolución científica que ha conferido un matiz marcadamente biológico a la cultura de final de siglo. Lo que fuera escueta obra de un solo autor se ha convertido, a la hora de su revisión, en un desafío formidable que ha requerido el concurso de cuatro coautores adicionales, los cuales han sido responsables de la puesta al día de 16 de los 28 capítulos de que consta la nueva versión, así como del de más de setenta especialistas que respectivamente han revisado aspectos parciales de ésta. El mero volumen y la complejidad de la ciencia de nuestros días han convertido a los libros de un solo autor en especie a extinguir, mientras que los libros colectivos al uso, salvo excepciones, suelen fallar tanto en su gran diseño global como en la realización de éste, casi siempre apresurada, de tal modo que más parecen fragmentados mosaicos abstractos que nítidos reflejos del estado de nuestros conocimientos en el área concreta abordada. El que algo tan específico como la biología molecular del gen —en definitiva, un aspecto parcial de la Genética— haya acabado sucumbiendo a esta inexorable tendencia colectivizadora es ciertamente significativo. En este caso, sin embargo, esto se ha hecho sin incurrir en los defectos antes aludidos, porque aunque se trata de una profunda revisión, se ha respetado el cañamazo de la obra inicial, resultando así un todo coherente, con unidad de estilo y sin incongruencias internas. El texto ha crecido sustancialmente, habiéndose fraccionado en dos volúmenes de mayor formato que las ediciones anteriores, respectivamente dedicados a los principios generales y a los aspectos especializados de la función génica.

La genética bacteriana y los procesos informáticos —replicación, transcripción y traducción— regidos por la clave genética siguen ocupando una parte importante del primer volumen, ya que aunque sus rasgos esen-

En este número

Artículos de

| | | | |
|----------------------------|-----|-------------------------|-------|
| Francisco García Olmedo | 1-2 | Javier Muguerza | 8-9 |
| Antoni M. Badia i Margarit | 3 | Olegario G. de Cardedal | 10-11 |
| Manuel Alvar | 4-5 | Elías Díaz | 12 |
| Juan José Martín González | 6-7 | | |

SUMARIO en página 2





Biología molecular del gen

ciales eran ya conocidos en 1965, las aportaciones realizadas al conocimiento de los procariontes en los años subsiguientes han sido ingentes. Sin embargo, la parte más novedosa de este volumen se refiere a los sistemas eucarióticos e incluye un breve tratamiento de las recientemente desarrolladas técnicas de ingeniería genética.

El segundo volumen aborda temas candentes de la biología actual, sobre los cuales se está concentrando una parte mayoritaria del esfuerzo investigador del momento: los recientes avances sobre los aspectos moleculares del desarrollo, de la especificidad inmunológica y de la extraordinaria diversidad de los virus eucarióticos, así como, muy prominentemente, del estudio del cáncer a nivel genético molecular, al que se dedican tres capítulos. Un capítulo sobre el origen de la vida sirve de colofón. Este capítulo, que, en contraste con el resto de la obra, necesariamente contiene un componente especulativo no desdeñable, acaba extralimitándose al abordar una cuestión capital como es la de la coevolución de los caracteres genéticos y culturales —¿puede la cultura acelerar la evolución?—, sobre la que poco se puede aportar hoy desde el punto de vista molecular y cuya inclusión en este libro es quizá reflejo de esa cierta tendencia a la megalomanía que a veces se imputa a los biólogos moleculares. Altamente pertinente es, sin embargo, el tema que sirve de cierre: ¿Llegaremos alguna vez a comprendernos a nosotros mismos en completo detalle molecular?

Puede decirse, en suma, que esta cuarta edición de *Molecular biology of the gene* es claramente recomendable a cualquier lector que desee aproximarse con rigor y método a estos temas. Sin embargo, en la medida en que a la primera edición de esta obra le salieron excelentes y brillantes imitadores, y en que sus aportaciones más radicales han sido incorporadas a la generalidad de los textos de introducción a la Bioquímica, la lectura de la reciente edición difícilmente tendrá el impacto revelador e iniciático que tuvo la de la primera en los biólogos de nuestra generación.

El impresionante avance de nuestros conocimientos genéticos que se refleja en el libro que acabamos de comentar ha dado lugar a una revolución tecnológica de grandes dimensiones que ha de tener —está teniendo

ya— un considerable impacto en el diagnóstico clínico, en la industria farmacéutica, en la producción agroalimentaria y en todas aquellas áreas con un componente biológico. La tecnología desarrollada permite extraer el material genético (ADN) de cualquier organismo, manipularlo y alterarlo «in vitro», y finalmente introducirlo en el mismo organismo de procedencia o en otro distinto. Esto es lo que se conoce popularmente como «Ingeniería Genética», un conjunto de técnicas que, aparte de tener las aludidas aplicaciones prácticas, se han convertido en arma inestimable para desentrañar los más variados procesos biológicos. El libro *Recombinant DNA*, escrito por Watson en colaboración con J. Tooze y D. T. Kurtz, representa una elemental introducción a la Ingeniería Genética que, en un tono menor, posee la frescura y el atractivo de la primera edición del anterior libro de Watson.

Visión desmitificadora

Watson tiene una visión desmitificadora de la ciencia experimental, cuyos practicantes parecen vivir en recónditos laboratorios y competir por registrar los primeros sus logros parciales, de modo similar a como los tenistas profesionales habitan anodinos hoteles que sólo abandonan para tratar de vencer la siguiente ronda de un interminable campeonato. El placer de obtener un resultado importante, junto con el reconocimiento que esto pueda conllevar, parecen razones suficientes para llevar a cabo esta actividad a nivel individual, mientras que los inevitables dividendos utilitarios constituyen su justificación social. Paradójicamente, esta visión minimalista se ha traducido en un estilo literario nuevo y rico, de gran eficacia tanto cuando se aplica a la presentación del complejo entramado de la biología molecular del gen como cuando aborda esa novela de aventuras que es la narración de los acontecimientos que condujeron a la dilucidación de la estructura del ADN.

En ambos libros reseñados aquí, Watson adopta un mismo modo de estructurar su contenido en breves apartados que van encabezados por sugerentes aseveraciones, a menu-

do ingeniosas, que engarzan entre sí de tal modo que puede obtenerse una versión bastante precisa del contenido de un capítulo mediante la sucesiva lectura de las dos o tres decenas de tales encabezamientos incluidos en él. Las cuestiones tratadas en los distintos apartados son despojadas de todo formalismo académico o erudito para ser presentadas con una economía espartana y una claridad para las que Watson parece tener una predisposición innata y que le han acarreado la simpatía y el seguimiento de muchos miles de lectores. Pero hay que señalar que Watson no es sólo cándido, sino que a veces es también desalmado, una especie de híbrido entre Eréndira y su abuela. En su afán de simplificación puede llegar a extremos que no se justifican por el fin clarificador perseguido, sino que posiblemente tengan su origen en el implícito desdén con que Watson considera las contribuciones científicas de muchos de sus colegas. Sólo así se explica que todavía a estas alturas encabece un apartado sobre los elementos transponibles descubiertos por Barbara McClintock con la significativa frase «Desazón sobre la herencia citoplásmica y los elementos transponibles», o que los nombres de Severo Ochoa o Arthur Kornberg brillen por su ausencia en *ADN recombinante*, salvo en un marginal glosario final, o el casi asesinato de carácter de Rosalind Franklin en *The double helix*.

La traducción de la obra de Watson al castellano tiene una historia azarosa, ya que *Molecular biology of the gene* sufrió una desastrosa traducción que cercenó su difusión en nuestro idioma, mientras que la de *The double helix*, libro altamente recomendable a las nuevas generaciones de jóvenes científicos, desapareció de las librerías hace tiempo. Esperamos que la cuarta edición del primero de estos libros tenga prontamente la traducción y la digna edición que ciertamente merece. La publicación de *ADN recombinante*, impecablemente traducida por E. Cerdá, es sin duda un buen augurio. En su corta pero vertiginosa historia, la biología molecular ha ido generando su propio y peculiar lenguaje, tarea en la cual los científicos no sólo han hecho gala de la necesaria imaginación, sino que demasiado frecuentemente han apelado al humor e incluso a una inequívoca frivolidad. Esto hace que verter una obra de esta naturaleza al castellano requiera un especial esfuerzo que trasciende a la mera traducción y que incluye la creación de un lenguaje equivalente. Dicha tarea está plagada de trampas que el traductor de *ADN recombinante* ha sabido salvar con excepcional brillantez. Una única duda que no sabemos resolver afecta al título original de la obra: ¿Un ADN recombinante ha de recombinarse a sí mismo o puede ser recombinado? □

RESUMEN

Entre la abundante «constelación Watson», que abarca libros fundamentales en el campo de la biología molecular escritos por el Premio Nobel James D. Watson (solo o en colaboración), Francisco García Olmedo trae

a su comentario dos de ellos, de reciente publicación o reedición, con los que Watson levanta acta de una nueva visión del mundo biológico, concretamente de la biología molecular del gen.

J. D. Watson, N. H. Hopkins, J. W. Roberts, J. A. Bietz & A. M. Weiner

Molecular Biology of the Gene

The Benjamin/Cummings Publishing Company, Inc., 1987. 1.130 páginas.

J. D. Watson, J. Tooze & D. T. Kurtz

ADN recombinante. Introducción a la ingeniería genética.

Labor, Barcelona, 1986. 207 páginas.

Los textos contenidos en esta revista pueden reproducirse libremente citando su procedencia.

SABER Leer

Revista crítica de libros



Fundación Juan March

Servicio de Información y Prensa

Castelló, 77
Teléfono: 435 42 40
Telex: 45406 FUJM E
28006 Madrid
España

Depósito legal:
M. 40.038-1986
ISSN: 0213-6449
Impreso en: G. Jomagar
Móstoles (Madrid)

SUMARIO

| | Págs. |
|--|-------|
| « <i>Biología molecular del gen</i> », por Francisco García Olmedo, sobre los libros <i>Molecular Biology of the Gene</i> y <i>ADN recombinante</i> , de J. D. Watson y otros | 1-2 |
| « <i>La obra de Alfonso X el Sabio</i> », por Antoni M. Badia i Margarit, sobre el libro <i>Alfonso X el Sabio y la lingüística de su tiempo</i> , de Hans-J. Niederehe | 3 |
| « <i>Andrés Bello, desde hoy</i> », por Manuel Alvar, sobre el libro <i>Andrés Bello: Historia de una vida y de una obra</i> , de Fernando Murillo Rubiera | 4-5 |
| « <i>Los Borbones y el gobierno de las artes</i> », por Juan José Martín González, sobre el libro <i>L'art de Cour dans l'Espagne des Lumières</i> , de Yves Bottineau | 6-7 |
| « <i>Un libro en busca de identidad</i> », por Javier Muguerza, sobre el libro <i>Análisis de la identidad</i> , de Javier Echeverría | 8-9 |
| « <i>Dios entre la ética y la estética</i> », por Olegario González de Cardedal, sobre los libros <i>Gloria. Una estética teológica</i> , <i>Theodramatik</i> y <i>Theologik</i> , de Hans Urs von Balthasar | 10-11 |
| « <i>Iluminismo crítico y Sociología del Derecho</i> », por Elías Díaz, sobre el libro <i>Sociologia del diritto</i> , de Renato Treves | 12 |

La obra de Alfonso X el Sabio

Por Antoni M. Badia i Margarit

Antoni M. Badia i Margarit (Barcelona, 1920) es catedrático emérito de Gramática histórica española y catalana en la Universidad de Barcelona. Miembro del Institut d'Estudis Catalans y de la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona y correspondiente de la Real Academia Española. Ha publicado libros de lingüística y de sociolingüística.

La novedad.—Hasta ahora estábamos acostumbrados a considerar la obra de Alfonso X el Sabio como un capítulo trascendental en la historia de la lengua española; más aún: como el momento decisivo en la formación de la prosa, en el funcionamiento de la frase y en la creación y en la fijación del vocabulario. Y lo decíamos de una manera muy gráfica: entre el castellano anterior a Alfonso el Sabio y el que sale de los esfuerzos que él mismo anima y pule hay un abismo. Un abismo en madurez idiomática, en posibilidades expresivas, en precisión significativa.

Todo ello era así, como digo. Por otro lado, no es que no supiéramos más. Lo prueba una bibliografía abundante, documentada, iluminadora, sin la cual el libro de Hans-J. Niederehe que me dispongo a comentar no hubiera podido existir, libro que no hace más que confirmar una larga y eficaz tradición erudita sobre la época alfonsí.

Pero Hans-J. Niederehe ha conseguido algo nuevo, y de ahí la importancia de su labor. Alfonso el Sabio ya no es sólo un capítulo crucial de la historia de la lengua, sino que a partir de ahora es un tema independiente, con entidad propia. Hasta ahora, un eslabón de la cadena total. Ahora ese eslabón se nos presenta como un todo orgánico y suficiente. Y la verdad es que quienes algo conocen de Alfonso el Sabio quedan hondamente impresionados ante ese examen de conjunto de su obra.

El conjunto es examinado, eso sí, con métodos de hoy. ¿Podría ser de otro modo? También lo es con una actitud de hoy, aunque eso ya sería más matizable. El resultado es una contribución básica para el conocimiento de las obras de Alfonso el Sabio. El libro también es importante porque se inscribe en un ambicioso proyecto (*Historiografía de la lingüística española*) que está destinado a recoger momentos culminantes de la historia de la lengua y de la lingüística histórica. La presentación material del libro es agradable y éste se lee con interés. No dejaré de decir que no es totalmente lograda: menudean las erratas de imprenta, no faltan errores en las traducciones de fragmentos, ni confusiones en las citas bibliográficas (hasta el punto de tratar a Alarcos García y a su hijo Alarcos Llorach como si fuesen una sola persona, cosa que haría que éste hubiese publicado trabajos eruditos a la temprana edad de diez años...). Pese a esos defectos —que no son los únicos—, el libro de H.-J. Niederehe es valioso y resuelve una serie de cuestiones de interés referentes a las obras del ingente polígrafo del siglo XIII.

La bibliografía.—La «biblioteca lingüística» de Alfonso X el Sabio —así es como la llama el autor del libro— es una puerta abierta a la cultura del momento. Pese a su aportación personal verdaderamente genial, su trabajo partía de un conocimiento de la bibliografía existente. Ni más ni menos que hoy, pero con unas significativas diferencias respecto a la situación actual. Lo primero que hacemos en nuestros días al lanzarnos a estudiar cualquier tema es indagar previamente qué especialistas se han ocupado de la materia y la bibliografía a que ellos han dado origen para ver cómo ha de plantearse lo que hemos preparado (o si simplemente hemos de desistir de unos proyectos que ya han tenido realización). Una palabra resume cuanto digo: la información. Actualmente existe entre los investigadores el pundonor de «estar al corriente» —así es como se dice—, y en las reseñas científicas uno de los mayores reproches que



Un grabado del manuscrito de las «Partidas», de Alfonso X

se nos pueden hacer es achacarnos que no hemos visto un trabajo que roza el tema del nuestro.

En contraste flagrante con la existencia actual de una bibliografía enorme que tanto nos cuesta leer y asimilar, y con nuestras cómodas posibilidades de obtener información sobre ella (repertorios, boletines, listas de tesis, etc.), acongoja darse cuenta de las limitaciones con que se trabajaba en el siglo XIII: escasas obras disponibles, de transmisión a menudo defectuosa, imposibilidad de conseguir las que no se tenían a mano... Parece increíble que Alfonso el Sabio pudiese hacer tanto con unos medios tan menguados. Sabios latinos que sólo conoce de nombre (Varrón, Quintiliano), unos pocos pasajes de Cicerón, los comentarios sobre Donato y Prisciano, etc., ceden el paso a Isidoro de Sevilla, que es rica fuente de información en el labor alfonsí. Siguen comentaristas y autores de glosas, sobre todo los comentarios sobre la Biblia (Orígenes, San Jerónimo, San Agustín) y, entre los paganos, Ovidio. Por cierto que, con respecto a las fuentes utilizadas por el Rey Sabio, su interés por el contenido de las obras que examina, sintetiza e incorpora a las suyas está por encima de las diferencias de forma o de lengua que pudiesen presentar.

Precisando conceptos.—En medio de una serie de dificultades como las que plantean la autoría de las obras firmadas por el Rey Sabio o la cuestión de las fuentes por él utilizadas o la amplitud de los temas sobre que versan (y he de reconocer que en todos estos puntos —y en otros que no puedo recoger aquí— el juicio de Hans-J. Niederehe aporta una claridad que a menudo se echaba de menos), quisiera referirme a la función que hasta hoy todos hemos considerado una de las más fundamentales, si no la que más, de Alfonso el Sabio: la de creador de la prosa castellana. De la lectura del libro que comento no se despren-

de en absoluto que haya que poner en entredicho su papel decisivo en este terreno. Se confirma así que, por obra del Rey Sabio, la prosa sufrió una transformación radical en el número y la exactitud de los vocablos y en la variedad y la agilidad de la sintaxis, como ya había puesto de relieve un oportuno párrafo de la magnífica historia de la lengua española de Rafael Lapesa (y, naturalmente, podríamos aducir abundantes muestras de filólogos en este sentido). Por la forja de Alfonso el Sabio, la prosa castellana dejó de ser acumulación monótona de frases escritas sin la menor preocupación expresiva, para constituirse en elaboración consciente y mesurada de las más variadas formas del pensamiento.

Pero esto, que es así y, como digo, ahora se confirma, no impide que la preocupación última de Alfonso el Sabio correspondiese a su espíritu universal. Quizás, atentos exclusivamente a una aplicación de esa universalidad, habíamos pasado por alto que Alfonso el Sabio se halla en el polo opuesto del monopolio en el uso de una lengua única. Lo importante no es el medio de comunicación, sino la finalidad que con él se persigue, dice Niederehe: todo está en función del fin comunicativo. La norma, para Alfonso el Sabio, es justamente la multiplicidad de lenguas. Y así recurre al latín (por necesidades prácticas), al provenzal (la lengua de la gramática), al gallego (por un montón de razones, no siempre en el mismo sentido), al castellano (por motivos pragmáticos y por regirse por aquellos a quienes se dirige).

La política lingüística.—Hay un pasaje muy conocido sobre este tema; pertenece al prólogo del *Libro de la octava esfera*, y dice así: «Tolló las razones que entendió eran sobejanas et dobladas et que non eran en castellano drecho, et puso las otras que entendió que complían; et cuanto en el lenguaje, endreçolo el por ssise». La llaneza y la brevedad de este pensamiento no ocultan su trascendencia. Niederehe lo corrobora al afirmar que «según estas líneas, Alfonso el Sabio procuraba cuidar el uso correcto de la lengua, la precisión expositiva, el hablar con propiedad». Siempre he reconocido su gran valor, y lo vuelvo a reconocer. Con todo, siempre he añadido una apostilla que no puedo dejar de aducir también aquí. El papel del Rey Sabio, que ya es importante visto como programa (como política), cobra mayor importancia si pensamos que supo interpretar la situación de la lengua a la que dio forma. En efecto, en una época de analfabetismo casi universal y de carencia poco menos que absoluta de comunicación humana, sería inconcebible pensar que la lengua adquiría y se dotaba de unas normas «porque el Rey así lo ha establecido». En cambio, lo verdaderamente notable es que Alfonso el Sabio, que auscultaba la realidad idiomática, supiese darle unos criterios de funcionamiento que si fueron viables fue porque salían de esa misma realidad.

Otras cuestiones.—El libro de Niederehe se prestaría a muchas otras observaciones de interés. Sobre todo de índole gramatical y filológica (en el sentido moderno de ambos conceptos). Valga aquí la alusión. En su conjunto, se trata de un trabajo concienzudo y documentado, indispensable para la historia de la lengua y de la lingüística españolas. □

RESUMEN

La imagen tradicional de Alfonso X el Sabio como elemento decisivo en la formación de la prosa en castellano se agranda, dice el lingüista catalán Antoni M. Badia, cuanto más nos adentremos en su rica y variada obra. Un

trabajo que recoge su vida y dicha obra, que Badia considera indispensable para la historia de la lengua y la lingüística españolas, le permite acercarse a esta figura clave de la cultura medieval.

Hans-J. Niederehe

Alfonso X el Sabio y la lingüística de su tiempo

Sociedad General Española de Librería, Madrid, 1987. 251 páginas.

Andrés Bello, desde hoy

Por Manuel Alvar

Manuel Alvar (Benicarló, Castellón, 1923) es catedrático de Historia de la Lengua Española en la Universidad Complutense de Madrid. Académico de la Real Academia Española y Premio Nacional de Literatura, es autor de numerosos trabajos lingüísticos y literarios, habiendo creado los Atlas lingüísticos del español.

La figura excepcional de Bello es un caudal inagotable de motivos de meditación. No es extraño que cuente con una bibliografía de singular riqueza y variedad. Faltaba —sin embargo— el resultado que diera sentido a mil aportes beneméritos que, si necesarios e imprescindibles, quedaban como airones aislados. Ahora, Fernando Murillo lo que hace no es una biografía más, «sino el desarrollo paralelo de una existencia y de un pensamiento». Es lógico que los cortes en que solía dividirse la vida de Bello (Caracas, Londres, Santiago de Chile) se reemplacen en este libro por conceptos abstractos: formación, madurez, creación. Es decir, la andadura vital hoy se desarrolla cercada por unas motivaciones sociales, unos condicionamientos intelectuales y unas circunstancias históricas. Entonces la obra del gran maestro cobra inusitado relieve, porque lo que es la trayectoria humana, mecida por los menudos hechos de la intrahistoria, acaba convirtiéndose en la única manera de entender la Historia.

Claro que esto poco significaría si no poseyéramos la grandeza de aquel hombre de excepción que fue Andrés Bello. A veces —con razón— se le ha tenido por espíritu renacentista; otras, como paralelo hispánico de su contemporáneo Goethe. Yo no creo que las comparaciones sean ociosas: sirven —simplemente— para establecer una relación, una equivalencia o, lo que es suficiente, iluminan las sombras. Porque cualquier estudiante —no ya estudioso— de nuestra cultura sabe quién es Bello. Pero lo sabe porque en sus clases de literatura le han leído *La agricultura de la zona tórrida*, porque no ha dado un paso en gramática sin tener que decorar mil veces su nombre, porque en sus seminarios de filología le han comentado otras tantas su aportación al conocimiento del *Cantar del Cid*. Estas son, sin duda, unas valoraciones que pertenecen al acervo de todos. Pero hay otras, infinitas otras, en las que la personalidad de Bello se vertió con generosa solicitud: el periodismo, la diplomacia, el derecho, la ortografía, la educación, la historia... No hemos agotado el mundo de sus posibilidades. Por eso evocar el Renacimiento o Goethe es algo que ahora cobra su cabal sentido. Bello fue un hombre plural, encerraba una multitud de gentes. Por eso su obra estaba parcelada en mil aspectos, en mil cuestiones, en mil motivos, y hacía falta un libro como éste para que los rayos salieran, como la luz desde el espato de Islandia, polarizados y unidos, superadas todas las dispersiones.

Trayectoria vital

He señalado la visión geográfica de una trayectoria vital, pero he dicho el trasfondo que hace tener sentido a las cosas. En Caracas, Bello aprendió. Para mí esto es fundamental porque se desarrolló su curiosidad; porque, adquirida la curiosidad, gustó de estudiar; porque el aprendizaje le llevó a la generosidad del magisterio. Y aquí, tan pronto, hay una clave que justificó toda su vida: el amor a los demás. Porque resultó que el mozo aquel que prendía los ojos en todas las cosas, aprendió que también las virtudes se aprenden. Había nacido un hombre independiente. O, simplemente, era el Hombre.

La vida de Bello fue un continuo reencontrar las cosas, que eso es aprender. Fue descubriendo lo que yacía oculto y que debe-



JUAN RAMON ALONSO

ría ponerse al alcance de todos para mejorarlos, que no otra cosa es su *Gramática castellana*, o su *Código civil* chileno, o el mundo que abre a nuestros ojos con su poesía. Desde su adolescencia tuvo la pasión del saber, pero no por el placer cartesiano de «instruirse a sí mismo», sino por la necesidad de comunicar y elaborar esos saberes. Fiel a su circunstancia, habló siempre de sus «hermanos de América», aquellas gentes que —más que otras— necesitaban ser instruidas. Pero, desde sus inicios, Bello no era el simple transmisor de cultura, por más que aún nos llenen de emoción los comienzos de su magisterio prendido de las manos ajenas, sino el sabio que medita sobre las cosas. Es lo que vemos en un proceso continuo de superación: se encarga de unas enseñanzas, sabe lo que han hecho sus antecesores, disiente (principio del progreso intelectual), busca a los mejores (saber de maestro), crea su doctrina (plenitud del sabio). Sabemos muy bien que esto lo hizo cada vez que se encargaba de una asignatura, pero esto es lo que su espíritu había ido elaborando desde sus aprendizajes en Caracas: conocer no es sólo saber, sino intuir, adivinar, descubrir. O, acaso, aprender dos veces cuando el maestro se decide a enseñar, justamente lo contrario que, con cinismo y gracia, había de decir Anatole France en *La Vie littéraire*: «comme je n'étudiais rien, j'apprenais beaucoup». El talante de Bello era muy otro: aprendía mu-

cho, porque estudiaba mucho. Sus pueblos y su tiempo necesitaban de unos esfuerzos, que aún no hemos cumplido, para alcanzar el bien supremo de la libertad, y ese aprendizaje fueron los años caraqueños, desde 1781, en que nace, hasta el 10 de junio de 1810, en que abandona la ciudad para siempre. Veintinueve años que son los del enraizamiento definitivo y que Pedro Grases inventarió en un trabajo de conjunto (*Las investigaciones acerca de Bello en Caracas*) y que, en 1979, fueron el punto de partida del «Primer Congreso del Bicentenario»: *Bello y Caracas*.

Nada en la vida de Bello es insolidario o caprichoso azar. Alrededor de los veinte años comenzó sus tareas docentes. No merecería la pena aducirlas si no mediara un hecho excepcional. Simón Bolívar «en una famosa carta», oportunamente aducida por Murillo, escribió: «Yo conozco la superioridad de este caraqueño contemporáneo mío; fue mi maestro cuando teníamos la misma edad; y yo lo amaba con respeto». Pienso en la misión de la Junta a Londres, en la que iban Bolívar y Bello (1810), y pienso en el amor de estos dos hombres a la realidad de América, en sus tierras, en sus gentes. En el intento —inútil en los dos— de unir lo que nacía con los enconos de la dispersión y que ellos hubieran deseado aunar. Tal vez les faltó visión de la realidad porque amaban otras realidades: quisieron con normas dieciochescas mejorar al hombre con la

instrucción, crear solidaridad en el saber y enseñar, enseñar siempre. Hermosísimo testimonio de anhelos es la Constitución vitalicia o bolivariana: ideales que no se apoyan en sustentos reales, sino en los deseos vehementes de un hombre. Testimonio, también, del más triste de los desencantos. Bolívar y Bello, amigos, embarcados en empresas semejantes y enfrentados más de una vez a mezquindades que atentan. ¿Dónde aprendieron esos anhelos comunes?

Allí en Caracas quedaron las bases de la formación humanística, literaria, administrativa y periodística de Bello. Quedaron con sus cohortes de envidias, delaciones y falsedades. Pero en el «Wellington», camino de Londres, marchaba Bello en la primera misión que Venezuela —Venezuela ya— enviaba a Europa. Es un capítulo que sabemos, pero no me parece inútil su recuerdo ahora. Bello vivió en Caracas un proceso intelectual que condicionó su quehacer para siempre; por fortuna tenemos un libro donde se expone con buen tiento y excelente pluma cuántos fueron los caminos que condujeron a la formación de una Hispanoamérica independiente. Precisamente en Caracas —y Bello anduvo mezclado en todo ello—, el 19 de abril de 1810, cuajó un movimiento que llevaría a la independencia. Lo sabemos gracias al denuedo de Alfonso Armas: *Influencia del pensamiento venezolano en la revolución de Independencia de Hispanoamérica* (Caracas, 1970).

Proyectos intelectuales

De Caracas a Londres, Bello traslada sus inquietudes poéticas, sus reconstrucciones históricas, sus meditaciones gramaticales y su conocimiento de Condillac. Bastante como proyectos intelectuales a los que sería fiel, pero insuficientes para su plenitud. En Londres, la estancia se dilató: casi veinte años de su vida, y nunca más volvió a Venezuela. Allí se acentuaron «ciertos rasgos de su personalidad», pero allí, a vueltas de amargas y zozobras, su carácter alcanzó plenitud. Porque en Londres vivió tiempos de tensión cuando en 1812 acabó la primera república de Venezuela: tuvo que ser profesor de lenguas (español y francés), revisor de textos, corrector de estilo, pero pudo estudiar. Son años de mil avatares políticos, de alegrías y tristezas familiares, de madurez. En Londres trató a Gallardo y Salvá, lo que no puede desdeñarse; en Londres sirvió a Colombia (1825-1828), enlazando de nuevo su nombre con el de Bolívar. Para mí son motivos fundamentales (aparte queda Blanco-White), pues libros y gramática conformaron buena parte de su quehacer y de la conversión en ciencia de lo que no tenía tal dictado; Bolívar, porque esa «libertad permanente» que encarna, según el título puesto a los dos ensayos de Ivo Andrić (Caracas, 1982), es lo que Bello buscó por los caminos de la inteligencia.

Merece la pena que comentemos estos aspectos que se tratan en el libro de Fernando Murillo. El Segundo Congreso del Bicentenario dio como resultado dos nutridos volúmenes que se titularon *Bello y Londres* (Caracas, 1980-81). A pesar de la múltiple información que facilita, poco se analiza en estos estudios la amistad con los emigrados españoles; sin embargo, el ejemplo del bibliófilo extremeño no debió ser baladí, y Pedro Grases ha señalado concomitancias; Salvá poseía unos conocimientos gramaticales que cuajaron en una famosa gramática. Si damos otro sesgo a estas palabras, cabría conceder algún acuerdo a los estudios filológicos de Bello y al saber de libros antiguos de Gallardo, y acaso podamos pensar si la apostilla que puso a su *Gramática castellana* («destinada al uso de los americanos») no estaría condicionada por la *Gramática de la lengua castellana* (París, 1830) que el librero valenciano publicó destinada al

Viene de la página anterior



JUAN RAMON ALONSO

uso de los peninsulares, toda vez que el título se completaba con una connotación: «según ahora se usa». Además, Salvá tuvo librería en Londres, en la que editó su famoso catálogo (1826-29), y colaboró en el *Repertorio Americano* (1826-27), la empresa a la que Bello prestó todo su entusiasmo y brindó ideas fundamentales, desde el manifiesto editorial hasta el desarrollo de la publicación. En el tomo II del *Repertorio*, el polígrafo venezolano publicó la reseña de los *Romances antiguos españoles*, de J. B. Depping, anotada por el «español refugiado» don Vicente Salvá (Londres, 1825). Como tantas cosas de la etapa londinense, esas amistades se incorporarían al fondo de saberes que fructificó en los días chilenos.

Diferentes etapas

De cualquier modo, Londres debió darle unas ideas muy claras sobre motivos que le apasionaron siempre: la ciencia, el derecho, la condición humana o el periodismo. Pienso en aquel año que Moratín pasó en Londres y que tantos paralelismos nos presenta con el talento que descubrimos en don Andrés Bello. Inarco Celenio se permitió alguna frivolidad que las necesidades y la familia debieron vedar al venezolano, pero se deslumbraron uno y otro con esas virtudes inglesas que, gracias a una verdadera democracia, crean la libertad de los hombres. (Moratín no podía ser ajeno a los intereses que atraían a Bello: en el *Repertorio Americano* [III, pp. 313-314] reseñó *Las obras dramáticas y líricas* de don Leandro Fernández de Moratín [Paris, 1825] y la segunda edición de las *Obras líricas* que, conformes con la anterior, se publicaron en Londres en ese mismo año.)

En cuanto a Colombia, la etapa londinense de Bello estuvo signada por múltiples intereses: la amistad con Bolívar, sus servicios como secretario de la Legación colombiana (1825-28), sus amistades. Es un capítulo de la vida de Bello que ha sido historiado en toda su complejidad por Rafael Torres Quintero. El artículo que aduce Fernando Murillo no es sino un resumen de una obra mucho más amplia. El investigador recién fallecido publicó en 1952 su libro *Bello en Colombia*, cuya segunda edición, muy ampliada, es de 1981: las casi treinta páginas de bibliografía resultan ser un elenco impresionante. Pero lo que Torres

Quintero ha hecho ha sido la configuración de los grandes hombres colombianos gracias al magisterio de don Andrés Bello: Miguel Antonio Caro, José María Torres Caicedo, Rafael Pombo, Rufino José Cuervo, Marco Fidel Suárez, etc. Y esto nos lleva a la tercera etapa de la vida del maestro venezolano, cuando Bolívar manifiesta su impotencia y Fernández Madrid lucha por no perder al hombre sin tacha; sin embargo, Colombia descuida a su colaborador, que el 14 de febrero de 1828, en el bergantín *Grecian*, comenzó la última —y más larga— andadura de su vida. Al tocar en Río (4 de mayo), Bello escribió una carta desgarrada al propio Fernández Madrid: «Concluyo rogando a Ud. se interese por mi buen nombre en Colombia, dando a conocer la urgencia absoluta que me obligó a tomar la casi desesperada determinación de embarcarme para Valparaíso.»

Chile cosechó los frutos que Bello había ido madurando. Otros dos gruesos volúmenes recogen multitud de trabajos sobre *Bello y Chile* (Tercer Congreso del Bicentenario, Caracas, 1981) y nos ofrecen la posibilidad de conocer ese período de plenitud: Bello no pudo cerrarse en su ciencia, sino que —precisamente por ella— tuvo que participar en la vida pública. ¿Para qué si no el *Derecho Internacional* o la *Filosofía del entendimiento*? Primero fue su participación en la censura de libros; después sus reflexiones sobre la responsabilidad social del Estado, que le llevarían a la redacción del *Código Civil* chileno; más tarde, configurando la Universidad desde su puesto de Rector (1843). Es en Chile donde —además— cuajaron las dos obras capitales del Bello científico: la *Gramática* y la edición del *Cantar del Cid*, mutuamente solidarias por ajenas que parezcan. Amado Alonso dijo de la *Gramática* que es «una de las mejores gramáticas de los tiempos modernos en cualquier lengua». El y Angel Rosenblat señalaron ejemplarmente lo que la gran obra significa, y, por fortuna nuestra, un investigador español, Ramón Trujillo, publicó la edición crítica en 1981. Gracias a este esfuerzo la obra ingente se nos presenta con todo su valor y con el significado de ejemplaridad que tiene para todos, americanos y españoles. Bello es un gran nombre nuestro; lo vio Menéndez Pelayo y lo sintió así la Academia. Gracias a su obra los escritores de España son los modelos de América; gracias a ella, desde esta orilla, compartimos el destino de aquellos pueblos. Al fren-

te de la obra escribe —«con gallardía», he dicho en alguna parte—: «Juzgo importante la conservación de la lengua de nuestros padres en su posible pureza y como un medio providencial de comunicación y un vínculo de fraternidad entre las varias naciones de origen español “derramadas sobre los dos continentes”». Estas últimas palabras nos hermanan en derechos y responsabilidades. ¿Quién no cree hoy en todo lo que Bello escribió en esas pocas líneas?

Exito abrumador

Pero esa *Gramática* tuvo un trasfondo histórico, necesario en su tiempo para considerarla como científica a cualquier obra lingüística. Bello hacía sincronía, pero tenía formación de comparatista, según hacen ver sus tratados sobre el acento en las lenguas clásicas y las románicas (1823) o sobre el español en el siglo XIII (1854), y no renuncia a su saber. La *Gramática* tiene un éxito abrumador: entre la primera edición (Valparaíso, 1847) y la de 1860, última que él corrigió, están las de 1850, 1853 («idéntica a la segunda») y 1857. Siete años (1850-1857) sin volver sobre el texto, a pesar de la demanda: se había interpuesto la «ciencia histórica», que le hizo redactar en 1854 los *Apuntes sobre el estado de la lengua castellana en el siglo XIII*. Con lo que dotaba a la joven América de la ciencia que ejemplarmente iban elaborando los sabios europeos. No fue escaso servicio. Alguna vez marró en sus intentos, pero, por fortuna, su desacuerdo no se admitió. Me refiero a la *Ortografía* revolucionaria que propuso y que hubiera atentado a la unidad que defendió siempre. Bello era varón de excepción y tuvo la entereza de renunciar a su mal propósito.

RESUMEN

Cualquier persona culta relaciona al venezolano Andrés Bello con la gramática española, cuyas investigaciones tanto contribuyeron a su desarrollo. Pese a este aspecto deci-

Al frente de su edición crítica, Ramón Trujillo ha copiado unos versos de Shakespeare que acaban con un «This was a man!» que convienen a la personalidad gigantesca de Andrés Bello. Poeta, jurista, gramático, filólogo, pensador, filósofo, educador... Cuantos títulos puedan adornar a un hombre, el sabio venezolano los poseyó sin limitaciones. El libro de Fernando Murillo lo acredita y la bibliografía que puntualmente aduce resulta ser abrumadora. Cada uno elegimos lo que más nos acerca a nuestros intereses o a nuestra competencia, pero el espíritu —¿renacentista, goetheano?— no se puede resumir en unas pocas páginas, aunque motiven tan largos comentarios como éste. Posiblemente todo fue posible porque Bello fue un gran poeta; tras cada una de sus aventuras estaban aquellas «serena majestad, solemne y suave melancolía, y una como aureola celeste», con que sentía sus versos don Miguel Antonio Caro, otro hombre de excepción. No los versos, su obra entera trasciende «pureza y corrección sin sequedad, decoro sin afectación, ornato sin exceso, elegancia y propiedad juntas, nitidez de expresión, ritmo exquisito». ¿Para qué seguir? Nosotros, los hombres de hoy, hemos aprendido muchas lecciones del maestro; yo prefiero la lección moral que nos dio al exigirse como científico, a la inconformidad con el propio quehacer, al continuado deseo de saber. Nada sirve de nada si no se tiene la suprema dignidad de ser hombre. Y es lo que Bello nos descubre en una labor ingente, en los —muchos— dolores de una vida, en el prodigioso regalo de su talento. Y ese hombre tenía por meta el servicio a los demás desde cada una de las atalayas de su ciencia. Y supo ver el destino hermanado de todos nuestros pueblos gracias a la lengua que los mantenía unidos. □

sivo en la figura de Bello, con ello no queda agotada la personalidad de este polígrafo, de este hombre plural, como le llama el profesor Manuel Alvar en este artículo.

Fernando Murillo Rubiera

Andrés Bello: Historia de una vida y de una obra

La Casa de Bello, Caracas, 1986. 498 páginas.

Los Borbones y el gobierno de las artes

Por Juan José Martín González

Juan José Martín González (Alcazarquivir, 1923) es catedrático de Historia del Arte en la Universidad de Valladolid y miembro numerario de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando. Entre sus libros más recientes figuran Escultura barroca en España y El artista en la sociedad española del siglo XVII.

Arte y Poder son una constante a lo largo de la historia. Las Pirámides de Egipto, el Foro romano, San Pedro de Roma, El Escorial, Versalles, van inseparablemente unidos a los faraones, los emperadores, los papas, Felipe II y Luis XIV. Son expresión de un programa de gobierno que supone el manejo de unas finanzas, unos medios técnicos y unos artistas en cuantía y calidad excepcionales. De actualidad son los temas de El Escorial, el palacio del Buen Retiro o los estudios sobre Velázquez. Es la España de los Austrias, en sus obras más consumadas de significado artístico. Constituyen la vara de medir en el campo artístico. Un reciente libro de Bottineau pone sobre el tapete el quehacer de los Borbones. Si primeramente se ocupó del Arte de Corte en la época de Felipe V, ahora se extiende a los reinados de Fernando VI, Carlos III y Carlos IV, desde 1746 a 1808. ¿Qué representa este arte en la España de las Luces? Las obras de arte no son un adorno de la historia; para Braudel representan «las unidades brillantes». La historia es un fenómeno total, pero el hecho artístico proporciona una luminosidad excepcional. La lectura de este libro, complementando el anterior, ofrece ya de por sí una apasionante perspectiva. Aunque el arte es el auténtico objetivo, toda la historia política, económica y cultural aparece imbricada en su trama. Lo que existe, lo que hubo e incluso lo que se proyectó ofrecen un deslumbrador espectáculo que se corresponde (como el título dice) con la España de las Luces.

El programa de los Borbones

Aunque los cuatro monarcas manifiestan las tendencias propias de su carácter y de su pensamiento político, todos ellos mantienen la orientación que establece Felipe V. El modelo francés se impone, pero para renovar a la nación. En el terreno artístico, la exaltación del monarca, la supervisión de la producción, de las formas y de las ideas suponen que España aceptaba el sistema de Luis XIV. Al continuar el programa en reinados sucesivos, quedó consolidado el cambio. No bastaba estudiar el reinado de Felipe V. Bottineau contempla el fenómeno como una «larga duración» que alcanza hasta 1808. Es una concepción del tiempo conforme a la escuela francesa de historia actual. Hay un resurgimiento en todos los órdenes que pertenece al idearium de la nueva clase reinante. Se trata, por lo tanto, de un «modelo» francés para ser desarrollado en un plazo largo. Por eso permitió que el cambio arraigara y adquiriera un alcance nacional. El arte constituye el testimonio más visible del cambio dinástico que encarnan los Borbones. La excelente conservación de las obras de arte hace más evidente esta afirmación. No en balde el Palacio Real de Madrid es el más alhajado de Europa.

Sería anecdótico afirmar que todo nace del desacomodo del nuevo monarca al llegar a la corte española. Hay mucho más que advertir la tristeza que le producía el Alcázar de los Austrias en Madrid para añorar un palacio con la alegría de Versalles. Eso coadyuva al cambio, pero no es su raíz. Y tan es así que el cambio de gusto es compartido por las reinas, los ministros, los intelectuales y la potente burguesía.

Las reinas dan ciertamente una nota relevante. El siglo XVIII contempla la expansión de la mujer, sobre todo en los círculos elevados. Isabel de Farnesio fue un factor decisivo en la construcción del palacio de San



STELLA WITTENBERG

Ildefonso; pero entre 1746 y 1766 este palacio y el de Riofrio consumen sus preferencias artísticas en la edificación y el contenido artístico. Tiene la mirada puesta en la política y los deseos de sus hijos, pero las joyas, la rica indumentaria y el mobiliario fueron a la vez atentamente promovidos. La reina viuda fue todo un ejemplo de vitalidad en el fomento del arte. Bottineau pondera el enorme inventario de su testamentaria al fallecer en 1766. Tenía colecciones propias viviendo su esposo Felipe V, que engrandece incorporando la de María Ana de Neoburgo. Siguió adquiriendo obras de arte hasta el fin de sus días. En los lienzos tiene el cuidado de colocar la flor de lis que indica la pertenencia a su colección.

Misión artística distinguida es la de Bárbara de Braganza. No hay duda de que la rivalidad con Isabel de Farnesio fue un acicate para potenciar su pasión por el arte. De la competencia entre las dos reinas se derivaron felices resultados artísticos. La propia fragilidad de su esposo Fernando VI inspira en ella el recluirla en los encantos del arte. Por otro lado, su origen portugués determinará una orientación del gusto en relación con Inglaterra y el Imperio. Ha sido la gran favorecedo-

ra del mundo de la joyería. A ella se debe la erección de las Salesas Reales, que dota con excelentes pinturas, objetos de culto y una ostentísima custodia, engastada con 2.673 diamantes y 1.375 esmeraldas. La hija de Juan V —el portugués del rococó— se halla presente en los retratos de Amigoni, Juan Ranc y Van Loo como un muestrario de ostentación. Los modelos son franceses y procuran un tipo de belleza artificiosa que hiciera del personaje una pieza de arte al margen de su realidad física. Es una demasia que viola las normas de austeridad dictadas por Felipe V en 1723; pero el esplendor de la Corona parece justificarlo todo. Su pasión musical motiva el acercamiento del soprano italiano Farinelli, que posa junto a los reyes. Y en su testamento lega al cantante sus papeles e instrumentos musicales. Tuvo una gran pasión por las joyas y los vestidos. Aunque de físico poco atractivo, supo rodear su figura del atuendo que convenía a su calidad regia. Estaba siempre vigilante a las novedades que en punto a la moda y la joyería vinieran de París. Las artes decorativas le son altamente deudoras.

Los tópicos son en el fondo realidades. No había Pirineos para el arte desde la llega-

da de Felipe V. El epicentro es Versalles y el gusto corresponde a Francia. Pero el aperturismo fue total. Durante el siglo XVII, los Austrias fomentaron el arte de los países en que se asentaban sus dominios: Flandes e Italia (con su elenco de Papado, Nápoles, Venecia, Génova, Florencia, Parma, etc.). Francia e Italia ocuparon el primer puesto para los Borbones. Roma y París eran los centros de atracción para los artistas. Pero estas relaciones se extendieron a todas las cortes, lo que hace que el arte español esté enriquecido con las novedades del momento. En el sentir de Bottineau, el rey Carlos III encarnó un gusto internacional. Había pasado por la corte de Nápoles y amaba todo lo italiano. Pero era Borbón y tenía que pensar en lo francés. Felipe V introdujo en España el gusto francés. Con Carlos III, España tendría otro más europeo; no en balde la Ilustración había alcanzado a los medios intelectuales, a los gobernantes y a los industriales. Inglaterra y los países germánicos ofrecían un vasto campo para establecer relaciones fructíferas que enriquecieran el arte.

Pero el eje fue Roma-París. La primera ciudad guardaba profundos vínculos con España desde el siglo XVI. Ahora se reforzarían gracias a la presencia francesa, sobre todo su Academia. Roma es la ciudad académica por antonomasia y hacia ella afluyen los artistas en formación. Pero España alentará su propia institución, que como Academia sólo llega a alcanzar rango oficial en 1874. Sus raíces, sin embargo, se hunden en el siglo XVIII, en la actividad de becarios y profesores. Era una fuente inagotable de clasicismo. Allí se estudia dibujo copiando mármoles y yesos o haciendo del natural, del desnudo humano, con el que los artistas españoles empiezan a familiarizarse.

Protección real

El internacionalismo se afirma con la formación en París. El grabado y las artes más ligadas a la técnica eran el principal atractivo. Llegan los primeros pensionistas españoles y entre ellos uno de los más significados: Manuel Salvador Carmona. Precisamente el rey de España es quien tomaba bajo su cuidado personal la estancia de los grabadores en París, claro indicio de su proteccionismo artístico.

Ida y venida de artistas. Es el siglo más internacional de la vida artística española. Escultores, pintores y arquitectos acuden a Roma a ultimar su formación; otros lo hacen en París. ¿Pero cuántos artistas de nombradía vienen a España? El libro de Bottineau hace una exhaustiva enumeración valorando la aportación. Mientras Juvarrá y Sacchetti se ocupan del Palacio Real Nuevo, arquitectos italianos intervienen en La Granja y Aranjuez. Talleres completos de escultores franceses acuden a La Granja. Olivieri pone en marcha en Madrid el equipo de corte que hará de Madrid la capital de la nueva escultura. Los pintores son de la máxima alcurnia: Giacquinto, Mengs, Tiépolo. Pensemos que Felipe II, con todo su poder, no pudo traer para decorar El Escorial a ningún pintor afamado.

Pero los españoles participan activamente. Se va a enterevar su acción con la de los extranjeros. Teodoro Ardemán inicia el palacio de La Granja; Pedro de Ribera participa en los planos del Palacio Real de Madrid, lo mismo que Ventura Rodríguez. Moradillo hace planos para las Salesas Reales y Juan de Villanueva da orientación borbónica de tinte neoclásico a las edificaciones en El Escorial. La apertura artística tuvo efectos muy saludables.

Los Austrias habían contado con un notable plantel de artistas ligados a las obras reales. Los Borbones no sólo continuaron esta

Viene de la página anterior



política, sino que la ampliaron. Fue cada vez mayor el número de arquitectos-ingenieros. Escultores y pintores trabajan para la Corte, pero en dos categorías: los de «cámara» y los del Rey. Esta última categoría es la que satisfacía a los principales. Pero según señala Bottineau, aún se creó un escalón superior: el primer escultor y el primer pintor. Toda una jerarquía de valores, que establecía la competencia y el orgullo entre los artistas.

La creación de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando asegura la reforma borbónica. Sin ella es difícil que el arte se hubiera renovado. Ilustración, reformismo y nueva enseñanza, con eliminación de la organización gremial, todo gravita en torno de la Academia. Por medio de ella se irá hacia una acción de carácter nacional. Pero el impulso procede de la Corona. Es una Academia Real. Es el monarca quien realiza los nombramientos. Su estudio ha sido previamente realizado por otro historiador francés, Claude Bédat. Las obras más sólidas de la historiografía artística del siglo XVIII han corrido a cargo de profesores franceses. Obras que son de síntesis, de apretadísima investigación. ¿En qué sentido la Academia sirvió a la reforma de las artes? Constituye un ejemplo de enseñanza a escala nacional, no limitada a los talleres locales. El arte se enseña a través de la teoría y de la práctica, y para ésta se cuenta con el desnudo humano y con una magnífica colección de pinturas y esculturas. Para completar la formación, los mejores pueden acudir a Roma o París. Y ya impuesta la Reforma, los proyectos arquitectónicos de los edificios religiosos y civiles de toda la nación habían de ser sometidos a examen y aprobación de la Academia de San Fernando. Lo que fue un programa de Corte obtuvo rango nacional. Eso avala el mérito de los Borbones.

El ámbito de acción

Madrid se consolida definitivamente como capital política. Los edificios de la Corte han de tener la imagen proporcionada al rango de capital. El Madrid de los Austrias fue primordialmente conventual; el urbanismo de la Ilustración trae la nueva imagen de paseos, museos y jardines. La centralización borbónica requería la potenciación de Madrid, que adquiere grandeza monumental. Pero por ventura los Borbones no hicieron coincidir la capital política con la económica. El comercio, la industria y la defensa militar del territorio justificaban la descentralización. Hay que pensar en los arsenales de Cádiz, Cartagena y El Ferrol, donde no sólo brilla la organización defensiva, sino la arquitectura, ligada a la Corte y la Academia. El ejemplo de Julián Sánchez Bort en El Ferrol es un testimonio. Añádanse las colonizaciones de Andalucía. Las Nuevas Poblaciones y La Carolina responden a un urbanismo programático de corte real, donde la imagen del monarca se impone. El hecho es digno de meditar: toda una emigración extranjera canalizada hacia los territorios andaluces para promover la riqueza agrícola, en un marco urbanístico que exalta a la Corona. Las fábricas adoptan la retórica del arte representativo, como acredita la Fábrica de Tabacos de Sevilla.

El programa apuntaba a la totalidad. El hecho artístico tenía que estar presente en todo. Los edificios habían de responder a la función y a la imagen. No podían exponerse a la improvisación y habían de ser perdurables. El presupuesto es elevado; por eso se mantiene tan robusto el Palacio Real de Madrid. Pero han de llevar a la calle la imagen del poder. Es la prepotencia del monumento por un lado y la colaboración de la escultura por otro. Los Borbones han potenciado el significado de la escultura, que se encarama a las fachadas y nos saluda en los paseos, como en el de la Castellana.

Hay un arte consuntivo: el efímero. Está hecho para el momento y sin pretensión de



STELLA WITTENBERG

conservación. En estas páginas hay un gran espacio para lo efímero. ¿Por qué? Si los Borbones gobiernan, los acontecimientos han de ser celebrados por el público: nacimientos, bodas, defunciones de personajes de la familia real, canonizaciones. Los documentos, los dibujos y los grabados permiten recomponer el aparato de estas fiestas, que alcanza en este siglo su punto culminante. El que manda ha de hacer alarde de su poder, llegando al pueblo a través del espectáculo exterior. No hay que olvidar dentro de este arte a la música, tan apreciada por la nueva familia real.

Comprar y regalar

Los edificios han de llenarse de pinturas, esculturas, tapices, muebles, cerámica y platería. Vacíos carecen de sentido. Poseer es indicio de influencia política, talento y buen gusto. Se tiene porque se compran o se reciben regalos. Los dos aspectos están ampliamente tratados. El cliente español —el rey, el ministro, el estadista— se halla a la mayor altura. Todos compran y todos regalan. Francia regala especialmente porcelana de Sèvres. Es

una manera de mantener y activar la amistad. Luis XV obsequió generosamente al Marqués de la Ensenada con piezas de porcelana. También las tapicerías de los Gobelinos figuran entre los regalos. Las obras enriquecen al rey y a los cortesanos. París es el centro de las compras que efectúan los españoles. La embajada ejerce el papel de intermediario para estas operaciones. Pero hay agentes especializados. Boucher de Saint-Martin fue, sin duda, nuestro gran proveedor parisino. No se repara en gastos, y así sabemos de una carroza que llegó a importar la suma de 55.136 libras.

RESUMEN

Los Borbones también reinaron para las artes, tal es la idea extraída del libro de Bottineau que Martín González toma como núcleo de su comentario. Tuvieron un programa artís-

El coleccionismo invade las mansiones del rey, de la nobleza y de la alta burguesía. De esta suerte se forma el patrimonio, el inmenso patrimonio de una nación que ha experimentado un gran levantamiento económico e intelectual. No ha de sorprender entonces que los Borbones hayan enriquecido el acervo de la Corona de forma tan considerable. Sabemos cómo la pintura —el arte más cotizado— experimenta un crecimiento ingente, aunque haya que descontar las pérdidas del incendio de 1734. Pero ¿qué decir de la colección de relojes, estatuas y muebles de todo tipo, que llenan los palacios reales reformados por los Borbones? A esto hay que agregar las colecciones no reales. Baste mencionar las colecciones del Marqués de la Ensenada, del Conde de Aranda o de Manuel Godoy.

Pero no sólo se compra fuera, también se fabrica dentro. Sólo con una industria renovada se podría pensar en la autonomía para la fabricación de objetos artísticos. Se crean las manufacturas de la Corona, a imitación de las que estableciera en Francia Luis XIV. Capítulo felicísimo para el arte nacional: clara muestra de prosperidad y de poder. Se fabrican en España tapices, porcelanas, espejos, arañas, piezas de orfebrería y bronce, muebles y piedras duras. En los edificios del patrimonio regio que conservamos se junta lo comprado, lo regalado y lo producido en la nación: una fabulosa colección.

Protagonismo de los reinados

Si Felipe V empezó la tarea, Carlos IV la concluyó. Cada cual ejerció su cometido. La verdad es que tanto los monarcas como sus mujeres estuvieron imbuidos de este ideal de progreso en que el arte cumple misión tan señalada. En el libro se perfila quién es quién. Carlos IV sale reivindicado. Entre otros méritos le corresponde el haber comprendido a Goya, multiplicando sus encargos. Y es este pintor precisamente el que mejor representa la situación del arte al finalizar el período. Goya trabajó para la realeza, para los ilustrados, para la Real Academia, pero también para él. Supo lo que tenía que agradecer a los reyes y mantuvo, al menos con Carlos IV, muestras de afecto y reconocimiento. Goya no se ensañó —se dice en esta obra— con la reina María Luisa. Sencillamente reflejó su fealdad y su pasión por el lujo. Por otro lado, Goya trabajó gustosamente para Manuel Godoy, en cuya casa se hallaba la «Maja Desnuda». Sólo después de la invasión de 1808, y tras la subida al trono de Fernando VII, es cuando Goya empieza a distanciarse de forma cada vez más sostenida, hasta que el genio se exilia a Francia, hecho bien sintomático. Los hombres de talento saben intuir. Marchaba porque sus ideas no coincidían con las del ambiente. Pero para nuestro objetivo, la huida del genio es un dato revelador de que la larga duración concluía. El arte de Corte en el siglo XIX poco tiene que ofrecer. La creación del Museo del Prado, que precisamente (ironías del destino) se debe a Fernando VII, indica la consumación del proceso estudiado por Bottineau: el arte real pasaba a la nación. En lo sucesivo el patrimonio regio apenas crecía. Lo nacional había logrado imponerse. Tal es la gloria de los monarcas de la casa de Borbón. □

tico, que lo era al mismo tiempo de Estado. El arte entró en el programa de un progresismo que estaba unido a la belleza y a la utilidad.

Yves Bottineau

L'art de Cour dans l'Espagne des Lumières. 1746-1808

De Boccard, París, 1986. 518 páginas.

Un libro en busca de identidad

Por Javier Muguerza

Javier Muguerza (Coín, Málaga, 1939) es catedrático de Filosofía del Derecho, Moral y Política y autor de, entre otras publicaciones, Nuevas perspectivas en la filosofía contemporánea de la ciencia, La teoría de las revoluciones científicas (Una revolución en la teoría contemporánea de la ciencia) y La crisis de la filosofía analítica de la ciencia.

Hasta donde hoy pueda hablarse del «autor» —cosa que en los tiempos que corren, por mor precisamente de la «identidad», se está tornando harto difícil—, el autor de este «texto», otra noción bastante problemática, alcanza en él un punto de rara madurez. De la producción anterior de Javier Echeverría, catedrático de Lógica y Filosofía de la Ciencia de la Universidad del País Vasco y traductor, editor y comentarista de la obra de Leibniz, me complace confesar una singular predilección por un libro menos severo, aun si no necesariamente menos denso ni profundo, que el que ahora comentamos: su libro primerizo *Sobre el juego*. Pero añadiré que la importancia del actual no estriba en su empaque, empaque del que ciertamente no carece, sino en la promesa filosófica que encierra, pues se trata ni más ni menos que de abrir un ambicioso «programa de investigación semiológica», para decirlo con el término que Echeverría toma de Saussure y procede a continuación a generalizar a partir de su concepción de la lingüística.

Puesto que la noción de «autor» parece una noción controvertible, como también lo es la de «texto», trataré de centrar mi comentario en algo que aparentemente suscita escasas controversias, a saber, en el «título» (y subtítulo) del libro: *Análisis de la identidad (Prolegómenos)*.

Y habré de comenzar, por consiguiente, por el término «análisis». Si uno fuera un especialista de la crítica solapada, que es esa que se ejerce —según es bien sabido— leyendo la solapa de los libros y hojeando a lo sumo su contenido (con especial atención a las notas a pie de página), podría creer que nos hallamos ante un libro de «filosofía analítica». En efecto, en el libro no sólo «se analiza» —y muy rigurosamente, por cierto— el concepto de identidad, sino que dicho «análisis» es llevado a cabo —a grandes trechos— en diálogo con los representantes de la «tradición analítica» de pensamiento, como Russell o Wittgenstein, Carnap o Quine, etc.: ¿se trata por ventura de un intento de resucitar —o, para no irritar a nadie, de revitalizar— ese «modo de hacer filosofía»? En la actualidad, ahí está Heidegger sin ir más lejos, vivimos en trance de «recuperaciones» (lo que sin duda invita a meditar sobre el signo del momento que nos ha tocado vivir) y la filosofía analítica podría estar aguardando su oportunidad. ¿Por qué no, pues, un «revival» más?

Imagino que a quienes más o menos modestamente contribuimos en su día a la importación a nuestros lares de esa filosofía analítica, el recuerdo de aquellos tiempos nos embarga —junto con otras sensaciones, entre las que no habría que descartar la del fastidio— de una cierta nostalgia, siquiera sea por la sencilla razón de que entonces teníamos unos cuantos años menos. La filosofía analítica cumplía en dicha época, además de otros cometidos acaso menos nobles, el de servirnos de arma arrojada contra la miserable, casposa y polvorienta escolástica imperante en nuestras Facultades de Filosofía. Y sólo con el paso de los años nos pusimos, sus no excesivamente cautos importadores, en situación de adivinar que semejante arma podía actuar a la manera de un «boomerang». O, por decirlo de otro modo, que la filosofía en cuestión —probablemente como todas, pero quizás un poco más que otras— podía a su vez degenerar en escolástica. Aun si no pocos cultivadores patrios del análisis filosófico perma-

necen hasta la fecha decididamente insensibles a un tal «caveat», de otros cabría decir que las señales de alarma se les encendieron relativamente pronto. Sin alardear al respecto de ninguna precocidad, de mí puedo alegar que la razón definitiva, tal vez un tanto frívola, para intuir que se imponía cambiar de aires fue la comprobación de que la filosofía analítica comenzaba a ser cultivada en ese bastión de la escolástica por antonomasia que es la Universidad de Navarra; pues si ni allí se le hacía ya ascos, ¿no era ésta una razón más que sobrada para convenir en hacérselos? No dejaría de tener gracia —maldita la gracia, para ser exactos— que los jóvenes filósofos doctos de la nada escolástica Facultad de Filosofía de Zorroaga le obligaran ahora a uno a reconsiderar su posición y hasta a reconciliarse con el viejo paradigma.

Por fortuna, no hay el menor peligro de ello, como comprobará quienquiera que lea el libro que estamos presentando sin dejarse satisfacer por la solapa o las notas a pie de página.

El giro semiológico

La filosofía analítica, por lo pronto, no detentó jamás el monopolio del «análisis filosófico». Aristóteles, en efecto, llamó ya «analíticos» a sus tratados de lógica y teoría de la ciencia. Y, como Javier Echeverría nos recuerda, al matemático griego Pappus de Alejandría le debemos una soberbia caracterización del «método analítico», muy influyente, por ejemplo, en la geometría cartesiana de esa apellidación, caracterización que en cualquier caso se halla lejos de convertir a Pappus, como tampoco a Descartes, en un filósofo analítico ni tan siquiera «avant la lettre». En opinión de Richard Rorty —cuando aún oficiaba, también él, de filósofo analítico o paranalítico—, la contribución más notable de sus colegas de dicha persuasión habría consistido en imponer al pensamiento contemporáneo lo que el propio Rorty dio en llamar un «giro lingüístico» («linguistic turn»). Pero lo cierto es que tal giro no es ya por más tiempo patrimonio de una determinada «corriente filosófica», afectando en su «generalización» a mu-

chas otras corrientes o tendencias, como es señaladamente el caso de la hermenéutica. Y sólo en este amplísimo sentido se podría decir, si lo deseamos, que el libro de Echeverría conecta con, o se inscribe en, la mentada «generalización» del giro lingüístico. Mas añadiendo a este respecto la relevante precisión de que, en lugar de «giro lingüístico», el autor, si acepta ser así llamado, preferiría sin duda hablar de «giro semiológico».

¿Por qué insistir en hacer uso del adjetivo «semiológico»? Este último matiz habrá de ser tenido muy en cuenta a la hora no sólo de aliviar a Javier Echeverría de la pesada carga de pasar por un adepto de la filosofía analítica, sino también en orden a explicarnos su «ajuste de cuentas» con la misma, a la que somete en rigor a una devastadora crítica a propósito de su tratamiento canónico del problema de la identidad. Y con esto pasamos a la cuestión que nos plantea el segundo vocablo, el vocablo «identidad», del título de su libro.

Para ejemplificar el susodicho tratamiento, nuestro libro echa mano de un venerable ejemplo, el ejemplo de Frege que su célebre ensayo *Über Sinn und Bedeutung* (1892) ofreció desde entonces para pasto de toda suerte de virtuosismos analíticos. Frege, a quien la historia de la lógica le debe —entre otras cosas— el haber desembarazado definitivamente a la lógica de la identidad de la lógica de la predicación, subrayó con acierto que el enunciado «El lucero matutino es el lucero vespertino» —siendo como es el enunciado de una «identidad», pues nos dice efectivamente que ambos luceros son idénticos, esto es, uno y el mismo; a saber, el planeta Venus— no se reduce, sin embargo, al enunciado de una tautología, como la vehiculada mediante el enunciado «El lucero matutino es el lucero matutino». Cualquiera de nosotros, sin necesidad de saber astronomía, afirmaría paladinamente que el segundo enunciado es verdadero, mientras que el descubrimiento de la verdad del primer enunciado tomó su tiempo a los astrónomos. Lo que Frege venía a sostener en el trabajo antes citado es que las cláusulas «el lucero matutino» y «el lucero vespertino» son referencialmente idénticas, esto es, designan ambas la misma «referencia», por más que cada una de ellas exprese un distinto

«sentido», tal y como vendría a acontecer, pongamos por ejemplo, con las cláusulas «el autor del *Quijote*» y «el autor de la *Numancia*» o, para el caso, «el autor de *Sobre el juego*» y «el autor del *Análisis de la identidad*». Ahora bien, ¿en qué consiste esa designación idéntica de la referencia? Desde luego, no basta con decir que se trata de uno y el mismo «designatum», pues lo que está en cuestión, precisamente, es qué sea éste. Para Echeverría, la «teoría del significado» sustentada por la filosofía analítica clásica —y, sobre todo, por el neopositivismo o empirismo lógico—, teoría nunca del todo ausente en algunas de sus últimas y más sofisticadas variantes, es excesivamente tosca, como tosca es también la teoría de la verdad que se levanta sobre ella.

Para decirlo toscamente, con tosquedad en cualquier caso procedente de los propios filósofos analíticos, aquellos signos «designan», o se refieren a, «cosas u objetos», tal y como los signos más complejos que son los enunciados se refieren a hechos, la correspondencia con los cuales se supone que los hace verdaderos. Mas lo que Echeverría sostiene es que los signos de marras no suelen designar cosas u objetos, al menos de manera directa e inmediata, y por descontado no lo hacen en el caso de esos lenguajes medianamente alambicados que son los lenguajes científicos. Por el contrario, dichos signos designan «otros signos» y son, sin más, «signos de signos».

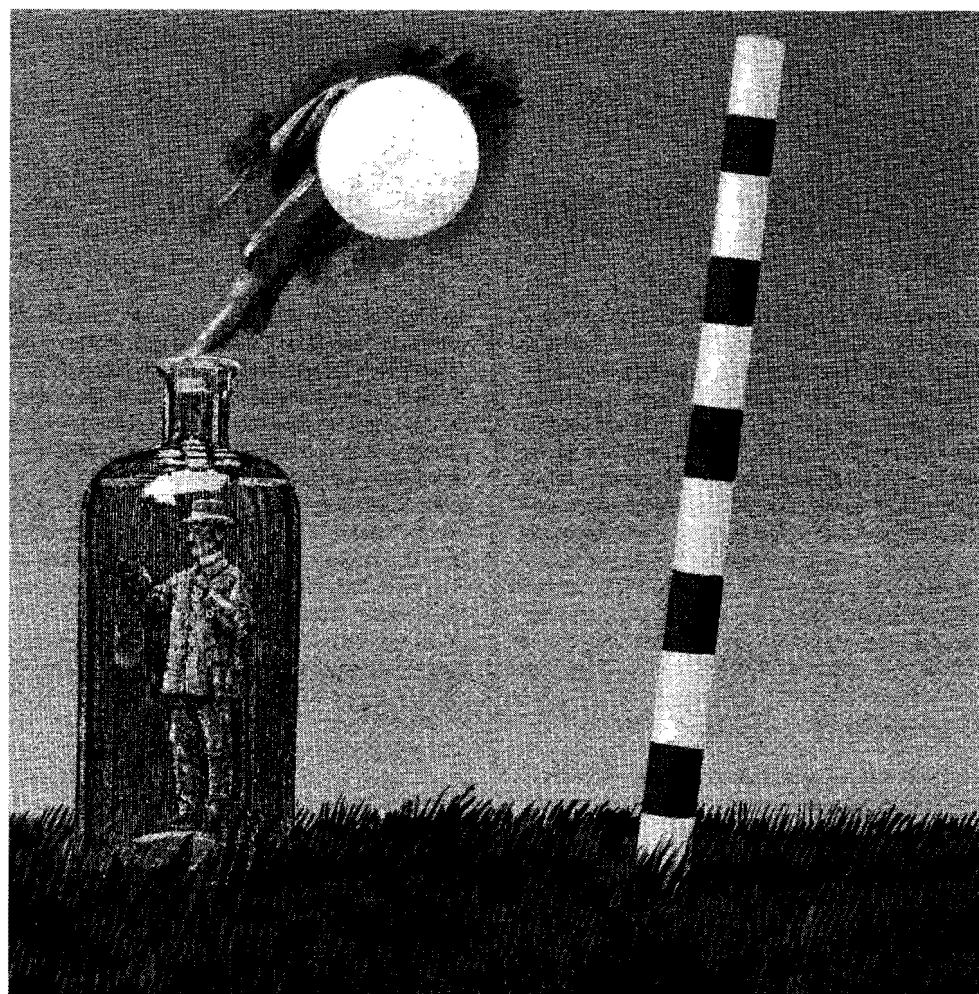
Una semiología de la ciencia

De esta manera entramos en el meollo del análisis de la identidad que Echeverría nos ofrece. Que los signos designan signos, y no cosas u objetos, lo evidencian, por lo pronto, los «ensamblajes de signos» que manejan los lógicos y matemáticos. Atendamos, pues, a ellos en primer lugar.

Cuando se habla de una «recta» en geometría, no se está aludiendo a la figura que la representa, ni tan siquiera a la ideal «línea que yace igual sobre todos sus puntos» de Euclides, por más que el de éste sea —como acaso lo fuera previamente el de la agrimensura egipcia— el sistema de signos que serviría de referente al uso históricamente originario de aquella palabra. A partir de la geometría analítica, en cualquier caso, el término «recta» pasa a significar más bien «ecuación lineal de primer grado». Y semejante viaje a través de los «sistemas signicos» podría aún prolongarse si reparamos en que la geometría analítica es, por su parte, susceptible de «formalización», sea en términos conjuntistas o mediante un sistema axiomático abstracto. En rigor, ese viaje constituye «un viaje interminable». O más exactamente todavía, un viaje «sin principio ni fin».

Como Echeverría nos advierte, «sería vano buscar “un sistema último de signos”» dentro de esa cadena de notaciones diversas y mutuamente engarzadas. «Resulta con ello —escribe— que el origen empírico o innato de la geometría son epistemológicamente equivalentes: procedan de la experiencia directa o del “cósmos noetós”, sólo conocemos los objetos geométricos y matemáticos a través de signos, y en concreto mediante sistemas de signos que se engarzan unos con otros, dando solidez con esas reglas de interconexión al edificio matemático». Y por más que ascendamos o descendamos los peldaños y pisos del edificio, «siempre habrá “un sistema de signos previo”».

Pero lo que se acaba de decir a propósito de las ciencias llamadas «formales», vale decirlo asimismo, por sorprendente que ello pueda parecer a primera vista, de las ciencias llamadas «empíricas». Ese es el caso, por ejemplo, del análisis que Echeverría lleva a cabo del enunciado astronómico «El lucero matutino es el lucero vespertino». Para empezar, dicho enunciado condensa una inferencia, esto



ALFONSO RUANO



Viene de la página anterior



es, un silogismo cuyo término medio sería Venus. Y su «verdad», por otra parte, presupone una complicada cadena de mediaciones: astronómicamente hablando, «el lucero matutino» y «el lucero vespertino» significan —en el marco de una teoría y unos procedimientos experimentales— «tablas de posiciones», las cuales significan a su vez «correspondencias espacio-temporales estadísticamente analizadas», las cuales significan a su vez «métodos de medición por medio de cronómetros y lentes telescópicas» en los cuales ha sido entrenada la visión del astrónomo. De todas esas mediaciones —observaciones, concordancias y simultaneidades, etc., que están, por lo demás, lejos de agotar las variables intervinientes en el trabajo científico— depende, en fin, la verdad de un enunciado empírico como el del ejemplo fregeano. Y sería desconocer e ignorar las peculiaridades de ese trabajo científico el contentarse con dar sencillamente por sentado que los astrónomos hablan de un astro material cuando afirman que el lucero matutino y el vespertino «son uno y el mismo». La «identidad» que se halla en juego en enunciados de esa índole se resuelve, en definitiva, en la más cautelosa afirmación de que sus tablas y trayectorias «se corresponden» entre sí.

Como Echeverría se pregunta (y se responde): «Si un enunciado o una verdad empírica como la estudiada puede ser analizada conforme a esa pluralidad de sistemas signícos que la mediatizan, ¿es que nunca hay un sistema de signos que designe algo más que signos, algo real o cuando menos no-signíco? La respuesta que aquí propondremos, “estrictamente epistemológica (y no ontológica)”, es negativa: jamás el científico, ni el astrónomo, está en relación directa con Venus o con su objeto de estudio. Lo que se combina, conecta, ordena, etc., siempre son signos.»

Expresándolo de otro modo, todo cuanto conocemos, y en especial todo cuanto creemos conocer científicamente, guarda una irremisible dependencia respecto de algún género de signos. Y será verdadero o falso según haya concordancias o discordancias entre los diversos sistemas signícos que utilizamos para conocer. Nuestras mismas percepciones, cargadas como siempre lo están de teorías, son sistemas de signos, como por lo demás habrán de serlo nuestros sueños. Hay sistemas de signos, por lo tanto, más precisos que otros, como las percepciones de la vigilia son más precisas que los sueños, y las observaciones científicamente controladas más precisas que las simples percepciones. Pero, por mucho que podamos inventar sistemas de signos cada vez más precisos, lo que nunca podremos es prescindir de ellos.

Para decirlo todavía con las palabras de un filósofo caro a nuestro autor —o comoquiera que demos en llamarlo—, conocemos —y pensamos— a base de «caracteres» y de «Characteristicae», es decir, de signos y de sistemas signícos, lo que convierte en urgente la tarea de elaborar una semiología de ese conocimiento y, por supuesto, «una semiología de la ciencia».

Ciencia y escritura

Y una vez repasado el título del libro de Javier Echeverría, me queda todavía por decir algo acerca de su subtítulo. Del carácter de «Prolegómenos» de aquél da testimonio el sugerente esbozo programático de la empresa semiológica por realizar que se recoge en el Apéndice final. No me es posible entrar en sus detalles, pero quisiera al menos aludir, antes de terminar, al que a mi entender sería el rasgo más llamativo de tal programa.

Me refiero a la importancia que se concede en él a la «escritura». El conocimiento, comenzando por el científico, descansa en la posibilidad de transcribir unos sistemas de signos a otros: la «transcripción» viene, así pues, a convertirse en la operación determinante del



ALFONSO RUANO

conocimiento científico; de hecho, habrá conocimiento universal (o general) en la medida en que los sistemas de signos son transcribibles entre sí, aunque sea parcialmente; y la comunicación, difusión, transmisión, enseñanza y divulgación del conocimiento científico entrañan complejas «transcripciones» entre sistemas signícos. Y lo que acaba de decirse del conocimiento científico se aplicará, punto por punto, a las humanidades, que no serían posibles sin estrictos sistemas de correspondencia entre «lectura» y escritura.

Quizás uno prefiera, con Platón y frente a Derrida, el «discurso hablado» al escrito. Pero eso sólo mostraría la escasa implantación de uno en el mundo y la cultura que le han sido deparados en suerte (diga McLuhan lo que dijere, hay que advertir que por «discurso escrito» no se ha de entender sólo «letra impresa», pues los sistemas signícos audiovisuales son también formas de escritura, altamente tecnificadas muchas veces, que ensanchan los límites de ésta bastante más allá de los de la galaxia Gutenberg). Comoquiera que sea, la traída a colación de Derrida, de quien Rorty pasa hoy por ser ferviente admirador, no es caprichosa, pues en él se ha querido ver, con su énfasis en la «escritura» y en el «texto», algo así como un último giro, o una última piroeta, del giro lingüístico.

Ahora bien, Echeverría no vacilaba en proclamar, como veíamos, que nunca nos es dado salir de los sistemas signícos. ¿No recuerda esta tesis, me pregunto, al aserto derridiano «Il n'y a pas de hors-texte», que cabría traducir —con el inevitable coeficiente de traición que toda traducción comporta— por «nada hay fuera del texto», «nihil extra textum»? Si lo que Derrida quiere decir es que ningún texto nos enfrenta de bruce con la desnuda realidad, su aserto resulta razonable, puesto que toda realidad lo es siempre interpretada desde un texto. Y asimismo resulta razonable

si nos dice que, tal y como no hay objetos privilegiados que escapen a alguna interpretación, no hay tampoco sujetos privilegiados —ni siquiera el autor del texto— que detenten en exclusiva el privilegio de su interpretación. Pero quizá lo que pretende decirnos Derrida sea más que eso, pues da la sensación de no contentarse con menos que la proclamación de la autosubsistencia de los textos. Al entonces muy discutible aserto de que nada hay fuera del texto cabría oponerle, parodiando un famoso «dictum» leibniziano, la respuesta «nisi ipsum textum», «salvo el propio texto», pues la chocante idea de un texto autosubsistente, un «ipsum textum subsistens», no resiste la crítica. Nunca habrá un texto sustentado sobre su propia letra ni capaz de darse a sí mismo el espíritu que lo vivifique.

El texto es siempre producido, creado y recreado por los «sujetos» que le dan sentido, y eso es, supongo, lo que ocurre con los sistemas signícos en general. Javier Echeverría no lo ignora y así, en su Apéndice, nos dice que «no hay ensamblajes de signos sin signantes», esto es, sin sujetos que lean y escriban signos y hagan corresponderse en reciprocidad

ambas operaciones. Mas, para proseguir en vena derridiana, ¿«quiénes» serían esos sujetos?

Nos encontramos, finalmente, ante el más temible y pavoroso problema de la identidad, el de la identidad personal, en el que Echeverría no entra en su libro, aunque alude a él a veces de pasada, como lo hace en sus disquisiciones acerca de la autoría del libro mismo. Sin duda cada uno de nosotros somos «muchos», por más que en ocasiones no tengamos otro remedio que ser «uno». Y seamos únicos o múltiples, eso que discerniblemente somos lo seremos en constante interacción con los demás, pues, para bien o para mal, no estamos solos en el mundo.

Pues bien, la escritura y la lectura son dos preclaras formas de interacción. Y así es como yo entiendo que Javier Echeverría nos pida en la introducción de su libro que contribuyamos, como lectores, a «configurar la identidad de este último» y hasta la de su autor, quienquiera que haya sido. Hagámoslo en la confianza de que semejante lectura ha de ayudarnos a configurar con algún mayor conocimiento de causa nuestra propia, y no menos evanescente, identidad. □

RESUMEN

Para Javier Muguerza, el libro objeto de su atención, *Análisis de la identidad*, de Javier Echeverría, es importante no tanto por su empaque, que lo tiene, sino por la proeza filosófica que encierra: abrir un ambicioso «programa

de investigación semiológica». Filosofía analítica, identidad, semiología, escritura y otros son conceptos y términos a los que se alude y se explican tanto en el texto de Muguerza como en el que lo provoca, el libro de Echeverría.

Javier Echeverría

Análisis de la identidad

Granica Ediciones, Barcelona, 1987. 315 páginas.

Dios entre la ética y la estética

Por Olegario González de Cardedal

Olegario González de Cardedal (Lastra del Cano, Avila, 1934) es doctor en Teología por la Universidad de Munich y catedrático de la Universidad Pontificia de Salamanca. Es miembro de la Comisión Teológica Internacional. Es autor, entre otros libros, de *El poder y la conciencia*, *Jesús de Nazaret*, *España por pensar* y *El lugar de la teología*.

Quizá pocas ciudades puedan presentar dos genios teológicos, tan musicales y a la vez tan aritméticos, como puede presentar un rincón de Suiza, Basilea. En ella, como en recodo de mar, desembocan las grandes corrientes culturales que vienen del Sur, que bajan de Alemania, que llegan desde Francia. En Basilea han pasado la mayor parte de su vida dos de los mayores genios y más grandes teólogos de la época contemporánea: Karl Barth y Hans Urs von Balthasar. Y hablé de genios musicales porque la primera página en la lista bibliográfica de Balthasar es una nota «Sobre el arte de la fuga». Y entre los mejores libros de Barth está uno dedicado a Mozart, que es un clásico y la mejor lectura recomendable para quien quiere acercarse a la música del joven artista de Salzburg, que hizo de la creación música total y de su música una incesante alabanza de Dios.

El autor

Queremos presentar la persona y la obra de Balthasar, que es, sin duda, uno de los mayores genios de nuestro siglo. En cualquier caso, por la anchura de sus intereses, que van desde la metafísica al teatro, desde la lírica al fenómeno de la santidad, desde el diálogo ecuménico a la traducción de los padres griegos, puede ser considerado como el mejor representante de la sinfonía católica. Así lo ha visto otro pensador eminente, Henri de Lubac: «Este hombre es quizá el hombre más culto de su tiempo. Y si existe en algún sitio una cultura cristiana es precisamente allí. La antigüedad clásica, las grandes literaturas europeas, la tradición metafísica, la historia de las religiones, los ensayos multiformes sobre el hombre actual que anda a la búsqueda de sí mismo —y sobre todo la teología con Santo Tomás, San Buenaventura, la patrística entera—, sin hablar por el momento de la Biblia..., nada hay de grande y de valioso que no encuentre eco en este espíritu. Escritores y poetas, filósofos y místicos antiguos y modernos, cristianos de toda confesión: él invoca a todos para que le presten su voz; porque todas esas voces son necesarias, y de ellas resultará, para una mayor gloria de Dios, la gran sinfonía católica» (1).

Para muchos lectores es, sin duda, una figura desconocida ya que el catolicismo contemporáneo, en el que ha ejercido una influencia decisiva, le ha dejado en un margen respetuoso. ¿Es pensable que no fuera invitado

al Vaticano II? Y, sin embargo, así fue. Semeja su persona a la de aquellos grandes trabajadores en silencio, que perduran unas veces en yacimientos profundos y otras en peligrosos desfiladeros, a los que olvidamos porque son lugares que pocos frecuentan.

Por otro lado, su obra y su pensamiento no se dejan fácilmente resumir, ni menos reducir, a una postura de esas que hoy día se plantan sobre las cabezas como simplificación suprema. Se le ha querido contraponer a Rahner, como si éste fuera el teólogo del diálogo con la modernidad y del giro antropológico, mientras que Balthasar sería el hombre de la pura visión teológica, que todo lo hace radicar y desembocar en Dios, no quedándole espacio o interés para el hombre. ¡Vana contraposición entre dos hombres que se forjan en los más severos y ensanchadores moldes de la Compañía de Jesús, Facultades de Filosofía de Pullach y de Teología de Lyon, y esbozan un genial proyecto de Sistemática teológica en común que luego cada cual a su manera realizará a lo largo de toda la vida!

Balthasar nace en Lucerna en 1905 y estudia germanística, música y filosofía en Munich, Viena y Berlín, presentando su tesis doctoral en Zurich con el significativo título: *Apocalipsis del alma alemana*. En esos tres tomos, escritos a sus treinta años, se enfrenta con la dimensión escatológica, o de ultimidad, propia de estos autores. Sabe Balthasar que es en esa confrontación con el sentido último de la existencia, y por ello con la pregunta por el ser y qué ser del hombre, donde un pensamiento da de sí sus más secretas posibilidades. En esa perspectiva estudia a Lessing, Herder, Kant, Schiller, Fichte, Schelling, Novalis, Hölderlin, Goethe, Jean Paul, Hegel, Wagner, Kierkegaard, Bergson y Nietzsche. Es su primer gran encuentro entre pensamiento de ultimidad, y por ello teología, con la comprensión antropológica y metafísica de nuestro tiempo.

El giro de la filosofía a la teología tiene lugar cuando Balthasar decide entrar en la Compañía de Jesús y estudia en Lyon. Allí encontró al grupo más renovador del pensamiento cristiano por aquellas fechas, del que surge el diálogo con las religiones (budismo...), con la filosofía (marxismo...), con el viejo pensamiento patrístico como forma de renovar la escolástica, en diálogo con las nuevas formas de expresión artística. H. de Lubac, Daniélou, Bouillard, Fessard... forman parte de ese grupo de creadores de la que luego se llamará «nueva teología», que, condenada parcialmente por Pío XII, decantará sus mejores frutos en el Vaticano II. Así recuerda el propio Balthasar aquel grupo y aquellos años:

«Para ese pequeño grupo que formábamos (grupo admirable, decidido, amenazado) una cosa nos era clara desde el principio: se trataba de arrasar los muros artificiales del miedo que la Iglesia había levantado entre sí misma y el mundo, de liberarla para que fuera sí misma, en la medida en que se entregaba absolutamente a su misión, para un mundo entero y no dividido. Pues el sentido de la

venida de Jesucristo es éste: redimir al mundo, abrirle en totalidad el camino hacia el Padre. La Iglesia es sólo medio, un relumbre que, brotando del hombre-Dios, penetra en todos los ámbitos, por medio de la predicación, el ejemplo, el seguimiento» (2).

De la época de Lyon le queda a Balthasar la preocupación por la era patrística, aquel momento privilegiado de la historia de Occidente en el que la experiencia cristiana de la revelación y de la salvación tiene que encontrarse con la lengua, la metafísica, el arte, toda la cosmovisión de los griegos y romanos. La forja de palabra, logos, poesía, teología y metafísica que allí se dio, le ha seguido fascinando toda la vida como momento paradigmático de lo que tiene que ser el permanente encuentro creador entre la revelación de Dios y aspiración del hombre, entre pregunta metafísica y experiencia religiosa. Los nombres de Orígenes, Platón, Plotino, Evagrio, Gregorio de Nisa, Ireneo, Agustín, serán objeto de su estudio, traducción y amistad para toda la vida.

Una segunda época decisiva en la vida de Balthasar es su cercanía en Munich a otras grandes figuras: Erich Przywara, Gustav Siewert y Karl Rahner. Es el momento en que el pensamiento europeo está llevando a cabo el encuentro entre analogía católica y dialéctica protestante, entre una «analogía entis» y una «analogía fidei». Años después publica Balthasar un libro sobre Barth que sigue siendo todavía hoy la mejor exposición de la teología dialéctica. Entre tanto se abre a la gran realidad de la poesía, la novela, el teatro y dedica obras a Claudel, Peguy, Bernanos, Reinhold Schneider, Bertol Brecht, Calderón de la Barca, Santa Teresita de Jesús, Sor Isabel de la Trinidad, Martín Buber, Carlos de Foucauld, Madelein Dêbrel, Blondel. La misión de los santos, los poetas y los novelistas le fascina, como el lugar privilegiado donde el ser se nos da como revelación, gracia, transparencia y trascendencia gratuitas.

A partir de estos años, ya fuera de la Compañía de Jesús, y tras una intensa actividad apostólica con universitarios en Zurich, se retira a Basel, donde pasa el resto de su vida dedicado a una obra tan vasta y dispersa como concentrada y unificada. El mismo nos ha confesado que siente la fascinación del centro invisible pero constituyente, cuyo descubrimiento es indispensable para percibir el pulso de la realidad y el sentido de la existencia humana. Esa fascinación del centro inaprensible, en torno al cual nosotros giramos con todas nuestras facultades, porque en torno a él gira nuestro ser para estar centrado: eso es lo que da coherencia a su obra aparentemente tan dispersa.

¿Podríamos describir brevemente ese centro antes de exponer ya su obra escrita? Esta no es otra cosa que una exposición de la totalidad de lo cristiano en la medida en que el cristianismo es revelación de Dios, dándose-nos en Cristo como Plenitud para suscitar la plenitud del hombre y con ello conducir también la historia a su consumación. Una inmer-

sión en la Figura, trayectoria y sentido del acontecimiento revelador, y del Dios revelado es condición previa para toda teología. La de Balthasar se considera a sí misma como pensamiento total y radical; por ello inseparablemente y al mismo tiempo como filosofía. Un pensamiento que no piensa el ser no puede pensar a Dios. Por eso al teólogo le están encargados simultáneamente el cobijo, la hospitalidad y la atención al ser, al hombre y a Dios. Nadie como él ha insistido en esta diferencia a la vez que en esta simultaneidad y correlación entre el ser y Dios, entre Dios y el hombre, entre revelación de Dios y auto-descubrimiento y nutrición del hombre. De ahí que al final su obra trascienda las fronteras de la filosofía y de la teología. Y uno de los objetivos que él justamente se propone es mostrar que allí donde existe un pensamiento que es radical, no por otra cosa sino porque va a la raíz, allí tales fronteras desaparecen. Y no porque se identifiquen los objetos, sino porque aparecen en su ontológica relación. Porque no hay Dios sin creación; y no hay creación sin un Dios, que es su «arché», es decir, su origen cronológico y su principio perennemente constituyente.

La obra: significación histórica

El pensamiento de Balthasar ha vuelto a enhebrar con los tres trascendentales de la metafísica clásica: el «verum, bonum et pulchrum», la verdad, la bondad y la belleza. Y su gran genialidad ha sido precisamente redescubrir la inseparabilidad de estas tres hermanas metafísicas, de haber rastreado las razones de por qué la verdad y la bondad han permanecido vigentes en la conciencia humana, mientras que la belleza se ha perdido en el camino de la conciencia occidental. Su obra comienza por reencontrar a esa hija perdida de la metafísica y de la teología y ponerla en el comienzo y centro de su obra. Porque si la hermosura es para el hombre, el hombre es para la hermosura. Y sin ella no puede vivir; menos todavía que sin la verdad y el bien. El hombre, antes que de fines y de objetos, está ganoso de belleza, de hermosura, de relumbre, de gracia. Porque estas realidades no fuerzan, ni exigen, ni limitan, sino que ofrecen, fascinan, llenan y extienden al hombre. Sólo el asombro de lo dado y lo bello confiere al hombre el gozo de existir. Todo lo demás son cadenas. Leamos las líneas con que se cierra el *Cántico* de Jorge Guillén:

«Para el hombre es la hermosura.
Con la luz me perfecciono.
Yo soy merced a la hermosa
Revelación: este Globo.
.....
No soy nadie, no soy nada
Pero soy con los hombres
Que resisten y sostienen
Mientras se agrandan los ojos
Admirando cómo el mundo
Se tiende fresco al asombro.»



FRANCISCO SOLE

Viene de la página anterior



FUENCISLA DEL AMO

Con ello ha invertido el curso del pensamiento de Occidente: la belleza es lo primario y esencial. Paralelamente ha invertido el curso de la Teología. Dios en la historia de Occidente ha sido degradado a Ser, Ley, Bien, Verdad, Potencia. Y todo eso lo será, pero sólo en un segundo momento. Y Dios sólo es digno del hombre si aparece bajo la categoría de gloria, majestad, santidad, belleza, peso de ser. El título de esta primera parte de su gran trilogía se llama precisamente *Gloria*. Esta palabra remite a una hebrea: «Kabod», y a otra griega: «Doksa». El término hebreo designa esa realidad divina en el orden óptico como peso, apoyo, energía, impulso, brío, ímpetu, pujanza, empuje. El término Doksa, por el contrario, acentúa más el movimiento mostrativo, iluminador, refulgente, que lleva consigo el acto de revelación y presencialización de Dios como majestad, claridad, decoro, riqueza, brillo, esplendor. Gloria, por consiguiente, es la esencia misma de Dios manifestada al hombre en todo su peso y fuerza, esplendor y luminosidad, sobrecogimiento y atracción. Ante ella el hombre no se siente obligado, limitado o mandado, sino liberado por el espectáculo sorprendente que alumbraba y torna transparente tanto a la realidad como al propio sujeto; y que se da sin exigir y se entrega transformando en el acto mismo de aparecer.

Revelación de Dios

El mismo Balthasar se hace la pregunta: «¿Por qué se llama la primera parte de la síntesis *Gloria*? Porque se trata ante todo de hacer que el hombre perciba en su horizonte la revelación de Dios y a Dios sólo en su gloria, Majestad; en lo que Israel llamó «Kabod» y el Nuevo Testamento llama «Doksa», y que bajo todo el encubrimiento o incógnito de la naturaleza humana y de la cruz puede, sin embargo, ser reconocida. Esto significa: Dios no adviene a nuestra vida ante todo como maestro («verdadero»), tampoco como desinteresado redentor nuestro («bueno»), sino que viene en sí mismo y por sí mismo, para mostrarnos el esplendor de su eterno amor trinitario, en aquella carencia absoluta de interés, que el verdadero amor ha querido significar, cuando hablaba de la verdadera belleza» (3).

Esa gloria manifestada en el ser y en la cruz se ha dado a sí misma como «species» (presencia exterior) y como «lumen» (presencia interior) al hombre; como epifanía en la exterioridad y como justificación y gracia en la interioridad. En la Figura de Jesús ha adquirido la Gloria su revelación suprema porque suprema ha sido la presencia ontológica (era el Verbo encarnado siendo un hombre); y suprema ha sido la luminosidad interior (la conciencia eterna trasparecía y sostenía la conciencia humana de Jesús). Con ello la gloria ha unido los extremos y los ha reconciliado en la suavidad humilde de una existencia humana. Pero esa reconciliación ha sido suprema en la cruz. La gloria y la cruz forman un supremo nudo de afirmación entre el hombre y Dios, entre

la majestad y el don, entre la esperanza del hombre y la oferta de Dios.

Y ésta es la razón por la cual la cruz se ha convertido en la suprema revelación de la gloria de Dios y de la gloria del hombre. San Agustín dirá que en la deformación suprema de Dios en el amor crucificado descubrimos lo que es nuestra forma suprema: «En la cruz colgaba deforme pero su deformidad era nuestra belleza.» Y San Juan de la Cruz, el gran autor que alimenta esta estética teológica, habla de Dios siempre en clave de hermosura, y expresa esa suprema hermosura en el desoyuntamiento de Cristo en la cruz. ¡No en vano el crucifijo de la Encarnación pintado por él está en el origen de varios capítulos tanto de la estética como de la teología moderna! La cruz es la espesura del dolor y del amor de Dios en el que el hombre se ve y se reconoce:

«Gocémonos, Amado,
y vámonos a ver en tu hermosura
al monte y al collado
do mana el agua pura;
entremos más dentro en la espesura» (4).

Para perseguir esta idea Balthasar escribió siete grandes volúmenes que son un recorrido por toda la historia de la metafísica, del arte, de la mística y de la teología de Occidente. Imposible resumirlos. En ellos no va a la búsqueda de lo que estos autores pensaron sobre estética, sino para asistir a la manifestación de la belleza en su destino y en el esplendor de sus propias obras. Porque la belleza, como el oráculo de Delfos, ni manda ni enseña, da señales y pistas en un silencioso y a la vez sonoro esplendor. En el ir y venir por toda la historia del pensamiento occidental con unos análisis de autores que nos dejan sin respiración, nunca pierde el punto de mira: esa cruz levantada en soledad y fascinando todavía a los hombres como suprema unión de poder y de religión, de amor y solidaridad, y con ello de manifestación de Dios. Donde hay revelación o belleza, allí hay verdad y allí hay bien. Y a todas las sacó a la luz Dios resucitando, sacando a Aquel a quien Fray Luis de León llama pimpollo o «parto común y general de todas las cosas» (5).

Que nuestro agustino no innovaba nos lo confirma una lápida recientemente descubierta en las cercanías de Villaviciosa (Asturias) con esta inscripción: «Decus egit Christus Deus = Cristo por ser Dios sacó a luz toda belleza.»

Esta sería la primera parte de la trilogía. La gloria se revela en el mundo = «Teofanía». Ella da ocasión a una estética teológica que tiene por objeto la belleza de Dios revelándose y que al revelarse revela el hombre y el mundo a sí mismos. Pero esa revelación se afirma frente a unas libertades que no se dejan ni alumbrar ni deslumbrar, y entonces surge la situación dramática. «Teopraxis» = o la Dramática de Dios en el mundo, apareciendo como Luz, Vida, Acción, Don que ponen en juego su libertad y suscitan otras libertades, provocando con ello la respuesta o el rechazo de esas libertades humanas que se ven emplazadas así en un drama histórico que tiene condiciones de tragedia en grado sumo, porque

la libertad del hombre es arrastrada a mayor altura cuanto más alto es quien la arrastra. El Evangelio de Juan y el *Apocalipsis* han descrito de manera genial este acoso o reto a la libertad humana cuando al hombre pecador se le presenta la luz, alumbrando, encendiendo, y a la vez desenmascarando, acusando, poniendo al desnudo sus tinieblas. Estas no tolerarán semejante desenmascaramiento y lucharán contra la luz; la historia es la incesante pugna entre luz y tinieblas. De aquí resulta en tercer lugar una *Teología* = «Lógica teológica», que tiene por objeto la verdad de Dios; es decir, el descubrimiento de la estructura del ser y del hombre a la luz de la revelación y del drama de la verdad en la historia.

Balthasar nos ha escrito la mejor filosofía y teología del drama. En cinco volúmenes ha expuesto lo que es el emplazamiento de la libertad ante la revelación de Dios, que por consiguiente está enfrentada con la elección inexorable: elegir su oscuridad y su soledad o entrar en la luz y en la libertad que juegan el juego supremo en el mundo. La cruz de Cristo es así el centro donde las tres grandes partes de la trilogía se encuentran: en ella la revelación, la libertad, la mostración de Dios son supremas. De esta forma se corresponden en la *Estética* la gloria divina y la belleza humana; en la *Dramática* se corresponden la libertad mundana finita y la libertad divina infinita; y en la *Lógica* se corresponden la estructura de la verdad propia del ser creado y del ser increado.

Significación para España

Uno, como español, siente bochorno leyendo la obra completa de Balthasar, ya que en ella encontramos reasumidas filosófica y teológicamente las cumbres de nuestra cultura. ¡Espléndidos los capítulos dedicados a Cervantes, a Calderón de la Barca —él constituye el centro de los cinco volúmenes de la *Theodramática*— a Fray Luis de León, a Suárez! ¡Y no digamos el de San Juan de la Cruz, con quien se abre y se cierra la *Estética*!

RESUMEN

Varias y voluminosas obras del pensador Hans Urs von Balthasar le proporcionan al profesor y teólogo español Olegario González de Cardedal la ocasión de acercarse, presentándolo, a uno de los más grandes teólogos de la

Con esta obra Balthasar ensancha y rompe la angostura que el pensamiento occidental sufre a partir del racionalismo. Descartes, Kant, Hegel no han sabido qué hacer con la belleza. Y Kierkegaard, con su radicalidad, planteando la alternativa «esto o lo otro» y considerando excluyentes los tres estadios: estético, ético, religioso de la vida, ha sellado para siempre esa división (6). Por eso la reconstrucción total, que Balthasar aquí lleva a cabo, hace de su obra un capítulo indispensable ya de la metafísica y a la vez un capítulo de la teología. ¿Cómo es posible que los teólogos no nos hayamos dado cuenta de que el término «Belleza» o «Hermosura» han sido los más característicos para designar a Dios en la tradición teológica? No sólo San Juan de la Cruz o Fray Luis de León, el mismo P. Nieremberg tiene una obra sobre Dios con este título. El angostamiento de perspectivas filosóficas que hemos vivido a partir de Descartes ha repercutido mortalmente sobre la teología y la experiencia religiosa, que se han quedado en la ley, el dogma, la tradición; y no han sabido qué hacer con lo esencial suyo: la «Gloria» de Dios, la hermosura y espesura que él crea en Cristo y en todo hombre.

Por todas estas razones la obra de Balthasar supone una liberación de este cautiverio en que la estética vivía, subyugada por la ética, cuando no por la política. Y toda liberación del ser es a la vez una liberación del hombre y de Dios. El pensamiento español haría bien en asomarse a este pensador que en tiempos de inercia y de sequía ha hecho alumbrar manantiales en los que abreva el hombre toda su inmensidad y en los que la fe recupera sus mejores veneros. □

- (1) «Un témoin de Jésus-Christ dans l'Eglise», en *Paradoxe et Mystère de l'Eglise* (Paris, 1967), 184.
- (2) *Rechenschaft* (Einsiedeln, 1965), 7.
- (3) *Rechenschaft*, 27.
- (4) *Cántico espiritual*. Canción XXVI.
- (5) *Los Nombres de Cristo I, 1: Pimpollo* (Obras Completas Castellanas. BAC. Madrid, 1951), 415.
- (6) H. Urs von Balthasar, «Revelación y Belleza», en *Ensayos Teológicos I, Verbum Caro* (Madrid, 1964), 127-166.

Hans Urs von Balthasar

Gloria. Una estética teológica

Encuentro, Madrid, siete volúmenes, 1986-1987.

Theodramatik

Johannes Verlag, Einsiedeln, cinco volúmenes, 1973-1983.

Theologik

Johannes Verlag, Einsiedeln, tres volúmenes, 1983-1987.

Iluminismo crítico y Sociología del Derecho

Por Elías Díaz

Elías Díaz (Santiago de la Puebla, Salamanca, 1934) es catedrático de Filosofía del Derecho en la Universidad Autónoma de Madrid y director de la revista de pensamiento «Sistema». Autor de Estado de Derecho y sociedad democrática, Sociología y Filosofía del Derecho y De la maldad estatal y la soberanía popular.

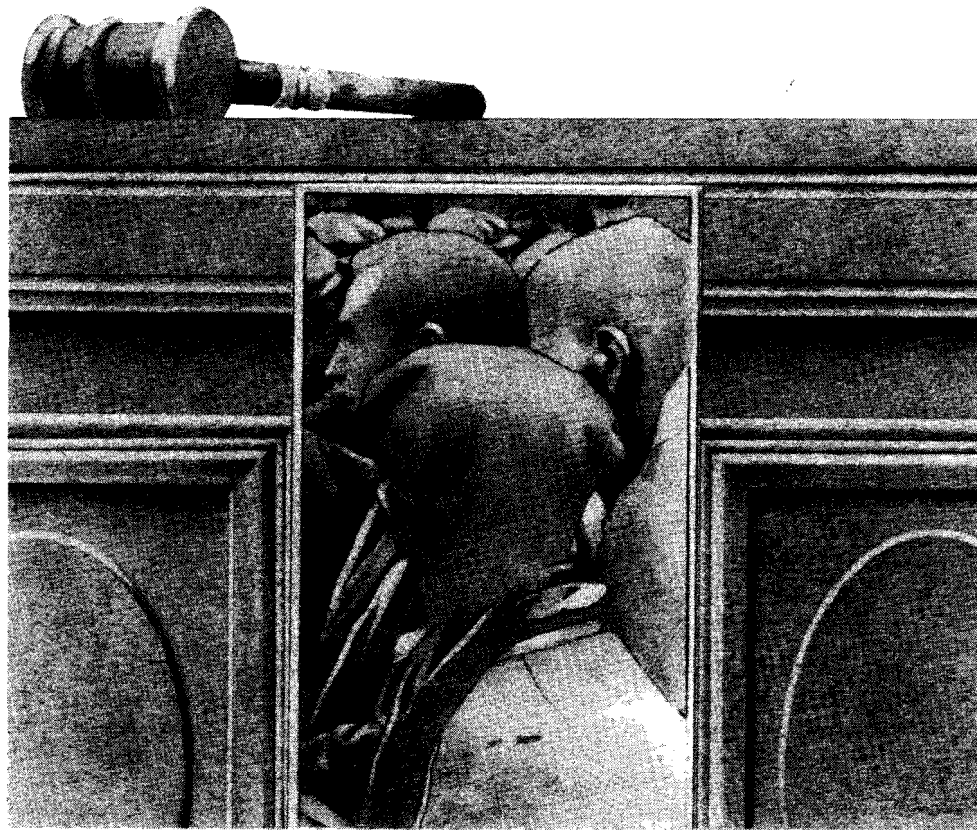
Es verdad que los juristas, los mejores juristas, siempre han funcionado teórica y prácticamente estableciendo algún tipo de conexión, mayor o menor, entre el Derecho y la realidad social en que aquél surge y en la que se plantean los concretos conflictos a resolver. Es imposible hacerlo de otro modo. Pero no es menos cierto que el formalismo jurídico, entendido aquí como casi exclusivo apego hermenéutico a las palabras y a los rituales de la ley, abstrayendo y aislando en una u otra medida el Derecho del resto de la realidad social, también es algo que tiene una larga e insoslayable historia; y asimismo, bajo nuevas y más sofisticadas formas conceptualistas, ha vuelto a reimplantarse con pertinacia en el presente.

El formalismo, el mejor formalismo, ha creado certeza, seguridad, orden y hasta rigor lógico y conceptual en el sistema jurídico. Pero la crítica de su aislamiento —a veces, sólo aparente, interesado aislamiento— ha proporcionado al Derecho un mayor realismo, un Derecho más vivo y eficaz, una mayor adecuación a los intereses, fines y demandas de una determinada sociedad o, al menos, de ciertos grupos y sectores de ella.

Las exigencias formales y la consideración de las implicaciones sociales —junto a la inevitable referencia ideológica y valorativa— son, a mi modo de ver, elementos imprescindibles para entender y hacer funcionar el Derecho. Pero «formalismo» y «sociologismo» pueden ser, y de hecho con frecuencia han sido en la historia, actitudes excesivamente unilaterales, reduccionismos inadecuados para comprender en su plenitud lo que de verdad sea, y deba ser, el Derecho.

Es a lo largo del XIX, y continúa en buena parte de nuestro siglo (pero creo que hoy la situación es ya más pacífica sobre estas cuestiones, no sobre otras más radicales y decisivas que de algún modo derivan también de aquéllas), cuando se hace más explícito y organizado este debate sobre el método jurídico, el cual envolvía en su fondo problemas de definición y de identificación. Y es en ese contexto en el que la Sociología del Derecho vino a proporcionar desde el principio un muy necesario y progresivo correctivo al unilateral formalismo tantas veces en exceso prevalente entre los juristas prácticos y los científicos del Derecho.

Además de ese correctivo, la Sociología del Derecho ha aportado imprescindible información, investigaciones empíricas y reflexión teórica y crítica para un más completo conocimiento del Derecho, de sus causas y efectos, de su relación con intereses y valores, así como del grado de su efectiva implantación en la realidad social. En ambas dimensiones, junto a otras también muy relevantes, se insiste en esta importante obra de Renato Treves que



ARTURO REQUEJO

es la culminación —pero siempre en él abierta a revisión— de otros muchos escritos e investigaciones suyas anteriores sobre estos mismos temas.

Renato Treves (1907, celebramos este año, este otoño, su ochenta cumpleaños, con toda su capacidad de trabajo y de producción intelectual en activo) es uno de los padres, uno de los primeros en intensidad y cronología, de la Sociología jurídica actual, uno de sus refundadores más entusiastas y acertados en los difíciles tiempos que siguieron a la segunda guerra mundial. Exiliado del fascismo desde 1938 en Argentina (Universidad de Tucumán), donde establece profundo contacto con la cultura española a través de nuestros refugiados republicanos; vuelto de nuevo a Italia en 1947, catedrático de la Universidad de Milán desde 1948 y durante toda su vida académica, el profesor Treves imparte en todo este tiempo cursos de Sociología general y de Filosofía del Derecho para, a partir sobre todo de los años sesenta, dedicarse por entero a la Sociología jurídica, a la vez como investigador y estudioso y como impulsor y organizador de importantes encuentros y publicaciones de ámbito internacional.

Por esas fechas conocí yo personalmente a Renato Treves: animó la incipiente, y no proseguida, Sociología del Derecho española —otra «signatura pendiente»— y ayudó todo lo que pudo a la causa de la oposición democrática a la dictadura. Más datos y juicios sobre su obra pueden encontrarse, en castellano, pronto en dos tesis doctorales actualmente en avanzado estado de elaboración y, mientras tanto, en el capítulo a él dedicado en mi libro *Legalidad-legitimidad en el socialismo democrático* (Madrid, Civitas, 1978), así como en la sustanciosa «Nota preliminar» de Manuel Atienza a la versión española de su *Introducción a la Sociología del Derecho* (Madrid, Taurus, 1978), libro que es precedente de este —completamente reelaborado y reconstruido con un mayor acento teórico y crítico— que estoy aquí comentando.

En él se lleva a cabo, en su primera parte, una muy completa, detallada y fiable exposición histórica de la Sociología del Derecho, arrancando de importantes precursores —en sus relaciones con el iusnaturalismo desde Aristóteles a Locke y, después, con actitudes como las de Vico, Montesquieu o Savigny y, por otro lado, Bentham—, para analizar posteriormente y por separado las más estrictas contribuciones que ya en el siglo XIX y parte del XX se aportan a ese nuevo enfoque del Derecho desde tres perspectivas diferentes: la de los sociólogos (Saint-Simon, Comte, Spencer, Tönnies, Durkheim, Gumplovicz u Oppenheimer), las que derivan de posiciones más imbricadas con la teoría y la praxis política (y aquí incluye a Marx, Engels, Lásalle, el denominado «socialismo jurídico», Renner, Lenin y los juristas soviéticos, concluyendo con Mondolfo y su «humanismo socialista», con el cual concuerda Treves en muy buena medida) y, finalmente, las que introducen los juristas antiformalistas, como Ihering, Kirchmann, Kantorowicz, Ehrlich, Geny, Duguit, Hauriou —interesantes las diferencias entre estos dos últimos, uno más «espontaneísta», otro más «institucional»—, Santi Romano, Holmes, Pound y otros situados como ellos en esas finalistas, judicialistas y realistas tendencias de la ciencia jurídica de esos tiempos.

Tras este casi exhaustivo recorrido histórico —donde quizá convendría advertir más críticamente acerca del significado, implicaciones y límites, a su vez, de algunas de esas manifestaciones del antiformalismo—, Renato Treves se detiene con especial atención y predilección en la obra, diferente, de tres importantes sociólogos considerados como, propiamente, los fundadores de la Sociología del Derecho: Max Weber, de quien se destacaría aquí su afirmación de la autonomía y compatibilidad entre Sociología del Derecho y Ciencia o teoría del Derecho, es decir, entre enfoque sociológico y normativo del mismo; Georges Gurvitch, por el contrario, reduccionista de la segunda a la primera, con su exclusiva insistencia en el carácter social, no estatal, del Derecho; y Theodor Geiger, a cuyo «iluminismo crítico» se vincula explícitamente Renato Treves como vía metodológica para evitar y superar todo tipo de actitudes dogmáticas en el campo de la filosofía y las ciencias sociales.

Con este fuerte bagaje, la segunda parte de la obra se dedica por extenso al análisis de las principales investigaciones empíricas, métodos y áreas de aplicación de la Sociología jurídica de nuestros días. Y se concluye desde ahí con dos muy importantes capítulos sobre la función y el fin del Derecho, donde Renato Treves —tras la crítica acertada y honesta

al sistema estructural funcionalista, o viceversa, de T. Parsons o de N. Luhmann— invoca la necesidad de una sociología crítica hecha desde la «imaginación sociológica» (expresamente enlaza aquí con Wright Mills) y orientada de manera flexible (relativismo y perspectivismo corregidos por el ya mencionado «iluminismo crítico») desde los valores, señala, de la libertad y el socialismo.

Este cuadro de referencias teóricas y valorativas que Treves relaciona también, junto a otros autores ya mencionados, con Ortega y Gasset, Mannheim, Radbruch o, de los actuales, Rawls o Dworkin (frente a Nozick), es —en mi opinión— muy válido para esa necesaria doble confrontación crítica a que he venido aludiendo: por un lado, con el «formalismo» tenido aquí muy prevalentemente en cuenta, como es lógico tratándose de Sociología, pero que —por otro— tendría asimismo que marcar con mayor énfasis sus límites y objeciones respecto a un cierto «sociologismo» jurídico que no es sólo antiformalista, sino también, con alguna frecuencia, antinormativista sin más e, incluso, receloso ante postulados tan principales del Estado de Derecho como serían el imperio de la ley, la primacía del Parlamento como órgano de representación popular, la división de poderes o la misma idea de los derechos subjetivos más o menos fundamentales.

En un trabajo mío de hace ya muchos años titulado precisamente *Sociología jurídica y concepción normativa del Derecho* («Revista de Estudios Políticos», 143, 1965), intentaba yo precisar sobre algunos de esos posibles riesgos, excesos y confusiones derivados de un «sociologismo espontaneísta» en el campo de la filosofía jurídico-política. Y he seguido después por esa vía durante todo este tiempo —espero que con progresos— intentando hacer compatibles el Derecho como norma, como ordenamiento jurídico, y su análisis empírico y teórico-crítico por la Sociología jurídica. Ello implica considerar, a su vez, al Derecho (y al Estado) no como variables absolutamente dependientes, sino, más bien, como variables relativamente independientes, por utilizar el lenguaje convencional, es decir, como factores no aislados, pero tampoco pasivos con respecto a los otros elementos y funciones del sistema social en su conjunto.

Hoy estas disyuntivas se vincularían incluso al actual debate sobre la «sociedad corporativa» y sobre los orígenes extralegislativos y extraparlamentarios del Derecho (consenso, concertación, etc.) o a su entendimiento o no como factor de cambio social, cuestiones todas ellas que exceden con mucho de los razonables límites de esta reseña al excelente y tan sugerido libro del profesor Renato Treves.

Concluiría, de todos modos, señalando que como punto de partida, no de llegada, en todos estos problemas, mis preferencias estarían más bien por el lado de la coordinación y conjunción —perfectamente posible desde los presupuestos de ambos— de las posiciones respectivas de Kelsen (Teoría del Derecho) y de Weber (Sociología del Derecho) por referirme a los clásicos; o —situándome más cerca, también en el orden afectivo y del conocimiento personal— en la confluencia de las en buena parte correlativas posiciones de Norberto Bobbio y del propio Renato Treves, con quienes también compartiría ya no pocas conclusiones finales en el campo de la ética social y la filosofía jurídico-política. □

En el próximo número

Artículos de Antonio González, José Ferrater Mora, Sixto Ríos, Miguel Querol, Alonso Zamora Vicente, Julián Gállego y Eduardo García de Enterría.

RESUMEN

La Sociología jurídica sigue siendo una «signatura pendiente» en los planes de estudio y de formación de las facultades de Derecho españolas, apunta el comentarista. Al hilo de esta obra de Renato Treves, se destacan

y confrontan aquí sus prevalentes orientaciones teóricas y metodológicas así como las que se consideran más correctas conexiones normativas, por un lado, y ético-políticas, por otro.

Renato Treves

Sociologia del diritto. Origini, ricerche, problemi

Giulio Einaudi Editore, Torino, 1987. XV + 339 páginas.

Los productos naturales y la Biotecnología

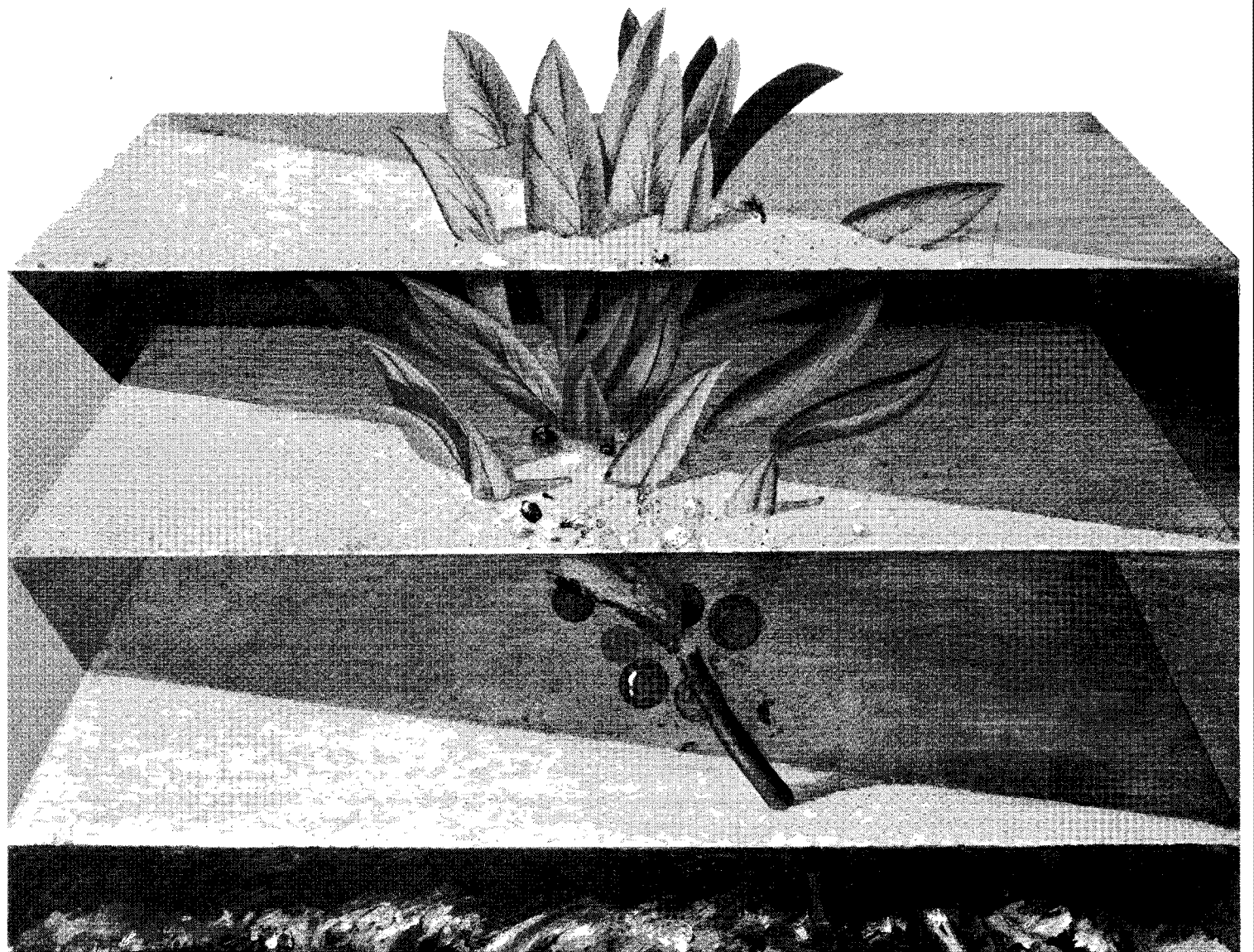
Por Antonio González

Antonio González (Los Realejos, Tenerife, 1917) ha sido catedrático de Química Orgánica de la Universidad de La Laguna y director de la sección de química orgánica del Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Es Premio Príncipe de Asturias de Investigación Científica y Técnica (1986).

Tradicionalmente la industria ha obtenido los productos naturales a partir de plantas silvestres o de cultivo, a través de procesos complejos y onerosos. En el transcurso de la presente centuria, la síntesis y hemisíntesis de los «metabolitos secundarios» (productos naturales) han recibido un impulso extraordinario con el apoyo de nuevos y sofisticados catalizadores inorgánicos que han desarrollado reacciones muy específicas, regio- y estereoselectivas, para obtener complejos productos naturales con un rendimiento óptico casi del 100 por 100 y con la configuración absoluta de las sustancias naturales aisladas de las plantas, formadas a través de procesos catalizados por sistemas enzimáticos (biocatalizadores). Este espectacular avance conseguido en la síntesis de los productos naturales hizo concebir a la industria farmacéutica y alimentaria muchas esperanzas ante la posibilidad de obtener por síntesis las sustancias naturales usadas como fármacos, aromas o esencias, de gran valor comercial. La compleja estructura y configuración absoluta de la mayoría de los productos naturales de interés industrial hace que las síntesis con catalizadores inorgánicos, en la mayoría de los casos, no sea viable para la industria por su complejidad y elevado coste.

El aprovechamiento de vegetales por la industria farmacéutica es cada día más problemático, como consecuencia del deterioro creciente a que el hombre somete su entorno natural, que ha originado la práctica destrucción de valiosas especies vegetales, a lo que se suman problemas socio-económicos de los países productores, posibles desastres atmosféricos, plagas, enfermedades, etc.

La inseguridad en la recepción de materia prima ha sido uno de los factores que ha movido a la industria a buscar, directamente o a través de científicos de otros organismos, nuevas vías que le garanticen un suministro regular de las mismas. Esta necesidad ha madurado la idea de emplear los enzimas naturales, en lugar de los catalizadores inorgánicos, con el fin de evitar las dificultades, mu-



ALFONSO RUANO

chas veces insalvables, presentadas por la vía sintética. Esta idea ha conducido al extraordinario desarrollo actual de la «Biotecnología», cuya aplicación por el hombre no es nueva; no podemos olvidar las fermentaciones alcohólicas y lácticas o la panificación, pero el impulso que ha recibido durante las últimas décadas ha sido extraordinario.

Los enzimas, complejas moléculas proteicas fáciles de desnaturalizar, no se comportan igual aislados que «in vivo». Los enzimas aislados pueden formar metabolitos con mayor rendimiento que las plantas de las que pro-

ceden, pero también pueden no formarlos o sintetizar otras sustancias diferentes. A pesar de los resultados positivos de algunos ensayos, por diversas dificultades técnicas o biológicas estos sistemas no han podido ser industrializados. Los progresos del empleo de enzimas inmovilizados para su uso prolongado en reactores continuos son muy lentos.

Cultivo «in vitro»

Muchas de las dificultades que se presentan en el aislamiento y uso de los enzimas libres se han tratado de subsanar con el uso de los métodos de cultivo «in vitro» de tejidos o células, donde los enzimas se hallan en ambientes más parecidos a los naturales.

Los cultivos de tejidos meristemáticos de vegetales hallaron desde los primeros momentos una gran aceptación en agricultura, porque tienen la capacidad de formar plantas completas, permitiendo la propagación a escala comercial de un gran número de especies vegetales. Estas técnicas se están utilizando cada vez más con el fin de lograr la biosíntesis de productos naturales útiles. El cultivo «in vitro» de tejidos de plantas que elaboran es-

tos metabolitos, algunas veces no biosintetizan los metabolitos buscados y otras lo hacen con bajo rendimiento. No obstante, se han logrado algunos, muy pocos, éxitos, especialmente en el campo de las esencias y aromas. Estos métodos se han intentado mejorar sobre la base de una selección de fenotipos y de los «callos» formados (masas de células poco diferenciadas). Sólo los «callos» de máxima producción son transferidos a nuevos medios de cultivo. En cultivos de células vegetales, ya sea en suspensión o fijados, se han conseguido éxitos notables.

Los estudios de estos métodos biológicos se han prodigado en el mundo durante las últimas décadas, se han resuelto muchas dificultades teóricas y técnicas, pero todavía estamos lejos de que se puedan comercializar. Se concibieron muchas esperanzas que actualmente se han moderado.

Entre la copiosa literatura que nos llega sobre los más diversos aspectos de la investigación biotecnológica, he recibido la excelente publicación *Primary and Secondary Metabolism of Plant Cell Cultures*, editada por K.-H. Newman, W. Barz y E. Reinhard en



En este número

Artículos de

| | | | |
|--------------------|-----|----------------------------|-------|
| Antonio González | 1-2 | Alonso Zamora Vicente | 8-9 |
| José Ferrater Mora | 3 | Julián Gállego | 10-11 |
| Sixto Ríos | 4-5 | Eduardo García de Enterría | 12 |
| Miguel Querol | 6-7 | | |

SUMARIO en página 2

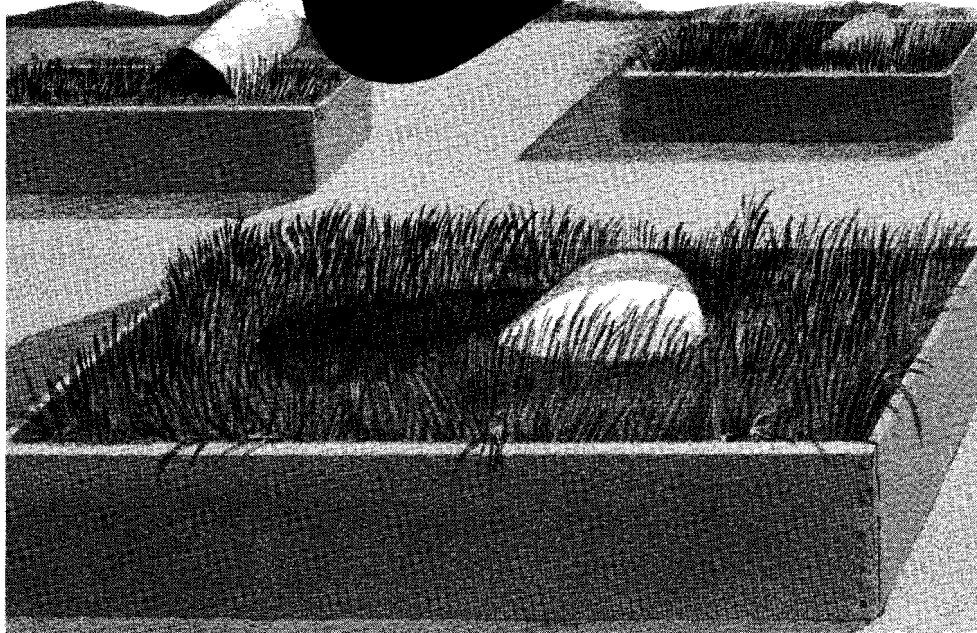
Viene de la página anterior



Los productos naturales y la Biotecnología

1985. Se trata de una obra en la misma línea que las editadas por W. Barz, E. Reinhard y M. Zenk en 1977 y por H. Fujiwara en 1982. En esta obra se recogen las comunicaciones hechas en el Symposium celebrado en 1985 en Schloss Ranishholzhausen (Alemania) que tratan de las principales aproximaciones logradas sobre diferentes técnicas de cultivo de células y tejidos vegetales, tanto en la investigación básica como en la aplicada. Ante la imposibilidad de comentar cada uno de los 35 artículos que componen la publicación, me voy a referir exclusivamente a los que tratan de la biosíntesis «in vitro» de productos naturales, tema en el que me hallo actualmente interesado.

Se inicia la obra con un artículo de revisión de F. C. Steward sobre los cambios experimentados durante los últimos años por los métodos de cultivo de células vegetales, y se ocupa de temas tan dispares como la acumulación de sal en las células y el efecto del entorno sobre su crecimiento y naturaleza de los metabolitos sintetizados. Siguen seis comunicaciones sobre el metabolismo primario que tratan temas relativos a la «fotosíntesis», a la



ALFONSO RUANO

producción de biomasa o a la formación de productos naturales. Sobre la biosíntesis «in vitro» de metabolitos secundarios se ocupan unos 20 artículos. Como ejemplo me voy a referir al contenido de alguno de ellos. M. Wink, después de siete años de experiencias sobre fisiología y bioquímica de alcaloides quizolidínicos en lupinos y otras leguminosas, llega a la conclusión que la bioquímica y el mecanismo de control son la base del metabolismo de los alcaloides y su conocimiento debe ser prerrequisito necesario para planificar cualquier manipulación del potencial biogénico de las células de una planta.

Tejidos y células

S. Roy y A. Kuna estudian la influencia de varios factores físicos, nutricionales y hormonales sobre el crecimiento y producción de alcaloides en tejidos de plantas cultivadas. Especial interés han despertado, desde hace algunas décadas, los alcaloides indólicos del «*Catharanthus roseus*» por su acción sobre algunos tipos de cáncer; por ello, diversos en-

sayos realizados durante la última década han tratado de biosintetizarlos a través de los cultivos en tejidos de células de dicha planta. La biosíntesis y acumulación de alcaloides indólicos en cultivos de células en suspensión de «*C. roseus*» fue estudiada por W. G. W. Kurz y col., mientras M. Lucher y A. Dientrich tratan de la perspectiva de la producción biotecnológica futura de cardenólidos en cultivos de células de «*Digitalis*». Estos autores hallan que es del mayor interés para el futuro la se-

lección de nuevas líneas de células que tengan una productividad más alta de glicósidos cardíacos y que sinteticen los cardenólidos usados en Medicina.

La publicación recoge otros interesantes trabajos sobre la biosíntesis y el metabolismo de determinados productos naturales en cultivos de tejidos o células de plantas, así como otros problemas relacionados con la acumulación de agentes antineoplásicos por cultivo de tejidos (M. Misiwa y col.) o alternativas viables de síntesis «in vitro» para la producción de constituyentes biológicamente activos de las plantas, tanto conocidos como nuevos (M. R. Heble).

Por último, incorpora siete artículos bajo el título genérico de «Fermentación y criopreservación» en los cuales se trata de la obtención del ácido rosmarínico a gran escala por células cultivadas de «*Coleus blumei*» (B. Uldrich y col.), de la biotransformación de glicósidos cardíacos por sistemas de células de «*Digitalis*» cultivadas en reactores de corriente de aire ascendente, así como de la criopreservación de cultivos de células vegetales (U. Seit y col.). Termina la publicación con un excelente artículo de M. V. Flower, merecedor de un amplio comentario, quien después de analizar los logros teóricos y prácticos en este moderno campo de la investigación hace una prognosis sobre el mismo.

Pienso que esta publicación constituye una aportación importante para conocer la situación actual de la biosíntesis de metabolitos primarios y secundarios en cultivos de tejidos o células de plantas. □

RESUMEN

Los problemas que plantea hoy la síntesis de productos naturales, necesarios en la industria farmacéutica y alimentaria, han conducido al extraordinario desarrollo actual de la Biotecnología, cuya aplicación por el hombre no es nueva. El profesor Antonio Gon-

zález, entre la copiosa literatura que va apareciendo sobre los diversos aspectos de la investigación biotecnológica, ha escogido, para su comentario, un libro colectivo sobre las técnicas de cultivo de células y tejidos vegetales.

K.-H. Newman, W. Barz y E. Reinhard (eds.)

Primary and Secondary Metabolism of Plant Cell Cultures

Springer-Verlag, Berlín, 1985. 370 páginas.

Qué es

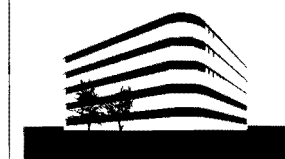
SABER Leer

Con carácter mensual, la revista **SABER/Leer** es una publicación periódica, editada por la Fundación Juan March, que recoge comentarios originales y exclusivos sobre libros editados recientemente en las diferentes ramas del saber. Los autores de estos trabajos son distintas personalidades en los campos científico, artístico, literario o de cualquier otra área, quienes, tras leer la obra por ellos seleccionada, ofrecen una visión de la misma, aportando también su opinión sobre el estado del asunto abordado en el libro comentado.

Los textos contenidos en esta revista pueden reproducirse libremente citando su procedencia.

SABER Leer

Revista crítica de libros



Fundación Juan March

Servicio de Información y Prensa

Castelló, 77
Teléfono: 435 42 40
Telex: 45406 FUJM E
28006 Madrid
España

Depósito legal:
M. 40.038-1986
ISSN: 0213-6449
Impreso en: G. Jomagar
Móstoles (Madrid)

SUMARIO

| | Págs. |
|---|-------|
| «Los productos naturales y la Biotecnología», por Antonio González, sobre el libro <i>Primary and Secondary Metabolism of Plant Cell Cultures</i> , de K.-H. Newman, W. Barz y E. Reinhard (eds.) | 1-2 |
| «La Tierra y el tiempo», por José Ferrater Mora, sobre el libro <i>Time's Arrow. Time's Cycle: Myth and Metaphor in the Discovery of Geological Time</i> , de Stephen Jay Gould | 3 |
| «Ciencia estadística e inteligencia artificial», por Sixto Ríos, sobre el libro <i>Artificial Intelligence with Statistical Pattern Recognition</i> , de E. A. Patrick y J. M. Fattu | 4-5 |
| «Ravel visto por un musicólogo español», por Miguel Querol, sobre el libro <i>La estética musical de Ravel</i> , de Mariano Pérez Gutiérrez | 6-7 |
| «Platero vuelve al camino», por Alonso Zamora Vicente, sobre el libro <i>Platero y yo</i> , de Juan Ramón Jiménez | 8-9 |
| «Un embajador del Barroco en París», por Julián Gállego, sobre el libro <i>Diario del viaje del caballero Bernini a Francia</i> , de Paul Fréart de Chantelou | 10-11 |
| «El debate sobre la independencia judicial», por Eduardo García de Enterría, sobre el libro <i>Judicial Independence: the Contemporary Debate</i> , de Shimon Shetreet y Jules Deschènes (eds.) | 12 |

La Tierra y el tiempo

Por José Ferrater Mora

José Ferrater Mora (Barcelona, 1912) ha sido profesor de Filosofía en Estados Unidos, país en el que reside. Es autor de diversos trabajos filosóficos, como Diccionario de filosofía, El ser y la muerte: bosquejo de filosofía integracionista y La filosofía actual. Entre sus libros literarios figuran el de relatos Voltaire en Nueva York y las novelas Claudia, mi Claudia y Hecho en Corona.

La época moderna ha sido en gran parte un proceso de (perdónese el trabalenguas) desantropocentrización. Los seres humanos se han visto crecientemente desplazados de su posición central en el universo. Los dos nombres más frecuentemente recordados, y citados, al respecto fueron Galileo y Darwin: el primero, con la sustitución de la imagen geocéntrica por la heliocéntrica; el segundo, con la fundamentación en una miríada de hechos de la idea de la evolución de las especies.

Pero no fueron sólo ellos. De hecho, como el autor del libro aquí comentado pone más de una vez de relieve, la historia de la cultura humana es muy compleja. En todo caso, no queda muy bien servida con la historiografía «acartonada» a que tan aficionados son los autores de libros de texto (ni tampoco, añadido, con los esquemas más o menos «descarnados» fabricados por algunos filósofos). Me parece improbable — caso que fuese deseable — que jamás se escriba una «historia total» satisfactoria, sea de una comunidad humana, o bien de una disciplina humanística o científica. Y sería, desde luego, absurdo — caso que fuese posible — duplicar la historia, al modo del famoso ejemplo del país que se hace servir como mapa de sí mismo. Pero una vez reconocido esto, el buen historiador no dejará de presentar excusas por lo mucho que «no» puede incluir en su historia.

En este sentido, Gould es un historiador de la ciencia ejemplar, además de ser un eminente paleontólogo y biólogo de la evolución que ha contribuido al mejor conocimiento de ésta con una teoría — la del «equilibrio puntuado», en colaboración con N. Eldredge — y con detalladas investigaciones sobre la evolución de los caracoles de tierra de las Indias occidentales.

Tiempo profundo

Aquí la historia es la de otro proceso (acaso el tercero en importancia e influencia) de «desantropocentrización»: el que llevó al descubrimiento de lo que J. McPhee ha llamado «tiempo profundo». El vehículo adoptado al efecto fue la geología — en todo caso, la geología «moderna» —, de la que el libro de Gould es una historia. Si se quiere, un fragmento de ella: la que tiene, en palabras del historiador, dos héroes y un villano (dos «buenos» y un «malo»). El villano — que, por descontento, no merece este despectivo nombre — es Thomas Burnet, autor de la *Telluris Theoria Sacra, o Sacred Theory of the Earth* (1680-1689). Los dos héroes son: James Hutton, a quien se debe una *Theory of the Earth* (1788-1795) y, el más conocido e influyente de todos, Charles Lyell, autor de los justamente célebres (en los anales de la ciencia) *Principles of Geology* (1830-1833).

Si el historiador tiene que pedir excusas, el reseñador de una obra como la de Stephen Jay Gould no le va a la zaga. El dilema parece inevitable: o se la trata adecuadamente, reservándose (o pidiendo que se le reserven) todas las páginas de la publicación en que aparezca la reseña, o se la comenta superficialmente en unas cuantas palabras.

Por fortuna, hay un modo relativamente aceptable de escapar al dilema: limitarse a algún rasgo saliente de la obra.

El más saliente es el que llama inmediatamente la atención del filósofo, o la del his-



STELLA WITTENBERG

toriador: el modo como una ciencia determinada, en este caso la geología, se enfrenta con lo que es a la vez un problema y una realidad: el tiempo. Ahora bien, hay al respecto dos cuestiones capitales. Una es la del contraste y conflicto entre una tradición religiosa, o teológica, fideísta o «especulativa», según la cual la historia de la Tierra y del origen de las especies sigue fundamentalmente el texto bíblico (los seis famosos «días»); y una tradición propiamente científica, de acuerdo con la cual hay que contar con muchos millones de años para dar cuenta de los procesos geológicos y evolutivos. Otra cuestión es la de la contraposición, y dicotomía, entre dos concepciones del tiempo: el tiempo unilinear y direccional (la «flecha del tiempo») y el tiempo cíclico y eternamente repetible (el «círculo» o, mejor dicho, «los círculos del tiempo»).

Gould no ignora la importancia de la primera cuestión, pero no carga sobre ella todo el peso de la historia de la geología (y de la evolución de las especies). Al fin y al cabo, no hay aquí dicotomía: los «seis días», interpretados literalmente, son un error; el «tiempo profundo», en cambio, es una verdad. En general, además, hay que desconfiar, según el autor, de dicotomías y contrastes, que sirven la mayor parte de las veces como trampolines para toda suerte de devaneos especulativos. El propio Thomas Burnet, tan allegado a la «tradición», conserva la idea de los «seis días», pero trata de «salvarla», esto es, de hacerla inteligible y aceptable, mediante una interpretación no literal de «día» — cada uno de los «días» del «Génesis» puede extenderse a lo largo de muchos años — y mediante la introducción de un ciclo temporal inmanente. La cuestión más importante es la segunda: la del contraste entre tiempo unidireccional y tiempo cíclico. Aquí no hay que temer caer en meras especulaciones, porque el problema de la estructura del tiempo en geología es realmente

fundamental. Una vez admitido el tiempo profundo, todavía hay que examinar su estructura. Y ésta no resulta ni de una concepción «a priori» del tiempo ni tampoco de inferencias, o inducciones, a partir de «hechos». Los «hechos» — en el caso presente, el estudio de la formación de capas rocosas y de fallas — apoyan ambas estructuras. Si se quiere, hay en la historia de la Tierra no sólo formaciones y transformaciones, sino también «reformas» y «reformas». La Tierra se hace y se deshace, pero también se rehace. Y si nos atenemos a las grandes extinciones de especies y a lo que sucedió tras cada una de ellas, podremos aplicar a la evolución (única) de las especies la misma idea del tiempo cíclico.

Equilibrio puntuado

El lector de otras obras de Gould — todas ellas, dicho sea de paso, sumamente legibles e instructivas — percibirá en el libro aquí comentado un eco de sus propias ideas sobre el «equilibrio puntuado». ¿Qué otra cosa es, filosóficamente considerado, este equilibrio sino otro modo de conciliar las ideas del tiem-

po como «flecha» y el tiempo como círculo? Sería erróneo, sin embargo, considerar que los términos de nuestra dicotomía tienen exactamente el mismo peso. En último término, los procesos — sean geológicos y biológicos, o inclusive cosmológicos — son irrepetibles, es decir, únicos. Nada ocurre en el mundo — cuando menos en el «mundo material» — que no esté sujeto a leyes. Pero las leyes explican los modos como tienen lugar hechos que se van extendiendo a lo largo de un tiempo que no se repetirá jamás.

En la página 196 de su libro, el autor escribe: «Las leyes de la tectónica de las capas terrestres pueden muy bien ser simples e intemporales, pero de ellas resulta una realidad compleja y única tan pronto como consideramos las configuraciones reales de los continentes a lo largo del tiempo.» No es la única frase reveladora de la sustancia de su obra, pero es una especialmente importante. En ella se formula, en efecto, la cuestión aquí elegida desde un punto de vista estrictamente geológico. Con ella como muestra es posible ver cómo, en manos hábiles, la geología está muy lejos de ser la aburrida disciplina que nos inculcaban en la infancia. □

RESUMEN

Al filósofo José Ferrater Mora le llama la atención, en especial, el modo como una ciencia determinada, la geología en esta ocasión, se enfrenta con lo que es un problema

y una realidad: el tiempo, un tiempo que es tanto el «bíblico» (los seis «días» de la creación) como el de la evolución geológica (millones de años).

Stephen Jay Gould

Time's Arrow. Time's Cycle: Myth and Metaphor in the Discovery of Geological Time

Harvard University Press, London, 1987. 240 páginas.

Ciencia estadística e inteligencia artificial

Por Sixto Ríos

Sixto Ríos (Pelahustán, Toledo, 1913) ha sido profesor de la Universidad de Madrid durante más de cincuenta años. Es numerario de la Real Academia de Ciencias, Honorary Fellow de la Royal Statistical Society, y en 1977 obtuvo el Premio Nacional a la Investigación Matemática.

Varias e importantes son las cabezas de puente entre el nuevo conjunto de tecnologías que se designan desde hace algunos años con el ambicioso y bizarro nombre de «Inteligencia Artificial» (IA), y la «Ciencia Estadística» (CE).

Inferencia plausible, lógica probabilística, teoría de la decisión, teoría del aprendizaje, teoría de la información, reconocimiento de patrones..., son derivaciones del pensamiento estadístico moderno, capítulos de la Ciencia Estadística, en que se basan desarrollos importantes de la Inteligencia Artificial. Precisamente la lectura del libro de Patrick y Fattu, *Artificial Intelligence with Statistical Pattern Recognition*, que trata de profundizar en la relación entre estos dos conjuntos de conocimientos, ha motivado la redacción del presente artículo. Más concretamente, el autor se propone dar un paso en la integración de los métodos de representación del conocimiento y reglas de inferencia utilizados especialmente en los llamados sistemas expertos con los métodos probabilísticos del reconocimiento estadístico de formas, incluida la Teoría formal de la decisión. Dejando para otra ocasión hacer un análisis profundo del libro de Patrick, comenzaremos con unos comentarios generales sobre el abarcamiento actual de los dos campos científicos conocidos como Ciencia Estadística e Inteligencia Artificial, y después pasaremos a puntualizar sus relaciones mutuas.

La Estadística tiene una larga y gloriosa historia. Su esqueleto científico básico está constituido esencialmente por el cálculo de probabilidades, cuyo modelo matemático, edificado por Kolmogoroff (1933), permanece a través de los años con leves retoques y generalizaciones, como el esquema matemático válido de los fenómenos aleatorios. Construcción axiomática que cumple al menos dos objetivos importantes: 1.º dar coherencia, solidez, estética y belleza al edificio matemático del cálculo de probabilidades; 2.º evitar que las innumerables e importantes interpretaciones conocidas como teorías de la probabilidad objetiva, subjetiva y lógica... y las ramas estadísticas conocidas como inferencia y decisión clásica, bayesiana, estructural, etc., conduzcan a resultados incorrectos.

Recientemente se ha introducido el nombre de «Ciencia Estadística», que va desplazando al de «Estadística Matemática», de excesiva connotación teórica, y al de «Estadística», cuyas viejas resonancias reducen drásticamente el campo de sugerencias a las actividades más elementales de los estadísticos profesionales.

De un modo amplio se considera hoy la ciencia estadística como base de la metodología científica, en que al enfrentarse con una nueva situación científica o tecnológica se identifica un problema, se formula una hipótesis explicativa, se recogen datos relativos al mismo y la hipótesis es «contrastada» mediante una u otra forma de inferencia estadística.

Más específicamente, en cualquier programa de investigación se distinguen dos componentes iniciales: teoría existente y datos de estudios anteriores. Estos elementos influyen en el diseño del nuevo estudio que forma su «ejecución» proporciona nuevos datos que permiten la comparación de la nueva técnica con la precedente. El estadístico tiene un importante papel en el diseño y análisis de los da-

tos, ya que es normalmente el que conoce la teoría y práctica de estos aspectos de la investigación científica. Quedan fuera de esta consideración las teorías que constituyen cambios revolucionarios en ciertos campos y momentos históricos y que son construidas a partir de intuiciones geniales.

¿Qué es la Inteligencia Artificial?

Pygmalion, Frankenstein..., son las sombras que asoman aún a algunas cabezas cuando se habla de Inteligencia Artificial. Si queremos invocar unos antepasados más respetables, hemos de pensar en los matemáticos, lógicos, filósofos, que han trabajado durante siglos para enunciar, formalizar y mecanizar las leyes del pensamiento. En este campo hay que señalar al menos dos sillares fundamentales: a) las leyes de la lógica de Boole expuestas en su famoso libro *An Investigation of the Laws of Thought on which are founded the mathematical Theories of Logic and Probabilities*, publicado en 1854, y los trabajos fundamentales de Alan Turing, en cuyo artículo *Computing Machinery and Intelligence* (1950) aparece explícitamente la nueva idea de que un computador puede ser programado de modo que exhiba un comportamiento inteligente.

Suele fijarse la fecha de la Conferencia Internacional de Dartmouth (Estados Unidos, 1956), como el punto de partida del estudio consciente y dirigido de la Inteligencia Artificial. Diez científicos prestigiosos se propusieron: «that every aspect of learning or any other feature of intelligence can in principle be so precisely described that a machine can be made to simulate it» (McCarthy). En definitiva, proyectaron construir máquinas y programas que permitieran imitar las actividades propias del cerebro humano, como son el raciocinio, la comprensión del lenguaje habla-

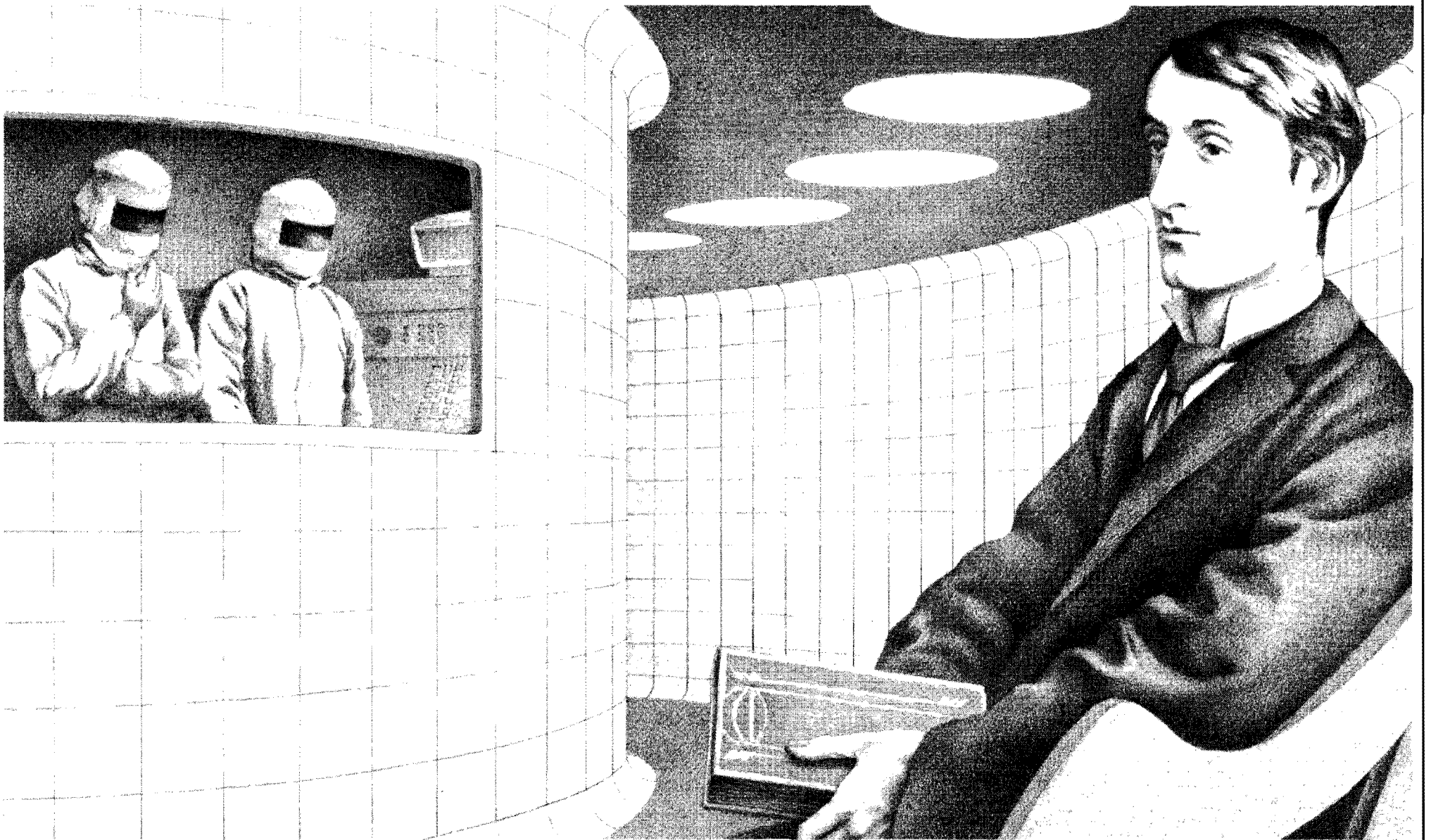
do y escrito, el aprendizaje, la toma de decisiones y otras similares.

Puestos a programar, los científicos de Dartmouth vaticinaron que la IA en veinticinco años sustituiría a la inteligencia natural hasta tal punto que los ordenadores harían prácticamente el trabajo intelectual de muchas personas, que podrían dedicarse fundamentalmente a actividades de ocio. Veinte años más tarde, en la Conferencia Internacional de Vancouver (Canadá), una parte de estos científicos reconoció haberse excedido en sus esperanzas respecto a la IA. Y es curioso observar cómo también fue demasiado optimista una previsión similar hecha por Simon (1957) al decir que en diez años el campeón de ajedrez sería un ordenador. No vamos a hacer un resumen histórico de los pasos dados con más o menos éxito por la IA durante veinte años, hasta llegar a su aplicación más importante y notoria de los Sistemas Expertos (SE).

Sentido común

A partir de 1970, un equipo dirigido por E. Feigenbaum, de la Universidad de Stanford, se propone tratar problemas de interés humano real, como el diagnóstico médico o las decisiones económicas, prospección geológica, etc. Su punto de vista inicial, llamado de «representación del conocimiento», es muy distinto del adoptado por Simon-Newell, que operaban con unas pocas pero muy potentes reglas heurísticas de solución de problemas. Ahora el punto de partida es imitar el llamado «sentido común», que se supone utilizan todas las personas en sus decisiones y comportamientos más elementales.

Pero se observó que este sentido común presentaba dificultades al tratar de trasladarlo a la IA, ya que no es un tipo de razona-



FUENCISLA DEL AMO

Viene de la página anterior



miento que se apoye en unas cuantas reglas universales, sino el resultado de la aplicación de un gran número de reglas empíricas a cantidades importantes de conocimientos que van acumulándose en los seres inteligentes día a día y año a año.

Y así nació, al comienzo de la etapa de los setenta, el «Sistema Experto» como una caricatura del «experto humano», que, como se suele decir, «conoce más y más de menos y menos».

El British Computer Society's Specialist Group ha propuesto la siguiente definición formal: Un Sistema Experto es un programa de ordenador que contiene una base de conocimientos obtenidos de un experto en un cierto dominio particular (medicina, geología...), y que mediante técnicas de razonamiento simbólico permite ofrecer solución o consejo inteligente a problemas del campo considerado que necesitarían la ayuda de un experto humano. Una característica deseable, que muchos consideran fundamental, es la capacidad del sistema para justificar, si se le pide, su propia línea de razonamiento de una manera directamente inteligible por el interlocutor.

Sistemas Expertos y Estadística

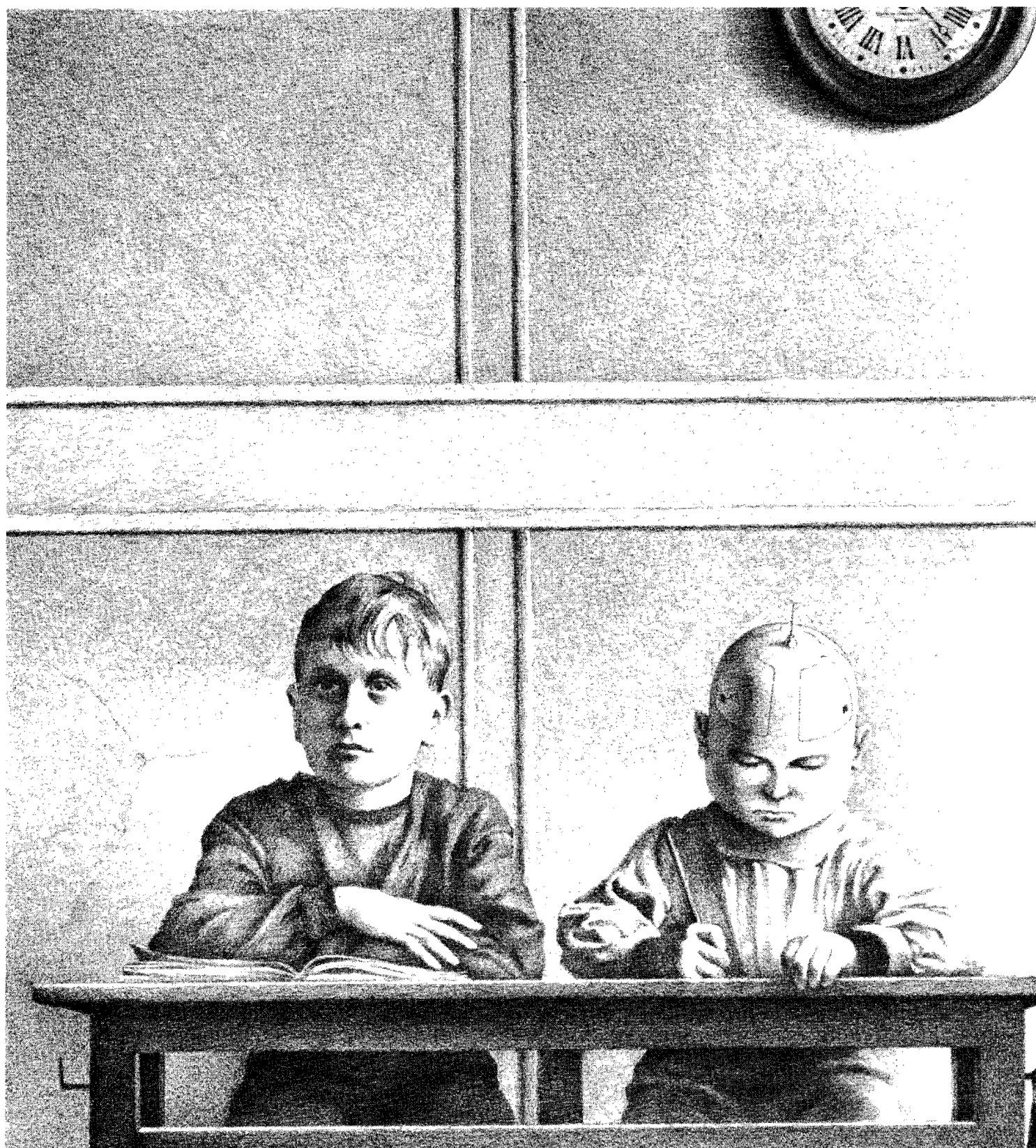
Se suelen considerar cuatro componentes fundamentales en un Sistema Experto: «base de conocimientos» (que contiene en lenguaje simbólico los hechos y reglas obtenidos del experto humano por el «ingeniero de conocimientos»); «motor inferencial» (que utiliza aquellas reglas y alguna combinación de estrategias de soluciones al problema concreto considerado); «módulo de asignación de conocimientos» (que permite la incorporación al sistema de nuevos datos y reglas por un especialista); y «módulo de interrelación explicativa» (que establece el diálogo con el usuario del sistema experto en forma apropiada).

Aquí nos interesa destacar el papel fundamental que en las dos primeras componentes juega el llamado «razonamiento aproximado» que se hace necesario, ya que corrientemente el conocimiento y hechos que deseamos introducir en el sistema experto no son ciertos al cien por cien. Es necesario resolver los problemas reales a través de inferencias plausibles y de aquí el papel importante que juegan los métodos de la inferencia estadística, que permiten medir científicamente la incertidumbre de los resultados de un proceso de decisión.

El término incertidumbre tiene una porción de interpretaciones en el campo de los sistemas expertos y se utiliza necesariamente cuando son imposibles las implicaciones lógicas estrictas. Esto puede ser debido a dificultades en la base de conocimientos, a datos insuficientes o poco fiables respecto al individuo o problema considerado o a la existencia de relaciones estocásticas entre proposiciones.

Es una opinión bastante generalizada que muchos tipos de sistemas expertos se han construido utilizando la metodología probabilística bayesiana, que los convierte en «máquinas coherentes» que conducen a obtener soluciones racionales para los procesos complejos de información y decisión. Citemos aquí el «PROSPECTOR» que utilizan los geólogos, el «KAS», etc.

Este éxito es sin duda un desafío para que los estadísticos se ocupen más y más de estos problemas para extender sus metodologías a nuevos sistemas expertos, pues otras metodologías que han surgido, como las medidas de credibilidad, teoría de Shafer, conjuntos difusos, teoría de Cohen, lógicas no monótonas, etc., deberían ser comparadas entre sí con un espíritu crítico profundo y constructivo, coadyuvante con el progreso de los Sistemas Expertos.



FUENCISLA DEL AMO

Una de las propiedades de un Sistema Experto debe ser tener la facultad de aprender y mejorar observando y analizando los problemas que puede resolver. El sistema va adquiriendo así habilidad para resolver problemas no idénticos a los que ha resuelto anteriormente. Se suelen considerar varios sistemas de aprendizaje: aprendizaje supervisado, análogo al de un niño guiado por su padre o maestro que le instruye en una tarea específica; aprendizaje no supervisado, en que el sistema aprende de sus propias experiencias, intentando soluciones o mediante observación pasiva. Un tercer tipo, llamado instrucción selectiva, es una mixtura de aquellos. La meta es que el sistema de aprendizaje no sólo sea capaz de adquirir nuevo conocimiento, sino de perfeccionar su proceso de razonamiento y reordenar su conocimiento en estructuras más eficientes. Este ambicioso programa (Koldner, 1984) está atrayendo un gran número de investigaciones teóricas y de laboratorio. Por ejemplo, en el libro de Patrick se presenta un nuevo aspecto de aprendizaje no supervisado mediante una generalización del teorema de Bayes realizada por el autor. Como en el teorema clásico de Bayes, la categorías

son mutuamente exclusivas, pero pueden ser estadísticamente dependientes. Este nuevo enfoque permite tratar clases complejas como, por ejemplo, enfermedades múltiples simultáneas en el mismo paciente. Concretamente, la aplicación de la metodología estadística a establecer las ventajas de unos métodos de aprendizaje respecto de otros es un problema actualmente en sus comienzos. Es una faceta de un enfoque más amplio de colaboración de la estadística con la IA en el estudio y comparación de la eficacia de las máquinas inteligentes.

Finalmente es interesante señalar el papel de la IA como motor de impulsión de importantes investigaciones estadísticas actuales, entre las que destacamos el análisis exploratorio de datos y la modelización.

En el primer campo está el estudio de las implicaciones de los métodos de reconocimiento de formas desarrolladas en el marco de la IA.

En el segundo, se consideran sistemas complejos de inferencia que permiten tratar problemas estadísticos complejos con técnicas similares a las que se desarrollan en los sistemas expertos. □

RESUMEN

Un trabajo aparecido en Estados Unidos y que trata de profundizar en la relación entre dos conjuntos de conocimientos como son la Ciencia Estadística y la Inteligencia

Artificial le sirve a Sixto Ríos para adentrarse por estos dos campos científicos, cabezas de puente del conjunto de nuevas tecnologías.

E. A. Patrick y J. M. Fattu

Artificial Intelligence with Statistical Pattern Recognition

Prentice Hall, New Jersey, 1986. XXVIII + 371 páginas.

Ravel visto por un musicólogo español

Por Miguel Querol

Miguel Querol (Ulldecona, Tarragona, 1912) es doctor en Filosofía, ex-director del Instituto Español de Musicología del Consejo Superior de Investigaciones Científicas y miembro del Presidium de la Sociedad Internacional de Musicología. Ha publicado veinticinco libros y escrito más de doscientas obras. Es Premio Nacional de Música.

En 1975, con motivo del centenario del nacimiento de Ravel, el profesor Mariano Pérez Gutiérrez, entonces director del Conservatorio de Sevilla, me envió un extenso trabajo sobre *La concepción armónica de Ravel*, para publicarlo en el Anuario Musical del Instituto Español de Musicología del CSIC. Pero antes de decidir su publicación, pensando que, por tratarse de un músico tan famoso como Ravel, pudiera haber sido hecho ya tal trabajo por algún musicólogo extranjero, escribí a mi amigo F. Lesure, jefe del Departamento de Música de la Biblioteca Nacional de París, pidiéndole información sobre el particular. Ausente éste de la capital francesa, me contestó en su nombre la conservadora de dicho Departamento, Y. Féderoff, una carta de la que transcribo traducidas las siguientes líneas: «Que yo sepa, sobre la armonía de Ravel solamente hay las cuatro comunicaciones de la mesa redonda organizada por el CNRS en ocasión del centenario de su nacimiento. El título que contiene estas comunicaciones es *Maurice Ravel au XX siècle*. Le envío un ejemplar a vuelta de correo. Evidentemente se está muy lejos de las 600 páginas que le propone el profesor de Sevilla. Ninguna otra cosa existe en nuestros ficheros, e interrogado por nosotros el Instituto de Musicología que prepara la lista de las tesis redactadas o en curso, nada más hay que añadir.»

Pero yo aquí sí tengo algo más que añadir y es que, después de los doce años transcurridos desde el centenario, el libro de Mariano Pérez *La estética musical de Ravel*, objeto de estas líneas, es el primero y único en el mundo que aborda el estudio de la música de Ravel desde todos los puntos de vista juntos, como así lo reconoce también E. Halffer en su «Presentación» en la introducción a dicho libro. Si tenemos en cuenta la verdad expresada por F. Gervais, al decir en su comunicación «Ambigüités raveliennes», que la obra de Ravel «est à la fois une des plus faciles à comprendre et des plus difficiles à expliquer», reconocemos el mérito de la monografía de Pérez Gutiérrez, pues en la bibliografía de libros y artículos sobre Ravel no hay ninguno que estudie su armonía, porque efectivamente es difícilísimo hablar de ella.

Pérez Gutiérrez trata extensamente este tema en el citado artículo del Anuario Musical y algo más ampliamente en el capítulo segundo del libro del que estamos hablando. Lo dicho anteriormente nos indica que no se trata de un libro improvisado o redactado en la actual coyuntura del cincuentenario de la muerte del músico francés, sino que ha sido gestado a lo largo de muchos años de estudios y análisis de la producción «total» del compositor, con abundantísima ilustración de ejemplos que manifiestan con cuánta profundidad y conocimiento de la materia ha escrito su obra. En este sentido, dada la imposibilidad de dar en breve espacio una visión cabal de un libro tan denso y extenso, me limitaré solamente a exponer y comentar algunos títulos más asequibles al lector no especializado.

Ravel ante sus contemporáneos. Dice Mariano Pérez: «Ravel aparece ante sus contemporáneos como un innovador y como el hombre de los escándalos.» Estos proceden directamente del hecho de haberse presentado Ravel cuatro veces al Gran Premio de Roma sin haberlo conseguido, circunstancia de la que se aprovecharon sus enemigos, y por haber re-



ALBERTO URDIALES

chazado la distinción oficial de la Legión de Honor. Pero sobre todo fue el gran ruido conocido como «l'affaire Ravel», provocado principalmente por los partidarios de Debussy, que acusaban a Ravel de plagio de aquél, y los defensores de éste. La reacción de Ravel en esta contienda se manifiesta en la carta que escribió dirigida al crítico musical Lalo y publicada en «Le Temps» el 9 de abril de 1907. Dice Ravel: «Usted se extiende largamente sobre una escritura pianística bastante especial, cuya invención atribuye a Debussy. Pero los *Jeux d'eau* aparecieron a comienzos de 1902, cuando tan sólo existían de Debussy las tres piezas *Pour le piano*, obras por las cuales no es preciso que le exprese mi admiración apasionada, pero que desde el punto de vista estrictamente pianístico no aportaban nada que fuera nuevo; espero que tenga a bien excusar esta legítima reivindicación.» Lo cierto es que Ravel y Debussy fueron amigos personales y se admiraban y alababan mutuamente, pero las discusiones de los críticos y la exaltación de los entusiastas de uno y otro bando acabaron por enfriar su amistad.

Los paralelismos y diferencias entre Ravel y Debussy son objeto de un prolongado análisis en el capítulo octavo de la obra de Mariano Pérez. Su pensamiento es éste: aunque rutinariamente las historias de la música las más de las veces incluyen a Ravel como perteneciente a la escuela impresionista; en verdad debiera calificarse como postimpresionista y neoclásico, atendiendo especialmente a la forma, tan diluida, vaga y flotante en Debussy como clara, cuidada, concreta y bien delimitada en Ravel. Este, en su conferencia en Houston, dice: «A pesar de todo, creo que personalmente he seguido siempre una dirección opuesta a la del simbolismo de Debussy.» Se ha dicho con frecuencia, añade Mariano Pérez, que el paralelismo de los acordes de quintas, séptimas y novenas Ravel lo heredó de Debussy. Pero no se ha dicho tanto que, ya antes que Debussy, rompió velas E. Satie, de quien lo tomó Debussy y probablemente también Ravel.

Lo mismo se podría decir respecto a los «acordes rascacielos» de oncenos y treceños y sus inversiones. La mayor parte de estos acordes que aparecieron como modernos se explican por el uso adjunto de múltiples apoyaturas sin resolver, puesto que están tratados como acordes independientes que tienen una entidad acabada en sí mismos. Y en este punto quiero recordar que Pedrell, nacido veinticinco años antes que Satie, veintiuno antes que Debussy y treinta y cuatro antes que Ravel, en su ópera *El Comte Arnau*, compuesta en 1904, empleó con frecuencia apoyaturas dobles y triples. L. Millet encuentra incluso una cuádruple apoyatura en *La Celestina* (1902). En *El Comte Arnau* abundan los acordes de oncenos y treceños y podrían considerarse de quincena los de la página 207 y otras de su edición. «También es notable el uso indistinto que hace Pedrell de acordes con sostenidos seguidos de acordes con bemoles... unas veces, como sucesiones enarmónicas, pero «las más como sucesiones independientes» (1).

Distintos periodos en la producción de Ravel. Mariano Pérez distingue tres periodos: el primero comprende la época de 1893-1904, en que escribió *Habanera*, *Pavane*, *Cuarteto en Fa...*; el segundo se inicia con *Miroirs* seguido de *Histoires naturelles*, *L'Heure espagnole*, etc.; el tercero aparece en 1913 con *Trois poèmes de Mallarmé*, continuando con *La Valse*, *Sonata para violín y violonchelo*, etc. Esta distinción de tres periodos puede aceptarse como válida siempre que se tenga en cuenta, como observa Pérez Gutiérrez, que dentro de un mismo periodo, en una determinada obra, retrocede al periodo anterior o se avanza al posterior. Si se habla de tres periodos es en el sentido de que cada uno de ellos acoge todo un elenco de obras que en su conjunto presentan características técnicas y estéticas similares, diferentes de los otros periodos.

Influencias, estética y estilo de Ravel. De acuerdo con los textos aducidos por Pérez Gutiérrez, Ravel aplica a su música la estética de los poetas y pintores de su tiempo. El mismo

compositor, en su conferencia en Houston, dice: «La estética de Edgar Poe, vuestro americano, ha sido de singular importancia para mí.» Y lo que es más, en la entrevista con A. Riviez dice: «Mi maestro en la composición es Edgar Poe... El me ha enseñado que el verdadero arte se encuentra en el justo medio entre el intelectualismo puro y los sentimientos.» De Mallarmé, a quien Ravel considera el más grande poeta de Francia, dice: «También fue de singular importancia para mí la inmaterial poesía de Mallarmé, con sus vagas visiones de diseño perfecto..., un arte en que todos los elementos están tan íntimamente compenetrados que no es posible analizarlos, sino tan sólo sentir sus efectos.» También sufrió la influencia de Baudelaire, de quien escribe Mariano Pérez: «La sequedad y disecamiento baudelairiano influyeron sobre el des-carnado Ravel del último periodo.» *La cité des eaux* de H. Regnier inspiraría, según Pérez Gutiérrez, los *Jeux d'eau*, y los poemas de A. Bertrand la «Ondine» de *Gaspard de la nuit*.

Al lado de estos poetas hay que añadir muchos otros, especialmente J. Cocteau y P. Valéry, que también influyeron en Ravel. Este frecuentaba el círculo artístico «Los Apaches», donde se reunían poetas, músicos y pintores. De éstos tuvo especial influencia sobre Ravel la estética impresionista de Monet y mucho más la postimpresionista de Cézanne y Van Gogh. A todo esto debo decir que para mí y para la mayoría de estetas, a los que no hay que confundir con los críticos de arte, no me parece un buen método explicar la estética de un arte apoyándose en la estética de otro arte. La música es un lenguaje independiente (2) y cronológicamente su desarrollo no siempre coincide con el desarrollo de las otras artes.

Ravel, como Wagner, Strawinsky y otros, han demostrado que son muy superiores como creadores, que no como estetas, sobre todo cuando tratan de explicar sus obras y su propia estética. Aquí va de perlas la anécdota histórica de cuando en 1930 se ejecutó en la Opera de París el *Bolero* bajo la dirección de Toscanini. Ravel se quejó al gran director de la interpretación que había hecho de su obra, a lo que Toscanini respondió tajante: «Vous ne connaissez rien à votre musique.»

Más claras y directas son las influencias de los compositores franceses Gounod, Massenet, Saint-Saëns, Gedalge, Bizet y sobre todo de Chabrier, Fauré, Satie y Debussy; de los rusos Rimsky Korsakov, Borodine, Balakirev, Moussorgsky y Strawinsky, así como de Schoenberg, R. Strauss, Liszt, Chopin y Mozart. Ravel alaba a todos los músicos citados y dice lo que debe a cada uno de ellos. Entonces cabe preguntarse: si de todos estos autores hay claros rastros y reminiscencias, en muchos casos confesadas por el propio Ravel, ¿en qué consiste su estilo? Consiste precisamente en haber asimilado y digerido todas estas influencias transformándolas en substancia propia y animadas por su espíritu inconfundible.

Con Ravel sucede como con San Agustín: si un buen conocedor de la literatura latina lee sus obras, encontrará casi en cada página palabras o frases que le recordarán a muchos escritores de la latinidad clásica y otros escritores profanos y cristianos anteriores y, no obstante, el estilo de San Agustín es uno de los más personales que hayan existido en la historia de la literatura, aunque su estilo no se pueda definir. Se ha dicho que «el estilo es el hombre», por eso Viñes, hablando de este aspecto, escribió: «Ravel était à la manière de lui-même.» Para completar la visión de la estética de Ravel, observa Mariano Pérez la profunda antipatía que sentía por Beethoven y Verdi. Se explica fácilmente: estos dos músicos en sus obras encarnan sus sentimientos y pasiones, mientras que «el único fracaso de Ravel, según J. Chailley, fue el de las tentativas que hizo toda su vida para disimular su

Viene de la página anterior

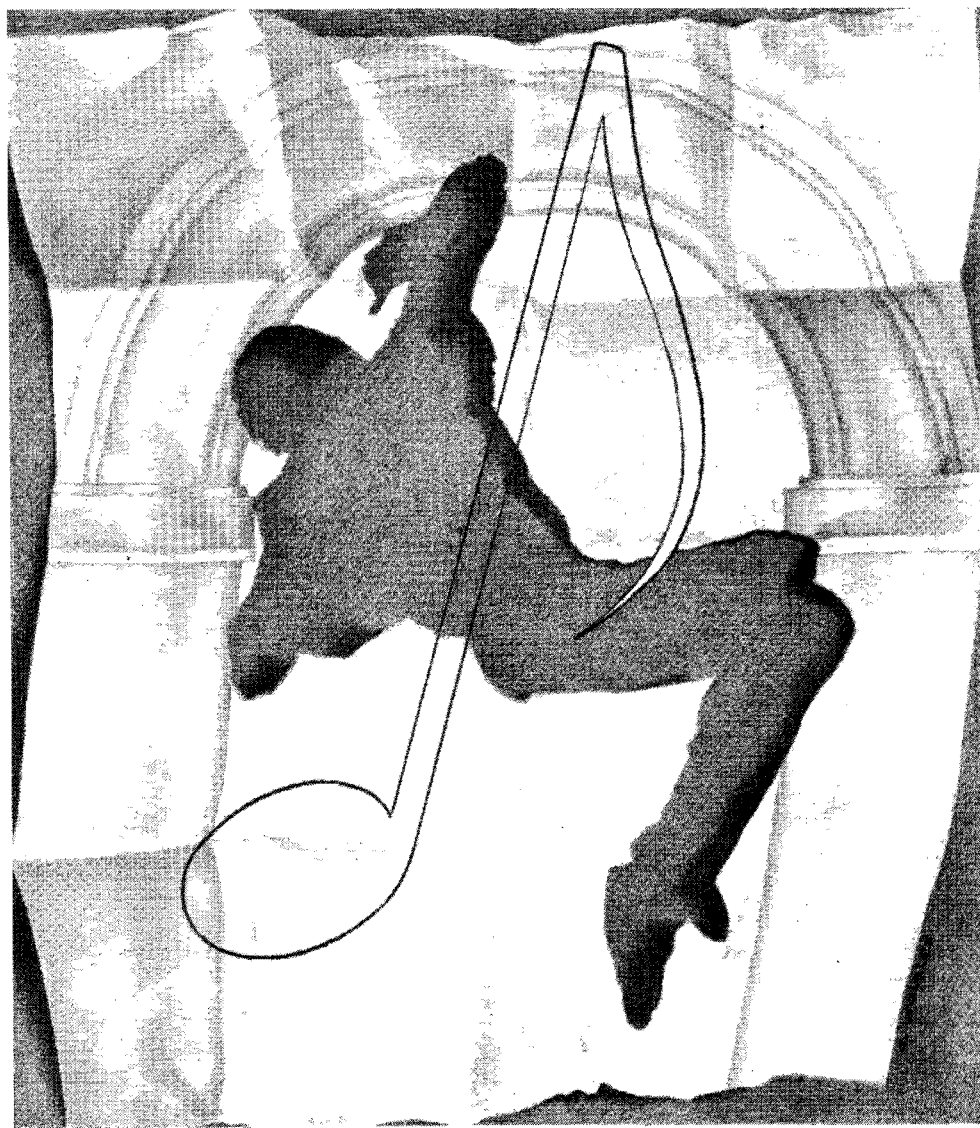


corazón.» Hay un aspecto importante del que no se propuso hablar Pérez Gutiérrez, y es la radical laicidad de toda la producción musical de Ravel. Mientras su querido maestro G. Fauré, su amigo Strawinsky y Hindemith (a quien Ravel encuentra «demasiado rico») escribieron importantes obras de música religiosa, Ravel no escribió ni una sola página. Por otra parte, a diferencia de Schoenberg, Strawinsky y Hindemith, que fueron grandes concededores de «toda» la historia de la música en partituras, Ravel, según parece, no conoció la música medieval, ni la del Renacimiento, ni la del Barroco del siglo XVII y sólo medianamente la de la primera mitad del XVIII. Tampoco leyó ningún escrito clásico, por todo lo cual no se puede decir de él que fue un músico humanista.

Su estilo musical es tenido por muchos como deshumanizado y sin sentimiento. Ravel y Debussy encarnarían la estética que propugna Ortega y Gasset en su opúsculo sobre *La deshumanización del arte* (3), si bien Ortega sólo cita a Debussy. En este sentido de deshumanización se ha hablado de *Dafnis y Cloe*, pero yo, humanista radical, definiendo a Ravel en esta obra, puesto que en ella existe un clima espiritual, psicológico, estético o como se le quiera llamar, que «se hace sentir» y que es el que anima y confiere unidad a la obra que es, toda ella, una secuencia de trazos sonoros y figuraciones de gran colorido instrumental que nunca se repiten. Sin este clima unificador que como gran artista crea el alma de Ravel y perdura a lo largo de la obra, ésta no sería más que un almacén de bellos y deslumbrantes retazos sonoros esparcidos por toda la partitura.

Hispanismo de Ravel. Este es el capítulo más largo de la obra de Pérez Gutiérrez. Son 105 páginas de agradable lectura y muy novedosas a la par que críticas: «Acaso por atavismo, dijo Ravel en su primera visita a España en 1924, me siento tan atraído hacia España y la música española», y también, «sin Madrid probablemente no existiría yo.» Se refiere al hecho de que su padre conoció en Madrid a la que sería su madre. Esta era vascofrancesa y pasó su juventud en Madrid. En 1919, en una carta a Falla, le dice: «España es el país que más ganas tengo de conocer, y muy especialmente la ciudad (Madrid) a la que debo tanto.» Su primera visita a España, como he dicho, fue en 1924. En abril de este año dio dos conciertos de sus obras en Madrid, durante cuya estancia le acompañaron A. Salazar y M. Salvador. En mayo del mismo año hace conocer varias de sus obras en Barcelona con dos conciertos más. Su segunda visita fue en 1928, en que realizó una gira de dieciocho días durante los cuales visitó, dando a conocer su música, Bilbao, Zaragoza, Valencia, Córdoba, Granada y Málaga. La tercera visita fue en 1935. Se celebraron conciertos de sus obras en Madrid y prosiguió, como turista, viajando por Marruecos. A su regreso visita Córdoba y Sevilla, donde su acompañante fue E. Halffer. Pasa nuevamente por Madrid y a continuación visita Burgos, Bilbao, Vitoria y Pamplona, regresando por Roncesvalles a Francia. También visitó en varias ocasiones el convento de los PP. Capuchinos de Lecároz, tocando algunas obras suyas para los religiosos y colegiales de aquel convento.

Mariano Pérez explica con cariño los hoteles en donde se hospedó en cada ciudad, los acompañantes que tuvo en ellas, las piezas de música de los conciertos, así como el nombre de los artistas y orquestas que las ejecutaron, aportando muchos datos desconocidos, entre ellos media docena de fotografías de la estancia de Ravel en España que en este libro se publican por primera vez. Pérez Gutiérrez recalca que la principal influencia de la música española la recibió en su propio hogar a través de su madre. Además de las citadas visitas a España cabe recordar la íntima y constante amistad en París con Viñes que tantas obras pianísticas de Ravel estrenó y con quien intercam-



ALBERTO URDIALES

biaba libros de literatura y música, siendo su contacto con Ravel continuo. También hay que recordar la estancia de Falla en la capital francesa, donde nacerá una entrañable y duradera amistad entre ambos. Estas amistades están ampliamente relatadas y documentadas en el libro de Pérez Gutiérrez.

Sentado el españolismo de Ravel, veamos cómo trasciende en su producción musical. Nuestro musicólogo hace una distinción entre obras de «espíritu pseudoespañol» y obras de auténtico carácter hispánico. Entre las primeras están *Habanera* y *Vocalise-Etude en forme d'Habanera*. Al segundo grupo pertenecen *Rapsodie Espagnole*, *L'heure espagnole*, *La alborada del gracioso*, *Canción española*, *Trío en La menor*, *Concierto en Sol mayor*, *Bolero* y *Don Quichotte à Dulcinée*. La *Habanera* fue una de las obras predilectas de Ravel, quien declaró que «en ella se encuentran en germen muchos elementos que debían predominar en mis composiciones ulteriores». Mariano Pérez cita a los compositores franceses autores de habaneras, Bizet (1875), Chabrier (1885), Lalo, Saint-Saëns, Debussy, L. Aubert y R. Laparra. Pero lo que pasma y muy pocos saben es que Pedrell, en 1856, muchos años antes que todos los compositores franceses citados, escribió una *Habanera* para pequeña orquesta de cuerda y consta como su segunda obra en su Catálogo Cronológico (4). Ello me da pie a hablar de las razones que Ravel y demás compositores franceses tenían para creer que la habanera era de origen español.

Al margen de la influencia que pudo tener la estancia de S. Iradier en París, conviene recordar que durante el siglo pasado el litoral español, especialmente el catalán, tuvo una intensa relación comercial y humana con Cuba. El trasiego de soldados a lo largo del siglo fue constante. Pero es principalmente cuando, perdida Cuba en 1898, regresan los soldados a la Península, saturados del ambiente exótico de la Perla del Caribe y llenas sus gargantas de cantos de habaneras. En mi pue-

blo natal de Ulldecona varios jóvenes estuvieron en la guerra de Cuba. Resultado: desde fines del siglo pasado hasta hoy se han venido cantando habaneras allí. Lo mismo sucedería en todas las localidades que tuvieron hijos en la guerra de Cuba. En Callela de Palafrugell es todavía tradicional el canto de habaneras. En 1948, X. Montsalvatge y N. Luján recogieron veinte habaneras que publicaron con el título de *Album de Habaneras*. En 1966, F. Sirés y E. Morató editan el libro *Callela de Palafrugell i les Havaneres*, con treinta de éstas. En 1979, I. Rocha y R. Balil recogen y publican *50 Habaneras*. Y, para que la tradición no se pierda, se instituyeron concursos anuales de cantos de habaneras en Callela (Costa Brava) y en Torreveja (Alicante). Aparte de la estancia de Iradier en Cuba, quiero recordar también que Manuel Saumell (1817-1870), considerado en la misma Cuba como el «padre de las contradanzas» de las que proviene, según algunos musicólogos, la habanera, aunque nacido en Cuba, lleva apellido catalán.

De la *Rapsodia Española* sólo diré que su tema más importante, que es un inciso melódico de cuarta disminuida descendente, aparece ya en la música española del siglo XV y es tan español que en mi trabajo sobre *La producción musical de Juan del Encina*, publicado en Anuario Musical (XXIV, 1969), después de

presentar una docena de ejemplos de este músico, escribí: «No es pues extraño que Ravel en su *Rapsodia Española*, al querer evocar el alma de España, haya tomado como tema un fragmento melódico de cuarta disminuida.» También señaló la frecuencia de cadencias en «mi», la modalidad más extendida en toda España, que Ravel usa innumerables veces, como Mariano Pérez demuestra a lo largo de todo su libro. *L'heure espagnole* lleva como subtítulo «comedia musical». De esta obra dice Mariano Pérez que «retrata el alma y sentir ibérico mejor que la música de muchos compositores nativos. Es una música sin pande-retas, folklores ni flamenquismo. Los ritmos, armonía y giros populares españoles palpitan en el corazón de los relojes y autómatas toledanos».

Por haber aplicado Ravel en esta obra su estética del declamado, casi hablado, se dijo que estaba «desprovista de toda emoción, de todo sentimiento humano, un estilo de poco vuelo y sin calor lírico». Pérez Gutiérrez, como siempre, defiende a Ravel y prueba lo contrario con ejemplos musicales de la misma obra. Del *Trío en La menor*, diferentes autores hablaron de su hispanismo. A pensar así les indujo la manifestación del mismo Ravel diciendo que el primer tema tiene un colorido vasco y fue compuesto en San Juan de Luz. Pérez Gutiérrez, por si acaso, lo pone entre las obras hispanizantes, pero él no lo cree y da sus razones. En mi opinión fue mal interpretada la expresión «colorido vasco». Con ella Ravel habría querido significar que el primer tema evoca la impresión de un paisaje vasco, pero no que utilizara algún tema musical vasco que Mariano Pérez no ve por ningún lado. La *Canción española* es en realidad una conocida canción gallega traducida su letra al francés. Del *Concierto en Sol mayor* se sospecha que pudo haber utilizado en su composición materiales de una proyectada *Rapsodia Vasca*, pero no aparecen con claridad temas de música vasca. Al *Bolero* se le juzga hispánico porque primeramente Ravel lo había titulado «Fandango». Pero este *Bolero* nada tiene que ver con los boleros andaluces ni con los mallorquines.

«Lo que Ravel pretendió —dice Mariano Pérez— fue representar un ambiente ligero de fiesta gitana española..., una apoteosis y sublimación de la danza gitana.» En mi opinión se le podría llamar un «bolero idealizado». *Don Quichotte à Dulcinée* es la última composición que escribió Ravel. Nuestro musicólogo duda de la autenticidad y raigambre popular española de las tres canciones que contiene dicho título y tampoco encuentra en ellas ningún ritmo español o vasco, aunque muchos lo afirmen. Así pues, de acuerdo con los análisis que hace Mariano Pérez, el *Trío en La menor*, el *Concierto en Sol mayor*, el *Bolero* y *Don Quichotte à Dulcinée* deberían más bien ponerse en el grupo de las de «espíritu pseudoespañol», pero al fin y al cabo, digo yo, evocador de España. □

(1) M. Querol, *F. Pedrell compositor. El Comte Arnau*, en Anuario Musical, XXVII (1972).

(2) Coloquio internacional sobre *Musique et Poésie* (París, 1953), especialmente la «Discussion générale».

(3) M. Querol, *La Escuela Estética Contemporánea* (Madrid, 1953), págs. 259-264.

(4) F. Bonastre, *Felipe Pedrell* (Barcelona, 1977).

RESUMEN

El musicólogo Miguel Querol destaca la aparición de esta obra sobre la estética musical del compositor francés Maurice Ravel, que ha escrito Mariano Pérez Gu-

tierrez, pues, a su juicio, es el primer trabajo que aborda el estudio de la música de Ravel desde todos los puntos de vista juntos.

Mariano Pérez Gutiérrez

La estética musical de Ravel

Alpuerto, Madrid, 1987. 559 páginas.

Platero vuelve al camino

Por Alonso Zamora Vicente

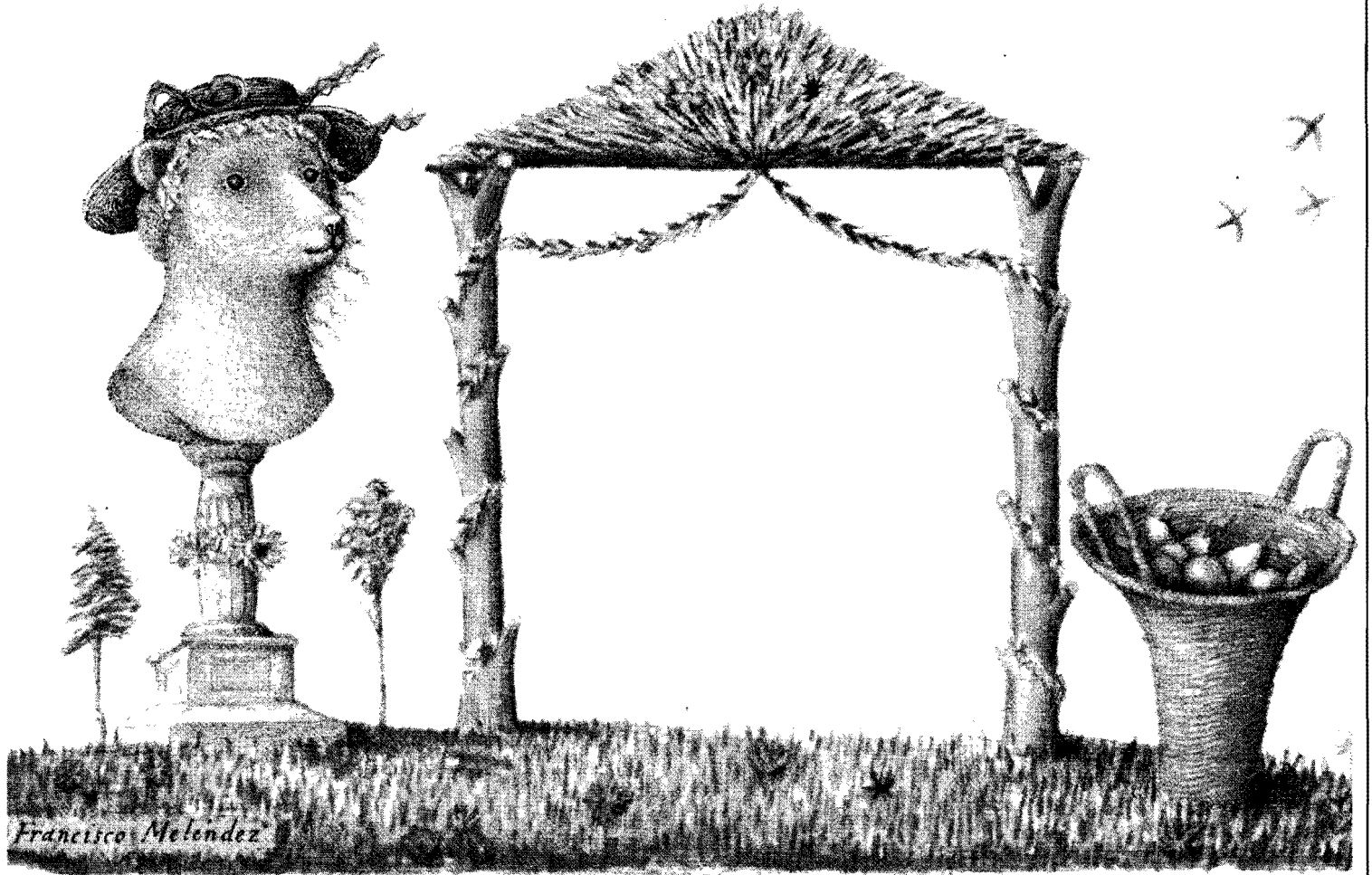
Alonso Zamora Vicente (Madrid, 1916) ha sido catedrático de Filología Románica de la Universidad Complutense y es secretario perpetuo de la Real Academia Española. Su bibliografía recoge temas filológicos y literarios tanto clásicos como contemporáneos: desde Lope de Vega a Cela, pasando por Valle Inclán. Es autor, además, de varios libros de narrativa.

Un nuevo *Platero y yo*. La elegía andaluza, máximo exponente de una prosa y de una actitud poéticas, vuelve a salir a la calle, a ganarse la vida o a perderla. Porque cada salida del libro juanramoniano se encara con una actitud literaria diferente. A nuevos lectores, nuevas estimaciones, nuevas simpatías y diferencias. Desde su aparición primera, incompleta, en 1914 (completa ya en 1917), *Platero y yo* no ha dejado de asomar sus orejas por muy diversas geografías... Lo ha hecho solo o acompañado de páginas previas de fervorosos críticos. Lo ha hecho en muchos lugares y en plurales medios. Ha aparecido con ilustraciones y sin ellas... En fin, no es un libro nuevo lo que provoca estos renglones, ni mucho menos. Y sin embargo...

A esta reciente edición acompaña una oportuna melodía erudita de Francisco López Estrada, quien ya, en ocasiones anteriores, ha dedicado parte de sus desvelos a Juan Ramón Jiménez. Lo hace con tino, con mesura. Cada vez va resultando más difícil conseguir el acompañamiento ajustado a un texto venerable, cuando lo hemos de elaborar desde la ladera del no creador. En el caso de *Platero y yo*, libro de honda y sutil trama poética, que habla tan directamente al lector, esa tarea es particularmente arriesgada: con gran facilidad se puede desplomar el aparato crítico en áreas de inocentón aburrimento, cuando no en pedantesca exhibición de frecuentados mediterráneos. Pero no es éste el aspecto que yo querría destacar hoy, ni es el caso del *Platero* presente, de ágil escolta. Quería proclamar la profunda frescura que irradian las páginas del libro, la estrecha inmediatez con que aún nos suena el tenso y largo monólogo del poeta frente a las gentes, las cosas, el campo de Moguer.

Pequeño mundo rural

Leí *Platero y yo* en la escuela. Lectura en alta voz, levemente comentada («tarde parda y fría de invierno. Los colegiales estudian. Monotonía/de la lluvia en los cristales»), frecuentemente interrumpida para dialogar sobre el misterio de algunas voces que no figuraban en la lengua coloquial madrileña: «alpende», «miga», «ostión», «sálamo», o de rituales que tampoco eran del paisaje cotidiano: matar al Judas, castrar el potro, hacer caldo de perritos. Sin embargo, todo ese pequeño mundo rural no nos era tan desconocido como puede serlo ahora, no. En la década de 1920-1930, Madrid era todavía bastante aldeano. Baroja insistía sobre ello en *Divagaciones apasionadas*, en 1920 (*Obras*, V, p. 519). Casi todo el mundo tenía algún tipo de relación con «el pueblo», iba «al pueblo» con frecuencia, veraneaba en «el pueblo», se dejaba invadir en sus hábitos urbanos por gentes «del pueblo» varias veces al año, esas gentes que llegaban, cargadas de regalos, en los trenes mixtos, lentísimos, heladores, y que iban, indefectiblemente, a ver bajar la bola del reloj de la Puerta del Sol y la Parada de Palacio. Los madrileños conocían así los ives y venires de las cosechas y de las ferias, y un aroma de campo maduro ascendía por las rutas en cuesta, calle de Segovia, calle de Toledo, de Atocha, se arremolinaba en las esquinas de reunión de los naturales de una comarca, aldea o región, Cava Baja, Plaza Mayor, Guindalera, y se dejaba caer, desfallecido, en los ten-



FRANCISCO MELENDEZ

deretes de los mercados callejeros... Las cosas de *Platero* no aparecían, en realidad, con estridencia ante los ojos de unos rapaces que, de una u otra manera, pasaban parte del año en el campo o en medios campesinos. La mayor parte de la población urbana madrileña era hija o nieta de la gran inmigración de finales del siglo XIX. La lectura de *Platero y yo* desplegaba un pausado reconocimiento de muchas menudencias de la vida campesina, orden de campanas, prestigio de los consumidores, de los personajillos del pueblo, los sabores de la era y de la vendimia... Toda una serie de prodigios que eran realidad palpitable entonces, y hoy, transformados en seria erudición, necesitan docta explicación, son comunicados como una asignatura más. No había nada más lejano, frente a la lectura tradicional de un *Quijote* arreglado para niños, esa monumental tontería de la que sólo se sacaba, si es que se sacaba algo, algún que otro «follón», «malandrín», o alguna lindeza por el estilo... Y no digamos de la lectura del inveterado *Corazón*, de E. de Amicis, que hablaba sentimentalmente de materias y pequeños problemas sociales de Italia, de la Italia naciente.

¡Qué gozoso reencuentro con *Platero* tantos años después...! Resulta que ni siquiera tiene la dulzarronería que tanto le han censurado algunas voces enemigas. Es menester ponerse a buscársela denodadamente, la ñoñería, y, claro es, se acaba por encontrarla. Pero no es ésa, afortunadamente, la ocupación ni la preocupación del lector medio. El libro nos sumerge de rondón, por su centro mismo, en la hondura y la quietud literaria de los campos, de la brisa marera que se descuelga de cuando en cuando sobre los bancales sembrados. Todo adquiere una súbita y entera personificación. Hoy, leyendo las páginas de *Platero* sin telarañas ni previas condiciones, vemos cuánto ha contribuido, en nuestras letras, a la exquisita, depurada tarea de entregarnos la «sensación» del paisaje, antes que su descripción fotográfica, impersonal y vacía. Colores y ruidos, cambiantes según la hora, ayudan a grabar en el ánimo ese paisaje, que se hace alto e íntimo simplemente al «cantarle» y no «contarle» como hacían los escritores anteriores. Azorín tuvo una visión certera del problema a principios de siglo en *La voluntad*, y nos llevó de la mano a sentar las dife-

rencias. Juan Ramón lo trasciende y lo convierte en algo interior, en un estado de conciencia en el que, al leer su personal discurso, nos reconocemos.

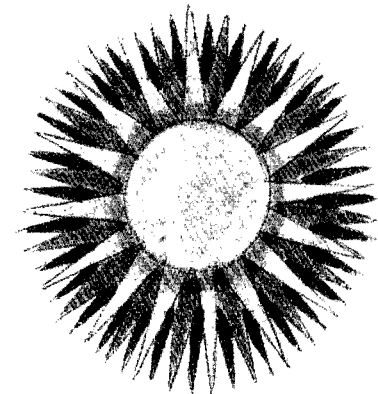
Exquisitez del léxico

Mucho se habló a la aparición del libro, y era en cierta forma caballo de batalla en conversaciones, escritos circunstanciales, etc., de la exquisitez del léxico de Juan Ramón. Pues mirando hoy ese léxico, o la exquisitez era verdaderamente ruin o era desmesurada y opulenta la ignorancia ambiental. Lo cierto es que cualquier lector que se haya acercado un poquito, muy poquito, al texto de *Platero*, entiende absolutamente todo cuanto el libro encierra. Empezando por el nombre del animal. Solamente una sociedad burguesa, torpemente entregada a los lujos urbanos, en época ya del automóvil y joyas vistosas, podía ignorar que «platero» es designación del color de un pelaje en los burros, «gris plateado». López Estrada aduce testimonio de la vigencia de la voz anterior al texto de la famosa elegía («llevaba burros blancos, / llevaba burros negros, / llevaba burros pardos, / llevaba burros plateros», romance burlesco en *Apología de los asnos*, Sevilla, 1878). Podemos verificar su existencia en el *Vocabulario andaluz* de Alcalá Venceslada, o en el repertorio de Toro y Gisbert, y podemos leerlo en alguno de los cantarillos recogidos por Rodríguez Marín: «Echemos la despedía, / la qu'echan los jarrieros. / Con la barra en la sintura: / ¡Jarre, borriquito platero!» (*Cantos*, II, 503). Lo más curioso es que «platero», 'gris plateado' hablando del pelaje de los asnos, entró en el *Diccionario* usual de la RAE en 1939 como regionalismo de Murcia. Y así sigue. No podemos ya, salvo tozudez manifiesta o interesada, hablar de «exquisitez» en el léxico ante ejemplos como los que podemos deducir de las correcciones —¡el permanente pulimento juanramoniano...!— que Ricardo Gullón nos ha hecho conocer. Valgan, entre otras, la mudanza de «gualda» por «amarillo», es decir, lo que todos decimos («gualda» tuvo uso en la lengua clásica: Lope de Vega, Vicente Espinel, etc., y, en tiempos modernos, lo utilizan Azorín y Pérez de Ayala, con indudable regusto arcaizante). ¡Suprimiría «calosfrío»,

de 1914, en provecho del general «escalofrío», por tener conciencia de la condición cervantina de la voz? Si fue así, he ahí una buena prueba de humildad ante la autoridad egregia. Más llamativo es el trueque del normal y ortodoxo «mandarinas» por «mondarinas», voz tenida, es verdad, por vulgar. Pero puedo asegurar que el Madrid de mi infancia, y de aún algo más tarde, se henchía de extrañeza al leer en los carteles y periódicos «mandarinas». Todos decíamos «mondarinas», agobiados por la blanda sumisión del fruto en la faena de mandarinas, esparciendo, generosas, su perfume. La lejanía actual de lo rústico la apreciamos en la necesidad de explicarnos en qué consiste la «escalera amparada» donde duermen las gallinas, o el «gangarro», también usual en La Mancha albaceteña y en Canarias, que no es otra cosa que el «changarro» del occidente peninsular, 'una clase de cencerro'. No, nada de excelstudes. Voces del habla general, y algunas de aquí o de allá, pero vivas. Qué diferencia con el trasfondo libresco, en ocasiones escandalosamente erudito, que exhalan, por ese tiempo, las páginas de Azorín. Si lo que se proponían los escritores del momento era agudizar el idioma, aportar a él «viejas palabras, plásticas palabras, con objeto de aprisionar menuda y fuertemente» la realidad, como Azorín apuntaba en *Clásicos y Modernos* (1913), reconocemos que en *Platero* se consigue plenamente, muy en otro sentido del que nos da la España espectral de *Castilla* (1912) o de *Un pueblecito* (1916).

Múltiples son las vías que *Platero*, paso rumoroso y medido, transita bajo la luz tornadiza de Moguer. Nos asalta ahora la erudición literaria o pictórica del texto. Obedece, sin duda, a esa visión artística de la vida y a la reelaboración de la misma vida con arreglo a patrones de validez estética universalmente reconocidos, ocupación típica del arte modernista. De ahí la cita de Böcklin, o de Murillo, o de Fra Angélico (por cierto, no recogido este último en los índices de la edición). Courbet, Miguel Ángel, Rodin, Tiziano, Turner, se enredan, asomándose levemente, en el diálogo del poeta con el borriquito. Mucho hemos hablado y escrito sobre este rasgo modernista, pero también creo que hoy hemos de destacar las diferencias. Lo primero, la ausen-

Viene de la página anterior



FRANCISCO MELENDEZ

cia de pedantería. Cualquiera de esos nombres aparece en *Platero* funcionando desde la intimidad del escritor. Le dicen algo a él en el instante justo de recordarlos, o se lo han dicho y asistimos a la exhumación enternecida de un recuerdo. Es decir, muy lejos de la banal ostentación, a ratos empalagosa, de muchos trozos del Valle Inclán primerizo, especialmente el de las *Sonatas*. La erudición artística ejercida como sostén de la propia creación conduce deprisa a una falsa personalidad, a la alienación. *Platero* siempre habla de esta armonización artística desde dentro y hacia adentro.

Citas eruditas

¿Cómo se verían estas citas en los tiempos en que *Platero* llegó a la escuela, a las manos de innumerables niños españoles? Quizá en la lectura se saltaran, pertenecían a la «letra chica que no se da». No todos los maestros estaban en condiciones de explicarlos. Böcklin o Courbet serían desconocidos. Rodin, poco menos. Pero lo cierto es que el área inmediata de escolares lectores de *Platero* ya era conducida con frecuencia a museos, excursiones, exposiciones, viejas iglesias, etc. La sombra de una educación nueva, la sombra protectora de Francisco Giner al fondo, produjo visibles resultados excelentes que, ¡ay!, la guerra se encargó de tronchar. Pero de esos trozos, a los que bastaba la rápida apostilla de «un pintor inglés», «un escultor francés»... ¡qué horizontes se abrían, cuántas curiosidades y ensueños, solamente superados por el que ponía ante nuestros ojos el carricoche de las vistas, con el inevitable puerto de Barcelona, o el relevo de la guardia escocesa en Londres, o la torre Eiffel, o el monasterio de San Lorenzo del Escorial...! Probablemente, para muchos españolitos fue ésta la primera vez que oyeron esos nombres, así, como al pasar,

sin darle mayor importancia, definitivamente amigos desde su primer encuentro.

Y otro tanto acaece con las citas de escritores. Clásicos y románticos, regionales y extranjeros, todos responden a una razón de compañía elegida en medio de la soledad buscada. Todos resuenan en una cuerda muy próxima a la serenidad, a la soledad sonora. No es particularmente complicado suponerse las dudas de un maestro español hacia 1920 ante algunos de los nombres citados (Ronsard, Chénier, Wilde). Pero el resultado fue idéntico. Entrelazados ellos mismos, perpetúan sus nexos en nuestra vivencia ya total, definitiva: la vida, la vida y su fuente, ahora vista en una fuente concreta, La Fuente Vieja de Moguer: «La pintó Böcklin sobre Grecia, Fray Luis la tradujo; Beethoven la inundó de alegre llanto. Miguel Angel se la dio a Rodin.» La cita despierta en mi memoria el enorme impulso que, en esos años, recibieron los escolares hacia la música, dejando de lado la aparatosisidad de las óperas. Baroja se refa de la preocupación educativa en *Juventud, egolatría*. La mención expresa de la Institución Libre de Enseñanza perfila muy bien los tiros de Baroja. Tras sus palabras palpita su recelo ante una educación claramente elitista: «... en la Institución Libre de Enseñanza, de Madrid, donde se intenta dar una orientación artística a los alumnos, se hace tácitamente una clasificación de la importancia de las artes; primero, la pintura; después, la música, y, por último, la literatura. Fijándose en la intención que puede tener este orden, se ve que su objeto es no dar al estudiante motivos de pesimismo. Claro, no es contemplando viejas telas pintadas con aceite de linaza, ni con el chim... bum... bum de la música como saldrán descontentos; pero, ¡qué sé yo! En un país como España, creo que vale más que haya descontentos que no señoritos correctísimos que vayan al laboratorio con una blusa muy limpia, hablen del Greco y de Cézanne y de la *Nove-*

na sinfonía, y no protesten, porque detrás de esta corrección se adivina el optimismo de los eunucos» (*Obras*, V, 163). Independientemente de la opinión de Baroja y la destemplanza en enunciarla, esa sociedad elitista era necesaria entonces en el país, radicalmente mal educado, y, de su ensanchamiento en la vida cultural española, los frutos fueron excelentes. Y era, viniendo a nuestro propósito, la generación que ya estaba familiarizada con *Platero* y con cuanto suponía su autor.

Vida popular

De la relectura de *Platero* surge hoy el al dabo de lo folclórico, de lo popular. Han cambiado mucho nuestras ideas sobre esto en los años transcurridos, y pensamos con mayor generosidad y conocimiento. ¡Cómo se desliza, soterraño, el aliento de la vida popular tradicional, no populachera, en las páginas de *Platero*...! Asistimos al carnaval, bullanguero e irrespetuoso. Vemos la quema del Judas, numerosos esta vez, barrio tras barrio. Oímos el bullicio de la romería del Rocío, donde *Platero* se arrodilla («como una mujer»)

RESUMEN

Desde hace setenta años, con cierta frecuencia, el célebre libro de Juan Ramón Jiménez, *Platero y yo*, sale a la calle a ganarse la vida o a perderla, como dice Alonso Zamora Vicente, que se ocupa de la edición reciente de Ló-

pez Estrada, y que le ha permitido encontrar en él, de nuevo, profunda frescura y sentir todavía la cercanía del tema y el largo monólogo del poeta. En su comentario, Zamora Vicente relata este «reencuentro».

Mucho se ha escrito sobre Juan Ramón, su poesía, sus prosas (especialmente sobre *Platero y yo*). La crítica se ha volcado sobre innumerables aspectos de su lenguaje y credo poéticos. Francisco López Estrada nos da ahora una nueva edición de las andanzas del borriquito (¿cuántas ediciones existen ya?, las sesenta, aproximadamente, en español, se entiende...) y hemos de agradecerle por el regalo que el reencuentro nos produce: el de comprobar su limpita, férrea y a la vez disimulada vecindad, la estricta compañía que el libro leído en los años infantiles nos hizo y sigue haciendo ahora, hoy y aquí. Como todas las ediciones, tendrá aquí y allá lagunas, puntos de vista que juzgaríamos superables, dignos de otro tipo de comentario; en fin, esos tiquismiquis de la persona habituada a esclarecer textos ilustres. Pero hemos de destacar el máximo valor de todo comentarista, muy visible en esta resurrección de *Platero y yo*: el modesto, contenido gesto de no asomar el pecho y dejar hablar al autor. Que sea el mismo texto el que, de la mano, nos lleve a la meta que el escritor se propuso. □

Juan Ramón Jiménez

Platero y yo

Ed. de F. López Estrada. Plaza-Janés, Barcelona, 1987. 359 páginas.

Un embajador del Barroco en París

Por Julián Gállego

Julián Gállego (Zaragoza, 1919) fue profesor de las Universidades de la Sorbona (París), Autónoma y Complutense (Madrid); en esta última fue catedrático y actualmente es profesor emérito de Historia del Arte. Es académico electo de Bellas Artes de San Fernando, y autor, entre otros, de los siguientes trabajos: El cuadro dentro del cuadro, Visión y símbolos en la pintura española del Siglo de Oro y El pintor, de artesano a artista.

La colección «Tratados», que dirigen Nieves Fernández Ventura y José López Albadalejo, ha publicado, con su buen gusto y acierto habituales, este *Diario* inédito hasta 1877-1894, entre cuyas fechas fue apareciendo en la «Gazette des Beaux Arts», de París, en edición anotada por Ludovic Lalanne. En español, es ésta la primera edición, que ha de ser del interés de los estudiosos y aficionados al arte al tratar, de modo detallado pero ameno, de un hecho que pudo cambiar el destino de la arquitectura y escultura francesas, y que se desenvuelve entre elogios y ceremonias que, a nuestros ojos, no pueden esconder el fracaso de un intento de cambiar el estilo francés, lógico, severo y tradicional, por un estilo italiano, fantástico, suntuoso y revolucionario como el que llevaba a París el embajador del «Barroco». Palabra que empleo para mayor claridad, pero que no aparece ni una sola vez en el texto, ya que corresponde su peyorativa invención al siglo siguiente, el XVIII, para señalar la cualidad de ser «d'une bizarrerie choquante», según define Littré en su *Diccionario* (1846-72). No alcanzaría hasta mucho más tarde la categoría de estilo artístico, que según Larousse es un «style contourné, s'opposant à la Renaissance classique et popularisé par les jésuites à l'époque de la Contre-Réforme. (Né à Rome, il s'épanouit dans les pays catholiques: Autriche, Bavière, Espagne et Amérique Latine)». Vemos que en el popular *Petit*, fuente de conocimientos de un elevado porcentaje de franco-parlantes, Francia queda a salvo de ese pecado. Esa ha sido, al menos, la opinión general hasta que la reivindicación del Barroco como estilo de caracteres autónomos y de creaciones geniales ha llevado a nuestros vecinos a mayores matizaciones.

El caballero Bernini

La palabra francesa «baroque», derivada del español «barrueco» o del portugués «barroco», aparece por vez primera en 1694, aplicada por el *Diccionario de la Academia Francesa* a las perlas de forma irregular; cer-



Autorretrato de Bernini (hacia 1665).

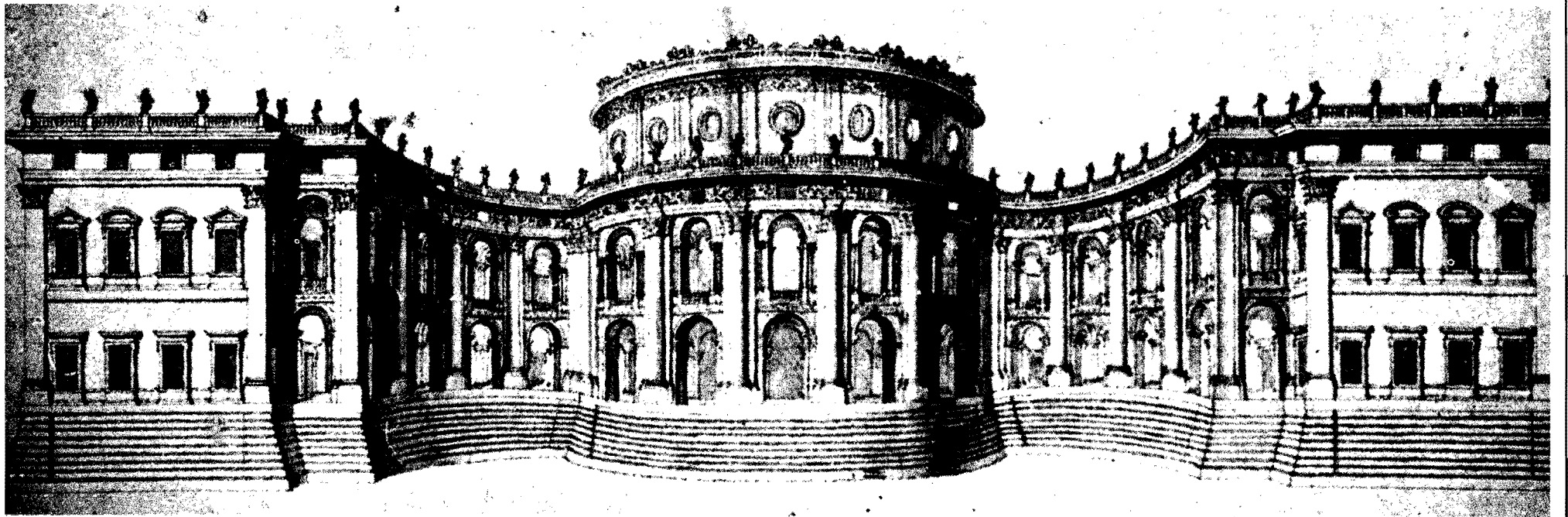
ca de un siglo después (*Diccionario de Trévoux*, 1771) se aplica ya al arte: adjetivo que califica un cuadro o escultura en donde no se respetan las reglas de la proporción y que representa siguiendo el capricho del artista. Pero no se trata de definir el Barroco y enumerar los hitos, bien conocidos (Burckhardt, Wölfflin, Croce, D'Ors, Curtius, etc.), que lo han llevado hasta su actual exaltación. Aquí tratamos de aquilatar cómo, en el transcurso de un viaje del artista Gian-Lorenzo Bernini (Nápoles, 1598 - Roma, 1680) a la Corte de Francia, ese estilo, todavía innominado, estuvo a

punto de imponerse a la afición académico-clasicista de los franceses.

Arquitecto, escultor, pintor y escritor, Bernini ha sido uno de los contados artistas de la historia que merece la calificación de genio. Entre sus veinte y veinticinco años realiza para el cardenal Scipione Borghese una serie de esculturas admirablemente nuevas en su dinamismo y en su luminosidad, entre las que destaca el *Apolo y Dafne* (Galería Borghese, Roma), una de las obras más famosas de la cultura occidental y de las más revolucionarias. La elección de Urbano VII como Papa,

en 1623, promueve a Bernini al candelero de la corte vaticana. El baldaquino que cubre el altar de San Pedro (1624-33) y la Cátedra que decora el ábside de la Basilica y le sirve de fondo (1657-66) figuran entre sus obras más espectaculares: su descendencia, como la del patriarca Abraham, es tan numerosa en el orbe católico (y anglicano) como las arenas del mar o las estrellas del cielo. Vienen luego creaciones arquitectónicas y urbanísticas, como la columnata de la Plaza de San Pedro, que salva la desproporción de la fachada del Maderno y crea un ámbito admirable que las «correcciones» de la época de Mussolini no han logrado alterar. Sus fuentes son las más hermosas de esa ciudad de fuentes que es Roma; la del Tritón, su vecina de las Abejas, la de los Cuatro Ríos, etc. Sus retratos escultóricos no tienen rival (cardenal Borghese, Paolo V, Francesco Barberini, Thomas Baker, Costanza Buonarelli, Richelieu, Urbano VIII, Francesco d'Este, Inocencio X, o ese Gabriel Fonseca, cuya mano suelo estrechar cada vez que voy a Roma como la de un amigo de hace tres siglos). En fin, sus altares de Santa Teresa o de la Beata Albertoni han sido elogiados y gloriosados hasta el infinito. Bernini ha sido uno de los creadores del estilo todavía innominado en su tiempo y que en el nuestro ha llenado los confines del mundo occidental y hasta oriental.

En pleno triunfo y con el título de caballero, Bernini viaja a París en 1665 para ocuparse de las reformas del Louvre, que, partiendo de una fortaleza medieval, había sido residencia de los reyes de Francia, obra de los mayores arquitectos del país. En la época de Mazarino, Louis le Vau había ejecutado la fachada que da al río Sena y comenzado la contigua, que puede considerarse principal, frente a la iglesia de Saint Germain l'Auxerrois. Pero Colbert, nuevo superintendente de las Obras Regias, detuvo ese proyecto, condenando por casi todos los maestros de París. Claude Perrault presentó uno nuevo que fue del agrado del ministro. Colbert se dirigió entonces a otros artistas, entre ellos Bernini, a quienes propuso la reforma del iniciado muro de Le Vau. Aunque algo molesto, en su calidad de divo, de que el ministro francés hubiera convocado a otros italianos (entre ellos Pietro da Cortona, Rainaldi y Borromini), no dejó de aceptar y el 24 de junio de 1664 envió a Colbert planos y dibujos, que fueron mirados con reticencias. Se le pidieron otros nuevos y él rehusó, ya que estaba convencido de que «los arquitectos de Francia no dejarían nunca de desaprobarme todo lo que él hiciera y estarían interesados en no poner en ejecución el dibujo de un italiano». La intervención del cardenal Chigi y la consideración de la impor-



Primer proyecto para el Louvre.

Viene de la página anterior



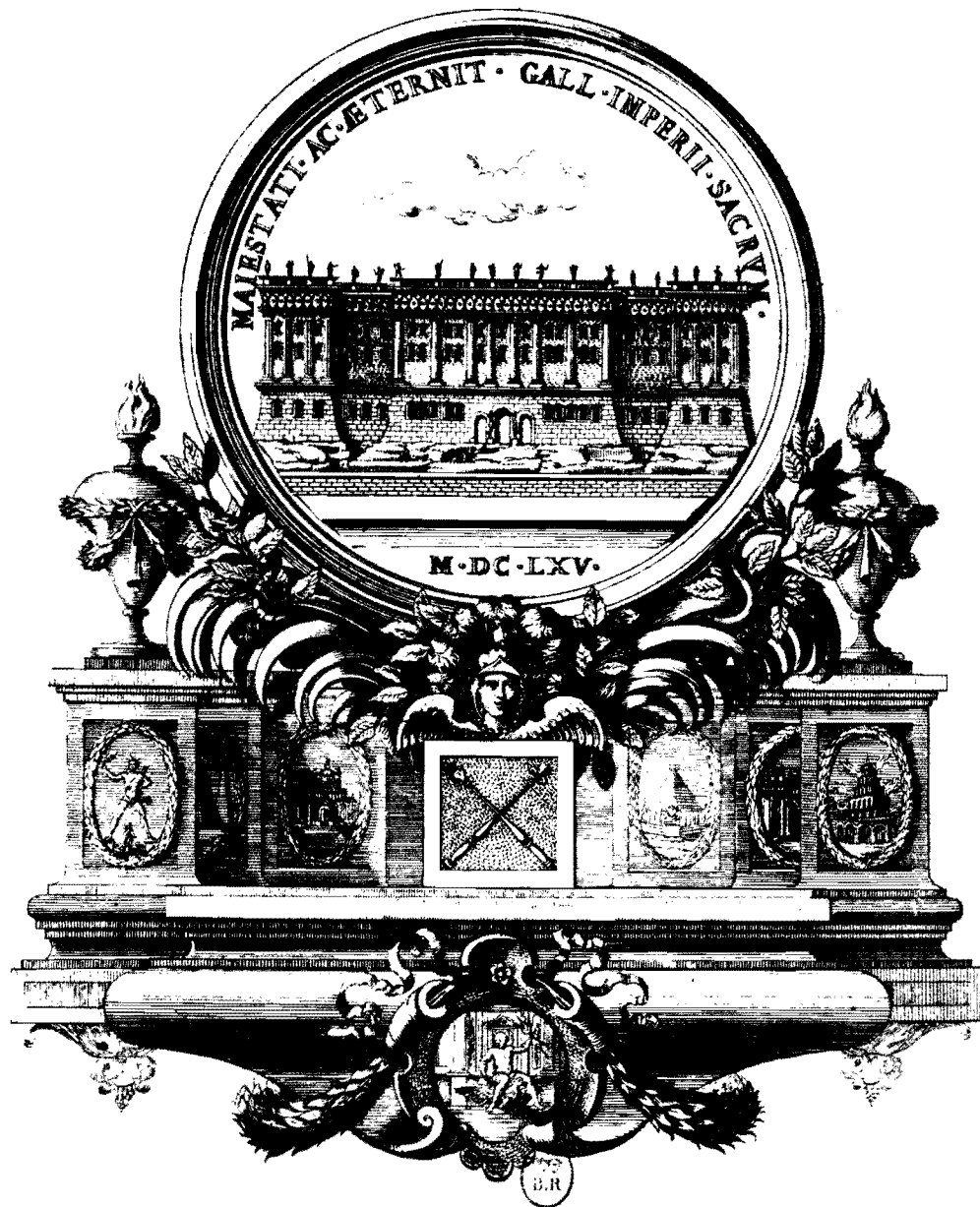
tancia del encargo le hicieron volver de su negativa y en enero de 1665 remitió a París nuevos dibujos, que gustaron más que los anteriores. Pero era difícil llegar a un acuerdo a la distancia de Roma a París y, por indicación del cardenal Antonio Barberini (por cierto, amigo de Velázquez, muerto hacía breves años), Luis XIV se dignó escribir, el 11 de abril, una carta halagüeña, manifestando su deseo de verlo y «conversar sobre los bellos dibujos» anteriormente enviados.

El triunfo de la lógica

Bernini aceptó la invitación y fue despedido «con increíbles honores» del Papa y de toda Roma, según escribe Charles Perrault, el fabulista, hermano del arquitecto Claude Perrault, que había de quedarse por fin con el encargo de la fachada del Louvre, esa monumental, noble y fría columnata no concluida hasta el pasado siglo y que representa, emblemáticamente, el triunfo de la lógica clasicista contra la imaginación creadora del Barroco. Los romanos temían que el rey Luis XIV se quedara con Bernini para siempre (y de hecho, lo intentó). Llegado a Francia, era recibido solemnemente en cada ciudad donde paraba y cocineros de la Corte preparaban sus comidas. Al acercarse a la capital, le esperaba, en Juvisy, Paul Fréart de Chantelou, «aficionado lleno de gusto y delicadeza, quien debido a su larga y tierna amistad con Poussin ha hecho que su nombre sea inseparable del de nuestro gran pintor», como escribe Ludovic Lalanne en el prólogo al diario que comentamos. Nacido en 1609, había cumplido diez años más que Bernini, que, al llegar a Juvisy el 2 de junio de 1665, tenía sesenta y siete. Es famosa la colección de sendos cuadros sobre los Sacramentos, que Chantelou encargó a Poussin y que figuran entre las obras maestras del pintor. Tanto Bernini como Chantelou eran fervorosos católicos y ello se advierte en sus numerosas visitas a iglesias y conventos, donde se reza antes de hablar de arte.

Muy metódico, como buen francés, Chantelou fue anotando día a día los hechos, hasta los más menudos, del viaje de su nuevo amigo, tanto en lo que se refiere a sus creaciones artísticas como a su modo de vida, sus relaciones con el rey, la Corte y los artistas, sus opiniones sobre el arte francés, sus teorías artísticas, sus consejos (paradójicamente académicos) para la formación de artistas nuevos, los argumentos de las comedias que había escrito, su modo de representarlas y hasta sus chistes y ocurrencias. Chantelou ve en Bernini lo que era: un artista excepcional, como en Francia no los había en su época, y se dedica a admirarlo y estudiarlo, sin envidia ni malignidad propias de críticos y biógrafos. Cuando, años más tarde (después de 1671), su hermano Jean, que no había conocido a Bernini y que vivía lejos de la Corte, le pidió noticias sobre el «caballero», no tuvo dificultad en transformar sus notas en un *Diario* que abarca desde ese primer encuentro hasta la marcha de Bernini, es decir, del 2 de junio al 20 de octubre de 1665, fecha en que se despidieron en Villejuif: *Diario* paradójico, en el que el protagonista no es quien escribe, sino quien es objeto de su admiración. Chantelou jamás trata de salir de su papel de cronista de la empresa de ese gran hombre que él no es. Por ello nos resulta tan simpático y, a la vez, más sincero y natural que el propio Bernini, que tras arrebatos de humildad cristiana tendía a considerarse como un astro de primera magnitud, y ¿cómo no lo era?

No lo encontraba así Charles Perrault, que en sus Memorias recoge un resumen del *Diario* de Chantelou «con su malignidad habitual», según comenta Lalanne. Formaba parte, más tarde, del archivo de Cotte y, en 1811, Castellan se basó en ese diario para su artículo sobre Bernini en la *Biografía Universal*, de Michaud, con la referencia de «manus-



La fachada del Louvre según el proyecto de Bernini (Medalla de Vacin).

crito inédito muy curioso». En 1877, Ludovic Lalanne encuentra, por casualidad, en la biblioteca del «Institut», una copia, que es la que da a la luz en la «Gazette des Beaux Arts» y cuya edición española comentamos aquí. El *Diario* comienza a fines de mayo de 1665, cuando llegan a la Corte noticias del arribo de Bernini a Francia. El 1 de junio, Chantelou recibe la orden del rey de ir al encuentro del «caballero», y el día 2, en la carroza del ministro Colbert, sale por el camino de Essonne y, al pasar Juvisy, encuentra a Bernini, a quien, en italiano, invita a trasladarse a esa carroza. Inmediatamente se ponen a hablar sobre la belleza y la proporción de la arquitectura, sobre si deriva del cuerpo de Adán, imagen de Dios... Ya no dejarán de hablar durante casi cinco meses.

Diario inhabitual

Este inhabitual *Diario* presenta para el aficionado a beber en las fuentes de la historia del Arte un múltiple interés. Por lo pronto, nos informa de los proyectos que la corte francesa encarga a Bernini: unos, plenamente realizados, como el busto del Rey Sol; otros, modificados o enmascarados, como la estatua ecuestre del Soberano convertida en un supuesto Marco Curcio; otros, rechazados diplomáticamente, como los tres sucesivos del Louvre, que hubieran hecho escuela y cambiado la fisonomía urbana de París; algunos tenidos más o menos en cuenta, como la cascada de Saint Cloud. Todo ello en el marco característico de la Corte de Luis XIV, a quien todos admiran (empezando por Bernini) como un auténtico Apolo-Febo con ribetes de Júpiter y de Minerva. En ese aspecto son muy sabrosos los comentarios sobre el busto del monarca durante su laboriosa realización, visitada a diario por lo más selecto de París, que se extasia sobre la largura de sus pestañas y otros detalles que el escultor jamás descuida bajo sus apariencias de improvisación. Una vez más nos damos cuenta de que «el genio es una larga paciencia», doble en este caso: con la propia obra y con sus comentaristas.

En segundo lugar, el *Diario* de Chantelou nos transmite las teorías berninianas y los juicios del «caballero» sobre el arte francés,

bastante duros en ocasiones. Por ejemplo cuando dice que un cuadro de Guido Reni vale él solo más que París (pág. 51); que, según le advirtió Urbano VIII (cuando sólo era cardenal), en Francia «las cosas se emprenden con calor, pero tal calor no dura más de lo que haría un fuego de pajas» y «que, tras haber sido tratado con afecto y estimado un año o dos, no le mirarían después» (pág. 58), profecía en la que Barberini se quedó corto; que París, visto desde la colina de Meudon, no era «más que un montón de chimeneas y... parecía un peine de cardar» (pág. 81); que «hace falta ocultar más el artificio y tratar de dar a las cosas una apariencia más natural, pero que en Francia generalmente en todo se hace lo contrario» (id.); que en la decoración de los altares «el estilo de Francia era triste y pequeño; que en Roma, en las iglesias, había una manera más bella de adornar» (pág. 168), etc. En cambio, no perdona ocasión de elogiar a Poussin, con gran contento de su cliente y amigo Chantelou, que nos transmite aquellas frases famosas: «Il signor Poussin è un pittore che lavora di la» (señalándose la frente) (pág. 92) y «O, il grande favoleggiatore!» (pág. 64; la nota 30 traduce esta palabra por «entendido en mitología» inexactamente). Tampoco pierde oportunidad para alabar a los italianos, en especial a Rafael, pero también a Maratta (pág. 159), a Annibale Carracci (pág. 256), etc. El angélico Chantelou anota todo eso sin protestar. Y nos transmite los poemas del abate Butti y otros poetastros sobre la estancia del «caballero»: «Entrò il Bernino in un pensier profundo...» (pág. 186). Más nos asombra-

rán las afirmaciones del ilustre huésped sobre la educación de los jóvenes artistas: antes de ponerlos a dibujar del natural es menester que estudien el arte antiguo; por ejemplo, las cabezas de Apolo, Júpiter y las estatuas y bajos-relieves clásicos, porque «el natural está en todas partes y no obstante... surgen más pintores en Roma que en Francia o en España (y ello sólo procede del gran número de estatuas griegas y de bellos bustos antiguos que hay en Roma), cuyo conocimiento previo permitirá más tarde «corregir el modelo en lo que tenga de defectuoso». Teoría tan académica que puede sacarnos del error de considerar lo barroco como espontáneo y natural, en oposición al clasicismo.

Vida cotidiana

Pero pese al interés y valor de esos dos aspectos del *Diario* de Chantelou, el más atractivo para el lector admirador de Bernini será el presentarlo como una persona viva, que duerme la siesta todas las tardes, que se apura cuando llegan noticias de la enfermedad de su esposa, que lee el *Kempis* una hora todas las noches, que trabaja dos o tres horas los días festivos por permiso del Papa «con tal de que el trabajo no llegara hasta el sudor» (pág. 125) y que monta en una cólera olímpica cuando Perrault se permite criticar uno de sus diseños (págs. 235-36), mientras otras veces hace gala de un carácter festivo, contando chistes italianos y españoles (por ejemplo, pág. 266). Por lo pronto, Chantelou hace el retrato de Bernini: «Un hombre de una estatura mediana, pero bien proporcionada, más flaco que grueso, de un temperamento completamente de fuego. Su rostro guarda relación con el de un águila, particularmente por los ojos. Tiene el pelo de las cejas muy largo, la frente amplia, un poco hundida hacia la mitad y suavemente abombada por encima de los ojos. Está calvo y los cabellos que le quedan son rizados y todos blancos. Según confesión propia, tiene sesenta y cinco años...». Bernini se quitaba tres.

La traducción parece correcta; si alguna falta tiene, cabe atribuirla a Lalanne (quien, por cierto, aparece también escrito con una sola *n*), como la de traducir «guercio» por bizco (pág. 144). El tomo se enriquece con una pertinente introducción de Valeriano Bozal; un apéndice de siete cartas, en italiano, de Bernini al abate Benedetti (quien llevó a aquél los proyectos de Le Vau para el Louvre) y Monseñor Roberti, Nuncio en París; otra introducción del editor francés del diario, Ludovic Lalanne; las ilustraciones imprescindibles, entre ellas el autorretrato dibujado por Bernini en la época de su viaje y que coincide con la descripción de Chantelou (Castillo de Windsor); y la última carta de Bernini al autor de su *Diario*, de fines de 1678, donde le asegura que «la rimembranza della sua persona e compagnia sempre più mi obbliga ad amarlo e tenerlo fisso nella memoria». No se merece menos quien, en esas páginas por fin editadas en español, hace tanto para fijar en la nuestra la figura, simpática y asombrosa, del caballero Bernini, trazándose, sin sospecharlo, su propio y modesto autorretrato. □

RESUMEN

El erudito y coleccionista francés Paul Fréart de Chantelou fue encargado por Luis XIV de recibir y acompañar al gran artista napolitano Gian Lorenzo Bernini durante su viaje a París, en 1665, para ocuparse de la reforma y terminación del palacio del Louvre. Aun-

que el objeto principal de ese viaje no se logró, encargándose de la obra el clasicista Perrault, Bernini realizó otras, como el busto del Rey. De ello y de todo lo referente a su visitante nos da cuenta Chantelou con amenidad, imparcialidad y discreción.

Paul Fréart de Chantelou

Diario del viaje del caballero Bernini a Francia

Dirección General de Bellas Artes y Archivos, Madrid, 1986. 314 páginas.

El debate sobre la independencia judicial

Por Eduardo García de Enterría

Eduardo García de Enterría (Cantabria, 1923) es catedrático de Derecho Administrativo de la Universidad Complutense de Madrid. Es Premio Príncipe de Asturias de Ciencias Sociales (1984). Entre sus obras destacan: La constitución como norma y el Tribunal Constitucional, La lucha contra las inmunidades del poder en el Derecho Administrativo y Código de las Leyes Administrativas.

Desde que el principio de la división de los poderes pasó a informar los sistemas constitucionales, la independencia de los jueces se erigió en un postulado apodíctico, definitivo, incluso, de la propia función judicial. Nuestra Constitución así lo proclama en su artículo básico, el 117.1 («La justicia emana del pueblo y se administra en nombre del Rey por Jueces y Magistrados integrantes del poder judicial, "independientes"... y sometidos "únicamente" al imperio de la ley»).

Ahora bien, los grandes principios no viven por sí solos. Por más que se proclamen y se reverencien, siempre resulta problemática la encarnación de sus enunciados abstractos en el mundo real. Con frecuencia esos principios, y así el de la independencia judicial, suelen formular resultados deseables, aspiraciones finales, pero sin especificar los instrumentos oportunos y precisos para alcanzarlos ni prever los obstáculos con los que necesariamente tendrá que enfrentarse en la sociedad compleja que nos ha tocado vivir, campo de tensiones de principios más diversos, no digamos ya de cuántos intereses.

En 1983, la «International Bar Association» (el «Bar» —«barra», simplemente, en varios países hispanoamericanos—, es la organización corporativa de los abogados; en España, Colegios) convocó la Primera Conferencia Mundial sobre la Independencia de la Justicia, que se celebró en Montreal. Allí se elaboró y se aprobó por unanimidad una «Declaración Universal sobre la Independencia de la Justicia», o Declaración de Montreal, que ha sido la base de todos los ulteriores debates, generalizados hoy en muchos foros.

Texto de referencia

El libro que comento se nutre de ese congreso inicial y de otras varias fuentes ulteriores. Publica como capítulos 39 y 40 la mencionada Declaración Universal, que ha pasado a ser un texto de referencia, según su intención. Pero no es el objeto del libro reducirse a la glosa de ese documento. A lo largo de 52 nutridos capítulos se ofrecen, tras la introducción del primero de los «editores», 29 capítulos que contienen relaciones sobre la situación del problema en 26 países (parte I). Una parte II dedicada específicamente a la Declaración aludida y a otros textos análogos (el proyecto de «standards» mínimos de independencia judicial —y un posterior «código» cuando fue aprobado— elaborado por la «International Bar Association»), que se elaboró en la reunión de Berlín de 1980 y que es el documento que inicia la formulación «transna-

cional» de bases que conducirá a la Declaración Universal de Montreal; figura su texto completo como capítulo 32; los «Principios» del proyecto de Siracusa sobre la independencia judicial, aprobados en la reunión que en 1981 celebraron el «Institute of Higher Studies in Criminal Sciences» y otras entidades, que culmina una iniciativa del Consejo Económico y Social de Naciones Unidas de 1980; otro texto de Principios con el mismo título aprobado en Tokyo en 1982 en la reunión de la Comisión Internacional de Juristas, sección de Asia y Pacífico occidental; diversos trabajos de la ONU sobre el mismo tema; otro texto paralelo de la Conferencia de Lagos de 1981 de la misma Comisión Internacional). La parte III, finalmente, concluye con un análisis general del problema en seis contribuciones distintas (Deschènes, Lord Lane, Stephen Simon, Cappelletti y Shetreet).

Como no es infrecuente en este género de libros, el contenido es desigual y abunda la parte puramente informativa o expositiva de regímenes nacionales, de los cuales sólo algunos, por ejemplo el norteamericano, o el alemán, o el inglés (me estoy refiriendo, claro es, al texto de los capítulos del libro que comento), pueden presentar verdadero interés para nosotros. Los estudios globales o conclusivos son todos de buena calidad.

El postulado de la independencia del juez se minimiza si se reduce al momento único de la decisión del fallo. La independencia en ese momento es la que debe a toda costa preservarse, por supuesto; esto es, constituye el «núcleo duro» de la institución. Pero resulta que la posibilidad misma del arraigo y del despliegue efectivo de ese núcleo duro está claramente condicionada por el entorno del mismo o, si se prefiere, por el «halo del concepto», en los términos hoy usuales en nuestro Derecho Público. Ese entorno no podría concretarse en una lista cerrada de condiciones, y las diversas contribuciones de este libro, así como las nuevas declaraciones universales o internacionales, así lo acreditan. Resaltaremos alguna de esas condiciones reales de efectividad: independencia del Poder Judicial como institución, o del colectivo de los jueces, y no sólo de cada juez en particular («independence of the judiciary and of the courts»); la llamada independencia interna o en relación a los jueces superiores y a las salas y sus presidentes; los procedimientos de selección, ascenso y remoción de los jueces; responsabilidades disciplinaria, civil y penal; pautas reales de conducta; relaciones con la prensa y medios de comunicación; tipos de vinculación del juez a la Constitución, a la Ley y a los principios del Derecho; administración de los medios materiales y personales precisos para la función judicial («management of the courts»); uno de los *Reports* referenciados, el de Canadá de 1981, versa esencialmente sobre este último aspecto, con el expresivo título «Masters in their own house», dueños —los jueces— de su casa; independencia de los abogados, etc.

La crítica situación actual de la Justicia en España hace que todos esos temas resalten especialmente vivos y que sean sentidos, al fin, frente a una cierta tendencia abstractizante del procesalismo, como problemas sociales graves y aun gravísimos. Es sumamente curioso, en efecto, que la simple adjunción

del adjetivo «efectiva» a la tutela judicial, definida como derecho fundamental en el artículo 24 de la Constitución, haya servido para contrastar la ineficacia general de la organización de los procesos judiciales en nuestro país y para que se haya iniciado, desde vías hasta ahora insólitas, el Derecho Constitucional y el Derecho Internacional (artículo 6 del Convenio Europeo de Protección de los Derechos Fundamentales sobre todo), la revisión sustancial del régimen procesal.

Ley Orgánica

Pero la misma idea (que puede apoyarse en el principio constitucional, artículo 9.2, que impone que las libertades —y, por ende, la independencia de la Justicia, que es el sostén último de todas las libertades— hayan de ser «reales y efectivas y para ello remover los obstáculos que impidan o dificulten su plenitud»), aplicada esta vez a la independencia de la Justicia, puede poner legítimamente en cuestión la solución tanto legal como constitucional que está en la base de nuestro sistema. La sentencia del Tribunal Constitucional 108/1986, de 29 de julio, que es quizá una de las menos felices de las dictadas por la alta jurisdicción, casi parece obligar a ello, ciertamente. La Ley Orgánica del Poder Judicial de 1985 no ha resuelto los problemas de base, parece ya claro. En muchos puntos, por ejemplo en todos los referentes a la administración de los medios personales y materiales de la Justicia, ha extremado la dependencia del Ejecutivo —vulnerando uno de los «standards» mínimos de independencia que todas las declaraciones y textos internacionales aludidos proclaman, por cierto—. En cuanto al sistema de gobierno del Poder Judicial mismo, la opción de la sentencia referida se ejerció, en realidad, entre dos malos modelos, y aunque la sentencia reconoció expresamente —y sorprendentemente, visto desde el fallo— la mayor fidelidad a la norma constitucional del anterior sistema corporativo de la Ley Orgánica 1/1980 («que la finalidad —del artículo 122.3 de la Constitución— se alcanza más fácilmente atribuyendo a los propios jueces y magistrados la facultad de elegir a doce de los miembros del Consejo General del Poder es cosa que ofrece poca duda»), no se decidió, sin embargo, a declarar la inconstitucionalidad del sistema de designación parlamentaria, sustituyéndola por una especie de admonición moral para que se evitasen los riesgos de la partidocracia, riesgos que en el momento mismo en que la sentencia se dictó no parecían ya propiamente futuros.

Pasando sobre esta pequeña dialéctica para tema tan grande, lo que realmente podría plantearse es si es o no oportuno promover una acción limitada y perfectamente pactada entre las fuerzas políticas (el pacto sería incluso técnicamente necesario para alcanzar el quórum exigido por el artículo 167 de la Constitución), y aun con los sectores sociales y profesionales más directamente implicados, para dar una nueva redacción a los párrafos 2 y 3 del artículo 122 de la Constitución misma, de modo que se pueda evitar esa opción entre dos malas soluciones con que la sentencia constitucional tuvo que enfrentarse. Esto es, si es replanteable, dada la enorme magnitud del problema existente, en modo alguno limitado al tema económico, una nueva configuración del órgano central del Poder Judicial que lo hiciese mucho más operativo y mejor concebido que el existente para asegurar una efectiva independencia y también para atacar las gravísimas taras de la Justicia actual, que están poniendo inesperadamente en grave riesgo el sistema entero del Estado de Derecho (el Fiscal General del Estado dicit en la inauguración del año judicial 1987-88, hay que decir que con general beneplácito). Comprendo bien la gravedad de una propuesta constituyente, pero, aparte de que las revisiones constitucionales parciales no son excepcio-

nales en regímenes análogos al nuestro (por ejemplo, en Alemania, se han aprobado 34 revisiones parciales desde 1949), la gravedad de la situación podría justificarla, sin que el carácter técnico de la eventual revisión llegase a amenazar los consensos básicos que la Constitución expresa.

Sobre la visible inadecuación de nuestra situación a los «standards» establecidos, me bastará con exponer muy brevemente, por vía de simple ejemplo, algunos de los principios de la «Declaración Universal sobre la Independencia de la Justicia» de Montreal.

Artículo 2.07.d). «El ejecutivo se abstiene de toda acción u omisión que prejuzgue la solución judicial de un litigio o impida la ejecución normal de una sentencia» (citare aquí únicamente el artículo 7 de la reciente Ley Orgánica 2/1987, de 18 de mayo, de conflictos jurisdiccionales, que autoriza a la Administración —por vez primera en nuestra tradición jurídica, por cierto, y, a mi modesto parecer, contra la norma constitucional, artículos 24 y 117.3— a plantear conflictos a los órganos judiciales «cuando el conflicto nazca o se plantee con motivo de la ejecución de sentencias o afecte a facultades de la Administración que hayan de ejercitarse en trámite de ejecución»).

Artículo 2.20. «El nombramiento de jueces temporales... es incompatible con la independencia judicial.»

Artículo 2.22. «La edad de jubilación de los jueces en activo no podrá ser modificada sin su consentimiento.»

Artículo 2.25. «Los jueces están obligados al secreto profesional en lo que concierne a sus deliberaciones y las informaciones confidenciales obtenidas en el ejercicio de sus funciones fuera de las audiencias públicas.»

Artículo 2.40. «En cuanto a lo esencial, la administración de los tribunales corresponde a los jueces.»

Sería conveniente que entre nosotros se reflexionase detenidamente sobre estas cuestiones, utilizando para ello bastantes de los materiales que este libro proporciona (aunque, sobre todo, su espíritu), en la inexcusable obra de reforma de la Justicia a que nuestra sociedad está abocada, inexcusable y dramática.

Cuestiones no resueltas

Se trata de hacer presente entre nosotros la conciencia de que las grandes cuestiones del Estado de Derecho, y en particular esta central de la independencia judicial, no están nunca totalmente resueltas, y ello, por cierto, en ningún país. Por el contrario, corresponde a la esencia de ese principio el estar constantemente abierto, de modo que puede y debe hablarse, como sistemáticamente los trabajos reunidos en el libro que comentamos, de lo que uno de ellos denomina certeramente «the struggle for judicial independence». Todo el Derecho es un sistema de «lucha por el Derecho», en los términos ya clásicos de Ihering, y sería raro que otra cosa ocurriera con una de sus estructuras básicas. Ninguna formulación constitucional cierra definitivamente ningún problema; comienza para esa formulación una vida nueva, eso es todo, vida nueva en la que entrarán en juego el propio sistema de los mecanismos constitucionales, pero sin que ello sirva para aislarle de su entorno problemático real, siempre presente. □

En el próximo número

Artículos de F. Rodríguez Adrados, Claudio Prieto, Francisco Ayala, A. Fernández Alba, José Luis L. Aranguren, Francisco Villarrell y Alberto Sols.

RESUMEN

En todos los sistemas constitucionales, la independencia de los jueces es un postulado que define, incluso, la propia función judicial. Lo que no impide el que éste, como otros grandes principios, suscite problemas a la hora

de enfrentarse con las sociedades complejas del mundo actual. García de Enterría reflexiona sobre esta cuestión al hilo de la aparición de un debate, colectivo y contemporáneo, sobre la independencia judicial.

Shimon Shetreet y Jules Deschènes (eds.)

Judicial Independence: the Contemporary Debate

Martinus Nijhoff Publishers, Dordrecht, Boston, Lancaster, 1985. 700 páginas.

Aquiles, modelo de héroe trágico

Por Francisco Rodríguez Adrados

Francisco Rodríguez Adrados (Salamanca, 1922) es catedrático de Filología Griega de la Universidad Complutense de Madrid y presidente de la Sociedad Española de Estudios Clásicos. Creador de una escuela de helenistas y lingüistas, dirige las revistas «Emérita» y «Española de Lingüística», el Diccionario Griego-Español y la «Colección Hispánica de Autores Griegos y Latinos».

Tenemos ante nosotros un ejemplar más del tipo de estudios que recorren la fortuna de un personaje de la leyenda clásica a través de los siglos: Prometeo, Antígona, Medea, Helena y tantos otros más. El mito antiguo ofrece un asidero a los distintos motivos históricos y a los distintos pensadores y poetas para expresarse a sí mismos; y estas distintas maneras de ver las cosas llevan a expresar más y más las capacidades del mito y a hacerlo evolucionar.

Aquiles, el primero de los héroes griegos, no es quizá el que más éxito en este sentido ha tenido en la literatura universal: Homero agotó casi las capacidades trágicas del personaje, no ha habido imaginación que las lleve más lejos. A pesar de ello, seguir el recorrido literario de la figura de Aquiles —empresa no intentada hasta ahora— era importante.

No sólo porque en las diferencias de su tratamiento se reflejan con notable claridad las cambiantes ideologías, también porque Aquiles es en realidad el prototipo y modelo de todos los héroes trágicos. No sólo de los de Sófocles, como dice la autora (pág. 66) siguiendo a Knox. También de todos los demás, empezando por Esquilo: no tienen otro modelo un Etéocles o un Agamenón, y habría que recordar (la autora no lo hace) que Esquilo escribió una trilogía titulada *Los Mirmidones* que expone el núcleo trágico del poema homérico: la ira de Aquiles (justa y desmesurada), su retirada de la guerra, su dolor ante la muerte de Patroclo, su vuelta a la lucha y su venganza sobre Héctor, en humana reconciliación con Príamo.

Este tema de Aquiles como modelo prototípico del héroe (de una serie de héroes de la tradición greco-latina y la europea de ella derivada) no es, sin embargo, el central del libro. Aunque algo dice de él —luego insistiremos—, deja mucho más al lector para reflexionar. El tema central es el otro: el de la figura de Aquiles, primero en Homero y luego en la tradición griega (el *Ciclo*, Píndaro,



Sófocles, Eurípides, Platón y Quinto de Esmirna, sobre todo), la latina (Catulo, Cicerón, Virgilio, Horacio, Ovidio, Propertio, Séneca, Estacio, la *Ilias Latina* y las traducciones de «Dares» y «Dictys»), principalmente) y la medieval occidental (destacamos a Fulgencio, el *Roman de Troie* de Bennoit de Saint Maure, nuestro *Libro de Alexandre*, Albert de Stade, José de Exeter, etc.).

Dividido en capítulos relativos, sucesivamente, a Homero, a la visión clásica de Aquiles, a su caracterización como simple amante

de la guerra y, luego, como «soldado del amor», una clasificación un tanto asimétrica, el libro consiste, en realidad, en una serie de exposiciones de los sucesivos tratamientos de nuestro héroe. Exposiciones en términos generales exactas y brillantes, aunque a veces sin demasiada atención a los nexos entre ellas y a los de las mismas con su ambiente contemporáneo. En beneficio del lector las resumimos con un cierto sistematismo.

Está primero Homero: sin dudar, la mejor exposición del libro. Aquí hallamos al Aquiles trágico, humano e inhumano y luego humano otra vez, que nos ofrece la visión del héroe por definición individualista y superior, a la vez hombre de «hybris» que no teme romper los lazos de la solidaridad social y que al fin reconoce la unidad del sufrimiento humano, la solidaridad en el dolor. Hermosa exposición la de ese Aquiles complejo, divino, humano y bestial, que luego es simplificado o combatido (simplificándolo también).

La autora nos ofrece ciertos vislumbres de cómo Homero ha llegado a esta síntesis de humanidad heroica que supera al héroe tradicional: así cuando hace ver (págs. 14 y ss.) cómo reelabora la *Aristea* de Agamenón o

(págs. 22 y ss.) cómo reelabora también el tema de la comparación del héroe y el león. Echamos de menos, sin embargo, un mayor énfasis en la «homeridad» del Aquiles de la *Iliada*, sobre la cual se podría avanzar a partir de la comparación con otros héroes de la tradición indoeuropea (los de la epopeya germánica, india o eslava, por ejemplo), anotando semejanzas y diferencias. Y a partir, también, del examen de los elementos tradicionales de la figura de Aquiles, conservados en el *Ciclo* y en la tradición posterior que Homero conscientemente ha dejado de lado (aunque a veces muestra que los conoce: temas de Troilo, Télefo, Deidamia, Polixena, etc.).

De este complejo Aquiles los autores posteriores unos han tomado unas cosas, otros otras. Para Píndaro, Aquiles es el héroe aristocrático, el mejor de los aqueos, el triunfador; los aspectos sombríos de su naturaleza desaparecen, aunque queda el dolor por su muerte (a partir de Homero, los temas de Aquiles no homéricos vuelven a entrar en la literatura). Para Sófocles, en su *Filoctetes*, la nobleza de Aquiles y Neoptólamo, que le imi-

En este número

| | | |
|-----------------------------|-----|----------------------------|
| Artículos de | | |
| Francisco Rodríguez Adrados | 1-2 | José Luis L. Aranguren 8-9 |
| Claudio Prieto | 3 | Francisco Vilardell 10-11 |
| Francisco Ayala | 4-5 | Alberto Sols 12 |
| Antonio Fernández Alba | 6-7 | |

SUMARIO en página 2



Viene de la página anterior



Aquiles, modelo de héroe trágico

ta, está en la acción y en cumplir el deber siendo fiel a la palabra, frente a las componendas acomodaticias de Odiseo, un político o un sofista de los tiempos del poeta.

Para Eurípides, Aquiles es el guerrero inhumano (*Electra*, *Hécuba*) o el hombre de buena voluntad incapaz de salvar a Ifigenia: un héroe inútil (*Ifigenia en Aulide*). Este tema de Aquiles como simple guerrero, a veces con acentos brutales y sin sus rasgos de trágica humanidad, es frecuente: así en Catulo, en Virgilio, en la *Ilias Latina*, en Quinto de Esmirna. Incluso el valor y superioridad del guerrero se lo regatean autores como Dares y los medievales que, como Alberto de Stade y Guido delle Colonne, le rebajan frente a Héctor. En realidad, ya desde Virgilio operó contra la figura de Aquiles la leyenda del origen troyano de Roma y, luego, de distintas naciones europeas (ya en Dión Crisóstomo, *Or.* 11, era Héctor el que mataba a Aquiles).

Pero más interesante es, quizá, la reacción contra la figura de Aquiles del moralismo antiguo y cristiano (sirve, ciertamente, más para retratar a éste que para otra cosa). El hombre de pasión (incluso de pasión erótica

a partir de un cierto momento) es opuesto al hombre de razón y de virtud: al filósofo y al cristiano.

Platón critica a Aquiles sobre todo en su *República* (386 c. ss.) por su horror a la muerte, su ira, su insolencia, su aceptación de regalos...; como los héroes de tragedia, debe alejarse de su estado ideal. Cicerón no tiene que esforzarse mucho, en sus *Tusculanas*, para hacer ver que Aquiles dista mucho, con su ira que es casi locura, del ideal del «sapiens», del filósofo. Horacio incluye a Aquiles, en su *Epístola* 1, 2, entre los reyes «stulti», necios, cuyas locuras paga el pueblo infeliz de los aqueos; nuestra autora olvida tan sólo decir (pág. 139) que aquí se expresa un punto de vista claramente estoico.

No es otra la opinión de la Edad Media cristiana, sólo que añade el tema del castigo: en el largo excurso sobre Aquiles en el *Libro de Alexandre*, es el pecado del orgullo el que atrae sobre Aquiles este castigo: es muerto por veneno (pág. 157). Pensamos que en este tema y, por supuesto, en el del propio Alejandro (un imitador de Aquiles sometido a igual desvalorización), es la antigua tradición cínica la que se continuó en la idea cristiana.

También hay pecado y castigo en otros autores cristianos que, sin embargo, no trabajan como la tradición moralista anterior sobre el Aquiles homérico, sino sobre el Aquiles enamorado. Esto requiere párrafo aparte.

Homero había descartado los temas eróticos de la antigua tradición (Deidamia, Pentisilea, Polixena): Briseida es una cautiva a cuyo padre y hermano había matado Aquiles, en un «gérax» o botín de honor dado al héroe y al que éste no puede renunciar sin deshonorarse (ni siquiera puede aceptar una devolución de mala gana, un pretendido «regalo» de lo que es suyo, como la que ofrece Agamenón en el canto XX). Pero la autora expone muy bien (págs. 170 y ss.) cómo a partir del siglo I después de Cristo se reinterpretó el tema de Briseida y retornaron los temas eróticos del *Ciclo*. Tras algún antecedente (Baquílides, Licofrón), Aquiles es ahora un personaje erótico pretexto para la nueva poesía amorosa romana. Y aun para la prosa.

Se reescribe la historia. Propertio (II, 8) nos dice que en el asunto de Briseida, Aquiles actuó por amor. De este amor hablan tam-

bién Ovidio en su *Heroida*, 3 (carta de Briseida a Aquiles, crítica el abandono de éste), y la *Ilias Latina*, para cuyo autor también Agamenón actuó por amor al no devolver a Briseida a su padre.

El amor es, para esta visión, el culpable de todo, lo que no se deja sin crítica y condena. En Dares y Dictys y en los autores medievales de ellos dependientes, es el amor por Polixena (derivado del antiguo tema de la hija de Príamo inmolada en la tumba del héroe) el que trae, de un modo u otro, la muerte de Aquiles. Su pecado es la «libido», la concupiscencia, según Fulgencio; el amor le cegó para el *Roman de Troie*. Las pasiones, sobre todo el amor, pueden arruinar al más fuerte. Al final de la Edad Media, el guerrero, el héroe trágico, acaba su carrera entre los lujuriosos condenados, como Paris, en el segundo círculo del infierno del Dante.

Aquí termina esta revista. Como se ve, el recorrido es amplio e ilustrativo, aunque podrían añadirse muchas cosas: por ejemplo, sobre el *Ciclo* y sobre Estesícoro (del que hoy sabemos más); antes hemos mencionado a Esquilo. Y aunque falten a veces las conexiones y secuencias.

En cambio, un tema al que aludí al principio recibe escaso tratamiento: me refiero al influjo del Aquiles homérico en la conformación del héroe trágico y épico posterior. Algo se dice, desde luego (antes aludí al reconocimiento de la deuda de Sófocles, aunque ya dije que ése era un planteamiento incompleto). Me gustaría referirme, también, a la interpretación del Eneas virgiliano como una contrafigura de Aquiles y del «otro Aquiles» que es Turno (cf. págs. 125 y ss.).

Pero, insisto, habría que ir más allá de donde nuestra autora nos deja. Y rectificar algunas cosas. Si Platón nos presenta en su *Apología*, 28 b ss., a Aquiles como modelo de Sócrates, puesto que asume el riesgo y castiga al matador de Patroclo aplicándole «justicia», no basta decir que Platón en este pasaje «hace ético» a Aquiles. Da la pista, en realidad, sobre la conformación del nuevo heroísmo sócrático sobre el modelo del de Aquiles. Pero trasladándolo a otro plano. El premio, el móvil, no es ahora el «kléos», la gloria, sino el seguir la propia conciencia. Hay un heroísmo interno no disímil del de una heroína de Sófocles bien conocida: Antígona. Otros modelos de héroe, incluido el del santo y el mártir, deben mucho, en definitiva, al personaje homérico. O mejor: al tratamiento homérico de un antiguo héroe del mito indoeuropeo nacido de una diosa y rodeado, como Sigfrido y otros, de cualidades y de dones mágicos.

Con los reparos e insuficiencias que puedan hacerse en un tema muy vasto, el libro enseña mucho y atrae casi siempre el asentimiento. Está bien escrito y, además, bien presentado en cuanto a papel, impresión e ilustraciones: se lee con agrado. Respecto a las ilustraciones querría señalar, sin embargo, cuánto habría embellecido el libro la presentación de algunas de las miniaturas del manuscrito escurialense de nuestra *Crónica Troyana* (traducción del *Roman de Troie* francés), bien editado por Pilar García Morencos (Madrid, Editorial Patrimonio Nacional, 1976).

Señalemos, finalmente, que las notas eruditas, la muy amplia bibliografía y los útiles índices hacen el libro fácilmente manejable para cualquier lector. □

Qué es

SABER Leer

Con carácter mensual, la revista **SABER/Leer** es una publicación periódica, editada por la Fundación Juan March, que recoge comentarios originales y exclusivos sobre libros editados recientemente en las diferentes ramas del saber. Los autores de estos trabajos son distintas personalidades en los campos científico, artístico, literario o de cualquier otra área, quienes, tras leer la obra por ellos seleccionada, ofrecen una visión de la misma, aportando también su opinión sobre el estado del asunto abordado en el libro comentado.

Los textos contenidos en esta revista pueden reproducirse libremente citando su procedencia.

SABER Leer
Revista crítica de libros



Fundación Juan March
Servicio de Información y Prensa

Castelló, 77
Teléfono: 435 42 40
Telex: 45406 FUJM E
28006 Madrid
España

Depósito legal:
M. 40.038-1986
ISSN: 0213-6449
Impreso en: G. Jomagar
Móstoles (Madrid)

RESUMEN

Aunque Aquiles, el primero de los héroes clásicos, no es el que más éxito ha tenido en la literatura universal, no deja de ser interesante seguir su huella literaria, desde Homero a la Edad Media. Es lo que ha

hecho este libro, cuya lectura le sirve al profesor Rodríguez Adrados para situar a uno de los protagonistas de la guerra de Troya, prototipo y modelo de los héroes trágicos.

Katherine Callen King

Achilles. Paradigms of the war hero from Homer to the Middle Ages

California University Press, 1987. 335 páginas.

SUMARIO

| | Págs. |
|---|-------|
| «Aquiles, modelo de héroe trágico», por Francisco Rodríguez Adrados, sobre el libro <i>Achilles. Paradigms of the war hero from Homer to the Middle Ages</i> , de Katherine Callen King | 1-2 |
| «Federico Mompou, historia de una vida», por Claudio Prieto, sobre el libro <i>Federico Mompou. Vida, textos y documentos</i> , de Clara Janés | 3 |
| «Por la senda de Dios», por Francisco Ayala, sobre el libro <i>El Islam</i> , de Daniel Pipes | 4-5 |
| «Le Corbusier en su centenario», por Antonio Fernández Alba, sobre los libros <i>Le Corbusier: Ideas y formas</i> , de William J. R. Curtis, y <i>Le Corbusier</i> , de Willy Boesiger | 6-7 |
| «Semiótica y hermenéutica de la narración», por José Luis López Aranguren, sobre los libros <i>El discurso histórico</i> , de Jorge Lozano, y <i>Tiempo y narración</i> , de Paul Ricoeur | 8-9 |
| «La ciencia de la cocina», por Francisco Vilardell, sobre el libro <i>On Food and Cooking. The Science and Lore of the Kitchen</i> , de Harold McGee | 10-11 |
| «Descubrimientos y descubridores», por Alberto Sols, sobre el libro <i>Los descubridores</i> , de Daniel J. Boorstin | 12 |

Federico Mompou, historia de una vida

Por Claudio Prieto

Claudio Prieto (Muñeca, Palencia, 1934), compositor, ha realizado estudios musicales en Alemania, España e Italia y es titulado por el Conservatorio Superior de Madrid y la Academia Nacional de Santa Cecilia, de Roma. Entre otros premios posee el Internacional «Oscar Esplá», el «Manuel de Falla», el «Reina Sofía» de Composición Musical y el de Radio Televisión Italiana.

Confieso que ha sido un reto enfrentarme a la biografía de Federico Mompou. Es tal la sutileza que emana de su persona que, al terminar de leer las páginas de este libro, uno siente la impresión de haber invadido impunemente su intimidad, porque aquella introspección que preside su música y que nos sugiere constantemente los avatares del alma, queda confirmada cuando surge la inevitable comparación con la trayectoria de su existencia.

Irónico, como la propia vida, con ese fino sentido del humor que tan sólo poseen unas pocas mentes preclaras, tremendamente intuitivo, analista al detalle de todas las contradicciones que genera la condición humana, a veces incluso hasta convertirse en víctima de su misma exhaustividad, sensible a las debilidades propias y ajenas..., un caudal de definiciones se agolparía ante los folios para poder transmitir su riquísimo mundo interior. El «cuaderno de pensamientos», las entrevistas, las cartas, cualquiera de sus fragmentos, ponen de manifiesto la fidelidad mutua que se han profesado el ser humano y su creación. Se trata, de hecho, de uno de los pocos artistas en quienes resulta imposible separar este binomio hombre-obra, sencillamente porque sus partituras nacen de la interiorización, de la búsqueda en su propio yo, sin concesiones a las rigideces de la moda o a la comercialidad, ni tan siquiera a la preocupación económica.

No se equivocan quienes le llaman poeta del piano. Su instrumento preferido es también el vehículo ideal para su proyección, para la consecución de su credo artístico, establecido sobre los cimientos de una conceptualidad que se convertiría en un fuerte sostén para construir su libertad creadora.

El trabajo de Clara Janés está repleto de citas que ilustran perfectamente los principios básicos de este credo artístico. Términos como «primitivismo» o «recomenzar» son una constante que Mompou hace extensible a cualquier manifestación del arte: si ya se ha experimentado con las más variadas formas y elementos, el único camino que nos queda es el de recomenzar, despojando al arte de todo elemento superfluo que nos impida llegar a su estado más primitivo. Por lo que respecta a su aplicación en la música, nos explica el maestro: «Yo siento la música del caminito de la montaña. Hago esta música porque el arte ha llegado a su límite... El arte es un retorno a lo primitivo. No, no es un retorno, es "recomenzar". ¡Recomenzar con todo lo que ya sabemos!»

Primitivismo... ¿Puede acaso pedirse algo más transparente? La fidelidad a sí mismo pasaba por dotar a su música de un espíritu primitivo. La experimentación al uso de la época estaba más dedicada a engordar un motivo sonoro con múltiples adornos puramente funcionales que a atender a la expectativa del sentimiento. Y no se trata de que Mompou despreciara la funcionalidad; al contrario, podemos decir que ni una sola de sus obras carece de ella. Esto, que aparentemente puede ser un contrasentido, queda magistralmente conjugado con las pequeñas piezas que demuestran cómo los mínimos elementos pueden formar una completa arquitectura musical donde cada sonido ocupa el lugar exacto que le corresponde, cumpliendo así una función encaminada a obtener la máxima expresividad. El lenguaje utilizado para ello se basa en pinceladas mínimas, en arabescos me-



JOSE ANTONIO ALCAZAR

lódicos, armónicos y rítmicos que están dotados de una extraña virtud de aparecer y reaparecer siempre con el añadido de la variante, el detalle de la perfección, de la genialidad.

Otro de los pilares básicos en los que se apoya la música mompouiana es el de la interpretación. El maestro inundaba sus partituras de anotaciones que explicaban meticulosamente cómo debía ser interpretado cada fraseo, cada cadencia, incluso cada compás (recuerda mucho este sistema a las normas utilizadas para una correcta entonación lingüística, siempre aprovechando la lógica modulante y resonante de nuestras cuerdas vocales).

La atención no sólo recaía en factores físicos, sino que principalmente aludía al sentimiento que debía adoptarse ante la ejecución. Veamos un pasaje muy significativo al respecto: «El sentimiento de la obra en sí estaba en la base de la interpretación. Este sentimiento se dividía en tres puntos: inicial, límite y reposo, siendo el segundo y luego el tercero los más importantes. Más adelante distinguiría, por otra parte, entre el sentimiento de pasión o dolor y el sentimiento de pureza o tristeza. A partir de ello la obra se dividiría en "puntos de emoción", los cuales pertenecen unos al sentimiento de pureza, otros al sentimiento de pasión; divididos, al mismo tiempo, unos y otros en "nota o notas sensibles"».

Con el paso de los años, Mompou adoptaría una postura más flexible con respecto a la interpretación, sin que por ello debamos pensar que se pierda la riqueza de matices que caracteriza sus trabajos. Esta libertad interpretativa tal vez nos haga perder parte de la exquisita sensibilidad que inculcaba Mompou, pero nos hará ganar un abanico más amplio en la matización particular de cada intérprete. En una entrevista publicada en «ABC» el 20 de enero de 1977, con motivo de un homenaje en la Fundación March, Mompou manifestaba: «... cada vez creo más en la aportación del intérprete sin salirse de la línea y de la atmósfera musical de la obra. Si no se sale de esto se obtiene toda la libertad para inter-

pretar la obra a su manera. Muchas veces yo no pongo ninguna indicación en la partitura, para darle al intérprete libertad y decirle: aquí tienes esta música».

Fuentes de inspiración

Parece de cierta lógica pensar que hoy como ayer y como mañana las inquietudes de los artistas sigan siendo idénticas en lo fundamental, es decir, en el esfuerzo continuado hacia la consecución de su propia personalidad. A partir de lo que el compositor selecciona para su trabajo —no importa cuál sea el origen de lo seleccionado—, esto deberá convertirse, desde la aparición del primer sonido o, ¿por qué no decirlo?, del primer silencio, en algo consustancial con su manera de entender el proceso creativo, hasta lograr que aquella materia inicial sea tan suya como lo puedan ser sus peculiares modos de hablar, sonreír, caminar...

Mompou no se preocupaba mucho de pensar en algún motivo que pudiera dar pie al desarrollo de una idea. Prefería dejar que las ideas surgieran por sí mismas a partir de un detalle observado en la calle, de los juegos de los niños, de sus largos paseos por el bosque, de su melancolía, de los momentos en que la inseguridad se adueñaba de él, de sus alegrías. Cualquier impulso en el que se respirara humanidad.

RESUMEN

Clara Janés ha escrito una biografía de Federico Mompou, el llamado poeta del piano, que se complementa con la inclusión en la obra de textos, cartas, entrevistas, etc.

Clara Janés

Federico Mompou. Vida, textos y documentos

Fundación Banco Exterior, Madrid, 1987. 503 páginas.

Si queremos seguir analizando el tema de la inspiración, especialmente en el caso de Mompou, no me queda más remedio que entrar en la polémica del tema de la influencia folklórica en la obra de arte. Por partir de un punto referencial, Mompou siente que su música es catalana, que la influencia de este nacionalismo está presente en las raíces de sus obras. Y no me refiero al nacionalismo en su sentido histórico, sino al influjo cultural que cada pueblo ejerce sobre sus habitantes. La lengua, el clima, la configuración geográfica, los recursos naturales y el nivel cultural de cada región han marcado enormemente su desarrollo socioeconómico y han condicionado el modo de vida y las tradiciones de los hombres. ¿Cómo esto no iba a pesar también cuando uno de estos ciudadanos decide expresar sus vivencias a través del arte? No se puede obtener —y de hecho no se obtiene— el mismo resultado o parecido entre dos pintores, uno extremeño y otro valenciano, pongamos por caso, si ambos deciden plasmar en un lienzo el mismo motivo sacado de la naturaleza. En la música tampoco se obtiene, y esto Mompou lo entendía perfectamente cuando hablaba de que por el hecho de ser catalán, sus partituras siempre tendrían connotaciones del folklore popular.

Recuerdo a este respecto una conversación en la Academia de Santa Cecilia, de Roma, en relación con las fuentes folklóricas que habían servido de inspiración a ciertos compositores de distintos países. Estábamos en los años sesenta y el ambiente general era contrario a estas fuentes. Se vino a decir que tan sólo interesaban las obras de los grandes maestros, de quienes eran o habían sido capaces de aportar nuevas luces al panorama sonoro inspirándose en esos temas ancestrales creados, a decir de algunos, por el pueblo. Entre otros, se habló de Stravinsky, Bartok, Falla y Mompou.

Todo esto viene a sugerir que los pretextos que dan vida a las partituras de tantos y tantos compositores no son en modo alguno excluyentes en sí mismos; ahora bien, la validez de cualquiera de ellos vendrá condicionada a lo que cada uno sea capaz de comunicar con el lenguaje utilizado. El grado de libertad, fundamental para el artista, que hoy en día se respira en la elección de materiales, hace posible un gran acopio de ideas para la creación, algo que me parece francamente positivo para el desarrollo y la regeneración de la música.

Es innegable que Mompou perteneció a esa categoría de artistas que han sabido comunicarse con el mundo a través de su música. Sea cual sea su fuente de inspiración, allá donde queramos buscar su origen, encontraremos un mundo lleno de sugerencias, unas formas insinuantes que nos envuelven hasta dejarnos atrapados en una tela suave que se concentra directamente en los sentimientos, obligándonos a ser partícipes activos de su mensaje.

El trabajo de Clara Janés es la historia de una vida, sí, pero también es un documento imprescindible para entender el arte mompouiano. Cada párrafo podría convertirse en una cita mucho más elocuente, desde luego, que mis palabras, pero me parece una tarea muy ardua traerlas a estas páginas. En su lugar les recomiendo su lectura. Lo que allí encuentren no les decepcionará. Es, sencillamente, Federico Mompou. □

En opinión de Claudio Prieto, todo este material pone de manifiesto la fidelidad mutua que se profesaron el hombre y su obra creativa.

Por la senda de Dios

Por Francisco Ayala

Francisco Ayala (Granada, 1906) es autor de una considerable obra, como narrador y profesor de Sociología. Vivió muchos años en el exilio (Argentina, Puerto Rico, Estados Unidos), donde impartió clases en diferentes universidades. Académico de la Lengua, es Premio de la Crítica y Premio Nacional de Literatura. Entre sus libros destacan *Los usurpadores*, *El jardín de las delicias* y *Recuerdos y olvidos (del que ya ha publicado dos volúmenes)*.

En un viaje, no de trabajo ni de estudio, sino más bien de descanso, que emprendí a finales de 1956 hacia el Oriente, visité ante todo los países musulmanes en esa zona próxima al Golfo Pérsico que hoy se encuentra sumida en tan atroces conflictos. Era mi intención haber comenzado por Egipto, una tierra que, por incitaciones varias, tenía muchos deseos de conocer; pero las circunstancias de aquel momento me lo impidieron, y hube de renunciar por lo pronto. Una intervención conjunta de norteamericanos y soviéticos acababa de frustrar el intento de invasión que Inglaterra y Francia en connivencia con Israel habían puesto en marcha, y los ánimos estaban demasiado exaltados en Egipto para que no pareciera imprudente de parte mía recorrerlo sin justificación plausible. Al turista despistado de aquellas fechas el acto de policía internacional que entonces efectuaron de consuno las dos superpotencias mundiales no deja de suscitarle, retrospectivamente, en el día de hoy ciertas reflexiones relacionadas con la actual situación; pero sobre eso volveré más adelante. En las fechas aquellas el despistado turista, rehuendo la agitación egipcia, inició su excursión por el Líbano, siguió de ahí para Irak y luego a Irán, y de Irán a Pakistán...

Son los países que, al cabo de treinta años, martirizados en espantosos desgarramientos, atraen hoy en día las miradas de todo el mundo con la truculencia de los cotidianos informativos. Volviendo atrás mi vista para comparar estas crueles imágenes con las apacibles que mi memoria guarda, se me representa en ella con amargo contraste aquel régimen de civilizada convivencia y mutuo respeto entre cristianos y musulmanes que tan agradable hacía el trato en Beirut: se me representa, en mis recuerdos de Bagdad, no las estampas de las mil y una noches que en mi ignorancia hubiera podido esperar, sino una casi frenética pujanza de construcciones urbanas; se me representa, al evocar mis impresiones de Persia, un tono de eficiente modernidad alertada, próspera y elegante, ocasión todo ello de algún desencanto para quien tal vez deseara perderse en orientales ensoñaciones.

Mi ignorancia acerca de la realidad «actual» del mundo islámico, del que sólo tenía nociones históricas y literarias acerca de su antiguo esplendor, pero no un conocimiento efectivo de su estado presente, era una ignorancia compartida con la inmensa mayoría de los occidentales, y apenas fue aliviada entonces por mis experiencias de transeúnte. Me había llamado la atención, sí, durante el viaje comprobar cómo en los países árabes se mostraba por todas partes —en mercados, en tiendas, incluso en infimos tenderetes y puestos de venta al aire libre— no el retrato del respectivo jefe de Estado, sino —copiosamente reproducida— la fotografía del presidente egipcio Gamel Abdel Nasser, en quien sin duda veían aquellas gentes al héroe capaz de reaccionar contra las humillaciones del colonialismo europeo. Ha sido menester que esa generalizada ignorancia nuestra tuviera los desastrosos efectos que la multitud de errores cometidos después, y acumulados a los anteriores, debía de producir al fin, para que en el Occidente se sintiera la urgente necesidad de enterarse de las realidades que operan en el Islam, sin cuyo conocimiento no hay medio



FRANCISCO SOLE

de entender algo acerca de las causas y de los mecanismos de los fenómenos aterradores del momento presente.

A suplir apresuradamente esa información acuden libros como el que suscita mi comentario, libros indispensables sin duda, y no tan abundantes todavía como hiciera falta. El de Daniel Pipes es, a mi parecer, un trabajo honesto, de indudable utilidad en su elemental carácter. Cumple la función que se ha propuesto desempeñar, y estaría fuera de lugar pedirle más de aquello que modestamente ofrece. Ofrece un panorama informativo bastante amplio y en general plausible del mundo islámico en su presente, visto desde la perspectiva de su pretérito, y ofrece, sobre todo, un estímulo dirigido al amplio público lector (dentro del cual deben entrar para tal efecto, y muy en primer término, los políticos profesionales y quienes manejan los medios de la publicidad que configuran la opinión, tanto como también los ciudadanos particulares que en último término han de emitir sus votos), para que se eviten los juicios apresurados, las actitudes simplistas y las posturas irreflexivas ante las situaciones tremendas en que el mundo islámico se encuentra tan perturbadoramente envuelto.

Llamada de atención

El libro aspira a ser una llamada de atención y poco más. Siendo así, resultaría inadecuado someterlo a una crítica rigurosa —para la que, por otra parte, carecería yo de competencia— o aplicarse a subrayar —cosa que, ésta sí, bien podría hacer— sus evidentes insuficiencias, alguna que otra inconsistencia y aun ciertas ingenuidades. En lugar de eso, procuraré acudir al terreno de las reflexiones a que el autor invita con sus planteamientos.

Por mucho que él, profesor de Historia en la Universidad de Harvard, haya tenido sin duda como meta inmediata a los lectores norteamericanos, los temas que examina y discute afectan a todo el mundo, y a todo el mundo deben importar. De ahí que la traducción a nuestra lengua de *In the Path of God* resulte oportuna cuando España se encuentra abierta a los problemas internacionales y llamada a participar de modo activo en su tratamiento.

Va encaminada la obra a explicar por qué el Islam, en contraste con las otras grandes culturas —o «civilizaciones» en la terminología de Toynbee—, ha sido incapaz de asumir la modernidad que la civilización cristiana viene promoviendo desde el Renacimiento, y que ha terminado por extender al planeta entero, integrándolo en unidad práctica, los desarrollos tecnológicos alcanzados por virtud suya. Incapacidad tal está creando sin duda tremendas dificultades en esta crucial fase de la historia universal, cuando el Occidente ha desembocado y se anega en el seno de una humanidad planetaria. En el curso de los movimientos que, de manera un tanto ciega y desafiada, persiguen el nuevo ajuste de las estructuras de poder para un mundo técnicamente interdependiente, quienes llevan la iniciativa están hallando interlocutores idóneos y respuestas positivas dentro de los campos de cultura ajenos que de un modo u otro han sabido adaptarse con éxito a las sucesivas revoluciones industriales promovidas en la época moderna por nuestra civilización de raíz cristiana; y así el Japón, vencido, humillado y atrocemente castigado en la Segunda Guerra Mundial, ha logrado, sin embargo, alzarse al nivel de gran potencia en que hoy se encuentra, hasta el punto de poder prestar su ayuda para salvar a la economía norteamericana en crisis, mientras que —sin llegar todavía a semejante situación, que es verdadera ironía de

la historia— otros países asiáticos van por el mismo camino.

La respuesta del Islam al impacto de la modernidad ha sido hasta ahora escasa y más bien negativa, y Daniel Pipes, al tiempo que señala el contraste, se afana en su libro por averiguar las causas de esa impermeabilidad. Para él la causa primera debe encontrarse en la peculiar índole de la religión mahometana. Bajo el epígrafe de «El legado premoderno» compara al respecto en la primera parte del libro los tres monoteísmos, llegando a la conclusión de que, por cuanto se refiere a la Ley Sagrada, «el Islam se asemeja al Judaísmo tanto como difiere del Cristianismo». Mientras esas dos religiones del Libro desarrollan a partir del texto revelado un minucioso código de normas de conducta que cubre todas las actividades de la vida práctica y en cuya observancia rigurosa y estricta consiste el deber del creyente hacia Dios, el Cristianismo, en cambio, ya en los Evangelios mismos, pero sobre todo a partir de la interpretación pauliana, traslada el centro de la religiosidad desde el cumplimiento de los preceptos hasta la fe albergada en la conciencia individual, permitiendo de este modo diferentes aperturas que suponen otras tantas adaptaciones a la cambiante realidad histórico-social, hasta desembocar en un laicismo creciente durante la época moderna y hoy generalizado en el ámbito de la antigua cristiandad.

Conexión con la fe

Por el contrario, la inflexibilidad preceptual del Islam, si no excluye —claro está— el culpable incumplimiento por parte del pecador, impide su acomodación funcional a las exigencias de las diversas situaciones históricas. «A quien no esté familiarizado con la tradición musulmana (o judía) —escribe Pipes— le puede resultar difícil entender de qué forma tan concienzuda puede la religión impregnar la vida cotidiana. Toda costumbre, institución, relación y actitud tiene algún tipo de conexión con la fe; incluso hasta los asuntos más insignificantes e íntimos (como, por ejemplo, defecar, bañarse, lavarse los dientes y dormir) estaban sujetos a normas sagradas. Muy pocos actos pueden considerarse neutrales, y particularmente todo lo relacionado con las relaciones sexuales y la política provoca las más encendidas respuestas en el Islam.» Y antes, en otro pasaje: «Un musulmán deseoso de cumplir todos los requisitos del Islam debe vivir bajo las reglas de la «Sharia» (ley sagrada, elaborada por los «ulemas»); y para asegurarse de ello debe involucrarse en la política (...). La «Sharia» implica al Islam en los asuntos de Estado tan íntimamente que no se pueden establecer fronteras entre la religión y la política. Los imperativos religiosos tienen implicaciones políticas y las acciones políticas tienen un significado religioso.»

Ello se explica a base de las circunstancias de su formación originaria. En contraste con el Cristianismo, que surgió y creció bajo la paz octaviana del Imperio romano y hubo de empezar recomendando que se dejara al César lo que es suyo, el éxito fulgurante del Islam en su instalación inicial por vía guerrera dio lugar a que esta vía, el camino de Dios, fuera factor esencial en la constitución de la comunidad islámica. «El poder, la expansión religiosa, el esplendor cultural y la prosperidad se unieron para infundir en los musulmanes un sentimiento de triunfo y de confianza comunes.» «Sea cual sea el criterio que se adopte, los musulmanes de la época premoderna eran, en términos globales, más ricos y más poderosos que sus pueblos vecinos. Su historia de superioridad sobre los no musulmanes creó grandes expectativas de éxito terrenal y un desprecio por los no musulmanes.»

No sería posible resumir en este comentario todos los aspectos y facetas que el libro



Viene de la página anterior



en cuestión considera. Me limitaré, pues, a marcar los puntos que parecen tener relevancia primaria en el intento de explicarse la renuencia musulmana frente a la modernización que es indispensable para incorporarse a la sociedad contemporánea con participación plena.

La segunda parte de la obra comentada, «El encuentro con Occidente», empieza ponderando la sorpresa del mundo islámico cuando, hace doscientos años, se vio de repente bajo el control de la Europa occidental, a la que tradicionalmente había venido mirando por encima del hombro —valga la frase— «como una región fría e inhóspita, habitada por bárbaros, contrapartida septentrional al África subsahariana. En parte, esta impresión era el resultado de las circunstancias predominantes cuando las dos civilizaciones entraron en contacto por primera vez en el siglo VIII (...). Las instituciones políticas carolingias y la cultura intelectual eran primitivas comparadas con las de los abasíes, lo mismo que su arte, sus leyes y su vida social». «Seguros en su bienestar, los musulmanes conocían mal y les importaba todavía menos lo que hicieran los infieles. Durante muchos siglos, la visión que los musulmanes tenían de los "kafirs" estaba de acuerdo con las actitudes propiciadas por el Corán. Lo tenían tan aceptado que incluso cuando un grupo de pueblos no musulmanes, los cristianos de Europa occidental, crearon instrumentos que elevaban su categoría terrenal por encima de la "umma" (comunidad de todos los musulmanes)..., apenas se dieron cuenta. Esta ceguera cobró una importancia crítica en los tiempos modernos, cuando los musulmanes se vieron obligados a enfrentarse a la supremacía europea.» En su desprevenido engrimiento, les tomó por completo desprevenidos la irrupción europea que, desde finales del siglo XVIII, en un período de ciento cincuenta años, puso bajo su control casi todo el mundo islámico.

¿Hay acaso —me pregunto yo— tanta diferencia con lo ocurrido a otros pueblos, digamos por ejemplo a la China de la muralla famosa cuando sufrió el bárbaro asalto anglofrancés a Pekín en 1860? No lo sé; pero lo cierto es que, a partir del Renacimiento, la Historia universal ha sido la historia de la conquista europea de nuestro pequeño globo terráqueo (ahora nos damos cuenta de lo pequeño que es; ya no hay más «terra incognita»), una conquista que el desarrollo de ingenios tecnológicos cada vez más avanzados al servicio del supuesto espíritu fáustico de la civilización occidental, permitió llevar a cabo mediante iniciativas separadas, paralelas y rivales de las naciones soberanas, hasta haber descubierto, dominado y colonizado, actual o potencialmente, los últimos rincones del planeta.

La Primera Guerra Mundial, que en su momento fue llamada Guerra europea, aunque en ella participarían por fin para zanjarla los Estados Unidos de América, significó la conclusión de aquella fase de la Historia universal. En ese conflicto la competencia entre los Estados soberanos tuvo que hacerse ya guerra total, guerra de exterminio, cosa que la Segunda pondría en inequívoca evidencia. Tras ésta, las soberanías nacionales quedarían irrevocablemente abolidas pese a cualesquiera vestigios y falsas pretensiones, para dar lugar a una dominación repartida, si no compartida, de las dos superpotencias que hasta el día de hoy han venido ejerciendo —mal que bien; en verdad, de manera pésima— el control del planeta. Tras la espantosa conflagración de 1940-45 la humanidad se encontró bajo condiciones que hubieran exigido establecer un orden global adecuado para el gobierno de un mundo que la nueva tecnología hacía ineludiblemente unitario. Si el aparato de los Estados nacionales se había quedado chico, si su alcance era insuficiente, si el colonialismo como administración de zonas exteriores era ya un recurso agotado, resultaba indispensable arbitrar instituciones capaces de encauzar la convivencia humana en formas correspondientes



FRANCISCO SOLE

a unas capacidades técnicas de control que abarcaban a la totalidad de la población mundial.

Lamentable inoperancia

De hecho, durante el lapso transcurrido desde que terminó la Segunda Guerra Mundial tan sólo la tecnología, que en sí misma es neutra y consiente ser aplicada tanto al bienestar de las gentes como en vías destructivas, ha tenido un despliegue creativo. Las instituciones político-administrativas que entonces se montaron han resultado ser de una patética ineficacia, como fruto que eran de ideas pertenecientes al pasado y no de una reflexión imaginativa sobre el presente y el previsible futuro. Ante su lamentable inoperancia, lo único que de veras ha funcionado, aun cuando en manera perversa, desde la funesta conferencia de Yalta, han sido las organizaciones militares erigidas por las dos superpotencias en una pugna ciega y, a la postre, suicida mantenida bajo revestimientos ideológicos obsoletos y, por consiguiente, falaces.

El fruto de todo ello lo tenemos ante la vista. La Unión Soviética, después de avasallar y explotar países europeos que tenían un nivel de desarrollo superior al suyo, se halla aplastada bajo el peso de sus gastos militares y socialmente anquilosada. Y el Occidente, después de haber dilapidado en empresas tan absurdas y siniestras como la guerra de Vietnam el enorme crecimiento económico de la posguerra, cuyos excedentes hubieran debido emplearse en industrializar y modernizar el rico potencial del continente africano y las zonas atrasadas de América Latina, afronta hoy en su seno una crisis de la que en gran parte hay que culpar a los gastos militares de los Estados Unidos.

El factor desencadenante de esta grave situación lo fue, con toda seguridad, el problema suscitado por la subida de los precios del petróleo, de la que fueron beneficiarios los países musulmanes en cuyo territorio están las fuentes mayores de este producto natural que la tecnología occidental había puesto en explotación, pero del que supieron aprovecharse ahora los gobiernos islámicos como de un don con el que Alá hubiese querido mostrarles su favor. Y esto nos lleva de vuelta al asunto del libro objeto del presente comentario. ¿Por qué el Islam se ha mostrado refractario a la modernización y en lugar de asumirla está recayendo en el fundamentalismo? La tercera parte del libro de Daniel Pipes, «El Islam y los problemas actuales», ofrece un análisis estimable de los efectos que esa bendición del cielo —preparada por la prospección, perforado, extracción y demás operaciones de la tecnología moderna de tan valioso mineral— puede haber tenido sobre la actitud de un Islam que rechaza la modernidad sin perjuicio de aprovecharse de sus mágicos resultados.

Pero, si bien esboza el autor en su obra las alternativas con que los mahometanos han

procurado hacer frente culturalmente al desafío que la modernidad les planteaba, no hace grandes esfuerzos, en cambio, para dar razón del fenómeno evidente de que sea la opción reaccionaria extrema (tan perturbadora para el mundo contemporáneo como dañina a la postre para ellos mismos) la que se está abriendo paso. ¿Acaso no cabe en ello su buena parte de responsabilidad a la conducta de los propios occidentales? Pues es lo cierto, sin embargo, que la política actual de la civilización cristiana frente a la que antaño fuera su alterna, temida, admirada y detestada contraparte en el escenario de la historia universal, no puede ser más torpe, más plagada de errores. Para sólo mencionar alguno de los de mayor bulto, bastará con que recordemos ante todo el de haber dejado implantado en las tierras que abandonaba el colonialismo europeo un Estado confesional judío que indefectiblemente había de ser recibido como provocación ofensiva por las poblaciones árabes sobre las que se instauraba, y el de alimentarlo y sostenerlo después a ultranza como factor de permanente irritación cancerígena. Por otra parte, el apoyo occidental a las corrientes modernizadoras dentro del Islam ha sido siempre flojo, errático y vacilante, con conductas tan inconcebibles como el desamparo en que, para su propio mal, dejó el gobierno de Estados Unidos al sha de Irán.

Este último caso —el de la política norteamericana frente a Irán, cuyos más recientes episodios han sido las grotescas revelaciones del llamado «Irangate»— constituye muestra flagrante de la increíble inconsciencia con que se han manejado y siguen manejándose por Occidente los problemas relativos al mundo islámico. Sólo a inconsciencia, combinada quizá aquí con un prurito de maniática propaganda, cabe atribuir ahora mismo el empeño de que el gobierno ruso abandone al de Afganistán entregando ese país al fanatismo fundamentalista. Una simple ojeada al mapa de la región sería más que suficiente para darse cuenta de que la cuestión no es tan simple como quiere presentarla la propaganda antisoviética. La contigüidad de Afganistán con el Irán de Jomeini y con los territorios de población musulmana de la Unión Soviética es ya una realidad que habla por sí misma, y el propio autor Pipes hace notar de pasada el hecho de que las autoridades soviéticas procuran excluir de los contingentes militares enviados en apoyo del gobierno afgano al personal militar procedente de esos territorios suyos, recelando los posibles efectos de la solidaridad musulmana.

La movilización del mundo islámico, examinada con algún detalle en el libro que estoy comentando, es sólo uno de los varios cambios que, a la fecha actual, han alterado las condiciones que, desde el punto de vista de las fuerzas políticas, dejó establecidas la Segunda Guerra Mundial. Parece claro que empieza a flaquear el universal dominio de las dos superpotencias que en Yalta se repartieron el planeta, con la locura de los respectivos arsenales atómicos, y aparecen indicios, como acaso lo sea el tratado que firmaron en Washington el 8 de diciembre pasado, de que la pugna sostenida hasta ahora pudiera dar paso a alguna manera de sensata cooperación. ¡Ojalá! Creo que ésta sería la exclamación más pertinente. □

RESUMEN

El recuerdo de un viaje realizado hace años a varios países árabes, hoy en conflicto y protagonistas de las primeras planas de los periódicos, le ayuda al escritor Francisco Aya-

la a comentar una reciente obra sobre el Islam, logrando así que su reflexión política e histórica se apoye en sus recuerdos de viaje.

Daniel Pipes

El Islam

Espasa-Calpe, Madrid, 1987. 508 páginas.

Le Corbusier en su centenario

Por Antonio Fernández Alba

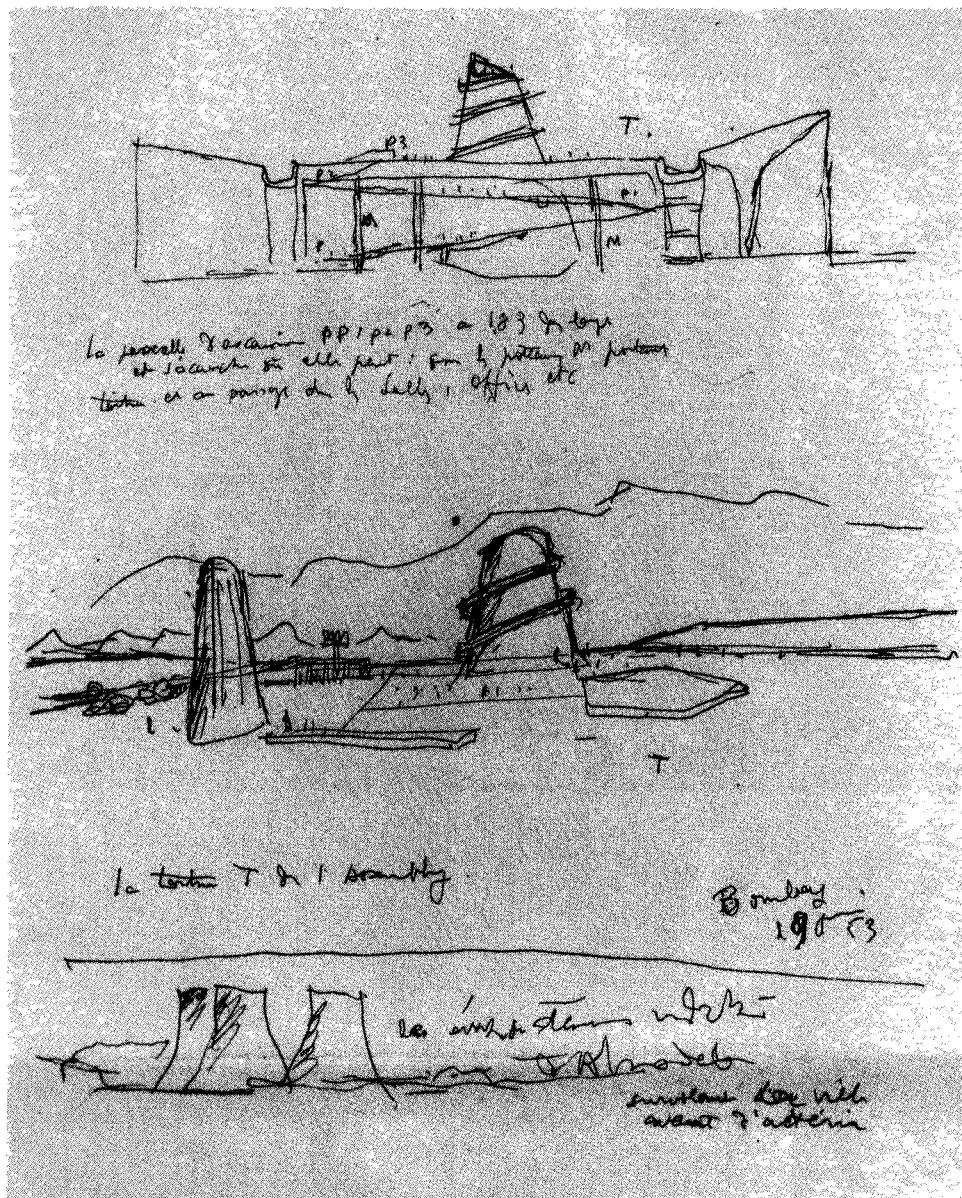
Antonio Fernández Alba (Salamanca, 1927) es catedrático de la Escuela de Arquitectura de Madrid. Formó parte del grupo El Paso. Ha obtenido el Premio Nacional de Arquitectura (1963) y el de Restauración (1980).

La liturgia que acompaña a los centenarios suele ir arropada de múltiples manifestaciones en torno al personaje objeto del homenaje y las referencias se acuñan desde visiones y postulados tan diferentes como las intenciones que mueven al recuerdo, ya sean éstas la recuperación o la mitificación de la figura que cumple su cita con la historia. En el caso del arquitecto suizo-francés Le Corbusier (L. C.), de cuyo nacimiento se han cumplido en 1987 los cien años, no ha podido tener mayor reconocimiento: exposiciones, muestras antológicas, publicaciones en revistas especializadas y medios de comunicación, libros de exégesis en torno a un hombre cuya vida estuvo aprisionada por el compromiso con la razón y la difusión de sus ideas, convencido de que sus reflexiones acerca del espacio que habita el hombre de hoy no tendrían mayor trascendencia si sus postulados no hubieran sido difundidos por los poderosos medios de comunicación modernos, de manera que, pese a sus escrúpulos por lo que podía ser una biografía anticipada, su obra y su vida, antes de su muerte en 1965, ya contaba con un repertorio iconográfico tan pormenorizado que resulta difícil encontrar en el panorama apologetico del centenario algún testimonio inédito que no estuviera esbozado en vida y controlado por quien desde su adolescencia comenzó a esculpir su polifacético perfil biográfico. Anotaremos dos textos: una reedición de Gustavo Gili (1987), escrita por Willy Boesiger con la excelente traducción de J. E. Cirlot, y el estudio reciente del historiador inglés William J. R. Curtis, que H. Blume ha editado en español con el título *Le Corbusier: Ideas y formas* (1987), dos referencias peculiares de una bibliografía tan amplia como en ocasiones convencional, que jalonan la obra de un singular protagonista de la arquitectura contemporánea hasta los años sesenta del presente siglo.

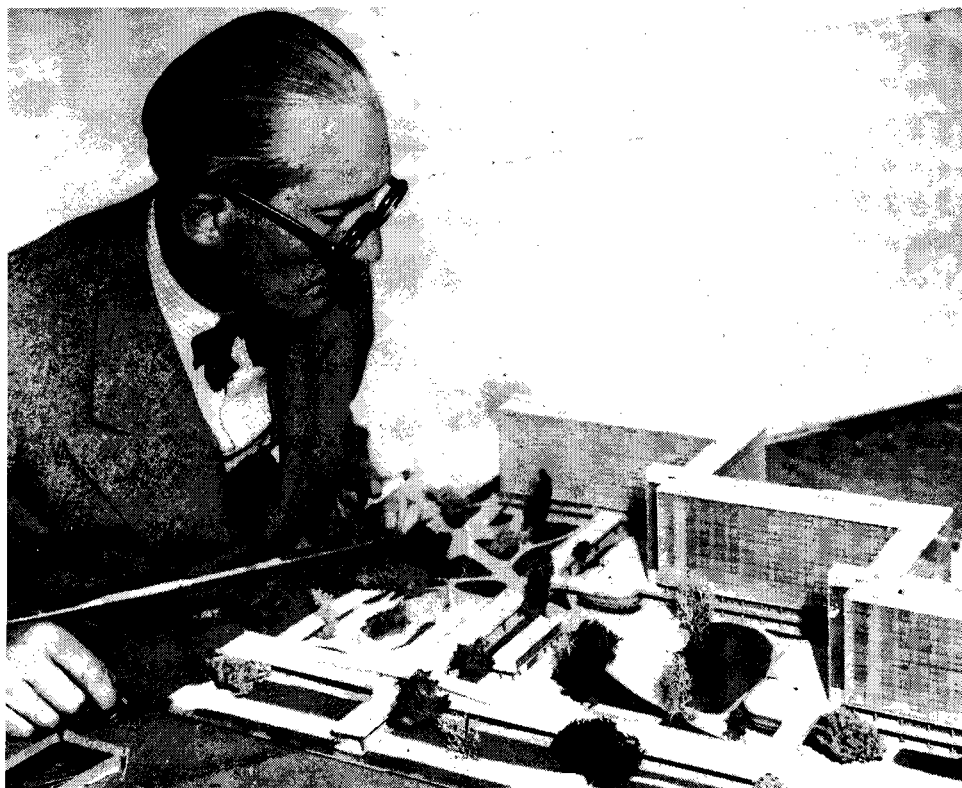
Aprendizajes diversos

Charles Edouard Jeanneret (1887-1965) había nacido en Chaux de Fond (Suiza), donde discurre su infancia en aprendizajes tan diversos como los que se impartían en las escuelas de Arte, instituciones suizas creadas para la formación de grabadores de la industria relojera. Pronto surgirá, en el encuentro con las incipientes enseñanzas de grabador, uno de los rasgos penetrantes de su personalidad: la «ironía». «Debo reconocer —señalaría en una entrevista grabada para ser difundida en disco (1)— que he tenido suerte... Acontecía por aquellos años un avance técnico considerable: el reloj de pulsera liberaba de las molestias de introducirlo en el bolsillo unido a la consiguiente cadena. Por tal razón no era necesario decorar más el dorso de los relojes, porque al tenerlo que poner sobre el brazo en contacto con la piel el dorso no se ve nunca. Era —continúa L. C.— toda una lección del rechazo hacia el ornamento inútil.»

Abandonados los trabajos como grabador, sería L'Eplattenier, un profesor de su rincón natal, quien guiaría sus primeros pasos hacia la arquitectura: «Me ha abierto los ojos sobre la naturaleza... Me llevaba hacia el bosque, en los prados, entre las flores..., me ayudaba a dibujar mirando la naturaleza. No diseñaba paisajes, sino detalles particulares de las plantas, observando el aspecto constructivo de las cosas». Capacidad de «ensueño», un vértice psicológico desvelado de nuevo por el maestro L'Eplattenier en la adolescencia de L. C. En una carta dirigida años más tarde



Bocetos para el edificio del Parlamento de Chandigarh, 1953.



Le Corbusier ante una maqueta de viviendas.

a este profesor se manifestará en los siguientes términos: «... hoy se han acabado los pequeños sueños infantiles... Es demasiado fácil, quiero luchar con la verdad en sí misma; probablemente ella me martirizará, seguramente... yo viviré sincero y con la inventiva será dichoso, la fuerza que hay en mí habla, y cuando digo estas cosas no sueño» (2).

Su mundo de intransigencia y los perfiles de un personaje ensimismado, su mirada

de melancólico activo, acompañan el final de una adolescencia sedimentada en la «rebeldía» y abierta a las impenitencias de los itinerarios del nómada, herético en aprendizajes y alejado de todo convencionalismo: «He tenido mis primeros encargos y es así como he llegado a ser arquitecto; sin haber leído un libro sobre arquitectura, sin haber estudiado, sin haber seguido las enseñanzas de los "grandes maestros", que respetaba infinitamente, pero con

la condición de no tener nada que ver con estas enseñanzas, eran cuestiones inadecuadas a los tiempos que llegaban» (3).

Ensueño y rebeldía marcarán los postulados teóricos iniciales, acogidos bajo el dintel de «L'Esprit Nouveau» (1919). El encuentro con Ozenfant y Paul Dermée le iba a proporcionar un soporte de comunicación ligado a las vanguardias plásticas y al París literario. L. C., conmovido por los acontecimientos del cambio de época, se inscribía como pionero en los espacios de la vanguardia.

El discurso global de L. C., tanto en los apartados teóricos, en sus escritos panfletarios, como en la realización de sus obras, resulta difícil de evaluar sin considerar las condiciones económicas y culturales de la Francia de principios de siglo, pues será en el contexto del París de entreguerras donde tienen acogida sus postulados revolucionarios, ese conjunto de «collages dadaístas» («Le paquebot Aquitania»), que irrumpían en la ortodoxia del eclecticismo burgués con pasión y desarraigo, convencido del poder de la palabra: «Cuando se diseña con palabras útiles... se puede aspirar a crear cualquier cosa» (4), y será en la Francia de postguerra, ya avanzada la década de los cuarenta, donde podrá edificar los axiomas de sus iniciales doctrinas.

El equilibrio demográfico que adquiere Francia a principios de siglo permite a la economía francesa unos tiempos de singular estabilidad social; las demandas de los agricultores y el proletariado industrial aspiran a encauzar nuevas conquistas sobre el aparato productivo, a mejorar los servicios de la infraestructura campo-ciudad y a obtener unos niveles de alojamiento que superen las sórdidas habitaciones del siglo precedente. La estabilidad política que se inicia en 1871 va a permitir a los nuevos gestores administrativos programar de modo racional la posibilidad de incorporar al proletariado agrario-industrial en las estructuras del consolidado Estado burgués.

Progresiva ruptura

La cultura francesa desde principios de siglo acomete una lenta pero sin duda progresiva ruptura con la potente institución académica; los hermanos Perret primero y A. Garnier hacia 1917 tratan de consumir y ampliar, a través de los nuevos materiales (hormigón armado) y de los códigos formales de la revolución industrial, la poética neoclásica de los arquitectos revolucionarios (Ledoux entre otros), pero las vanguardias plásticas ya hace algún tiempo que han abandonado los prejuicios de un «statu quo» con la tradición mal entendida. París será de nuevo el centro donde se libra el debate polémico de hacer posible la modernidad de los nuevos tiempos, donde traducir el «espíritu de la época».

En este contexto, L. C. intuye el papel de mediador entre la rica tradición francesa del mundo de la razón y el discurso del nuevo método, que desarrolla el movimiento moderno en la Europa central de principios de siglo. Del primer correlato (coherencia de la razón), el gran mérito que aporta L. C. a la formalización del nuevo espacio arquitectónico es el de haber puesto en evidencia el «protagonismo de la función» en el espacio como cualidad intrínseca al mismo, frente al predominio del «símbolo» como específico de lo artístico en lo arquitectónico; haciendo posible un camino de síntesis entre «la forma y la función» como procesos unitarios en la determinación espacial. La consideración segunda, el lenguaje polisémico de la nueva arquitectura, L. C. se inclinará por la formalización de una gramática racional que permita construir un discurso de aplicación universal desde la utilidad y la belleza.

El mensaje racional que L. C. postula reproduce un modelo muy próximo al proceder

Viene de la página anterior



renacentista del arquitecto, según el cual la forma de la arquitectura resulta de un proceso de integración de tres reflexiones sobre el espacio. El que ofrece la pintura en el plano, los volúmenes de la escultura y el vacío de la arquitectura; de la interiorización de este modelo, L. C. alterna las tres actividades de pintor, escultor y arquitecto, en un gesto sin duda desmesurado para la época en la que vive.

Hacia 1923 intenta cristalizar sus reflexiones conceptuales sobre la misión de la arquitectura en la nueva sociedad publicando el libro *Vers une Architecture*; sin lugar a dudas el compendio más nítido del credo funcionalista y el ideario ilustrado de lo que pretendía ser el «estilo internacional», a pesar de que L. C. expresara con vehemencia desde sus primeras páginas: «La arquitectura nada tiene que ver con los estilos». Convencido como el arquitecto griego de que la geometría era una parte importante del lenguaje del hombre, intenta magnificar este aserto sometiendo el proceso del proyecto al control de los «trazos reguladores», sin olvidar que los «elementos de la nueva arquitectura» se podrían reconocer en los artefactos industriales (barcos, aviones, automóviles) y que los «medios» estarían en relación con los nuevos materiales (hormigón armado); la casa entendida como una máquina que se habita, la evolución de la economía y la técnica necesariamente formularían la revolución arquitectónica.

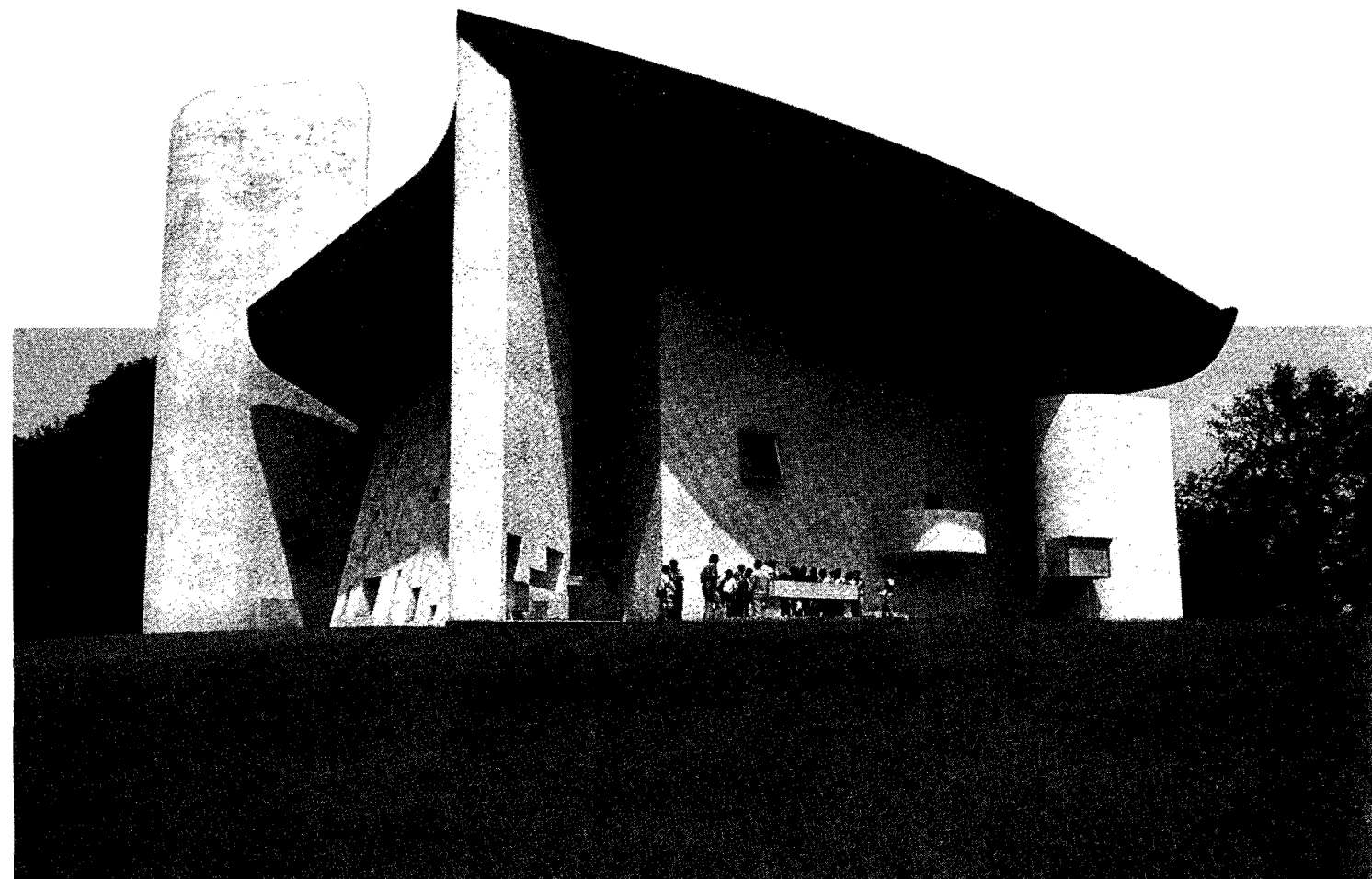
Constructores de razón

Abatida la historia de las formas que sustentaba una arquitectura del eclecticismo, recuperada la función como signo elocuente del progreso, los defensores del «espíritu nuevo» podían, como los filósofos del siglo de las luces, erigirse como verdaderos constructores de la «razón» y del «progreso». El romanticismo alemán se había transformado con evidente autoridad en un coto cerrado a todos los territorios de la «cultura» («volksgetts»), y Francia, como depositaria y heredera del siglo de la razón, trataba en los incipientes años veinte de colaborar al «espíritu de los tiempos» acotando su referencia histórica: libertad e igualdad adquirirían unas cotas diferenciadas en el entorno de la nueva sociedad de masas. Centroeuropa, y de manera elocuente Alemania, prestaba al nuevo movimiento (Movimiento Moderno en Arquitectura) las formas necesarias para su expresión (Neoplasticismo, Expresionismo, Purismo...), que, asociado al espíritu francés de la razón y la lógica, abonarían el campo experimental donde desarrollar el pacto social con la nueva y emergente sociedad industrial; precisamente entre dos polos de nacionalismos antagónicos (Alemania y Francia), es donde se fraguan los argumentos ideológicos y expresivos del «nuevo espíritu» que fundamenta el Movimiento Moderno de la Arquitectura (MMA).

Descolonizados los privilegios del arte burgués, el lienzo del pintor rompe las limitaciones del cuadro para inscribir el nuevo alfabeto de la «revolución cubista» del espacio y las revelaciones iconoclastas de la «abstracción». Libertad e igualdad van a encontrar su interpretación plástica precisamente en el desarrollo que verifica la visión de los artistas hacia la nueva sociedad.

«Libertad» frente a las ataduras de la norma ecléctica vigente; «igualdad» para hacer posible la construcción de los códigos de la producción en serie, serán vectores ideológicos del nuevo modelo que asume el MMA.

L. C., al modo de proceder de Spengler, intentará recoger de las grandes civilizaciones, de manera especial del mundo griego, los elementos arquitectónicos con los que configurar sus proyectos. Entiende el edificio como una gran abstracción (Villa Saboya), introduciendo al hombre a la manera de un «fantasma zoológico» que deambula por sus espacios como un espejismo de la biología; para L. C. son los atributos del espacio los que configu-



Capilla de Notre-Dame-du-Haut, Ronchamp, 1951-53.

ran su conciencia y determinan el comportamiento de su conducta social (Unidades de Habitación). El hombre, por tanto, es un producto de su ambiente; de aquí la importancia que adquiere el diseño de la arquitectura donde habita.

Desde esta lectura, los arquitectos del racionalismo europeo se alejan de los conceptos que enunciaban los filósofos de la Ilustración, que entendían justamente al revés los principios de la determinación espacial sobre la conciencia; pero lo que comienza a dominar la Europa de las sociedades industriales no es la razón individual, sino la «razón colectiva». La aceptación del pensamiento que L. C. esgrime es precisamente por haber intuitido el puente como mediador formal, el haberse erigido en arquitecto universal para discernir la imagen de ese «arquetipo ideal» donde debía habitar el hombre del «espíritu nuevo» y elevar la «máquina» a la categoría de «idea».

El artefacto, por la naturaleza de sus componentes mecánicas, permite proyectar de acuerdo con fórmulas simples (la casa es una máquina para habitar) y también sustitutorias (incorporación de nuevos prototipos en la producción en serie). L. C. entendía la imagen de la máquina con un poder mayor de aquel que en realidad posee, llegando a creer que la evidencia racional de sus formas puede fácilmente sustituir las normas funcionales del habitar, pero sin duda el espacio de la arquitectura, más complejo en sus determinaciones ambientales, le impediría construir en la realidad sus falaces analogías.

Entre los exégetas del humanismo arquitectónico contemporáneo, L. C. se ha manifestado siempre como uno de sus más declarados defensores, pero esta defensa de los valores humanos no ha pasado de ser una hipótesis programática. El diseño del espacio en el proyecto de L. C. se transforma en especulación metafísica; su espacialidad se formaliza en los códigos lineales de la abstracción que con tanta destreza supo administrar, mejor en sus edificios que en el lienzo o en la escultura, convencido tal vez, por su acendrado «platonismo», que en la espacialidad arquitectónica todo es permitido cuando se busca el bien por encima de todas las cosas. Sus obras, adornadas por el brillo que emana de los dogmas de la razón y alentadas por su fe especulativa, se imponen en su época más por la convicción de su espíritu crítico que por la belleza de sus formas o el uso confortable de sus espacios.

De esta tensión que marca el debate entre razón y sentimiento, abstracción y expresión, L. C. pretende universalizar las fórmulas desde las que intuye el nuevo hábitat para el ser humano; el «modulor», uno de los gestos publicitarios más conseguidos para la difusión de su pensamiento, se ordena como un canon euclidiano, con la pretensión de hacer

universales los tamaños de las cosas, las funciones y los usos, sin detenerse a meditar en la reflexión que ya J. de Maistre había precisado con indiscutible lógica: «La obra maestra del razonamiento es descubrir el punto en el que hay que dejar de razonar». El «modulor» como operador de proporciones concluyó apenas había rebasado los territorios de Francia.

Arqueólogo de sensaciones

En L. C. el principio racional de la arquitectura, es decir, aquel postulado donde la razón prevalece sobre la fantasía, es conceptualmente ambiguo; la capacidad de ilustrar los datos funcionales con resortes plásticos alcanza en la mayoría de sus obras una dimensión eminentemente escultórica, de manera peculiar en los elementos más redundantes de la estética del edificio, como es la estructura (Unidad de Marsella, Palacio de la Asamblea-Chandigarh), haciendo patente al mismo tiempo la búsqueda de una «clasicidad racional» que intenta destruir el viejo código clásico con el diseño de emblemáticos elementos arquitectónicos (escaleras, pilotes, terraza-jardín, chimeneas...). Su simbología se manifiesta cargada de connotaciones plásticas de los movimientos de la vanguardia (constructivismo, neoplasticismo, cubismo...), pero atendiendo a enriquecer su «mensaje racional», que nunca deja de invocar los usos, la funcionalidad y la economía constructiva en la unidad de un único material (hormigón armado). L. C., como el pintor abstracto, parte de un principio de unidad espacial construible, de imágenes mínimas, articulando los elementos más complejos mediante una combinatoria seriada, a la manera del arquitecto griego cuando distribuye las columnas. Esta capacidad de ha-

cer patentes los elementos arquitectónicos de forma significativa en el discurso general de la composición arquitectónica vincula a L. C. con los «arquitectos revolucionarios» del siglo ilustrado, para los que el texto «descriptivo» del edificio era más importante que su propia «construcción»; esta adhesión al relato formal y la predisposición con el vínculo clásico transforman algunos de los aspectos de su obra en una narración plástica cargada de cierto «pintoresquismo racional».

La silueta de L. C., sin lugar a duda, queda prendida en la historia para explicar una parte de la nueva imagen de la arquitectura. Simbolizó sobre el soporte de las necesidades humanas el mayor número de referencias plásticas que en su tiempo acaecieron. Su espacialidad fluía de la certeza mecánica de la razón, con los ritmos impenitentes de la serie y de la tosqueidad bruta de la materia. Sus proyectos reflejan más el principio de unos espacios sin tiempo que una respuesta a las contingencias de su época. Su capacidad de seducción imbuía esperanzas en un período donde los espacios de la arquitectura se armaban en los astilleros de las formas. Se acercó a los «lugares» de su tiempo arrancando los ritmos simbólicos y las formas herméticas que los formalizaban. Sus ideas: «En condición de ideas permanecieron. Vinieron a pedir el ser y se le rehusó» (5).

(1) (4) Hacia los años sesenta una casa discográfica francesa propuso una serie de entrevistas a personajes famosos, de edad avanzada, con el propósito de lanzar al mercado las entrevistas grabadas apenas hubieran fallecido. La entrevista realizada a L. C. fue publicada por la revista «Spazio-Società» (n.º 6, junio, 1979) bajo el título: «Un inedito. Le Corbusier Messaggio in una botiglia.» La entrevista recoge un perfil autobiográfico de gran valor psicológico.

(2) (3) *Le Corbusier*, en la serie «Protagonistas de la Historia». Antonio F. Alba, Ed. Ibero Europea de Ediciones, Madrid, 1970.

(5) Paul Valéry, *El alma y la danza*.

RESUMEN

Le Corbusier, cuyo centenario se celebró el año pasado, es uno de los arquitectos claves del siglo XX, una figura de nuestro tiempo cuya vida estuvo aprisionada por el compromiso con la razón y la difusión de sus

ideas, preocupación esta última que hace que su vida, su obra y sus propias reflexiones sean muy conocidas. De todo ello trata, en su comentario, el arquitecto Antonio Fernández Alba.

William J. R. Curtis

Le Corbusier: Ideas y formas

H. Blume, Madrid, 1987. 240 páginas.

Willy Boesiger

Le Corbusier

Gustavo Gili, Barcelona, 1987 (reed.). 351 páginas.

Semiótica y hermenéutica de la narración

Por José Luis L. Aranguren

José Luis L. Aranguren (Avila, 1909) fue catedrático de Ética y Sociología de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Complutense de Madrid. Entre sus obras figuran: Ética y política y Moral y sociedad.

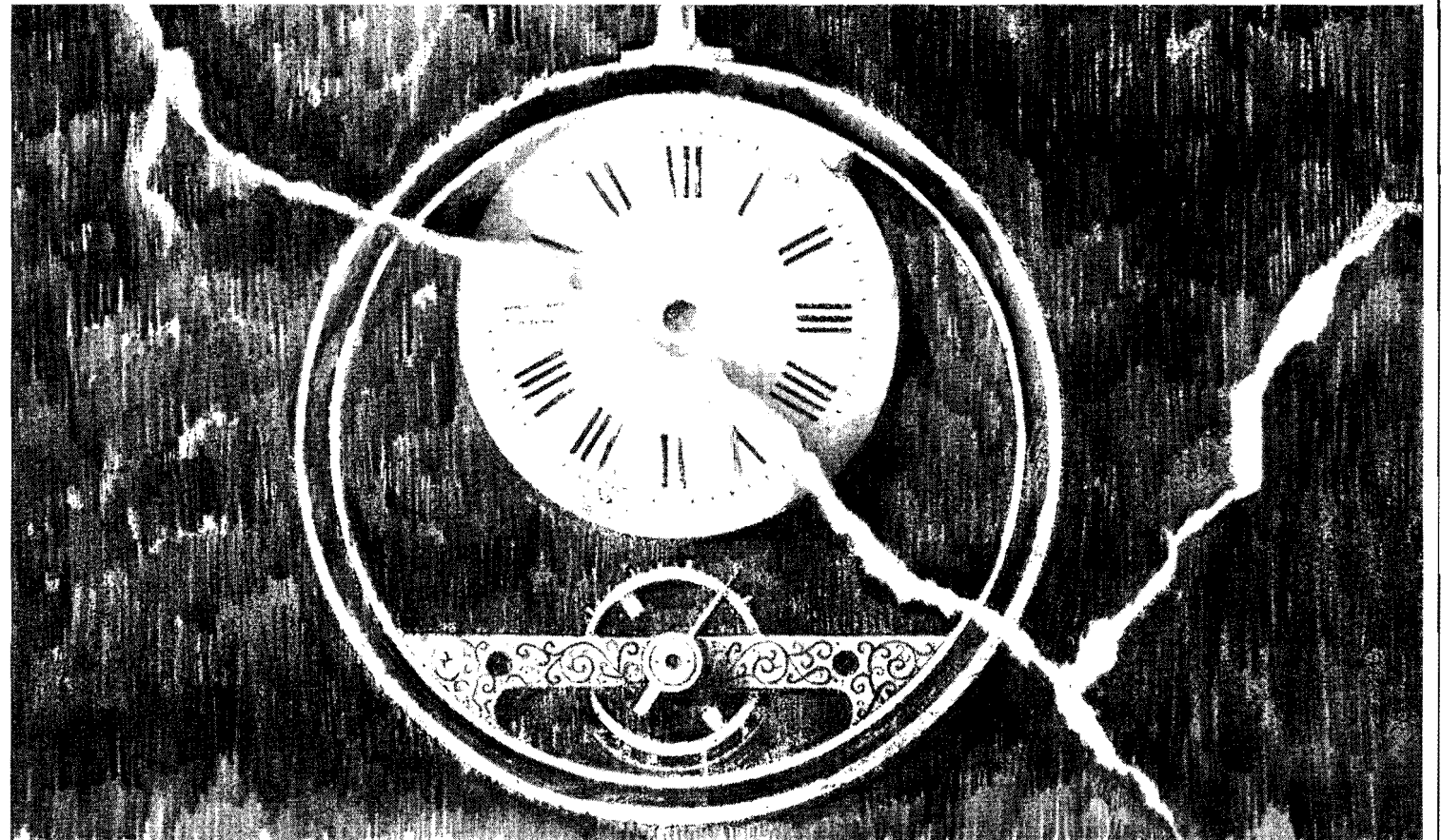
Ya no nos conformamos con la mera «historiografía», tarea de los historiadores que no son más que historiadores. Ortega propuso, como quehacer previo —en el orden lógico, no en el cronológico— a la historiografía, la «historiología» o, si se prefiere decir hoy, la «metahistoria». ¿En qué puede consistir ésta? Ciertamente, ya no en filosofía de la historia. ¿Entonces?

Historia es lo que hacen los historiadores, producción del «texto» o «discurso» histórico, que consiste en «narración». Pero no toda narración es histórica, pues junto a ella se da la narración de ficción. Existen diferencias entre ambas y también, claro está, de ellas, conjuntamente, con respecto a otros discursos. Diferencias, unas, atinadas a la forma del discurso mismo, sin salir de él, diferencias semióticas. Diferencias otras en cuanto al «en qué» consiste el acto de narrar, tanto histórica como fictivamente. Si concedemos, como nos pide Paul Ricoeur, que narrar es configurar una experiencia que, forzosamente, trans-curre, es decir, ocurre, ha ocurrido u ocurrirá en el tiempo, entonces el planteamiento no es ya semiótico, sino filosófico. Pues bien, lo que vamos a presentar aquí es una «muestra» de estudio de la narración histórica «sub specie semiótica», y a continuación todo un «tratado» acerca de la narración, tanto histórica como de ficción, «sub specie semántica», directamente referida a su significación «temporal» y, en consecuencia, reflexión hermenéutico-filosófica sobre el tiempo y su narración.

En primer lugar, pues, una «muestra» de «semiótica» histórica o aplicada al discurso histórico, el libro de Jorge Lozano titulado, precisamente, *El discurso histórico*. Subrayemos ambas palabras. Semiótica y no filosofía, es decir, atinamiento al texto en tanto que tal, pero no desajado de su contexto, sino entendido desde él y de sus otros contextos de producción y de recepción: desde la significación del acto de su autor al escribirlo, y desde el significado o significados al texto otorguen su lector, sus lectores. Y, como ya he dicho, una muestra. Veamos, en párrafo aparte, qué quiero decir con esta palabra.

El estilo de pensar de Jorge Lozano merece, en efecto, atención por sí mismo. Alimentándose, como el de Ricoeur, de otros discursos, produciéndose en y desde la «intertextualidad», no consiste, sin embargo, como el de éste, en volver una y otra vez, incansablemente, sobre ellos, exprimiéndolos, y sobre sí mismo, como en quehacer re-lexivamente filosófico, sino, por el contrario, en un rápido encadenamiento de expresivos y muy bien escogidos textos ajenos sobriamente comentados. Estilo, pues, «antológico», que hace hablar a los textos casi por sí solos, y por su lugar en la ilación del discurso propio. Discurso, por otra parte, cuántico, quiero decir, fragmentado en capítulos discretamente redactados en cuanto a su extensión, y discretos también en la acepción etimológica de esta palabra, separados y casi rotos —la cubierta del libro es su muy adecuada presentación gráfica—, dejando los nexos de continuidad entre ellos a cargo del lector. Sí, el discurso de Jorge Lozano es semiótico y, tal vez por ello, demanda una semiótica de su discurso mismo o, cuando menos, invita a ella.

Para empezar, y partiendo de la etimología, cabría entender la historia —es lo que hoy llamaríamos «crónica»— como el testimonio de lo que se ha visto directamente o se ha sabido por inmediata y fidedigna comunicación oral de quien lo vio. Pero, como dice Ricoeur y repite Lozano, «no hay historia del



STELLA WITTENBERG

presente» o, con palabras de Ortega, la historia «ya no es ver; es pensar lo visto», interpretarlo y, antes, situarlo en su perspectiva narrativa, esto es, dirá Ricoeur, en su secuencia temporal.

Fiel a su «approach» estrictamente semiótico, Jorge Lozano no se detiene en aquella, sino que, pasando por el «documento» —restos y fuentes, archivos— que le dota de autoridad histórica, aunque criticando el «fetichismo del documento», y parando mientes en el documento como monumento en la acepción etimológica de Foucault, de ordenación en el archivo estructural de la memoria colectiva, llega al documento como texto semiótico de cultura (Lotman), como código cultural de significado paradigmático, sintagmático, de síntesis o de negación (positivista) de ambos. El historiador deberá aprender a descodificar y recodificar los signos cuya significación o falta de significación histórica no coincida con la propia y, de este modo, habrá de readaptar su mirada histórica, paralelamente a como el antropólogo cultural ha de hacer al ingresar en el espacio de culturas diferentes de la suya.

El capítulo sobre «La historia como narración» es, como ya anuncia su título, el más afín al enfoque de Ricoeur. En él se estudia la relación entre la historia y la poesía, o la historia y el mito —también cabría preguntarse sobre si la historia como más o menos verdadera que la filosofía (tacitismo)—, las analogías y diferencias entre el texto de ficción, el discurso histórico en tanto que hetero-referencial y autorreferencial (Barthes), el tránsito de la historia-relato a la historia-problema, con atención puesta centralmente en las regularidades estructurales, sociales, económicas, demográficas, antropológicas, geotopológicas, y el retorno actual a la narratividad por las vías de la historia del «tiempo largo» o de la «larga duración» (Braudel), la historia de las mentalidades y la microhistoria.

Finalmente, el capítulo IV está dedicado a «las estrategias discursivas y persuasivas en el texto de Historia», esto es, a su «retórica», a su modo o modos de decir, sobrio o «literario», al uso de la metáfora en historiadores a la manera de Michelet (historiografía como «metáfora», «metáfora viva» de Ricoeur), al empleo de los tiempos verbales, a las diferencias entre el relato y el comentario, las suposiciones y las conjeturas, a las «marcas de historicidad», al contrato (implícito) de veridic-

ción según Greimas, y a la lógica y la retórica del «hacer saber» y el «hacer creer».

Sí, el lector atento encontrará en estas páginas «el placer del texto», y al historiador poco aficionado a «filosofías» le abrirá el presente libro nuevas perspectivas y le será sumamente útil.

Tiempo y narración

La obra de Paul Ricoeur, *Temps et Récit* o *Tiempo y Narración*, tres voluminosos tomos (el tercero todavía no ha aparecido en español) que, además, deben mantenerse en relación con su obra anterior y su obra posterior, es de muy otra dimensión, además de serlo, como ya se ha adelantado y se reiterará, de muy otra orientación. Pero lo primero que ha de hacerse aquí es una presentación del autor, filósofo mucho menos conocido en España de lo que debería, y de quien ya estaban previamente traducidos los libros *Finitud y culpabilidad* (que en un solo volumen, con prólogo mío, contiene los dos tomos, *L'homme faillible* y *La symbolique du mal*, de la edición francesa) y *La metáfora viva*, así como algunos textos de exégesis bíblica. Paul Ricoeur, protestante, fue uno de los principales colaboradores de la importante revista católica de izquierda «Esprit» (que felizmente subsiste, y que sirvió como impulso a la española de análoga significación «Cruz y Raya», de suma importancia también en la España de la República), y juntamente con E. Lévinas es, sin duda, el filósofo francés vivo más importante de su generación (que es también la mía). A fines de noviembre y comienzos de diciembre pasados estubo en España y en torno a él, como homenaje, se celebraron coloquios en Granada, en la Facultad de Filosofía de la Universidad Complutense, en el Instituto Francés de Madrid y en Santiago de Compostela.

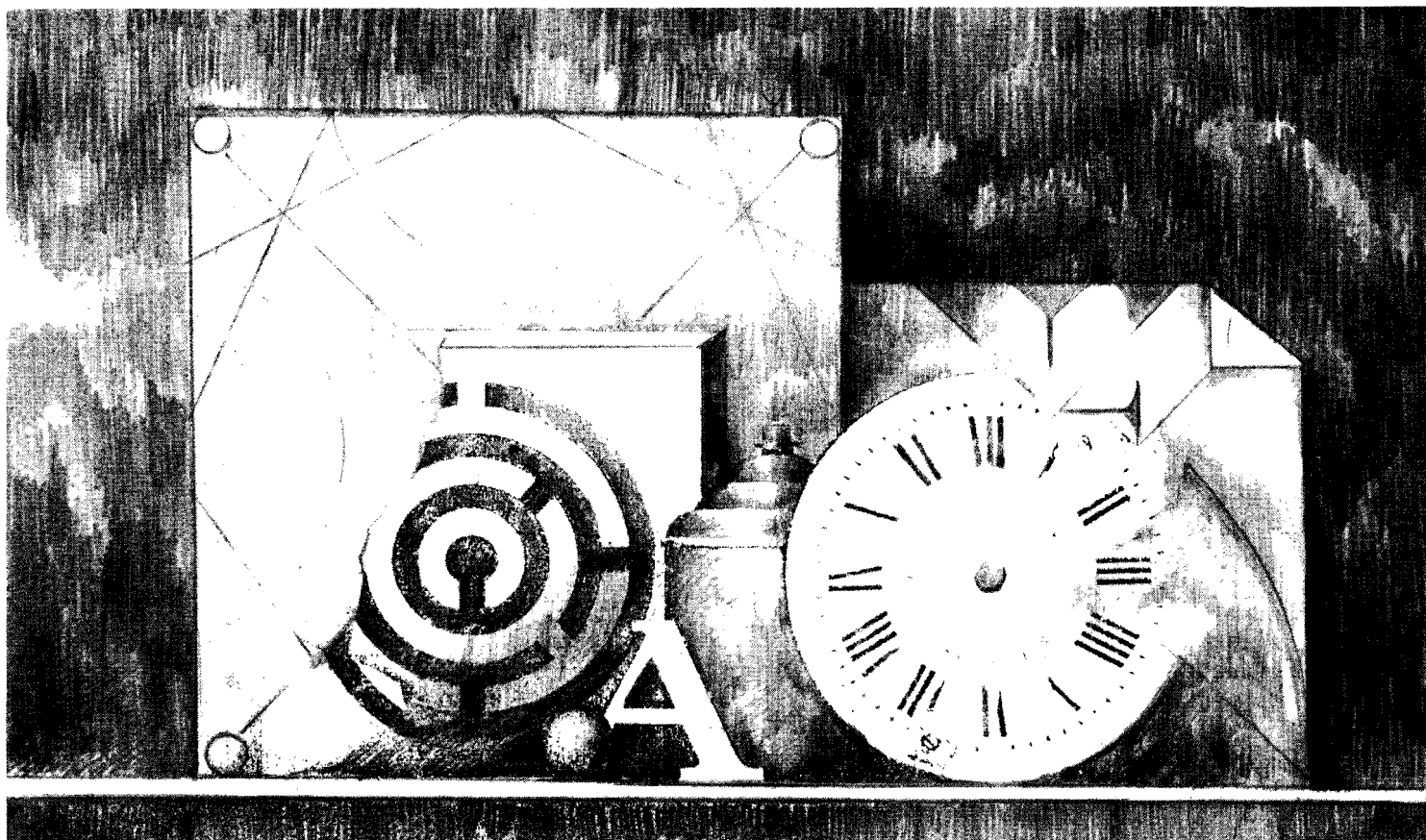
La orientación filosófica de Ricoeur, en tanto que fenomenológica y postheideggeriana, tiene poco que ver con la semiótica, de la que cuidadosa y reiteradamente se deslinda, aunque no se cuide de distinguir, como a mi juicio sería oportuno, entre la «semiología», incluíble en el marco estructuralista, en tanto que «intenta derivar la lógica de la narración de modelos a-crónicos», y la «semiótica», que no se inscribe, necesariamente, en ese contexto. Ricoeur, que comenzó haciendo exégesis

bíblica, pasó luego a la hermenéutica, entendida como interpretación de símbolos colectivos relatados en mitos, y de ella, en *La metáfora viva*, metáfora sostenida y consistente, simbólica, al estudio de la innovación semántica por la imaginación, creadora de nuevos símbolos; y de la mediación por el símbolo (mito) y por la metáfora, ha desembocado, en la etapa actual, en la mediación por el texto. Texto, en la obra que comentamos, de «récit», relato o narración, es decir, de «configuración» del tiempo (sobre la base, aún no escrita o narrada, de su «prefiguración» o experiencia vivida). En efecto, frente al estructuralismo, la semiología y la morfología pura, Ricoeur rechaza que la diacronía sea deducible de la sincronía y, más radicalmente, que la diacronía sea, sin más, el tiempo, y hace suya la distinción de H. Weirich entre el tiempo, «Zeit», tiempo real, y el «Tempus», tiempo gramatical o verbal.

Hay, sin embargo, como ya hemos visto, dos modos de configuración del tiempo: el del relato histórico y el del relato de ficción, que se corresponden, de alguna manera, con el tiempo del mundo, diacrónico y, por tanto, mensurable (Aristóteles), y el tiempo del alma (San Agustín); con el tiempo «invisible», «a priori», de Kant, y el tiempo intuitivo, fenomenológico, de Husserl. La «aporética de la temporalidad» consiste así en la contradicción entre el «tiempo público», «calendario» (Ricoeur gusta de usar este vocablo como adjetivo), a partir de un Tiempo Cero, el del comienzo de cada Era, el «tiempo vulgar» de Heidegger y, frente a él, el «tiempo vivido». (La ambigüedad semántica del verbo castellano «contar», que significa, a la vez, llevar la cuenta, enumerar o «compter», y relatar, narrar, «conter» y «ra-conter», expresa bien, me parece, esta comunicación entre una y otra concepción del tiempo). Tanto el relato histórico como el de ficción intentan configurar esa aporética, inclinándose el uno más bien hacia el tiempo universal y el otro hacia el tiempo personal.

Lo primero, sin embargo, sólo hasta cierto punto. Del pasado únicamente queda su «trazo», su huella, y el «hacer historia», expresión a la que dio toda su fuerza nuestro común amigo, recientemente fallecido, Michel de Certeau, es, en efecto, reeactuarlo («reenactment» de Collingwood), des-distanciarlo

Viene de la página anterior



STELLA WITTENBERG

(«Ent-fernung» de Heidegger), «re-construirlo» para hacer de él algo, «historia», que no es «lo mismo» que ocurrió, pero que tampoco es «lo otro». (Topamos aquí con el problema de la «identidad» en historiografía, que, como veremos, tiene mucho que ver con el problema de la identidad personal.)

Del tiempo tal como es configurado en la Historia, o expulsado de ella, ya hemos hablado a propósito del libro de Lozano, muy cerca, en este punto, de Ricoeur, por ateniéndose ambos a las mismas fuentes, los actuales modos de hacer historia. Sólo agregaré, para terminar con este punto, que Ricoeur, tan lector de Heidegger, encuentra un hiato en éste, pues su radical concepción del tiempo como ser para la muerte le impide, pese a la mediación del «mitsein», concebir en su plenitud la temporalidad histórica, aunque con sus conceptos de «Geschick», «Herkunft» y «Weltgeschichtlichkeit» —los que, de su filosofía, más se aproximan a su ideología política, en mayor o menor grado nacionalsocialista— así lo intentara.

Pasemos ahora al tiempo en la narración de ficción, tema no tratado directamente por Jorge Lozano y cuyo tratamiento por la morfología de tipo estructuralista tiende, dicho sea muy sumariamente, a la reducción de la literatura a lenguaje, el tiempo a su lógica des-cronologizada, los personajes a funciones acc-tanciales y la trama a mero repertorio de argumentos. No podemos extendernos en seguir el estudio de las formas de contar, o formas novelísticas, pero Ricoeur propone y destaca tres modalidades ejemplificadas en *Mrs. Dalloway*, de Virginia Woolf; *La montaña mágica*, de Thomas Mann, y *A la recherche du temps perdu*, de Marcel Proust. La primera, novela «del» tiempo, enfrenta el tiempo vivido con el tiempo monumental, el del «Big Ben» sonando sus campanadas. En *La montaña mágica*, novela «sobre» el tiempo, se intenta borrar las huellas del tiempo común, y la obra de Proust, con su analepsis, busca «atravesar» el tiempo pasado para recuperarlo en un esfuerzo kierkegaardiano-heideggeriano de «repetición», que, como antes se dijo a propósito de la historia, ni puede ser la del tiempo «mismo» que (entonces) se vivió ni totalmente «otra» que aquél.

La cuestión se complica en la novelística posterior de Kafka, Joyce y, sobre todo, Musil, con la pérdida de identidad y la disolución de la personalidad de los personajes, cuya sig-

nificación «filosófica» fue el tema de la conferencia de Ricoeur en la Universidad Complutense, «La identidad narrativa».

La «refiguración» del tiempo, al tomar conjuntamente historia y ficción, es la solución de la aporética de la temporalidad, que antes se expuso. La historia, en tanto que reconstrucción, es, a su modo, ficción y, desde luego, siempre, literatura, incluso «metáfora», más o menos «viva» (por ejemplo, en Braudel, el tiempo o duración «largos», categoría tan importante en su concepción de la historia, es nada más y nada menos que una metáfora.

Por todo ello, leer un libro de historia como novela, y viceversa, es un buen ejercicio de recuperación de la temporalidad en su contradictoria plenitud. Pero eso no se consigue con el intento, siempre fallido, como ya vio San Agustín, de «pensar» el tiempo; lo más que podemos hacer es «contarlo», en el sentido de relatarlo. En este punto habría que rectificar la afirmación, al principio citada, de Ortega: el tiempo, tanto el de la historia como el de la ficción, no es tiempo pensado, «pensé», sino relatado, «raconté». Y «el relato es el guardián del tiempo».

Pero el discurso, el texto, no se cierran sobre sí mismos, sino que están abiertos al oyente, al lector. El texto «hace», y su hacer consiste en narrar, y a la vez demanda, «pide» ser leído. El mundo del texto, liberado de su contexto vital, es mundo del lector y para el lector. Paul Ricoeur, en el capítulo del tercer volumen, que lleva el título de «Monde du texte et monde du lecteur», estudia este problema de la «recepción» del texto por su lector, de la nueva e inevitable re-construcción (o des-construcción) por parte de éste, y así, sacado de sí mismo, de su vuelta a la vida por la lectura.

Realidad «memorable»

El pasado, ya lo vimos, no es una realidad directamente «observable», sino solamente «memorable», y por ello la función narrativa es tan transformadora como reveladora de lo que fue o habría podido ser. Y esta operación de transformación se continúa y potencia más allá del texto. La obra literaria se trasciende en la dirección del mundo y, por ello, su estatuto ontológico queda en suspenso, en espera de su apertura a aquél, precisamente por la lectura. Es la transmutación de la «con-

figuración» en «refiguración», para usar la terminología del propio Ricoeur. Y aquí interviene la «retórica» del relato, en un sentido análogo al que considerábamos en la obra de Jorge Lozano: el «hacer creer», la fiabilidad o, al revés, la desconfianza como reacción del lector, y toda una dialéctica de relaciones que pueden ir desde la persuasión hasta el enfrentamiento y la decepción.

Pero es quizá en otro libro posterior de Paul Ricoeur, en *Du texte à l'action*, donde, como el título anuncia, se continúa este tema. El libro es la colección de los principales artículos publicados por el autor durante los quince últimos años. Consta de una primera parte, «Para una fenomenología hermenéutica»; una parte segunda, «De la hermenéutica de los textos a la hermenéutica de la acción», y una tercera, «Ideología, utopía y política». La que más nos importa aquí es la segunda y, dentro de ella, el artículo titulado «La imaginación en el discurso y en la acción». Volviendo la vista a su obra anterior —innovación semántica, efectividad de la metáfora—, Ricoeur afirma aquí, por una parte, la fuerza heurística de la acción y, por la otra, que no hay acción sin imaginación, y que ésta transita de la esfera teórica a la esfera práctica —algo así como de la partitura a su ejecución—, y de la imaginación personal a lo imaginario o la imaginación social. La imaginación opera en el discurso, opera asimismo en la comunicación interpersonal de este discurso —endopatía, simpatía— y opera, finalmente, en la

constitución del vínculo social, ideología y utopía; recepción colectiva, las más de las veces nacional, de la «historia rerum gestarum» y, en tanto que «res gestae», en tanto que «Geschichte», motor de las «res gestandae», de las cosas por hacer o que han de ser hechas en el futuro.

En resumen, *Tiempo y narración*, con el complemento al que acabo de referirme, es el espléndido intento de aprehender filosóficamente la «temporalidad», pero no, de ninguna manera, en una abstracta especulación filosófica, lo que, desde San Agustín, sabemos que es imposible, sino a través de la «narratividad», tanto histórica como de ficción. En este estricto sentido, y junto a la teología narrativa y la ética narrativa, cabe hablar, a partir de esta obra, de la «filosofía narrativa» de Paul Ricoeur.

Pero no por azar, sino muy deliberadamente, he presentado aquí, juntos, el «opus magnum» de Ricoeur y la fina muestra de Lozano, es decir, realizaciones muy desiguales, es cierto, del actual quehacer filosófico-hermenéutico, y del actual trabajo semiótico, respectivamente. En efecto, la filosofía no puede ya mantenerse cerrada sobre sí misma, y la de Ricoeur, aparte sus confrontaciones con la semiología, la lógica, la gramática y la teoría literaria de orientación estructuralista, de ninguna manera cae en este antiguo vicio. Pero importa precisar, volviendo sobre lo ya dicho, aunque sólo a medias, anteriormente, que la «semiótica» —en contraste con la reduccionista semiología— es mucho más que una disciplina particular y aunque así lo piensen sus cultivadores, una «encrucijada» de saberes y una actitud de abierta «interdisciplinabilidad». Y en tanto que «semiótica de la narración», se abre, necesariamente, a la «pragmática lingüística» y la «retórica». Veámoslo brevemente, para terminar.

Lo primero es obvio. La relación del autor con su texto y, a través de él, con su lector, la reacción de éste y asimismo la «lectura», directa o indirecta, generalizada, social, del discurso realmente influyente, atañen a la lingüística pragmática y a la semiótica; y, como ya puede colegir mi lector aunque no lo haya sido todavía de Ricoeur, dedica éste al tema centenares de páginas.

Lo segundo no lo es menos, y en el curso del presente trabajo se han hecho sendas alusiones a la retórica en Lozano y en Ricoeur. Y aunque desde siempre, temáticamente por lo menos desde Perelman, sabemos bien de la importancia de la retórica en el discurso filosófico, donde, como pensar, el convencer —y repárese en la semántica de este vocablo, con-vencer— no es tajantemente separable del «persuadir»; y, en tanto que «decir», dicho está que retórica y discurso son realmente indiscernibles.

A mi entender hay, pues, ajustada complementariedad entre el punto de vista hermenéutico y el punto de vista semiótico. Que es lo que, además de dar cuenta de los libros de Ricoeur y Lozano, he querido hacer aquí. □

RESUMEN

A vueltas entre la semiótica y la hermenéutica de la narración, el profesor Aranguren centra su atención en dos libros, uno sobre el discurso histórico y otro sobre el tiempo y la narración, que son, de partida, muy

distintos, pero que, en definitiva, como va señalando el comentarista, no lo son tanto, dada la ajustada complementariedad entre el punto de vista hermenéutico y el punto de vista semiótico.

Jorge Lozano

El discurso histórico

Alianza Editorial, Madrid, 1987. 224 páginas.

Paul Ricoeur

Tiempo y narración

Ediciones Cristiandad, Madrid, 1987. 377 y 280 páginas.

La ciencia en la cocina

Por Francisco Vilardell

Francisco Vilardell (Barcelona, 1926), doctor en Medicina y en Ciencias Médicas (Gastroenterología) por la Universidad de Pennsylvania, es director del Servicio de Patología Digestiva del Hospital de la Santa Cruz y San Pablo, de la Escuela de Patología Digestiva de la Universidad Autónoma, en Barcelona, y presidente de la Organización Mundial de Gastroenterología y del Consejo de Organizaciones Médicas Internacionales (CIOMS).

El lector se preguntará por qué un médico especialista en enfermedades digestivas se atreve a escribir una crítica de un libro cuyo contenido incide marginalmente sobre su especialidad; más aún, cuando el crítico confiesa no tener ninguna competencia especial para dicho cometido.

Sin embargo, la obra de McGee es tan interesante, contiene tanta información sobre los alimentos y su tecnología, sobre la cocina como arte, como tradición y como fenómeno físico-químico, que me ha parecido excusable que un clínico interesado profesionalmente por los problemas de la alimentación llame la atención sobre esta aportación tan singular a lo que pudiéramos llamar aspectos científicos de la gastronomía.

Nadie puede dudar de la estrecha relación entre medicina y alimentación y, por lo tanto, con la cocina. En la Biblia se describe lo que sin duda fue el primer ensayo de terapéutica dietética, al someterse Daniel y sus compañeros cautivos del rey de Caldea a una dieta vegetariana: «Concediéndoles (el rey) lo que pedían y los probó por diez días, al cabo de los cuales los judíos tenían mejor aspecto y estaban más metidos en carnes que los mozos que comían los manjares del rey» (Dan. 1). En los aforismos de Hipócrates se mencionan los efectos benéficos de la alimentación líquida y del ayuno sobre ciertas dolencias. Casi todas las religiones establecieron prohibiciones de ciertos alimentos o incluso reglas estrictas para su preparación, basadas a menudo en crite-

rios sanitarios. Entre los alimentos tabú figura sobre todo el cerdo, animal «impuro» prohibido por la Ley Mosaica, por el Islam y en la antigua Mesopotamia; pero también los mariscos, vedados a los hebreos, y las habas, condenadas por Pitágoras y otros filósofos presocráticos. Para muchas de estas interdicciones es posible hallar una explicación médica (evitar la triquinosis, las infecciones intestinales y el fabismo, respectivamente), pero otras prohibiciones tienen difícil explicación: deseos más o menos inconscientes de diferenciarse de otros grupos étnicos o religiosos o simplemente miedo a las consecuencias desagradables de su ingesta, como puede ser la flatulencia, el mal aliento, la indigestión y últimamente el miedo a la obesidad y sus complicaciones. Los prejuicios contra algunos de estos alimentos (ajos, legumbres, picantes, etc.) están fuertemente enraizados, aunque curiosamente estas aprensiones parecen variar mucho de un país a otro. Así se oye decir a menudo, y es difícil convencer a la gente de lo contrario, que los huevos y la leche son perjudiciales para el hígado, mientras que esta creencia apenas se ha divulgado más allá de los Pirineos.

Dietética y cocina

Casi todos los grupos étnicos recomiendan moderación en la comida y en la bebida, a excepción de los romanos, en cuyos festines se hacían tremendas exhibiciones de glotonería, como las del emperador Albino, que probablemente ha pasado a la historia simplemente porque era capaz en una cena de ingerir 300 higos, 100 melocotones y 10 melones. La tradición de moderación en el sustento es muy antigua en España. Pedro Alfonso, judío converso, hablaba ya en su *Disciplina Clericalis* de los peligros de hartarse y emborracharse, pero fueron Francesc Eiximenis, con su *Com Usar Bé de Beure e Menjar*, y Arnau de Vilanova, con su *De Conservazione Sanitatis Regis Aragoniae*, quienes establecieron las bases de la dietética y de la alimentación racional. Desde aquella época, la preocupa-

ción por una cocina sana se ha transmitido a través de los siglos, desde las divertidas prohibiciones del doctor Pedro Recio de Agüero al desdichado Sancho Panza, a los consejos más científicos de Grimod de la Reynière y de Brillat-Savarin en el siglo XVIII. Un buen ejemplo de estas inquietudes lo constituye el nombre de «Digesteur» que dio Denis Papin a la olla a presión que había inventado. Grimod de la Reynière aconsejaba el ayuno y la administración de enemas como preparación a la asistencia a uno de sus famosos banquetes. Muchos tratados de cocina famosos, como los de Ali-Bab y de Curnonsky, incluyen breves, esto sí, capítulos de cocina dietética; en el «Larousse Gastronomique» del célebre cocinero Prosper Montagné se incluye la colaboración de un médico eminente, el doctor Alfred Gottschalk. Señalemos que en el transcurso de dos años, la revista norteamericana «Consumer's Guide Magazine» ha analizado nada menos que 67 libros de dietética para el gran público (de los cuales apenas recomienda 17).

Las nuevas tecnologías de la alimentación y de la cocina han transformado radicalmente nuestras costumbres alimentarias y en cierto modo nuestra manera de vivir. Poco podía pensar Nicolás François Appert cuando publicó en 1810 su obra *El arte de conservar durante varios años todas las sustancias animales y vegetales* el futuro éxito de estas tecnologías. La mayoría de los alimentos que ingerimos son homogéneos, limpios, uniformes y estables, capaces de ser conservados y transportados por todo el mundo. La progresiva desaparición de salazones y ahumados y su sustitución por alimentos congelados ha influido decisivamente en la disminución de ciertas enfermedades como el cáncer de estómago, en franco retroceso en el mundo industrializado. La mayoría de bebidas refrescantes que consumimos son enteramente artificiales y las ventas de café liofilizado son superiores a las del café en grano; se habla incluso de la posibilidad de extraer el alcohol del vino sin dañar su aroma. Sin embargo, la revolución de la industria alimentaria, con la consiguiente

aparición de aditivos, colorantes, preservativos, etc., cuya eficacia es indudable, no está exenta de peligros potenciales que intuyera el inglés Fredrick Accum en su *Tratado de las adulteraciones de los alimentos y venenos culinarios* (1820), y que obligan a controles rígidos y permanentes.

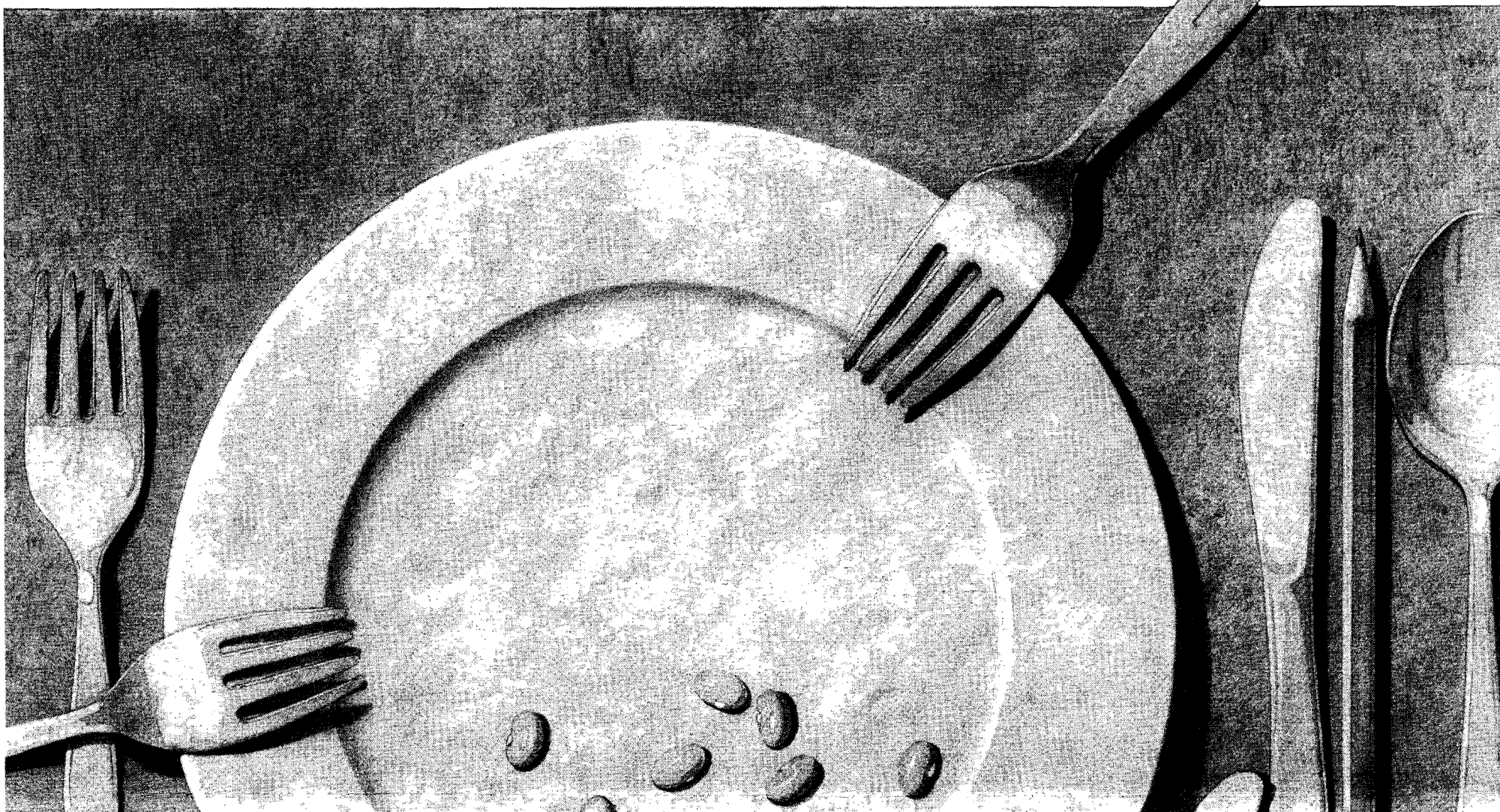
Libros de gastronomía

¿Qué es un libro de gastronomía? La definición más convincente de gastronomía quizás sea la del diccionario de Oxford, que la considera como «arte y ciencia del buen comer», y subrayo el término ciencia, que no figura en otras definiciones de diccionarios, que se limitan a señalar los aspectos puramente hedonísticos de la palabra. En todas las sociedades cultas se han escrito libros de gastronomía. El más antiguo de ellos es probablemente la *Hydepathia* («la vida agradable»), del griego Arcestrato. Apicio, inventor de un método para conservar las ostras y conocido por los festines que organizaba en honor del emperador Tiberio, dejó un libro de recetas que se ha conservado hasta la actualidad. A pesar de los posibles méritos del *Llibre de Sant Soui*, de Pere Felip, y del *Llibre del Ventre*, escrito en el Monasterio de Ripoll en el siglo XIV, la paternidad del primer libro de cocina en la Península se atribuye a Rupert de Nola, autor de *Es Llibre de Doctrina per ben Servir e Tallar i del Art del Coch*, en el que incluso recomienda alguna receta dietética, como una leche de almendras para los enfermos febricitantes. Pero el primer libro auténtico de gastronomía fue la *Fisiología del Gusto* (1725), de Brillat-Savarin. Este hombre enigmático y reservado, magistrado de la Corte de Casación, hizo publicar su obra en forma anónima, obteniendo un gran éxito, del que no pudo apenas disfrutar, ya que falleció pocos meses más tarde. Su libro no sólo trata de cocina, sino también de fisiología de la digestión y de las propiedades de los alimentos, todo ello



ARTURO REQUEJO

Viene de la página anterior



ARTURO REQUEJO

salpicado de anécdotas históricas y de aforismos que en su mayoría siguen teniendo perfecta vigencia. Contemporáneo suyo fue Grimod de la Reynière, el primer hombre de relaciones públicas en materia culinaria, organizador de banquetes y de concursos de gastronomía, autor, entre otras obras, del *Manual de Anfitriones* y *Guía de Golosos*, excelentemente traducido por Xavier Domingo al castellano. Así como Brillat-Savarin fue el precursor de McGee, Grimod lo fue de Gault y Millau, Egon Ronay, Veronesi y otros autores de guías gastronómicas que tanta influencia tienen sobre nuestras costumbres alimentarias y sobre el mundo de la restauración.

Los intentos de Brillat-Savarin de convertir la gastronomía en ciencia tuvieron numerosos adeptos en todo el siglo XIX. Aparte del mencionado Fredrick Accum, autor también de una *Química Culinaria*, el famoso químico Justus von Liebig dedicó los últimos años de su vida a experimentar con la cocción de los animales domésticos e inventó los clásicos extractos de carne de buey que tanta boga han tenido en la alimentación de enfermos. Sin embargo, poco a poco, la cocina «científica» fue perdiendo interés, probablemente a causa de la progresiva complicación de las ciencias físico-químicas, que exigían unos conocimientos que pocos gastrónomos tenían. Volvieron los clásicos recetarios, algunos de los cuales alcanzaron ventas astronómicas, como el libro *La Vraie Cuisine de Tante Marie*, que obtuvo tiradas con un total de ¡más de diez millones de ejemplares! Ahora McGee vuelve a introducir con su obra la ciencia en la cocina a un nivel hasta hoy día insospechado.

La cocina a nivel molecular

El libro de Harold McGee, subtítulo *La ciencia y la tradición en la cocina*, es difícil de definir. No se trata de un libro de cocina, ya que en él apenas figura receta alguna; tampoco se trata de un libro clásico de gastronomía, ya que tampoco figuran en él capítulos sobre servicios de mesa, composición de

las minutas o las típicas anécdotas nostálgicas de grandes banquetes del pasado. Más bien debiéramos calificarlo como complemento de los libros de cocina y gastronomía, que podría intitularse algo así como las bases biológicas, físicas y químicas del arte culinario.

McGee, doctor en ciencias por el «California Institute of Technology» y en letras por la Universidad de Yale, divide su obra en tres partes: la primera trata de los distintos alimentos, de su composición y sus propiedades, que revisa con gran detalle; por ejemplo, al tratar de la leche analiza el porqué de su color y de su olor, las características de los distintos tipos de leche, la nata, la mantequilla y sus diferencias con la margarina, el yogourt, los quesos, la aversión que hacia los mismos tienen ciertas personas, la cocina con queso y sus peculiaridades, los helados. Siguen capítulos sobre los huevos, las hortalizas, las legumbres, los cereales, las frutas, las carnes, el pan y los distintos tipos de harina, la fibra dietética, el azúcar y la pastelería, los vinos y los licores y los colorantes y preservativos.

La segunda parte de la obra se ocupa de fisiología de la digestión, de los órganos de los sentidos y su importancia en gastronomía, del hambre y de la sed, así como de las modas y furros dietéticos, especialmente en los Estados Unidos.

La tercera y última parte estudia detenidamente los principios básicos de la cocina, analizando las cuatro moléculas básicas que sufrirán transformaciones durante la cocción, o sea el agua, los hidratos de carbono, las proteínas y las grasas. Sin duda es éste el aspecto más original y científico del libro. Finalmente describe el autor en la tercera parte los distintos métodos de cocción desde el punto de vista físico, la influencia de los metales que se emplean en la fabricación de utensilios de cocina y de nuevos sistemas como la cocción por microondas, técnica ideada en medicina fisioterápica para transmitir calor a zonas profundas del cuerpo y que el físico norteamericano Spencer intuyó podría servir para cocinar alimentos, logrando, con un aparato médico modificado, ¡hacer palomitas de maíz!

Completa la voluminosa obra (684 páginas) una bibliografía seleccionada de lecturas recomendadas para cada uno de los capítulos por separado. Aparte de algunas traducciones de los clásicos gastronómicos, las citas son prácticamente todas anglosajonas. A pesar de su dimensión, el libro no se hace nunca pesado y su estilo es claro, elegante, sencillo y levemente irónico. Las anécdotas y algunas recetas antiguas intercaladas proporcionan el necesario descanso dentro de una lectura que no puede ser superficial. La erudición de McGee es extraordinaria: sus lecturas no se han limitado evidentemente al campo de la cocina o de la gastronomía, sino que abarcan amplios sectores de la física, de la bioquímica, de la agricultura y de la tecnología alimentaria, como corresponde a una persona de mentalidad científica. Con explicaciones relativamente simples descubre algunos de los misterios de la cocina que tanto frustran a las amas de casa, como por ejemplo por qué se «corta» una salsa holandesa o bearnesa y cómo se le puede poner remedio científicamente; por qué los merengues salen mejor en un recipiente de cobre que en uno de acero inoxidable; por qué hay que secar cuidadosamente una ensalada verde antes de aliñarla, etc. Todo ello demostrado de manera que cualquier persona con mínimos conocimientos de bioquímica o de física pueda entenderlo y utilizarlo en sus aventuras culinarias.

McGee da contestación a muchas preguntas que muchos se han hecho ocasionalmente: cómo distinguir un huevo fresco de uno ya

pasado, por qué maduran las frutas fuera del árbol, pero no las hortalizas; por qué se puede batir y montar la nata, pero no la leche; por qué el pescado es blanco; por qué la pechuga de las aves tiene la carne mucho más clara que las patas, etc. Todo esto aprenderá el lector curioso, que además se entretendrá examinando magníficas fotografías al microscopio óptico, al de barrido o al electrónico de salsas mayonesas, bearnesas, de leches, de caramelos, etc., que adornan esta obra sorprendente.

Se ha dicho repetidamente que la cocina no tiene nada de ciencia. Ya Sócrates comparaba desfavorablemente el arte culinario con la medicina cuando decía en Gorgias que «esta última investiga la naturaleza del sujeto que trata, mientras que la cocina es rutina porque se dedica a cultivar el placer sin investigar la naturaleza del mismo ni sus causas». El descrédito de la cocina como ciencia ha continuado durante siglos. Aunque Montaigne denominara a la cocina «la Science de la Gueule», hubo que esperar a Brillat-Savarin para devolverle su connotación científica. Como dice McGee en su prólogo: «Muchos creen que cuenta solamente la experiencia, la intuición y el buen paladar para hacer cocina; sin embargo, una buena comprensión de lo que ocurre en una sartén o en una olla y un poco de reflexión pueden compensar tanto la falta de familiaridad con una técnica como con unos ingredientes». Hemos tenido que esperar el libro de McGee para poder contradecir finalmente las aseveraciones de Sócrates. □

RESUMEN

Un especialista en enfermedades digestivas, Francisco Vilar dell, ha leído con atención un trabajo que contiene tanta información sobre alimentos y su tecnología que hace su lec-

tura muy recomendable y supone, además, una aportación muy singular a lo que Vilar dell denomina aspectos científicos de la gastronomía.

Harold McGee

On Food and Cooking. The Science and Lore of the Kitchen

Allen and Unwin, Londres, 1986. 684 páginas.

Descubrimientos y descubridores

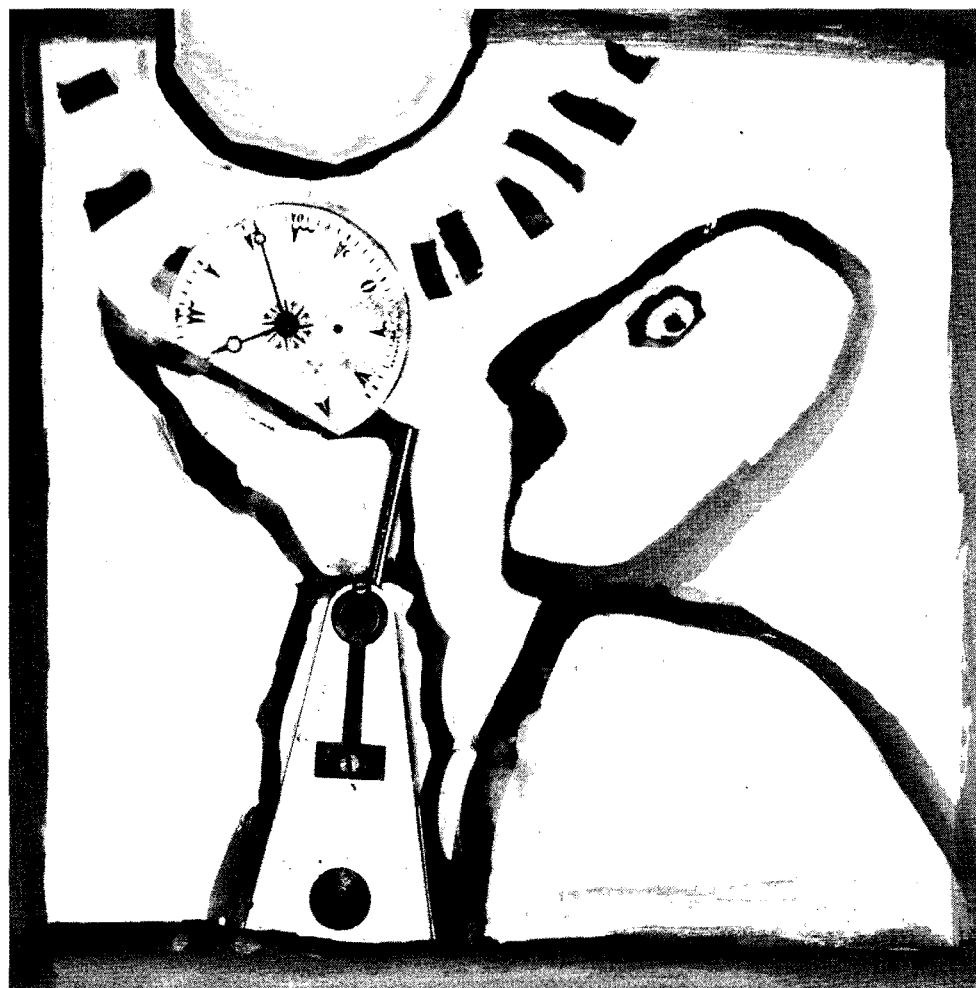
Por Alberto Sols

Alberto Sols (Sax, Alicante, 1917) es profesor emérito de Bioquímica de la Universidad Autónoma de Madrid. Es Premio Príncipe de Asturias de Investigación. Fue el primer presidente de la Sociedad Española de Bioquímica y es miembro de honor de las sociedades de Bioquímica de Argentina, Chile, España y Estados Unidos. Ha sido doctor «honoris causa» por las universidades de Alicante, Barcelona y Cantabria.

El genial inventor norteamericano Edison (un millar de patentes, varias de ellas tan brillantes como la de la luz eléctrica) decía en unas notas autobiográficas (escritas en 1921) que «I generally recommend only those books that are written by men who actually try to describe things plainly, simply, and by analogy with things everybody knows». Y añade su opinión de que «ordinary scientific books are in nearly every case written by men who have no capacity to explain anything». Edison no se andaba con chiquitas a la hora de criticar, pero generalmente tenía razón. Pues bien, esta recomendación de Edison encaja muy bien con los objetivos de la publicación periódica *SABER/Leer*, que ofrece la Fundación Juan March. Y a pocos libros —de los infinitos que salen cada año de las prensas— puede aplicarse tan bien como a *Los descubridores*, del doctor Daniel J. Boorstin. Descubridores en el sentido amplio de la palabra. Como dice el subtítulo de la edición original, es una historia de la búsqueda del hombre por conocer al mundo y a sí mismo. En el tiempo, desde la más remota antigüedad histórica; y en el espacio, Occidente y Oriente. La empresa es muy importante. Mucho más importante que la mayoría de las historias convencionales. La milenaria cadena de descubrimientos prácticos y científicos es en conjunto la mayor empresa realizada por la humanidad.

La formación de nuestras juventudes ganaría mucho si se pusiese en el plano que merece este aspecto de la historia, por encima de la tradicional sucesión de reyes, líderes, batallas e imperios. Y la realización conseguida por el doctor Boorstin es sencillamente magistral. Boorstin es un gran erudito, situado al frente de la biblioteca más grande del mundo, la del Congreso de los Estados Unidos, y ha trabajado en esta empresa durante varios años. Y por suerte es además un excelente escritor. Su monumental libro, de lectura tan grata como enriquecedora, debería estar en las bibliotecas de todos nuestros centros educativos, particularmente en todos los institutos de segunda enseñanza y en las colecciones personales de todos los que enseñan historia, y debería ser leído por toda persona con curiosidad para «ver» a través de sus páginas las historias, muchas veces fascinantes, de los descubrimientos y, cuando se conoce, de los descubridores.

Para muchos, hablar de descubridores es evocar grandes figuras históricas: al Colón que descubrió América, al Galileo que desplazó la Tierra del centro del Universo, al Newton que descubrió la gravitación universal, al Darwin que descubrió la evolución de los seres vivos, al Mendel que descubrió las leyes de la herencia, al Pasteur que descubrió la posibilidad de la vacunación antirrábica, al Cajal que descubrió la neurona y al Einstein que descubrió



ASUN BALZOLA

la relatividad. Pero éstos son sólo cumbres de una gran cordillera que incluye una riquísima variedad de descubrimientos, incluidos muchos aparentemente humildes, pero que tuvieron grandes consecuencias. Esta es la riqueza especial del libro al iluminar muchos progresos tradicionalmente ignorados.

El hombre descubridor

Precediendo al libro propiamente dicho hay una «nota personal» del autor al lector. Es interesante reproducir aquí sus primeras líneas:

«Mi héroe es el Hombre Descubridor. El mundo, tal como lo vemos en la actualidad desde nuestra perspectiva de occidentales instruidos —nuestra idea del tiempo, de la tierra y de los mares; de los cuerpos celestes («heavenly» en el original, impropriadamente traducido por «divinos» en la presente versión castellana) y de nuestros propios cuerpos; de las plantas y de los animales; de la historia y de las sociedades humanas del pasado y del presente—, tuvo que sernos revelado por innumerables Cristóbal Colón. Ellos permanecen en el anonimato de los profundos nichos del pasado. Emergen a la luz de la historia a medida que nos acercamos al presente, y la lista de personajes es tan variada como la misma naturaleza humana. Los descubrimientos se vuelven episodios de una biografía, tan imprevisibles como los mundos que nos revelaron los descubridores.

Son también parte de nuestra historia los obstáculos frente al descubrimiento, las fal-

sedades del conocimiento de la época. Sólo podemos comprender el coraje, la temeridad, el espíritu heroico y la imaginación que animaban a los grandes descubridores si los imaginamos contra el olvidado telón de fondo de la tradición heredada y de los mitos de su tiempo. Ellos debieron luchar contra los «hechos admitidos» y los dogmas de los sabios de su tiempo. Yo he intentado revivir esas falsedades, esas ilusiones...»

El extenso volumen está compuesto como una secuencia de cuatro libros, centrados cada uno en un gran tema: 1) «El tiempo», y la medida del tiempo a lo largo de la antigüedad y hasta el siglo XIX; 2) «La tierra y los mares», los clásicos descubridores por antonomasia antes de la era científica; 3) «La naturaleza», del heliocentrismo de Galileo a la gravedad de Newton y a la evolución de Darwin; y 4) «La sociedad», de la escritura a la historia y la prehistoria, y acabando con la relativamente moderna sociología.

El empezar con un libro sobre el tiempo lo prologa Boorstin con una cita del filósofo-político inglés del siglo XVIII Francis Bacon: «El primer gran descubrimiento fue el tiempo, el terreno de la experiencia». Y empieza Boorstin contando cómo en los albores de la historia hombres de distintas culturas primitivas contaban el tiempo por la luna o por el sol, con consecuencias que aún perduran entre nosotros. Para seguir con la medida del tiempo durante la noche, desde los relojes de agua a los de arena, todavía en uso, y a los relojes mecánicos, sobre todo a partir del descubrimiento del movimiento pendular por Galileo, cuando a los diecinueve años observó la regularidad de las oscilaciones de una lámpara en la catedral de Pisa (¡usando sus propias pulsaciones como medida!).

A lo largo de su original historia, Boorstin no sólo cuenta muchas cosas —bastante poco conocidas— sobre cómo se hicieron los descubrimientos, sino «por qué muchos tardaron en hacerse» y por qué los hicieron unos y «no otros»: como el que la Tierra da vueltas alrededor del Sol y no al revés, y por qué todos los grandes descubrimientos geográficos los hicieron los europeos y no los árabes ni los chinos.

La mayor parte de los descubridores tienen un móvil interno de curiosidad o noble ambición de notoriedad. En nuestro siglo la sociedad fomenta los esfuerzos por descubrir con premios a múltiples niveles, con la cumbre en los Nobel precisamente desde el comienzo del siglo XX. Pues bien, Boorstin cuenta la importancia para mejorar la navegación —y con ella la posibilidad de grandes exploraciones marítimas— del gran premio ofrecido por el Parlamento inglés a quien descubriera la longitud en el mar: 20.000 libras esterlinas de comienzos del siglo XVIII, que equivaldrían ahora a más de 50 millones de pesetas.

Apenas incluye inventos, y los pocos casos tratados lo son porque fueron base importante para descubrimientos, como el telescopio y el microscopio, que permitieron ver el macrocosmos y el microcosmos. La selección es quizá demasiado drástica: sólo de pasada dedica una línea a Edison a propósito del fonógrafo, pero no menciona la revolución de la luz eléctrica. Ni tampoco llega a mencionar la revolución de las comunicaciones inalámbricas iniciada por Marconi. Del pasado, brilla por la ausencia la rueda del viejo continente, que los del nuevo nunca inventaron. Y escribiendo este ensayo tras una estancia en Asturias en uno de los estimulantes cursos de verano de La Granda, quiero reivindicar para posibles complementadores de esta obra la invención del hórreo asturiano, que en la India hubiese podido salvar de periódicas «epidemias» de hambre a millones de personas.

Pasado remoto

Como historiador y bibliotecario, Boorstin maneja el pasado remoto mejor que el próximo. El último siglo apenas está representado en este libro. Por ejemplo, no se cita el descubrimiento de las leyes de la herencia por Mendel, el descubrimiento de la neurona por Cajal, ni los rayos X por Roentgen, los tres de la segunda mitad del siglo XIX, ni los de la vida a nivel molecular (desde los enzimas a los ácidos nucleicos) a lo largo de la primera mitad del siglo XX. Pero no importa. Las grandes perspectivas se ven mejor cuando los hechos ya no son recientes. Y de los descubrimientos recientes hay muchas historias.

La traducción es francamente buena, haciendo justicia a la espléndida redacción de Boorstin. En una serie de chequeos al azar no he encontrado ningún fallo salvo el antes mencionado; incluso he detectado alguna ampliación en favor del lector de habla castellana respecto al de la inglesa. Y la edición es, en general, excelente y reflejando fielmente la original.

Como complemento a esta gran obra de *Los descubridores*, el doctor Boorstin ha empezado a escribir un libro sobre «los creadores», acerca de las artes. La redacción de este ensayo, septiembre de 1987, coincide con la jubilación del doctor Boorstin como bibliotecario del Congreso de Estados Unidos. Pero adelantándose a la jubilación reglamentaria le han nombrado «Bibliotecario Emérito del Congreso», con lo que tendrá las mismas facilidades materiales y mucho más tiempo para hacer su nueva historia de los progresos de la humanidad: la de los creadores. Por egoísmo, dado lo que disfruté leyendo *The Discoverers*, y por altruismo, dado el convencimiento de su gran utilidad, hago votos por que el doctor Boorstin viva lo suficiente para completar su segunda gran obra. □

En el próximo número

Artículos de F. Tomás y Valiente, J. Antonio García Díez, Francisco Ynduráin, Gonzalo Sobejano, José María de Azcárate, Manuel Perucho y Alberto Galindo.

RESUMEN

Alberto Sols comenta una original historia de los descubrimientos y sus descubridores —en el amplio sentido de la palabra— desde las más antiguas culturas, contada y comentada

por el erudito y bibliotecario norteamericano D. J. Boorstin. Señala, además, que esta obra la deberían tener las bibliotecas de los centros educativos, especialmente los de enseñanza media.

Daniel J. Boorstin

Los descubridores

Crítica, Barcelona, 1986. 714 páginas.

SABER *Leer*

Fundación Juan March

C/ Castelló, 77
28006 MADRID

Estimado lector:

La imposibilidad de mantener el envío gratuito de SABER/Leer a toda persona que lo solicita —ante los muchos miles de peticiones recibidas de manera creciente— obliga a establecer un sistema de suscripción que no tendrá efecto hasta el número de enero de 1989. La cuota anual por todos los conceptos será de 1.500 pesetas para España y 2.000 para el extranjero, que se pueden hacer efectivas únicamente por cheque bancario enviado a nombre de «Revista SABER/Leer». Fundación Juan March. Castelló, 77. 28006 MADRID; acompañado del cupón adjunto.

Los destinatarios que desde esta fecha hasta el 15 de diciembre de 1988 no hayan formalizado su suscripción, podrán encontrar la revista en la sede de la Fundación, a partir de 1989, al precio de 150 pesetas por ejemplar.

✂

BOLETIN DE SUSCRIPCION

Deseo recibir a partir del número 21, de enero de 1989, en el domicilio abajo indicado, durante un año, la revista crítica de libros SABER/Leer.

SABER *Leer*

Fundación Juan March

C/ Castelló, 77
28006 MADRID

APELLIDOS:

NOMBRE: TELEFONO:

DOMICILIO:

CODIGO POSTAL: LOCALIDAD:

PROVINCIA/PAIS:

FIRMA

FORMA DE PAGO

CHEQUE adjunto a nombre de «Revista SABER/Leer».

(España, 1.500 pesetas. Extranjero, 2.000 pesetas o 20 \$ USA).

Carande y los banqueros de Carlos V

Por Francisco Tomás y Valiente

Francisco Tomás y Valiente (Valencia, 1932) ha sido catedrático de Historia del Derecho en Salamanca y en la actualidad lo es en la Universidad Autónoma de Madrid. Magistrado desde 1980 del Tribunal Constitucional, desde marzo de 1986 es presidente de dicho Tribunal. Entre sus obras pueden citarse: El marco político de la desamortización en España, Manual de Historia del Derecho español y Gobierno e instituciones en la España del Antiguo Régimen.

I. Relectura de un clásico.—Un anticiclón sobre el Mediterráneo y la relectura al sol y junto al mar de la obra de Carande me depararon unas vacaciones navideñas deliciosas. No sienta envidia el lector: la fórmula, con ligeras variantes acaso, es repetible.

Volver a leer un libro, por clásico, conocido, es tarea enriquecedora, porque una nueva toma de contacto con la obra permite descubrimientos y rescata contenidos de conciencia. Teniendo por sabidas las tesis principales, la atención se desliza relajada sobre ellas y circula más despierta por caminos laterales, antes sólo entrevistos, y que en la obra de Carande constituyen una intrincada red de vericuetos tortuosos, pero gratificantes para quien los recorra con los ojos bien abiertos.

El libro de Carande es difícil. Está escrito en prosa nítida, y con cuidado exquisito, ironía y apasionamiento. Todo en él atrae, pero el tono narrativo resulta engañoso, porque las historias que cuenta y que nos maravillan son complejas, técnicamente oscuras, y si para el autor escribir estos tres volúmenes constituyó un esfuerzo colosal, su lectura requiere una colaboración activa y atenta. Me temo, sin embargo, que no siempre se haya leído esta obra como exige y merece. El lector que no sea un profesional de la historia puede prescindir quizá del aparato crítico («autoridades») situado al final de cada tomo. El especialista, o quien por la razón que sea pretenda sacar todo el jugo al trabajo de casi treinta años de esfuerzo magistral, debe caminar simultáneamente por el texto y por las páginas finales, minuciosas, eruditas y polémicas en ocasiones. Ir atrás y adelante, leer y discutir con el autor o asistir a sus debates con otros, comprobar de dónde saca tales datos o a qué carta («y perseverando en mi predilección por los textos epistolares») pertenece tal frase, es un ejercicio trabajoso, y hay especialistas perezosos en número superior al deseable.

La reedición íntegra, cuidada y muy bien presentada de la obra es magnífica. Era necesaria porque no resultaba fácil disponer de tres libros inicialmente editados en fechas muy lejanas entre sí y respecto al presente (I, 1943; II, 1949; y III, 1967). Su aparición casi ha coincidido con su traducción al italiano (Marietti, Génova, 1987). Los clásicos se difunden. Y este libro lo es. Hay obras, como el *Erasmus* de Bataillon, el *Mediterráneo* de Braudel, la *Cataluña* de Pierre Vilar y el *Carlos V* de Carande, que constituyen la cima de las historiografías del presente siglo y que siendo, sin disputa posible, libros de historia de España, aun dedicándose, por ejemplo, Vilar y Carande a sólo Cataluña y Castilla respectivamente, se refieren a temas que no importan sólo a españoles ni pertenecen sólo a nuestra historia, sin duda porque nunca, ahora tampoco, la historia de España fue historia de España sola.

II. Carlos V.—Siempre me ha impresionado el patetismo de tres figuras de nuestra historia, comparables entre sí (las diferencias son demasiado evidentes para mencionarlas siquiera) por alguna otra faceta que no sería pertinente analizar ahora: me refiero al Conde Duque, a Azaña y, claro, a Carlos V. Malo es que en la historia de un país abunden las figuras señeras y patéticas al mismo tiempo. Hoy es más fácil que en el suyo percibir «la trayectoria patética de aquella vida», la de «Carlos V, Emperador insólito». La raíz de su anacronismo consiste en el choque entre su educación borgoñona, su ideal caballeresco de la vida, su política imperial basada en la convicción de que «la unidad de la fe es la empresa que al Emperador le incumbe» y de que cumple órdenes divinas al propugnar sobre esos cimientos una monarquía universal-católica y, por otra parte, una Europa donde todo y casi todos se concitan contra tales aspiraciones. Como escribe Carande (a cuyos libros pertenecen todos los textos que reproduzco entre comillas) «la concepción de la monarquía universal en la mente de Carlos no la comparte el particularismo de los alemanes, ni el de los castellanos», aunque éstos la financiaran y aquéllos lucharan contra ella.

Pero tampoco eran partidarios de tal concepción del mundo quienes, a juicio de Carlos V, hubieran debido ser sus aliados: los Papas. Salvo los pocos meses del papado de Adriano VI, de quien recibe el suculento regalo de la Bula sobre las mesas maestras castellanas (1523), la relación entre los Papas romanos y el Emperador de la cristiandad fue siempre conflictiva, cuando no belicosa.



FUENCISLA DEL AMO

Enemigo permanente también el vecino francés: guerras directas contra Francisco I, episodio en que el rey cristianísimo es apresado por Carlos, cautiverio sustitutorio de los príncipes franceses, rescate por precio (dos millones de escudos depositados como tesoro secreto en el castillo de Medina del Campo), crecimiento de Francia y de su Estado nacional... Los reyes franceses, Francisco I y, luego, Enrique II, fueron no sólo enemigos del Emperador, sino amigos de sus enemigos. Solimán fue en todo momento su aliado predilecto, y el joven rey francés, ya en la década de los cincuenta, emprende, junto con los príncipes rebeldes alemanes, una política de alianzas en «defensa de la libertad germánica» y para liberar a los alemanes «de la bestial, insoponible y eterna servidumbre impuesta por la dominación española».

Demasiados enemigos y ningún aliado. Demasiados frentes de batalla simultáneos o sucesivos: el norte de Italia, los rebeldes alemanes, las campañas de Túnez y de Argel. En tan ambiciosa política militar hubo de todo. Momentos de triunfo y de gloria como los de Pavía (1525), Túnez (1535) y Mühlberg (1547) y horas de derrota y fracaso: Argel (1541), Metz (1553). Toda guerra, incluso las victoriosas, son caras. Carlos V se vio abocado ocasionalmente a momentos de peligro y deshonra personal, como durante la huida de Innsbruck perseguido por Mauricio de Sajonia. Pero, sobre todo, se condenó a sí mismo y a Castilla a la ruina.

Hay episodios casi grotescos que ponen de manifiesto, por un lado, sus maneras caballerescas y, por otro, la miseria de sus ar-

cas. Así, cuando toma dinero a préstamo al banquero Peutinger para comprarle al mismo joyas con las que obsequiar a la reina de Francia y al Papa Paulo III (en 1536 y 1538). Así, cuando en 1543 pide al rey de Portugal, con cuya hija iba a casar al príncipe Felipe, un anticipo de la dote. Hay momentos de miseria vergonzante, como aquel, ya en 1555, cuando tienen Carlos y Felipe que aguardar durante meses para cobrar la dotación de la casa real que hacía falta, entre otras cosas, para pagar los funerales de la reina doña Juana.

El telón de fondo de estos momentos agudos fue casi siempre el mismo: la penuria de la Hacienda castellana, sobre la que recayó siempre el peso de la política imperial. Luego volveré sobre esto. De momento baste sólo con un botón de muestra tardío. La princesa doña Juana, regente ante la ausencia del príncipe Felipe, escribe a su padre en septiembre de 1554: «está consumido y gastado casi todo lo que se puede sacar de rentas ordinarias, extraordinarias, bulas y subsidios "hasta fin de 1560"».

El reinado de Carlos fue una encrucijada de propósitos ambiciosos, sueños anacrónicos, resistencias generales, confianzas defraudadas y sacrificios resignados de quienes tuvieron que pechar con el precio de tan cara política.

III. Los banqueros.—No fueron éstos los sacrificados, sino los castellanos. Pero antes de hablar del peso que Castilla soportó vamos de dónde tomó dinero el Emperador con urgencia insaciable, esto es, de sus banqueros, y quiénes fueron algunos de ellos.

Carlos V se comportó «como un poderoso catalizador de banqueros», pero por muy Emperador que fuera, tuvo que soportar de ellos regateos, condiciones usurarias y alguna altanería tan impertinente como esta del impaciente Juan Jacobo Fugger cuando en 1524 le escribe: «vuestra majestad no habría alcanzado sin mi ayuda la corona romana». El mayor del linaje de los Fúcar tenía razón y Carlos V tuvo que aguantar aquello y más porque estuvo siempre en manos de sus banqueros.

Lo que Sombart llamó espíritu burgués, espíritu capitalista, espíritu de empresa y, junto a tanto espíritu, pasión por el oro y el dinero (W. Sombart, *El burgués*, Alianza Ed., Madrid, 1972), se aprecia en los banqueros que trataron con el Emperador. Siguiendo con W. Sombart, a su tesis de que el empobrecimiento de la nobleza por su afán de rivalizar en lujo con los nacientes capitalistas fue una de las causas del enriquecimiento de los prestamistas burgueses (*Lujo y capitalismo*, Revista de Occidente, Madrid, 1965), habría que añadir lo que el mismo historiador escribió acerca de la habitual actuación del Estado como cliente de prestamistas para pagar gastos militares (*Krieg und Kapitalismus*, Berlín, 1913) o la Deuda Pública interna (*El burgués*, págs. 289 y ss.). El Emperador Carlos fue una fuente de enriquecimiento para determinadas parentelas de banqueros. A través de su admirable serie de medio millar de operaciones de crédito («asientos»), Carande demuestra, ejemplifica y en ocasiones matiza y

En este número

Artículos de

| | | | |
|----------------------------|-----|------------------------|-------|
| Francisco Tomás y Valiente | 1-2 | José María de Azcárate | 8-9 |
| Juan Antonio García Díez | 3 | Manuel Perucho | 10-11 |
| Francisco Ynduráin | 4-5 | Alberto Galindo | 12 |
| Gonzalo Sobejano | 6-7 | | |

SUMARIO en página 2





Carande y los banqueros de Carlos V

rectifica la tesis de quien fue uno de sus maestros en la mejor época de la Universidad alemana.

Por cierto que el retrato de Sombart y el comportamiento inteligente y depredador de los banqueros con reyes, emperadores y haciendas estatales ni empezó ni terminó con la época de Carlos V. Un reciente libro de Alfonso Otazu (*Los Rothschild y sus socios en España, 1820-1850*, Madrid, 1987) muestra cómo el tipo del banquero y su actuación se mantuvo por lo menos hasta bien entrado el siglo XIX: todavía entonces eran clientes de banqueros extranjeros los monarcas de España, más preocupados, por lo que respecta a Fernando VII, su viuda y su hija, por firmar operaciones beneficiosas a corto plazo y en ocasiones lucrativas para ellos mismos, que por fomentar una Hacienda Pública saneada.

Los de Carlos V fueron alemanes (Fugger, Welser, Hochstaetter), genoveses (Grimaldo, Lovellino, Fornaris, Centurione, y en los últimos años Constantino Gentile y Felipe Spinola), flamencos (Schetz) y, los menos, castellanos: Rodrigo de Dueñas, Cristóbal de Haro. No agoto la nómina. El Emperador comenzó con clara preferencia a tratar con Fúcares y Bézares (en la fonética castellana), pero en los años finales (1553-1556) predominan los genoveses. Casi todos componían firmas familiares, con frecuencia firmaban operaciones asociándose unos con otros, alguno destacó por su impaciencia —J. J. Fugger— y más de uno por su voracidad, que, en lógica correspondencia, creció a medida que el crédito personal del Emperador (que, siempre caballero, incumplió muchas veces su palabra y su firma) y las garantías a cargo de la Hacienda castellana o de las remesas de Indias disminuían. Si no yerro en mis elementales cálculos sobre los datos proporcionados por Carande, hubo operaciones que costaron, entre interés del capital, cuota del cambio, interés compuesto y otras ingeniosas gabelas, el 43 por 100, y en los años finales el 65 e incluso el 67 por 100. Caro dinero y buenos negocios para quienes, aunque tarde y con apuros, cobraron siempre, al menos hasta la quiebra de 1557, que escapa al tiempo de Carlos, aunque fue herencia forzosa de éste.

IV. Asientos, consignaciones, rentas y remesas.—Carlos V y sus banqueros acordaban por escrito cada operación crediticia

(asiento) y estipulaban en todo caso la renta o ingreso del deudor con cargo a la cual habría de cobrar el acreedor el capital y los intereses. Casi siempre la consignación se estableció sobre rentas ordinarias o extraordinarias de la Hacienda de Castilla o sobre las remesas de oro y plata llegadas o por llegar desde las Indias.

Este mecanismo obligó a Carande, dada su honestidad de investigador y su «curiosidad impenitente», a estudiar, antes (con prioridad lógica, más que cronológica) que los asientos propiamente dichos, la economía de Castilla, en cuanto fuente productora de ingresos para el Fisco, y la Hacienda Real de Castilla, para conocer su organización, la estructura y la cuantía de sus rentas. La empresa era gigantesca como proyecto y es magistral como resultado. De los dos primeros tomos de la obra de Carande, donde se estudian respectivamente la economía y la Hacienda castellanas, quiero, ante la imposibilidad de cualquier pretensión de exhaustividad, destacar tres tesis reiteradas y demostradas por Carande.

— Primera: Castilla corrió con casi todos los costes de la política imperial. Dentro de ella, la nobleza logró mantenerse al margen e incluso protagonizó abstenciones tan escandalosas como la del «prestido» (préstamo solicitado por Felipe como regente a la alta nobleza, a la jerarquía de la Iglesia y a algún otro súbdito opulento) de 1546. Mucho mayor fue la aportación de la Iglesia española a las inagotables necesidades de la política imperial. En forma graciosa, es decir, sin estar obligados a ello, los Papas cedieron a la hacienda real bienes (Adriano VI nombra a la Corona administradora perpetua de las mesas maestras de las tres Ordenes de Santiago, Calatrava y Alcántara, por su Bula de 4 de mayo de 1523) o derechos de la Iglesia o requeridos por ella (Bula de la Cruzada) y el subsidio o parte alícuota de los beneficios, frutos o rentas eclesiásticas.

— Segunda: La principal carga financiera recayó sobre los pecheros, no sólo por ser ellos los únicos obligados al pago de impuestos personales, sino porque la petrificación del importe de las alcabalas derivada del sistema de recaudación por encabezamiento, generalizado en 1537, disminuyó la rentabilidad de este impuesto sobre el tráfico, único que te-

nían por fuerza que pagar los nobles dada la naturaleza del mismo, y forzó a un aumento del número y de la cuantía de los servicios ordinarios y extraordinarios aprobados por las Cortes y pagaderos sólo por los pecheros. Las Cortes, compuestas desde 1538 por treinta y seis representantes de dieciocho ciudades, todos ellos hidalgos o nobles titulados, aprobaron con generosidad exenta de mérito crecientes impuestos que los procuradores no habían de pagar. De modo convergente en sus efectos, otra funesta y desesperada medida adoptada por Carlos V y el Consejo de Hacienda, la venta de hidalguías (esto es, la conversión por precio de pecheros ricos en hidalgos, exentos «ipso iure» del pago de servicios personales), al reducir el número de los pecheros, aumentó la cuantía de la carga tributaria a pagar por cada uno de éstos.

— Tercera: En especial desde la conquista de Perú y la llegada a Sevilla de auténticos tesoros de oro y plata, las remesas de Indias constituyeron la consignación preferida de los banqueros. Al hablar de los ingresos de las Indias hay que incluir no sólo el quinto real que pertenecía al Fisco de los tesoros de particulares, sino algo más lucrativo y menos justificable: los secuestros de bienes privados. «En efecto, a partir de 1534 y a lo largo de tres años (1535, 1536 y 1538) dispone Carlos V como cosa propia de las remesas de propiedad privada procedentes de ultramar. No volverá a hacerlo con semejante insistencia hasta el último año del reinado.» Gracias a soluciones providenciales de este género pudo el Emperador, por ejemplo, prescindir de créditos bancarios en el costeamiento de la campaña de

Túnez o salvar momentos de apuro y de bajísimo crédito y escasísima circulación de numerario. A los particulares cuyos tesoros secuestraban se les reconocía la deuda contraída por medio de juros (títulos de la deuda) a un interés del 3 por 100 o algo superior, a veces el 5 ó el 7 por 100. Los tesoros indios llegaban a Sevilla, pero los caminos del oro y de la plata nacían en el Guadalquivir y en la Casa de la Contratación para morir en Amberes, en Génova o en Augsburgo. La riqueza llegaba y huía. No se invirtió en Castilla. No creó circuitos internos. No produjo beneficios sino perjuicios que Carande, como antes Hamilton, señala. Ocasión perdida en el momento crucial de la naciente modernidad en Europa.

V. Carande y su obra.—Hay mucho más en ésta de lo aquí insinuado. Hay capítulos deliciosos sin dejar de ser tan eruditos como los demás (tomo I, capítulo XIII: «Las Indias en la retina de la sociedad española»). Hay retratos de personajes secundarios, dispersos a lo largo de la obra entera, como ocurre con Rodrigo de Dueñas. Hay simpatías no disimuladas, como la que le despierta la hermana del Emperador, María de Austria, reina viuda de Hungría y después gobernadora de los Países Bajos.

Y, al trasluz de cada página, se percibe siempre la figura de don Ramón Carande. En ocasión reciente me he ocupado de evocar su persona. No quiero repetirme ahora. Pero no me es posible terminar la crónica de esta gozosa relectura sin reiterar mi admiración por el hombre que fue y por la obra que escribió. □

RESUMEN

Los tres volúmenes dedicados por Ramón Carande a Carlos V y sus banqueros constituyen una obra clásica de la historiografía española. Una reedición completa le ha dado ocasión al presidente del Tribunal Constitu-

cional, Tomás y Valiente, de volver a leer este texto de modo distinto, buscando otros caminos y otros contenidos, laterales, pero no secundarios, de la intrincada y gratificante red de vericuetos que propone el libro.

Ramón Carande

Carlos V y sus banqueros (I. La vida económica en Castilla; II. La Hacienda Real de Castilla; III. Los caminos del oro y de la plata)

Tres volúmenes. Crítica-Junta de Castilla y León, Barcelona, 1987. 542, 635 y 627 páginas.

Los textos contenidos en esta revista pueden reproducirse libremente citando su procedencia.

SABER Leer
Revista crítica de libros



Fundación Juan March
Servicio de Información y Prensa

Castelló, 77
Teléfono: 435 42 40
Telex: 45406 FUJM E
28006 Madrid
España

Depósito legal:
M. 40.038-1986
ISSN: 0213-6449
Impreso en: G. Jomagar
Móstoles (Madrid)

SUMARIO

| | Págs. |
|---|-------|
| «Carande y los banqueros de Carlos V», por Francisco Tomás y Valiente, sobre el libro <i>Carlos V y sus banqueros</i> , de Ramón Carande | 1-2 |
| «Un economista al alcance de todos», por Juan Antonio García Díez, sobre el libro <i>A History of Economics. The Past as the Present</i> , de John K. Galbraith | 3 |
| «Ramón cumple cien años», por Francisco Ynduráin, sobre el libro <i>El libro mudo (secretos)</i> , de Ramón Gómez de la Serna | 4-5 |
| «Veinte novelas españolas de cinco siglos», por Gonzalo Sobejano, sobre el libro <i>Der spanische Roman vom Mittelalter bis zur Gegenwart</i> , de autores varios | 6-7 |
| «Arte mudéjar aragonés», por José María de Azcárate, sobre el libro <i>Arte mudéjar aragonés</i> , de Gonzalo M. Borrás Gualis | 8-9 |
| «Mente material, materia mental», por Manuel Perucho, sobre el libro <i>Mind from matter? An essay on evolutionary epistemology</i> , de Max Delbrück | 10-11 |
| «El gran dragón de humo», por Alberto Galindo, sobre el libro <i>El debate de la teoría cuántica</i> , de Franco Selleri | 12 |

Un economista al alcance de todos

Por Juan Antonio García Díez

Juan Antonio García Díez (Madrid, 1940) es licenciado en Derecho y Ciencias Económicas. Ha sido vicepresidente del Gobierno, ministro de Economía y Comercio y ministro de Comercio y Turismo. Autor, entre otras publicaciones, de URSS 1917-1929; de la revolución a la planificación.

Para el economista la aproximación a Galbraith es siempre complicada. Una parte de su obra tiende a ser considerada de escasa relevancia científica y profesional. Otra (*Capitalismo americano*, por ejemplo), que sí ha aportado una visión nueva respecto al funcionamiento institucional de las economías modernas, está ya lejos en el tiempo y no se ha incorporado a los modelos formalizados que hoy son señal de excelencia científica. Y, además, Galbraith es quizás el economista más leído por no economistas. Siendo también «liberal» en el sentido americano, es decir, «progresista» en traducción española, ha tenido un éxito asegurado como suministrador de ideas económicas a muchos que no habían pasado por el proceso aburrido de una formación sistemática. Así que en la aproximación se mezclan una cierta descalificación profesional con abundante envidia ante el éxito editorial y cierta irritación ante las consecuencias más negativas del esfuerzo vulgarizador.

Todo lo anterior podría resumirse diciendo que no está claro para quién escribe Galbraith, si para sus compañeros de profesión o para el público en general. Esto, válido para muchos de sus últimos libros, lo es especialmente para el que comentamos.

A *History of Economics* (y recordamos que «economics» es la ciencia económica, no la economía real) puede dividirse, no está claro si en la intención del autor, pero sí en la práctica, en dos partes bastante definidas: los once primeros capítulos, que abarcan la evolución de las ideas económicas hasta Marx y el marginalismo, ambos inclusive, y el resto del libro, en el que puede encontrarse:

— Una breve historia de la profesión de economista en los Estados Unidos.

— Una historia de la economía real americana o más bien de las preocupaciones económicas de la sociedad americana.

— Una crónica del auge y caída del keynesianismo.

Y ello respondiendo a unas ideas básicas que no por ya descubiertas deja de ser conveniente repetir una y otra vez: que la economía no necesita un lenguaje esotérico y que las cuestiones esenciales pueden (y deberían) explicarse en forma inteligible para cualquier lego inteligente; que no hay ciencia económica digna de tal nombre si no hay una economía real bajo ella; y que la ciencia económica responde a los problemas de su tiempo (aunque Galbraith no lo diga expresamente, sí está implícito en su libro que cuando no hay grandes problemas la ciencia económica tiende a la escolástica).

El primero de los temas en que hemos pretendido diseccionar el libro nos lleva en una rápida visión hasta la crítica marxista por un lado y hasta la coronación de la economía clásica por otro, con el triunfo del marginalismo. En algo menos de 150 páginas se registra así una gran parte de la historia de nuestra ciencia. La superficialidad, la mera mención de autores (que volveremos a encontrar acentuada al tratar de los economistas del siglo XX) son inevitables. Lo son menos algunos rasgos de humor («es una pena que una figura tan universal como Platón se hubiera visto sujeta, de haber sobrevivido, a la vigilancia del FBI y la denuncia del difunto senador McCarthy», página 17). Pero el punto más discutible de esta primera parte, que se lee, sin ninguna duda, con facilidad y agrado, está, en mi opinión, en un error que no deja de tener consecuencias en el enjuiciamiento que más adelante se hará de la revolución keynesiana. Para Galbraith, parece, no hay diferencia esencial entre los clásicos (Smith, Malthus,

Ricardo) y los que nosotros llamamos neoclásicos. La preocupación esencial de todos ellos había sido siempre una explicación adecuada del proceso de formación de los precios.

Esto supone oscurecer la gran diferencia entre clásicos y neoclásicos en cuanto a cuál era el objeto esencial de su investigación. Los economistas clásicos tienen una preocupación por la evolución a largo plazo de las economías. Cuando se ocupan de precios lo hacen dentro de una teoría de valor. Tienen una clara intencionalidad política (hacen «economía política»). Y son pesimistas sobre la evolución final. Los neoclásicos o postclásicos (desde Jevons y Walras hasta Marshall) no renuncian a esa visión a largo plazo, pero enfocándola con claro optimismo, creen que el problema radica en la óptima asignación de recursos en el margen, y eso es lo que centra su interés en una teoría de los precios y la distribución esencialmente a corto plazo, o al menos intemporal. Porque descubren un mundo de competencia perfecta en el que el tiempo no existe porque el ajuste se presume, al menos lógicamente, instantáneo. Y el ajuste se produce y se produce instantáneamente porque el funcionamiento de la ley de Say garantiza el pleno empleo; y la ley de Say funciona porque precios y salarios se suponen perfectamente flexibles a la baja. Y en ese mundo perfecto ya no hacen economía política, sino «economics», teoría económica. El no apreciar esta diferencia puede inducir a confusión al lector y, desde luego, afecta a la exacta comprensión de lo que con Keynes cambia.

En su segunda mitad el libro comienza por aportar lo que, al menos para mí, tiene de más atractivo. Cuatro capítulos, XII, XIII, XV y XVI, sobre la economía en los Estados Unidos en la segunda mitad del siglo XIX y sobre el «New Deal» y la aparición en Estados Unidos del «Welfare State».

En efecto, las preocupaciones americanas diferían sustancialmente de las europeas. Los Estados Unidos habían recibido ritualmente, y sin prestar demasiada atención, la economía clásica inglesa y se habían dedicado a continuación a discutir a un nivel esencialmente pragmático y político sobre lo que ellos percibían ser sus problemas. Así, los temas centrales serían:

— Dinero, con una fuerte tendencia en favor de una política de dinero barato, representada esencialmente por W. J. Bryan y su campaña en pro de la monetización de la plata del Oeste. Y, en gran parte como consecuencia de esta inclinación populista hacia el dinero barato, una extremada desconfianza en posibles bancos centrales que lleva a que sólo en 1913 dispongan los Estados Unidos, con el Federal Reserve System, de una auténtica autoridad monetaria.

— Aranceles, con una no menos fuerte tendencia proteccionista, que culmina con la ley Smoot-Hawley de 1930. No es malo recordar que sólo como consecuencia de la superioridad industrial provocada por la Segunda Guerra Mundial han sido los Estados Unidos librecambistas.

— Monopolios, algo difícil de comprender en Europa, pero extraordinariamente importante en Estados Unidos, y no tanto por razones de eficacia económica como por defensa de los intereses del público frente al monopolista.

— Y, por fin, relación entre ricos y pobres. Con posiciones extremadas, que van desde la defensa del rico, que tanto popularizó la tesis del darwinismo social, a los ataques de Veblen. Pero todo con un común denominador: el fuerte puritanismo tanto de la defensa como del ataque; al final, Veblen ataca a «la clase ociosa», no a la clase acumuladora.

Y latiendo tras todas estas cuestiones lo que explica la diferencia real entre Estados Unidos y Europa, lo que marca la forma distinta en que la economía se desarrolla en el siglo XIX y lo que, más que otra cosa, justifica el escaso arraigo al otro lado del Atlántico de la crítica marxista a la economía política:

ca: el hecho de que los Estados Unidos son un país sin clases y con frontera, en el que incluso los rendimientos de la tierra son crecientes a medida que nuevas tierras, más al Oeste, se ponen en explotación. Ricardo y Malthus dicen poco en este mundo. Y tampoco Marx, cuando riqueza y pobreza se perciben como problemas de los individuos y no de las clases. Lástima que Galbraith no se haya extendido más en este punto apasionante.

Curiosamente, una gran parte del debate sobre esos puntos transcurrió sin economistas; cada americano era su propio economista. Como hemos indicado, a lo largo del libro se esboza también una historia del economista americano. Inexistente durante las discusiones del siglo XIX. Asalariado luego de los grandes intereses económicos al trasplantar la economía marshalliana, apologeta de un sistema de competencia perfecta pretendidamente neutral. Llamado al Gobierno por Roosevelt para aplicar un keynesianismo socialdemócrata «avant la lettre». Definitivamente consolidado en su papel por la Guerra Mundial y por la creación tras ésta del «Council of Economic Advisers».

Y en tensión con el mundo empresarial a partir de un cierto momento. Es interesante cómo Galbraith describe la resistencia de este mundo y de la «National Association of Manufacturers» a la «Social Security Act» y a la «Employment Act», explicándolas (pág. 219) como una lucha por las ideas («por la fe», dice) olvidando los intereses. Y cómo, para él, hoy el mundo empresarial americano ve como su mayor enemigo no a los sindicatos, sino a un Gobierno que puede sentirse tentado a defender al ciudadano.

Modelo keynesiano

Para Galbraith, el modelo keynesiano, presagiado ya teóricamente en algunos autores y prácticamente en las primeras actuaciones del «New Deal», rompe con la obsesión neoclásica —o para él clásica, que es lo mismo— con un mundo microeconómico de competencia imperfecta, se consagra con la Segunda Guerra Mundial y tiene su época dorada —una nueva época escolástica— en el cuarto de siglo que llega hasta la crisis desatada por la conjunción de dos hechos para Keynes imprevisibles: la inflación de salarios y la crisis del petróleo. Tras eso el desahucio del keynesianismo y, sobre una ciencia económica que en lo esencial no ha creado nada sustancial en 25 años (aunque sí en lo instrumental: economía matemática, técnicas «input-output», modelos), la necesidad de construir nuevas respuestas a nuevos problemas. Todo lo cual requiere ciertas puntualizaciones.

En primer lugar es dudoso que la interpretación que de Keynes hace Galbraith sea la que más conviene suministrar a un profano. Frente a los neoclásicos, Keynes pretende explicar las fluctuaciones a corto plazo de la economía, no rechazando la lógica neoclásica, sino los hechos que daban por supuestos. Y concretamente negando que en la realidad precios y salarios fuesen flexibles a la baja. Así que cuando Galbraith afirma que Keynes no creía que la reducción de los salarios llevase al pleno empleo está siendo, al menos, inexacto. Si fuera posible reducir los salarios (que

no lo era) y si los precios fueran perfectamente flexibles a la baja (que no lo eran), la reducción de salarios «sí» llevaría al pleno empleo.

Si se entiende así el keynesianismo —y no sólo como una receta de política económica que propugna gasto público y déficit presupuestario para combatir el paro— es más difícil cantar su réquiem. Porque, salvo en los posicionamientos más dogmáticos, es posible integrar el monetarismo en la forma de entender la economía que Keynes nos legó. Que en esencia trata de explicar las variaciones a corto plazo de producción, empleo y precios en una economía en la que existen determinadas relaciones de comportamiento que pueden variar, y de hecho varían, en el tiempo. Por tomar un ejemplo que Galbraith no utiliza: la inflación que él llama de salarios —o de costes, como nosotros la llamaríamos— se explica porque, por varias razones, los sindicatos no sólo no aceptan caídas de los salarios monetarios, sino que presionan por subidas incluso en situaciones de alto paro. Esto —y más cosas, claro— está detrás de la «stagflation». Y a ello ciertamente la política económica keynesiana no ha dado solución. Ni tampoco la monetarista estricta.

Pero en las páginas finales Galbraith no se ocupa precisamente en profundidad de lo que ha de hacerse en esta situación. Tras la afirmación de que en los países desarrollados cantidad de productos, precios e incluso distribución de la renta no son ya problema, porque el problema real es tener o no tener empleo, se extiende en consideraciones algo difusas sobre las resistencias que los profesionales de la economía oponen a la renovación de su propia ciencia, sobre las ventajas (inevitables, pero probablemente intrasplantables) del modelo japonés, sobre la reacción a un mundo cambiante de la gran corporación y sobre la necesidad de acabar con la compartimentación entre micro y macroeconomía. Para terminar pidiendo que se comprenda que economía y política no pueden vivir separadas. Cosa que, uno piensa, ha sido generalmente bien comprendida por quienes se han dedicado seriamente a una u otra actividad.

La conclusión es difícil. Por razones histórico-personales uno tiende a leer lo que el profesor Galbraith publica. Pero si tuviera que formular una recomendación que desearía positiva sobre la lectura de este libro, dudaría. Con la excepción de los cuatro capítulos expresamente mencionados no creo que el economista profesional vaya a encontrar en este libro nada especialmente relevante y sí algún motivo de irritación. Y en cuanto al estudiante o al simplemente curioso pueden leer, sin duda con mayor provecho y menos riesgo de confusión, muchas otras cosas (por ejemplo, aunque anticuado, el libro del ilustre economista Eric Roll, a quien *A History of Economics* está dedicado).

Una nota al pie de la página 3 del libro que comentamos dice: «La vida sistemática de la ciencia económica cubre, desde Adam Smith, unos doscientos años. Para cierta sorpresa mía me he dado cuenta de que he estado profesionalmente presente y he conocido a casi todos los participantes durante toda una cuarta parte de ese tiempo.» Eso son cincuenta años de vida como economista profesional. Lamentablemente, al profesor Galbraith se le empieza a notar la edad. □

RESUMEN

El economista norteamericano John K. Galbraith cree que la economía no necesita un lenguaje esotérico y que las cuestiones esenciales pueden y deben explicarse en forma inteligible para cualquier lector inteligente. Juan

Antonio García Díez se encara con la figura de Galbraith y se refiere a una obra suya reciente que es una buena muestra de cómo tratar temas económicos para acceder al público en general.

John K. Galbraith

A History of Economics. The Past as the Present

Hamish Hamilton, Londres, 1987. 324 páginas.

Ramón cumple cien años

Por Francisco Ynduráin

Francisco Ynduráin (Aoiz, Navarra, 1910) ha sido catedrático de Lengua y Literatura Españolas en las Universidades de Oviedo, Zaragoza y Complutense de Madrid, además de rector de la Universidad Internacional Menéndez Pelayo, de Santander. Se ocupa de distintos temas y autores, desde los del Siglo de Oro a los contemporáneos.

La publicación de una de las obras de Ramón menos recordadas, *El libro mudo* (secretos), con admirable estudio preliminar de Ioana Zlotescu, ya acreditada en su conocimiento y exégesis de la literatura ramoniana, nos trae con anticipo inmediato el obligado y exigible recuerdo de un autor menos presente de lo que debiera, ahora que se cumple el primer centenario de su nacimiento en Madrid.

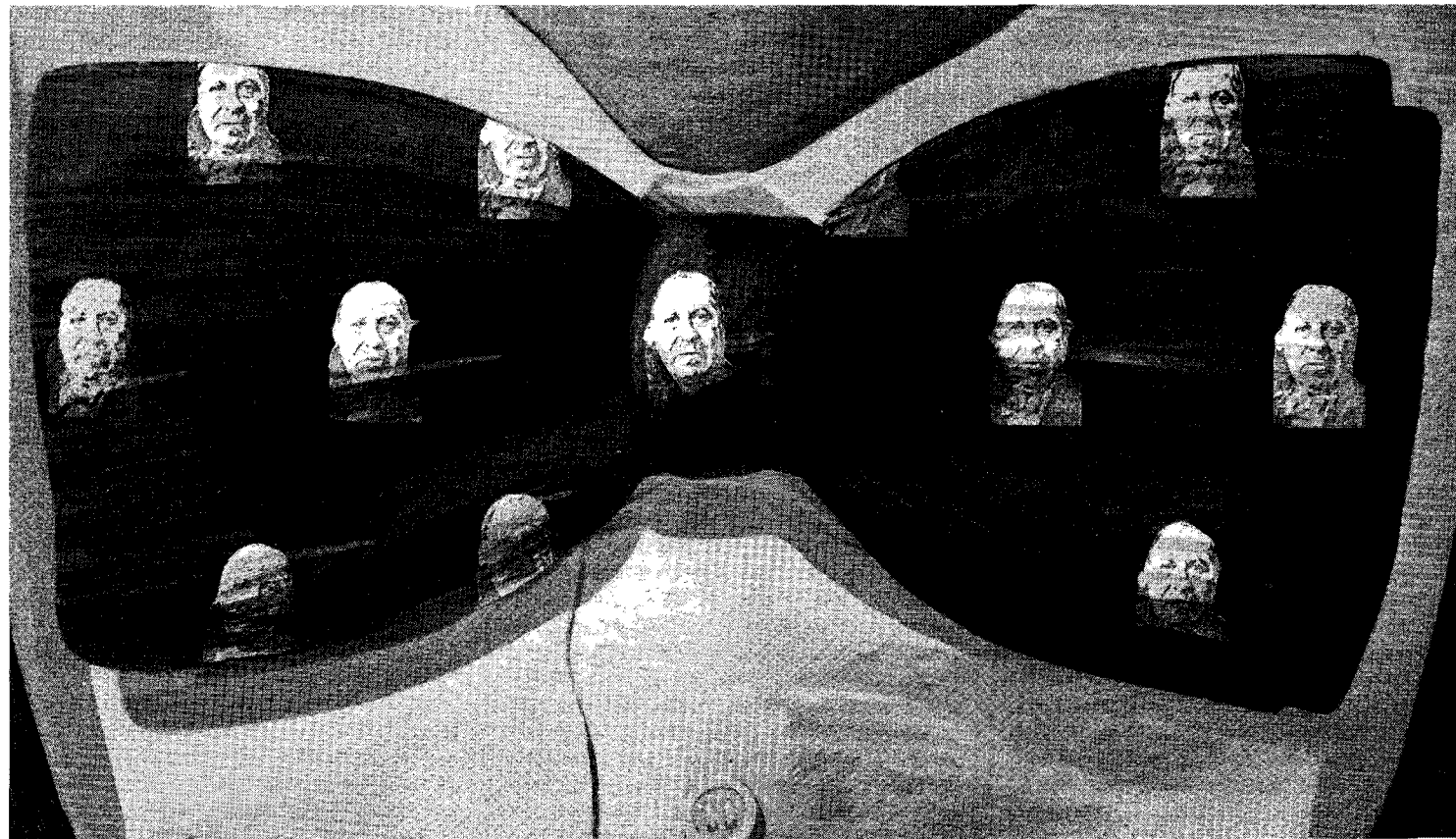
La erudita introductora de la nueva edición de un texto olvidado, y apenas atendido por la crítica posterior ni por la contemporánea, nos hace gracia del aparato erudito de menor interés, ahorrándonos notas a pie de página que empalagarían el texto sin ventaja cierta para el lector. A cambio, nos brinda 80 páginas de muy puntual noticia propiciando la mejor lección, junto con un estudio y análisis de valores literarios y sus implicaciones, con lo que saca del olvido y pone a punto lo menos atendido en la copiosa literatura que nos legara Ramón.

No debo resumir lo que se nos ofrece sin hinchazón, escueta y limpiamente, y que es parte de otros estudios de la investigadora rumana, que tanto nos han enseñado, ya sobre temas y más especialmente sobre el lado autobiográfico en las letras del polígrafo madrileño, aquí o en Francia. Un último estudio suyo acaba de aparecer en la *Revista de Occidente* (núm. 80, enero 1988: «Ciudades para una época»). Según mis noticias, prepara una sonada conmemoración ramoniana en Buenos Aires y anuncia páginas inéditas, memorias entre otras, que se nos darán pronto a conocer, no de las conservadas en la Universidad de Pittsburgh. ¿Qué ocasión para que Madrid ante todas, Lisboa y París —que ya lo hizo— dediquen la atención que el genial escritor merece!

Si alguno ha alcanzado la antonomasia para su nombre de pila, no sé de alguno con más vigencia que Gómez de la Serna, y eso que convivió con otros Ramones de relevante nombradía en las letras: Valle Inclán, Pérez de Ayala y el filólogo maestro de tantos don Ramón Menéndez Pidal. Así nuestro antonominado pudo titular, sin riesgo de ambigüedades, «Ramonismo» uno de sus ensayos incluido en *Ismos* (Madrid, Biblioteca Nueva, 1931), por donde elevaba su escritura a categoría artística de cuño exclusivo. En ese año le llega la coyuntura favorable para resumir brillantemente su tabla de valores aplicada a las diversas artes, cine incluso.

Cada obra, cada libro, nos pide lectura adecuada, sin prejuicios, con la entrega receptiva que provoque el texto. Pero uno bien sabe cómo se nos imponen cotejos no sólo desde antecedentes coetáneos y posteriores, sino desde la misma línea del propio autor. Aquí surge una pregunta para la que no propongo respuesta, que dejo a cada cual emitir, y es la de cómo valoraríamos este libro de Ramón de no enfrentarlo con lo que en su tiempo se llevaba, más otra interrogación que afecta a lo que significó en el conjunto de su prolífica obra. Son términos de contraste que dejaré inoperantes en la superficie de mi exposición.

Lo que no puede silenciarse ahora y para la fecha en que aparece nuestro libro es lo que de innovador había en su propósito, afiliado pero con libertad, a lo que venía a corregir la literatura prestigiada. Entonces, ya cuántas veces más, se ha tenido lo más moderno como mejor: futurismo, ultraísmo, en suma, vanguardismos, valían como marcha-



ALFONSO RUANO

mo de calidad. En su revista «Prometeo», Ramón nos dio los manifiestos de Marinetti, el primero, y los dedicados a los españoles. (Poco después, y en la editorial Sempere, de Valencia, se publicaron los mismos textos futuristas. La edición no tiene fecha, pero puede ser de 1912.) *El poeta asesinado*, de Apollinaire, traducido por R. Cansinos Assens, lleva prólogo de Ramón, con una caricatura del rumano-francés por Picasso (Madrid, Biblioteca Nueva, 1924). Sus viajes a París, gracias a la ayuda conseguida por su padre, le permitieron estar al día en las corrientes europeas cuando en Madrid y en el resto del país dominaba cierto provincianismo, con las excepciones consabidas: Baroja, Juan Ramón, Ors...

Viniendo ya a una aproximación a *El libro mudo*, remito a la introducción de la escritora Zlotescu, que nos ha dejado limpio de dudas lo que había de problemático. Silverio Lanza, el Ramón que se cubre con el seudónimo de Tristán, más las palabras de Juan Ramón, abriga el texto. Al final, «Fe de erratas: ¡Féel!», que firma Tristán, se salva de las erratas y de las faltas de «ortografía», porque Ramón tenía entonces la suya propia: así, por ejemplo, «lexivo» (pág. 213), puede valer por «lesivo»; pero suenan a voluntarias las grafías de «excéptico», «excepticismo», así como «extravismo», que tal vez le dicen más que con la sibilante «s», desde unas «x» abiertas en el escéptico y el estrábico.

Ramón empieza por retratarse desdoblándose en Tristán y vale la pena entresacar algunos pasajes del prólogo. Se autorretrata en lo externo, en su vivienda —calle de la Puebla—, en su estudio, donde «hay muchas cosas». Cosas que «rompen su homogeneidad, pero a veces le ayudan, y entonces las admira. En él hay una paradoja del inadaptado y del adaptado que ha planteado en *Morbideces* y que crea en él maneras contradictorias. Pero el espíritu que triunfa sobre todo, el máximo, es el de la inadaptación». Ya con su propio nombre redacta un «preliminar». Este es un poscriptum que va al comienzo del libro y por eso se llama «preliminar» (pág. 85). Sigue el texto del libro, en dieciocho entradas sin más marca que la separación tipográfica, lo que hace sospechar —y se confirma leyendo— un compuesto cumulativo, no orgánico precisamente, si bien todo resulta de una autorreflexión, no de autobiografía en el sentido habitual. Cada entrada y cada párrafo se abren con un «Ramón», que en las primeras van antepuestas de «(...)» grafía que reitera al final de

cada párrafo, seguida de «)» al final de cada entrada. La separación por doble espacio entre párrafos está rigurosamente observada. «No sé si apenas esto es un libro. Lo publico para evadirme»; pero se siente a salvo, evadido en «la Australia ideal —¡oh «Freiland» quimérico!—... al qué sólo pueden ir hombres como yo.» Y termina con la data: «A los veintidós años después de mi nacimiento, es decir, a los no sé cuántos después de la creación, de mi creación.»

Desdoblamiento

La proyección en el desdoblamiento que hace el autor de su personalidad tiene remotos ascendientes en la literatura de las confesiones y llegará a fórmula retórica en la novela posterior, en la del «nouveau roman», Butor especialmente, como expuse antaño. Los signos de paréntesis proponen algo como recogimiento, que deja abierto a la sugestión con los puntos suspensivos, si no interpreto erróneamente.

Si se acoge a un lema tomado de Nietzsche, de cuyas ideas acoge, entre otras, la de la transmutación de los valores (Sobejano ha detectado más huellas del filósofo), como si apela a eso que llaman «umbral interior», tomado de la psicología, o aduce autoridades científicas —con dudosa si no equivocada escritura—, todo ello abona una formación o, al menos, una curiosidad por lo último. En todo caso, lo que no puede negarse es un grado de originalidad ya en la introspección con variados enfoques cuya mirada supone la más atenta curiosidad a su ser en el mundo, en el histórico y en el trascendental, sin desatender cuestiones sociales.

La andadura del texto ronda, si no incide, en lo ilógico, por un asociacionismo libérrimo que le permite los saltos más inesperables en longitud y dirección, como en lo que leo en la entrada XII, una de las más extensas y complicadas: de unas teorías sobre la propiedad, testamentos, amojonamientos y demás limitaciones legales —¿reacción ante el padre?— que conlleva el derecho a la propiedad, pasa a fumar su pipa que le lleva hasta un pensamiento «absurdo»: «Nuestro rato férico, de comprobar nuestra absurdidad... De un asesinato brotó el sexo de la mujer... El sexo en lo que tiene de voluptuoso y no de maternal...» Y por el nuevo campo de su abierta imaginativa sigue, ahora, entre el sexo y lo sá-

dico. ¿Quién pone puertas al campo? ¿Y quién abarca los linderos de la mente de Ramón? Como don Quijote en sus andanzas cuando dejaba rienda suelta a Rocinante para que eligiese ruta propicia, así Ramón elude cauces impuestos por la razón racionante y deja que la imaginación, cuando no las mismas palabras, le alumbren visiones que atraillar en su discurso.

En otra de las entradas, en la XIV, una de las más ceñidas y breves, partiendo de un enunciado de largo alcance «(Ramón, hay que concebir supremamente estas cosas...», viene a desembocar luego en un quiebro con apuntes sobre la Condesa Rusa, artista de circo. Por aquí se nos evade hasta la busca de la mujer ideal, de la que tenemos el zapato perdido por ella, única pista para identificar a la fugitiva. Recuerdo, sin mención ni alusión, del sabido cuento. Ahora lo circense, el Kursal (sic) o el Eden Concert en apuntes inconexos adrede vienen a desembocar en: «Ramón, otra vez conmigo. Y alrededor el mar. Porque todo es mar. Porque la tierra hace en los hombres, y hace en mí y en los otros el mismo gesto que se deshace sin moraleja en el oleaje...» Para concluir: «Ramón, mar yo mismo... Por ahora han fracasado las palabras y las doctrinas y no queda otro remedio que fumar ya esparcido y convicto y confeso...»

El texto no lleva marca de diario, tan acomodado a la autobiografía, ni se nos da noticia del tiempo histórico; no hay cronología, pero sí reiteradas marcas del proceso del día: mañana, madrugada, noche, con afinidad al tono del discurso. Ni sabemos nada de lugares, espacios vividos, salvo si pasan a cobrar sentido de símbolos. Lo cual no obsta para que diga su rechazo de tal referente. Pero se impone una excepción, y bien relevante, a la ausencia de localización espacial, pues nada menos que el Rastro tiene ya una presencia que cobrará nuevo sentido cuando sea motivo de una novela corta y de dos libros dedicados al batiburrillo de objetos allí almacenados. No es el «Marché aux puces» lo que llama su atención, aunque escribe en París, sino el conglomerado madrileño, aunque su elogio del absurdo le hace evocar «la rue Pigalle del Bal Tabarin», como lugar igual al furgón que lleva los muertos de epidemia.

Lo que merece atención más demorada, si se tiene en cuenta lo que sería después esti-

Viene de la página anterior



ALFONSO RUANO

mulo y atracción recurrente en su obra mayor, es su penetrante mirada hacia las cosas, los objetos, incluso los menos literarios tradicionalmente.

Nadie como él ha dado acogida y potenciado significativamente a cacharros excluidos del mundo artístico, del de las letras sobre todo. Puede sonar a contradicción su rechazo de la fábula y el símbolo, esto es, de la aplicación moral desde un plano realístico, frente a un texto como el que transcribo: «Ramón, lástima de que esta noche, en que se ve bien la luna, se vea el perfil de los aleros... ¡Se ven los aleros!...» Y sigue, desde lo que han llamado «umbral interior»: «Ramón, ¡pero los aleros, y las espadañas, y los faroles de gas!... Toda visión natural [...] siempre tiene como borde presidario algún alero turbador, el de las instituciones morales, cuando no el de los tejados... ¡Algo ha de desenfocarnos!...»

La aplicación moral no puede estar más evidente. Desde este punto habría que indicar el ideario que contiene *El libro*, para obtener el dato de cuando escribe, entre sus veinte y veintiún años, contrastado con lo que haya cambiado a lo largo de su vida y escritura. Me limito a decir que, sin adscripción a partido, siente la llamada de la libertad y hasta de la anarquía frente a constricciones sociales, morales y religiosas que impiden su realización plena, del gran individualista. Un solo ejemplo: «Ramón, los directores que crearon la idea de la Justicia absoluta y piramidal —idea para frontispicio—, como han conquistado a las muchedumbres con ella, surtiéndose a sus expensas como los vaticanistas de la de Dios para engrosar el tesoro de San Pedro, no la han podido abolir, pero han hecho arbitrario el Procedimiento. El Procedimiento no es visible ni fraseable en el sentido lírico con que se ha fanatizado a las muchedumbres con la Justicia, que bien monumentalizada, hace sufrir todos los vilipendios a la muchedumbre siempre bajo la tiranía y la tutela de la metafísica...» (pág. 134 de la edición citada).

De aquí a su *Automoribundia*, toda una larga vida. Se ha dicho, se ha escrito, que hay en su prosa calidades poéticas; pero no es con el mismo sentido como lo han hecho Antonio Marichalar, Gaspar Gómez de la Serna o Luis Cernuda, o uno mismo hace un cuarto de siglo, y cada cual con su teoría aplicada. A mí me basta, en este caso, con que el escritor tenga conciencia de la palabra ya desde su entidad sonora, antes de saber o aplicar su significado, como lo explicará mucho más tarde

en un ensayo memorable: «Las palabras y lo indecible.» Otro criterio para ver poesía, lirismo también, ahora en *El libro mudo*, y que puede ser el de una actitud contemplativa, me brinda ocasión para seleccionar este pasaje: «Ramón... Estamos abiertos en fuente y en flor y en viento sobre la noche. Una noche así, tan silenciosa y tan extensa, le abre a uno de cabeza a pies pasando por el pecho, como un girasol que girasoleara a la noche en vez de al sol» (pág. 258).

Y aquí se nos ofrece otro aspecto de la estilística ramoniana, el de la creación de palabras, como este «girasoleara», más o menos dentro del sistema de la lengua. Con libérrima minerva se vale ya en este *Libro* del juego que permite el idioma en la derivación de términos, si no en el uso, establecido por su cuenta.

Desconfianza de los adjetivos

En su visita al Rastro se acoge a su ambiente, se hunde en él: «Ramón, ya nos vamos pozando bien...» El sufijo -izar, tan fecundo en la formación de verbos, le sirve más allá de lo establecido y usadero: «intimizan», «soberaniza», «inertizan». O le vale como segundo elemento en la derivación: «absurdizable», «lejanización». O si ha escrito «monetizar la alegría». El despectivo, a veces, -ería, remacha en «bagatelería» y «grotesquería». Pero no puedo registrar la larga lista de estas derivaciones, que resumo en una de las más acertadas, cuando escribe del mamífero que «arborece hacia adentro», fina y precisa captación del incoativo -ecer.

En otro momento manifiesta su desconfianza de los adjetivos, ¿por su imprecisión ocasional? O sospecha que algún día sólo nos queden las cinco vocales, «y así podamos ser más del viento, del cielo, y de las aguas y así entremos mejor en la composición de todo color y de toda naturalidad. (...) Ramón, ya nada nos decimos... Oooo... Estamos abiertos en fuente y en flor y en viento sobre la noche...» (pág. 145). Si esto no es prosa poética, que hace que crea más por sugestión que por dicción directa, ¿dónde la había igual en su tiempo? Otra cosa son los versos, no siempre poéticos. Según Gaspar Gómez de la Serna, su tío sólo publicó dos poemas y en «Prometeo»: «Nieve tardía» y «A Juan Ramón, el maravilloso autor de *Olvidanzas*». No

me parece suya la cuarteta que incluye en *El libro mudo*:

«—¿Y alguna palabra tuya
repetirle no podré?

—Dile que a sus ojos miran
mis ojos que ya no ven» (pág. 141).

Para él nada hubo en su vivir tan entrañado como la literatura, «un estado del cuerpo» desde donde no hay fronteras que le aislen de la naturaleza: «Esta noche pacíficamente me he hecho una enredadera alrededor de un árbol centenario. Al llegar a la copa me he hecho dos campanillas y después me he vuelto a recoger y me he vuelto a bajar y me he hecho otra vez este ser sin costumbres y sin parecer.» O puede sentirse arborecido en comunión con el pinar, otra experiencia que hace vibrar su prosa con remonte poético: «Ramón, en esta hora de sol sólo (sic) en el pinar tumado como raíz suya, al descubierta... somos ya bastante simples para satisfacernos al sentir cómo es cauce y huesa, es decir, madre, porque las huesas tienen un día de ascensión o de resurrección: el día de las meteorizaciones, el día después de la fermentación en que todo se concierta de nuevo» (pág. 260). Mirada más allá de la física, no sé si metafísica.

Recogiendo velas, no puedo preterir expresiones que, desde textos posteriores, sueñan a gérmenes de lo que acabará por denominar «greguerías». Ahora, todavía, en comparaciones valiéndose del fácil recurso retórico del «como», que irá siendo eliminado para más agilidad en la escritura, reflejo de la visión: «una risa sana, como gallardete de fiesta», «charcos de lluvia como ojos místicos», «el mar, asomando tan varonil y tan gracioso como los machos cabríos cuando sienten su plenitud».

Debo a Teodoro Llanos, doctor con una tesis, *Aportación al estudio de las greguerías*

RESUMEN

La publicación de uno de los libros más íntimos y secretos (además de innovador para la época en la que apareció) de Ramón Gómez de la Serna es la oportunidad que apro-

vecha Francisco Ynduráin para traer a estas páginas la vida y obra del inclasificable escritor madrileño y madrileñista, de quien en este año se cumple el centenario de su nacimiento.

de Ramón Gómez de la Serna, la captura de estas primicias gregueriles y en nuestro *Libro* (hay edición de la tesis, en reprografía, Madrid, Universidad Complutense, 1980. La tesis fue leída el 26-III-1974). En fin, y sin haber agotado tantos otros pasajes provocativos, *El libro mudo (secretos)* nos revela una persona en compromiso consigo mismo y con su medio social, no es literatura de evasión ni, mucho menos, deshumanizada. La experiencia que pueda parecer vulgar, provoca reacciones que ven más allá, que miran y buscan.

Valga por otros más el comentario que le sugiere la visita al Rastro: «Ramón, nuestros paseos por el Rastro... acaban con toda la prosopopeya alrededor. El lo viola todo. Es donde aprendí más nihilismo ex cátedra. Ramón, la transmutación de todos los valores, la verdadera, la menos lírica, la sugiere el Rastro. Nada es nada, ni es de nadie...» (págs. 201-204).

En carta autógrafa que veo en *Ramón y las vanguardias*, de Francisco Umbral, en papel con membrete de la revista «Prometeo», sin fechar, escribe al poeta Sucre, del que acoge poesías para su publicación, y termina: «Dentro de unos días mi libro mudo. Seamos absurdos para encontrar nuestra veracidad que está en nuestro spoliarium interior, porque la sensatez nos hace portarnos parricidamente con nosotros mismos.» Testimonio que me parece necesario para la lectura más aproximada al propósito del autor.

La edición de *El libro mudo*, no venal, pasó inadvertida y su autor hubo de esperar a ser atendido por la crítica solvente con nuevas muestras de su fecundo ingenio. Gaspar Gómez de la Serna, en su magistral estudio, *Ramón* (Madrid, Taurus, 1963), percibió claramente lo esencial de aquel texto: «largos soliloquios con los que el autor se enfrenta con el drama humano para descomponer sus factores ficticios y dar paso, en "serio", a los verdaderos» (pág. 115). Forma y fondo se nos precisan en estas pocas frases. Luis S. Granjel verá, por su parte, lo que de autobiográfico tiene ya la primera parte de *Morbideces* (1908), de «autobiografía interior», para relacionarla con *El libro mudo*, «de subido valor de testimonio personal», pero que «carece de valor literario» (en *Retrato de Ramón*, Madrid, Guadarrama, 1963, pág. 150). Por su parte, José Camón Aznar, maestro y amigo inolvidable, es quien mejor había entendido el libro de nuestro escritor, en *Ramón Gómez de la Serna en sus obras* (Madrid, Espasa-Calpe, 1972), de donde tomo, y suscribo, lo esencial: «Libro inconexo y, sin embargo, trabado como un alma vibrando y cada una de cuyas ondas forma esos apartados separados por líneas en blanco como una interrupción meditativa» (pág. 110). Antes había hecho notar lo que hay de «metafísico» en el texto ramoniano.

Una vez más, y tantas otras, la historia la hace la posteridad, la de hechos y la de valores: autores y libros no se evaden nunca de la contingencia que ya Horacio nos dejara con marca memorable para los segundos: «Habent sua fata libelli». Opúsculos y obras mayores.

Ioana Zlotescu nos ha recuperado *El libro* desde la oscura preterición a que lo habían relegado la negligencia por una parte, o tal vez el deslumbramiento del mejor y caudaloso Ramón. □

Ramón Gómez de la Serna

El libro mudo (secretos)

Ed. de Ioana Zlotescu, Fondo de Cultura Económica, Madrid, 1987. 284 páginas.

Veinte novelas españolas de cinco siglos

Por Gonzalo Sobejano

Gonzalo Sobejano (Murcia, 1928) es profesor de la Universidad de Columbia (Nueva York). Cultiva el estudio de la literatura española de los siglos XVII, XIX y XX. Autor de Nietzsche en España, Novela española de nuestro tiempo y Clarín en su obra ejemplar.

Veinte novelas españolas de los siglos XVI al XX sometidas a exámenes varios, en un manejable volumen, por sendos críticos alemanes actuales, puede ser empresa digna de comentario por más de una razón: la excelencia del hispanismo alemán, el contraste de métodos diversos, el por qué de la selección, la utilidad del instrumento. Curiosidad especial suscita la norma evaluativa que consagra unas obras y deja en la sombra otras. Cuanto más lejana la época, menos discutible el canon (lo escogido por otros como ejemplar) o más consolidado por el dictamen de los entendidos y por el juicio público. Me referiré, pues, en forma sumaria a las novelas de los siglos XVI a XVIII, y con algo más de amplitud a las posteriores, las menos «canonizadas» todavía.

Cánones firmes

Del siglo XVI son tres las novelas escogidas: un libro de caballerías, un relato picaresco y un libro de pastores. En su capítulo sobre *Amadís de Gaula* pondera Albert Gier la ejemplaridad de la figura del caballero así en el ámbito cortesano como en la memoria heroica de su tiempo, y la importancia de las reflexiones moralizadoras: destinado a la minoría nobiliaria en clima de acabada reconquista católica, el libro obtuvo en Francia signo más mundano y alcanzó así difusión mayor.

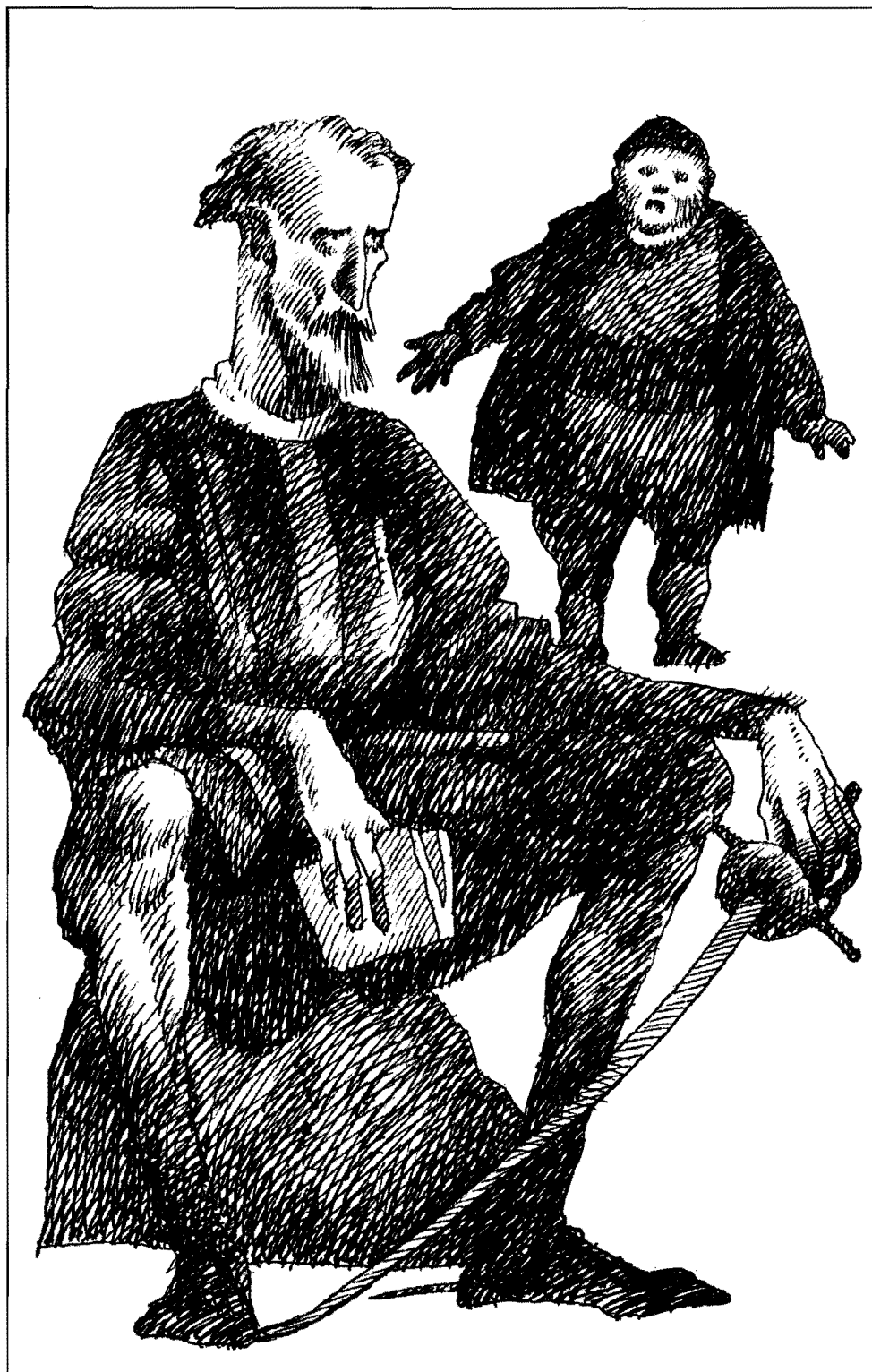
Breve pero completo es el estudio dedicado por Bernhard König a *Lazarillo de Tormes*, cuyo «caso» se interpreta aquí como caída: en busca de una caridad inhallable, Lázaro aprende a identificar la virtud con la maña y el ascenso pecuniario con el descenso moral; contraejemplo irónico que realiza su significación en la forma misma de la novela, dispuesta por tríadas y estaciones en un sumario al fin del cual el vencedor, por sentirse en la cumbre de la buena fortuna, puede exhibir todos sus fracasos previos.

El más corto capítulo de la colección es el de Christian Wentzlaff-Eggebert sobre la *Diana* de Montemayor a la luz de criterios formalistas, recepcionales y comparativos. Muéstrase aquí, por ejemplo, cómo la *Diana*, genéricamente, tiene no poco de novela en clave, libro de caballerías y comedia en prosa. *Amadís*, *Lazarillo* y *Diana*, traducidos pronto, irradiaron ejemplaridad literaria hacia otros pueblos, promoviendo derivaciones fecundas, y tal sería la principal causa de este «canon» del siglo XVI.

Comparable y mayor es la energía generadora de las novelas del XVII: *Guzmán de Alfarache*, *Don Quijote*, *El Buscón* y *El Criticón*. Un profesor español que enseña en Alemania, Angel San Miguel, autor de una monografía centrada en la estructura del *Guzmán*, se ocupa del «pícaro» desde el punto de vista aquí casi sólo contenidista, lo cual hace difícil al lector, en este contexto, percatarse del significado de la obra en la gestación de la moderna novela, la sutil variedad de su arte monologal sobre todo.

Más difícil era presentar en pocas páginas el *Quijote*. Tras referirse a su difusión universal, su complejidad y su valor de «entretenimiento», Heinrich Bihler distingue cuatro aspectos a los que atiende cumplidamente: génesis, estructura, ideas y técnica narrativa. Cuando la influencia de una obra en el mundo es tan amplia y penetrante como en este caso, las pruebas huelgan.

Menos clara parecería la influencia en el caso de *El Buscón*, por lo que Hans Gerd Röt-



MIGUEL ANGEL PACHECO

ter otorga a este asunto detenido espacio, recordando cómo la versión francesa de Scarron (1633), con su signo eudemónico y burgués, fue la traducida por ingleses y alemanes, que recibieron así un *Buscón* desfigurado. Frente al dilema «intención psicoética / arte puro», Rötzer propone una síntesis: arte puro al servicio de la imagen sarcástica del caído insalvable. La «caída» no es ahora motivo de ironía (*Lazarillo*) ni pretexto para lecciones de redención (*Guzmán*), sino testimonio de que el noble niega al infamado cualquier posibilidad de ascenso.

Para Ulrich Schulz-Buschhaus, *El Criticón* es una suma vital, artística, biográfica y de época que, pendiente en muchos rasgos del arte de Heliodoro, organizase como alegoría de final no feliz, cumpliendo a un tiempo el esquema de la peregrinación política y de la filosófica y compensando con la agudeza de la composición y del lenguaje la monótona negatividad. También estas cuatro obras novelescas del siglo XVII transpusieron pronto las fronteras con virtud sembradora, aunque sea fácil notar que, frente a la plenitud y generosidad del *Quijote*, las obras de Alemán, Quevedo y Gracián, no obstante su intensidad expresiva, pertenecen cerradamente al discurso satírico.

Advierten los editores en la introducción de esta antología la predominante originali-

dad de la novela española antes del siglo XIX, su aproximación fecunda a la europea en el XIX y una nueva originalidad en el XX. Al llegar al siglo XVIII parece obvio que estos críticos alemanes (todos ellos docentes), no pudiendo apelar a un canon «universal», han recurrido a un canon «universitario»: si dicho siglo merece estudio dentro de un plan de enseñanza, ¿qué novelas elegir que no sean la *Vida de Torres* y *Fray Gerundio de Campazas*?

Antología móvil

Curiosamente, el capítulo más largo de la antología después del consagrado a Cervantes es el dedicado por Hans Ulrich Gumbrecht a la *Vida* de Torres Villarroel, que apenas es novela y nunca se tradujo al alemán. Resulta ser, no obstante, el estudio tal vez más incitativo de la colección. Planteado como pregunta o problema a Niklas Luhmann (el autor de *Soziale Systeme*, 1984), describe el texto como testimonio de la vivencia de una crisis. A su alardeada función pública yuxtapuso Torres una imagen de su «yo» singular divergente de aquel papel. Su autobiografía «fracasada» interesa por ello mismo al intérprete más que la autobiografía de la Ilustración, individualista y sentimental.

En cuanto a *Fray Gerundio*, Dietrich Briesemeister se esfuerza por iluminarlo como un libro paródico acerca de los libros, la lectura, los lectores y el lenguaje. Con una concepción menos didáctica (o menos histórica) del canon, no hubiera sido difícil prescindir de estas muestras narrativas de un siglo que en otros géneros de literatura merece más atención.

La segunda mitad del XIX es un período tan rico en novela como todo el siglo XVIII fue pobre. Cuatro títulos representan aquí dicho período: *La Gaviota*, *Pepita Jiménez*, *La Desheredada* y *La Regenta*. En *La Gaviota*, según Manfred Tietz, la novela es el marco y las costumbres el cuadro: un cuadro que procura conservar la actualidad como en fotografía, pero idealizándola. Arranca Tietz de la observación de Eugenio de Ochoa sobre la escasez de acción en *La Gaviota*, a distinción de su abundancia en los cuentos, para insistir en la composición de la novela por medio de digresiones, reducción de tiempo y espacio y afán propagandístico de dar a conocer a un público extranjero costumbres y caracteres de España. La imagen idílica perseguida por Fernán Caballero no impide el ansia de emancipación de la arisca «Gaviota» ni la condena, que la autora fulmina, de quien quiso ascender, aunque el impulso hacia arriba sea aquí síntoma de una sociedad que iba abriéndose (no, como en *El Buscón*, de una sociedad cerrada).

El trabajo de Klaus Pörtl acerca de *Pepita Jiménez* reseña las partes de la novela, las actitudes del autor y de sus personajes-narradores, el timbre dieciochesco de la forma epistolar y, como innovación de más peso, el realismo interior de ese pequeño milagro de Valera que estamos habituados a admirar, si no con entusiasmo, con templado respeto.

Por su parte, el ilustre hispanista Hans Hinterhäuser, autor de un libro clásico sobre los *Episodios Nacionales*, repasa en su escrito sobre *La Desheredada* la presencia de algunos factores naturalistas y señala la ausencia de otros: no hay escenas de amor carnal, ni determinismo, ni impasibilidad narrativa. Prevalecería en esta novela la filiación quijotesca sobre la bovaryana, y aunque Galdós use con incipiente habilidad el estilo indirecto-libre, tan privilegiado por Flaubert, no anticipa el monólogo interior. Otras marcas formales, como la estructura lineal y la relación casi paternalista del narrador hacia el lector, impedirían calificar a Galdós de «novelista moderno» (convendría distinguir entre modernidad «actual» y modernidad «adelantada»: Galdós fue moderno a su tiempo y para su tiempo; precursor de Proust, Joyce o Kafka, no lo fue).

Dos aspectos de importancia ofrece, en fin, el ensayo de Ursula Link-Heer acerca de *La Regenta*. Por un lado, atiende a una intertextualidad española (no francesa): Mesía se vincula a don Juan Tenorio y Quintanar a don Quijote (paródicamente), mientras Ana Ozores se relaciona con doña Inés y Santa Teresa (también con la Virgen María). Para esta codificación autóctona inspirase la autora de este estudio en el prólogo que Galdós puso a la edición de *La Regenta* de 1901, donde reivindicaba las raíces españolas del naturalismo. Por otro lado, admitiendo que aun la novela más realista es una «construcción» de realidad (en este caso levantada sobre los intertextos literarios de Zorrilla, Cervantes y Santa Teresa; pero también, ¡cuidado!, con los de Flaubert, Zola y Eça de Queiroz, por muy rastreadas que hayan sido tales pistas), la intérprete acaba aceptando que semejante construcción, para actualizarse, depende de la realidad histórica en que el texto se crea. La construcción no impide el «reflejo»: reflejo en este caso de la teatralidad, la trivialidad y falta de carácter, la evasividad y la inautenticidad del mundo social de la época. Despreñese de aquí una lección que sería saludable atende-

Viene de la página anterior



ran ciertos fanáticos defensores de la «autonomía» de la novela: si una novela «naturalista» no tiene nada de «reflejo» ni admite la «mimesis», ¿podía ser tan obtuso Zola como para afirmar que «faire mouvoir des personnages réels dans un milieu réel, donner au lecteur un lambeau de la vie humaine, tout le roman naturaliste est là», o Clarín tan ciego como para definir la novela en términos de «reflejo de la vida, no abstracción de un narrador», «imitación total de la vida, copiándola en todo su aparecer», etc.? Con otras palabras: la novela de hoy quiere ser principalmente construcción y lo es, aunque en alguna medida haya de ser también reflejo; la novela de 1880 quería ser primordialmente reflejo y lo era, aunque no pudiese menos de ser también, como toda novela en cualquier época, construcción.

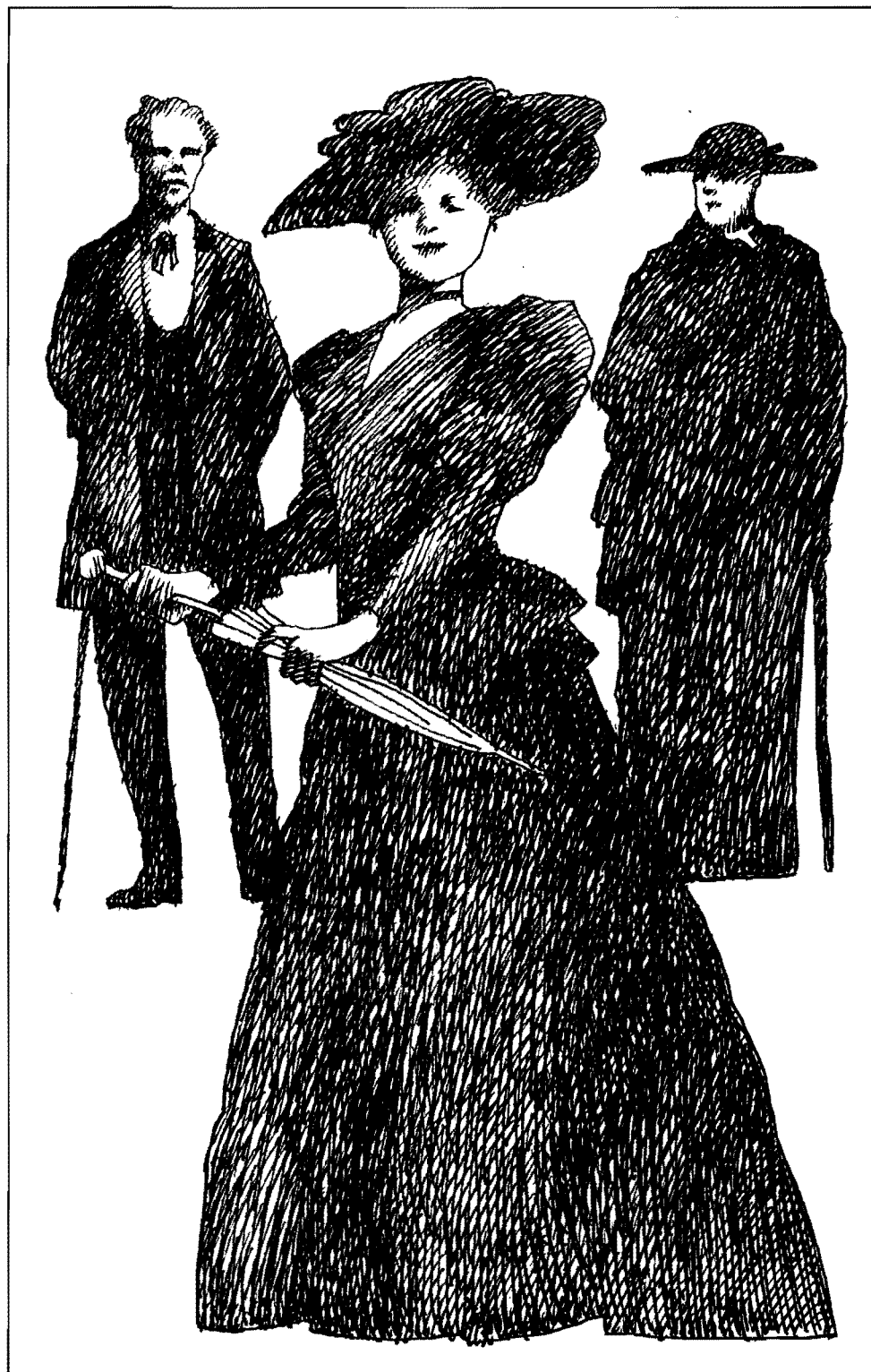
Pocos lectores osarían reemplazar las nueve primeras novelas de este elenco por otras (¿quién escogería en lugar del *Lazarillo* la *Selva de aventuras* o en lugar del *Guzmán* un *Marcos de Obregón*?). Pero la selección parece más ardua según el tiempo es más próximo y el canon ha tenido menos ocasiones de confirmarse. ¿Por qué *Pepita Jiménez* y no *El sombrero de tres picos*, tan traducida y celebrada en Alemania y otros países? ¿Por qué *La Desheredada* (no traducida al alemán, a lo que suponemos) y no, por ejemplo, *Fortunata y Jacinta* o *Misericordia*? ¿Por qué *La Regenta*, a no ser porque desde hace veinte años se ha revalorado en España y porque está siendo traducida a varios idiomas recientemente? Ahora las motivaciones del canon se hacen en apariencia más arbitrarias. *La Gaviota* y *La Desheredada* figuran aquí por su función iniciadora: aquella abrió paso al realismo y ésta al naturalismo en una España alerta a los adelantos de las letras francesas y, en general, europeas. *Pepita Jiménez* es la novela más afortunada de un gran humanista que no se limitó a componer novelas. De la tardía y trabajosa recuperación de *La Regenta* compendí los datos esenciales en otras páginas, y el espacio no permite volver sobre ello.

Para terminar. De siete novelas consta el ejemplario del siglo XX. Otro español que enseña en tierra alemana, Pere Juan i Tous, se ocupa de *El árbol de la ciencia*: concéibela como «novela de la desilusión», «autobiografía» y «novela generacional», y examina en estos tres aspectos el pesimismo, pero también un empeño de esperanza en la ciencia, propósito que comenzaba en España a cobrar realidad firme en 1911, fecha de la obra de Baroja.

La interpretación de *Niebla* trazada por Gerhard Müller destaca su temprana condición de «antinovela» forjada en descrédito del realismo del XIX. El título, el género, los complementos, el prólogo a la inversa, la inventada historia, todo tiende a destruir las expectativas usuales. Augusto Pérez es el antiseñorito y antihéroe del 98; al narrador impasible del naturalismo se opone el «yo» creador de Unamuno; las interpolaciones labran un texto heterogéneo; el personaje se rebela contra el autor; y hay antidescripción, anticostumbrismo, contra-historia y anti-ilusionismo lúdico.

Muy atento a destacar lo innovativo es el análisis de *Tirano Banderas* hecho por Harald Wetzlaff-Eggebert, quien subraya su condición de «novela de la dictadura» (no del «dictador»), su escritura sintética (entre la visión estelar y el esperpento) y su fuerza crítica. Tan fuera de duda está el poder germinal de esta obra de Valle Inclán que el crítico no pierde el tiempo en registrar consecuencias hispanoamericanas y prefiere recordar otros rasgos: la protagonización colectiva, la pluralidad de acciones coordinadas y un expresionismo cercano al «nouveau roman».

Como crítica de la época en cuanto crítica del «discurso» (ideología) enfoca Volker Roloff *La colmena*, novela de la urbe no en su dinamismo (Dos Passos, Döblin), sino en su cotidiana parálisis. Con su ámbito negativo en el café y positivo en el burdel, esa ciu-



MIGUEL ANGEL PACHECO

dad, contemplada como cementerio, descubre irónicamente la opresión fascista (Roloff no parece conocer la mejor edición y estudio de *La colmena*, de Darío Villanueva, 1983).

El *Réquiem por un campesino español*, de Sender, es una «novela corta», como tal no equiparable a las otras; pero el estudio que le dedica Titus Heydenreich expone lo esencial de su encanto: el dinamismo captado en lo estático, los contrapuntos (voz íntima del cura y voz pública del romance, pasado y presente, cristianismo y paganismo), los sacramentos como enlace entre el campesino y el sacerdote, la tipicidad de los personajes; y tienen estas páginas un acento de compasión hacia el solitario forzado a sobrevivir en la culpa.

Hans-Jörg Neuschäfer presenta *Cinco horas con Mario* (aún no traducida al alemán) para observar sobre todo la agresividad de la viuda como recurso defensivo y como oblicuo modo de alejar la censura reservando la exposición de todo a una persona del bando de los posibles censores. Si no a justificar, tiende a explicar Neuschäfer a la desgraciada Carmen Sotillo, como hicieran ya otros estudiosos, más que ninguno Alfonso Rey.

Y el último ensayo del tomo es el de Wolfgang Asholt sobre *Señas de identidad*, pieza axial en la trayectoria de Juan Goytisolo y por ello bien elegida, aunque más densas

y revolucionarias sean otras novelas suyas. Asholt examina el fondo histórico-social, la significación estética y el fundamento autobiográfico, advirtiendo que en *Señas* no se pretende operar sobre la realidad (como en la «novela social»), sino dejar constancia de lo silenciado por las voces oficiales. Como autobiografía ficticia, el texto no identifica: desidentifica. Goytisolo es, por supuesto, otro de los autores traducidos al alemán pronto y regularmente.

Conforme lo sujeto a juicio se aproxima al punto temporal desde el que juzgamos, más difícil se hace constituir un canon estable o proyectar una posible antología equitativa. *El árbol de la ciencia* está muy bien, pero no me-

nos bien *La voluntad*, de Azorín, umbral inolvidable de la novela impresionista (o su gemela *Camino de perfección*). *Niebla* vale más como anticipo de la «antinovela» reciente que por otra cosa. Sin hallar en las novelas del siglo XX incluidas en esta selección nada que pudiera invitar a tacharlas, echamos de menos *El Jarama*, *Tiempo de silencio*, *Volverás a Región* (o *Una meditación* o *Saúl ante Samuel*), *Antagonía...*, sin pasar más acá para no pecar de apresuramiento.

Hacia los valores

Los autores de esta antología, cuya ejecución merece el más sincero elogio y que debiera ser traducida al español o emulada por españoles, declaran haber aspirado a ofrecer diversas maneras de estudiar la novela: recepción, temática, estructural, genérica, sociológica, formalista, intertextual, histórica..., y así es, y así tiene que ser si la crítica ha de subsistir; con tolerancia que acepta, no con excluyente fanatismo.

Lo único que pudiera haberse agregado hubiera sido una aclaración más específica de la razón de los cánones o motivos de selección (aunque a veces se encuentran referencias explícitas en este o aquel capítulo).

El problema de la valoración quizá esté haciéndose cada día más urgente e importante ahora que, a causa de la semiología interesada en cualquier signo, a causa de la crítica desconstruccionista empeñada en el trastorno radical de toda hegemonía, y a causa del clima «posmoderno» en que se dice vivimos, la confusión cunde.

Admitamos que, en notables proporciones, la valoración depende de la clase social en que uno se ha criado, de los intereses ideológicos, de las manipulaciones del mercado, de las modas, del prestigio de tales revistas o periódicos y casas editoriales, de la propaganda, de los medios de comunicación masivos, de los planes universitarios, de los compromisos profesionales, etc. (mucho se insiste en estos mecanismos del poder en la mayoría de los estudios reunidos en el volumen *Canons*, de Robert von Hallberg, Chicago, 1984).

A pesar de estos intereses existe la posibilidad de una lectura no interesada en ellos (reducibles a meras ocasiones tan pronto se les desenmascara) y profundamente interesada en identificar en la obra de arte esa conjunción de humanidad plenaria y generosidad artística que sólo puede afianzarse en el concierto de unos valores secularmente vividos: verdad, belleza, necesidad, plenitud. Si la obra responde a la concentración, nada en ella será superfluo, nada será indigente. Si satisface la trascendencia (el paso eficaz a la conciencia ajena), nada en ella será subjetivo, arbitrario o local: todo será potencialmente universal. Una razón de fecundidad cualitativa podría fundamentar no el canon (término demasiado hagiográfico), sino las preferencias justificables y duraderas. Aparte del poder y de los intereses materiales del poder, tales preferencias las confirma el tiempo de la historia, las expande el espacio de la cultura y las guarda y refina (modulándolas o rectificándolas) la conciencia humana a lo largo de aquél y a lo ancho de éste. □

RESUMEN

Gonzalo Sobejano, especialista en narrativa, se ocupa en su comentario de un libro colectivo en donde varios profesores e hispanistas alemanes han estudiado veinte nove-

las españolas aparecidas entre los siglos XVI y XX. Sobejano resume, acota y en ocasiones matiza los trabajos de estos investigadores.

Volker Roloff y Harald Wetzlaff-Eggebert (eds.)

Der spanische Roman vom Mittelalter bis zur Gegenwart

Schwann Bagel, Düsseldorf, 1986. 397 páginas.

Arte mudéjar aragonés

Por José María de Azcárate

José María de Azcárate (Vigo, 1919) ha sido catedrático de Arte en las Universidades de Santiago, Valladolid y Madrid. Es académico de la de Bellas Artes de San Fernando y conservador del Museo de dicha Academia. Entre sus libros destacan: Catálogo de los Monumentos Histórico-Artísticos de España, Escultura del siglo XVI y Arte en Castilla la Nueva (Tierras de España).

Al hilo de la lectura de los excelentes trabajos que el profesor Borrás ha dedicado recientemente (1) al arte mudéjar en Aragón se suscitan varios aspectos sustanciales íntimamente ligados al carácter de la cultura hispánica medieval. El estilo mudéjar, llamado así desde que Amador de los Ríos lo difundió con su discurso de ingreso en la Real Academia de San Fernando, en 1859, se ha considerado como el más representativo de nuestra cultura, como expresión de las comunidades musulmanas que se desarrollan en los territorios pertenecientes al poder político de los reinos cristianos a cuyo servicio están. Aunque el término mudéjar ha sido discutido, evidentemente es un término ya aceptado universalmente, y por otra parte sería distinguible del término «moro», aunque así se denominasen generalmente los musulmanes, por cuanto este término podría conllevar el concepto de comunidad apartada de la cristiana e independiente culturalmente. A este respecto quizás sería más correcto denominar a estas manifestaciones artísticas como «arte islamizado de los reinos cristianos».

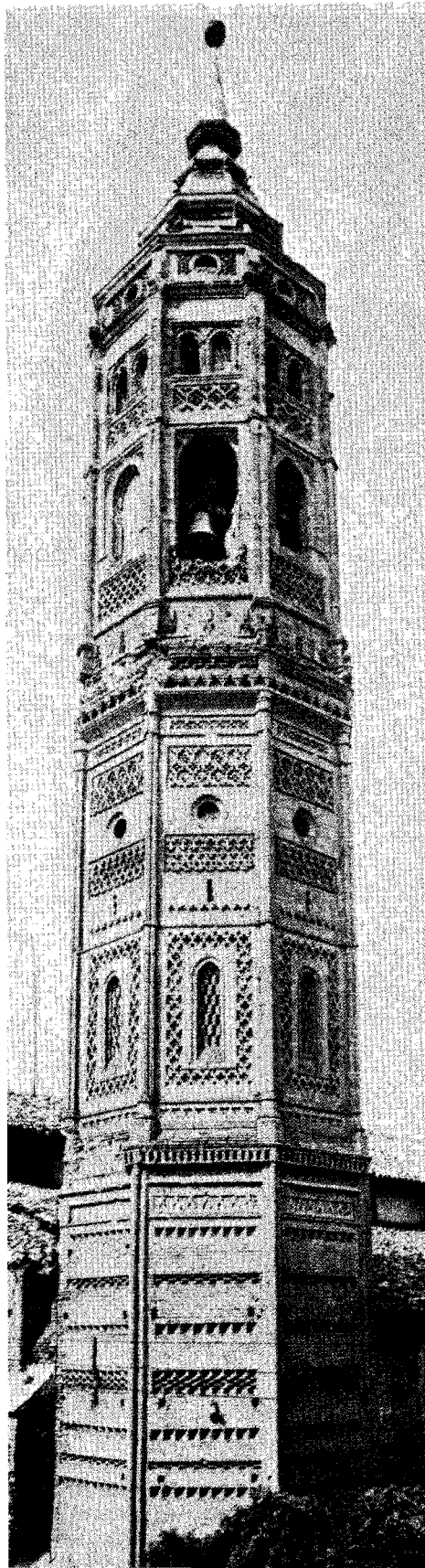
En todo caso, es claro que el arte mudéjar responde al gusto estético de la sociedad hispánica medieval (cristiana, musulmana y judía) y de ahí su popularidad, aparte de los condicionamientos sociales y económicos que facilitan su desarrollo. Desde la más alta aristocracia al pueblo más humilde, técnicas y formas musulmanas son ampliamente utilizadas, y es preciso tener presente que la iniciativa para las construcciones no parte del musulmán.

Estilo homogéneo

En este aspecto es perceptible la homogeneidad de un estilo que se desarrolla y que tiene una doble raíz. De un lado, la arquitectura occidental, fundamentalmente gótica, que está en claro proceso evolutivo a partir de su clasicismo del siglo XIII. De otro lado, la pervivencia de las formas islámicas de cada región española, y de ahí la importancia de la Aljafería en el mudéjar aragonés, vitalizada con las aportaciones andaluzas a partir de mediados del mismo siglo XIII. Ambas raíces estilísticas, que no evolucionan sincrónicamente, influyen y fundamentan las formas mudéjares en un sincretismo característico, de manera análoga a como se percibe en la última etapa de la cultura medieval hispánica con la creación del estilo hispano-flamenco, tan islámico como cristiano. Feliz fusión de formas flamígeras con las correspondientes al mundo islámico, con frecuencia recurrentes dada la carencia de originalidad del arte islámico del último período. Fusión con predominio de una u otra raíz según la etapa, pero en todo caso latente aún en los siglos XVI y nuestro tiempo. Por todo ello, como escribe Borrás, «no puede clasificarse como una parte del arte musulmán, ni tampoco del arte occidental cristiano».

En suma, no podemos considerar el arte mudéjar como un estilo de raíz islámica exclusivamente, como a veces se ha hecho, que se desarrolla en territorio cristiano, ni tampoco la inserción de sistemas decorativos islámicos que se acoplan a estructuras cristianas.

La baratura de los materiales empleados —ladrillo, argamasa y yeso—, fácilmente asequibles a pie de obra, frente a la costosa cantería del románico y del gótico, es factor im-



Torre mudéjar de la Iglesia de San Andrés de Calatayud.

portante para su difusión al mismo tiempo que la mano de obra, ya que los albañiles no requieren la preparación teórica y técnica que plantea la obra de cantería. Asimismo, la extraordinaria riqueza decorativa del frágil arte taifa se compagina con la reciedumbre de las construcciones almohades alcanzada con materiales ligeros, como las condiciones del terreno del valle medio del Ebro, son aspectos a considerar, como se percibe en las tierras leonesas y castellanas, según indicó el profesor Valdés, respecto a la evolución del mudéjar leonés y castellano en sus primeras fases y recientemente la profesora Mogollón, respecto al mudéjar en Extremadura.

No obstante, aunque los aspectos que pertenecen a la geografía monumental —en cuanto a la influencia del suelo y clima— han de ser también tenidos en cuenta, es claro que es preciso valorar la importancia del encomendante o mecenas, pues como indica el profesor Borrás, Pedro IV, el arzobispo don Lope Fernández de Luna y la Orden del Santo Sepulcro son los tres pilares en los que en bu-

na medida se asienta la eclosión del arte mudéjar aragonés del siglo XIV.

La iniciación del mudéjar aragonés es relativamente tardía respecto del foco leonés. De hacia 1200 son las iglesias de Daroca, San Juan de la Cuesta y Santo Domingo, en las que sobre un basamento románico de piedra se levanta el muro de ladrillo y aparecen ya arcos lobulados de influencia toledana, como ya se registra la influencia de la Aljafería.

No obstante, la etapa inicial del mudéjarismo aragonés hay que situarla en torno a 1284, en relación con la construcción de la iglesia de San Pablo de Zaragoza, cuya disposición primitiva era la de un templo de una gran nave cubierta con bóveda de crucería sencilla y cabecera de cinco lados, en lo que se advierte una clara relación con el gótico levantino. Pero es a partir de fines del primer tercio del siglo XIV, y en relación con los maestros que trabajan en la Aljafería, cuando se concretan las características del mudéjar aragonés.

Techumbres medievales

Es esencial la construcción de la iglesia de Santa María de Mediavilla, actualmente catedral de Teruel, en la que vemos la unificación del espacio de una gran sala que se cubre con una de las más bellas armaduras, con rica decoración pintada, del arte medieval hispánico de hacia 1300. Cubierta excepcional por cuanto son escasas estas techumbres medievales —salvo en la Parroquieta de la Seo y en Mesones de Isuela— que reflejan la influencia andaluza o toledana, no existiendo por tanto en el mudéjar aragonés esas magníficas armaduras mudéjares, «cuya traza nos deja mudos de asombro», como escribe Nuere. En su torre, que aún sigue en su estructura el modelo cristiano, ya vemos tracerías y arquerías en faja y el empleo de la cerámica, como en la de Santa María de Ateca, de fines del siglo XIII, cuyo cuerpo inferior se estructura conforme al sistema almohade de dos torres, una interior que se engloba en otra exterior profusamente decorada en sus paramentos con labores de lacería y arquerías, como la de Belmonte de Calatayud, con la que íntimamente se relaciona.

Es en Teruel, en las torres de San Martín, de 1315, y del Salvador, donde se concreta el modelo más genuino de las torres mudéjares aragonesas, tanto estructural como decorativamente. Se organizan siguiendo el sistema islámico que hemos indicado, y en los paramentos exteriores se acentúa el efecto ornamental de la lacería y labores muy diversas, organizadas en fajas de muy variadas tipologías, con abundante empleo de la cerámica vidriada, constituyendo lo que hemos denominado «labor de dechado», por cuanto evoca el repertorio que en las artes textiles tienen las artesanas, fundamentalmente en el bordado.

La primacía que se concede a la decoración, tanto a la de carácter geométrico como a la valoración de los encuadramientos y a la rica policromía de la cerámica, son notas esenciales que por su vistosidad han fundamentado la tesis de la consideración del mudéjarismo como un sistema ornamental, sin tener presente la aportación y novedad que supone la estructura de estas torres. Por otra parte, estéticamente, la valoración de la policromía y los destellos del vidriado suponen una característica esencial, pues permite integrar el volumen del conjunto o la propia superficie del paramento en el contexto ambiental. Desaparece el concepto de superficie límite para convertirse en un espacio integrado en el contexto o superficie plana indefinida. Características que se indican en la torre de la catedral de Teruel, entre 1257-1258, en virtud de la importancia de los alfares de Teruel, que con los de Calatayud tuvieron particular fama, estudiados por Isabel Alvaro. No obstante, se evita el efecto de tapiz colgado, como en ejemplos de la arquitectura oriental islámi-

ca, mediante el realce de los motivos geométricos y arquitectónicos, que producen sus sombras correspondientes.

Simultáneamente se desarrolla el tipo de torre de planta octogonal, como la de Tausete, que debe de corresponder a fines del siglo XIII según Borrás, en la que se reconoce la influencia levantina gótica, pero que no obstante corresponde a estructura islámica al ser concebida como dos torres octogonales concéntricas, con escalera entre ambas cubierta con bovedillas y aún más acentuado su islamismo con el remate octogonal con antepecho almenado. Estructura que desaparece en la fase final del mudéjarismo, según vemos en la de San Andrés de Calatayud y en la famosa y desaparecida Torre Nueva de Zaragoza.

No obstante, conforme a estructuras cristianas con escalera de caracol, es la de Torralba de Ribota (Zaragoza), lo que ha de fundamentar la proliferación de modelos mixtos, es decir, las que ofrecen en la parte inferior un cuerpo cuadrado y un cuerpo octogonal encima, entre las que es particularmente destacable la de Utebo, del siglo XVI, profusamente decorada en labor de dechado con labores de muy diversa tipología.

Es a partir de mediados del siglo XIV cuando el mudéjar aragonés alcanza su máximo desarrollo. Se han de tener presentes las intervenciones en la Aljafería, por Pedro IV, entre 1354 y 1356; la etapa del pontificado en la diócesis de Zaragoza de don Lope Fernández de Luna (+ 1382), estrechamente vinculado a Cataluña y abierto a iniciativas estéticas foráneas; y en el último tercio del siglo XIV y principios del XV el mecenazgo de Benedicto XIII, antipapa Luna, promotor de amplias construcciones en Zaragoza y Calatayud.

Espacio policromado

Obra característica es la iglesia de la Virgen en Tobed (Zaragoza), que pertenece a la Orden Militar del Santo Sepulcro, iniciada entre 1356 y 1359. Nos da el modelo en el que se valoriza el espacio interior policromado, en sentido opuesto a la diafanidad, y la valoración de las líneas arquitectónicas de las iglesias levantinas, pues el revestimiento policromado de los muros produce el efecto óptico de la tapicería que oculta las estructuras, lo que es principio esencial de la estética islámica avanzada. Es de una nave organizada con tramos muy estrechos que alternan con otros anchos, con contrafuertes al exterior como torres encuadrando las capillas laterales.

Templo que es ejemplo señero por cuanto sus formas nos llevan a otros edificios de la segunda mitad del siglo XIV, contribuyendo a su belleza la riqueza decorativa de sus muros exteriores, conforme a la que por estos años se hace en la Parroquieta o capilla de San Miguel de la Seo de Zaragoza, enriqueciéndose su decoración interior con el agramillado del enlucido con motivos geométricos y de lacería y pintura con predominio de rojos y negros.

El alfarje del coro de esta iglesia de Tobed tiene las armas de Benedicto XIII y es, por tanto, posterior a 1394. Su relación con el del coro alto de Santa María de Maluenda y la evidente conexión con la decoración gótica levantina de los ventanales de este último tramo nos lleva a las obras de Mahoma Rami, que trabajó para Benedicto XIII. Advertimos en las obras de este maestro la fusión de las formas góticas con las islámicas, en un proceso de integración característico como precedente del estilo hispano-flamenco.

A este respecto es muy característica la iglesia de San Félix de Torralba de Ribota (Zaragoza), iniciada en 1367, pero no terminada hasta el segundo decenio del siglo XV al menos. Es esta iglesia uno de los más bellos ejemplos del mudéjarismo, en la que se acusa ma-

Viene de la página anterior



yor influencia cristiana, quizás debido a la carencia de población musulmana en la villa. En ella es característico el revestimiento de sus paramentos interiores remediando labores textiles que en su policromía contrasta con la relativa sequedad de su exterior. Su conexión con las obras relacionadas con Mahoma Rami, que en 1426 firma la rica decoración de la iglesia de Cervera de la Cañada, es evidente.

Obra fundamental

Esta iglesia de Cervera de la Cañada, junto con las de Tobed y Torralba de Ribota, integran el más bello conjunto de la decoración interior de principios del siglo XV en el mudéjar aragonés. Esta iglesia de Cervera de la Cañada nos ofrece una planta de dos tramos y ábside poligonal de cinco lados. La inscripción en el coro con la fecha de terminación de 1426 y la mención de Mahoma Rami como su maestro —«obra edificada: por: mahoma: rami: con dios»— son datos de suma importancia, ya que este maestro trabaja asimismo en la cabecera de la Seo de Zaragoza, en la que es clara la influencia gótica.

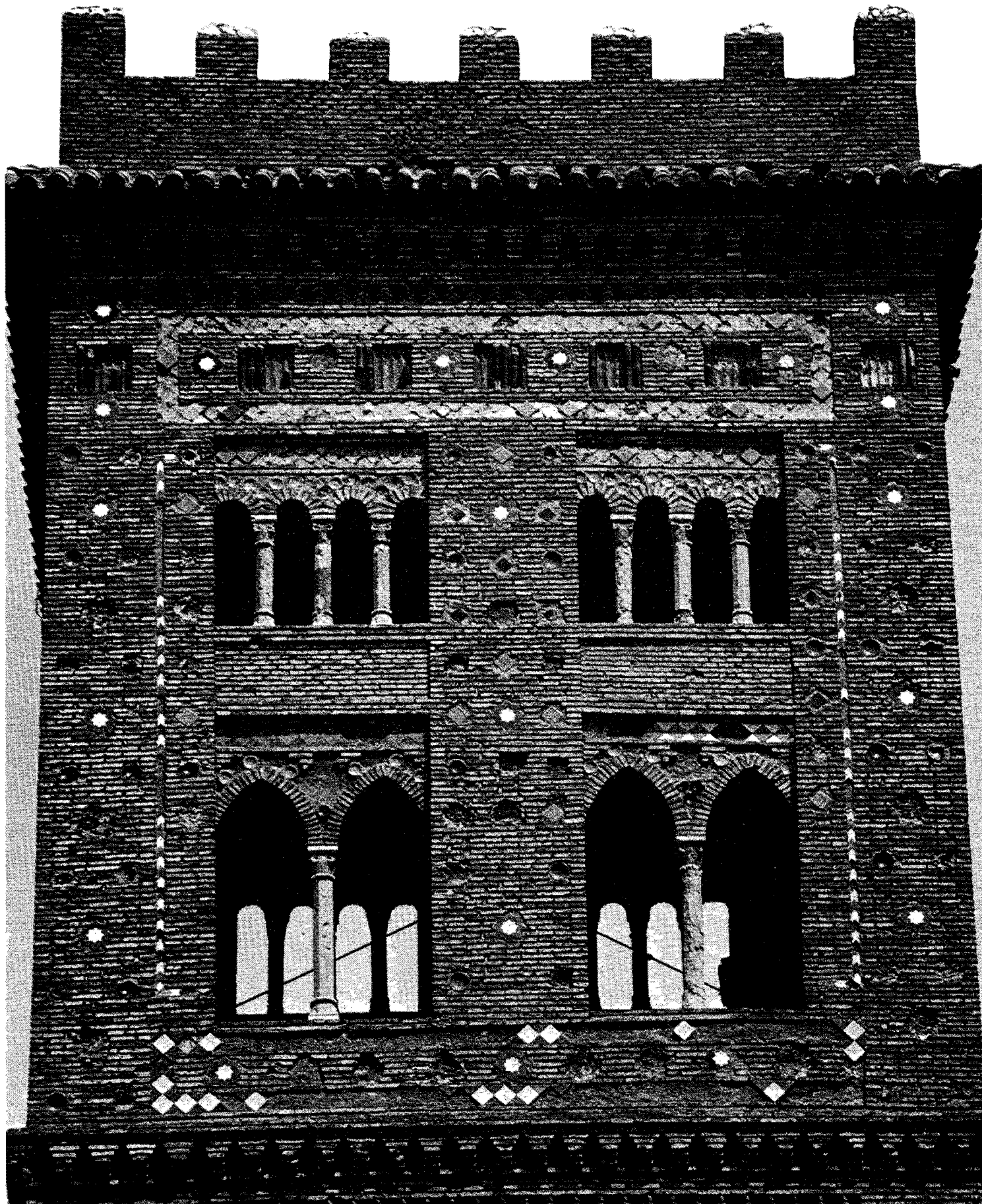
En 1374 se inicia una obra fundamental en este arte cristiano islamizado con la construcción de la capilla de San Miguel, conocida como la Parroquieta, en la Seo de Zaragoza, construida por don Lope Fernández de Luna, que en ella yace en magnífico sepulcro. Se introduce la influencia andaluza con la documentada intervención de los maestros sevillanos Garci y Lope Sánchez, en 1378-79, que erigen la más bella fachada del mudéjar aragonés, con labores de lacería variada, organizada en fajas y paneles y enriquecida mediante la aplicación de policromía cerámica esmaltada. Cubre el crucero de esta capilla una bellísima techumbre octogonal, con limas moamares de tipo andaluz, excepcional en el mudéjar aragonés.

Se debe esta techumbre al maestro Lope Sánchez, que para el mismo mecenas construye la de la capilla del castillo de Mesones de Isuela en 1379, decorada con pinturas trecentinas debidas al taller de Juan y Nicolás de Bruselas.

Estas construcciones del último tercio del siglo XIV y primeros decenios del siglo XV nos conducen a las obras de las iglesias de Maluenda, que se relacionan con el mecenazgo de Benedicto XIII. Sobresale en la de Santa María el magnífico alfarje de su coro, firmado por el maestro Yucaf Adolmalih, en la que se coloca una curiosa inscripción en árabe con la profesión de fe musulmana («No hay más Dios que Dios, Mahoma es el enviado de Dios») junto al texto en latín del Evangelio de San Lucas, hoy prácticamente desaparecida («Mas él pasó por en medio de ellos y se fue...» 4,30). La de las Santas Justa y Rufina, que sigue la misma tipología, se fecha por inscripción en 1413.

Por estas mismas fechas se trata de la reforma de la cabecera de la Seo de Zaragoza, que tiene escudos de Benedicto XIII, y se trata de la construcción de un cimborrio que se hace entre 1403 y 1410, en el que interviene el maestro Mahoma Rami. No obstante, este cimborrio ya acusaba ruina en 1417, y se requiere la presencia de los maestros Corla de Molinos e Isambart, de Daroca, lo que nos lleva a una sugerencia por el enigmático Isambart, nombre éste que abre amplias sugerencias respecto a la introducción del arte flamenco en España por su posible identidad con los que se citan en Sevilla y Palencia por estos años, como el mismo lugar de Daroca en relación con Juan de la Huerta, que se instala en Dijon en 1443. No obstante, el cimborrio vuelve a acusar ruina, por lo que en 1505 interviene el toledano Enrique Egas junto con maestros cristianos y mudéjares.

Son muy característicos los ventanales de esta cabecera de la Seo, en los que debió de intervenir Mahoma Rami, pues advertimos la



Torre mudéjar de la Iglesia de San Martín de Teruel (detalle del cuerpo superior).

fusión de la decoración, de clara raíz islámica-sebka y azulejos en los paramentos, con las formas góticas de las tracerías, mostrando una vez más el ejemplo de esta tendencia a la integración del mudéjar del siglo XIV con las formas flamígeras góticas que caracterizan a la arquitectura cristiana.

Benedicto XIII, mecenas

En la misma línea han de situarse otras numerosas iglesias, entre las que destaca la de Morata de Jiloca (Zaragoza), con su magnífico paramento septentrional que evoca el muro de la Parroquieta. Asimismo es muy importante el grupo de iglesias de Calatayud, aunque las destrucciones y las reformas han determinado la merma de su valoración, a pesar de las múltiples referencias históricas a la belleza y carácter peculiar de sus formas, que no obstante aún podemos vislumbrar a través de lo conservado. Es importante destacar, a este respecto, las noticias referentes al mecenazgo de Benedicto XIII, como los restos antiguos de la iglesia de Santa María la Mayor, particularmente la torre, que es una de las más bellas y mejor conservadas de Aragón, en la que su parte inferior debe de corresponder al

siglo XIII y la central al siglo XV, octogonal de estructura de alminar, mientras el cuerpo de campanas, hueco, es del siglo XVI y el chapitel del siglo XVIII.

Como hemos podido observar, desde principios del siglo XV se produce una permanente y cada vez más amplia y decisiva irrupción de las formas y estética de la fase final flamígera gótica, en muchos aspectos coincidente con la estética hispano-islámica, testimonio de una verdadera integración cultural. No obstante, la persistencia de las for-

mas islámicas con notas recurrentes ha de mantenerse a lo largo del siglo XVI, cerrándose el ciclo con los cimborrios de Teruel de 1538 y de Tarazona de 1545-1549, la magnífica y sorprendente Torre de Utebo de 1544 y la original Torre Nueva de Zaragoza, tristemente desaparecida en nuestro siglo. □

(1) Además del libro citado en la ficha: *Enciclopedia temática de Aragón*, tomo 3, Arte 1. Moncayo, Zaragoza, 1986, y *El arte mudéjar en Teruel y su provincia*. Diputación Provincial de Teruel, Teruel, 1987. 83 páginas.

RESUMEN

El arte mudéjar, expresión de las comunidades musulmanas que se desarrollan en los reinos cristianos de la Península, respondió al gusto estético de la sociedad hispánica medieval. De esta extendida manifestación artística,

que no puede clasificarse como una parte del arte musulmán, ni tampoco del arte occidental cristiano, trata el profesor Azcárate en su comentario a partir de varios trabajos de Gonzalo Borrás sobre el arte mudéjar aragonés.

Gonzalo M. Borrás Gualis

Arte mudéjar aragonés

Tres volúmenes. Colegio Oficial de Aparejadores y Arquitectos Técnicos de Zaragoza y Caja de Ahorros y Monte de Piedad de Zaragoza, Aragón y Rioja, Zaragoza, 1985. 357 y 534 páginas más 10 planos y secciones desplegables.

Mente material, materia mental

Por Manuel Perucho

Manuel Perucho (*La Roda, Albacete, 1948*) se doctoró en Ciencias Biológicas en la Universidad Complutense de Madrid. Ha trabajado, becado varias veces, en Alemania y Estados Unidos. Actualmente es profesor de Bioquímica en la Universidad del Estado de Nueva York en Stony Brook.

La historia de la ciencia ha demostrado que la postura materialista conduce al desarrollo del conocimiento y del progreso, mientras que la postura idealista no. Es también evidente que el progreso científico y cultural ha tenido lugar mediante una lucha entre estas dos concepciones opuestas que se remonta al enfrentamiento ideológico de los atomistas griegos y la escuela platónica. Así, las concepciones materialistas y deterministas de Demócrito encontraron una resistencia encarnizada por parte de la postura idealista de Platón que se adecuó perfectamente a (y por tanto contó con el apoyo de) la ideología política y religiosa dominante en la sociedad antigua y medieval. Baste citar la desproporción exagerada en cualquier libro de Filosofía entre el espacio dedicado a Platón y el dedicado a Demócrito, reflejo (en parte) del hecho de que sólo fragmentos de las enseñanzas del último sobrevivieron a la etapa oscurantista de la Edad Media (a pesar de que escribió tanto o más que el primero).

El desarrollo gradual de la concepción materialista de la Naturaleza ha tenido lugar a través de saltos moderados (aunque revolucionarios), resultado del esfuerzo individual del cerebro humano contra la visión idealista dominante en su época. Sin embargo, aunque estos pensadores originaron un avance ideológico, sus propias limitaciones culturales crearon puntos de apoyo para las concepciones idealistas conservadoras subsiguientes (aunque forzosamente modificadas), que los utilizaron concienzudamente hasta el siguiente salto revolucionario. Si bien Aristóteles fue el creador de las Ciencias Naturales, fueron sus mismas concepciones teleológicas heredadas de Platón las que condujeron eventualmente a la parálisis del progreso científico por más de dos mil años. De igual manera, la concepción mecanicista de Descartes del organismo viviente supuso un salto hacia delante, pero a costa de

reforzar filosóficamente el concepto dualista de las sustancias opuestas, materia y pensamiento, la «res extensa» y la «res cogitans». Este ha sido el lastre ideológico arrastrado por más de trescientos años que obstaculizó el progreso sobre el estudio de la naturaleza de la mente humana, que es así uno de los últimos bastiones de la postura idealista. En palabras de Paulov, «la marcha ininterrumpida de las Ciencias Naturales desde Galileo se detiene ante el segmento superior del cerebro... Esta detención no es al azar, ya que el cerebro humano, que creó y sigue creando las Ciencias Naturales, pasa a ser objeto de investigación por las mismas» (1).

Aunque pudiera parecer que el enfrentamiento materialismo-idealismo fue superado hace tiempo, lo cierto es que la pugna continúa todavía (y con certeza continuará), disfrazada con otras terminologías, pero esencialmente inalterada en su concepto fundamental. Y como sugerimos anteriormente, esta lucha no es sólo externa, entre representantes de ambas tendencias, sino también interna, como forcejeo intelectual del individuo que se debate entre estas concepciones. Un ejemplo claro está representado por la evolución del pensamiento de Max Delbrück reflejado en su obra póstuma *Mind from matter?*, editada recientemente por un grupo de amigos, colegas y alumnos a partir de las conferencias que dio en los cursos académicos de 1975 y 1977 en el California Institute of Technology (Caltech) sobre el tema que él definió como «Epistemología evolutiva».

Max Delbrück estudió Astronomía y Física Teórica en la Alemania de la preguerra. La interpretación de Niels Bohr sobre la mecánica cuántica (de la que fue uno de los creadores) y sus implicaciones sobre la naturaleza de la materia viva influyó en que Delbrück se interesara por la Biología, y en concreto por el fenómeno fundamental de la reproducción. Delbrück razonó que la complejidad de la materia viviente, poniendo como ejemplo a la célula como unidad biológica fundamental, reside en el hecho de que cualquier célula individual representa, más que un evento físico, un evento histórico, porque conlleva en sí las experiencias de un billón de años de experimentación por parte de sus predecesores. La verdadera esencia de la vida es pues la acumulación de experiencia a través de las generaciones, y el problema clave en Biología es,

por tanto, el explicar cómo la materia viviente se las apaña para fijar y transmitir esas experiencias. En otras palabras, lo que al físico le gustaría comprender es cómo se realiza este proceso de autorreproducción, por ejemplo de un virus bacteriano (bacteriófago), que veinte minutos después de haber entrado en la célula es capaz de producir cientos de partículas virales idénticas a la inicial.

Así, Delbrück se concentró en el estudio de la replicación de los bacteriófagos desde su llegada a la Caltech en 1937. En 1945, Delbrück organizó, junto con Alfred Hershey y Salvador Luria, el primer curso de verano sobre bacteriófagos en Cold Spring Harbor, que iba a ser el núcleo y catalizador del desarrollo explosivo de lo que después se denominó Biología Molecular. Fue en reconocimiento a su labor pionera y de dirección intelectual que Delbrück recibió (junto con Hershey y Luria) el Premio Nobel de Fisiología o Medicina en 1969.

Mecánica cuántica

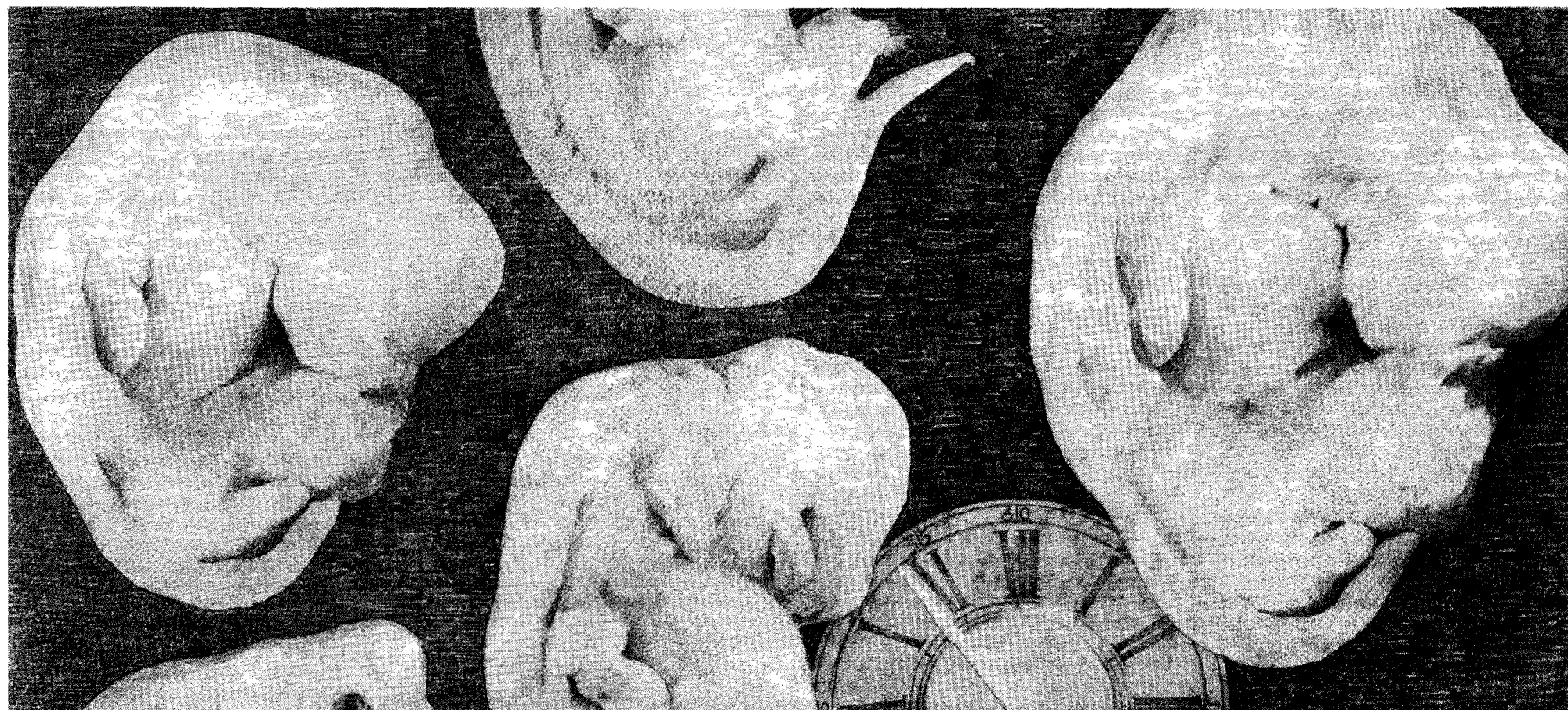
Basándose en las incertidumbres existentes sobre la naturaleza de la materia, subyacentes a la teoría de la mecánica cuántica (ejemplificadas en el principio de indeterminación de Heisenberg), Delbrück argumentó, de acuerdo con Bohr, que de igual manera existirían en Biología ciertas propiedades esenciales que para ser comprendidas requerirían el descubrimiento de nuevas leyes que no serían reducibles a la física atómica. Delbrück postuló que el conocimiento exacto de la composición química de la célula viva no sería posible ni a través de un análisis de su estado presente ni tampoco a través de su modo de origen evolutivo. En sus propias palabras, «la estructura química detallada de una célula viva es así operacionalmente indefinible y por tanto conceptualmente sin sentido» (2).

La paradoja es por tanto evidente. El enfoque reduccionista de Delbrück al estudio del fenómeno biológico esencial de la reproducción, mediante el análisis de un sistema sencillo como la replicación de los virus bacterianos, condujo al desarrollo de la Biología Molecular, que eventualmente demostró que Delbrück (lo mismo que Bohr) estaba equivocado. Una vez conocidos los mecanismos moleculares de la autorreproducción biológica a

partir del descubrimiento de la estructura del DNA y del código genético, quedó bien claro que no había por qué buscar esas «otras leyes de la Física». En principio, todo lo que se necesita para entender la estructura y función de la sustancia hereditaria es la formación y destrucción de puentes de hidrógeno.

Una vez que Delbrück comprendió que el estudio de la reproducción biológica no iba a revelar las paradojas que él había esperado, encauzó sus esfuerzos hacia la frontera de investigación biológica para la cual todavía no se podían imaginar mecanismos moleculares razonables: el funcionamiento del sistema nervioso superior. «Mientras que la Genética Molecular nos ha enseñado a reconciliar las características del mundo viviente... con la incorruptibilidad del mundo físico, no ha resuelto nuestra incertidumbre acerca de las nociones de "conciencia", "mente", "conocimiento", "pensamiento lógico" y "verdad", que son también elementos de nuestro "mundo"» (3). Este interés (que Delbrück llevó al plano de la investigación experimental mediante el análisis del fototropismo de un organismo tan sencillo como el hongo *Phycomices*) sentó las bases para lo que luego, cerca del retiro, iba a ser el tema de las conferencias sobre lo que Delbrück categorizó como una «investigación de las capacidades cognitivas humanas expresadas en varias ciencias», resultado de lo cual es *Mind from matter?*

El objetivo de Delbrück en esta colección de ensayos fue responder, o al menos formular, estas preguntas: ¿Cómo fue posible que el pensamiento, la mente humana, pudiera originarse a partir de un Universo inanimado y por consiguiente sin mente? Y, si llegamos a la conclusión de que la mente apareció a partir de un mundo inorgánico gracias a un proceso evolutivo darwiniano, porque este proceso de selección natural proporcionó una ventaja adaptativa y reproductiva a nuestros antepasados de la Edad de Piedra, ¿cómo es que la evolución nos hizo un regalo, la mente humana, capaz de elaborar las teorías más profundas sobre la estructura de la materia y la naturaleza de la vida, que sobrepasa con creces las necesidades para las que fue seleccionada, es decir, el construir herramientas de piedra y el contar historias de caza alrededor de la hoguera?



ARTURO REQUEJO

Viene de la página anterior



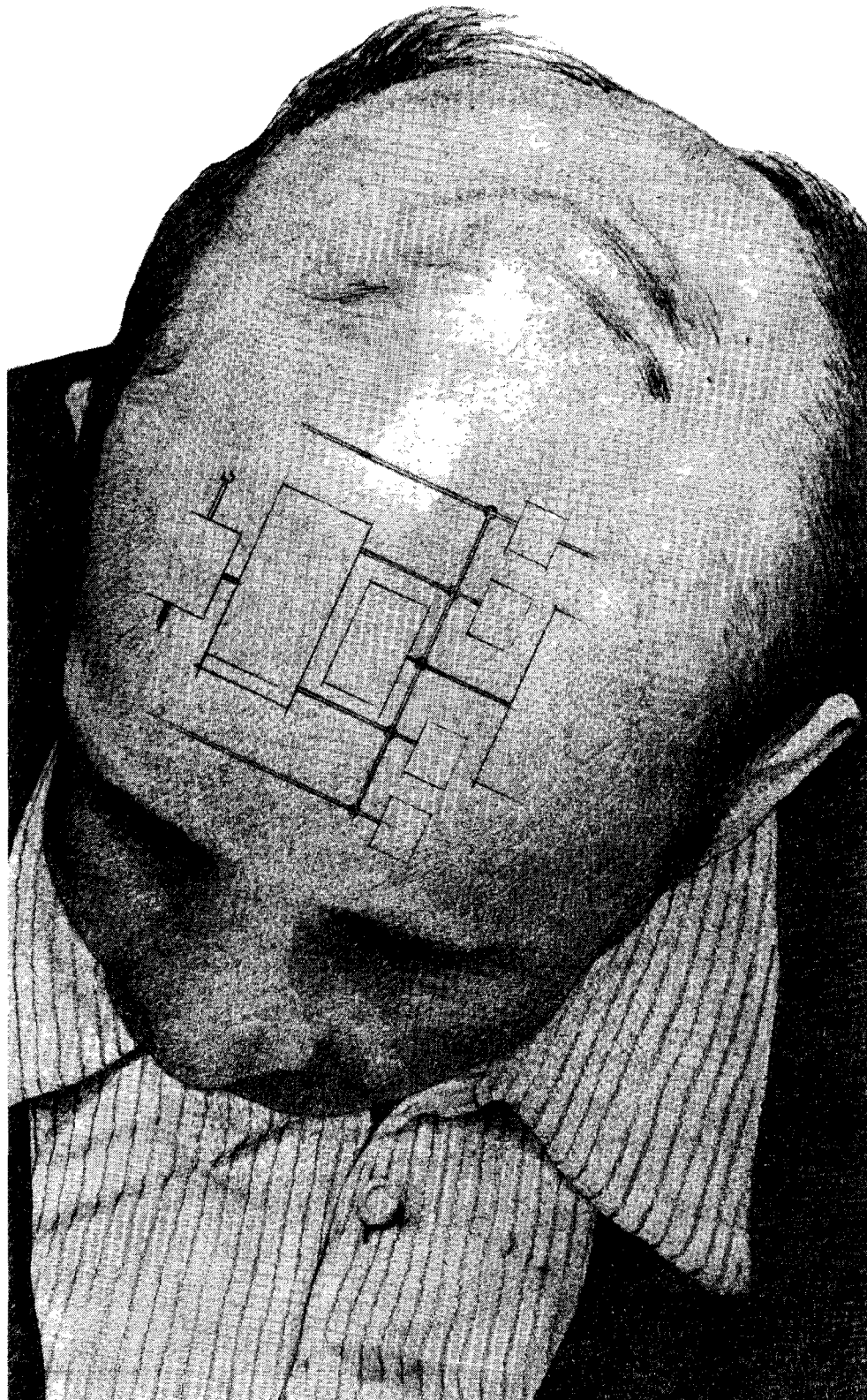
Delbrück comienza trazando los orígenes de la materia en general y de la materia viviente en particular, aunque no se preocupa demasiado de cómo ocurrió en concreto el nacimiento de la última (le basta el mero hecho de que ocurrió), y se interesa más en cómo se produjo la evolución de lo que él llama la «vida real», comentando de forma sucinta y clara las contribuciones de la Bioquímica, la Genética y la Biología Molecular, a nuestro entendimiento de la evolución orgánica desde las bacterias al hombre. Los capítulos siguientes tratan de la evolución de la especie humana y el desarrollo concomitante del cerebro y de las funciones específicas de sus segmentos, con énfasis especial en el aparato visual y su función.

A partir de este punto, Delbrück abandona el realismo «naïve» con el que trata los capítulos anteriores y pasa a enfocar los problemas psicológicos de la percepción y del conocimiento desde un punto de vista esencialmente introspectivo. Delbrück reconcilia la controversia entre el concepto empiricista de Locke y Hume de la no posibilidad de conocimiento sin experiencia previa, con el concepto racionalista de Descartes del conocimiento innato, continuado en la teoría del conocimiento trascendental «a priori» de Kant. A la pregunta de cómo las categorías «a priori», tales como tiempo, espacio objeto y causalidad, se adecuan tan bien al mundo exterior, Delbrück responde enfocando el problema desde un punto de vista evolutivo, siguiendo la línea ya apuntada por Spencer y continuada por Konrad Lorenz. Así, lo que es «a priori» para el individuo es «a posteriori» para la especie. Por lo tanto, hay dos clases de aprendizaje: el filogenético, adoptado después de millones de años de evolución para entendernos de forma práctica y adaptativa con el mundo exterior, y que heredamos como parte de nuestro sistema fisiológico, y el ontogenético, por el que se adquiere durante la vida del individuo el conocimiento científico, lingüístico y cultural.

Delbrück pasa inmediatamente a cualificar este concepto. La interpretación evolutiva de las categorías apriorísticas kantianas como producto del aprendizaje filogenético no implica que el aparato fisiológico perceptivo esté presente en pleno desarrollo al nacer. Por el contrario, tales categorías sólo están presentes potencialmente en el cerebro del neonato. Delbrück apoya estos argumentos en los estudios de Piaget sobre el desarrollo de las capacidades cognitivas de la niñez, que ocurre con gran regularidad y en una forma independiente en gran parte de la cultura y que es, por consiguiente, resultado de la herencia biológica humana impresa en el aparato genético responsable de la formación del sistema nervioso superior. Según Delbrück, la mente hay que entenderla como una cualidad humana activa que se asemejaría a la ejecución de un programa de computador que crece a base de refinamientos de programas antiguos mediante asimilación y acomodación a experiencias y situaciones nuevas. Esta construcción paulatina de la mente no procede autónoma y automáticamente, sino que es el resultado de una interacción dialéctica entre el sistema nervioso en desarrollo y el mundo exterior.

Hasta aquí Delbrück ha construido una teoría plausible de cómo del universo sin vida y sin mente aparecieron unas criaturas poseedoras de mente cognoscitiva mediante aprendizaje filogenético y ontogenético. A partir de este momento, Delbrück pasa a examinar la naturaleza de la mente tal como se refleja en ciencias tales como Matemáticas, Física, Cibernética y Lingüística, que constituyen la parte final de la obra.

Delbrück comienza resaltando el hecho de que nuestro aparato perceptivo, producto de millones de años de adaptación selectiva al mundo exterior, se adecua perfectamente a éste, pero sólo en cuanto se refiere al mundo de las dimensiones medias, constituido por los



ARTURO REQUEJO

objetos accesibles más o menos directamente a nuestro aparato sensorial. Pero cuando la mente humana intenta escapar de ese mesocosmos y profundiza en el mundo de lo muy pequeño y breve (el mundo atómico y subatómico) o lo muy grande y prolongado (la estructura y evolución del universo), muchos de nuestros conceptos tienen que ser desechados o modificados. Así, resalta las paradojas conceptuales inherentes a las teorías de los números, de la relatividad y especialmente de la mecánica cuántica. Delbrück llama nuestra atención sobre las implicaciones de esta última en la estructura y naturaleza de la materia, que atacan de lleno nuestra concepción de la realidad del mundo físico inculcada profundamente en nuestra mente como consecuencia del aprendizaje filogenético. Así, en el mundo de la mecánica cuántica, los conceptos de causalidad y de conservación e identidad de la materia, que tan bien se adecuan a la dialéctica de la vida cotidiana en el mesocosmos, llegan a perder su significado. Por lo tanto, Delbrück concluye que estos conceptos son sólo una ilusión biológicamente útil.

Así llegamos al capítulo siguiente (titulado «El corte cartesiano»), en el que se plantea la relación dinámica entre la mente conocedora y el mundo exterior. Este es el punto crítico de la obra, en donde Delbrück intenta una síntesis de las dicotomías expuestas previamente, rechazando el corte cartesiano del mundo en dos sustancias distintas, la «res extensa» y la «res cogitans», y afirmando que «la antítesis entre realidad interna y externa no es sino una ilusión: sólo hay una realidad». Desafortunadamente, Delbrück no da una expli-

cación satisfactoria del significado de esta frase fundamental, que queda, por tanto, a la interpretación del lector.

¿Quiso decir Delbrück que sólo existe una realidad, «nuestra» realidad interna, ya que la realidad física del mundo exterior es esencialmente incomprendible? ¿Es ésta una declaración manifiesta de una postura existencialista? ¿Quiso decir que estas realidades no son sino aspectos complementarios (en el sentido de complementariedad de Bohr) de una única realidad debido a una continuidad (¿física o psicológica?) fundamental entre objeto y sujeto? ¿O quiso decir que la única realidad es la realidad del mundo físico, de la que el pensamiento forma parte, implicando, por tanto, que el mismo es sólo una máquina material que comprende un circuito cibernético complejo?

El problema es que, basándose en lo publicado, cualquiera de estas interpretaciones

es posible. Así, por un lado, Delbrück niega la objetividad de las leyes físicas como descriptivas de las propiedades del mundo exterior: «Sería una ilusión pensar que las leyes físicas describen un mundo exterior independiente del observador.» Y califica las implicaciones de la mecánica cuántica sobre la estructura de la materia «como una conspiración de la naturaleza que nos impide alcanzar una descripción determinista del mundo real». Por otro lado, Delbrück defiende, apoyándose en modelos cibernéticos y en los progresos de la inteligencia artificial, que «la diferencia entre lo mental y lo físico no es radical, sino meramente de grado», y explica la oposición a considerar la conciencia como fenómeno físico, como «una resistencia defensiva que encontramos frecuentemente en las humanidades donde aquellos que se oponen al desarrollo de la ciencia del hombre tienen miedo a que pueda llegar a demostrarse que la mente no es más que una máquina».

Aunque hay que recordar que Delbrück no llegó a ver la versión publicada, lo que da lugar a dudas acerca de lo que quiso decir (digamos que tres comentarios diferentes de la obra, incluyendo el prólogo de Gunter Stent, difieren en la interpretación de este punto), mi interpretación es que el mismo Delbrück no sabría contestar a estas preguntas porque fueron éstas precisamente con las que se debatió en un conflicto continuo resultado de sus propias contradicciones. Así, la evolución dialéctica del conflicto de Delbrück se puede ver en cómo fue revisando sus conceptos idealistas sobre la naturaleza de la materia viviente primero y sobre la naturaleza de la materia pensante después; y en cómo la evidencia materialista fue abriéndosele camino paulatinamente a través de su estudio de esos temas, en los que utilizó su capacidad analítica rigurosa que le impelió a un enfoque experimental reduccionista. Sin embargo, la influencia idealista no acabó de extinguirse en Delbrück, que paradójicamente buscó como último refugio el campo de partida original: la física atómica. Así, la lucha final entre estas dos posturas culminó en Delbrück en su contradicción de admitir la naturaleza material de la mente y al mismo tiempo negar la naturaleza material de la materia: «La mente aparece menos psíquica y la materia aparece menos materialista.»

Pero quizás las dudas y la ansiedad de Delbrück, que él mismo reconoció (4), se evidencien de manera más clara en el párrafo final de la obra: «La sensación de lo absurdo que nos evoca la pregunta ¿mente a partir de materia?...», y que se refleja en el título de la misma, *Mind from matter?*, en donde la interrogación era innecesaria. □

- (1) Ivan P. Pavlov, discurso sobre «Las ciencias naturales». Moscú, 1909. Reproducido en *Actividad nerviosa superior*. Editorial Fontanella, pág. 149 (1973).
- (2) Max Delbrück, «A physicist looks at Biology», 1949, reproducido en *Phage and the origins of Molecular Biology*. Cairns, Stern y Watson, editores. Cold Spring Harbor Laboratory, pág. 21 (1966).
- (3) Max Delbrück, discurso de aceptación del premio Nobel, «A physicist's renewed look at biology: Twenty years later», 1969. *Science*, vol. 168, pág. 1312 (1970).
- (4) Horace F. Judson, entrevista con Max Delbrück, Cold Spring Harbor, 1972, en *The eighth day of the creation. The makers of revolution in Biology*. Simon and Schuster, New York, pág. 615 (1980).

RESUMEN

Aunque pueda parecer que el enfrentamiento materialismo-individualismo fue superado hace tiempo, lo cierto es que la pugna continúa todavía, señala el científico Manuel Perucho, disfrazada con otras terminologías, pero esencialmente inalte-

rada en su concepto fundamental. Perucho comenta esta obra del Premio Nobel Max Delbrück, que representa una muestra de la evolución de su pensamiento, de sus teorías e hipótesis sobre la naturaleza de la materia viva.

Max Delbrück

Mind from matter? An essay on evolutionary epistemology

Blackwell Scientific Publications, Inc., Palo Alto, California, 1986. 290 páginas.

El gran dragón de humo

Por Alberto Galindo

Alberto Galindo (Zaidín, Huesca, 1934) es matemático y físico. Catedrático de Física Teórica de la Universidad Complutense. Académico numerario de la Real Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales. Sus campos de investigación actual son los procesos no-lineales y la física cuántica.

Con la llegada del «quantum» en los albores del siglo dejó de ser simple nuestro mundo. Erguido sobre los despojos de la utopía laplaciana, ese «quantum», fruto de «einen Akt der Verzweiflung» de Planck, ha adornado nuestra visión de la realidad con tintes mágicos y provocativos. No es ya el todo mera suma de las partes, ni es ya, en decir de Wolf, pregunta el «to be or not to be», sino respuesta. La lógica de Crisipo, esa del «tertium non datur», debe ceder el paso a un cálculo proposicional no booleano, adecuado a la nueva ciencia. Legioneros de físicos aplican la mecánica cuántica al microcosmos con éxito espectacular y precisiones rayanas en los nueve órdenes de magnitud. Ni la gravitación newtoniana alcanzó este grado de seguridad en su gobierno del sistema solar. «Eppure...», algo hay en los principios cuánticos que turba al especialista y espanta al neófito. Es el impacto de una realidad misteriosa hecha a golpe de observaciones, de esos actos primitivos de creación que supone el proceso irreversible de amplificación y registro macroscópico de algún suceso elemental. ¡Qué extraña realidad esta que queda suspendida, expectante, entre dos de tales procesos! John Archibald Wheeler la asemeja a un «gran dragón de humo», con aguda cola y dientes bien afilados que marcan esas observaciones, y un cuerpo intermedio nebuloso, indefinido, sin localización ni en el espacio ni en el tiempo. Cuando movidos por impulsos atávicos de seguridad y continuidad se pretenda historiar los interferómetros rellenando con carne y huesos la etérea masa del dragón, surgirá inevitablemente el conflicto.

La comunidad científica se ha visto obligada a cambiar de baraja para describir los fenómenos cuánticos, y vencida su resistencia inicial a este doble lenguaje, o bien ignora los puntos conflictivos que empañan su interpretación o bien esconde su zozobra tras una máscara de indiferencia. Sólo unos pocos alzan sus voces para gritar que hay cosas que no se entienden; y al divisar entre ellos a un Einstein nuestra mueca de ironía puede trocarse en señal de alerta.

Alianza Universidad ha tenido el acierto de publicar este librito de Franco Selleri con título original *Die Debatte um die Quantentheorie*. La traducción es esmerada, con lenguaje pulcro y atinado, que pregona la proximidad del traductor al campo científico objeto de la obra. (Un término debería cambiarse en las siguientes ediciones: en la página 188 aparece «sección transversal», cuando lo suyo es «sección eficaz».) El autor forma parte de ese pequeño grupo de físicos sensibilizados ante el «lavado de cerebro» al que, según dicen, nos ha sometido a todos la escuela de Copenhague, y es un destacado crítico de la ortodoxia bohriana. El prólogo de Karl Popper se me antoja, por contra, un punto arrogante.

El debate a que se refiere el título del libro es el iniciado y mantenido por los dos colosos científicos de este siglo: Niels Bohr y Albert Einstein. Un debate singular tanto por la genialidad de sus protagonistas como por su trascendencia epistémica y larga duración (1920-1955). Bohr encarnaba el espíritu de la ortodoxia cuántica surgida de los seminarios del Instituto de Física Teórica de Copenhague y de las aulas de la Universidad de Gotinga, con la «complementariedad e indeterminación» como pilares de apoyo. Cuenta en sus huestes Bohr con científicos universales como Arnold Sommerfeld, Max Born, Wolfgang Pauli, Werner Heisenberg, Pascual Jordan y Paul Adrien Maurice Dirac. No menos importantes figuras combatirían al lado de Einstein: Max Planck, Paul Ehrenfest, Erwin Schrödinger y Louis de Broglie.

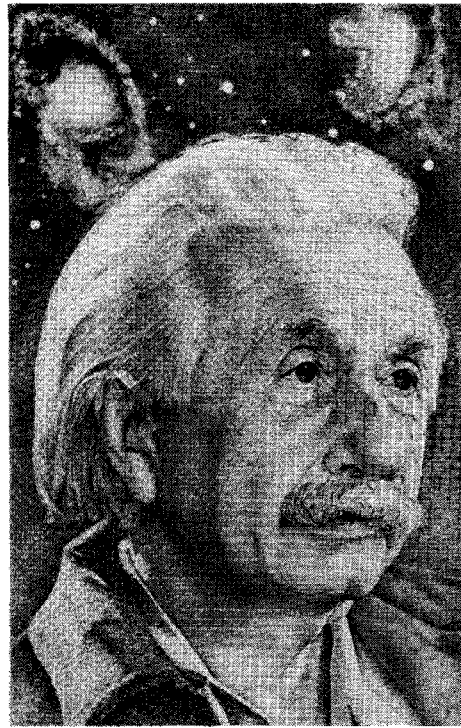
En unas pinceladas certeramente administradas consigue el autor acercarnos en su primer capítulo a las complejas personalidades de estos físicos, doce científicos de enorme prestigio, definiéndose ante tres cuestiones centrales: i) «Realidad» (¿existen objetivamente las partículas elementales, los átomos, las moléculas, o son meros sueños de razón estas entidades microscópicas?). ii) «Comprensibilidad» (de existir un microcosmos independientemente de nosotros, ¿puede imaginárselo o describirlo el científico de forma espacio-temporal adecuada?). iii) «Causalidad» (¿es de esperar que todo efecto observado tenga su causa?).

Para Bohr y demás defensores de la interpretación de Copenhague-Gotinga, la respuesta es globalmente negativa; los heterodoxos oponentes (con Einstein como paladín) dirán tres síes rotundos. Que en eso influyera la presión de sus entornos sociales, políticos, culturales y económicos y la capacidad de resistencia personal es algo que el autor defiende en la línea de Paul Forman (*Cultura en Weimar, causalidad y teoría cuántica, 1917-1927*, Alianza Editorial, 1984), pero que no es fácil de reconciliar con la naturaleza del espíritu científico, su independencia, sus motivaciones y los argumentos que entiende y valora.

Una década (1920-1930) pasó Einstein buscando «inconsistencias» lógicas en el marco cuántico. La VI Conferencia Solvay presencia el clímax de esta primera parte del debate Bohr-Einstein. Un experimento «gedanken» propuesto por Einstein sugiere la posible falsedad de la relación de indeterminación energía-tiempo; Bohr, conmocionado, no alcanza a ver dónde está la presunta trampa. «Nunca olvidaré la visión de los dos antagonistas saliendo del recinto. Einstein, con alta y majestuosa figura, caminando despacio y sonriendo un tanto irónicamente; Bohr, trotando a su lado, muy excitado...» Este testimonio de Leon Rosenfeld concluye con un lacónico: «A la mañana siguiente llegó el triunfo de Bohr.» Con un contra-argumento basado en la mismísima dilatación gravitacional einsteiniana de los tiempos, Bohr vence, pero no convence, a Einstein.

El famoso «Gott würfelt nicht» simboliza el credo determinista en la discusión Bohr-Einstein sobre la realidad física. Esta es la parte del debate sobre la que se centra el libro comentado. Para los defensores de la causalidad, la mecánica cuántica es una descripción transitoria del microcosmos. Quizá existe un nivel más profundo, con agentes y leyes desco-

trayendo a colación en su artículo las posturas encontradas de estos dos grandes físicos y las de sus respectivos discípulos y partidarios, cuyas diferencias han llegado hasta hoy.



ANGELES MALDONADO

nocidos que harían determinista la conducta individual de los átomos. La incorporación del azar a la descripción cuántica reflejaría precisamente esa ignorancia. Los proponentes de este «criptodeterminismo» operacionalmente implementado con las llamadas «variables ocultas», ocultas porque sólo se sospecha su existencia y quedan fuera de nuestro control, tuvieron que vérselas contra un «teorema de imposibilidad» de John von Neumann (1932), un verdadero muro lógico interpuesto por los ortodoxos. La autoridad matemática de Von Neumann gravitó con tal peso que ese teorema detuvo durante veinte años todo progreso razonable en este terreno. Curiosamente Einstein lo ignoró, ya por desconocimiento (improbable, dada la propaganda que de él se hiciera), ya porque su fino instinto físico no solapase con la fría formalidad del razonamiento del matemático húngaro. Pero habrá que esperar al año 1965 para que John Bell ponga el dedo en la llaga, señalando qué premisa concreta del teorema es inadmisibles en cualquier teoría realista de variables ocultas. La discusión de estos puntos en el segundo capítulo del libro de Selleri es particularmente lúcida. No en vano lleva el autor varios lustros reflexionando sobre estos temas.

La acusación de «incompletitud» es la consecuencia del argumento histórico de Einstein-Podolski-Rosen (1935) sobre la incompatibilidad entre la hipótesis de «completitud» de la mecánica cuántica y un principio de «acción local» (independencia física entre dos subsistemas causalmente separados, esto es, sin intercomunicación posible). En réplica de Bohr, esa separabilidad es quimérica, pues la finitud del «quantum» de acción fuerza a la indivisibilidad, a la inescrutabilidad de las partes sin alteración esencial del todo.

La mayoría de los físicos contemplaban distantes la contienda, de carga más filosófica que científica. Hasta que Bell descubre que las dos concepciones opuestas tienen consecuencias físicas discernibles y que, por ende, corresponde a la Naturaleza señalar la vía correcta. Esas diferencias quedan plasmadas en las llamadas «desigualdades de Bell», de obligado cumplimiento para la descripción basada en las variables ocultas de tipo local, pero que la mecánica cuántica viola.

Desde 1970 vienen realizándose experimentos cruciales de física atómica para dilucidar la cuestión. Todos ellos (menos uno, no publicado ni repetido) son compatibles con las predicciones del formalismo cuántico. Y para la mayoría de los físicos todos ellos contradicen en alto grado las desigualdades de Bell, es decir, las hipótesis subyacentes al marco realista local. La minoría restante sigue escéptica, alegando que en las mediciones de co-

relación de fotones que se hacen en estos experimentos las eficiencias de los contadores son bajas, haciéndose precisa alguna hipótesis adicional para llegar desde estas medidas a las cantidades teóricas de las desigualdades de Bell. Los tres últimos capítulos de la obra reseñada discuten con seriedad estos problemas de completitud, desigualdades y situación experimental.

Desde un punto de vista estrictamente lógico, los defensores de la postura einsteiniana, entre quienes se cuenta el autor del libro, tienen razón; y ésta les asiste también cuando afirman que en ciencia no hay mayorías que valgan, sino argumentos que convenzan. De acuerdo. Quizás la Naturaleza conspire para sorprender nuestra ingenuidad al creer que los fotones registrados por los monitores son muestra sin sesgos. Mas el propio Einstein vacilaría en admitir esto, pues «raffiniert ist der Herrgot aber boshafft ist er nicht».

La crítica, no siempre exenta de acritud, del sector heterodoxo ha producido sus frutos, agujoneando a la comunidad científica para afilar sus argumentos y realizar hermosas experiencias otrora «gedanken». A los experimentos de cascadas atómicas del grupo de Alain Aspect, entre los que destaca aquel de conmutación óptica que salvaguarda la separación causal y que hasta la fecha es la mejor confrontación a que se ha sometido el principio de acción local, hay que añadir los basados en interferometría de neutrones. La interferencia entre alternativas indistinguibles, la peculiar naturaleza del «spin» semi-impar que obliga a dar dos vueltas completas (4π) para que el giro no se note, la influencia de la gravedad en la ecuación de Schrödinger, etc., han sido brillantemente confirmadas con estas técnicas. La alta eficiencia de los detectores de neutrones hace previsible para un futuro inmediato la realización de experimentos libres de las objeciones antes señaladas, y con ellos la posibilidad de decisión inequívoca entre el realismo local de Einstein o la no separabilidad cuántica defendida por Bohr.

En resumen, el debate continúa. Y el lector no especialista tiene ocasión de adentrarse en él de la mano de Franco Selleri. En un terreno proclive al partidismo dogmático e intransigente, es de agradecer la mesura y claridad con que este científico del ala crítica expone su visión de la contienda. □

Qué es

SABER Leer

Con carácter mensual, la revista **SABER/Leer** es una publicación periódica, editada por la Fundación Juan March, que recoge comentarios originales y exclusivos sobre libros editados recientemente en las diferentes ramas del saber. Los autores de estos trabajos son distintas personalidades en los campos científico, artístico, literario o de cualquier otra área, quienes, tras leer la obra por ellos seleccionada, ofrecen una visión de la misma, aportando también su opinión sobre el estado del asunto abordado en el libro comentado.

En el próximo número

Artículos de Federico Sopena, Emilio Lorenzo, José María Jover, D. García-Sabell, F. Rubio Llorente, M. García Doncel y Miguel de Guzmán.

RESUMEN

La comunidad científica ha asistido, en este siglo, a un gran debate en torno a la teoría cuántica entre Niels Bohr y Albert Einstein. A esto alude el título de esta obra, que el profesor Alberto Galindo analiza,

Franco Selleri

El debate de la teoría cuántica

Alianza Editorial, Madrid, 1986. 222 páginas.

SABER Leer

Fundación Juan March

C/ Castelló, 77
28006 MADRID

Estimado lector:

La imposibilidad de mantener el envío gratuito de SABER/Leer a toda persona que lo solicita —ante los muchos miles de peticiones recibidas de manera creciente— obliga a establecer un sistema de suscripción que no tendrá efecto hasta el número de enero de 1989. La cuota anual por todos los conceptos será de 1.500 pesetas para España y 2.000 para el extranjero, que se pueden hacer efectivas únicamente por cheque bancario enviado a nombre de «Revista SABER/Leer». Fundación Juan March. Castelló, 77. 28006 MADRID; acompañado del cupón adjunto.

Los destinatarios que desde esta fecha hasta el 15 de diciembre de 1988 no hayan formalizado su suscripción, podrán encontrar la revista en la sede de la Fundación, a partir de 1989, al precio de 150 pesetas por ejemplar.



BOLETIN DE SUSCRIPCION

Deseo recibir a partir del número 21, de enero de 1989, en el domicilio abajo indicado, durante un año, la revista crítica de libros SABER/Leer.

SABER Leer

Fundación Juan March

C/ Castelló, 77
28006 MADRID

APELLIDOS:
NOMBRE: TELEFONO:
DOMICILIO:
CODIGO POSTAL: LOCALIDAD:
PROVINCIA/PAIS:

FIRMA

FORMA DE PAGO

CHEQUE adjunto a nombre de «Revista SABER/Leer».
(España, 1.500 pesetas. Extranjero, 2.000 pesetas o 20 \$ USA).

Mahler, más acá y más allá de la moda

Por Federico Sopena

Federico Sopena (Valladolid, 1917) ha sido catedrático y director del Real Conservatorio Superior de Música, así como director del Museo del Prado. Es director de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando y autor, entre otros libros, de Historia de la música española contemporánea.

Ya era hora de que tengamos al fin el *Mahler* de Adorno, traducido al castellano por Angel Sánchez Pascual, el gran traductor de Nietzsche: ya antes nos había dado una deliciosa —es la palabra justa para esa obra— de *Momentos musicales* (Península, Barcelona, 1985). Creo que puedo juzgar de la dificultad del empeño. A mi vuelta de Roma de los años cincuenta venía cargado de notas de lo mucho escrito por los musicólogos italianos —Mila, Rognoni, D'Amico— sobre la escuela vienesa. Incluso, más tarde, leí con atención el tomo que recoge los ensayos de Adorno sobre Wagner y Mahler, y el *Mahler* de Giacomo Manzoni, con un estudio inicial de Mario Bartoloto (Einuda, 1966). Con esas lecturas y no pocos recuerdos llené una página de «Insula» como un primer acercamiento a Adorno, a quien dediqué mi pequeño trabajo sobre «Atlántida», entregado personalmente por Jesús Aguirre en Frankfurt, el Jesús Aguirre que no mucho más tarde, en Taurus, nos daría toda una serie sobre la Escuela de Frankfurt, serie que fue uno de los acontecimientos culturales de la España todavía franquista.

Yo esperaba la versión francesa de este libro de Adorno: Rilke decía que lo que aparecía como oscuro en sus poemas tomaba claridad en las traducciones francesas, y lo decía en un homenaje a esa capacidad específicamente gala para dar claridad a lo oscuro, claridad que puede palpase en Heidegger-Sartre. Algo de eso palpamos en el libro *Presences d'Adorno* («Revue d'esthétique», números 1 y 2. Paris, Union Générale d'Éditions, 1975). La prosa de Adorno ofrece ciertas vallas infranqueables, pero ocurre como en el caso de Rilke, que leído clavando los ojos en el libro, de repente salta un poema o un solo verso que ilumina todo lo anterior e introduce lo que sigue. Con Sánchez Pascual, con su magistral traducción, se camina no diré sin parada, pero sí siguiendo un ritmo pegado a las ideas, al lenguaje de Adorno, a veces fluido, a veces casi abismal en las conexiones de sentido.



FRANCISCO SOLE

Mi visión de autor de dos libros sobre Mahler, uno muy temprano, *Introducción a Mahler* (Rialp, Madrid, 1958), y el segundo al hilo de la serie completa de las sinfonías, *Estudios sobre Mahler* (Rialp, Madrid, 1962), sirve, y mucho, para rectificar, clarificar cosas dichas y escritas en los años agudos de la llamada «moda Mahler». No es extraño que se presenten juicios marcados por influencias literarias surgidas de las mismas palabras del compositor, pero ocurre, me ha ocurrido que, a continuación, para atacar a esa literatura se emplea también literatura. Adorno recuerda el aborrecimiento de Mahler por el supuesto contenido «poemático», pero al mismo tiempo, en la misma página, niega también un aná-

lisis temático: «La razón de que Mahler muestre una esquizofrenia especial frente a la palabra "teórico" es la siguiente: él no se somete a la alternativa de que de un lado ponga la tecnología musical y de otro el contenido representado por la música. Mahler se mantiene testarudamente firme en lo musical puro, un reto que no cabe interpretar ni refiriéndose a los acontecimientos compositivos ni refiriéndolo a los estados de ánimo del compositor.»

Grafía temblorosa

¿Cómo salimos de la antinomia? Para Adorno las «ideas» que fácilmente acuden en nuestra ayuda en el comentario son «materiales» con los que trabaja, y explican el recurso a veces a los «programas». Mahler, según Adorno, presenta con estos materiales un «mundo», y nadie como un sociólogo de la categoría de Adorno para meterse en las entrañas de ese mundo. Añadimos nosotros que eso corresponde al último estado de esa autoconfesión, de esa música como autobiografía donde reside su peligro, su retórica, de falseamiento, como Adorno señala al destrozar a Strauss.

Me viene al recuerdo una anécdota de una visita con universitarios a la Biblioteca de Munich: yo les mostraba la grafía de perfección

a tiralíneas de los manuscritos de Strauss y la grafía temblorosa, como en desafío, de los de Mahler. La lucha vendrá cuando se trate de materializar en el pentagrama las facetas de ese mundo, que es el mundo de final de siglo, cuando se lee a Dostoievski y a Proust y se siente tentado por la roca gigantesca que representa Tolstoi y la misma Rusia entera que está en el fondo de Rilke.

No se puede avanzar más en el fondo y en la forma de este libro, no se puede llegar a la frase definitiva y decisoria sin recordar que entre la música contemporánea Adorno niega razonadamente a Stravinsky, al Neoclasicismo, para sentirse como músico y como sociólogo en la órbita de Schönberg y de Alban Berg, concretamente en lo que tienen de angustia existencial ligada con el atonalismo. De la misma manera bufará con el serialismo a ultranza y con la falsa pedagogía en la enseñanza musical para el consumo, característica de los años de posguerra en Alemania. El Mahler profeta está en esa visión de lo moderno con medios antiguos: no podía entender las primeras obras de sus discípulos pero las veía y quería comprenderlas y defenderlas, precisamente como anuncio del tiempo nuevo: ahí está su superación del mundo en torno, el mundo de una Viena reaccionaria,



En este número

Artículos de

| | | | |
|-----------------------|-----|--------------------------|-------|
| Federico Sopena | 1-2 | Francisco Rubio Llorente | 8-9 |
| Emilio Lorenzo | 3 | Manuel García Doncel | 10-11 |
| Domingo García-Sabell | 4-5 | Miguel de Guzmán | 12 |
| José María Jover | 6-7 | | |

SUMARIO en página 2

Viene de la página anterior



Mahler, más acá y más allá de la moda

salvada a ratos con el recuerdo de lo que había de popular auténtico en el mundo del vals, de los «laender». En la entraña de esa profecía está la humanización, la dramatización de un Mozart visto, oído en el siglo XIX —salvo «Don Juan»— como la esencia del juego, de la sonrisa.

Ideas de Mahler

En la edición italiana, el trabajo sobre Mahler va unido al largo ensayo sobre Wagner. Las «ideas» que Mahler maneja constructivamente son inseparables del director musical y escénico del «Tristán», de cuya versión ofrece una antología de críticas el monumental trabajo de Lagrange. Pero Adorno profundiza más, y yo veo como respuesta al «Liebestod» del «Tristán» el final de su propia «Segunda sinfonía».

Como atentamente señala Josep Soler en el prólogo, Adorno no pudo conocer la edición crítica de la «Décima sinfonía» de Mahler, con su «adiós» repetido, que es también adiós a la forma sonata, cuya simbólica destrucción quiere llevar consigo caracteres cósmicos. Una vez más insisto en lo que Adorno no puede señalar: el carácter de «preambula fidei» (Newman) que se nos impone y que está fuera de la dinámica entre forma y contenido, y que nos lleva a pasar de un Mahler, alma «naturaliter cristiana», a una terrible petición de principio, de la intuición de la «nada» como realidad vivida y cantada a la imposible pero «necesaria» esperanza. Lo que es absolutamente fiable es partir del «descanso» romántico con ayuda de Visconti y el «Adagietto» de la «Quinta sinfonía», olvidándose que el paso a la sexta supone en el autor y en el que oye un retorno a la gran crisis espiritual. Por un momento, la estructura «épica» se hace lírica, descanso. Adelantándose a este reposo, Mahler mismo escribió que «la música ha de contener siempre un anhelo, un anhelo que aspira a ir más allá de las cosas de este mundo».

Una de las cualidades del libro es, y no la menor, el elaborado índice de materias, que no figura en la edición original y que ha realizado el traductor; en torno a él, en torno a la palabra variación, encontramos la clave y



Mahler (a la izquierda) con Max Reinhardt, Carl Moll y Hans Pfitzner (cortesía Muchnik Editores).

el paralelismo con las grandes novelas del tiempo. No es la primera vez que se señala este parentesco, pero en el libro de Adorno es uno de los componentes de la clave. «Mahler reaccionó contra la estupidez musical que en el siglo XIX tuvo una expansión no menor que en el XVIII y en el XVII; náuseas le producía la repetición pueril, pero también era consciente de que no es posible extirpar el elemento tectónico, del cual es una representación tosca la repetición. La técnica mahleriana tiene en la Variante, por oposición a la variación, lo que la distingue de otros compositores.» Es interesante cómo esta descripción de la variante a diferencia de la variación tiene su origen, aunque parezca paradójico, en el «lied» estrófico, fuente clara o soterrada de todas las sinfonías de Mahler.

Al lado de esto, Adorno estudia la influencia en el Mahler compositor del Mahler director de orquesta, del Mahler que reelabo-

ra en los ensayos y aun en los de última hora la instrumentación de sus propias obras; así, en los «lieder» de Rückert y en los «Kindertotenlieder» ve Adorno el prototipo de la futura orquesta de cámara, tan decisiva en las creaciones de Schönberg. Es curiosa la refe-

rencia al «realismo socialista» posterior a Mahler, pero de moda en la música e intensamente en nuestra poesía: «En su recelo frente a la paz de la época imperialista, que considera que la guerra es el estado normal y que los seres humanos son soldados alistados contra su voluntad, Mahler aboga musicalmente en favor de la astucia de los campesinos y en contra de los señores; aboga en favor de los que ponen pies en polvorosa ante el matrimonio; en favor de los marginados, de los encarcelados, de los niños pobres, de los perseguidos, de las posiciones perdidas. Si la dictadura no hubiera depravado tanto la expresión del «realismo socialista», Mahler sería el único al que le cuadraría bien.»

El libro, ¿es útil para los lectores con pentagrama al lado? Según, si bien adivinamos cuántas notas de programa de conciertos que muy a menudo velan o disimulan la fuente. Ahora bien, aun sin pentagrama, puede ser utilísimo con un poco de conocimiento de la dinámica de las sinfonías: aquí está la utilidad de un manejo hábil del disco compacto —merecería este sistema todo un libro de comentario— que permite repeticiones, marcha atrás, selecciones especiales, etc., que pueden convertir el libro en introducción paulatina, meditada, a los mundos de Mahler. La doble condición de Adorno como músico y como sociólogo de primerísima categoría nos da el comentario a cada sinfonía, nos da muchos puntos de arranque hasta hacerse un «como libro de texto» en la Facultad de Sociología, en la Sección de Música, en la que tan esforzadamente ha trabajado en Madrid el compositor Eduardo Pérez Maseda. □

RESUMEN

Adorno, miembro destacado de la llamada escuela de Frankfurt, se ha interesado en más de una ocasión por la música y por Mahler en particular. Federico Sopena comenta un libro de Adorno sobre el compositor y lo ha-

ce destacando, en especial, la traducción española, que nos hace seguir, señala, la dramática peripecia no sólo de la música, sino del hombre Mahler, acertando a presentarlos inseparables.

T. W. Adorno

Mahler

Ed. Península, Barcelona, 1987. 224 páginas.

SUMARIO

| | <i>Págs.</i> |
|--|--------------|
| «Mahler, más acá y más allá de la moda», por Federico Sopena, sobre el libro <i>Mahler</i> , de T. W. Adorno | 1-2 |
| «Una autoridad lexicográfica», por Emilio Lorenzo, sobre los libros <i>Estudios de lexicografía española</i> y <i>Diccionario de dudas y dificultades de la lengua española</i> , de Manuel Seco | 3 |
| «Los dibujos eróticos de Rodin», por Domingo García-Sabell, sobre el libro <i>Rodin. Dessins érotiques</i> , de Philippe Sollers y Alain Kirili | 4-5 |
| «El retorno de Luis Vives», por José María Jover, sobre el libro <i>Erasmus in Hispania, Vives in Belgio</i> , de Jozef Ijsewijn y Angel Losada (eds.) | 6-7 |
| «Constitución y Derechos Fundamentales», por Francisco Rubio Llorente, sobre el libro <i>Theorie der Grundrechte</i> , de Robert Alexy | 8-9 |
| «La conquista del mundo subatómico», por Manuel García Doncel, sobre el libro <i>Inward Bound: Of matter and Forces in the Physical World</i> , de Abraham Pais | 10-11 |
| «La matematización de la cultura», por Miguel de Guzmán, sobre el libro <i>Descartes' Dream. The World According to Mathematics</i> , de Philip J. Davis y Reuben Hersh | 12 |

Los textos contenidos en esta revista pueden reproducirse libremente citando su procedencia.

Leer

Revista crítica de libros

Fundación Juan March

Servicio de Información y Prensa

Castelló, 77
Teléfono: 435 42 40
Telex: 45406 FUJM E
28006 Madrid
España

Depósito legal:
M. 40.038-1986
ISSN: 0213-6449
Impreso en: G. Jomagar
Móstoles (Madrid)

Una autoridad lexicográfica

Por Emilio Lorenzo



antes notificaba los últimos acuerdos de la corporación. Algunos casos resueltos, disipada la duda, desaparecen ahora («alevín», «vital») o no merecen especial comentario («audiencia», «público televisivo o radioyente»); otros, al desaparecer, suscitan nuevas dudas: así, «colectivo», incluido en el citado apéndice de la 8.ª edición como voz ya admitida («autobús pequeño»), desaparece sin recoger la nueva acepción, creo que ya admitida, de «conjunto de personas unidas por intereses comunes», muy difundida en España.

Ardua tarea le espera a Manuel Seco para rematar su casi concluido Diccionario del español actual, título anunciado en 1969 y en el que trabajan desde 1970 tres personas. Es necesaria esta precisión cronológica por haberse producido después una coincidencia de título que induce al autor a referirse a esta obra como «primer diccionario sincrónico del español» en el último artículo de los *Estudios* que comentamos. Y digo que es ardua la tarea ante él porque, como tengo escrito hace más de veinte años, la pretensión de sincronía, siquiera sea aproximada, es una de las utopías conceptuales heredada de Saussure, válida como hipótesis de trabajo, pero insostenible si se le quieren conferir virtudes que sólo poseen las ciencias exactas. Hay que decir que el período de «sincronía» elegido por Seco —veinte años (1955-75)— queda suficientemente razonado y justificado en este artículo, pues permite estudiar el uso de la lengua en españoles de cinco generaciones. Al lado de esta «restricción» temporal resultan desmesuradas las unidades temporales de otros diccionarios sincrónicos, como el del español de México, por no hablar del *Trésor de la langue française*, cuyo último período abarca desde 1789 hasta hoy (dos siglos).

Como buen investigador —y no dómine— del lenguaje, Manuel Seco rara vez adopta el tono doctoral tan grato a los prescriptivistas. Y así, tiene que decepcionar a quienes esperan respuestas tajantes y definitivas a sus consultas, descubrir que el uso de «deber (de)» + infinitivo, a pesar de las recomendaciones académicas, que Seco hace suyas, es causa de frecuentes infracciones entre los escritores más prestigiosos. Y lo mismo podría decirse de los usos anómalos de «le-la-lo», ex-

plícitamente condenados. La nómina de infractores a ciertas «normas» artificiales abarca no sólo a los escritores «descuidados» sino a algunos que hacen gala de purismo y actúan como censores del idioma. Sólo los buenos correctores de pruebas, y eso lo puede comprobar quien frecuente su silencioso trato, parecen librarse de tales negligencias. Mas nuestro autor, con su talante liberal, se limita a señalar, con leves palmetazos (cf. «todo», «traza», «rostro», «duodécimo», «ensayar», «enervar», etc.), las faltas menos graves, con nombres de autor, pero tiende a silenciar o esconder en el anonimato las de más bulto, así el del locutor o locutora que se refería a «ambos tres» ministros o los que escriben «sendos» por «ambos». En cualquier caso, la condena queda atenuada por fórmulas corteses pero inequívocas: «no es (el uso) norma», «se prefiere la primera», «forma indebidamente empleada», «debe usarse (omitirse)». Lo más parecido al rechazo absoluto son frases como «sólo puede usarse», «no es aceptable», «su uso es vulgar y debe evitarse», «debe rechazarse (desecharse)», «es impropiedad», «es un uso inelegante».

No va contra Seco, ni mucho menos, el alegato de Emilio Alarcos en defensa de usos no sancionados, ya que su postura relajada frente a las desviaciones probablemente coincide con la del ilustre profesor de Oviedo. En todo caso, es oportuno recordar aquí algunas frases del artículo de Alarcos: «Somos... propensos a la indignación ante los dislates lingüísticos. Y más aún que a los gramáticos ese furor domina a los fieles secuaces que creen a pies juntillas en el dogma de la lengua académica e incorrupta... La propia dinámica del sistema de la lengua justifica esas aparentes desviaciones... son (los hablantes) los que tienen la última palabra.» Es decir, lo mismo que, citando a Horacio («... si volet usus»), venimos diciendo hace más de treinta años.

Bueno es que nuestro más dedicado lexicógrafo sustente y comparta a sus años —va a cumplir los sesenta— una actitud ante el cambio lingüístico que poco tiene que ver con el inmovilismo atribuido a los académicos. Y es bueno porque impregnada de ese espíritu su obra —sea institucional, sea personal—, será una garantía de objetividad y un compendio de juicios mesurados sobre la historia de nuestra lengua o sobre el «estado» de la misma entre 1955 y 1975, inventario léxico éste concebido de nueva planta que promete —¡ojalá pronto!— satisfacción a los amantes de las palabras. Viendo alguno de los monumentos léxicos aparecidos en los últimos lustros, uno no puede menos que admirar el sentido de responsabilidad, acaso excesivo, que ha impedido hasta hoy la publicación de ese *Diccionario del español actual* en el que empezó a trabajar con tres colaboradores hace casi veinte años. Manuel Seco ha renunciado a muchas oportunidades y glorias efímeras que tientan hoy al académico instalado y activo. No es menester ser profeta para predecirle un futuro brillante a su esfuerzo. Los indicios están a la vista. □

Emilio Lorenzo (Puerto Seguro, Salamanca, 1918) ha sido catedrático de Lingüística inglesa y alemana de la Universidad Complutense de Madrid y es profesor emérito de la misma, así como miembro de número de la Real Academia Española. Es autor, además de trabajos sobre los idiomas de su especialización, de El español de hoy, lengua en ebullición, El español y otras lenguas y de una edición reciente de Obras Selectas de Jonathan Swift.

Los lectores de «SABER/Leer» tienen ya idea de las aficiones lexicográficas del profesor Seco, académico director del Seminario de Lexicografía de la Real Academia Española y puntual comentarista en estas páginas de los cuatro volúmenes del *Diccionario de Oxford* que constituyen el suplemento más reciente de esta magna obra. El interés de nuestro lexicógrafo no se limita, pues, al campo español como reflejan los títulos de las dos obras suyas objeto de comentario, sino que es testimonio de su curiosidad por cuanto sucede en materia de léxico —colecta de voces y ordenación del caudal recogido— en las áreas lingüísticas más próximas. En esta segunda mitad del siglo XX sería presuntuoso pretender abarcar lo que en el campo lexicográfico se ha hecho en el mundo tras la conclusión, en 1945, de la segunda guerra mundial.

Manuel Seco no lo intenta siquiera y nosotros tampoco. Por lo que atañe a la cultura occidental sería difícil encontrar, desde las postrimerías de la Edad Media, cuando aparecen las primeras obras que pudieran ser llamadas diccionarios en el sentido actual, una media centuria comparable a la que está a punto de cerrarse. Ya nuestro autor, en uno de los estudios de lexicografía que lleva el título revelador de *Medio siglo de lexicografía española (1930-1980)*, toma los cincuenta años como período característico. Para las lenguas occidentales, incluido el español, y en vista de los trabajos en marcha y lo publicado después de 1980, límite de Seco —el artículo se publicó en 1979—, acaso fuera más representativo de este inusitado interés por la lexicografía el medio siglo que se inicia en 1951. No es probable que en los doce años que faltan surjan muchas obras de la envergadura del diccionario de los hermanos Grimm, iniciado más de un siglo antes y concluido en 1960, los dos diccionarios alemanes, uno por cada república, publicados casi simultáneamente hace unos diez años en la Alemania dividida, la aparición de la tercera edición del gran Webster, el *Webster's Third*, el gran impulso de nuestra historia léxica que representan los diecisiete fascículos publicados del *Diccionario histórico* (casi 2.500 páginas en folio a tres columnas), los copiosos materiales recogidos por el propio Manuel Seco para su diccionario del español actual, del cual nos informa cumplidamente en un capítulo de los *Estudios* que comentamos. Especial mención merece el irrepetible esfuerzo individual emprendido y rematado por María Moliner en su *Diccionario de uso*. No vamos a enumerar las variadas contribuciones de instituciones públicas y empresas privadas en el campo románico, que permiten a nativos y extranjeros conocer y estudiar las cada vez más extensas y exhaustivas compilaciones del caudal léxico francés e italiano, por sólo citar las lenguas más cultivadas. Un catálogo de librería ofrece 32 diccionarios monolingües del francés.

No debe extrañar, pues, que en una coyuntura histórica tan propicia a la actividad lexicográfica, donde la tradición española muestra tan brillante trayectoria —los hitos serían Nebrija, Covarrubias y el *Diccionario de Autoridades*—, haya desembocado en la obra renovadora de don Julio Casares y en la dedicación abnegada de Seco, dedicación que se proyecta, en el plano teórico, en estudios de técnica lexicográfica como los dos incluidos en la primera parte de su libro, así como

en los artículos de acento histórico y examen crítico de diccionarios españoles que llenan el resto del volumen, y por otro lado, en el aspecto práctico, dirigiendo el Seminario de Lexicografía de la Academia, que tiene como misión principal la redacción y publicación del ya citado *Diccionario histórico*, iniciado por Casares y continuado con su rigor y entrega característicos por el maestro Rafael Lapesa. Este «quehacer absorbente y monogámico», como lo describe Seco, entre complacido y resignado, todavía le permite revisar a fondo lo que sigue siendo desde 1961, tras nueve ediciones acrecidas por varias reimpressiones, la más elogiada y difundida de sus obras.

Cabe preguntarse, si esto es así, cuál es la justificación de este comentario. Trataré de explicarlo. En primer lugar, la reciente publicación de los *Estudios* era ya motivo más que suficiente —hay más material inédito de lo que el autor cree— para destacar la labor, tanto conclusa como «in fieri», de quien hoy, usando un neologismo, es figura puntera en su campo, la descripción y ordenación del léxico español. En segundo lugar, porque el *Diccionario de dudas*, 9.ª edición, aunque su apariencia —formato, número de páginas— no permita adivinarlo, es, si se coteja su contenido con el de la 8.ª, algo más que una mera «actualización». La 8.ª, publicada en 1979 por Aguilar, ha sido «renovada» (el término resulta sumamente apropiado) por esta de 1986, ya reimpresa, de Espasa-Calpe. Esta «renovación» se advierte en casi todas sus partes, excepto quizá, por razones obvias, en el vocabulario ortográfico, que muestra escasas alteraciones y correcciones (cf. «Mellilla»). Acaso la innovación más revolucionaria —mas no sorprendente, sabiendo lo que piensa el autor— sea la alfabetización de «CH» y «LL» dentro de la «C» y de la «L», respectivamente. En ello sigue el ejemplo del *Diccionario de Autoridades*, del de María Moliner y algún otro.

Tal decisión demuestra la independencia de criterio de un académico en una cuestión en que su autoridad no iba a ser puesta en entredicho. Uno se pregunta, «for the sake of argument» —traducción libre: por llevar la contraria—, si por la misma regla la «V» doble, llamada en inglés «U» doble, no debería sepultarse en la «V» o la «U» respectivamente. Pero me imagino que el autor tendrá razones de peso para respaldar su desviación de la costumbre española, y sospecho que una de ellas será el uso internacional. Menguada objeción es ésta si se compara con la infinidad de datos y consejos que se ofrecen al lector que acuda a sus páginas en busca de orientación. Lo asombroso en un diccionario de este tipo es ver la alarmante serie de puntos conflictivos que nos revela una lengua bastante bien codificada y pulida desde hace siglos por el uso cotidiano y la autoridad de buenos escritores y gramáticos, las dudas que suscita y las zonas oscuras que, pese al esfuerzo y la buena voluntad de sus codificadores, muestran todavía la gramática, la pronunciación y el vocabulario. La actitud de Seco —huelga decirlo— es de comprensiva tolerancia para las infracciones, reserva o ponderado dictamen en los casos debatidos y acatamiento mesurado de las normas académicas.

Otras alteraciones de esta edición obedecen a la nueva ordenación de la materia ofrecida al lector. Un ejemplo: en el cuerpo de la obra se advierten reducciones (cf. final de la «M»: 250 líneas de la 8.ª edición se quedan en 80), pero ha aumentado en 30 el número de páginas. También se condensa la sinopsis gramatical, que ocupa en ésta la mitad de páginas; se han suprimido las siglas y abreviaturas ajenas al español y al latín; ha crecido, en cambio, el caudal bibliográfico, tanto el de fuentes directas como el de obras consultadas; aumenta también la información sobre los paradigmas verbales regulares e irregulares. En cuanto a los dictámenes académicos quedan ahora diluidos e incorporados al diccionario general de dudas y desaparece el apéndice que

RESUMEN

Desde fines de la Edad Media, cuando aparecieron las primeras obras que pudieran ser llamadas diccionarios en el sentido actual, no ha habido un medio siglo tan vivo en obras lexicográficas como el que vivimos hoy.

El académico Emilio Lorenzo, que hace un repaso de todas estas obras, centra su comentario en dos libros del lexicógrafo Manuel Seco y los sitúa en el panorama actual de la lexicografía española.

Manuel Seco

Estudios de lexicografía española

Paraninfo, Madrid, 1987. 258 páginas.

Diccionario de dudas y dificultades de la lengua española

9.ª ed., renovada y actualizada, Espasa-Calpe, Madrid, 1986. 545 páginas.

Los dibujos eróticos de Rodin

Por Domingo García-Sabell

Domingo García-Sabell (*Santiago de Compostela, 1910*) es doctor en Medicina, académico de número y presidente de la Real Academia Gallega y delegado del Gobierno en Galicia. Es autor, entre otras obras, de *Notas para una antropología del hombre gallego*, *Tres síntomas de Europa* y *Testimonio personal*.

¿Qué ha pasado con el sexo? Una ola de erotismo descarado nos invade y todo semeja como si el mundo del goce físico ocupase una plaza que, en verdad, no le corresponde. Nos inunda el placer genésico o, cuando menos, la búsqueda incansable y frenética de sus eficacias. El sexo parece ser hoy un patrón de medida de la conducta humana, su justificación y su título de nobleza. ¿Qué ocurre? ¿Es todo esto, por acaso, una novedad absoluta o, por el contrario, sólo el fugaz rostro de una moda juvenil?

Pienso que de todo hay en esta hipertrofia generalizada del sexo. Que, sin duda, ofrece dos caras diferentes. Por un lado, se nos aparece como algo dado, como algo que ahí está presente, en plena forma, en plena exhibición de sus contornos. Es el sexo como costumbre, el sexo como algo que va de suyo, sin mayores reticencias y sin mayores aspavientos. En nuestra sociedad aparecen signos claros de lo que pudiéramos denominar la roturación preparatoria de lo sexual. Así, yo veo en el violento desgarramiento del lenguaje coloquial —y a los más altos niveles sociales, cosa sumamente iluminadora— el oleaje inquietante que anuncia el mar de fondo del sexo.

Practicamos el sexo —parecen anunciar las desenvueltas palabras del trato convencional—, lo decimos todo sin reparos, hablamos de ello con máxima naturalidad y, por eso mismo, despojamos a lo salaz de todo componente misterioso, de todo componente «libertino». O lo que es igual: la lujuria, expuesta al gran aire, deja de serlo y se convierte en costumbre de la que no es preciso ocuparse. He aquí lo que yo llamaría la sexualidad en primera instancia, la sexualidad difrazada. ¿Por qué? Pues, sencillamente, porque es una especie de hábito inofensivo que disimula entre sus entresijos angustias y dificultades sin cuento. Mayores, sin duda, de las que su rostro espontáneamente comunicador podría hacer presentir.

El sexo es más complejo de lo que uno se imagina a partir de las exhibiciones orales del prójimo. Las palabras gruesas, la libertad de expresión hoy en alza, no desactivan el reino explosivo del sexo. Antes al contrario, lo que hacen es resaltarlo o, más bien, intentar ingenuamente potenciarlo. Las desvergonzadas locuciones, tan celebradas entre la pacata burguesía, pretenden neutralizar, a favor de su misma desverguenza, las penumbras en las que determinados ritos obscenos tienen lugar. El brillo de lo que se dice oculta las sombras de lo que se practica.

El sexo como historia

En el fondo, esto no es otra cosa que la vuelta a modos de comportamiento y de valoración que poseen una continuidad histórica importante. Desde Sade hasta nuestros días, esa efervescencia erótica, inmediata y a la vez complicada, marca una línea de progresiva sutilización intelectual a favor de la que se intenta justificar todo exceso y toda complicación. Así, a partir de Sade, máximo preboste de los libertinos, podemos seguir la pista de la erotización de la cultura y, en consecuencia, de las conductas, señalando figuras ilustres como Bataille, Lawrence o Henry Miller. Sade es el sexo potenciado hasta la crueldad; Bataille es el sexo ligado a la metafísica; Lawrence es el sexo en su oficio de comunicador existencial; y, finalmente, en Miller es el sexo por el sexo mismo, sin otros añadidos,

lo que yo he llamado, en un ensayo ya viejo, «la suelta del sexo». En esa suelta estamos. Las palomas zuras del placer genésico alzan hoy su vuelo decidido y alegre sobre el horizonte amplio de la permisividad. Al sexo se le ha despojado de cualquier nota conflictiva. El sexo es, en una palabra, de buen tono y, como tal, infiltra hasta los más escondidos rincones de la vida privada.

Pero volvamos al divino Marqués. Y esta vuelta es necesaria, porque yo veo en su doctrina —si así puede llamársela— el fondo espiritual sobre el que se mueven nuestros contemporáneos, quizá muchas veces sin saberlo a ciencia cierta. Para Sade, el amor, así sin más, es, simplemente, el goce físico, la voluptuosidad. Mas como ese goce va unido, indefectiblemente, a la conquista, esto es, a la resistencia de la pareja, más vale no amar espiritualmente, y sí sólo materialmente. De ahí que sea posible disfrutar de «placeres más vivos con una mujer que nos odia que con la que nos ama». Con ella es menester «combatir y vencer», y entonces aparece, en la relación erótica, «el atractivo picante de la violación». El amor no físico es «la locura del alma» —«la folie de l'âme»—, cosa que debe ser eliminada. Para Sade, el amor auténtico está en la voluptuosidad o, como hoy decimos, en la sexualidad (y no deja de ser curioso que el divino Marqués sólo use la palabra «sexo» para distinguir uno y otro género del ser humano, pero no como término cargado de connotaciones eróticas). Goce físico y violencia: he aquí los perfiles del libertino.

La lujuria más exquisita ha de buscarse a través de la degradación moral de la pareja o, como claramente lo expone Sade, en el «pudor envilecido» y en su correlato, la «infamia gratuita». Más allá, en el máximo horizonte del placer, aparece el crimen, esto es, la presencia provocada de la muerte. Por este camino, no cómodamente transitable, se accede a la meta suprema, a saber, a que «todo es bueno cuando es excesivo». Extraña e inquietante sentencia que recuerda vivamente la de Blake: «El camino del exceso conduce al palacio de la sabiduría.» Pero entre ambos textos la diferencia no está en las palabras, sino en la capa existencial que a ambas abriga. En el Marqués, supone un elogio de la perversión moral. En Blake, por el contrario, se alzapriman los límites de las capacidades expresivas de la criatura humana. Mas lo que me interesa subrayar es que el sistema sadiano marcó, con sus distorsiones alucinantes y folletinescas, la falsilla sobre la que hoy se taracea la vida amorosa contemporánea. Hay aquí una virtud y una dureza, atrocidad de trascendencia que es el escotillón de los deslices eróticos más extraños y más desconcertantes. El exceso de Sade pretende ir más allá de la norma por el propio placer de transgredirla. El exceso de que habla Blake intenta, por su parte, atisbar aquello que la realidad oculta y celda cuidadosamente. Pero no podemos menos de señalar que la «corrupción meditada» del Marqués en corrupción se queda y su «cólera lúbrica» descansa inerte en la propia esterilidad. Desde ella no percibimos nada que no sea tiniebla y callejón sin salida. Y no importa que, andando el tiempo, Bataille insistiera, partiendo de la idea de que la criatura humana es «un ser discontinuo», en que a lo que aspira el erotismo es a transformar dos seres «discontinuos» —la pareja amorosa— en una continuidad que, en último término, no constituiría sino la figura, hasta donde esto es posible, de la «continuidad del Ser». ¿Hay algo de esto en los afanes sexuales de nuestros coetáneos? Puede ser. Pero de lo que no cabe duda es de la vía abierta por Sade a una immediatez sin cortapisas del placer erótico. Y tampoco importa demasiado que, para Lawrence, el coito insensible y frío sea solamente «muerte y estupidez». El amante de lady Chatterley le dice a la amada, en su jerga paisana, que él la ama al completo: «Ah luv thee wi'my ba's an wi'my heart.» O que más tarde Henry Miller suelte las cadenas del sexo dotándolo del

más agudo y sutil componente imaginativo. «La imaginación —escribió— es la voz del atrevimiento.» Desde esa audacia fantaseadora, todo puede ser permitido y, desde luego, observado. Los libros del americano son el acta notarial minuciosa, egocéntrica y verborrea de ese girar del sexo sobre sí mismo tal y como hoy acontece en el mundo de la cultura occidental. Detrás de esta postura resuena la rebelión de Lawrence, para quien «la creación está en la cópula en sí misma», y no en sus secuelas biológicas.

Rodin y sus modelos

Hasta este punto era menester llegar si ahora pretendemos de verdad entender en toda su difícil significación antropológica el contenido del libro, recientemente editado, con los dibujos eróticos de Rodin. Pues nos encontramos aquí y podemos ver con los ojos las notas distintivas de la sexualidad contemporánea, a saber, su extremosidad, su permanente obsesión —en una novela de John Updike aparece esto tan decisivo: «Por gente yo entiendo el sexo», «By people I mean sex»— y, finalmente, la disponibilidad sin cortapisas. Nada, por raro que semeje, nos parece imposible, y en un esfuerzo no excesivo todo se nos antoja justificado. Todo puede ser admitido.

Pero esta universal comprensión ¿ha logrado, por ventura, desactivar los escondites alucinantes de la imaginación lasciva? Quizá no. Aquí tenemos a Rodin, que a sus sesenta años, y cubierto de gloria, obliga a los modelos a mostrarse desnudas en actitudes de fuerte sexualidad, les pide que se masturben, que hagan el amor entre ellas. Y entonces él «anota sus espasmos». Son muchachas apenas pubéres, o madres de familia, mujeres de la alta sociedad, planchadoras, etc., etc. Todo sirve. Lo esencial son, pues, las «mujeres abiertas» que, por una parte, incitan a la indagación de lo obsceno, al apetito del artista por todo lo obscuro, por todo lo que, de esta manera, se sale de la mostración banal. Esa obscuridad que Alain Kirili ha subrayado con gran acierto. Con todo, los dibujos —muchos de los dibujos— son de una belleza estremecedora. En ellos la carne, convertida en gloriosas volutas de parejas indiscernibles, o de individualidades exentas y laberínticas, en ellos, digo, el sexo experimenta una enérgica «suelta», sin prejuicios y sin falsas pudibundeces. El antecedente de Baudelaire era inevitable. Sollers lo analiza, un tanto de pasada pero muy pertinentemente. Mas yo deseo traer aquí a colación un soberbio verso del poeta que, según me parece, revela maravillosamente ese mundo enzarzado y revuelto de la imaginación —recordemos a Miller— puesta al servicio del deseo erótico, en última instancia de la carnalidad. He lo aquí: «Quand vers toi mes desirs partent en caravane.»

Esos deseos que van hacia la mujer «en caravana» y que jamás acaban de agotar todas las posibilidades de la lubricidad imaginativa —el soneto lleva por título, reveladoramente, «Sed non satiata»— eran en el escultor el supuesto humano desde el que los dibujos, dibujos continuos, zigzagueantes, súbitos y, al tiempo, demorados, hacen el recorrido del desierto al que la lujuria una y otra vez remite. Allí discurre la caravana erótica de la que cada deseo, en fila india, va dejando la plaza al siguiente, y éste al otro, en una hilera inacabable y jamás cumplida del todo. La sed no se sacia, pero cada representación plástica, cada torsión que la línea encadena, es una huella magnífica. Decía Paul Klee que «el lápiz titila y la línea sueña». Si un cuadro es, en última instancia, un texto figurativo, y en él hay, según Poussin, un «principio de narratividad», en todo dibujo se deja ver, como en filigrana, la pulsión inmediata y urgente del artista. La mano obedece a ocultos resortes inconscientes —sobre todo en el trazado continuo— y así cumple su doble oficio: por

una parte, delimitar una superficie inerte con las volutas de los perfiles. Por otra, denunciar las escondidas vivencias que dirigen al lápiz. Cada contorno es, pues, algo así como la huella en la arena del paso de la caravana. Quizá la huella se desvanezca. Pero si no lo hace, es porque en ella se incrustó el dedo creador de la belleza. Y también porque nosotros, ya desvanecido el frenesí vivencial del artista, somos capaces de armonizar nuestro espíritu, su disponibilidad «abierta» como la del sexo de las modelos, hacia la titilación que el lápiz engendró y hacia la ensoñación que su huella imprime en nosotros mismos.

Claro está que Rodin no fue el único creador atado irremisiblemente al erotismo. Hubo y hay otros, bastantes, incluso muchos. Véanse, si no, los grabados eróticos de Picasso, sobre todo en la edición monumental de la Remond House/Maecenas Press, de Nueva York, con un estudio preliminar de Georges Bloch, publicados en el año 1970. Son 347 grabados —y así se titula la obra «Picasso 347»—, en muchos de los cuales el impulso erótico salta, poderoso, ante nuestros ojos. Sin embargo, una diferencia separa la obra de Rodin de la obra del español. Rodin sólo se sirve de mujeres para su menester concupiscente plástico-amoroso. Picasso, en cambio, utiliza, de preferencia, la pareja hombre-mujer. A primera vista podría suponerse que la obra del malagueño tendría que ser, por puro condicionamiento formal, más lúbrica, más incitante; en una palabra, más reveladora de los difíciles arcanos del sexo. Y no es así. Los grabados picassianos pueden, en algún instante, parecernos descarados —y de hecho lo son—. Pueden parecernos atrevidos en el sentido fuerte del término, es decir, provocadores, pero resultan, al cabo, de una inocencia sorprendente. Y no es exacto esto del todo. Pues Picasso se propuso siempre alcanzar la máxima libertad plástica posible, el dibujar y pintar sin atadura alguna, en obediencia a la fuerza ciega y arrolladora de su propio genio. Y sin interesarle lo más mínimo cuál pudiera ser la reacción del público, o la de los críticos al uso. Picasso —ahí está su grandeza— sólo tuvo una fidelidad: la de su desbordante autonomía creadora. Por eso tantas veces un lienzo picassiano lo primero que nos ofrece, al contemplarlo, es el testimonio de una persona poderosa que, de extraña manera, está situada en el envés de la tela. Y que, querámoslo o no, admitámoslo o no, se burla de nosotros y, con máximo desparpajo, nos hace la higa.

Placer primario

Pues bien, algo de esto acontece con las escenas amorosas de sus grabados. Además del acierto formal, del pleno y asombroso acierto formal, nos embarcan y nos rinden a fuerza de naturalidad, a fuerza de espontaneidad; en suma, por la inesquivable efervescencia de los sexos e incluso por el detalle —a veces grotesco— de la representación fálica. Hay en tales obras, qué duda cabe, goce libidinoso. Pero es un placer sin recovecos, directo, elemental, primario. Quiero decir con esto que en ellos prima sobre lo sexual, sobre el disfrute ríjoso, el deleite de la mirada plástica, la alegría de seguir ciertos contornos en su armonioso recorrido. Aquí el principio de lo narrable es un principio esencialmente figurativo, de líneas y contornos, de espirales puras y de curvas generosas. Y entonces ocurre que la naturaleza queda como subsumida en los perfiles que la definen. Picasso es un niño precoz que atina a captar, con malicia y encanto simultáneos, los luminosos y azarosos senderos de la vida en plenitud. Dicho de otra manera: en sus atrevidos grabados no alcanzamos a ver literatura alguna, aun cuando Picasso se la ponga —iba a decir, se la añada—. Estamos, por ende, ante un erotismo sano, de primeras intenciones, alegre y confortador.

Viene de la página anterior



Nada de refinados deseos en caravana. Sólo placer, así, en singular, corriente y moliente. El deseo que une y traba al hombre con la mujer, y a la mujer con el hombre, en el camino hacia el «ser continuo» que Bataille propugnaba.

¿Y Rodin? Aquí las cosas cambian. El artista representó únicamente —ya queda dicho— mujeres. Mujeres en total lascivia. Mujeres desnudas «en situación extrema». Mas Rodin era un fabuloso escultor, esto es, un ser acostumbrado a extraer de la materia informe e innominada, la hermosa realidad personal, su intrínsculo último. Allí donde todo es inerte y cerrado sobre sí mismo, allí donde nada palpita, el escultor, con mano buscadora, perforadora y, por eso mismo, libidinosa, va a desvelar un último núcleo de vida cambiante, libre y, por supuesto, también en situación extrema. Hay un soneto de Miguel Angel que define muy bien esta taumaturgia del cincel. Pues si no hay nada que el «gran artista» no pueda inscribir en el mármol, «solo a quello arriva/la man che ubbidisce all'intelletto». La mano que obedece al intelecto es la mano que, en definitiva, obedece a la esfera de lo íntimo, sea éste el terreno de la inteligencia, o sea el sembrado de lo emocional. En Rodin ambas instancias se tuteaban, es decir, ambas instancias iban de par en la indagación de los escondidos tesoros del cuerpo femenino cuando en él brota la chispa irrefrenable de la lujuria. Ahora lo esencial no es, como en Picasso, la plasmación primaria del apareamiento genesiaco. Tampoco, por descontado, la «degradación moral» sadiana. Es otra cosa. El erotismo de Rodin es un erotismo de naufrago. La vida se le escapa —tiene ya sesenta años— y la angustia roza su piel. Antes de desaparecer quiere atrapar con los ojos, y dejar constancia de ello, el frenesí lascivo en estado puro. De la pareja normal puede nacer un nuevo ser. De la pareja homófila, o del placer solitario, nada cabe esperar. ¿Nada? A buen seguro ese momento fugitivo e inapreciable —el hermoso instante cuya permanencia buscó Fausto— del que más tarde el recuerdo podrá traernos lejanos ecos. Y, de modo más concreto y perenne, la rotunda presencia de la obra de arte. Rodin parece ser que no miraba para la hoja que tenía delante cuando llevaba a cabo el asedio dibujístico de sus frenéticos modelos. Sabía bien, con el saber que otorga la intuición artística, que la «línea sueña» por su cuenta y esos sueños son lo que va a quedar definitivamente reseñado. Kirili, desde Nueva York, vio en los dibujos del escultor francés «el ritmo de una emoción». Es la emoción del «ahora», cuando ese «ahora» lo colma la pasión sexual.

Es, en el fondo, la querencia por la intemporalidad. Por la pervivencia más allá de las mordeduras inmisericordes del discurrir cronológico.

Psicología profunda

Naturalmente que estas consideraciones, todo lo que queda dicho, podrían llevarse a una clave de psicología profunda y hablar entonces de complejos, de sublimaciones, de pulsiones de muerte, etc., etc. Pero no creo que sea necesario, ni siquiera convincente. Son claves sobre las que abrigo serias y graves dudas. Y no es éste el lugar para dilucidarlas. Mi intento es otro. Sencillamente, dar fe de una obra singular que hoy se muestra por primera vez a la curiosidad del gran público. Y si bien no podemos olvidar que estos dibujos fueron expuestos en el hotel Biron, que Rodin esperaba ver convertido en su propio museo, tampoco podemos dejar de señalar cómo, en su tiempo, fueron públicamente denunciados. Así pues, ahora podemos contemplarlos a nuestro sabor en una edición de lujo que da muy fielmente la realidad de la obra.

Rodin muere en 1917. En plena primera guerra europea. ¿Quién entonces se acordaría de los dibujos nefandos? ¿Y quién por



aquellas fechas tendría arrojo suficiente para darlos a la imprenta? El que hoy se publiquen representa un signo inequívoco de los nuevos tiempos, es decir, del ambiente comprensivo, inquiridor y curioso en el que nos movemos. Nos encontramos en momentos en los que todas las preguntas son posibles y, por supuesto, también todas las respuestas. El gran escultor, ya en la vejez —la vejez de entonces—, rastrea, olfatea, los espasmos de la vida más allá de lo conveniente. Sus dibujos lascivos parecen el fruto de una prisa extraña. Son, a la vez, la pregunta y la respuesta al misterio de la existencia que la biología encubría y la filosofía desdeñaba. Son, en definitiva, la urgencia vital que se le escapa al artista por los poros de la piel. Antes de desaparecer procura cazar la energía desbordante del instinto. Y por eso suscita, exige, ordena sin reparos y sin frenos a las dóciles bacantes que invaden su estudio. Rodin llama a la puerta de la vida —Quevedo también lo hizo, pero nadie le contestó— y cree que su grito atrae y provoca las fulguraciones salaces de sus mujeres. Esas fulguraciones han quedado inmobilizadas en el blanco papel de los diseños. Por consiguiente, no todo ha desaparecido. Y ésta es la gran paradoja, la inadmisiblemente contradictoria. Rodin, el hombre que se llamó Rodin, con sus pasiones, con sus arrebatos, con sus adivinaciones, con su potencia creadora, con su ánimo gozador, allá se ha ido, allá desapareció para siempre, inevitablemente, definitivamente. El hombre de carne y hueso, por el que clamaba Unamuno, ya se veía a sí mismo apenas como un nombre en los libros de Historia del Arte. Eso, y nada más que eso. Del deleite por él experimentado ante el espectáculo de aquellas ménades sumergidas en la furia del rijo, de lo que él vivió en tales instantes, en el preciso minuto en el que el lápiz viajaba raudamente por la lisa superficie del papel, de sus obsesiones —¿no dijo Rilke que el Bazar rodiniano era un «falo-fuente», señalador de la obscenidad del genio creador?—, nada palpable y vivo quedaría. Sólo los dibujos.

Los dibujos ya son otra cuestión. Nacen, sin duda, de las manías del artista, pero van más allá de esas manías. Nos entregan la solidificación del instante percedero, sin ser ese instante. Son la belleza inserta en planos neutros. Y lo que encierran de vital apenas si queda en símbolo. Dicho de otra forma: nosotros, al verlos con demora, ya no experimentamos lujuria alguna. Ya no nos sumergimos en el mundo de la libido sexual y por eso no son dibujos pornográficos. Nadamos, a todo evento, en las aguas reconfortantes del disfrute estético. Mientras tanto, la sensación de lo pro-

hibido se esfuma. Tenemos conciencia de asistir al parto de la obra de arte salvada, por virtud propia, de toda contingencia extraña al mundo de la hermosura. ¿Qué hermosura? Sin duda la que deriva de las formas mismas en los dibujos plasmadas. De las formas, sin otros aditamentos. Pero además, porque somos testigos simultáneos de una vida personal expresada sin ambages, con valor, esto es, con autenticidad. Rodin era, en la raíz, un hedonista. Todo lo que le pedía a la vida y al arte era dar fe de sus propias e íntimas vivencias, de sus propias e íntimas solicitaciones, exigencias, ansias y turbadores futuros. «Después de todo —solía decir Juan Gris— la pintura se ha de hacer tal como uno es.» Tal como él era, así modeló Rodin sus obras. Y así cazó, con lápiz apurado, los estremecimientos que descarga la sexualidad.

Estremecimientos del lápiz

Un último problema presentan estos diseños. Un último problema antropológico. Este: ¿satisficaban de verdad, de raíz, a su autor? ¿Le justificaban? ¿Le concedían, por ventura, algún título de legitimidad creadora? No lo sé, y nadie podrá ya nunca saberlo. Mas me imagino que los estremecimientos del lápiz no llegarían jamás a concederle el regalo de una plenaria satisfacción. No olvidemos que el oficio de Rodin fue la escultura, es decir, la plasmación en bulto de la realidad por el artista captada. Ese bulto, esa presencia de la tercera dimensión, es lo que concede a la estatua su máxima eficacia expresiva. De alguna manera, y sea cual sea el modo de la figuración, siempre habrá en ella un rescoldo de aquello que la vida posee de presencia inmediata, de objetividad que ocupa un espacio del que es dueña y señora, un espacio que nada ni nadie puede perforar. El bulto es el trasunto estático de las dinamicidades sólidas del cuerpo humano. Lo que el pintor deja tras de sí es una

tela plana. El escultor, en cambio, segrega una masa real. Real como la figura misma de la criatura humana. En este sentido —sólo en este sentido— la pintura es una silueta y el bulto una posibilidad de palpación.

Es conocido que los dibujos lúbricos del francés no fueron concebidos como meros esbozos o estudios preparatorios de algún posterior conjunto escultórico. Fueron lo que fueron y de ahí no pasaron. Intento sugerir con ello que, como sucedáneos de la caliente vibración de la vida, les falta esa calidad de sólida presencia inherente al modelado en barro, o al golpe del cincel en la dura materia inorgánica. Trasunto, pues, mas trasunto deficiente. Trasunto en segunda instancia. Mientras tanto, el propio creador, el propio Rodin, iba a esfumarse definitivamente. De lo proyectado —proyectos de existencia libre— no persistiría casi nada. De lo vivido por el hombre que se llamó Auguste Rodin, absolutamente nada.

Volvamos de nuevo al otro escultor, a Miguel Angel. En un soneto se pregunta, angustiado, cómo puede ser «che più dura / l'immagen viva in pietra alpestra e dura / che'l suo fattor, che gil anni in cener riede?». En la dura piedra persiste más la imagen «viva» que su autor, a quien los años devuelven al polvo.

En esta idea miguelangelesca de la «piedra viva», y en su contraposición a lo que no va a ser más que ceniza, es decir, lo mínimo y lo informe, se esconde la gran tragedia humana de la desaparición personal. «Los burgueses de Calais» ahí están frente a nosotros, inmutables y, como diría Goethe, «a la tranquila espera de su futuro». Pero Auguste Rodin ya no está. ¿Qué queda de él? Se nos dirá que su obra. Esto es innegable, esto es indiscutible. Con todo, la obra no es radicalmente su autor. Es y no es. Y en la parte del «no es» radica la angustia.

Con estas notas aspiraba yo a ofrecer algunas rápidas meditaciones en torno al significado último de unos dibujos que si bien hoy ya no nos espantan, y mucho menos nos escandalizan, atraen nuestra mirada a favor del encanto de las líneas y el juego discreto del color sobreañadido. Detrás, como disimulado, anda todo un fácil demonismo «bon vivant». Y también, cómo no, una cierta superación. En su juventud, Rodin fue un tremendo tímido ante las mujeres. Los dibujos obscenos de la última época constituyen una superación, por vía indirecta, del apocamiento. Y, como todas las superaciones, también ésta cae en la demasia, quiero decir, en la obsesión. El regodeo con que circunscribe la intimidad femenina, sus ocultos repliegues, la furia exhibicionista de los muslos, el retorcimiento barroco de los torsos, la confusa fusión de dos cuerpos, todo ello es el producto, en apariencia provocador, de determinadas inhibiciones hondamente ancladas en las profundidades del alma rodiniana. Es ir más allá. Es, en última instancia, el inefable placer de traspasar la frontera.

Esa frontera que marca el límite entre lo usual y lo que no lo es. La línea —recordemos a Ernst Jünger— importante y devastadora del nihilismo. Esa línea medio destruida —el sexo ayudó y ayuda a la demolición— por cuyos vericuetos circula —desnortada y angustiada— el alma de nuestro tiempo. □

RESUMEN

La publicación de los dibujos eróticos del artista francés Rodin le da pie al médico humanista Domingo García-Sabell para no sólo recordar en su trabajo las etapas y hechos importan-

tes de la vida y obra de Rodin, sino también, al hilo de la aparición de estos dibujos que han causado una cierta sorpresa, para reflexionar sobre el sexo y el erotismo en la conducta humana.

Philippe Sollers y Alain Kirili

Rodin. Dessins érotiques

Gallimard, París, 1987. 109 páginas.

El retorno de Luis Vives

Por José María Jover

José María Jover (Cartagena, 1920) ha sido catedrático de Historia Moderna y Contemporánea en las Universidades de Valencia y Madrid (Complutense). Es profesor emérito de esta última, miembro de la Real Academia de la Historia y profesor de Historia de las Relaciones Internacionales en la Escuela Diplomática. Director de la «Historia de España», de Menéndez Pidal, es autor de libros como Carlos V y los españoles y 1635. Historia de una polémica.

Hay dos criterios, complementarios entre sí, para medir en términos universales la fecundidad de un clásico. Uno de ellos consiste en la fidelidad y la hondura con que su obra expresa las creencias, las ideas y el tono de la vida propios de su tiempo; en la ponderación de su influencia sobre su propia circunstancia histórica. El otro consiste en su capacidad de resurrección; en la persistencia, tiempo adelante, de la virtualidad creadora de su obra, marcando su huella u ofreciendo sugestivos motivos de reflexión y de acción a unos hombres insertos, ya, en otras situaciones y en otros tiempos. Pienso que son pocos los españoles que muestran esta doble condición en tan alto grado como Luis Vives. Casi todo está dicho ya acerca de la inmensa difusión lograda por las obras del valenciano entre la elite intelectual del siglo del Renacimiento; acerca de la transparencia con que se dejan ver en sus escritos el saber, las tensiones religiosas y políticas y aun la vida cotidiana de la Europa de su tiempo. En cuanto a la trayectoria de la fama de Vives a través de los tiempos modernos, podría dar lugar a una densa y atractiva monografía que, hasta la fecha y que yo sepa, está aún por escribir. Las relaciones de ediciones de sus obras —recordemos la elaborada por Bonilla y San Martín en su estudio sobre *Luis Vives y la filosofía del Renacimiento* (1903)— nos indican los temas predilectos que el Barroco, la Ilustración, el Romanticismo o el Positivismo indagaron en la obra visesiana.

Sin salir de los límites cronológicos de los hombres de mi generación, y sin entrar en las investigaciones emprendidas con un criterio de especialización científica muy definida —en particular por pedagogos y psicólogos—, podría recordar cuatro o cinco ocasiones históricas en que la personalidad y la obra de Vives ha emergido, con viveza y modernidad de rasgos, en el marco de situaciones muy peculiares de nuestro tiempo. El punto de partida para este recorrido podría establecerse en la imagen transmitida por Menéndez Pelayo y enriquecida por sus discípulos, en especial por Bonilla; imagen del humanista cristiano, del filósofo renacentista de excepcional talla intelectual y ética, que «adivino, columbró o presintió, en forma a veces muy precisa, casi todos los rumbos del pensamiento moderno». Después ha sido la insistencia de la historiografía sobre el gran tema del erasmismo español —desde Bataillon (1937) a José Luis Abellán (1976)—, al hilo de unas situaciones históricas en que las actitudes irenistas y pacificadoras de aquel movimiento intelectual se ofrecían al mismo tiempo como un modelo y como una esperanza. El sugestivo ensayo de Maraño sobre *Luis Vives. Su patria y su universo* (1947) no pretendió ser una investigación rigurosa ni aportar datos nuevos a lo ya conocido por entonces acerca de la vida y la obra del filósofo valenciano. Pero la capacidad del autor para la reconstrucción biográfica y la difusión lograda por el pequeño volumen de contenido misceláneo —*Españoles fuera de España*— en que el ensayo se publicó, hicieron que este último marcara un hito en el conocimiento de un Luis Vives presentado entonces, en el marco de una España desgarrada por el exilio que siguió a la guerra civil, como paradigma del desterrado. La nostalgia del pacificador activo, del «adaliid ve-



hemente de la paz», informará años después el documentado estudio, redactado en el exilio, del profesor Víctor Sanz acerca de la *Vigencia actual de Luis Vives* (Montevideo, 1967).

En la España conflictiva

En tanto, entre 1948 y 1956, se desata la gran polémica acerca de «la realidad histórica de España», acerca del «enigma histórico» de España: acerca del papel histórico respectivo que cupo a cristianos, moros y judíos en la gestación de la España medieval y moderna. En el jalón inicial de esta polémica —*España en su historia*, 1948—, Américo Castro expone, al hilo de su argumentación, la «razonable conjetura» de un Luis Vives de estirpe judaica; tal conjetura será presentada por el mismo autor como hipótesis probada, seis años después, en *La realidad histórica de España*. En el meollo de una patética revisión del papel desempeñado por los conversos —o descendientes de conversos— en la España del siglo XVI, surge Luis Vives, los motivos de su voluntario destierro, los mismos motivos inspiradores del sentido de su obra, a una luz enteramente nueva. En fin, la hipótesis se convertirá en evidencia plena cuando Miguel de la Pinta Llorente y José María de Palacio publiquen, en 1964, los *Procesos inquisitoriales contra la familia judía de Juan Luis Vives*. En lo sucesivo, Luis Vives no será solamente, en la memoria histórica de sus compatriotas, el sabio humanista, lumbrera de la Europa del Renacimiento, hombre de paz inmerso en las corrientes del erasmismo, mediterráneo retenido hasta su muerte en tierras del Norte por exigencia de su vocación de estudioso. La nueva estampa de Luis Vives revelada por la investigación histórica muestra a un hombre hijo y nieto de judíos, cristiano sincero atormentado por la nostalgia de su tierra nativa y sobre todo por los sufrimientos de la familia que dejó en España. Y esta nueva imagen, superpuesta y fundida con la anterior, prestará una nueva dimensión humana a la fama de Luis Vives; la acercará considerablemente a la sensibilidad de unos españoles muy propicios a reflexionar, en estas décadas finales de nuestro siglo, sobre los trágicos destinos de su patria y de sus gentes.

No son precisos muchos quilates de historiador para advertir el profundo cambio que, a remolque de la realidad o procurando impulsarla, está experimentando en nuestro tiempo la conciencia histórica de los europeos, y entre ellos la de los españoles. En un proceso análogo al que condujo a la formación de las grandes patrias entre la Edad Media tardía y el Renacimiento, la idea de una patria europea común viene precisando sus contornos y arraigando en las mentes como proyecto y como esperanza. A nadie habrá de extrañarle que en este cada vez más diáfano presentimiento de una «Europa a la vista», la figura y los libros de Vives aparezcan, otra vez, en un primer plano. Y otra vez en un primer plano tan obvio e indiscutible como el que le corresponde en el marco de la filosofía del Renacimiento, de las corrientes erasmistas o del desgarramiento personal e intelectual propio de la «edad conflictiva». De hecho, la condición europea de Vives se presta al análisis en tres planos distintos de su biografía: el de su arraigo en unos paisajes de singular caracterización cultural y geográfica; el de su dedicación a una empresa pacificadora supranacional, expresamente asumida desde su condición de humanista; en fin, el de la difusión inmediata de sus escritos, sobrepuesta a toda clase de fronteras, como muestra tanto la diversidad de los lugares de edición como el uso habitual de la única lengua común de que disponían a la sazón los europeos. Es decir, el latín.

Cuando Vives deja su Valencia natal en 1509, a los diecisiete años de edad, para estudiar en París, lleva consigo el peso de unas experiencias destinadas a modelar definitivamente su personalidad. Los recuerdos infantiles hubieron de tener un sabor amargo, ligados a su pertenencia a una casta marginada. Su padre, Luis Vives Valeriola, era hijo de conversos y por tal era tenido él mismo; pero sospechoso de persistir en las prácticas de la religión judaica había sido detenido por primera vez en 1500 —cuando el pequeño Juan Luis tenía siete años de edad—, al ser descubierta en Valencia una sinagoga clandestina. Ocho años más tarde había muerto su madre, Blanquina March y Almenara, víctima del contagio de una epidemia de peste; Blanquina, quizá la figura central en la tragedia familiar de los Vives, había sido, al igual que su marido,

hija de judíos, conversa y judaizante. Por lo demás, junto a la filiación judía de los Vives, es necesario parar la atención en la condición burguesa de la familia, familia de mercaderes en sedas y «draps», como tantos otros miembros de la sociedad acomodada valenciana. Esta impronta burguesa se dejará sentir siempre en Vives conformando su personalidad, contribuyendo a establecer su jerarquía de valores, contribuyendo también —quizá de manera decisiva— a su posterior arraigo en uno de los ambientes más característicamente burgueses de la Europa de su tiempo. En fin, es conocida, y fue glosada certeramente por Maraño, la honda vinculación afectiva que Vives mantuvo siempre con su ciudad natal, pese a las trágicas noticias que de ella le llegaron en distintos momentos: la condena y muerte de su padre, el sórdido proceso seguido «contra la memoria y la fama» de su madre, Blanquina March. Conservaba viva la memoria de sus calles, de sus plazas, de las gentes conocidas en la infancia y adolescencia; y el supremo elogio que supo hacer de su ciudad de adopción, ya en la etapa final de su vida, fue ponerla, en su afecto, a la misma altura que su ciudad natal: «Tengo a Brujas la misma inclinación que a mi Valencia...»

La forja del europeo

No puede minusvalorarse este estrato fundamental, español y mediterráneo, en la forja del europeo Luis Vives. Pero será el viraje descrito por su vida entre los diecisiete y los veinte años lo que ensanche su horizonte y le ponga en camino de serlo plenamente. Cuenta, primero, su estancia en París y sus estudios en la Sorbona. Pero, sobre todo, su adopción como nueva patria de un marco regional que recorrerá incesantemente —Brujas, Lovaina, París, Amberes, Bruselas, Londres...— y que ofrece en la Europa de su tiempo, también en la Europa actual, unos caracteres que conviene tener presentes. Entre Oxford, París y Bruselas, en un triángulo de tierras bajas de no más de 300 km. de lado, se centra, en efecto, una vez abandonada la Península, el escenario de la fecunda biografía vi-

Viene de la página anterior



STELLA WITTENBERG

vesiana. Tierras ricas, de fácil comunicación, asiento de prósperas y activas burguesías; encrucijada europea en que convergen, entonces como ahora, tres soberanías, tres lenguas, tres culturas nacionales. Tres soberanías: en los Países Bajos, Luis Vives se encuentra bajo la dependencia política del emperador Carlos, que es allí señor natural como heredero de su abuelo Carlos el Temerario, duque de Borgoña; mientras en Inglaterra reina Enrique VIII, y en Francia Francisco I, el gran antagonista del Emperador.

Por supuesto que esta ubicación privilegiada predispone para una asimilación de la realidad europea como lo que efectivamente es: una realidad plural. El ambiente y las actividades burguesas que allí predominan, inclinan también a valorar las artes de la paz sobre las artes de la guerra; a ver en «letras, religión, leyes, justicia, negocios, quietud, honrada artesanía, comercio y trabajo fecundo» todo lo que mejora y da realce al hombre —son palabras de Luis Vives en 1525—, en tanto que la guerra, «como una tempestad, lo trastorna y revuelve todo». El transcurso de la mayor parte de su vida en aquella encrucijada de patrias y culturas le llevará a un progresivo arraigo que elude todo exclusivismo: «¡Oh si Cristo hiciera —escribirá en 1529— que yo viese algún día, con estos tristes ojos míos, empeñadas en empresas más nobles y más cristianas (que la guerra entre ambas) a esa entrañable España que me engendró y a esa dulce Francia que me crió, en flor y en auge, y en liza más honrosa! No en porfía de crueldades y de odios...» Bien sabemos que Vives no hubiera vacilado en emplear palabras igualmente cálidas para hablar de Flandes, o incluso de Inglaterra. Por lo demás, si el ambiente burgués que Vives encuentra en las tierras bajas de la Europa atlántica entona bien con su medio levantino de procedencia, con la mentalidad y con los reflejos sociales asimilados durante sus años de hijo de mercaderes, obvio será recordar la adecuación existente entre su proyecto personal de vida —humanista dedicado al estudio, a la reflexión y al quehacer pedagógico— y esa especie de apretada Europa en miniatura que Vives no dejará de recorrer durante los años de su fecunda madurez. Las observaciones de José Antonio Maravall acerca de la presencia de un sustrato burgués en la ideología y en la

mentalidad de los humanistas del Renacimiento, encontrarían aquí una aplicación muy oportuna.

Vocación pacificadora

Pero lo que requiere ser subrayado en cualquier intento de semblanza europea de Luis Vives es el hecho de que su europeísmo, su vocación pacificadora, no se limitó al campo de la exposición y difusión de unas ideas, de acuerdo con su condición de hombre de letras; sino que se propuso eficazmente utilizar su inmenso prestigio de humanista para encaminar por derroteros de paz las grandes decisiones políticas que tejieron la trama de las relaciones internacionales en la Europa de su tiempo. Y en la actividad pacificadora llevada a cabo por el valenciano entre la tortura de la gota, las largas jornadas de trabajo, los continuos viajes y las noticias que llegaban de España, sería difícil discernir la parte que cupo a cada una de las poderosas motivaciones que se anudaron en su biografía: la atroz experiencia familiar, la radical sinceridad de su fe cristiana, la mentalidad del burgués trascendido en humanista.

Lo cierto es que el historiador de las relaciones internacionales de nuestros días, atento no sólo a la clásica «histoire diplomatique», sino también a los factores de todo orden que convergen en las decisiones que conducen a la paz o a la guerra, ha vuelto a encontrar a Luis Vives interponiendo activamente su voluntad pacificadora cerca del recién nombrado Papa Adriano VI, exhortándole a hacer callar las armas entre los príncipes cristianos; cerca de John Longland, obispo de Lincoln y confesor del rey de Inglaterra, pidiéndole que colabore en la previsión del absurdo de una guerra que nadie quiere y haciéndole ver la inhumanidad de una guerra emprendida por motivos de prestigio (1524); cerca de Enrique VIII, pidiéndole que medie para que Carlos V libere al rey de Francia, para que vuelva la paz entre Francia y España (1525); cerca de Carlos V, ofreciéndole su tratado *De concordia et discordia* y exhortándole a promover la paz en una coyuntura crítica de la política europea (1529)... Estas escuetas referencias no agotan, ni mucho menos, la trayectoria y la obra pacificadora de Luis Vives, proseguida

siempre desde un punto de vista superior al de cualquier soberanía o pertenencia nacional determinada. Pero bastan para recordar, en pocas líneas, esta dimensión del europeísmo vivesiano, cuyo conocimiento y análisis no es asunto exclusivo del momento actual (Thuerlemann, 1932; Víctor Sanz, 1967), por más que sea precisamente ahora cuando se la encuentre animando una nueva resurrección de la imagen y de la obra de Luis Vives en el marco de nuestra historiografía.

Coloquio de Europalia

Pienso que el primer Coloquio de Europalia, dedicado a España y celebrado en Brujas en septiembre de 1985, constituye un testimonio muy expresivo de esta tendencia del pensamiento y de la historiografía de nuestro tiempo a redescubrir en el valenciano, por encima de su condición de humanista y filósofo eminente, de precursor y clásico de pedagogos y psicólogos, su condición de ciudadano egregio de una Europa concebida como patria común. El título del volumen que recoge las actas de este Coloquio sugiere sobriamente la imborrable relación que tendieron dos grandes humanistas entre dos patrias llamadas a enfrentarse circunstancialmente, por azares de la historia, pocas décadas más tarde: *Erasmus in Hispania, Vives in Belgio*. Dos figuras, recuerda el profesor Jozef Ijsewijn en la introducción del volumen, que dominaron la Europa intelectual de la primera mitad del Quinientos: el holandés Erasmo, tan ligado a

la Universidad de Lovaina y a la Corte de Bruselas, y el español Juan Luis Vives, que acabará su vida en Brujas tras dejar transcurrir la mayor parte de ella entre Flandes y Brabante.

La presidencia del Coloquio fue desempeñada conjuntamente por el profesor Ijsewijn, de la Universidad Católica de Lovaina, y por el español Angel Losada; las conferencias inaugurales estuvieron a cargo de Endrik Brugmans («Juan Luis Vives») y de Alois Gerlo («Erasmus»). En realidad, aquí termina la simetría en el tratamiento del tema objeto del Coloquio. Las ponencias o comunicaciones concurrentes al mismo aparecen agrupadas en cuatro secciones, todas ellas centradas, más o menos exclusivamente, sobre el humanista valenciano. La primera sección («El pensamiento de Vives») cuenta con cuatro interesantes monografías, entre las que desearía destacar —por su extensión, por el carácter general de su contenido y por su inmediata relación con la orientación que he dado a esta reseña— el excelente estudio de Antonio Fontán sobre *La política europea en la perspectiva de Vives*. La segunda sección («La difusión de las obras de Vives») ofrece dos monografías realmente magistrales: la del P. Miguel Batllori sobre *Las obras de Vives en los colegios jesuíticos del siglo XVI* y la de Angel Losada sobre *La huella de Vives en América*. Tercera sección: «Vives y Erasmo; erasmismo en España». Aquí encontramos unas precisiones de José Luis Abellán acerca de *El erasmismo de Luis Vives*, un documentado artículo de Juan F. Alcina Rovira sobre *Erasmismo y poesía en España*, y un extenso estudio del malogrado Sebastián García Martínez sobre *El erasmismo en la Corona de Aragón*. En fin, la sección cuarta («La familia de Vives») ofrece un único artículo, anticipo de un libro a la sazón en prensa, de Angelina García: *Una familia de judío-conversos: Vives*.

La primera valoración del conjunto que acabo de resumir queda hecha por el profesor Ijsewijn ya en las primeras páginas de su introducción: «Un resultado muy importante, a nuestro juicio, del coloquio de Brujas ha sido el hecho de haber restablecido el contacto entre las investigaciones humanísticas de España, por un parte, y las de Europa por otra.» Ijsewijn cifra este progreso en el contraste que se advierte entre la escasa participación española —reducida a la presencia del P. Batllori— en otro reciente coloquio vivesiano (Wolfenbüttel, 1980), y la nutrida y bien seleccionada aportación española, cinco años después, al coloquio de Brujas. Por mi parte creo muy probable que los próximos años reserven al estudio de la vida y de la obra del humanista valenciano no sólo un incremento de atención por parte de la historiografía europea —incluyendo la española—, sino también esa renovación de planteamientos que parece sugerir nuestro propio horizonte histórico en estos lustros finales del siglo XX. Europeos y españoles necesitamos imperiosamente un reencuentro con esta fecunda vena de nuestra tradición; con el saber y el testimonio personal de un hombre que propugnó activamente la paz y puso valerosamente de relieve las celdillas de la vida social y de la vida internacional en que se aloja la discordia. □

RESUMEN

La publicación de las actas del primer Coloquio de Europalia, dedicado a Erasmo y Luis Vives, permite al profesor Jover exponer algunas reflexiones acerca del «redescubrimiento» de Vives que se advierte en la historiografía de las últimas décadas. A la ima-

gen del humanista y del filósofo hay que sumar otros rasgos: el desterrado, el cristiano de estirpe judía atrapado en un trágico conflicto de castas y creencias, el europeo cuya filiación afectiva se sobrepone a la diversidad nacional, y el pacificador.

Jozef Ijsewijn y Angel Losada (eds.)

Erasmus in Hispania, Vives in Belgio

Acta Colloquii Brugensis (Colloquia Europalia, I), Lovanii, in Aedibus Peeters, 1986. 316 páginas.

Constitución y Derechos Fundamentales

Por Francisco Rubio Llorente

Francisco Rubio Llorente (Berlanga, Badajoz, 1930) es catedrático de Derecho Constitucional de la Universidad Complutense, habiéndolo sido antes de la Universidad Central de Venezuela. Ocupó, entre 1977 y 1979, la Secretaría General de las Cortes y fue nombrado, en 1980, magistrado del Tribunal Constitucional. Su obra teórica está dispersa en revistas especializadas, libros colectivos y estudios introductorios.

Hace algo más de un año que prometí al director de esta publicación el envío de un comentario sobre el libro de Alexy, que en aquella época terminaba de leer. El hecho de que después de tan dilatado retraso acepte mi colaboración, es prueba de su paciencia; que la demora haya sido tanta es producto de mi perplejidad. No de mi desidia ni de mi agobio; ni suelo olvidar los compromisos que adquiere, ni la carga de trabajo que sobre mí pesa es tan agobiante que impida encontrar tiempo para comentar los libros que, por razón de trabajo, uno ha de leer. Es, como digo, producto de la perplejidad propia de quien se encuentra ante un dilema.

El libro de Alexy es un escrito de habilitación presentado ante la Universidad de Gotinga; una obra de especialista y para especialistas, en la que se intenta construir una dogmática de los Derechos Fundamentales sólidamente apoyada en la Filosofía del Derecho y sobre todo en la Teoría del Derecho, a la que el autor dedicó hace ya algunos años otro libro muy digno de consideración (1).

Para un reducido grupo de lectores (que en su mayoría conocerán ya el libro directamente) podría tener quizá algún interés, no mucho, saber mi opinión sobre el uso que Alexy hace de la teoría de las posiciones jurí-

dicas de Lindhal, de la lógica deóntica de Wright, o de la doctrina hohfeldiana de las relaciones, o sobre la posibilidad de aceptar para la aplicación de nuestra Constitución su concepción de los Derechos Fundamentales como principios. Para el lector no jurista (y tal vez incluso para una buena parte de los juristas prácticos) esa glosa sería, en el mejor de los casos, un puro juego de sutilezas sin ninguna relevancia práctica.

La ciencia jurídica no es, sin embargo, una ciencia pura, ni siquiera una ciencia para la comprensión de la realidad, sino un saber práctico para vivir en sociedad y actuar sobre ella, y el mérito de una teoría jurídica sólo puede ser apreciado desde el punto de vista de los problemas prácticos que intenta resolver, una perspectiva en la que el especialista se sitúa sin dificultad, pero no accesible sin ayuda para el lector no especializado. De ahí la perplejidad. Limitarme al comentario para las gentes del oficio me parecía no sólo un ejercicio de dudosa utilidad, sino una huida; situar la obra en el marco práctico que es propio del Derecho, un empeño desmesurado. Al final, como desgraciadamente me suele ocurrir, he terminado por seguir el antiguo consejo de que en caso de duda la solución más difícil es siempre la más certera, aceptando resignadamente los muchos riesgos que esta opción comporta.

Para el Derecho positivo, los Derechos Fundamentales son, en primer término, un conjunto de enunciados del texto constitucional que con fórmulas generales y retóricas atribuyen a los ciudadanos determinados «derechos». Estos enunciados desempeñan una función muy compleja o, quizá mejor, un conjunto de funciones distintas que sólo desde un nivel muy elevado de abstracción cabe considerar como unidad. Son, en primer término, un elemento decisivo para la legitimación del sistema político, lo que explica su presencia en la

mayor parte de las Constituciones de nuestro tiempo, incluso en aquellas en las que, vaciados de contenido eficaz, tales enunciados son simples hojas de parra que la propaganda utiliza para cubrir, hacia el exterior y hacia el interior, las vergüenzas reales. Aseguran, en segundo término, como promesas ciertas de utopía, el dinamismo social en la búsqueda de una situación más perfecta, siempre inalcanzable, pero indispensable como meta, en la que los hombres sean plenamente libres y rigurosamente iguales. Esta búsqueda sigue con frecuencia caminos tortuosos y no son, por lo general, individuos virtuosos y socialmente útiles, sino elementos marginales y socialmente reprobados los que, a veces con escándalo de aquellos, pero para beneficio de todos, son causa de nuevos avances (2). Pero además de todo esto, los enunciados de Derechos Fundamentales son enunciados de normas jurídicas que imponen conductas determinadas y ofrecen, en caso de conflicto, la solución adecuada, es decir, un «derecho de juristas» cuya aplicación requiere un sistema categorial complicado y novedoso del que no disponemos aún.

Su inexistencia es consecuencia de la novedad de los Derechos Fundamentales en su forma actual y del cambio revolucionario que esta forma nueva ha producido en la estructura del Derecho en los países de la Europa continental, los países de «civil-law». En estos países, y entre ellos el nuestro, esa estructura reposaba sobre el principio de la primacía absoluta de la Ley. Ciertamente, las constituciones dignas de este nombre consagraban ya desde 1789 unos Derechos Fundamentales que con esta denominación u otra (Derechos del Hombre, Garantías Constitucionales, etc.) aseguraban a los ciudadanos determinados ámbitos de libertad que el legislador debía proteger, tanto indirectamente, tomándolos en cuenta al establecer las normas (civiles, pena-

les, etc.) que regulan las relaciones de los individuos entre sí, como, sobre todo, directamente, ofreciéndoles medios eficaces para resistir (en último término acudiendo al juez) todas las actuaciones de la Administración que no estuviesen autorizadas por la Ley. Existían los derechos y el legislador estaba obligado a respetarlos y protegerlos, pero su obligación era sólo obligación política. No existía instrumento jurídico alguno para exigirlos, ni los derechos consagrados por la Constitución tenían otro contenido que aquel que el legislador efectivamente les atribuía, pues los derechos de los ciudadanos nacían sólo de la Ley.

Este entendimiento de los Derechos Fundamentales, que lleva hasta el extremo de lo posible el respeto al principio democrático del gobierno de la mayoría y proporciona un alto grado de seguridad jurídica, es el que subyace a la obra monumental de Jellinek, analizada y ponderada por Alexy en el breve capítulo V del libro. Es también el entendimiento generalizado en la práctica europea hasta el término de la Primera Guerra Mundial.

Después de ésta, en unas pocas Constituciones (entre ellas, la nuestra de 1931), se muda ya esa concepción, iniciando un proceso que se generalizaría a partir de 1945. En la Europa de nuestro tiempo, en efecto, sea por la introducción de un sistema de jurisdicción constitucional, sea, simplemente, por la ratificación del Convenio Europeo para la Protección de los Derechos Humanos y de las Libertades Públicas (Convenio de Roma) y la consiguiente sumisión a la jurisdicción del Tribunal de Estrasburgo, ha cambiado radicalmente, en la inmensa mayoría de los estados, la naturaleza de los Derechos Fundamentales, al convertirse en derechos frente al legislador. No sólo frente a él, claro está, sino frente a todos los



Viene de la página anterior



MERCEDES DARBRA

poderes del Estado (3), pero en cuanto éstos han de actuar sometidos a la Ley, se trata esencialmente de derechos frente al legislador. La diferencia frente a la situación anterior está en que estos derechos existen ahora como tales en el pleno sentido del término, y su correlato no es ya, como antes, el simple deber político de hacerlos efectivos mediante la Ley, que era la que los constituía como derechos y fijaba su contenido real. El contenido de los Derechos Fundamentales y su eficacia se entienden hoy ya establecidos por la propia Constitución y, en consecuencia, ni es indispensable, en principio, su desarrollo mediante Ley, ni ésta es válida en la medida en que los desconozca.

Se trata, valga el lugar común, de un giro copernicano. El imperio de la Ley (una fórmula tradicional que nuestra Constitución todavía recoge, con algún anacronismo, en su Preámbulo) ha sido sustituido por el imperio de la Constitución, y el poder legislativo en la vieja concepción garante de la libertad, queda, como el resto de los poderes del Estado, bajo la sospecha de ser, potencialmente, enemigo de ella. El juez no juzga ya sólo de los hechos de acuerdo con la Ley, sino también de la Ley misma, que ha de interpretar, en cuanto sea posible, de conformidad con los derechos que la Constitución garantiza y, en cuanto no lo sea, inaplicar (en el caso de los Estados Unidos) o cuestionar (en los países europeos) ante el Tribunal Constitucional, que puede, a su vez, declararla nula.

Esta es la gran cuestión. El enunciado constitucional de los derechos no define supuestos de hecho de los que resulten determinadas consecuencias jurídicas. Los derechos fundamentales son derechos de «status» de los que los hombres gozan no por hallarse en esta o aquella circunstancia, sino, como el viejo Vichinsky decía despectivamente, «por haberse tomado el trabajo de existir». Y no sólo esto. Son, además, derechos enunciados, como antes se indica, mediante cláusulas generales y retóricas, con abundante empleo de conceptos de valor, susceptibles por necesidad (de otro modo, claro está, no sería posible el pluralismo político e ideológico) de muy variadas interpretaciones. Pese a ello han de ser aplicados por el juez para valorar la Ley, tanto en la definición que ésta hace de los supuestos de hecho que regula como en las consecuencias que a esos supuestos atribuye. Los enemigos del sistema declararon el empeño simplemente inviable, y aún hoy son muchos quienes piensan que la Justicia deja así de serlo para convertirse en «Justizformige Politik». Esta postura de hostilidad radical está ideológicamente determinada (por ideologías de derecha o de izquierda, tanto da) y hoy, creo,

superada tanto por la teoría como por la práctica, pero la dificultad es real y no puede ser ignorada. Si el juez ha de seguir siendo tal y no un poder libre que libremente acepta o rechaza las decisiones del legislador, sus decisiones han de estar «fundadas en Derecho», ser consecuencia necesaria de un razonamiento que parte de una norma, se desarrolla según pautas de algún modo preestablecidas y emplea categorías construidas sobre los datos que el ordenamiento ofrece. De otro modo, la primacía de la Constitución se transforma en «tiranía» del juez, la seguridad jurídica desaparece y la democracia queda, cuando menos, en entredicho.

A este problema es al que trata de dar respuesta la teoría de la interpretación constitucional y la de los Derechos Fundamentales. En lo que a esta última concierne, el debate se centra hoy, sobre todo, en dos puntos, el de cuál sea la naturaleza de la obligación que al legislador impone la existencia de estos derechos y, sobre todo, el del contenido de éstos. Respecto del primero de estos puntos se enfrentan, simplificando al máximo, dos posturas distintas: la de aquellos que, más fieles a la tradición, consideran que esta obligación es sustancialmente la de la abstención, el respeto, la no intromisión, y la de quienes, por el contrario, entienden que el legislador está obligado a actuar siempre de modo tal que las organizaciones y los procedimientos en los que, y según los cuales, los ciudadanos llevan a cabo su actividad, maximalicen en la práctica el goce de esos derechos (4). Mucho más complejo es el debate en lo que concierne a la cuestión principal (de la que la anterior es dependiente), esto es, la de cuál sea el contenido (o en otras variantes, la estructura) de los Derechos Fundamentales, cuestión en la que la teoría de los Derechos y la de la interpretación se mezclan de modo casi inextricable. En general, y simplificando aún más, cabe distinguir entre quienes ven en estos derechos nada más y nada menos que el enunciado jurídico (la positivización) de valores que el juez ha de hacer prevalecer y aquellos otros que los entienden como simples normas jurídicas que, sea cual fuere su conexión con valores materiales o formales (procedimentales), no conceden más derechos que aquellos que directamente resultan de sus propios términos y sólo en esa medida limitan la libertad del legislador. La primera de estas actitudes potencia desde luego enormemente, como fácilmente se comprende, el papel del juez, pero encierra el peligro de que éste, actuando de acuerdo con lo que Forsthoft llamó críticamente un «geiteswissenschaftliche Methode», convierta en exigencia constitucional su propio sistema de valores y niegue, en consecuencia, validez

a la idea que el legislador (es decir, la mayoría del electorado) tiene de éstos. La segunda incurre en el riesgo opuesto de dejar al juez poco menos que inerme ante las decisiones del legislador, siempre que éstas no sean (lo que no suele ocurrir) absolutamente inconciliables con la letra de la Constitución, y se adecua difícilmente a la forma, construida en términos muy generales y con abundante uso de conceptos de valor, según antes recordaba, de estos enunciados constitucionales. Por esto es quizá el primero de estos dos enfoques el que con construcciones muy diversas, de mayor o menor rigidez, predomina hoy tanto en la teoría como en la práctica jurisprudencial de los Estados Unidos (5) y de la República Federal de Alemania, los dos países en los que, en este campo como en otros, hay un debate más rico y más articulado.

Alexy no ofrece para estos problemas ninguna solución radicalmente original, pero intenta articular de algún modo las teorías contrapuestas mediante un empleo honesto y lúcido de su propia doctrina de la argumentación jurídica. Construye (a partir exclusivamente del análisis de la jurisprudencia del Tribunal alemán) una noción compleja del Derecho Fundamental como una mezcla o combinación de principio y regla (dos variedades estructuralmente distintas, según su tesis, de la norma jurídica) a partir de la cual parece posible que la «ponderación» de derechos (es decir, el intento de equilibrar los derechos en conflicto) se convierta efectivamente en un método jurídico y no simplemente en la vestidura retórica de las preferencias axiológicas del juez. En cuanto ello implica una rehabilitación de la teoría de los valores de Duhrig, como indicaba no hace mucho Peter Häberle en la revista «Der Staat», la construcción no será seguramente aceptada por todos y es muy cierto que no será el final de un debate que dura ya decenios, pero sí lo sitúa en un plano superior.

Es, en todo caso, un espléndido análisis de las posiciones en presencia (limitado, des-

graciadamente, al caso alemán, aunque no falten referencias a la doctrina anglosajona) y un esfuerzo notable para conciliarlas y encontrar vías medias. Un libro, creo, que sería útil ofrecer al lector español, que tiene acceso ya a algunas obras importantes (Dworkin, Ely) de la doctrina norteamericana, pero al que no se le ha ofrecido todavía ninguna monografía alemana sobre el tema de los Derechos Fundamentales, en el que nuestra Constitución sigue tan de cerca el modelo alemán. □

- (1) *Theorie der juristischen Argumentation*, Frankfurt, 1978 (reimpresión, Frankfurt, 1983).
- (2) El ejemplo más conocido, pero no el único, es el del célebre Gideon, cuya condena, anulada por la Corte Suprema de los Estados Unidos, sirvió a ésta para introducir nuevos «standards» en el Derecho procesal norteamericano. Gideon era un delincuente habitual que murió poco después en una pelea de taberna.
- (3) Se habla también de la eficacia de los Derechos Fundamentales en las relaciones entre particulares, la llamada «Drittwirkung», de la que se ocupa Alexy en el capítulo X del libro que comentamos. Como esta «eficacia horizontal» de los Derechos Fundamentales está mediada por la Ley y opera a través de la aplicación judicial de ésta, el derecho fundamental en cuanto tal sólo es oponible también aquí a un poder del Estado.
- (4) Valga para mayor comprensión, como ejemplo concreto, el de la sentencia de nuestro Tribunal Constitucional sobre el Proyecto de Ley de Despenalización del Aborto. La divergencia que allí se produjo entre los magistrados se apoyaba en distintas razones, pero entre ellas también en el enfrentamiento entre estas dos concepciones. En tanto que para quienes integraban la mayoría, el proyecto, aunque no lesionara ningún derecho fundamental en concreto, no establecía la organización y procedimiento adecuados para salvaguardar al máximo otros bienes constitucionalmente protegidos, y era por ello inconstitucional, los disidentes consideraban, en general, que no lo era porque la obligación del legislador se reduce a no infringir los derechos que la Constitución garantiza.
- (5) En el reciente episodio del juez Bork, éste se presentaba como defensor de la segunda de las posturas aquí descritas, que en su doctrina es la de no atribuir a las fórmulas constitucionales más contenido que el derivado del «original intent» de los constituyentes. Sus adversarios (entre los que, en el plano teórico, descuella sobre todo Dworkin) preconizan, por el contrario, la necesidad de dotar a esas fórmulas (que utilizan, se dice, conceptos pero no concepciones) del contenido que la sensibilidad ilustrada les atribuye hoy, coincida o no con el que les asigna la mayoría.

RESUMEN

El profesor Rubio Llorente analiza un texto alemán que intenta trazar una dogmática de los Derechos Fundamentales, tema en el que la Constitución española sigue tan de cerca al modelo alemán. Apoyándose en la

Filosofía del Derecho y en la Teoría del Derecho, la obra recoge las distintas posiciones existentes en este terreno y hace un esfuerzo notable para conciliarlas y encontrar vías medias.

Robert Alexy

Theorie der Grundrechte

Nomos Verlagsgesellschaft, Baden-Baden, 1985. 521 páginas.

La conquista del mundo subatómico

Por Manuel García Doncel

Manuel García Doncel (Santander, 1930) es catedrático de Física Teórica en la Universidad Autónoma de Barcelona. Ha sido visitante del Institut des Hautes Etudes Scientifiques de Bures-sur-Yvette (París) y del CERN de Ginebra. Actualmente se dedica a la historia de la física del siglo XX, y dirige en su universidad un seminario de Historia de las Ciencias.

En 1895 Wilhelm Roentgen descubre una nueva radiación, que denomina expresivamente «rayos-X». La obtiene en su laboratorio de Würzburg mediante un simple tubo de «rayos catódicos» de un metro de largo al que aplica una diferencia de potencial de 100.000 voltios. Como se sabrá pronto, esos rayos catódicos son electrones que, repelidos por el cátodo y atraídos por el ánodo, se aceleran hasta alcanzar una energía cinética de 100.000 electron-voltios (10^5 eV) y, al chocar contra un «anticátodo», producen los «rayos-X». Y como se sabrá más tarde, esos «rayos-X» son luz, una luz aún más penetrante que la ultravioleta. Esta luz se concebirá como corpuscular, como «fotones» de gran energía (del orden de 10^5 eV). Nada de esto podía barruntar Roentgen en 1895, al detectar sus misteriosos «rayos-X», por la clara fluorescencia que producían sobre una pantalla de platinocianuro de bario. Su experiencia desencadena otras y conduce a la «radiactividad». Así empezó la conquista del mundo subatómico.

En 1983, dos grupos experimentales del CERN de Ginebra identifican los primeros sucesos de producción de los «bosones de aforo» W y Z. Son experiencias realizadas a unos 50 metros bajo tierra, en las «áreas subterráneas 1 y 2» del anillo de colisión de 6 km. de perímetro. El anillo, remodelado según el proyecto de Carlo Rubbia, acelera en sentidos opuestos protones y antiprotones, y los hace colisionar frontalmente cuando ambos alcanzan una energía de 270.000 millones de electron-voltios ($2.7 \cdot 10^{11}$ eV, equivalente a $1.5 \cdot 10^{14}$ eV para una partícula que chocara sobre la otra en reposo). En cada mil millones de tales colisiones se producen unos seis bosones W y algunos menos Z. Para poder identificar sus huellas ha habido que construir complejos detectores electrónicos de miles de toneladas de peso. Esos bosones de aforo constituyen una comprobación espectacular de una de las modernas teorías de unificación. Según ella, el «bosón Z» es tan semejante al fotón aquel de los «rayos-X» que «se superpone» con él. Han transcurrido apenas noventa años, y las «altas energías» de la nueva física son un miliardo de veces más altas. Ahí estamos hoy en la conquista del mundo subatómico.

Esta historia «de X a Z» es la que nos presenta Abraham Pais. Holandés de origen pero afincado en Norteamérica, es un físico bien conocido por sus brillantes aportaciones de los años 50 y 60 sobre las «partículas extrañas» y sus «simetrías internas», y un historiador de la física admirable en sus aportaciones de los años 70 y 80. Entre ellas destaca su deliciosa biografía científica de Einstein *El Señor es sutil...*

Divide su nueva obra en dos partes. La primera y más extensa es «historia», concienzudamente investigada, la segunda es «memoria» ardentemente vivida. Cabe subdividirlas en dos periodos de unos veinte años cada uno: historia hasta la primera y hasta la segunda guerra, memoria de postguerra hasta los años sesenta y hasta nuestros días. Recorramos sus temas centrales.

Ernst Rutherford, figura destacada del primer período, lo ponderaba así en 1918: «Las dos décadas, de 1895 a 1915, serán reconocidas siempre como un período de una notable actividad científica que no tiene parangón en la historia de las Ciencias Físicas... Habiendo sido hasta cierto grado un tiempo de especulación...» Pais confirma que en ningún otro período se han adelantado tanto los hechos experimentales a las teorías.



Los «rayos-X» (W. Roentgen, 1895).

ARTURO REQUEJO

Hechos experimentales antiguos eran las líneas del espectro luminoso, característico de cada elemento. Ellas constituían un acervo de información atómica, pacientemente recogida por los espectroscopistas desde mitades del siglo XIX.

Radiactividad y estructura atómica

Los hechos nuevos se desencadenan a partir de los «rayos-X» y su fluorescencia. En 1896 Henri Becquerel, investigando en París esa fluorescencia sobre láminas de un compuesto de uranio, descubre una nueva radiación, los «rayos uránicos». En 1897 Marie Curie, establecida ya en París, se consagra a su estudio. Descubre el radio, un nuevo elemento enmascarado en el uranio, principal responsable del nuevo fenómeno atómico: la «radio-actividad», o «radiactividad». En 1899 Rutherford, recién llegado a Cambridge, distingue en ella los «rayos-alfa», positivos y poco penetrantes (núcleos de helio), y los «rayos-beta», negativos y más penetrantes (electrones). En 1900 se descubren en París los «rayos-gamma», neutros y aún más penetrantes (fotones muy energéticos).

La radiactividad presentaba tres enigmas: ¿Cuál es la fuente, al parecer inagotable, de su energía? Esto puso en cuestión el principio de conservación de la energía, hasta llegar a verlo como comprobación del principio einsteiniano de equivalencia entre masa y energía. ¿Por qué la radiactividad parece exclusi-

va de algunos elementos? Esto se aclaró al descubrir la existencia de «isótopos» y sus transformaciones sucesivas. ¿Es indeterminista el proceso radiactivo? Porque resulta impredecible cuándo se desintegrará un átomo concreto, pero se conoce con precisión su «vida media».

Estos enigmáticos fenómenos excitaron, como dice Rutherford, la especulación. Había que imaginar una estructura atómica capaz de explicarlos. Para construirla, se contaba desde 1897 con una piedra básica, el «electrón». En el átomo tenía que haber electrones, puesto que de él salían, y sus oscilaciones dentro de él podían explicar las rayas espectrales y aun sus desdoblamientos magnéticos. Pero dada su pequeña masa, en un átomo cabían miles de electrones. Proliferaron modelos atómicos para todos los gustos, incluso de átomos semi-vacíos y de átomos planetarios.

En 1906 J. J. Thomson en Cambridge logró estimar experimentalmente el número de electrones del átomo. Este «número atómico» resultaba ser pequeño, del orden del «peso atómico». Ello apoyaba su modelo de átomo, vulgarmente llamado de «pudding de ciruelas», en que esos pocos electrones flotaban dentro de una masa positivamente cargada. En 1911 Rutherford, ya profesor en Manchester, hacía experiencias de dispersión de rayos-alfa sobre láminas finísimas de oro. Así es como descubre que el átomo está prácticamente vacío, y su carga positiva está concentrada en un punto, el «núcleo» atómico. Pero Rutherford no tenía ideas claras sobre la distribución de los electrones.

Es el danés Niels Bohr quien en 1913, tras visitar a Rutherford, publica su famosa trilogía del modelo de átomo planetario. En él introduce dos revolucionarias hipótesis cuánticas: ciertas órbitas electrónicas son estables, y sólo al saltar de una a otra un electrón, se emite o absorbe energía luminosa. Ellas explican exactamente el espectro del hidrógeno.

Es curioso que sea Rutherford el primero en objetar a Bohr: «¿Cómo decide un electrón... cuándo ha de pasar de un estado estacionario a otro?» Es el problema del indeterminismo, introducido en la radiactividad por Rutherford, y atacado en el período siguiente. El presente concluye con el desastre de la guerra y la militarización de los físicos.

Paradojas nucleares y campos cuánticos

Tras la guerra, vuelve a pensarse en el átomo de Bohr. Ello origina la mecánica cuántica, con su revolución científica (Werner Heisenberg, 1925) y su interpretación filosófica (1927). Esa historia ha sido bien estudiada, y Pais se conforma con un breve ensayo de recapitulación cronológica y conceptual. Más espacio dedica a la historia del espín y a la de la simetría de intercambio de partículas idénticas. Esta simetría clasifica las partículas en «bosones» simétricos y «fermiones» antisimétricos.

Tema central de este período son las paradojas del núcleo atómico. Hasta descubrirse el neutrón (Chadwick, 1932), el núcleo se imaginaba compuesto de electrones y protones (núcleos de hidrógeno). La presencia de electrones parecía confirmada por el hecho de su emisión, en forma de rayos-beta. Pero no era fácil explicar su confinamiento en el reducido volumen nuclear, ni el camuflaje de su gran momento magnético. Además, una pareja electrón-protón simulaba bien la carga neutra y la masa del neutrón, pero no su espín ni su carácter fermiónico. Estaba, por fin, la paradoja de la energía variable de los electrones de la radiactividad-beta. Ella hizo dudar a Bohr de la conservación exacta de la energía en los procesos nucleares. Pero Wolfgang Pauli elaboró la hipótesis (1930-32) de que un «neutrino», neutro y sin masa, acompañaba de incógnito a cada electrón emitido, compartiendo con él la energía nuclear liberada.

La solución de esas paradojas requiere, además de neutrones y neutrinos, una «teoría cuántica de campos». En 1927 P. A. M. Dirac introduce el formalismo de emisión y absorción de fotones, que explica las probabilidades de transición del átomo y las intensidades de sus rayas espectrales. En 1928 halla la famosa ecuación relativista de cuantificación del electrón, que explica su espín y predice su antipartícula, el «positrón». Sobre ambas creaciones de Dirac, elaboran Heisenberg y Pauli (1929-30) la «electrodinámica cuántica» antigua. En ella combinan los campos de fotones y electrones, guiándose por la simetría relativista y por la simetría de «aforo» («eich» en alemán, «gauge» en inglés), relacionada con la conservación de la carga eléctrica. Esta electrodinámica cuántica predecía multitud de resultados en primer orden de aproximación. Pero al realizar cálculos en orden superior, se tropezaba siempre con resultados infinitos, las llamadas «divergencias».

Como dice gráficamente Pais, la teoría de campos es «el fin del juego de las canicas». Las partículas subatómicas dejan de ser canicas indestructibles, que pasan de mano en mano. El nuevo formalismo permite, bajo ciertas reglas, su creación y destrucción. Enrico Fermi utiliza esta idea en su teoría de la desintegración-beta de 1933. Para él, los electrones emitidos por el núcleo no salen de él. Cada pareja electrón-neutrino es creada en el momento de ser emitida, a la vez que un neutrón



Viene de la página anterior



del núcleo se transforma en protón. Esta transformación se expresa bien en el formalismo de «isospin» (Heisenberg, 1932), en el que protón y neutrón son dos estados de una partícula, el «nucleón».

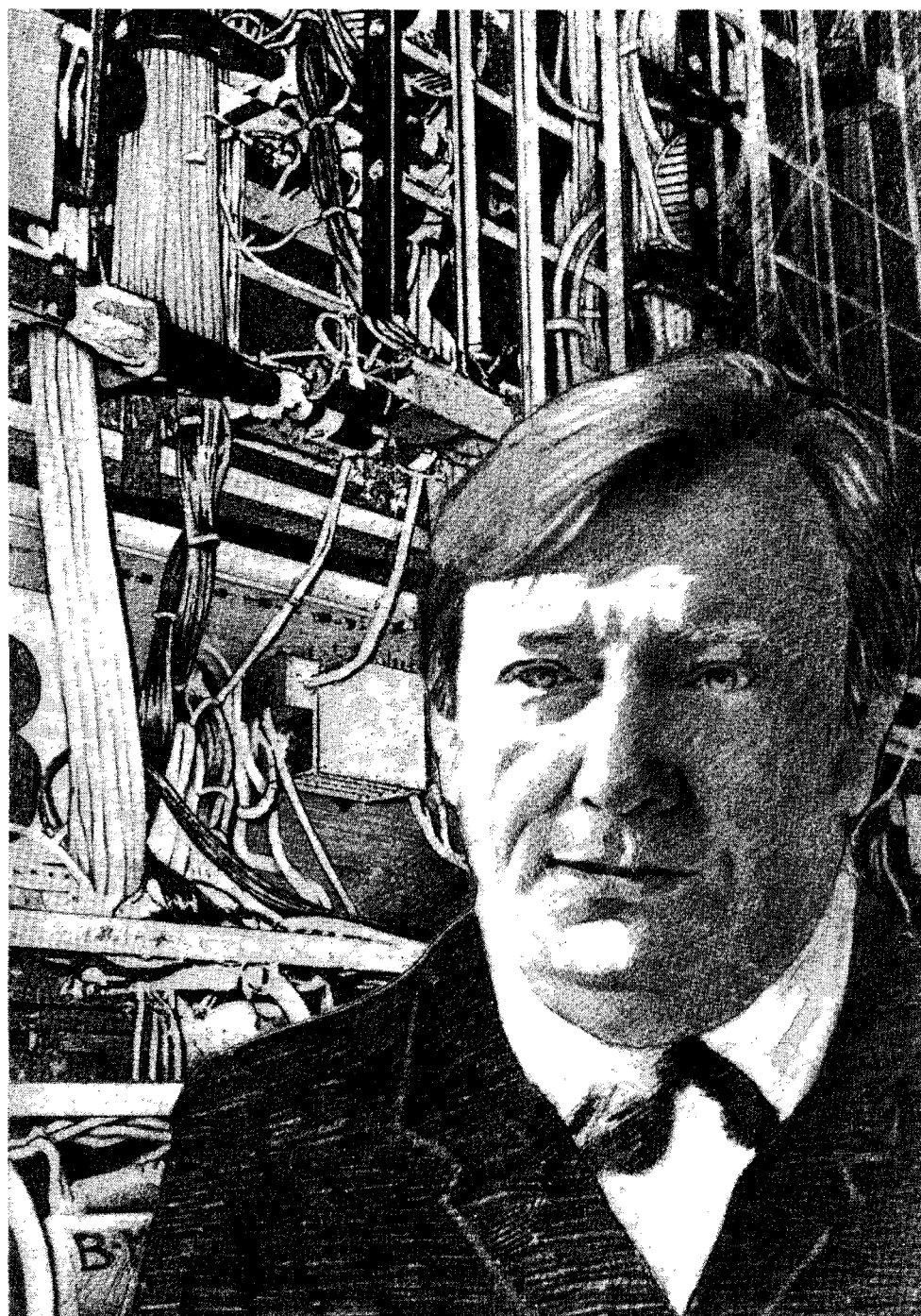
La teoría de Fermi está inspirada en la electrodinámica cuántica, pero corresponde a una interacción de tipo nuclear, la «interacción débil», mucho más débil que la electromagnética. Tal tipo de interacción no es capaz de explicar la cohesión de los nucleones en el núcleo. Hideki Yukawa formula en 1934 una nueva interacción nuclear, la «interacción fuerte». Su teoría predice una nueva partícula, el «mesón» de masa intermedia entre las del electrón y del nucleón. Hoy le identificamos con el «pión», pero en su tiempo fue falsamente identificado con el «muón», una especie de electrón pesado que había sido detectado en los rayos cósmicos. Satisfechos con esas teorías de las tres interacciones y con sus nueve partículas (fotón, electrón y positrón, neutrino y antineutrino, protón y neutrón, y pión-muón positivo y negativo), los físicos son de nuevo arrancados de su investigación básica y movilizados por la guerra.

Partículas extrañas y simetrías internas

Pais comienza la memoria con su llegada a Estados Unidos en 1945, y sus recuerdos de los congresos de física en que se discutía la «electrodinámica cuántica» nueva. Las técnicas militares de micro-ondas habían suministrado datos muy precisos sobre dos fenómenos anómalos: el corrimiento de ciertas líneas espectrales del hidrógeno (W. E. Lamb, 1947) y el momento magnético del electrón. La sensación espontánea de los físicos teóricos es que esos fenómenos han de explicarse mediante aquellos cálculos divergentes de antes de la guerra. Las divergencias se tornan así de desesperación en promesa, y surge una técnica rigurosa de manipularlas: la «renormalización». Ella permitía calcular los procesos entre fotones y electrones en cualquier orden de aproximación. Y los resultados teóricos concordaban con los fenómenos anómalos hasta un grado sorprendente de precisión.

Pero la característica de este período, y el tema en el que la memoria de Pais se hace más vívida, es la proliferación de las partículas elementales «extrañas». Se las llamó así por no ser frecuentes y por no encajar en el esquema de partículas de antes de la guerra. Se desintegraban débilmente, con lo que podían verse sus trazas en los detectores de rayos cósmicos y de los nuevos aceleradores gigantes. En 1952 Pais hizo aportaciones teóricas importantes sobre su «producción asociada». Y en 1955 Murray Gell-Mann, cual filósofo esencialista, aseguró que las partículas extrañas tenían «extrañeza», llamando así a un nuevo número cuántico que podía ser positivo o negativo. Postulando la conservación de la extrañeza en las interacciones fuertes, pero no en las débiles, explicaba su producción fuerte por pares de extrañeza opuesta, y su desintegración necesariamente débil.

En 1961 Gell-Mann, e independientemente Y. Ne'eman y D. Speiser, combinaron las dos simetrías internas de isospin y extrañeza en una simetría superior, la «simetría unitaria». Ella clasificaba en octetes y decupletes las partículas extrañas y no extrañas, incluidas las «resonancias» (de vida tan efímera que no pueden dejar traza). La predicción de la partícula «Omega menos», hecha por Gell-Mann en 1962 para completar un decuplete y experimentalmente comprobada en 1964, consagró la simetría unitaria. Ella permitía obtener resultados aproximados para algunos procesos de interacción fuerte, en un momento en que fracasaba todo intento de elaborar para esta interacción una teoría cuántica de campos. Permitía incluso estudiar algunas propiedades de las interacciones electromagnéticas y débiles.



El «bosón Z» (C. Rubbia, 1983).

ARTURO REQUEJO

Con este triunfo de las simetrías internas coincide la inesperada violación de las simetrías externas más elementales: la de inversión espacial o paridad «P», la de la conjugación partícula-antipartícula «C», y la de reversión temporal «T». En 1956, a sugerencia de T. D. Lee y C. N. Yang, se comprobó la violación de «P» y juntamente de «C». La simetría combinada «CP» se suponía conservada, aunque Pais la estudiaba críticamente. En 1964 se comprobó su violación, que en virtud de un teorema básico «CPT» se considera equivalente a la violación de «T».

Quarks, leptones y campos de aforo

La memoria de Pais concluye con «años de síntesis». Los aceleradores de más y más alta energía descubren centenares de partículas, distribuidas en «bariones y mesones» (familias del nucleón y del pión de Yukawa, respectivamente). Los teóricos elaboran simetrías internas más complejas para clasificarlas. En 1964, en colaboración con Pais, se introduce una combinación de simetría unitaria y espín, cuyos multipletes ya no son de 8 ó 10 partículas, sino de 35 y 56. Ese mismo año sugería Gell-Mann la existencia de «quarks», o subpartículas. Bastaban tres tipos de quarks, dos no-extraños y uno extraño, con sus correspondientes antiquarks. Aquellos centenares de partículas serían simples agregados, de tres quarks los bariones y de quark-antiquark los mesones. Las simetrías internas y su carácter

aproximado se deben a la semejanza de los tres tipos de quarks y la diferencia de sus masas. Los quarks, de carga fraccionaria, no existen aislados. Están misteriosamente «confinados» en sus partículas.

En 1970 se sugirió teóricamente la existencia de un cuarto tipo de quark, con mayor masa y con un nuevo número cuántico, caprichosamente llamado «encanto». Y en 1974 dos grupos experimentales americanos descubren una resonancia mesónica muy estable, que se explica como el agregado de ese quark encantado y su antiquark. (Uno de los grupos se empeñaba en denominarla J y el otro Ψ . La superposición contemporizadora de ambas letras constituyó un anagrama que, como testifica Pais, ya había sido descubierto en España para el «distinguished sherry» Valdespino).

Las únicas partículas materiales no formadas por quarks eran los leptones: el electrón, el muón, el neutrino de Pauli (detecta-

do en 1956), y sus antipartículas. En 1962 se ve que hay dos tipos de neutrinos, asociados al electrón y al muón respectivamente. La materia se explicaba así con cuatro quarks y cuatro leptones. En 1975 se descubre el «tauón», un quinto leptón análogo al electrón y al muón pero aún más pesado, al que se asocia un nuevo neutrino. En 1980 se descubre otra resonancia estable, signo de un quinto quark, dotado de «belleza». Y aunque sin base experimental, es generalmente admitida la existencia de un sexto quark dotado de «verdad» («truth»). Habría así seis quarks y seis leptones, todos ellos de carácter fermiónico.

Las interacciones entre esos fermiones se formalizan con una teoría cuántica de campos «recuperada», como dice Pais, de su estado patológico anterior. La «simetría de aforo», que había ayudado a formular la electrodinámica cuántica más antigua, se sofisticó enormemente. Junto a la invariancia bajo transformaciones de «aforo global» que asegura la conservación de la carga, se impone ahora la invariancia bajo las de «aforo local», distintas para cada punto del espacio-tiempo. Ella introduce un nuevo campo bosónico, el «campo de aforo» («gauge field»). Por ejemplo, la invariancia de aforo local del campo de electrones introduce el campo de fotones. Para transformaciones de aforo «no-abelianas» (no conmutativas), resultan a la vez varios campos de aforo, todos ellos correspondientes a partículas sin masa como el fotón. Cabe dotarlas de masa, postulando un complicado mecanismo de «ruptura espontánea de simetría» (J. Goldstone, 1961, y P. W. Higgs, 1962). Así es como en 1967-68 Steven Weinberg y Abdus Salam propusieron la teoría que unifica interacciones electromagnéticas y débiles, introduciendo cuatro bosones de aforo: el fotón sin masa y los W^+ , W^- y Z^0 con ella. Se conjeturaba su renormalizabilidad y pronto se demostró (G. 't Hooft, 1971). Esta teoría ha sido confirmada en toda una serie de experimentos que concluyen con la espectacular detección de los bosones de aforo W y Z.

Para las interacciones fuertes se elabora otra teoría de aforo, la «cromodinámica cuántica» (Gell-Mann, H. Fritzsch y H. Leutwyler, 1973). Su grupo de aforo, matemáticamente igual al de la simetría unitaria, dota a los quarks de tres nuevos números cuánticos, designados caprichosamente como tres colores: rojo, verde y amarillo. No introduce ningún mecanismo de ruptura de simetría, por lo que sus bosones de aforo, sus ocho «gluones», carecen de masa. Postula una cierta antisimetría de color para los quarks reales, con lo que se explica su confinamiento y el carácter fermiónico de los bariones. Pero la teoría tiene una confirmación experimental escasa, relativa a ciertos «chorros» («jets») de partículas que aparecen a muy altas energías y se suponen producido por quarks o gluones.

En síntesis, el universo subatómico consta de dos o tres «familias» de fermiones, con dos quarks y dos leptones cada una, y de doce bosones de aforo, cuatro electro débiles y ocho fuertes. Las «teorías de gran unificación» pretenden unificar esas dos teorías de aforo, y las «supersimetrías» sueñan en una unificación global que incluya la interacción gravitacional. □

RESUMEN

Al profesor García Doncel la obra que comenta le parece históricamente seria: presenta unos setecientos físicos y tres mil publicaciones, precisando a fondo y en terminología actual sus ideas originales más básicas. Su estilo es a ve-

ces matemático y técnico, otras humano y literario, pero siempre preciso y didáctico. Sin duda, añade, es herramienta indispensable para todo el que quiera profundizar históricamente en esa conaquista del mundo subatómico.

Abraham Pais

Inward Bound: Of matter and Forces in the Physical World

Clarendon Press, Oxford; Oxford University Press, New York, 1986, 16+666 páginas.

La matematización de la cultura

Por Miguel de Guzmán

Miguel de Guzmán (Cartagena, 1936) es catedrático de Análisis Matemático de la Universidad Complutense y miembro de la Academia de Ciencias, además de presidente de la Asociación Matemática Española. Su campo de trabajo es el análisis armónico, con obras como Differentiation of Integrals in R^n y Real Variable Methods in Fourier Analysis.

«La matemática está cambiando y su papel también. Aquellos que entraron en la profesión antes de la invasión de los ordenadores son lo suficientemente viejos para sentir este cambio con gran profundidad. La misión de este libro es señalar la necesidad, al tiempo que este cambio tiene lugar, de desarrollar una percepción más intensa de la relación entre los humanos y las matemáticas que ellos han creado. Esta percepción es necesaria para protegernos de los efectos de las revolucionarias olas de símbolos que están a punto de anegarnos.»

Estas son las solemnes palabras que cierran la obra que comentamos, *Descartes' Dream*. Suenan como el preuncio de una posible catástrofe que debemos tratar de evitar poniendo los medios cuanto antes.

La penetración de la matemática en nuestra cultura actual no es ni sueño ni pesadilla. Es una realidad que se impone a cualquier observador atento. Pero en el proceso de matematización, tal como va teniendo lugar, se pueden percibir rasgos profundamente inquietantes que, de no ser neutralizados a tiempo, pueden ciertamente conducir a una situación que, desde nuestra perspectiva actual, deberíamos juzgar como un lamentable empobrecimiento y deterioro de la actividad humana. La matematización de la cultura acompañada de una adecuada humanización de la matemática puede servir como meta brillante del futuro. Pero la matematización en sí misma no es un ideal tras el que haya que correr sin una buena dosis de discernimiento.

El título de la obra, *El sueño de Descartes*, alude a la visión que Descartes experimentó, en los comienzos de sus vivencias filosóficas, de un mundo en el que el espíritu matemático, con su precisión y claridad, con sus procesos de pensamiento nítidos y universales, constituyese a la vez el núcleo y el cemento de todo el edificio cultural de la humanidad.

Han transcurrido más de tres siglos y medio desde entonces y el sueño de Descartes ha ido abriéndose camino hacia la realidad. En toda la actividad científica se ha convertido en condición indispensable la utilización de la matemática como medio de expresión. Se considera, de acuerdo con Kant, que «en cada una de las disciplinas de la naturaleza solamente se puede encontrar tanto de auténtica ciencia cuanto se encuentra en ella de matemática». Hay en el aire una especie de acto de fe en que si algún fenómeno escapa hoy a nuestras herramientas conceptuales matemáticas, se pueden crear ciertamente otras que superarán este desafío. Nuestra medicina y nuestra biología hacen cada vez más uso, para tratar sus problemas, de instrumentos matemáticos tales como la teoría de control, el estudio matemático del crecimiento de poblaciones, etc.

La sociología, la psicología, la economía utilizan extensamente herramientas matemáticas. Incluso la lingüística y aun el arte actual se aprovechan considerablemente de la matemática, no solamente a través de las nuevas técnicas, sino incluso en sus mismas concepciones artísticas.

¿Cuál es el sentido de esta tendencia hoy tan acusada hacia la matematización? Explorar y predecir los fenómenos naturales, inducir en la naturaleza modos de proceder que más nos convengan para ciertos fines, implica necesariamente el conocimiento y dominio de los patrones y modelos que subyacen a su estructura. La matemática es la técnica más poderosa para el dominio conceptual y práctico de tales patrones, dondequiera se encuentren. Allí donde haya un modelo inteligible, tal es la fe pitagórica que hoy profesa nuestra civilización, ahí puede acudir la matemática para iluminarlo.

Pero sin duda la aceleración del ritmo de matematización en nuestros días se debe a la aparición del ordenador, con las enormes posibilidades que ha puesto en nuestras manos, totalmente insospechadas hace cincuenta años. Con él podemos explorar mundos que esperamos matematizar conceptualmente, aunque sin saber aún cómo. La aparición del ordenador está teniendo un efecto semejante, si bien mucho más universal y profundo, al que causó el telescopio o el microscopio. Confirmación de conocimientos ya barruntados o adquiridos, pero al mismo tiempo la posibilidad de observación de multitud de fenómenos dispersos, todavía sin explicación coherente dentro de la ciencia del momento.

La ancha avenida de la matematización está llena de socavones en los que podemos quedar atrapados si no caminamos suficientemente atentos. He aquí algunos:

Pensar ingenuamente que todo puede ser matematizado sin residuos. Si la misma matemática, como enseña el teorema de Gödel, deja necesariamente resquicios por matematizar, incluso en temas tan importantes como los que se refieren a su propia consistencia, es decir, a la posibilidad de que en ella surjan contradicciones, ¿qué no habrá de quedar por hacer en el intento de matematizar la física o la biología? Bueno es que aceptemos desde un principio la existencia de lo inmatematizable. De este modo no caeremos fácilmente en la ceguera hacia otros aspectos tan ricos del universo como la vida y los valores del espíritu humano.

Dejar que nuestra vida se ahogue en cifras y en formalismos matemáticos. El ambiente del ordenador está constituido por recetas, lenguajes precisos, formalismos, donde lo que interesa es lo operativo y lo que menos importa es el sentido de las operaciones. El gran peligro no es, como algunas películas de ciencia-ficción pretenden, que el ordenador pase a ser cuasiumano, sino que el hombre, por adaptarse a su máquina, pase a ser un robot. Ejemplares de este fenómeno no escasean incluso en nuestra cultura actual.

Inducir al matemático a jugar a aprendiz de brujo. Se piensa que para cada situación real la matemática tiene un modelo adecuado, sin tener en cuenta que la matematización comporta necesariamente una cierta amputación de la realidad, y que los elemen-

ción entre el hombre y las matemáticas que él ha creado. La penetración de esta disciplina en nuestra cultura no es ni un sueño ni una pesadilla. Es más bien una realidad que se impone, explica el comentarista en este artículo.



JUAN RAMON ALONSO

tos, de los que en este proceso se hace caso omiso, pueden resultar en muchas ocasiones y para muchas personas enormemente importantes y su omisión catastrófica. Hay muchos aspectos de la vida del hombre demasiado importantes como para acudir con ingenuidad al matemático y pedirle que sea él quien nos los maneje.

Considerar que la matemática, y no el hombre, es la medida de todas las cosas. Muchas ciencias toman demasiado en serio las palabras de Kant antes citadas. Y lo que es aún peor, algunos humanistas y filósofos de nuestro siglo han tomado la matemática como oráculo definitivo. Así se expresa un importante matemático de nuestro tiempo, Gian Carlo Rota, bien sensible ante tales incoherencias a propósito de la filosofía analítica: «¿Cuánto durará aún la presente manía por la precisión en filosofía? ¿Es que a un concepto le hace falta ser preciso para estar lleno de sentido y ser efectivo? ¿O es que los filósofos quieren hacerse el harakiri ante el altar de las matemáticas?»

Confundir manipulación con sabiduría. Nuestros ordenadores nos hacen capaces actualmente de manipular con éxito fragmentos importantes de la realidad sin que comprendamos bien por qué. Podemos estar ciertamente satisfechos de nuestro éxito. Al fin y al cabo también manejamos nuestro cerebro sin que entendamos casi nada de su funcionamiento. Pero no conviene perder de vista que el éxito manipulativo está aún lejos de la comprensión a la que podemos y debemos aspirar. No perdamos el sentido y la atracción del misterio.

Caer en el mito del genio universal que puede pontificar infaliblemente sobre cualquier asunto. «Si la matemática es la base y el cemento de la cultura, aquel que logre situarse en el corazón de ella y desde allí contemplar nuestro mundo, está en una situación privilegiada para juzgar adecuadamente sobre su destino. Oigámosle y sigámosle.» Este parece haber sido el significado de la veneración cuasirreligiosa de muchos en nuestro propio siglo hacia ciertas figuras de la ciencia. Muy a su pesar, Einstein fue convertido en una especie de sumo pontífice de la verdad no sólo científica, sino religiosa y moral. Sería bueno recordar que muy a menudo el matemático, y el científico en general, fuera de su propia esfera de competencia es tan superficial y sesgado como el que más.

A la vista de problemas tales como los esbozados, es claro que el proceso de matematización creciente que estamos viviendo no ha ido hasta ahora acompañado de una reflexión adecuada sobre su sentido y sus implicaciones profundas para el hombre y la sociedad.

La obra *Descartes' Dream*, subtitulada *The World According to Mathematics*, es un valiente intento de presentar, de forma altamente asequible, algunos de los problemas del

estilo de los reseñados anteriormente que la matematización actual y futura van a traer consigo. Está escrito en forma de retazos con diferentes estilos, constituyendo una colección de ensayos hilvanados sin afán de sistematización, alrededor de siete temas principales: 1. Realidad de la matematización; 2. Tiranía social de los números; 3. Cognición y computación; 4. Perspectivas a través del tiempo; 5. Matemática y ética; 6. Significados personales. Varias de las secciones están presentadas en forma de diálogo de P. J. Davis con Charles Strauss, un conocido especialista en computación, y una como un diálogo, también de P. J. Davis con Joan Richards, una experta en Historia de la Ciencia.

En 1981 los dos autores, Davis y Hersh, publicaron una obra extraordinariamente influyente en la comunidad matemática internacional, *The Mathematical Experience* (Birkhäuser, Boston, 1981), a punto de ser publicada ahora en castellano. En ella trataban de presentar, en el mismo estilo fragmentario que utilizan en esta más reciente, el sentido profundo de la experiencia vital de hacer matemáticas, popularizando con gran acierto la nueva orientación de la filosofía matemática iniciada con Imre Lakatos. El centro de esta nueva forma de mirar la actividad matemática no es ya el «objeto» matemático, sino el «hombre» que hace la matemática y su entorno.

Con el mismo espíritu, los autores se enfrentan en *Descartes' Dream* con el serio problema de encontrar el significado de la penetración creciente en nuestra cultura de las aplicaciones de la matemática, y muy especialmente de las implicaciones que la invasión de los ordenadores está teniendo sobre ella. P. J. Davis es un gran experto en Análisis Numérico y desde esta perspectiva presenta su visión profundamente interesante sobre los muchos problemas con que nuestra propia forma de sentir, conocer y pensar corre el riesgo de ser negativamente afectada.

Es claro que las soluciones concretas a los problemas que amenazan a una cultura en medio de cambios tan rápidos como los que actualmente están afectando a la nuestra están aún por diseñar. Pero hay una cierta coincidencia entre las personas que se preocupan de estos aspectos en pensar que es necesario lograr un desplazamiento del énfasis actual sobre los valores de la mera ciencia objetiva hacia los valores más genuinamente humanos. A propósito del peligro concreto de convertir al matemático en creador de criterios incluso en aspectos económicos, políticos y sociales, Davis y Hersh señalan un principio de solución que también serviría para remediar otros muchos males: «La solución, me parece, consiste en el cultivo de valores fuertes que se encuentran fuera de la ciencia. Hemos de proporcionar a los científicos más educación en las humanidades, en la historia. No nos podemos permitir ser técnicos ignorantes. Hemos de tener menos rigidez de pensamiento. Tenemos que evitar llegar a convertirnos en una especie de sacerdocio científico. La solución consiste en mezclar ciencia y tecnología con el resto de la vida en proporciones adecuadas... Tenemos que recordar que aunque la Matemática es la Reina de las Ciencias, la Ciencia no es el único principio de la vida. «El árbol de la vida es más grande que el árbol del pensamiento», dijo Kant. Lo creo. Cultivemos hombres de pensamiento que sean también hombres de corazón.» □

En el próximo número

Artículos de Guido Brunner, Juan Luis Cebrián, Gabriel Tortella, Pedro Martínez Montávez, José García Santesmases, Federico Goded y Carlos Sánchez del Río.

RESUMEN

La obra que comenta Miguel de Guzmán trata del cambio que se está produciendo en la matemática. La misión de este libro, escribe, es señalar la necesidad, al tiempo que este cambio tiene lugar, de desarrollar una percepción más intensa de la rela-

Philip J. Davis y Reuben Hersh

Descartes' Dream. The World According to Mathematics

The Harvester Press, Brighton, 1986. XX + 321 páginas.

Bismarck, el individuo como factor histórico

Por Guido Brunner

Guido Brunner (Madrid, 1930) es embajador de la República Federal de Alemania en España y miembro correspondiente de la Real Academia de la Historia desde 1985. Licenciado en Derecho por la Universidad de Madrid y doctor por la de Munich, es autor de Bipolaridad y seguridad, Mantenimiento de la paz por las Naciones Unidas y Orgulloso como don Rodrigo.

«No sabía adónde iba, por ello llegó tan lejos». Así definía un contemporáneo, el brillante periodista Maximilian Harden, a Otto von Bismarck, sin duda el mago político del siglo XIX.

Si en algún caso se puede estudiar con nitidez la relación entre individuo histórico y fuerzas colectivas, la interpenetración dialéctica de un personaje genial con su medio ambiente, es en el suyo. Bismarck hizo la fugaz unidad de Alemania (no duró ni siquiera setenta y cinco años), no porque la hubiera deseado desde un principio, sino porque las circunstancias la impusieron. Pero no llegó a doblegar su voluntad al sentir mayoritario de su época, creando una Alemania democrática liberal. Ni tampoco se sometió al espíritu conservador de su clase social, estableciendo una monarquía prusiana, absolutista, excluyente y hegemónica en toda Alemania. Calculó con frialdad precisa hasta dónde tenía que llegar y hasta dónde podía llegar. El resultado fue el Reich de 1871, en su interior una amalgama pragmática de preponderancia prusiana ejercida desde Berlín con una asociación tenue de monarquías tradicionales federadas como contrapeso de partidos más o menos democráticos representados en un Parlamento con poderes limitados. A ello se añadía una unión aduanera tendente a la unión económica. Este todo flexible y fluido estaba regido por un solo poder «fáctico», el del Canciller von Bismarck, César no coronado, cabeza integradora de un ejército y de una burocracia eficaces y potentes.

El «revolucionario blanco» (Kissinger)

Bismarck restauraba así aparentemente el sueño medieval de la unión alemana, del Reich, a través de un acto militar (la guerra franco-prusiana 1870-71) y de un pacto dinástico (la ceremonia fundacional del nuevo



STELLA WITTENBERG

Reich en Versalles en enero de 1871). En realidad creó un Estado moderno, realizó reformas económicas y sociales vanguardistas y asentó un sistema de intervencionismos burocráticos que alteraron profundamente la preponderancia tradicional de las clases altas. «Mientras que de palabra apostaba por el pasado, en la práctica lo hacía por el futuro» (Gall). Por ello escribía Engels a Marx: «Bismarck siempre hace parte de nuestro trabajo; a su manera y sin darse cuenta, pero lo hace.»

Cuando comenzó su carrera política, Alemania era una nación de agricultores; cuando la terminó, lo era de obreros, empleados y funcionarios, con la legislación social más avanzada del mundo y el partido socialdemócrata más fuerte. Bismarck había realizado una revolución desde arriba.

Su obra de unificación nacional tenía que ser necesariamente precaria. No por falta de consistencia interior —Bismarck había tenido la habilidad de no imponer la Alemania unificada a los Estados del Sur, Baden, Hesse, Baviera y Württemberg. Supo esperar a que ellos mismos, arrastrados por la victoria sobre Francia en 1871, la propusieran (si bien en el caso del Rey Luis II de Baviera, el protector de Wagner, abrevió la espera sobornándole con 4.720.000 marcos oro provenientes de la expropiación de la Casa de Hannover en 1866; el intermediario, conde Holstein, se quedó con un 10 por 100).

Era desde fuera donde se cernían peligros para la unión de Alemania. «Tengo la pesadilla de las alianzas», escribe Bismarck en 1875. En efecto, la estabilidad del Reich alemán requería la aceptación por parte de Rusia, Fran-

cia, Austria e Inglaterra de una potencia continental nueva de 70 millones de habitantes y más capacidad industrial que la que ellas poseían individualmente. Aquello era pedirles demasiada confianza mutua a los componentes del sistema internacional europeo, máxime en la época de los nacionalismos. Para el gusto de las potencias europeas sobraban 30 millones de alemanes. Por ello, la unidad de Alemania no hubiera podido iniciarse si dichas potencias no hubieran estado ocupadas transitoriamente en otros asuntos tan graves como la guerra de Crimea (1854-1856), la guerra franco-austriaca en Italia (1859) y la guerra civil americana (1861-1865). Durante este período, el sistema europeo se relajó. En esta coyuntura única, Bismarck supo desplegar iniciativas diplomáticas y bélicas que le hubieran estado vedadas a una mediana potencia advenediza como Prusia en otras circunstancias. Cuando despertaron los demás gobiernos, él ya había transformado el equilibrio de fuerzas europeo. Disraeli fue el primero en percibir el alcance de lo ocurrido. «Esta gue-

En este número

Artículos de

| | | | |
|-------------------------|-----|-------------------------|-------|
| Guido Brunner | 1-2 | Federico Goded | 8-9 |
| Juan Luis Cebrián | 3 | José García Santesmases | 10-11 |
| Gabriel Tortella | 4-5 | Carlos Sánchez del Río | 12 |
| Pedro Martínez Montávez | 6-7 | | |

SUMARIO en página 2





Bismarck, el individuo como factor histórico

rra franco-prusiana», diría en la Cámara de los Comunes, «significa la revolución alemana, un acontecimiento político más importante que la Revolución francesa del pasado siglo... Digo político, no social... Ni un solo principio de los que regían nuestra política exterior hasta hace seis meses pervive».

En efecto, el concierto europeo de marchamo bismarckiano equivalía a una reestructuración total de las relaciones europeas. Era un sistema precario. Requería gran racionalidad de los participantes, ausencia de emociones, aceptación por parte de todos de un orden continental con casi hegemonía alemana, «en el que todos, menos Francia» (Bismarck) necesitaran a Berlín. Una concertación tan calculada que hacía caso omiso de toda diferencia ideológica y que aceptaba el surgir de una Alemania unida como acto del destino, tenía una contrapartida. Consistía ésta en la renuncia alemana a todo expansionismo territorial y su abstención de aventuras coloniales. Por ello, Bismarck se apresuró a anunciar: «Somos una nación saturada». Al presidente de

la Liga Colonial alemana le mostró un mapa: «Mire, aquí está Francia y aquí Rusia, y nosotros estamos en el centro. He ahí mi mapa de Africa.» La tercera condición era el rechazo de todo pangermanismo respecto a los austríacos alemanes, lo que no le resultó difícil a Bismarck, que de por sí había querido inicialmente limitar la unión alemana a los alemanes del Norte.

Así, en el Estado bismarckiano, la estabilidad interior —antipopulista y antidemocrática— quedaba íntimamente ligada a una armonía internacional antirrevisionista y de autolimitación mutua. Bismarck, el revolucionario que había alterado por la fuerza el orden anterior, se transformaba en el pivote de estabilidad del nuevo sistema. El discípulo de la escuela pseudo-revolucionaria de Napoleón III se convertía en un nuevo Metternich. El creador del nuevo orden no se quería dejar arrastrar por el nacionalismo a un abismo caótico, creía poder controlar con su ejemplo de moderación la situación.

«Los límites de la política» (Stürmer)

No lo consiguió, y ya antes de su caída en 1890, tras una serie de conflictos con el nuevo joven Kaiser Guillermo II, el edificio de Bismarck se estaba desgajando. La sociedad evolucionaba a marchas forzadas. Su centro de gravedad se desplazaba de los militares y funcionarios a los industriales y técnicos, su base de los agricultores a los trabajadores industriales (con la peculiaridad de que los mejor pagados eran los más inclinados a la huelga). La influencia política también se deslizaba de conservadores y liberales al centro izquierda social-católico y a la izquierda socialdemócrata. Todos los juegos malabares de Bismarck, sus fintas, sus cambios de coaliciones y su propaganda política, no podían impedir que el público percibiese que el suelo temblaba bajo sus pies. Bismarck había sido rebasado por el «espíritu de la época». Su constitución era insuficiente para integrar los deseos de cambio, las corrientes de reivindicación de la socialdemocracia de August Bebel (Bad Godesberg quedaba aún muy lejos).

Alemania había cambiado. La nación que Bismarck unificara producía 34 millones de toneladas de carbón; la de su última época, 74 millones. Al igual, había doblado la producción de acero. «De economía no entiendo», se lamentaba el anciano Canciller, «y ahora la economía lo es todo».

En política exterior, su sistema también se desmoronaba. En 1879, con un acuerdo con Austria, rebasa el grado de intimidad de dos potencias germánicas tolerable para Rusia. Empiezan a vislumbrarse trazos de alianzas antialemanas como las que se aparecían a Bismarck desde hacía años como pesadillas en sueños. El final de su sistema de equilibrio culminaría más tarde con el acercamiento de Francia a Rusia y de Inglaterra a Francia. Bismarck había jugado sus cartas y estaba a punto de perder la partida. Victoria, esposa del Kaiser Federico III, de breve reinado de apenas cien días, hija de la Reina Victoria de Inglaterra, lo vio con lucidez óptica de pintora: «El que ve sólo la parte externa, encuentra una Alemania grande, unida, con un inmenso ejército... un Canciller que puede mandar al mundo entero... Si sólo se supiera el precio que va a costar todo esto.»

El personaje

Después de su dimisión en 1890, Bismarck vivió aún ocho años. Había conseguido todo: honores, riquezas —siempre había sido un hábil especulador, bien asistido por su banquero Bleichröder—, fama. Pero la lu-

cha política le había convertido en un anciano desconfiado, frío, amargo y vengativo. Gran estilista y buen conocedor del mundo publicitario de su época, concentró en adelante todas sus energías sobre la tarea de demoler con diatribas la posición del que le había forzado a abandonar el poder, Guillermo II. Este esfuerzo destructor le condujo a convertirse hacia el final de su vida en lo que no había sido nunca: un símbolo del nacionalismo conservador que siempre había detestado.

En su vida, la política ya lo había devorado todo. Una larga distancia le separaba ya del ensimismado colegial Otto von Bismarck, soñador sensible, siempre a la busca del afecto que le negaba su inteligentísima y culta madre. También del estudiante alocado, anárquico, perezoso, jugador y enamorado que había sido y del joven diputado fogoso, radical y valiente de sus primeros años políticos.

De este Bismarck trata gran parte de la biografía que el septuagenario historiador Ernst Engelberg, residente en la República Democrática Alemana, ha publicado el año pasado. El libro ha aparecido simultáneamente en las dos partes de Alemania y ha suscitado un inmenso interés. ¿Sentimentalismo retrospectivo?

El Reich de Bismarck fue una forma transitoria de convivencia estatal de los alemanes. No volverá. Pero el devenir histórico siempre está abierto hacia el futuro. Y ciertamente cabe imaginar formas de convivencia de los alemanes distintas de la antagónica impuesta desde fuera. Acaso sea esto lo que explica en gran medida el éxito del libro. □

RESUMEN

Guido Brunner, embajador de la República Federal de Alemania, comenta una biografía aparecida en su país sobre Otto von Bismarck, considerado como el mago político del siglo XIX y cuyos éxitos y fracasos va siguiendo

do en este artículo. César no coronado, restaurador aparente del sueño medieval de la unión alemana, creador de un Estado moderno, revolucionario desde arriba, son algunos calificativos del autor sobre el canciller prusiano.

Ernst Engelberg

Bismarck

Siedler, Berlín, 1987. 839 páginas. 48 marcos alemanes.

Qué es



Con carácter mensual, la revista **SABER/Leer** es una publicación periódica, editada por la Fundación Juan March, que recoge comentarios originales y exclusivos sobre libros editados recientemente en las diferentes ramas del saber. Los autores de estos trabajos son distintas personalidades en los campos científico, artístico, literario o de cualquier otra área, quienes, tras leer la obra por ellos seleccionada, ofrecen una visión de la misma, aportando también su opinión sobre el estado del asunto abordado en el libro comentado.

Los textos contenidos en esta revista pueden reproducirse libremente citando su procedencia: «Revista crítica de libros SABER/Leer, Fundación Juan March, Madrid».

Revista crítica de libros

Fundación Juan March
Servicio de Información y Prensa

Castelló, 77
Teléfono: 435 42 40
Telex: 45406 FUJM E
28006 Madrid
España

Depósito legal:
M. 40.038-1986
ISSN: 0213-6449
Impreso en: G. Jomagar
Móstoles (Madrid)

SUMARIO

| | Págs. |
|---|-------|
| «Bismarck, el individuo como factor histórico», por Guido Brunner, sobre el libro <i>Bismarck</i> , de Ernst Engelberg | 1-2 |
| «Europa, un debate pendiente», por Juan Luis Cebrián, sobre el libro <i>Penser l'Europe</i> , de Edgar Morin | 3 |
| «El presente como historia económica», por Gabriel Tortella, sobre el libro <i>La economía española en el siglo XX</i> , de autores varios | 4-5 |
| «Islam y literatura árabe, hoy», por Pedro Martínez Montávez, sobre el libro <i>L'Islam en questions. Vingt-quatre écrivains arabes répondent</i> , de Luc Barbulesco y Philippe Cardinal | 6-7 |
| «La caja de Pandora nuclear», por Federico Goded, sobre el libro <i>The Making of the Atomic Bomb</i> , de Richard Rhodes | 8-9 |
| «Robótica», por José García Santesmases, sobre el libro <i>Robotics: Control, Sensing, Vision and Intelligence</i> , de autores varios | 10-11 |
| «Física a lo grande», por Carlos Sánchez del Río, sobre el libro <i>The Particle Explosion</i> , de autores varios | 12 |

Europa, un debate pendiente

Por Juan Luis Cebrián

Juan Luis Cebrián (Madrid, 1944) estudió *Periodismo y Filosofía y Letras*. Ha sido director de los Servicios Informativos de TVE y subdirector del diario «*Informaciones*». Desde 1976 es director de «*El País*». Entre otros, es autor de los libros: *La España que bosteza*, *La rusa* y *El tamaño del elefante*.

Descubrir a Edgar Morin como uno de los primeros intelectuales franceses de este tiempo es tarea innecesaria. Ubicado entre los disidentes de una izquierda siempre en evolución, comunista y resistente contra los nazis, levantó su voz con idéntica dureza contra el terror estalinista, que le llevó a abandonar el partido, y contra la invasión soviética de Checoslovaquia. Director del Centro Nacional de Investigaciones Sociales y profesor de la Sorbona, Morin es autor de una voluminosa obra sobre cuestiones políticas, sociológicas y filosóficas. Los temas de la naturaleza, el conocimiento y la ciencia han reclamado de continuo su atención. Su actitud es la de un agnóstico, pero en ningún momento la de un escéptico. Ilusionado con la idea del hombre, parece dispuesto a mantener un optimismo que poco tiene que ver con el predeterminismo científico de su vieja formación marxista.

En su último libro, *Penser l'Europe* (Gallimard, 1987), cuya traducción al español acaba de aparecer, Edgar Morin nos ha sorprendido con una aproximación teórica a las cuestiones de la unidad europea y una reflexión sobre los problemas de la construcción de la Comunidad. Son tan pocos los ensayos y tan escaso el debate sobre estas materias, que la aportación de Morin valdría por sí misma, aunque sólo fuera por el hecho admirable de tratar de involucrar a la intelectualidad en una discusión mantenida hasta el momento principalmente por políticos u hombres de empresa, que han teñido el proyecto europeo de un carácter marcadamente burocrático.

Nueva identidad

En confesión del propio autor, *Penser l'Europe* es el desarrollo de una ponencia que Morin tuvo la oportunidad de presentar al Segundo Encuentro de Intelectuales Europeos (Madrid, 1985), propiciado por María Antonietta Macciocchi y auspiciado por la CE y por la Comunidad Autónoma de Madrid. Es precisamente el deseo de reinstalar a los intelectuales en el debate sobre la construcción de Europa lo que aparece como signo motor del libro. Para Morin, el rasgo fundamental de Europa es precisamente su complejidad, y no se trata tanto de resucitar el viejo espíritu europeo, destruido por las querellas del oscurantismo intelectual, nacidas al amparo de la primera Guerra Mundial, como de «formular una nueva identidad europea». Según él mismo señala, «la antigua identidad había sido destruida por los nacionalismos beligerantes y belicosos». «La nueva identidad es la identidad pluralista de la "unitas multiplex"». Esta unidad en la multiplicidad es lo que define, a ojos de Morin, el destino común de la nueva conciencia europeísta de nuestro tiempo.

Pieza central del debate debe ser el fin del eurocentrismo como ideología dominante y de su papel civilizador en el mundo. Tenemos derecho a suponer que hay valores permanentes en el pensamiento euro-occidental, penetrado del judeo-cristianismo, útiles a la hora de interpretar la realidad y de ofrecer criterios de comportamiento a las sociedades. Pero los centros de ideación, de innovación y de representación de esa realidad se han desplazado casi dramáticamente hacia el Pacífico. El viejo universalismo eurocéntrico apenas tiene un papel que jugar en todo esto, y es desde el reconocimiento de su limitación espacial, y aun temporal, desde donde Europa puede



TINO GATAGAN

y debe buscar esas nuevas señas de identidad. Por lo demás, no es necesario escarbar mucho para descubrir sus raíces en el pasado. La unidad del Continente se hizo, en efecto, a partir de la helenización primero y de la romanización después, que culmina con el Sacro Imperio. La cohesión de Europa se fabricó en torno a la religión y a las armas. Posteriormente la aventura colonial contribuyó a mantener esa sutil dependencia entre pueblos y naciones, drásticamente divididos por una multiplicidad de lenguas y culturas que se reclaman, sin embargo, todas ellas herederas de la latinización. Desde esta realidad un tanto anárquica, a veces hasta caótica, y desde el conocimiento del descenso del papel de Europa en el concierto internacional, debe partir el nuevo esfuerzo de reflexión sobre la materia.

Horizonte distinto

La permanencia de una Europa dividida a un lado y otro de lo que un día se llamó el telón de acero y la nueva distensión que supone la firma de los acuerdos Reagan-Gorbachov alumbran un horizonte distinto, todavía ignoto, sobre el proyecto de Europa. El papel autónomo de un continente que durante el último medio siglo ha sido subsidiario casi en todo de la voluntad y los intereses de las dos grandes potencias cobra ahora sentido y proyección hacia el futuro. Pensar Europa, como propone Edgar Morin, no es sentarse a esperar la llegada de un Mesías, sino trabajar por descubrir los catalizadores políticos e intelectuales capaces de dar a los pueblos

europeos esos signos de identidad hoy requeridos.

Tarea semejante es aún más ardua y necesaria para los españoles. El redescubrimiento de su condición europea por nuestros compatriotas, casi cinco siglos después de que comenzara una historia de aislamiento y rechazo entre el continente y la Iberia, es un hecho de primera magnitud y de considerables consecuencias en el panorama político, económico y cultural de nuestro país. Pero difícilmente puede aceptarse que nuestra sociedad se encuentre ya plenamente incorporada a una conciencia común de europeidad. Conviven entre nosotros rasgos de arabización, aspectos de infradesarrollo y una vocación mediterránea y suratlántica que matizan o califican de manera explícita cualquier proyecto de europeización de lo español. La insensibilidad de los intelectuales de nuestro país ante el deba-

te de la división del Continente, y concretamente respecto al problema de la reunificación alemana, habla más elocuentemente que cualquier otra cosa del distanciamiento de sensibilidades que pervive entre nosotros y los ciudadanos de la Europa central (al fin y al cabo, el corazón histórico del sentimiento europeo). Por eso es de lamentar la ausencia de reflexiones comparables a la de Morin y la poca pasión que un debate de este género sigue suscitando en nuestros círculos literarios.

Europa continúa siendo una asignatura pendiente de la intelectualidad española, encerrada permanentemente en sí misma, acomplejada por no poseer el don de lenguas y muy dispuesta a mirarse el ombligo de consuno. Pero huérfana ya, incluso, del coraje y la libertad necesarios para soltar la famosa provocación unamuniana de que inventen ellos. □

RESUMEN

El periodista Juan Luis Cebrián se ocupa en su artículo del último libro de Edgar Morin, uno de los más importantes intelectuales franceses de este tiempo, hombre de izquierda, disidente de todo dogmatismo, agnóstico pero no escéptico. Morin nos sor-

prende ahora, indica Cebrián, con una aproximación crítica a las cuestiones de la unidad europea y una reflexión sobre los problemas de la construcción de la Comunidad, debate en el que hay que reinstalar a los intelectuales.

Edgar Morin

Penser l'Europe

Gallimard, París, 1987. 222 páginas. 85 francos franceses.

El presente como historia económica

Por Gabriel Tortella

Gabriel Tortella (Barcelona, 1936) es doctor en Economía por la Universidad de Wisconsin y catedrático de Historia Económica de la Universidad de Alcalá de Henares. Dirige la «Revista de Historia Económica». Autor de Introducción a la Economía para historiadores, Historia del Banco de Crédito Industrial y Los orígenes del capitalismo en España.

Los historiadores económicos españoles hemos tendido a interesarnos por el siglo XIX y a dejar el XX a los economistas o a las monografías especializadas. Abundan, por tanto, los trabajos sobre este o aquel período del siglo XX (los economistas se han interesado preferentemente por los decenios recientes; los historiadores, económicos o no, por los años conflictivos que van de la primera a la segunda guerra mundial), pero escasean las obras que, como la aquí comentada, se planteen la historia económica del siglo XX español en su totalidad (hay una reciente de Joseph Harrison, aún no traducida al castellano). Este desinterés relativo por el siglo XX puede ser explicado, aunque no justificado; sus consecuencias, sin embargo, son lamentables, porque nos ha privado de la visión histórica de un período crucial de nuestra historia económica, el de la industrialización y modernización.

Esta visión histórica, la perspectiva a largo plazo, es insustituible para comprender cabalmente un fenómeno social. El tan manido tropo del árbol que tapa el bosque es aplicable una vez más a los estudios sobre nuestro siglo. Los debates sobre la guerra civil, sobre las políticas económicas de las dictaduras, sobre la crisis de los años setenta y ochenta, nos han ofuscado acerca de las poderosas y regulares tendencias a largo plazo que, bien examinadas, nos van a permitir comprender mejor cada uno de esos fenómenos particulares tan intensa y ciegamente debatidos.

El largo plazo nos muestra hechos escasamente reconocidos incluso en círculos de especialistas. En primer lugar, es indudable que en el siglo XX es cuando «ocurren cosas» en la economía española. En los dos siglos de historia contemporánea española, el primero es de relativa inmovilidad, el segundo de profundos cambios socioeconómicos (esta afirmación, por supuesto, está sujeta a toda clase de matizaciones, como enseguida veremos). En segundo lugar, el cambio del siglo XX no se concentra en la segunda mitad, como preten-

dió hacer creer la propaganda franquista. Pese a la gran inestabilidad social y política del período (guerras mundiales, gran depresión, guerra civil, sucesión de gobiernos y cambios de régimen), la evolución económica manifiesta una clara continuidad con una sola gran interrupción, la que va de 1935 a 1950. A ambos lados de ese gran hiato la tendencia general es de crecimiento. En tercer lugar, pese a la proclividad de los gobiernos españoles hacia el aislamiento y la autarquía, los ritmos de nuestra economía se ajustan a grandes rasgos a los de la Europa circundante. Las altas tasas de crecimiento de los años 50 y 60 no evidencian un tan cacareado «milagro español», sino, en todo caso, un «milagro europeo». En cuarto lugar, si la consideración del largo plazo en el siglo XX pone de relieve una continuidad básica, abarcando con nuestra mirada la historia contemporánea en su conjunto se advierte también una notable unidad. En otras palabras, la economía española no ha dejado de crecer desde 1800 no sólo en términos absolutos, sino también en términos por habitante. Ahora bien, los ritmos de crecimiento, modestos en el XIX, se fueron acelerando progresivamente a lo largo de estas dos centurias, lo cual dio como consecuencia que, comparada con la media de Europa occidental, España se retrasara en el XIX y recuperara terreno en el XX.

El largo plazo, por tanto, nos permite situar en contexto unos avatares económicos que hasta ahora, sin marco de referencia, flotaban peligrosamente y daban lugar ocasionalmente a afirmaciones muy peregrinas. Llegados a este punto podemos preguntarnos por qué habían renunciado los historiadores económicos a perspectiva tan fructífera. Las razones son varias. Para empezar, la historiografía económica de la España contemporánea es relativamente reciente. Con contadas excepciones, entre las que destaca el libro de Juan Sardá *La política monetaria y las fluctuaciones de la economía española en el siglo XIX* (1948), se remonta a la obra de Vicens Vives publicada en torno a 1960. Vicens, medievalista de formación, se interesó por los temas contemporáneos al final de su vida, concentrando su atención en el XIX, y en especial en los orígenes de la industria en Cataluña. Una serie de historiadores de importancia secundaria, carentes de sentido de las proporciones, había venido confundiendo el notable desarrollo de la industria textil en Cataluña a finales del siglo XVIII y principios del XIX con una revolución industrial en toda re-

gla, casi comparable a la inglesa. El trabajo de Vicens y de sus discípulos, destacando Nadal y su escuela, ha consistido en parte en estudiar este fenómeno y situarlo en el contexto español, lo cual les llevó a centrar su investigación en el XIX. El resultado de este trabajo culminó en el libro de Nadal cuyo expresivo título sintetiza su conclusión: *El fracaso de la revolución industrial en España*. Por otra parte, los historiadores que, fuera de Cataluña, prestaron menos atención a la industria catalana percibieron pronto que el fenómeno llamativo del XIX español no era la industrialización, sino el atraso con respecto a Europa; y este enfoque sobre las «causas del atraso», concentrado en el XIX, es el que ha venido dominando la historiografía económica hasta el presente. A todo ello se añade la aversión de los historiadores tradicionales por el pasado reciente, la tan discutible idea de que el presente no es historia. Todo ello había contribuido a privarnos hasta ahora del estudio de uno de los períodos más interesantes de nuestro pasado, historia también por cerca que esté.

Punto de partida

A remediar esta situación ha venido el libro que comentamos, y por ello hay que darle una bienvenida muy cordial, aunque debe quedar claro que se trata de un punto de partida y no de una línea de llegada. El origen de este libro es un curso de verano ofrecido en el marco de la Universidad Internacional Menéndez Pelayo en 1985, y está integrado por textos de 12 autores. Pese a la indudable distinción de todos ellos, el resultado no tiene más remedio que ser desigual, porque ni el enfoque ni el método de los distintos capítulos es uniforme y, sobre todo, porque la premura con que se planeó el curso y se confeccionó el libro —premura inevitable dada la naturaleza de tales empresas—, unida a su carácter de obra precursora, hacen que el esquema básico adolezca de claras insuficiencias: entre las más visibles está la ausencia de estudios sobre el Estado y la política económica, sobre el comercio exterior y las relaciones internacionales, sobre el sector terciario en general (transportes, banca, servicios) y sobre las magnitudes macroeconómicas (dinero, renta, capital), cuestiones todas ellas sobre las que conocemos lo suficiente como para haber permitido al menos un capítulo sobre cada una. Ciertamente es que en ocasiones los autores, como

Maluquer, García Delgado y, en especial, Comín se ocupan de algunos de estos temas en sus respectivos ensayos. Pero como no lo hacen todos, se carece de la debida continuidad y del análisis global. Quizá más grave que todo eso sea que los compiladores no han querido, o no han podido, pasar de ser eso: meros compiladores. No han hecho un intento de dar unidad y sistema al libro pidiendo similitud de planteamientos a los autores y rellenando ellos los inevitables huecos o enmarcando al menos las distintas secciones con una introducción que les diera unidad y justificación, que orientara al lector acerca de los interrogantes planteados y resueltos, total o parcialmente, en los ensayos correspondientes (Carreras hace algo así en los párrafos introductorios de su estudio, sin embargo; pero esto, que aumenta el agrado con que se lee este trabajo, no hace sino poner más en evidencia la falta de esta labor en el resto de la obra).

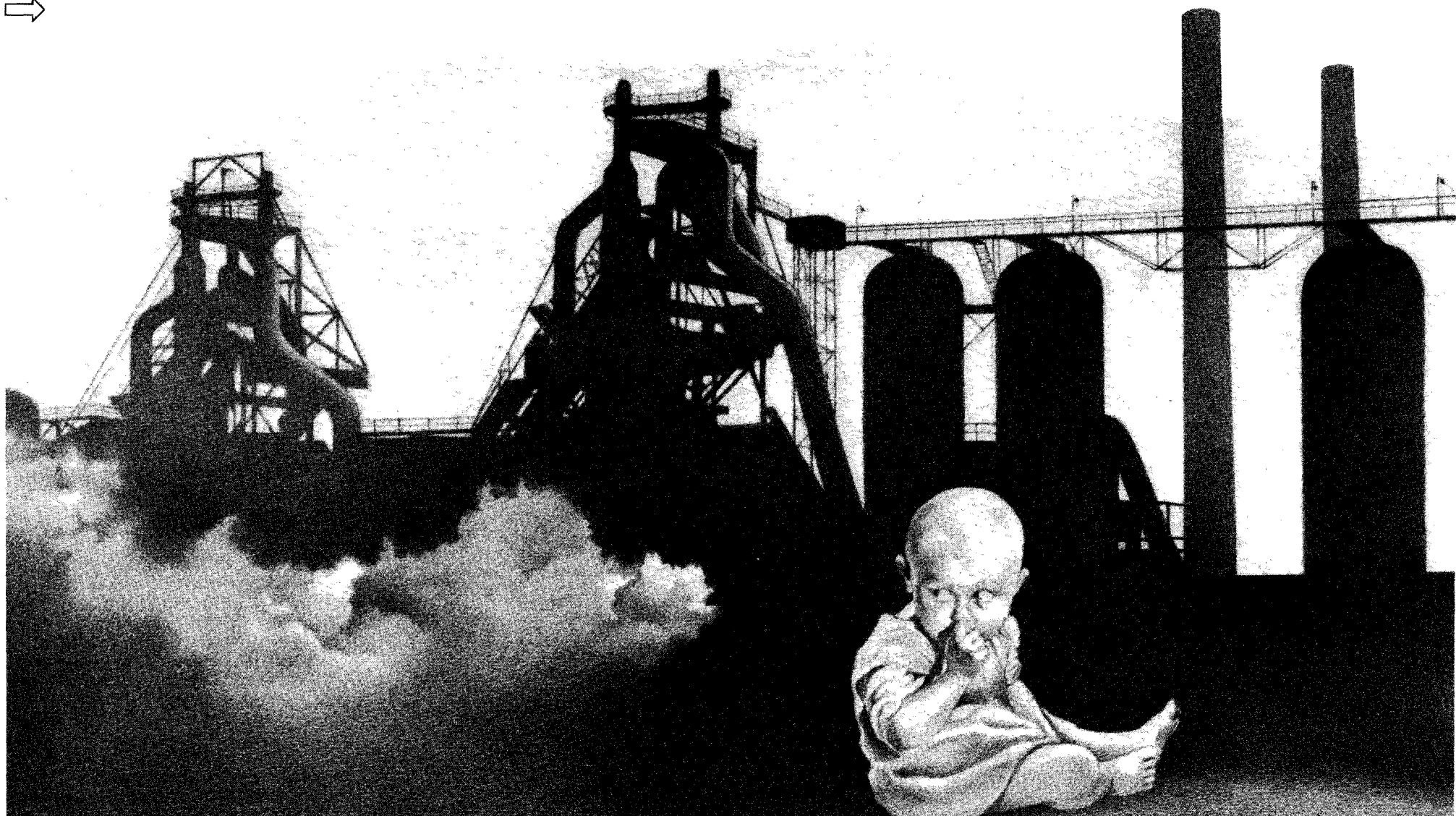
Junto a estos defectos, el libro tiene indudables y sólidas virtudes. En primer lugar, el hecho mismo de su existencia, como ya queda dicho. En segundo lugar, también queda dicho, la alta calidad y prestigio de los autores, todos de primera fila en sus respectivas especialidades. En tercer lugar, pese a sus insuficiencias, el esquema está bien concebido, con el indudable acierto de contener una sección de trabajos ordenados cronológicamente y otra de ensayos sectoriales. Los trabajos por tramos temporales son los de Jordi Nadal (la industria en 1900, que en realidad es una valiosa monografía sobre la industria española en la segunda mitad del XIX), Jordi Maluquer de Motes (sobre las décadas que preceden a la primera guerra mundial), Francisco Comín (período de entreguerras), Edward Malefakis (guerra civil), José Luis García Delgado (franquismo) y Luis Angel Rojo (1973-1984). La calidad de estos trabajos es alta, pero les falta uniformidad. Malefakis y Rojo han escrito ensayos breves, valiosos e incisivos, pero de naturaleza diferente a la de los otros; son ensayos más que capítulos, sin notas, transparentando su origen de presentaciones orales. Los otros capítulos son más sistemáticos, pero obedecen a sistemas dispares.

Los trabajos sectoriales corren a cargo de Joaquín Arango (población), Jesús Sanz (agricultura hasta la guerra civil), Carlos Barciela (agricultura desde la guerra civil), Albert Carreras (industria) y Carles Sudrià (energía). Nada sino elogios merecen estas contribucio-



FUENCISLA DEL AMO

Viene de la página anterior



FLENCISLA DEL AMO

nes; solamente hay que lamentar los huecos evidentes a los que ya se ha hecho referencia. El tema del último capítulo, el de Sudrià, es especialmente afortunado por ser de gran importancia y muy poco estudiado. Queda por señalar un primer capítulo de Josep Fontana sobre la economía europea en el siglo XX, ensayo que su autor define acertadamente como una «divagación». Es de lectura entretenidísima, como acostumbra a ser todo lo suyo, provocador como lo es Fontana a veces, y con una gran dosis de humor sarcástico. Sin duda puede irritar a quien se lo tome totalmente en serio (sus ataques a la teoría económica parecen más concebidos en La Mancha del Siglo de Oro que en la Barcelona de finales del siglo XX), pero como incitación al escepticismo y como aguijón a muchas beaterías de las ciencias sociales logra plenamente su propósito.

Algunos interrogantes

Quiero concluir con algunas reflexiones que la lectura de este libro suscita, algunos caminos e interrogantes que abre a la investigación. El primero de ellos es: ¿hasta qué punto hay discontinuidad en el crecimiento de la España contemporánea? O, dicho de otro modo: ¿son ciertas las disparidades entre el siglo XIX y el XX, o son más bien consecuencia de las propiedades de las curvas exponenciales, que en sus primeros tramos parecen casi planas aunque en realidad las tasas de crecimiento sean altas? Por desgracia, no nos encontramos en condiciones de dar una respuesta satisfactoria. Hay indicios de continuidad, como pone en evidencia la serie de producción industrial de Carreras, e indicios de discontinuidad, como muestran las variables demográficas que recoge Arango. Si el libro recogiera magnitudes monetarias, bancarias o de comercio exterior, observaríamos también ciertas discontinuidades en torno a 1900. Pero, aparte de la demográfica, las otras interrupciones no parecen realmente importantes y pueden atribuirse a factores externos y cambios en la política económica, como la pérdida de Cuba y Filipinas, la drástica estabilización de Villaverde (1899), los «virajes proteccionistas» de 1891 y 1906, etc. Más interesante y misteriosa resulta la discontinuidad demográfica. Arango señala que «la demografía se nutre de dos de los principales ingredientes de las novelas policíacas, sexo y muerte», pero que, por desgracia, «en ocasiones carece de un

tercer ingrediente imprescindible en tales novelas, que es el misterio»; yo precisaría que las transiciones demográficas están llenas de misterios que para sí los quisiera el mismísimo A. Conan Doyle. ¿Por qué, tras un siglo de inquietante arcaísmo, comienza a modernizarse aceleradamente la población española precisamente con el cambio de siglo? La incógnita sigue sin resolverse, pero los hechos ahí están: natalidad y mortalidad comienzan a caer paralelamente hacia esa fecha, poniendo en marcha un proceso que a partir de unas pautas poblacionales muy atrasadas en 1900 nos coloca hoy demográficamente muy cerca de la norma europea.

Otra cuestión casi de la calle que las investigaciones reflejadas en este y en otros libros recientes nos ayudan a desvelar: ¿es España económicamente diferente (del resto de Europa, se entiende)? La respuesta es ambigua: la historia económica española presenta peculiaridades, pero se ajusta bastante al patrón de la Europa occidental meridional. En otras palabras, España es claro miembro de un conjunto del que también forman parte Italia, Portugal y en alguna medida Francia. En concreto, tiene de común con ésta el crecimiento sin grandes discontinuidades, y con Portugal e Italia, el retrasarse con respecto a la norma europea en el siglo XIX y el recuperar terreno en el XX. Pero la gran peculiaridad española en el siglo XX (aparte las demográficas) está en el profundo frenazo al crecimiento de los años 1936-1950. La guerra civil y el primer franquismo constituyen un trauma y una caída inmensamente más graves de lo que la segunda guerra mundial representó, económicamente hablando, para el resto de Europa. Esto queda especialmente de relieve en los trabajos de Barciela y Carreras. Tras esos quince años dramáticos y desastrosos, lo que tuvo lugar fue una recuperación del tiempo perdido, una «reconducción» de la política económica del franquismo (como refleja García Delgado) que paliaba a efectos de crecimiento (esto es de mi cosecha) un intervencionismo paralizante con una disciplina cuasimilitar en el mercado laboral, lo cual durante largo tiempo satisfizo a los empresarios, que compensaban con creces en certidumbre lo que perdían en discrecionalidad. Con ello, y esto es otra especialidad española (aunque en parte también lusa y algo italiana), se entraba en una vía de crecimiento rápida, pero tangencial a la norma europea. Los penosos ajustes de los años setenta y ochenta, como muestra el ensayo de Rojo, son en parte el precio que pa-

gamos por haber sido diferentes bajo el franquismo. Es el «coste del franquismo» de lo que nos habla y trata de medir Carreras.

Otra peculiaridad española es el aislacionismo económico; la peculiaridad es de grado, pero innegable. Bajo el franquismo alcanzó cotas delirantes, pero el autarquismo larvado es endémico en nuestra historia. Hasta tal punto es así que los economistas tradicionalmente han venido atribuyendo a la protección arancelaria y a las restricciones comerciales de todo tipo el progreso de la industrialización. Somos varios los que desde hace mucho tiempo hemos puesto en duda esta prognosis. Los trabajos de Leandro Prados sobre el comercio exterior en el siglo XIX la han pulverizado para ese período. Carreras en su capítulo la deja tambaleante por lo que se refiere a la industria en el XX. Esta cuestión tiene importancia inmediata porque afecta a las actitudes de los partidos, de los políticos, incluso de los votantes españoles en la actualidad. Hemos asistido a un viraje paralelo en la política y en la ciencia histórica: las tesis proteccionistas parecen ir quedando felizmente arrumbadas.

Política económica

Esto nos lleva a otra cuestión relacionada: si la política comercial aislacionista no ha sido el motor de progreso que pensaron autores como Manuel Puga, Ramón Tamames o el propio Jaime Vicens, ¿cómo se explican los ritmos peculiares de crecimiento de la economía española? En concreto, ¿podemos atribuir el retraso y el progreso a la política económica? Y de ser así, ¿a cuál? Estos son temas que, forzosamente, los diferentes ensayos del libro

sólo pueden tocar de pasada, y que hubieran debido acometerse en un capítulo aparte. El reciente trabajo de Comín sobre historia de la Hacienda española, libro voluminoso de inminente aparición, aconseja un sano escepticismo sobre la fe excesiva en el poder del Estado para influir sobre la economía. Quizá haya que recurrir a componentes extraeconómicos, como nos aconseja Fontana en su ensayo. El capítulo de Sudrià pone de relieve la importancia de los factores naturales, en concreto la dotación energética, aunque también subraya el coste de los errores políticos: España también es peculiar en la estructura de su consumo energético, y esta peculiaridad, debida en gran parte a la incompetencia de los planificadores franquistas, es otra de las «herencias negativas del pasado». Se da aquí una conjunción de factores políticos y físicos que hacen dudar de que podamos llegar a desenredar con éxito la madeja causal. Pero la ciencia avanza así, dando soluciones parciales y provisionales a problemas insolubles.

Este libro tendrá un grande y merecido éxito en los medios universitarios, y marcará el inicio de intensas investigaciones sobre el presente histórico de nuestra economía, sobre la economía que hemos vivido y vivimos. No quepa de esto la menor duda. Pero concluiré con una nota de lector mezquino y resentido. Además de los problemas de coordinación y edición que antes mencioné, hay otros de carácter menor, pero irritantes. Se echa de menos un índice alfabético, un sistema de notas, citas y referencias más racional, y una bibliografía más cuidadosamente compilada. Estos defectos son frecuentes en los libros españoles: un aspecto más de nuestro atraso relativo. □

RESUMEN

Por una serie de razones, los historiadores económicos habían venido mostrando poco interés por el siglo XX español en su conjunto. Esto les privaba de la necesaria perspectiva histórica para comprender la interesante evolución de la economía española en

ese período, que es precisamente el de la «Revolución Industrial». Las conclusiones que pueden obtenerse de un estudio de estas características justifican plenamente el enfoque, como muestra el libro comentado por el profesor Tortella.

Jordi Nadal, Albert Carreras y Carles Sudrià (compiladores)

La economía española en el siglo XX. Una perspectiva histórica

Barcelona, Ariel, 1987. 384 páginas. 2.200 pesetas.

Islam y literatura árabe, hoy

Por Pedro Martínez Montávez

Pedro Martínez Montávez (Jódar, Jaén, 1933) es catedrático de Lengua y Literatura Arabes de la Universidad Autónoma de Madrid y fue rector de dicho centro (1978-1982). Sus libros y trabajos de investigación versan principalmente sobre literatura árabe contemporánea y las relaciones hispano-árabes.

He aquí un libro oportuno, al que quizá no pocos, sin embargo, equivocadamente, tilden de oportunista. He aquí un libro inteligentemente concebido y dispuesto, cuyo indudable interés, derivado de un contenido básico de valor permanente, contrastado, no está en absoluto reñido con un perspicaz sentido de la actualidad y de atención y respuesta a unas apetencias culturales y sociales muy concretas. He aquí un libro que combina adecuadamente tanto documentación como inquietud, tanto dato como sugerencia, y que, por ello, puede aprovechar lo mismo, aunque sea de manera diferente, tanto al simple lector interesado como al más o menos adelantado especialista en la cuestión.

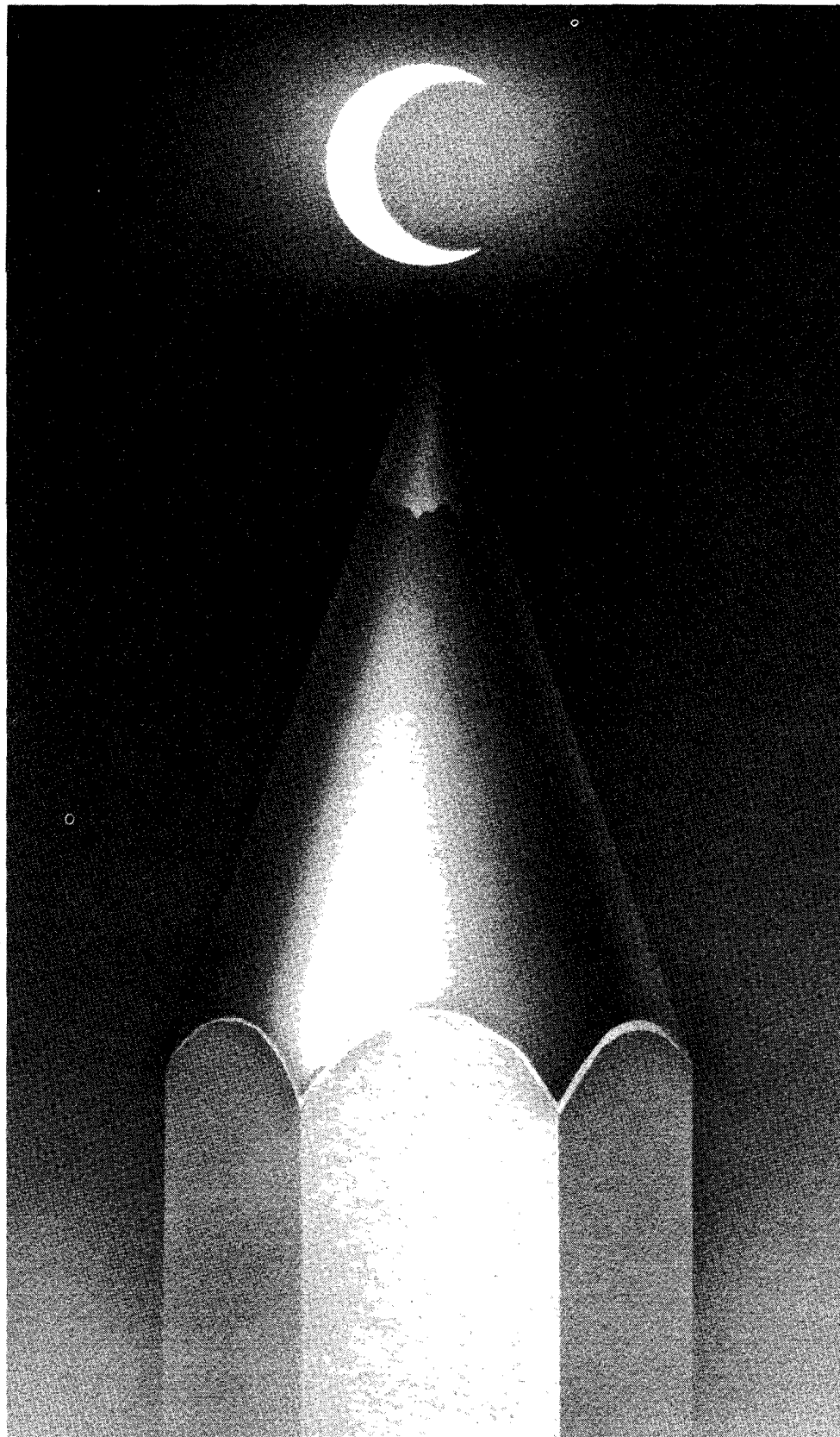
De la nueva reactualidad —y van...— del plural y polifacético fenómeno islámico creo que nadie puede dudar a estas alturas. Independientemente de las consideraciones que a cada uno merezca, y de los muy variados quebraderos de cabeza y la habilitación urgente de la documentación más o menos fidedigna y directa que provoque. Desde cancillerías ministeriales hasta consejos editoriales y cuerpos de redacción de los diversificados «mass media», a los que, en general, el nuevo «revuelo islámico» ha pillado bastante a contrapelo, y tratan de responder a la creciente y acuciante demanda como pueden. Al respecto, pues, la obra de Barbulesco y Cardinal resulta especialmente oportuna y pertinente; y en gran parte además —y ello no viene siendo tan frecuente en mucho de lo que se publica sobre el asunto— fiable.

El libro tiene el atractivo y la originalidad de poner en relación directa la «cosa» islámica con otro hecho mucho menos aireado, pero también profundamente significativo, y estrechamente vinculado a aquélla en bastantes aspectos: la literatura árabe actual.

El eminente grado de representatividad que lo árabe asume desde un principio, dentro del complejo conjunto de lo islámico, es también indiscutible. Y tampoco hay que desdeñar el valor de la manifestación o el dato literarios, en especial cuando están animados de un evidente propósito testimonial. Todo ello confiere a la obra dimensiones claramente positivas desde su mismo planteamiento.

Cuestionario fijo

El documento sometido a todos los autores es el cuestionario siguiente, en cinco preguntas: 1. ¿Conserva el Islam todavía hoy su vocación universal? 2. ¿Puede ser el Islam sistema de gobierno para un estado moderno? 3. ¿Es un sistema islámico de gobierno, para los pueblos árabes e islámicos, una etapa obligatoria en su evolución futura? 4. ¿Resulta positivo el fenómeno de vuelta al Islam, tal como puede ser apreciado desde hace una década en la mayoría de los países árabes? y 5. ¿Cuál es hoy el principal enemigo del Islam? El cuestionario, pues, revela una absoluta intencionalidad política y social, y ello nos parece muy loable. En cada caso, además, los autores incluyen una semblanza del escritor correspondiente, aguda y hábilmente perfiladas por regla general, y se completa cada capítulo con un «entretien» en el que aquél, al hilo de la reflexión sobre el fenómeno islámico, expone aspectos que considera sustanciales de su ideario y experiencia propia. Sólo en dos ocasiones no se cumple por entero este esquema tripartito, al haber renunciado los consultados a responder al cuestionario.



ALFONSO RUANO

Como reza el título de la obra, son 24 los escritores seleccionados. Y quizá conviene puntualizar que cuatro o cinco de ellos son, al menos oficialmente, cristianos, lo que permite, consecuentemente, apreciaciones bastante más matizadas y menos interiorizadas del Islam. Acogiéndose a un criterio no solamente geográfico sino también antropológico de distribución, estos 24 escritores son distribuidos en tres bloques: seis próximo-orientales, diez del valle del Nilo —nueve egipcios y un sudanés— y ocho magrebíes —entre ellos, cinco argelinos—. Asimismo, si este grupo de escritores fuera considerado con presupuestos cronológicos, se advertiría que las varias «generaciones» que se han ido sucediendo quedan finalmente representadas, aunque lo sean en número e intensidad notablemente variables: desde los más «viejos» —como Tawfiq al-Hakim (c. 1899-1987) o Naguib Mahfuz (n. en 1911)— hasta los más «nuevos» —Gamal al-Ghitani (n. en 1945) o Abdelwahhab Meddeb (n. en 1946), por ejemplo.

No obstante, se produce una evidente acumulación sectorial dentro de estos presuntos representantes generacionales, y yo pien-

so que ello ha sido intencionadamente buscado por los autores del libro. Son los escritores nacidos a lo largo de la década de los veinte los que quedan mayoritariamente incorporados, y esto, por varias razones, nos parece que está plenamente justificado y constituye un acierto. No se trata sólo de una distinguida nómina de escritores que cuentan ya con una «obra hecha», y en la mayoría de los casos amplia, susceptible de ser entendida con suficiente perspectiva, sino que además —y en esto reside lo más ejemplar y representativo— son los que en líneas generales comenzaron a manifestarse en el panorama literario e intelectual a finales de los años cuarenta, y asentaron su nombre y su prestigio, su particular posicionamiento ideológico y estético, a lo largo de las dos décadas siguientes. En resumen, se trata de los «hijos de la segunda guerra mundial», de los jóvenes madurados en la plena vivencia de la mayor parte de las grandes cuestiones que convulsionan el mundo árabe actual y configuran esencialmente la particular trayectoria que ha seguido: pérdida de Palestina, apogeo de los movimientos nacionales y adquisición de las plenas independencias, aza-

rosa experimentación de las tentativas pan-árabes, expansión de las ideologías «progresistas», incremento de las necesidades apremiantes de radicales cambios sociales... Estos años significan, seguramente, una de las experiencias más apasionantes —por no afirmar definitivamente que la más— en la historia árabe contemporánea, en su existencia colectiva e individual: «trayectoria en lo fantástico después de siglos de sueño», en la espléndida definición del sociólogo y economista libanés Georges Corm, y que alcanza entonces su tiempo culminante.

Progreso narrativo

Resulta asimismo explicable y congruente el considerable número de narradores que figuran entre los encuestados, en proporción evidentemente mayoritaria. Se refleja así adecuadamente otro de los rasgos característicos de la literatura neo-árabe, en la cual el género narrativo —tanto el cuento como la novela, y seguramente ésta de manera especialmente significativa— experimenta un progresivo e ininterrumpido incremento, hasta desplazar con frecuencia al que, secularmente, ha venido indiscutiblemente ostentando entre los árabes un específico liderazgo: la poesía.

Si la novela ha venido siendo unánimemente reconocida y valorada como manifestación literaria especialmente adecuada para indagar en la compleja naturaleza de las sociedades, y como oportuno reflejo de sus grandes problemas y conflictos, resulta totalmente congruente que adquiera categoría de documento especialmente fidedigno y revelador en la, por muy variadas razones, superconflictiva existencia de las sociedades árabes contemporáneas.

Si el género se ha ido conformando y madurando peculiarmente en el panorama global de la literatura árabe contemporánea desde hace ya bastantes décadas, y tanto a manera de respuesta a diversos estímulos o «influencias» occidentales como de replanteamiento y reelaboración de algunos de sus más castizos y añejos componentes tradicionales, presentes ya desde época medieval en el vasto dominio de lo narrativo, se debe en gran medida, sin duda, a natural exigencia de su propia sociedad, sometida a un impresionante proceso de transformación aún en curso. Y que resulta seguramente bastante más zigzagueante y entrecruzado que rectilíneo. En resumen: no parece producto del azar que, para efectuar esa indudable introspección en la «geografía mental colectiva» que los autores se han propuesto, hayan sido tenidos en cuenta preferentemente narradores, novelistas.

Obviamente, un grupo tan plural y diversificado como el de los escritores aquí seleccionados brindará un panorama ideológico amplio tanto en lo que se refiere a la procedencia y formación de estos escritores como a su evolución y trayectoria, dentro de las particulares circunstancias, individuales y colectivas, en que han ido produciéndose. En estos términos, pues, el libro resulta también, a su manera, una especie de reflejo revisado y actualizado del panorama intelectual árabe contemporáneo y de recordatorio y mención de sus principales tendencias, opciones y corrientes.

En este aspecto, sin embargo, conviene advertir que, en líneas generales, los autores de la obra han aplicado criterios de selección no excesivamente distanciados. Predominan finalmente los escritores que, genéricamente, podríamos calificar al menos de «no conservadores», aunque sean susceptibles de encuadramiento dentro de una amplia y oscilante gama que iría —hablando para occidentales— desde lo «liberal» a lo marxista.

Un indudable componente laico, más o menos asumido y actuante, ha estado presente en la actividad de la mayor parte de estos

Viene de la página anterior



personajes y matiza, consecuentemente, su ideología, su obra. Y también es predominante la línea de vinculación o relación, en diversos grados establecida y mantenida, con las corrientes nacionalistas árabes. En conclusión: digamos que el perfil de escritor, de intelectual, que tiende a predominar en el libro sería el «progresista». Desde tal óptica, por consiguiente, el planteamiento de indagación crítica que los dos avezados encuestadores franceses efectúan se hace todavía más sugerente y, propiciando desde diversos puntos las posibilidades de polémica, aumenta en interés.

Religión y política

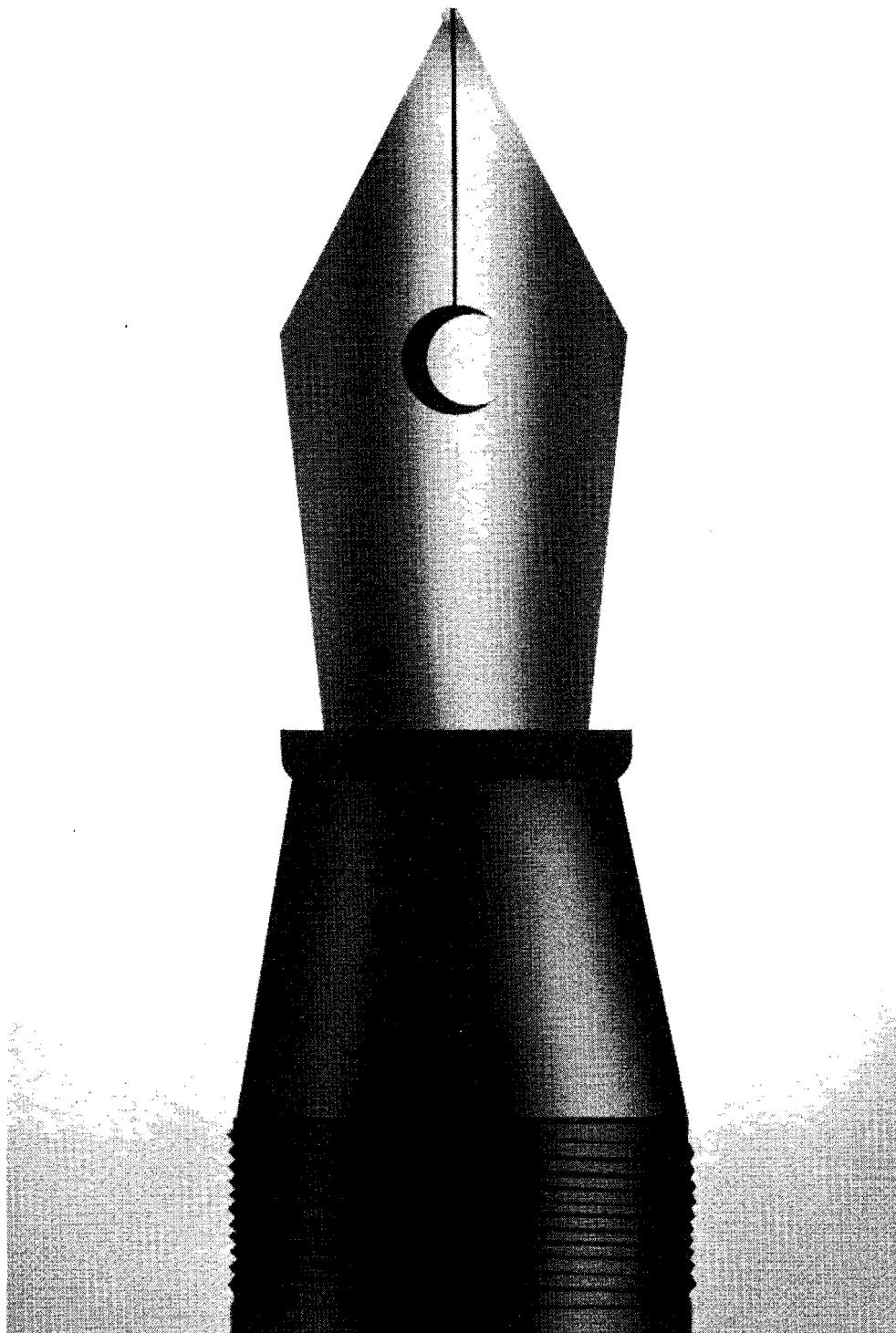
La vocación universal ha solido ser, con diversidad de formas de manifestación, consustancial a las religiones que se consideran reveladas, y en ello el Islam se comporta de manera congruente. En gran medida, tal vocación las caracteriza y configura, desde la base espiritual y la dimensión trascendente hasta la realización política, y da en muchas ocasiones un sentido específico a su historia. En este punto, el Islam, mensaje vocacionalmente dirigido a los pueblos y naciones más diversos, presenta unas evidentes analogías con el cristianismo, y se establecerán las pertinentes diferencias entre ambos atendiendo a las formas concretas de aplicación de esa dimensión vocacional que cada uno de ellos haya preferido y fomentado en las diversas circunstancias.

La mayoría de los escritores encuestados reconoce, así, esa vocación universal del Islam, aunque en varios de ellos tal reconocimiento global esté oportunamente matizado. Tan sólo uno de ellos, el egipcio Louis Awad, responde con una rotunda negativa (que es, por otra parte, la tónica común a todas sus respuestas, hasta convertirlo en un «noísta» absoluto) y otros tres o cuatro se manifiestan al respecto con evidentes reservas; quizá no resulte superfluo advertir que se trata principalmente de individuos de extracción cristiana.

En cualquier caso, lo que sí queda plenamente de manifiesto en la generalidad de las respuestas es el decidido rechazo a la posible —y parece que con alguna frecuencia inevitable, o al menos muy poco dificultada— versión política de esa dimensión universal doctrinal subyacente. La implicación de lo religioso y de lo político para sentar las bases de una sociedad resulta un principio rechazable y anacrónico. Y se tiende asimismo a deslindar claramente terrenos de actuación, no solamente en el marco de lo político y de lo religioso, sino también en otros parcialmente a ellos vinculados: lo cultural, lo estético, por ejemplo.

Como cabe suponer, el libro resulta especialmente interesante y controvertido al recoger las respuestas correspondientes a las preguntas —segunda y tercera— que centran la cuestión en el terreno de lo político y suscitan con ello, inevitablemente, la polémica actualidad del fenómeno. Es decir, cuando se plantea la opción del Islam como sistema de gobierno, en un marco de «modernidad» —concepto ya de por sí fluido y polifacético— y de proceso hacia el futuro. Obviamente la gama de opiniones, en estos puntos, se hace mucho más amplia y contrastada, resulta bastante menos reducible a comunes denominadores y posturas predominantes.

No obstante, hay que dejar muy claro desde un principio que la respuesta decididamente afirmativa es totalmente minoritaria: en última instancia, no más de dos o tres, frente a una decena, aproximadamente, que con rotundidad también se manifiesta en términos contrarios. Quizá este saldo tan descompensado, tan meridianamente sesgado, pueda sorprender a muchos, especialmente entre aquellos que siguen considerando lo árabe y lo islámico dotados de un bagaje documental muy reducido, tópico y escasísimamente actualiza-



ALFONSO RUANO

do; pero resulta un dato revelador y de enorme importancia. Explicable también en gran medida por la considerable entidad intelectual y humana de los individuos consultados y por las propias circunstancias: mensaje y testimonio claramente de imagen, y hacia el exterior, en que la encuesta se ha llevado a cabo.

No es menos ilustrativo comprobar cómo la complicada trama de relación entre las opciones nacionalistas e islamistas se suscita en la reflexión de algunos de estos intelectuales. La verdad es que se trata de uno de los temas más espinosos, característicos y dialécticos de la historia interna árabe contemporánea, aunque su conocimiento, en el mundo occidental, diste mucho de ser al menos mediano y la información dada hasta la fecha se distingue, ante todo, por su ramplonería intelectual y documental. Testimonios como el de Abderrahman Mounif o Youssef el Khal (respectamos la transliteración que aparece en el libro) son, al respecto, claramente representativos y valiosos; doblemente al venir, respectivamente, de un musulmán y de un cristiano. Sólo cuando esa corriente nacional «fue vencida, y se vio incapaz de resolver los pro-

blemas que se planteaban, la corriente religiosa cobró nuevas fuerzas, a expensas de los otros movimientos políticos». Se colapsa entonces la corriente preponderante durante los años cincuenta y sesenta. Tesis que comparte el segundo: «el retroceso de la idea nacional árabe ante la teoría islámica, que, por así decirlo, eclipsó la visión nacional, es algo muy preocupante, muy inquietante». Y aunque el

problema suscitado con tales frases no resulte un asunto tan sencillo ni esquemático, si se pone con ellas, en nuestra opinión, oportunamente, uno de los más predispuestos dedos sobre una de las más dolorosas llagas.

Teniendo en cuenta, pues, la tónica principal de respuesta que se va marcando, tampoco resulta incoherente que, al pronunciarse sobre si resulta positivo el fenómeno de vuelta al Islam, tal como se produce desde hace unos diez años (inevitabilidad del «fantasma jomeini», a fin de cuentas), la opinión en contra aparezca también más generalizada que la favorable, muy escasa o manifestada en algunas ocasiones con grandes reservas. No obstante, conviene sin duda advertir cómo también se recuerda la importante contribución que el factor religioso brindó a las luchas de liberación nacional —ejemplarmente ilustrativo al respecto el caso de Argelia— y la indudable categoría preeminente que alcanza entonces en el proceso de recuperación de la identidad nacional, tan dramático y complejo. Pero según el palestino Haifa Émile Habibi —quien, como buen «árabe en Israel, no acepta el combate en el terreno religioso», «la experiencia muestra que a los sentimientos religiosos anticolonialistas les falta estabilidad». Porque «las prolongaciones políticas deben buscarse en otro sitio».

Tratar de identificar, finalmente, «al principal enemigo del Islam» hoy, puede convertirse en un más o menos divertido pasatiempo, alentar las más insospechadas respuestas, propiciando la apertura de un extensísimo abanico de adjudicaciones que pueden tanto discurrir por el cauce de lo apoloético como de lo irónico o de lo sugerente. En cualquier caso, parece excesivamente simplista y esquematizador, aunque las plurales y variadas respuestas brinden, también, apuntes y señales de parcial acierto. Lógicamente, habrá respuestas para todos los gustos, el porcentaje de coincidencia será muy escaso, casi inexistente, y esa categoría de enemistad primordial podrá atribuirse tanto a elementos principalmente exógenos —sionismo, imperialismo, colonialismo, Occidente...— como endógenos, que no son posiblemente los menos aireados: regímenes dictatoriales, fanatismo, reaccionarismo, petróleo, ignorancia, por ejemplo. El panorama teórico de culpabilidad se muestra, a fin de cuentas, sumamente generoso, y no escasea, como decimos, en agudos dardos de autocrítica colectiva y autodenuncia. Algo que no resulta tan ajeno al mundo árabe de hoy, concretamente en su ámbito intelectual, aunque pueda parecer, desde fuera, lo contrario.

* * * * *

A ese «otro» nuestro tan cotidiano e inevitable que es, en definitiva, la realidad árabe e islámica, no se le puede conocer cumplidamente con prontuarios tan de urgencia ni con diagnósticos tan fragmentarios, pero sí sirven estas contribuciones para ir plantando jalones de documentación, inquietud y reflexión contrastada. Para ir introduciendo algunos elementos de oportuna clarificación al menos entre tanta «semántica» cambiante y tanta frivolidad huidiza y, a fin de cuentas, mezquina. □

RESUMEN

En «pleno revuelo islámico», como denomina el profesor Martínez Montávez al hecho de que el mundo islámico actualmente ocupe continuamente primeras planas de los diarios, aparece este libro oportuno, que no oportunista, y pertinente, que combina ade-

cuadamente tanto documentación como inquietud, tanto dato como sugerencia. Su mayor atractivo radica en que, a través de un cuestionario que contestan 24 escritores, relaciona el hecho islámico con la literatura árabe actual.

Luc Barbulesco y Philippe Cardinal

L'Islam en questions. Vingt-quatre écrivains arabes répondent

Bernard Grasset, París, 1986. 280 páginas. 82 francos franceses.

La caja de Pandora nuclear

Por Federico Goded

Federico Goded (Madrid, 1917-1988) fue catedrático de Tecnología Nuclear de la Universidad Politécnica de Madrid y miembro de la Real Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales. Autor de diversos textos y monografías científicas.

En su noticiario del mediodía del 10 de noviembre pasado, la emisora de la base de Torrejón dio la noticia de la concesión de una de las «Financial Book Awards» de 1987 a este libro. Las líneas que siguen tratarán de explicar, al menos en parte, las razones de la concesión de este importante premio.

El título del libro no refleja la totalidad de su contenido, pues el autor comienza contándonos, en forma divulgadora, la evolución de nuestros conocimientos sobre el átomo desde comienzos de este siglo hasta el año clave de 1939. Recordemos que en septiembre de ese año comenzó la segunda guerra mundial, y que el azar quiso que el 6 de enero de ese mismo año los alemanes Hans y Strassman publicaran su descubrimiento de la fisión.

A partir de ese momento la película se acelera; los laboratorios y los cerebros funcionan a mayor velocidad. Se ha dado la señal de la carrera por la bomba atómica.

El autor del texto que comentamos es un novelista, y ello explica la peculiar forma que elige para contarnos esta apasionante historia. No son solamente los hechos, sino las vidas —o retazos de ellas— de los principales protagonistas, las que se suceden en estas páginas.

Multitud de detalles, de anécdotas y de episodios nos llevan sin transición de un tema científico a un hecho militar, a unas negociaciones políticas o a puros y simples relatos históricos, como las anexiones de Austria y Checoslovaquia realizadas por Hitler en los años que precedieron al comienzo de la segunda guerra mundial.

El relato, entreverado con decenas de fotografías de todas clases —desde las de las primeras bombas a las de los hombres que las concibieron y construyeron—, tiene el sabor inequívoco de la vida real. Son los documentos, los archivos y la memoria de los supervi-

vientes de este capítulo de la Historia, los que hablan y aparecen a lo largo de todo el relato.

Los prejuicios y las pasiones humanas, que alcanzan cotas anormales en tiempos de guerra, juegan aquí su papel, que en este capítulo histórico es sin duda muy relevante. El autor nos cuenta con detalle cómo crece y se extiende el sentimiento antisemita en Alemania y cómo esta ola envuelve y sacude las vidas de una larga lista de eminentes científicos judíos, comenzando por Albert Einstein y el Nobel Eugene Wigner, o los también premios Nobel y judíos o maridos de judías como Fermi o Segré. Todos ellos realizarán después contribuciones importantes en la construcción y puesta a punto de las primeras bombas atómicas que iban a conseguir la rendición del Japón, y habrían también logrado la de Alemania si ésta no hubiera llegado antes como resultado de la guerra llevada a cabo en los cinco años precedentes con las armas y medios bélicos hasta entonces conocidos.

Leyes antijudías

Para valorar debidamente el daño que a sí misma se infligió Alemania, el autor nos da algunos datos. Hitler llegó al poder en enero de 1933 y el 7 de abril de ese mismo año, «el tercer Reich promulgó su primera ley antijudía —la ley para la reforma del Funcionariado Profesional—, prelude de las aproximadamente 400 leyes y decretos antisemitas que los nazis promulgarían, que cambiaron decisivamente y para siempre las vidas de Teller, Pauli, Frisch y sus colegas. Esta ley estipulaba claramente que los funcionarios de origen no-ario deberían pedir el retiro. Un decreto definiendo a los no-arios se promulgó a continuación el 11 de abril. Las universidades eran instituciones estatales. Los miembros de sus facultades eran por tanto funcionarios. La nueva ley cesó abruptamente a una cuarta parte de los físicos alemanes, incluyendo once que habían ganado o ganarían el premio Nobel, despojándoles de sus posiciones o medios de vida» (pág. 185).

Al iniciarse la guerra en septiembre del 39 y cortarse las comunicaciones científicas entre los adversarios, el saber a ciencia cierta

cuáles eran los progresos alcanzados por los demás se convirtió repentinamente en una cuestión vital, y este conocimiento pleno y completo sólo se logró al final del conflicto. Las dudas de los Estados Unidos sobre los avances conseguidos por Alemania en particular, y el temor a que estuviera más adelantada de lo que en realidad estaba, actuaron todo el tiempo como un muy eficaz acicate y un valioso estímulo que sin ninguna duda les ayudó de forma importante a llegar los primeros a la meta.

La posibilidad de una bomba, que el descubrimiento de la fisión sugería, no apareció bruscamente, sino de una forma paulatina, y también fue lenta y difícil la completa apreciación del impacto que esta nueva arma podría tener en el desenlace de la guerra en curso y en el futuro de los asuntos humanos.

Pero aun antes de iniciarse las hostilidades, es decir sólo unos meses después de publicarse el descubrimiento de la fisión, el alemán exiliado en Inglaterra Peierls, Joliot y Perrin en París, y otros varios más, comprobaban la posibilidad teórica de realizar una reacción en cadena, y hacían los primeros cálculos de la masa crítica, o masa mínima de uranio necesaria para conseguir una reacción en cadena autosostenida. Y en los primeros meses de 1940 era ya meridianamente claro —al menos para los pocos especialistas de ambos bandos— que la construcción de una bomba era teóricamente posible. La cuestión que entonces se planteó a estos hombres fue cómo convencer a sus gobiernos para que se lanzaran a esta empresa con los medios económicos, industriales y humanos necesarios y que los primeros estudios mostraban que iban a ser ingentes, y cuyo despliegue iba a requerir varios años, punto este último vital para unos contendientes que no podían predecir cuál iba a ser la duración del conflicto.

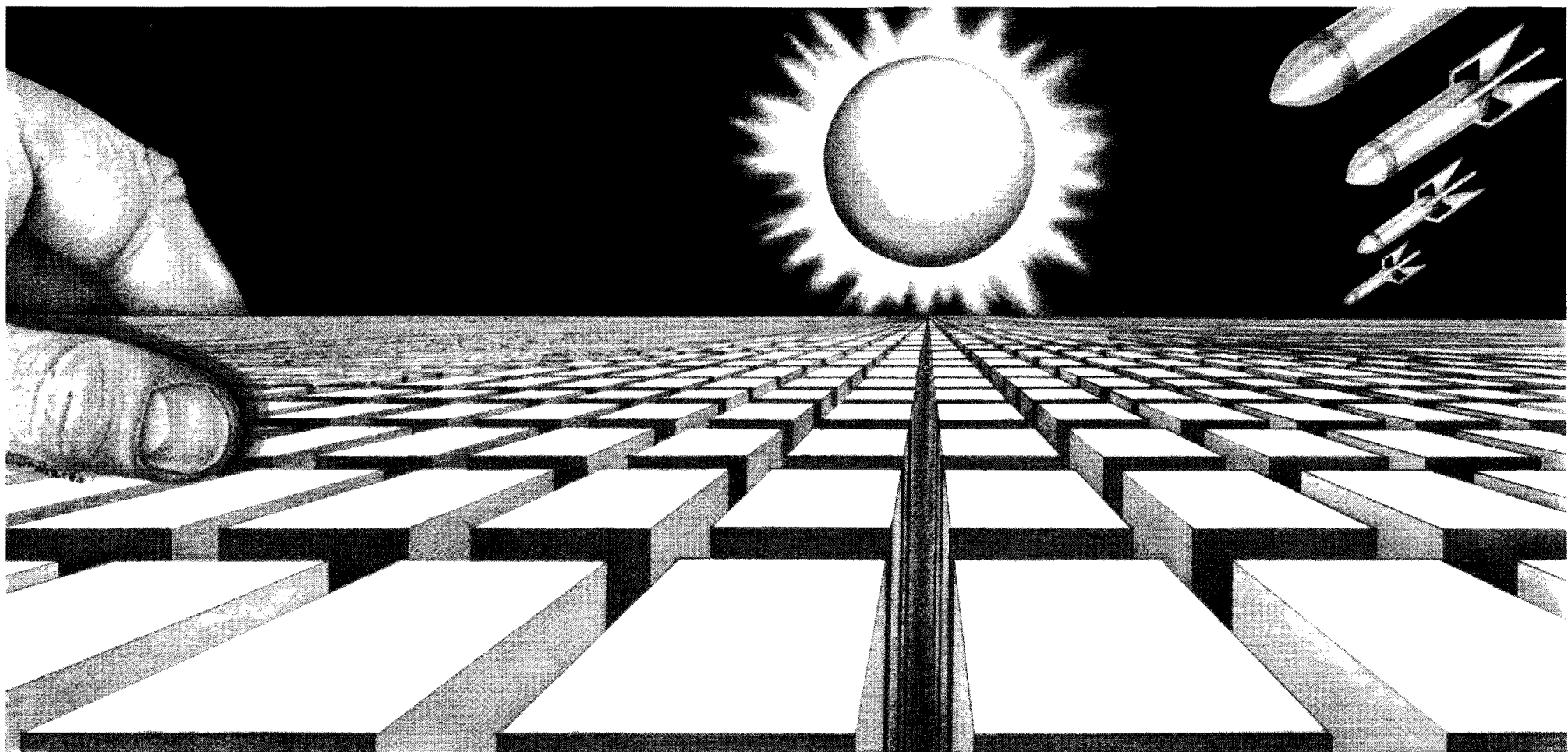
Cómo se consiguió implicar a los Estados Unidos en este empeño es una historia bastante conocida, pero el autor nos aporta nuevos detalles y anécdotas de este episodio. La verdad de la realidad histórica es también aquí palpable en este capítulo, en el que vemos al húngaro exiliado Leo Szilard convencer a Albert Einstein para que escriba una carta —cuyo destinatario definitivo todavía no se ha decidido, y bien puede ser la reina de In-

glaterra o el presidente norteamericano Theodore Roosevelt—, informando de la posibilidad y características de una bomba atómica, así como de las razones que le inducían a pensar que Alemania estaría trabajando ya en ese proyecto. Y luego seguimos los pasos siguientes de Szilard y sus compañeros de exilio, que dudan sobre el destinatario más conveniente de esta carta, y de los medios de hacerla llegar al mismo, y sonreímos al comprobar las piroetas del azar, que utiliza como correo a un personaje pintoresco, Sachs, que logra no sólo una audiencia con Roosevelt, sino «leerle» la epístola, lo que no era nada fácil si se tienen en cuenta las ocupaciones y problemas que tendría sobre la mesa el presidente cuando todo esto ocurría, que era precisamente en las semanas de septiembre del 39 en que Alemania invadía Polonia y empezaba la segunda guerra mundial.

Error de cálculo

El contraste entre lo que sucedió después en Estados Unidos, por un lado, y en Alemania y Japón, por otro, es verdaderamente abismal. Mientras los Estados Unidos, alertados por la carta de Einstein, lanzaban de lleno recursos ingentes en este proyecto, Japón perdía tres irrecuperables años, y en marzo de 1943 el coloquio de físicos que se celebró en Tokio concluía que «la bomba era posible pero no alcanzable en la práctica por ninguno de los beligerantes con el tiempo suficiente para ser usada en la guerra presente» (pág. 464). A partir de este tremendo error de cálculo, sólo Nishina prosiguió —casi sin medios ni ayudas de su Gobierno— una labor destinada al fracaso.

Alemania, a pesar de la importante hemorragia de cerebros anteriormente descrita, aún conservaba un grupo de físicos de primera fila, dirigido por Werner Heisenberg, para muchos el segundo físico del mundo, sobrepasado solamente por Einstein. Quizá el indiscutible liderazgo de Heisenberg perjudicó al proyecto alemán, pues éste no tuvo las dotes de persuasión necesarias para conseguir desde los primeros momentos —cuando toda-



ALBERTO URDIALES

Viene de la página anterior



vía no habían comenzado los bombardeos masivos aliados—, el pleno apoyo de su Gobierno. De la lectura de este libro y otros documentos se puede deducir que el propio Heisenberg no estaba totalmente seguro de poder llevar a buen puerto el proyecto, y ello le llevó a no aceptar plenamente las ofertas económicas de su Gobierno cuando éstas, al fin, aunque con retraso, llegaron.

Para construir su primer reactor nuclear Alemania eligió la vía del agua pesada. Esta elección, quizá acertada bajo el punto de vista de la tecnología nuclear de aquellos días, era muy arriesgada si se consideraban las dificultades de aprovisionamiento, como el tiempo iba a demostrar. En efecto, en aquellos años sólo existía en el mundo una fábrica de agua pesada en Vemork, en Noruega. Esto hizo posible que primero Francia, después Inglaterra y finalmente el ejército de resistencia noruego le impidieran disponer de las cantidades precisas de este indispensable material.

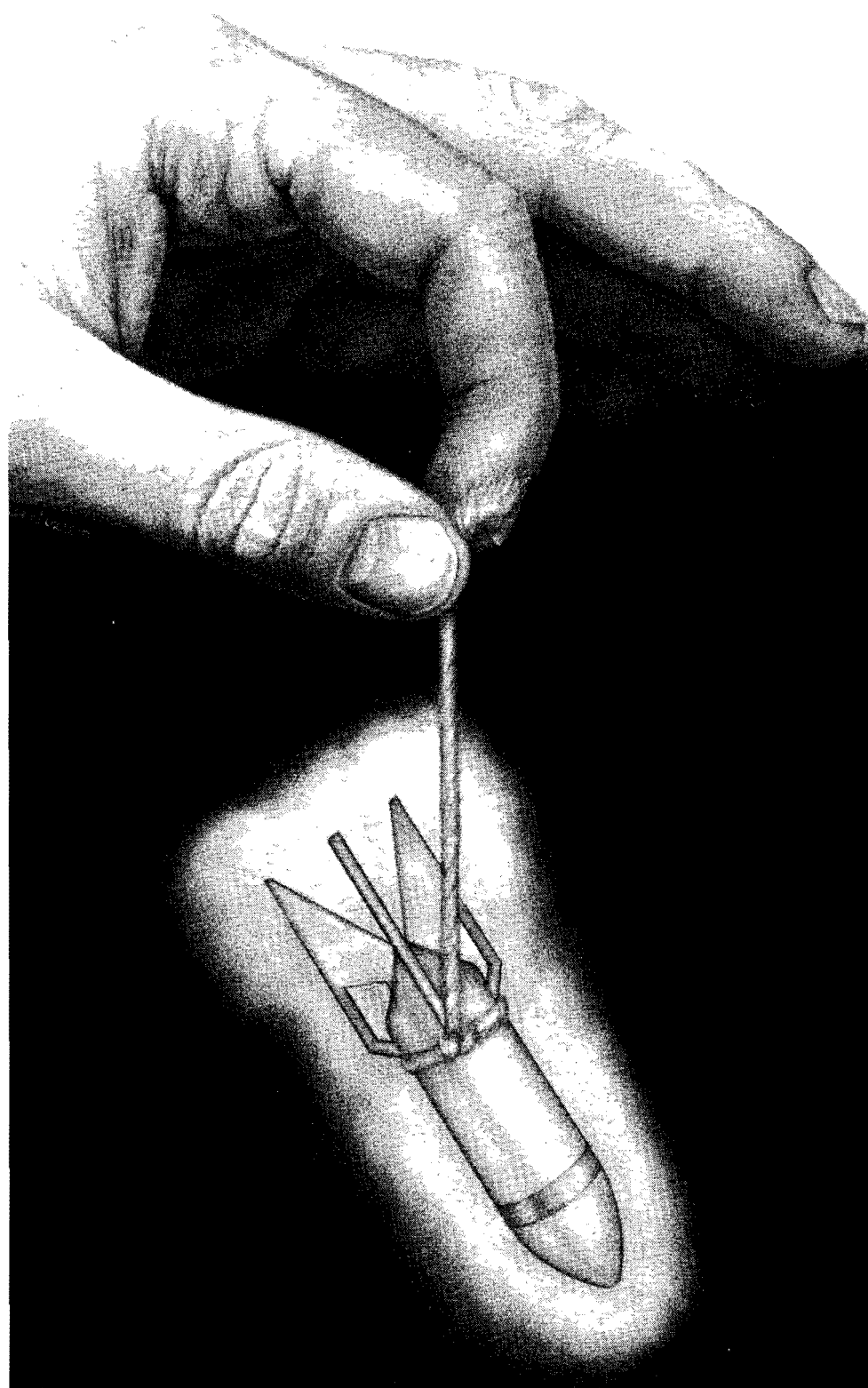
Agua pesada

La historia del agua pesada en la última guerra, repleta de apasionantes anécdotas y episodios de todas clases, es larga y compleja, y no podemos ni siquiera telegráficamente resumirla aquí, cosa que tampoco hace de forma completa el texto que estamos glosando. En lo que se refiere a los aspectos esenciales de los papeles jugados por Francia e Inglaterra, remitimos al lector a los textos (1) y (2) de la bibliografía final, y aquí mencionaremos únicamente el episodio último de esta larga historia.

Los aliados conocían perfectamente algunas de las líneas de investigación alemanas, ya que cuando Niels Bohr se escapó de Estocolmo hacia Escocia el 6 de octubre de 1943, se llevó con él los planos y esquemas que había realizado Heisenberg de un reactor de agua pesada. Por otra parte, los servicios de espionaje aliados consiguieron por varios caminos informaciones coincidentes según las cuales los alemanes habían sido capaces de reparar los daños que el primer ataque de comandos había ocasionado a la fábrica de Vemork, y que ésta había reanudado su funcionamiento en el mes de abril de 1943. En consecuencia, el gabinete de guerra de Churchill decidió proceder a un nuevo ataque de Vemork, que se realizó con los B-17 que despegaron de las bases británicas antes del amanecer del 16 de noviembre de 1943. La planta de Vemork no fue totalmente destruida en este ataque, pero no pudo continuar produciendo agua pesada.

El Consejo de Investigación alemán decidió entonces dismantlar la fábrica y reconstruirla en Alemania. Los servicios de espionaje aliados de nuevo pudieron enviar por radio el 9 de febrero de 1944 informaciones según las cuales los alemanes renunciaban a dismantlar la fábrica y pretendían, en cambio, llevarse a Alemania las existencias de agua pesada que habían sido salvadas del ataque aéreo. Este transporte pensaban realizarlo con carácter inmediato, es decir, en una o dos semanas a lo sumo según los servicios de espionaje, fundamentalmente de la resistencia noruega. No había, pues, tiempo suficiente para preparar y enviar nuevos comandos, y una sola persona, Knut Haukelid, del ejército clandestino de resistencia noruego, con la ayuda que pudiera conseguir «in situ», fue encargado de destruir el agua pesada. Esta iba a ser transportada en 39 barriles desde la fábrica por tren hasta el lago Tinnsjø, desde el tren se llevarían en camión a un ferry en el que atravesarían el lago, y después irían por barco hasta Alemania.

Haukelid dudó de las posibilidades de su misión y sobre todo del número de víctimas civiles noruegas que podrían causarse y consultó de nuevo a Londres. La respuesta llegó el mismo día: «Se piensa que es muy importante que el agua pesada sea destruida» (página 514). Haukelid ya no dudó más. Estudió el



ALBERTO URDIALES

itinerario que ésta iba a seguir y pensó que la única posibilidad estaba en el hundimiento del ferry en la parte del lago en que éste tenía una profundidad de 1.300 pies, a la cual debería llegar el ferry unos treinta minutos después de dejar el puerto. Haukelid disponía de los necesarios explosivos suministrados por los ingleses, con los aparatos de relojería precisos. El ferry con sus 39 barriles estaba preparado para partir a las diez de la mañana del día siguiente; Haukelid, con la ayuda de un compatriota, pudo penetrar en el barco y colocar bajo la línea de flotación, en el casco, los explosivos. A los cuarenta y cinco minutos de la salida explotaron las cargas y el agua pesada desapareció para siempre en las profundidades del lago. La carrera para la bomba terminó así para Alemania en un lago de las montañas de Noruega un frío domingo de febrero del año 1944.

El reactor alemán

En los últimos días de la guerra en Europa, la organización americana llamada Alsos, expresamente creada para averiguar los progresos alcanzados por Alemania en este campo, localizaba en la región de la Selva Negra, en el sur de Alemania, en un pueblecito lla-

mado Haigerloech, la prueba evidente de la ruina total del proyecto alemán. En una iglesia situada en la cima de un pequeño y escarpado monte, los alemanes habían empezado a construir un reactor, ocultándolo así de toda observación aérea y posible bombardeo. Allí en la iglesia, con una entrada protegida por puertas de acceso, estaba dormido el reactor alemán que no pudo nunca arrancar por falta de agua pesada.

El proyecto americano, en cambio, continuó creciendo y desarrollándose a toda velocidad. Con el fin de llegar a la meta lo antes posible, los Estados Unidos, y ante las dudas

e incógnitas que se presentaban en las diversas soluciones posibles, decidieron emprender simultáneamente todas las vías. Como la bomba podía usar como materia prima bien U-235, bien Pu-239, iniciaron sendos proyectos para obtener estos dos materiales, proyectando y construyendo una gigantesca factoría para obtener uranio enriquecido en Oak Ridge, y una serie de reactores en Hanford para obtener plutonio. Como ambos proyectos fueron un éxito, las dos primeras bombas fueron una de plutonio y otra de uranio.

Estas dos bombas, que estallaron en Hiroshima y Nagasaki, no fueron las primeras explosiones nucleares realizadas en la tierra, ya que ambas fueron precedidas por el ensayo Trinity, que tuvo lugar en el desierto, cerca de Los Alamos, al amanecer del 16 de julio de 1945.

El ejército japonés quería continuar la guerra después de recibir la primera bomba atómica en Hiroshima, y sólo la evidencia de que los bombardeos atómicos podrían continuar le llevó a aceptar la decisión de su emperador de rendir su país sin condiciones.

Pero a pesar de los esfuerzos de algunos de los miembros más relevantes de los equipos de científicos que diseñaron las primeras bombas, y que preveían que acababan de abrir una peligrosa nueva caja de Pandora, nadie hasta ahora ha podido detener la carrera de armamentos atómicos que se inició en aquellos años.

Monopolio nuclear

Las pruebas nucleares, primero al aire libre, después subterráneas, han continuado durante los últimos cuarenta años. Nuevas naciones han logrado sus bombas. A la bomba de fisión siguió la bomba H, muchísimo más potente. Y por medio de ensayos y estudios teóricos se ha conseguido reducir más y más el peso y el volumen de las nuevas bombas, que hoy día caben en un maletín, y permiten en teoría a un solo individuo destruir una gran ciudad.

Los intentos de Estados Unidos de conservar el monopolio de las bombas, basados en varias premisas erróneas, como la de que el uranio estaba muy irregularmente repartido en la corteza terrestre y era muy escaso, fueron sólo sueños. Y la bomba no condujo como muchos esperaban al establecimiento de un gobierno mundial y al fin de las guerras, sino a un panorama mucho más oscuro y pesimista, con un horizonte cargado de sombríos nubarrones que anuncian la posibilidad de un «invierno nuclear» y el suicidio colectivo de la raza humana.

Al terminar este libro, muchas preguntas y reflexiones se amontonan en las conciencias, pero una de ellas sobrenada y se impone a todas las demás. ¿Los instintos agresivos que sobreviven en las capas profundas de nuestros cerebros heredadas de los saurios, vencerán o podrán ser dominados al fin? □

(1) Beltram Goldsmit. *Las rivalidades atómicas*, editado por la YEN. 1969.

(2) F. Goded. *La ciencia en el desenlace de la última guerra mundial*, discurso inaugural del Curso 1981 de la Real Academia de Ciencias, editado por la Real Academia.

RESUMEN

El año 1939 fue clave en el conocimiento del átomo. En enero de ese año se publicó el descubrimiento de la fisión y en septiembre comenzaba la II Guerra Mundial. Federico Goded, en este artículo que escribió poco antes de su muerte, comenta un libro salpicado de

datos científicos y de hechos históricos y políticos que se lee, sin embargo, como una novela (su autor, Richard Rhodes, en realidad es un novelista). Lo que se cuenta en esta obra son los efectos de aquella caja de Pandora nuclear que se abrió en Hiroshima en 1945.

Richard Rhodes

The Making of the Atomic Bomb

Simon and Schuster, Londres, 1986. 928 páginas. 24 dólares.

Robótica

Por José García Santesmases

José García Santesmases (Barcelona, 1907) ha sido catedrático de Física Industrial de la Universidad Complutense de Madrid. Es académico de la Real Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales. Es Premio Nacional de Investigación Técnica «Leonardo Torres Quevedo» (1983).

Desde la más remota antigüedad, el hombre ha tratado de construir dispositivos que puedan moverse por sí mismos, es decir, con su propia fuente de energía y con control interno. Hacia el primer siglo de nuestra era, Heron de Alejandría construyó artefactos, impulsados por fluidos en movimiento, aire comprimido y vapor; parece ser que uno de estos aparatos era un pájaro que piaba, bebía agua, etc. En realidad eran más bien juguetes que entretenían a la gente, sin ninguna utilidad práctica.

En el siglo XVIII, los adelantos en las técnicas de relojería permitieron desarrollar aparatos que realizaban diferentes tareas y que causaron sensación. Así, el relojero francés Pierre Jacquet-Droz y su hijo Henry-Louis construyeron varios muñecos que escribían y tocaban instrumentos musicales. Otro autómatas célebre de aquella época fue el pato mecánico animado, que bebía agua, comía maíz, lo digería (o al menos, lo disolvía) y batía las alas. Este artefacto fue construido por Jacques de Vaucanson (1738), miembro de la Academia de Ciencias de París. Durante muchos años, el pato fue exhibido por toda Europa con gran éxito. Es curioso señalar que Vaucanson inventó, más tarde, el primer telar automático, en 1745, que fue mejorado por Joseph Marie Jacquard (1801).

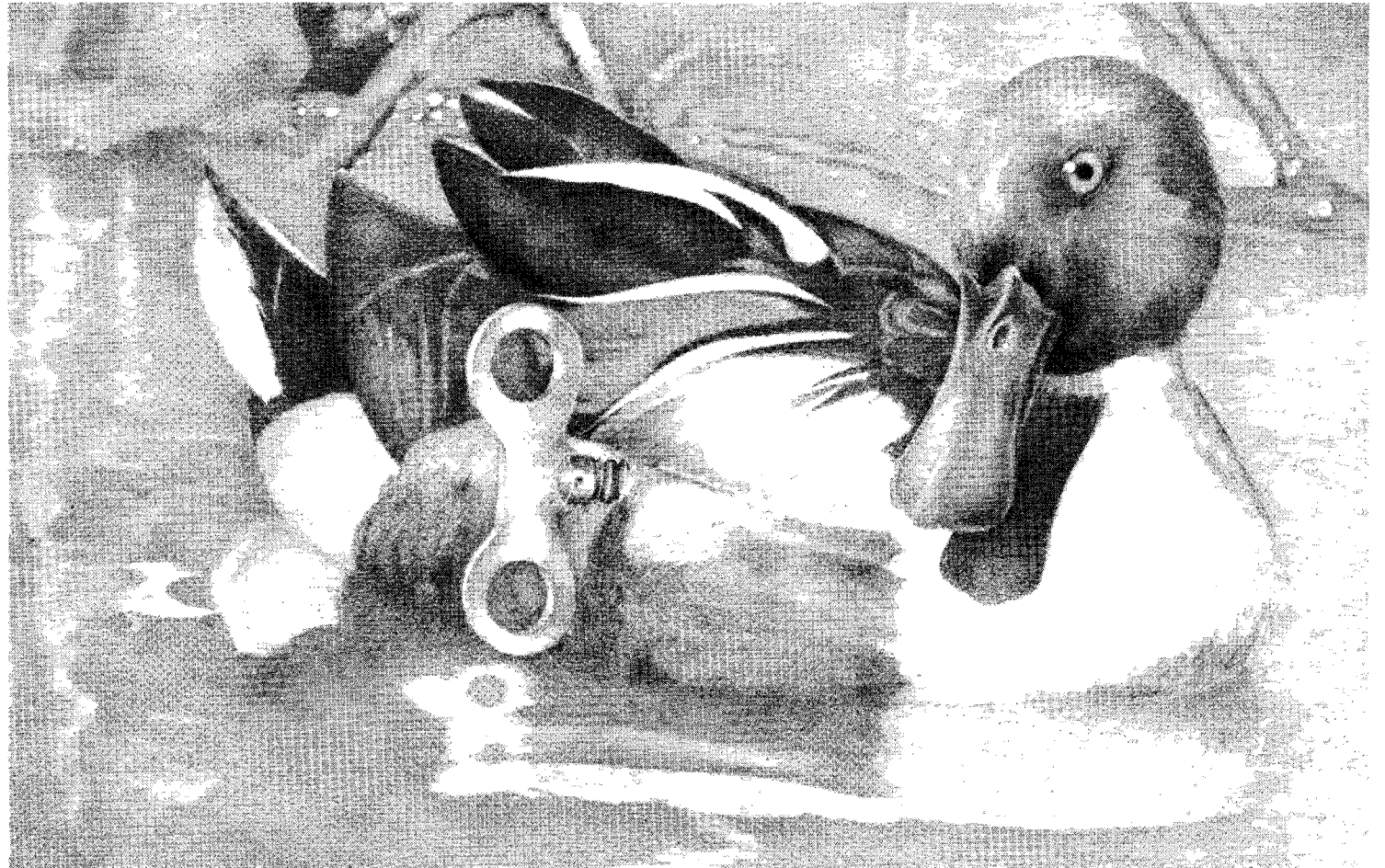
Por lo que hace referencia a la robótica hay que señalar que la creación artificial de la vida es la idea, el objetivo fundamental, que predomina en torno al concepto inicial de esta tecnología. Las consecuencias incontrolables y fascinantes de esta posibilidad han sido tratadas en varios libros y películas de ciencia ficción. Acaso la primera novela de este tipo sea la escrita por Mary Shelley, en 1818, *Frankenstein*, en la que su protagonista es un científico que crea un monstruo con fuerza sobrehumana y pobre intelecto al que no se puede controlar.

La palabra «robot» procede de la palabra «robota» del idioma checo, que significa trabajo. En 1921, el dramaturgo checoslovaco Karel Kapek escribió una obra en la que trata de un brillante científico que fabrica máquinas con apariencia humana con objeto de evitar el trabajo al hombre. Todo va bien hasta que los robots son utilizados en la guerra para matar hombres. Desgraciadamente se les programa para tener emociones y sentimientos, con lo cual se acerca la tragedia. Los robots, que se consideran más perfectos que los hombres, no toleran que éstos los traten como esclavos y exterminan a la raza humana. No hay miedo de que esto ocurra en la realidad.

Entre las obras de ciencia ficción hay que mencionar las de Asimov, en las que los robots se construyen y programan de forma que sigan las tres leyes de Asimov:

1. Un robot no puede dañar a un ser humano ni, por omisión, permitir que sea dañado.
2. Un robot debe obedecer las órdenes dadas por los humanos, excepto cuando aquéllas se hallan en contradicción con la primera ley.
3. Un robot debe proteger su propia existencia, a menos que ello se oponga a la primera o segunda ley.

La realidad está muy alejada de la ciencia ficción. A pesar de los avances en las computadoras, en la teoría de control, percepción sensorial, capacidad de tomar decisiones, etc., el hecho es que los robots son muy inferiores a los humanos y se mantendrán así en el futuro durante muchos años. Si nos referimos



ANGELES MALDONADO

a los robots industriales modernos y los comparamos con lo que se esperaba de ellos hace algunos años, vemos que se muestran aún muy primitivos.

Robots industriales

Los primeros trabajos sobre robots industriales aparecieron después de la segunda guerra mundial.

A finales de los años cuarenta se desarrollaron manipuladores controlados mecánicamente para operar con materiales radiactivos. Más adelante, hacia mediados de los cincuenta, se realizaron sistemas más sofisticados capaces de operaciones autónomas y repetitivas. El primer robot industrial se construyó en Estados Unidos por la empresa Unimation Inc. en 1959. La originalidad de esta máquina consistió en el uso de una computadora conjuntamente con un manipulador, y daba lugar a una máquina a la que se podía enseñar a llevar a cabo automáticamente una serie de tareas. Este robot podía reprogramarse fácilmente con objeto de realizar distintos tipos de operaciones.

A los robots programados siguieron los robots con percepción sensorial. En los años sesenta se aplicaron los sensores táctiles y en la Universidad de Stanford (Estados Unidos) se desarrolló un robot con manos (manipuladores), ojos (cámara de televisión) y oídos (micrófonos). Por la misma época, se comenzó a trabajar en el Japón, donde se ha desarrollado extraordinariamente la investigación y construcción de los robots.

En los años setenta se continuaron las investigaciones, enfocadas particularmente en el desarrollo de sensores para su uso en manipuladores. Actualmente el campo de investigación y desarrollo de la robótica es mucho más amplio que hace unos años; ésta se ha convertido en una ciencia y tecnología interdisciplinaria que estudia cinemática, dinámica, control, percepción, lenguaje de programación y particularmente inteligencia artificial.

Muchas definiciones se han propuesto para el robot, y en las primeras se excluía, en general, toda posibilidad de inteligencia en los mismos. A continuación indicamos una que se ha propuesto, en la que se admite algún ti-

po de inteligencia, como ocurre en las últimas generaciones de robots:

«Un robot es un máquina de propósito general que, análogamente al humano, puede realizar una variedad de tareas diferentes, bajo condiciones que pueden desconocerse a priori.»

Aunque el robot realiza algunas tareas que se pueden considerar humanas, no es necesario que el robot tenga apariencia humana. Sin embargo, los robots modernos realizan tareas que requieren flexibilidad e inteligencia artificial.

El estudio de los sistemas biológicos permite descubrir principios que puedan utilizarse, por analogía, para mejorar los componentes funcionales de un robot. Así, mediante este enfoque biónico se puede perfeccionar el control automático de los brazos, manos, dedos, piernas de un robot. Igualmente, se pueden estudiar y analizar los sensores que suministran al robot los sentidos de la vista, tacto, etc., que le permiten explorar y analizar el entorno con objeto de comportarse inteligentemente.

La obra *Robotics* que comentamos es un libro de texto dedicado a científicos, ingenieros y estudiantes interesados en robótica y automática, y en el que se exponen de forma comprensiva, clara y rigurosa los principios básicos del diseño, análisis y síntesis de los sistemas robóticos. Estos constituyen un campo interdisciplinario que se extiende desde el diseño de componentes eléctricos y mecánicos hasta la tecnología sensorial, sistemas de computación e inteligencia artificial. El mérito más importante de esta obra es, a nuestro juicio, haber reunido y organizado de forma coherente y unificada los principios fundamentales y las técnicas analíticas de la robótica. Hay que tener presente que tratándose de una ciencia y tecnología relativamente nuevas, gran parte del material que trata sobre aquéllas o sobre sus aplicaciones se halla disperso en revistas técnicas especializadas, en actas de congresos, etc. Esto representa un obstáculo serio para las personas que deseen ponerse al día en el campo de la robótica. Por ello esta obra es apropiada para estos casos. Puede utilizarse como libro de texto y como libro de referencia.

Los autores de esta obra, los profesores K. S. Fu, R. C. González y C. S. G. Lee, son

conocidos especialistas americanos en el campo de la robótica, en el que sus contribuciones son conocidas internacionalmente.

Un robot industrial es la simulación de un brazo humano. En realidad, el robot está constituido por tres subsistemas: el manipulador mecánico, el mecanismo de accionamiento y el controlador (o sistema de control). El manipulador mecánico tiene la estructura y configuración del brazo físico; el mecanismo de actuación se refiere al tipo de potencia hidráulica, eléctrica, etc., que actúa sobre el robot; el sistema de control gobierna el movimiento del brazo. Además hay que considerar el efector, que es la mano montada en el extremo de aquél.

El manipulador está constituido por varios elementos o eslabones rígidos conectados en serie mediante articulaciones. Estas permiten a los elementos girar o deslizarse respecto a los adyacentes. Las articulaciones definen los ejes de giro o deslizamiento que, en general, son tres, y determinan los grados de libertad de movimiento del manipulador.

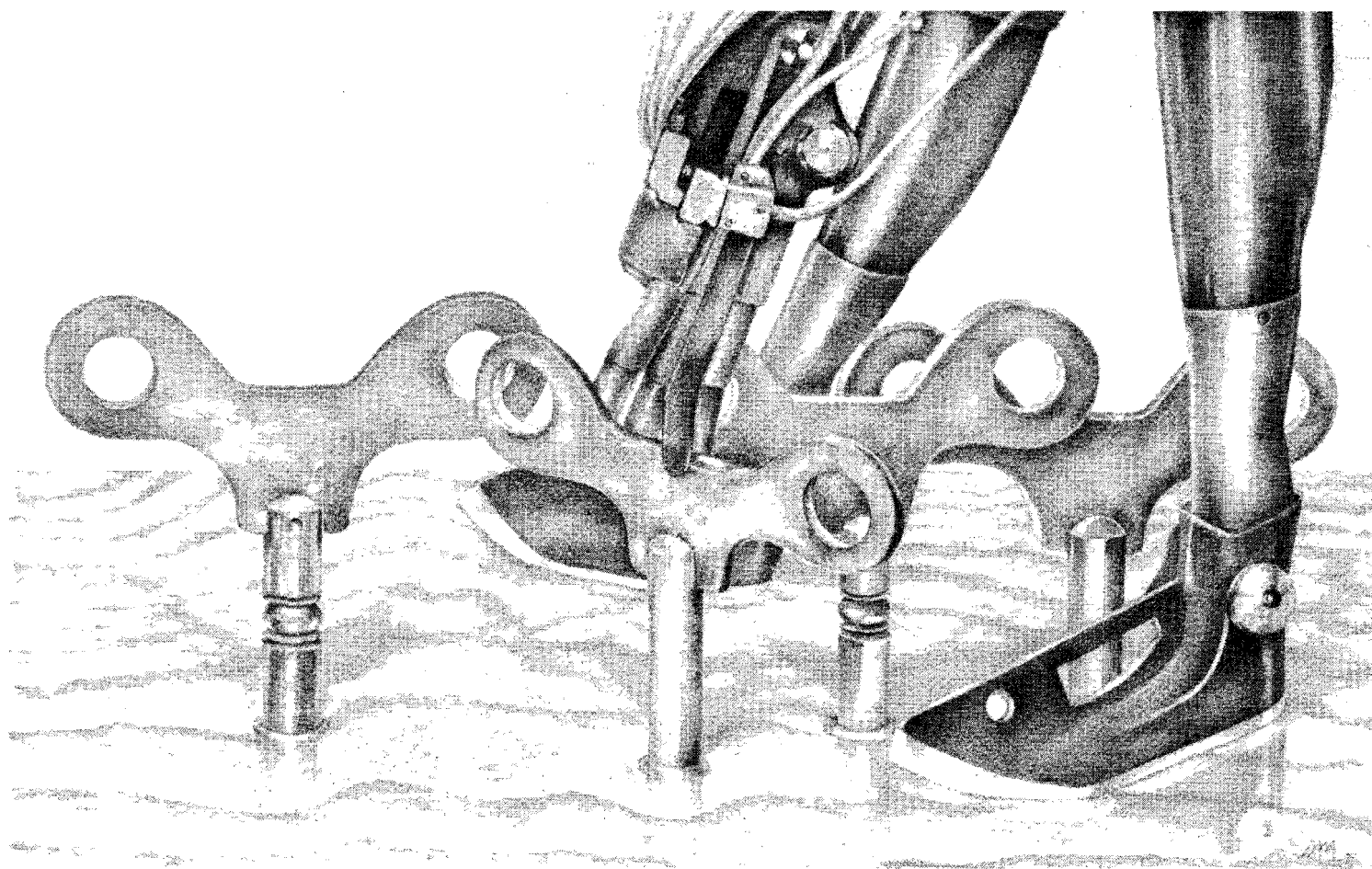
El efector terminal tiene en general tres movimientos de rotación que orientan la mano o pinza para asir o mover un objeto. En conjunto, pues, el robot, en general, tiene seis articulaciones (y por consiguiente seis grados de libertad) que permiten determinar la posición mediante el manipulador y la orientación mediante la muñeca o efector terminal.

Un extremo del manipulador se halla solidario a la base del robot, mientras que el otro extremo se encuentra libre, pero unido al efector terminal, que le permite asir objetos o realizar tareas de ensamblaje.

El movimiento relativo de las articulaciones origina el de los eslabones o elementos del manipulador, que a su vez sitúan el efector terminal en una posición y orientación dada.

La «cinemática» del robot estudia el movimiento de los elementos del manipulador, referido a un sistema fijo de coordenadas, sin tener en cuenta las fuerzas y momentos que lo producen. Trata, pues, del desplazamiento espacial del robot, en función del tiempo, con particular atención a las relaciones entre las variables que definen las articulaciones y la posición y orientación del efector terminal.

Viene de la página anterior



ANGELES MALDONADO

En la obra que comentamos se expone el método de Denavit y Hartenberg para describir las relaciones entre eslabones adyacentes, utilizando el álgebra de matrices. En el capítulo 2 se hace un estudio detallado de los problemas cinemáticos directo e inverso.

La «dinámica» del manipulador relaciona las fuerzas y momentos aplicados al movimiento de las articulaciones, es decir, su posición, velocidad y aceleración en función del tiempo.

Los métodos basados en las formulaciones de Lagrange-Euler o Newton-Euler, se pueden aplicar sistemáticamente para desarrollar las ecuaciones del movimiento del manipulador. En el texto se deducen y discuten estas ecuaciones.

El «sistema de control» del movimiento del manipulador permite que el efector terminal describa la trayectoria prefijada, actuando sobre los accionadores para que apliquen sobre las articulaciones las fuerzas o pares necesarios para ello.

El control se verifica por medio de servomotores de posición. En el caso en que el manipulador deba moverse al propio tiempo que deba ejercer una determinada fuerza o par sobre un objeto, se necesita un servomotor de fuerza adecuado que actúe simultáneamente al de posición.

Percepción sensorial

La percepción sensorial introduce una mayor eficacia en el funcionamiento del robot. La percepción comprende la visión, el sentido del tacto, determinación de la distancia o alcance, comunicación oral. De estos diferentes tipos de percepción sensorial, la visión es la que tiene un impacto mayor en el funcionamiento del robot, y podemos considerar en segundo lugar a la percepción táctil, que tiene gran interés en las tareas de ensamblaje. La determinación de la distancia es necesaria en la visión de tres dimensiones. La comunicación verbal hombre-robot tiene menos importancia; sin embargo, tiene interés en sí misma y por su aplicación en programación y control.

Los «sensores de distancia» miden la que existe entre un punto de referencia, que acostumbra a estar en el propio sensor, y un obje-

to en el campo de operación de aquél. Esta información es necesaria cuando se trata de asir un objeto, pues, entonces, hay que conocer la distancia del mismo a las pinzas para realizar la operación. La visión humana permite estimar la distancia de los objetos por medio de un proceso estereoscópico que permite obtener la sensación de relieve, la profundidad del objeto. En visión robótica se pueden emplear, análogamente, cámaras estereoscópicas que determinan la profundidad por triangulación. En algunos casos no es necesario emplear estos métodos y se utilizan otros más sencillos, que consisten en medir el tiempo que tarda una señal (sonido, electromagnética o luminosa) en llegar y volver de un objeto.

Los «sensores de proximidad» indican la presencia de un objeto en un espacio determinado. Se utilizan en la operación de asir o evitar un objeto.

Existen varios tipos de sensores de proximidad. Los inductivos, que se basan en la variación de la inductancia, consisten, esencialmente, en una bobina situada cerca de un imán permanente. Cuando un objeto metálico entra (o sale) en el campo magnético del imán permanente, se produce una variación de flujo que induce una fuerza electromotriz en la bobina, cuya amplitud es proporcional a la variación de flujo, es decir, a la rapidez con que el objeto metálico entra o sale del campo del imán. También se usan sensores de proximidad, basados en el efecto Hall. Tanto unos como otros sólo pueden detectar objetos metálicos.

Los «sensores táctiles» son necesarios cuando el robot debe realizar delicadas operaciones de ensamblaje. Durante esta operación, el robot industrial tiene que ser capaz de reconocer las piezas, precisando su posición y orientación y observando cualquier problema que se presente en la interacción de aquéllas con las herramientas. Muchas de estas tareas se realizan más fácilmente por medio del tacto que por visión.

La información táctil puede utilizarse para localizar y reconocer objetos, pero también para controlar la fuerza que el efector terminal del manipulador ejerce sobre un objeto dado.

Lo mismo que ocurre con el hombre, el sentido de la vista es el más precioso para los

robots. Estos necesitan «ver» para realizar operaciones análogas a las que efectúan los humanos, como, por ejemplo, ensamblar, moverse e inspeccionar. Al propio tiempo, el sentido de la vista permite al robot adquirir información y aprender de su propio entorno, lo cual es muy importante para realizar sus tareas.

Información visual

La visión artificial de los robots exige sofisticados mecanismos sensoriales. Analizar y comprender la información visual es, sin duda, la tarea más compleja que una máquina inteligente puede realizar. Pero valen la pena los intentos de lograrla, pues la información visual suministra el conocimiento más importante y útil que un robot puede adquirir del entorno.

La visión por máquina es un proceso constituido, en esencia, por las tres fases siguientes: transformación, análisis y comprensión de la imagen.

La primera fase se refiere a la conversión de la imagen luminosa en señales eléctricas, para que puedan ser utilizadas por la computadora. Una vez se ha obtenido la imagen electrónica, se analiza, con objeto de extraer la información de la misma. Realizada esta operación, la última fase consiste en la interpretación o comprensión de la imagen en función del conocimiento del ambiente en que está inmersa.

En el libro que nos ocupa está ampliamente estudiada la visión robótica, a la que se dedican dos capítulos. Considera tres nive-

les en el proceso visual. En el nivel más bajo señala la fase más primitiva de aquél, es decir, la que no exige inteligencia por parte del sistema visual, como es la producción de la imagen por medio del sensor y el preproceso, es decir, las técnicas de reducción del ruido e intensificación de los detalles. El nivel medio comprende la segmentación, descripción y reconocimiento de los objetos individuales. El primero de estos procesos se refiere a la partición de la imagen en elementos de interés. La descripción trata del cálculo de las características adecuadas para diferenciar un tipo de objeto de otro. Reconocimiento es el proceso que identifica los objetos.

La fase correspondiente al nivel más elevado se refiere al conocimiento y comprensión del proceso visual. Esta es la parte más difícil de analizar de la visión por computadora y requiere la aplicación de la inteligencia artificial. Hay que tener presente, por otro lado, que esta tecnología se halla continuamente en estado de cambio y progreso.

Los dos últimos capítulos del libro tratan de los lenguajes de programación de los robots y de la planificación de las tareas del robot. El primer tema es de gran interés pues los lenguajes de programación constituyen el tratamiento más general del problema de comunicación hombre-robot. El segundo tema nos lleva a los sistemas de resolución de problemas de la inteligencia artificial.

Varias son las razones que motivan el desarrollo de los robots industriales. Una de las más importantes es de tipo social: sustituir al hombre por el robot en tareas indeseables, como, por ejemplo, las que tienen lugar en ambientes peligrosos (manipuladores de residuos y combustibles radioactivos), carga y descarga de objetos pesados, trabajos aburridos y repetitivos (clasificar, ensamblar), nocivos (pintura por pulverización, manipulación de productos químicos, tóxicos), etc.

Otro tipo de motivación del desarrollo de los robots hay que buscarla en razones técnico-económicas: el uso de los robots mejora la calidad de los productos fabricados, al propio tiempo que reduce su costo.

A pesar de las razones expuestas, que constituyen, sin duda, alicientes importantes para el crecimiento del número de robots, éste no se produce como podía esperarse. El bajo aumento de la población de robots es debido a las limitaciones técnicas de los actuales, particularmente a la falta de flexibilidad en manipular los materiales.

No todo son consecuencias positivas en el desarrollo de los robots. También hay que señalar las negativas, como es el fantasma del desempleo. Esto es un gran problema social que acaso pueda mitigarse por la aparición de nuevos puestos de trabajo debidos, precisamente, directa o indirectamente, a la robotización. Por otro lado, también se compensará el desempleo reduciendo el número de horas semanales de trabajo, sin reducir el nivel de vida.

Estas medidas compensatorias, ¿resolverán realmente el desempleo? El futuro lo dirá. Sin embargo, lo que sí se puede observar es que el desarrollo de los robots es lento, sigue un proceso evolutivo más bien que revolucionario, y por consiguiente permitirá a la sociedad adaptarse gradualmente a esta nueva tecnología. □

RESUMEN

Las razones del desarrollo de los robots son de tipo social (sustitución del hombre por la máquina) y económico (mejora de la calidad de los productos fabricados y reducción del precio de coste). A esto hay que añadir consecuencias ne-

gativas, como el problema del desempleo. A juicio del profesor García Santesteban, el mérito más importante de esta obra colectiva es exponer, de forma coherente y unificada, los principios fundamentales de la Robótica.

K. S. Fu, R. C. González y C. S. G. Lee

Robotics: Control, Sensing, Vision and Intelligence

McGraw-Hill, Nueva York, 1987. 580 páginas.

Física a lo grande

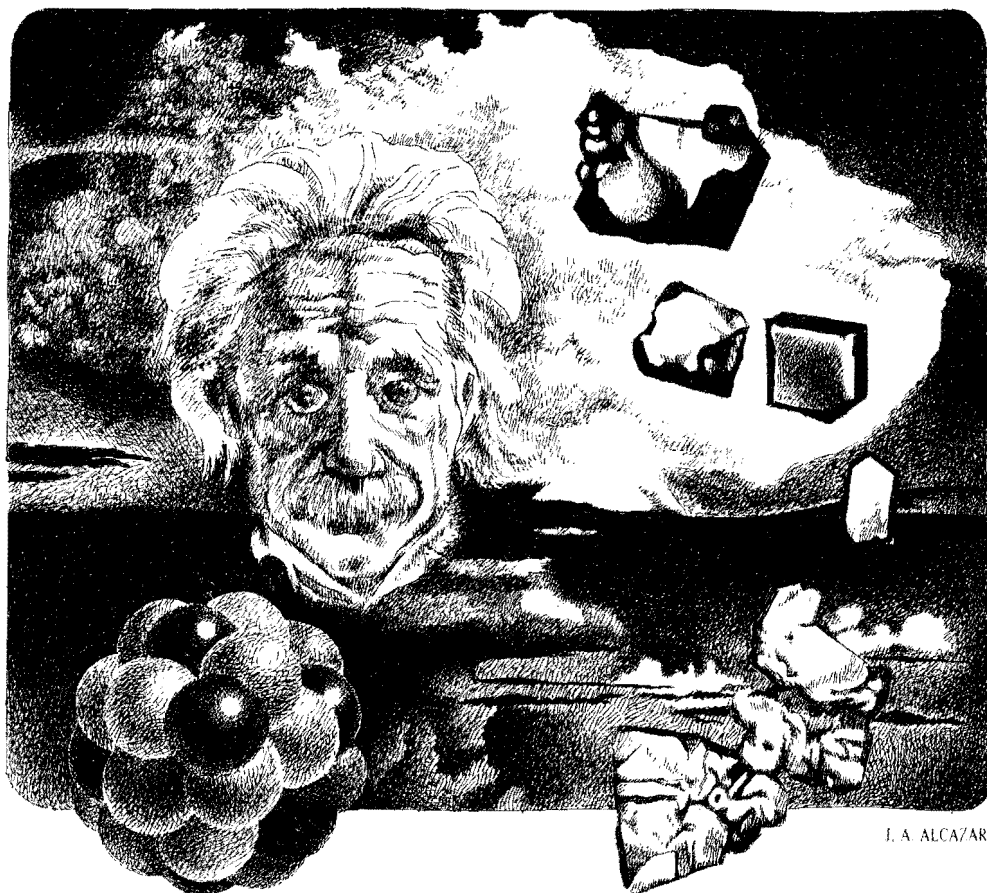
Por Carlos Sánchez del Río

Carlos Sánchez del Río (Borja, Zaragoza, 1924) obtuvo en 1953 la cátedra de Física Atómica y Nuclear de la Universidad Complutense. Es miembro de la Real Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales. Ha sido director general de Política Científica y presidente del Consejo Superior de Investigaciones Científicas y de la Sociedad Nuclear Española.

Muchas comodidades de la vida corriente (energía eléctrica, radio, televisión, etc.) son aplicaciones prácticas de fenómenos físicos descubiertos en el siglo XIX. No todo el mundo se percató de esta relación porque generalmente ha transcurrido mucho tiempo entre el descubrimiento y su aplicación práctica. Además, muchas investigaciones en física fundamental no han conducido a realizaciones perceptibles por la mayoría. Estos hechos explican que hasta mediados de este siglo la investigación en física fuera tarea individual de pocos que, reclusos en sus modestos laboratorios, dedicaban sus esfuerzos a desentrañar los misterios de la naturaleza ante la indiferencia de sus conciudadanos. Es cierto que algunas minorías seguían con curiosidad los resultados más llamativos, como la teoría de la relatividad o el principio de indeterminación, pero el interés por estas cuestiones era incomparablemente menor que el que despertaban los nuevos movimientos artísticos o literarios. Los gobiernos de los países más cultos ejercieron un cierto mecenazgo en favor de la investigación científica que puede calificarse como estrictamente proporcional al aprecio que la sociedad mostraba por dicha actividad. Esta situación era lógica porque los políticos proceden de la sociedad y además no necesariamente de la minoría más culta de ella.

Todo cambió radicalmente a partir de la guerra de 1939-45, porque durante ella, y por conveniencia bélica, algunos conocimientos científicos pasaron directamente del laboratorio al campo de batalla. Dentro del dominio de la física procede mencionar dos casos de enorme importancia: el radar y la bomba atómica. Parece que el radar fue factor muy importante en la defensa de Inglaterra contra la aviación alemana, y la bomba atómica fue desde luego decisiva en la rendición apresurada del Japón. El caso de la bomba atómica quedará para la historia como ejemplo de lo que puede conseguirse con un desarrollo científico-técnico sostenido. En diciembre de 1938 se descubre en Berlín la fisión del uranio, que es simplemente una nueva reacción nuclear un tanto curiosa. En diciembre de 1942 se probó en Chicago la posibilidad de obtener energía de la fisión del uranio a escala de laboratorio. En agosto de 1945 cayeron las bombas sobre Hiroshima y Nagasaki.

Estos hechos, y otros de menor trascendencia, causaron enorme impacto sobre los políticos, que descubrieron de repente las consecuencias posibles de las rarezas que los físicos investigaban en recónditos e incómodos laboratorios. El resultado fue una generosidad de los gobiernos que hubiera sido impensable antes de la guerra. Los físicos, sobre todo los nucleares, pasaron de la indignancia a



J. A. ALCAZAR

la opulencia, y poco después los demás científicos también se vieron beneficiados por la nueva tendencia que consideraba la investigación científica como objetivo político.

Los físicos que en los años veinte habían estudiado los átomos y en los treinta los núcleos atómicos dirigieron su atención después de la guerra a las partículas subnucleares que se vislumbraban en la radiación cósmica. Pero ocurre que cuanto menores son los entes materiales que se desean estudiar, mayores y más costosos son los instrumentos necesarios. Para estudiar los átomos bastan aparatos que caben encima de una mesa. El estudio de los núcleos atómicos requiere instrumentos que ocupan un garaje. La investigación de las partículas se realiza con máquinas ubicadas en túneles de decenas de kilómetros. No es de extrañar por eso que la física de partículas abraza el camino de la ciencia a lo grande, la «big science» de los anglosajones.

Investigación de partículas

En los años siguientes a la guerra surgieron grandes establecimientos para la investigación de partículas en los Estados Unidos y algo menores en la Unión Soviética. En Europa los países son demasiado pequeños y concentraron su esfuerzo principal en un centro internacional (el CERN) ubicado en Ginebra que ya ha crecido, internándose en Francia.

Un libro reciente de Close, Marten y Sutton publicado por Oxford University Press presenta una excursión magistral, y accesible a cualquier persona culta, de los métodos y los logros de la física de partículas durante los cuarenta años que ha durado esta aventura de

la física a lo grande. El libro es extraordinario por la rara combinación de sus autores. Close es un físico prestigioso en el campo de las partículas. Marten es un graduado universitario que se dedica a la fotografía científica. Sutton es periodista, pero se doctoró en física de partículas. El resultado es una obra científicamente impecable, literariamente clara y de fácil lectura (no contiene fórmulas) y con fotografías tan bellas como sólo se encuentran en los libros de arte. Además el libro no es caro porque la tirada es probablemente muy grande.

El desarrollo de la física de las partículas durante las últimas décadas es verdaderamente fascinante. Al principio de los años treinta se sabía que los átomos que constituyen la materia están formados por electrones y núcleos que contienen protones y neutrones. Añadiendo los fotones o partículas luminosas se tenía un mundo físico sencillo basado en cuatro partículas que recordaban los cuatro elementos de los griegos: tierra, fuego, aire y agua.

El estudio de la radiación cósmica que nos llega del espacio exterior mostró en los años siguientes que pueden existir otras muchas partículas que se producen en colisiones de muy alta energía y que son de vida efímera, pero no tan corta que impida su detección con los instrumentos que se utilizaban en la investigación de los núcleos atómicos. Al final de los años cuarenta se conocían los muones y los piones, se descubrieron los kaones y poco después las demás partículas que por sus propiedades recibieron la denominación de extrañas. Para su caracterización fue preciso asignarles un nuevo atributo cuantitativo que apropiadamente se llamó extrañeza; con el tiempo se han necesitado nuevos atributos para nuevas partículas, y los nombres que los designan (encanto, belleza... etc.) son motivo de desconcierto para los no iniciados.

Las partículas que se observan en la radiación cósmica son muy rápidas pero poco abundantes. Para progresar en el estudio de las partículas era conveniente producirlas artificialmente, para lo cual se construyeron durante la década de los cincuenta grandes aceleradores de partículas. Los primeros permitieron detectar el antiprotón y demostrar con ello la sospechada existencia de la antimateria. Además se produjeron en aquellos años grandes avances técnicos que incrementaron sustancialmente las posibilidades futuras. La

invención de la cámara de burbujas suministró un método de detección que ha sido preferido durante más de veinticinco años. El descubrimiento del principio del enfoque fuerte permitió la construcción de los grandes sincrotrones de protones que protagonizaron los años siguientes.

Los años sesenta fueron un período de nuevos avances técnicos e importantes descubrimientos. Se desarrollaron las cámaras de chispas y se inició la construcción de las máquinas gigantes que requieren cuantiosas inversiones y largos plazos de ejecución. Se profundizó en el estudio de las partículas llamadas resonancias, que aparecieron por docenas. Ante tal abundancia de objetos mínimos se empezó a considerar impropio seguirles llamando partículas elementales, como se las había designado hasta entonces. La materia no podía dar lugar a tantas entidades todas elementales y sin estructura. De hecho en 1964 se propuso que las partículas englobadas en la clase de los hadrones (entre las cuales se encuentran los protones y los neutrones) debían ser objetos compuestos por otras partículas realmente elementales que se denominaron quarks.

Teoría electrodébil

En la década de los setenta entran en funcionamiento los supersincrotrones del FERMI-LAB en América y del CERN en Europa. Con ellos empiezan a decaer las cámaras de burbujas y cobran mayor importancia los dispositivos electrónicos de detección de grandes dimensiones que, conectados a superordenadores, desembocan en las cámaras de imagen actuales. También se terminan de construir los anillos de almacenamiento de electrones y positrones, que permiten constatar indirectamente la existencia de nuevos quarks. En el terreno teórico se propone en esos años la teoría electrodébil, primer intento con éxito de unificar las interacciones fundamentales de la naturaleza.

Ya en esta década, los anillos de colisión protón-antiprotón permiten detectar las nuevas partículas previstas por la teoría electrodébil. Nuevas teorías de gran unificación anticipan otras partículas que sólo podrán observarse con máquinas más potentes. Algunas de estas máquinas están en proyecto y otras en avanzado estado de ejecución, de manera que algunas de nuestras ideas actuales serán confirmadas o refutadas antes del año 2000. Hay predicciones sin embargo que sólo se podrían probar con energías inalcanzables con cualquier acelerador futuro. Se piensa que tales energías se dieron al comienzo del universo y que lo que indican dichas teorías pudo condicionar el desarrollo ulterior del cosmos. De aquí la conjunción de la física de partículas y de la cosmología que se pone de manifiesto en tantas publicaciones actuales.

A pesar de que todavía no tenemos una imagen definitiva de la estructura de la materia, el esfuerzo de los últimos cuarenta años nos ha llevado a una nueva simplicidad más profunda que la de los años treinta. Probablemente la materia ordinaria que observamos a nuestra escala de energía es combinación de sólo cuatro partículas elementales: electrón, neutrino y dos tipos de quarks. Las demás partículas fundamentales sólo aparecen a energías muy altas y no nos afectan en el rincón del universo donde habitamos. □

En el próximo número

Artículos de Julián Gállego, J. M. Martínez Cachero, Miguel Querol, Leopoldo Calvo-Sotelo, Fernando Morán, Manuel Alvar y Julián Marías.

RESUMEN

Carlos Sánchez del Río, tras recorrer los pasos que ha ido dando, a lo largo de este siglo, la Física para salir de la soledad de los laboratorios, centra su artículo en un libro colectivo que resulta ser, en su opinión, una ex-

cursión magistral, y accesible a cualquier persona culta, por los métodos y logros de la fisión de partículas durante los cuarenta años que ha durado esta aventura de la física a lo grande.

Frank Close, Michael Marten y Christine Sutton

The Particle Explosion

Oxford University Press, Oxford, 1987. 239 páginas. 15 libras.

Descubrimiento de la iconología

Por Julián Gállego

Julián Gállego (Zaragoza, 1919) fue profesor de las universidades de la Sorbona (París), Autónoma y Complutense (Madrid); en esta última fue catedrático y actualmente es profesor emérito de Historia del Arte. Es académico electo de Bellas Artes de San Fernando y autor, entre otros, de los siguientes trabajos: El cuadro dentro del cuadro, Visión y símbolos en la pintura española del Siglo de Oro y El pintor, de artesano a artista.

Emile Mâle, célebre profesor francés en la Historia del Arte, publicó en la «Revue des Deux Mondes», días 1 y 15 de mayo de 1927, un ensayo en dos partes titulado «La Clef des Allégories peintes et sculptées au XVIIème et au XVIIIème siècles», dedicando la primera a Italia y la segunda a España. Cinco años después recogía sus descubrimientos en un libro famoso, hoy todavía clave en la iconología moderna, titulado *L'Art Religieux après le Concile de Trente* (París, 1932), a partir de cuya aparición se hizo famoso un escritor italiano, Cesare Ripa, nacido en Perugia hacia 1560, muerto antes de 1625, y autor de un tratado de Iconología que los estudiosos contemporáneos manejamos todo lo que permiten sus ediciones y nuestras bibliotecas, que no es demasiado.

Creo que debemos, antes de comentarlo, distinguir entre los términos. Según el *Diccionario* de la Real Academia, «Iconografía» es «descripción de imágenes, retratos, cuadros, estatuas o monumentos, y especialmente de los antiguos», y en segunda acepción, «tratado descriptivo, o colección de imágenes o retratos»; mientras que «Iconología» será «representación de las virtudes, vicios u otras cosas morales o materiales con la figura o apariencia de personas». La Academia peca, en estas definiciones, de cierta vaguedad, en lo que no la vence Julio Casares en su *Diccionario Ideológico de la Lengua española* (Barcelona, 1957), que define la alegoría como «ficción en virtud de la cual una cosa representa o simboliza otra distinta», todavía más vagamente. Habiéndome tropezado con estas dificultades terminológicas al emprender mi tesis doctoral en la Sorbonne (que con el nombre de *Visión y Símbolos en la Pintura Española del Siglo de Oro* acaba de merecer su tercera edición castellana, Cátedra, Madrid, 1987), preferí acogerme al magisterio de Eugène Droulers, quien afirma que la figura alegórica designa, en lenguaje corriente, la personi-



El «Azote divino» según la *Iconología* de Ripa.

ficación bajo una forma ordinariamente humana, acompañada de atributos característicos, de una virtud, de un vicio, de una tendencia o inclinación, de un ser abstracto, de un ser colectivo, de un resultado moral (cf. E. Droulers, *Dictionnaire des Attributs, Allégories, Emblèmes et Symboles*, Tournhout, s.d.). De lo antedicho cabe deducir que la alegoría exige la representación de la figura humana, y así lo entiende Cesare Ripa en su *Nova iconologia*, que sentó doctrina en la citada edición príncipe, de Roma, 1573, a la que seguirían otras muchas.

Importancia de las ilustraciones

Esta edición no llevaba ilustraciones; la segunda, de Milán, 1602, tampoco. Ese defecto fue subsanado en la tercera, romana, de 1603 (se ha publicado un facsímil en Nueva York, en 1970). A partir de ésta, las numerosas ediciones del Ripa han ido con láminas, en las cuales se han fijado a veces los pinto-

res de alegorías más que en los propios textos, por lo que los estilos de los ilustradores influyen también en las pinturas: nada tienen que ver los grabados de la tercera edición, ciento cincuenta xilografías de un estilo moderadamente manierista, más que barroco, al parecer derivado en parte de modelos del Caballero d'Arpino, en un eclecticismo entre miguelangelesco y veneciano, con los de la edición (sin fecha, pero de bien entrado el siglo XVIII) de J. Hertel, en Augsburgo, en la que las preciosas láminas de Eichler, a toda plana, han prescindido ya de los textos de Ripa, y se bastan por sí solas para inspirar a pintores y escultores. Como he escrito en otro lugar (op. cit., pág. 48), «han de ser las láminas, más que las palabras, las propagadoras hasta el infinito de las alegorías de Ripa». Y agregaba (ibid., pág. 49) que «ha habido casi tantas interpretaciones gráficas de las descripciones de Ripa como ediciones de su libro, y éstas han sido copiosas, especialmente en Italia y Francia (no ha habido, que yo sepa, edición española). Esta constante variedad, así como los diversos sentidos que Ripa da a sus alegorías y atributos, hace al mismo tiempo fácil y peligroso el juego, muy de moda entre los eruditos de nuestros días, de «leer» cualquier cuadro con ayuda de Ripa, aunque no quepa tampoco prescindir de esa obra, que el mismo Velázquez poseía y de la que Palomino y hasta Goya han hecho un uso abundante, para interpretar la iconografía de los pintores españoles». Cerca de un cuarto de siglo ha transcurrido desde que escribí, por vez primera, estas palabras en la tesis doctoral leída en la Sorbona en 1965, luego impresas, en 1968, en la primera edición, francesa, de mi estudio; el tiempo me ha dado la razón y Ripa se presta, complaciente, a las más variadas interpreta-

ciones de quienes (poniendo la carreta delante de los bueyes, según la gráfica expresión de Francia) tienen la «revelación» de un significado casi antes de ponerse a buscar sus pruebas.

Alegorías aleatorias

Hay que aclarar, a este respecto, que la *Nova Iconologia* de Ripa (cuyo adjetivo de «nueva» acaso se refiera a que había sido precedida por un tratadito del Doni, publicado en Padua en 1564, titulado *Il Petrarca del Doni* o, más generalmente, *Pitture del Doni...*, aunque sin ilustrar, donde se muestran invenciones alegóricas de Amor, Fortuna, Tiempo, Castidad, etc.) suele ofrecer de cada una de sus alegorías varias versiones, derivadas de distintas fuentes, para que los interesados elijan. Así, por ejemplo, según Ripa, la «Fortezza» (Fortaleza o Fuerza), una de las cuatro virtudes cardinales, se representa como «Mujer armada y vestida de color leonado, el cual significa fortaleza por ser semejante al del León. Se apoya esta mujer en una columna, porque de las partes del edificio ésta es la más fuerte, que sostiene a las demás, y a los pies de esa figura yacerá un león, animal adoptado por los egipcios para este significado, como se lee en muchos escritos.» Pero viene luego otra «Fortezza»: «Mujer que, con una maza semejante a la de Hércules, subyuga a un gran León y a sus pies se ve el carcaj, con las flechas y el arco. Esta figura la he tomado de una bellísima medalla, ver Pierio en su libro I» (se refiere al libro de Pierio Valeriano *Hyeroglyphica...*, Basilea, 1556 y 1568).

Pero no basta con esas dos opciones. Ripa agrega una «Fortezza d'animo & di corpo»: «Mujer armada de coraza, yelmo, espada y lanza, en el brazo izquierdo teniendo un escudo con una cabeza de León pintada, sobre la cual está una maza; por ésta se entiende la fortaleza del cuerpo y por la cabeza de León la generosidad del ánimo; y se ve así en una medalla muy antigua.»

Y todavía queda una «Fortezza & valore del corpo congiunto con la prudenza & virtù dell'animo», descrita así: «Mujer armada de coraza, yelmo y escudo, y en la diestra mano empuña una espada desnuda, en torno a la cual haya, con bellos giros del cuerpo, una sierpe y sobre el yelmo lleve una corona de laurel trenzada de oro, con un mote por cimera que diga «his frugibus». La espada significa la fortaleza y valor del cuerpo; la sierpe, la prudencia y virtud del ánimo, con cuyas dos virtudes muchas veces se ven hombres de vil condición alzarse hasta la triunfal corona de laurel, esto es a los honores de la milicia.» Y otra «Fortezza congiunta con la generosità dell'animo»: «Mujer armada, como se ha dicho, con la diestra tenga la Clava de Hércules, en la cabeza, por yelmo, una cabeza de León, como se ve en las estatuas antiguas.»

Para esta versión literal guardo a la vista la edición de la *Iconologia di Cesare Ripa Perugino...*, ampliada por el caballero Gio. Zaratino Castellini, romano, y publicada en Venecia en 1649, que tengo la fortuna de poseer.

En este número

Artículos de

| | | | |
|------------------------|-----|----------------|-------|
| Julián Gállego | 1-2 | Fernando Morán | 8-9 |
| J. M. Martínez Cachero | 3 | Manuel Alvar | 10-11 |
| Miguel Querol | 4-5 | Julián Marías | 12 |
| Leopoldo Calvo-Sotelo | 6-7 | | |

SUMARIO en página 2





Descubrimiento de la iconología

Queda claro, con tal ejemplo, que Ripa alterna atributos, según diversas fuentes. Y he preferido no traducir, por su enorme longitud, el comentario a la primera acepción de «Fortezza», como: «Mujer armada y vestida de leonado y se debe observar la fisonomía, tendrá el cuerpo ancho, la estatura derecha, los huesos grandes y el pecho carnoso, el color de la cara fosco y los cabellos rizados y duros, el ojo lúcido, no muy abierto; en la diestra tendrá un asta con una rama de roble, y en el brazo izquierdo un escudo, donde hay pintado un León que pelea con un jabalí», a la que siguen muy proliferas explicaciones del porqué de estos símbolos, que figuran en la estampa que encabeza el vocablo, que es la que los artistas mirarían. Al comentar los frescos de la basílica del Pilar de Zaragoza (en *Los bocetos y las pinturas murales del Pilar*, con documentación de Tomás Domingo, CAI, Zaragoza, 1987, pág. 140), observo que, cuando Goya ha de representar esta virtud en una de las pechinas de la cúpula dedicada a la «Regina Martyrum», se adapta, más o menos, a esta primera descripción «a la que suprime algún detalle, añadiéndole un símbolo de la segunda descripción de la *Iconología*: la columna, que en el Pilar llevan, idóneamente, los angelitos». Es decir, que Goya combina las reglas de Ripa con una iconografía local, el santo Pilar, con toda libertad.

Iconología, arma de dos filos

Excúeseme esta larga cita para aclarar la libertad en que este tratado o manual deja a quienes lo consultan para interpretar sus preceptos, sin contar las variaciones existentes en las ediciones sucesivas. Es pues, la *Iconología* de Ripa un instrumento de trabajo que exige mucha prudencia en el manejo, pues se presta a identificar aquello que previamente nos interese. Las ediciones italianas son muy abundantes y también las francesas; algo menos las inglesas, holandesas y alemanas; la extraña carencia de ediciones españolas se debía, sin duda, a que quienes se interesasen por el tema, leían (o creían leer) el italiano o el francés. La edición parcial (sólo tomo I) publicada en México en 1866 por Luis G. Pas-

tor, descubierta por K. L. Selig, además de incompleta y muy tardía, se limita a traducir del francés los dos primeros tomos de la *Iconologie*, de Gravelot y Cochin (1791), según noticia de Adita Allo Manero en la introducción a la primera edición de Ripa en castellano, que acaba de ver la luz en Madrid gracias a los cuidados de las Ediciones Akal, y que sigue la lección de la edición de Siena, 1613.

Esta introducción comprende una biografía de Ripa (breve, dados los escasos datos existentes aparte de sus años de servicio en casa Salviati, de Roma), una interpretación, según Panofsky, de iconografía (como descripción, clasificación y lectura de las imágenes) y de iconología (búsqueda del significado de las mismas en determinado contexto). Para Ripa, según el subtítulo de su libro en algunas ediciones, *Iconologia* equivale a una descripción razonada de las imágenes, esto es, a lo que para Panofsky es la *Iconografía*.

En Ripa, *Iconologia* se limita al campo de la Alegoría, es decir, a una figura humana que, por su «disposición» (o sea, expresión de rostro y actitud) y «cualidad» (es decir, sus propias condiciones físicas) simbolice algo, con ayuda de los atributos. En «mi» edición veneciana de 1659 se manifiesta que la obra expresa «varie Imagini di Virtù, Vitii, Passioni humane, Affetti, Atti, Discipline, Humori, Elementi, Corpi Celesti, Provincie d'Italia & altre materie infinite utili ad ogni stato di Persone», con lo que alcanza proporciones casi universales. El editor, Nicolò Pezzana, explica al lector que *Iconologia* deriva de dos palabras griegas, «Icon», que significa imagen, y «logia», parlamento. Así que «*Iconologia*» es «ragionamento d'Imagini», a través de las cuales se describen infinitas figuras que representan «le bellezze delle Virtù & le bruttezze de'vitti» a fin de que abracemos las virtudes y huyamos de los vicios. Y es curioso que cite el uso de la *Iconologia* de Ripa en las canonizaciones vaticanas de San Isidro Labrador (en 1622) y Santa Isabel de Portugal (en 1635), así como en el libro de *Jeroglíficos morales*, del P. Vincenzo Ricci (Nápoles, 1626), como propaganda de este tratado. El orden alfabético con que se presentan las alegorías facilita sobremanera la consulta.

Las fuentes de Ripa han sido estudiadas por Erna Mandowsky, a quien sigue Adita

Allo Manero. Unas derivan de textos clásicos, o de estatuas o medallas antiguas, de las *Summas* medievales, de la heráldica, de la multitud de libros sobre emblemas, divisas y jeroglíficos... La *Biblia*, las obras de Horacio, Virgilio y Ovidio, los *Hieroglyphica* de Horus Apolo, los *Emblemata* de Alciato y de Valeriano, así como obras de arte más modernas o invenciones teatrales de fiestas simbólicas, figuran entre las abundantes fuentes que Ripa asimila, explica y ordena. Su papel no es de inventor, sino de compilador. Pero no se trata de un papel secundario, como advertimos en su universal influencia en las artes, especialmente en la época barroca. Allo Manero dedica un largo comentario a su repercusión en España (pese a no haber ediciones castellanas del Ripa), tanto en los artistas como en los escritores. En fin, enumera las ediciones de la *Iconologia* en otras lenguas (omitiendo, por cierto, la de Nicolò Pezzana que poseo, Venecia, 1659, que habría que situar como repetición de la que cita de Cristoforo Tomasin, Venecia, 1645, y anterior a la reimprenta de 1669).

La primera edición española

La actual y primera edición de Akal, en dos pulcros tomos ilustrados de fácil manejo, corrobora las intenciones de esta editorial de proveer a estudiantes y estudiosos, a precios asequibles, de los manuales clásicos, con

categoría de fuentes, que han de necesitar. Recuerdo mis largas sesiones en las bibliotecas Hertziana de Roma y Warburg de Londres, anotando en innumerables fichas las noticias que la falta de ediciones españolas del Ripa y la extrema rareza de las extranjeras me imponía, hasta que, por feliz azar, encontré en una librería anticuaria italiana la edición que hoy manejo. Es, pues, muy de aplaudir esta noble tarea de Akal, ya puesta de manifiesto en sus ediciones de Paccioli o de Leonardo, y tantas más, a favor de los investigadores. La traducción parece correcta, o al menos está escrita en muy correcto castellano. He de señalar, sin embargo, que en la breve cita del artículo «Fortezza», traducida por mí del texto italiano, con mayor literalidad aunque con menos elegancia que los hermanos Barja, he salvado dos faltas de éstos: traducir «il corpo largo» de la alegoría ripescas por «cuerpo largo», siendo la traducción correcta «ancho» o «robusto» (para expresar la longitud, Ripa hubiera escrito «lungo»); y hablar de «una bolsa a los pies de esta figura, con arco y con saetas», cuando Ripa habla de «faretra con le saette & arco», esto es, de carcaj o carcax, lo que se aviene mejor que la bolsa a las flechas y arco. Espero y deseo que estos lunares, sobre los que he caído por casualidad, sean los únicos que oscurezcan este libro, tan útil y necesario en los estudios de historia del Arte y que yo quisiera digno de figurar, en la alegoría de la «Verità» de Ripa, junto a la palma de la victoria y al Sol, que ilumina todo el Orbe. □

RESUMEN

La *Iconologia* de Cesare Ripa, publicada por vez primera en Roma en 1573, es un modo de diccionario de la Alegoría, esto es, de la expresión, por medio de una figura humana, de conceptos diversos, generalmente morales. Ripa no es un inventor, sino un com-

pilador concienzudo que pone a disposición de los artistas la imagen que han de dar de vicios y virtudes. Pese al éxito de esta obra, que Velázquez y Goya consultaron, y a las muchas ediciones en varias lenguas existentes, jamás hasta ahora se había publicado en español.

Cesare Ripa

Iconologia

Dos volúmenes, Ediciones Akal, Madrid, 1987. 592 y 463 páginas. 7.000 pesetas.

Los textos contenidos en esta revista pueden reproducirse libremente citando su procedencia: «Revista crítica de libros SABER/Leer, Fundación Juan March, Madrid».

SABER Leer

Revista crítica de libros



Fundación Juan March

Servicio de Información y Prensa

Castelló, 77
Teléfono: 435 42 40
Telex: 45406 FUJM E
28006 Madrid
España

Depósito legal:
M. 40.038-1986
ISSN: 0213-6449
Impreso en: G. Jomagar
Móstoles (Madrid)

SUMARIO

| | Págs. |
|--|-------|
| «Descubrimiento de la iconología», por Julián Gállego, sobre el libro <i>Iconología</i> , de Cesare Ripa | 1-2 |
| «El cuento de nunca acabar», por J. M. Martínez Cachero, sobre el libro <i>Cuento español de posguerra</i> , de autores varios | 3 |
| «Carlos Patiño, un compositor barroco», por Miguel Querol, sobre el libro <i>Carlos Patiño (1600-1675). Obras musicales recopiladas</i> , de Lothar G. Siemens | 4-5 |
| «Las confesiones de un ex presidente», por Leopoldo Calvo-Sotelo, sobre el libro <i>Le Pouvoir et la Vie</i> , de Valéry Giscard d'Estaing | 6-7 |
| «La revolución de Gorbachev», por Fernando Morán, sobre el libro <i>Perestroika</i> , de Mikhael Gorbachev | 8-9 |
| «Sobre arquitectura popular», por Manuel Alvar, sobre el libro <i>Arquitectura popular española</i> , de Carlos Flores | 10-11 |
| «Panorama de las religiones», por Julián Marías, sobre el libro <i>Diccionario de las religiones</i> , de autores varios | 12 |

El cuento de nunca acabar

Por J. M. Martínez Cachero

José María Martínez Cachero (Oviedo, 1924) es catedrático de Literatura Española Moderna y Contemporánea de la Universidad de Oviedo y profesor visitante en las universidades norteamericanas de Nashville y Albuquerque. Especialista en Leopoldo Alas, «Clarín», y en novela española contemporánea, es autor de La novela española entre 1936 y 1980.

Desvalido entre sus hermanos literarios, como si de una cenicienta se tratara, el cuento (narración o relato breve) goza y ha gozado en España de una mala salud de hierro mostrada en la abundancia, variedad y excelencia de obras y autores a lo largo de muchos años, del tiempo histórico llamado «posguerra», verbi gratia, al que se contrae la antología que va a ocuparnos. Desde luego que existen certámenes en cantidad no pequeña, bien dotados económicamente algunos de ellos (sobre todo, si se divide la recompensa ofrecida por el número de folios solicitado) y abundante concurrencia a los mismos; cierto que, de cuando en vez, salen a la luz algunos volúmenes de cuentos, ya colectivos, ya individuales, y que, también de vez en cuando, algunos periódicos insertan relatos cortos en sus páginas, pero verdad es que una golondrina no hace verano y que, tiempo atrás, tanto la prensa como las editoriales solían portarse más generosamente. Quedan los lectores, y diríase que los actuales dispensan escasa atención al género pese a la brevedad que le es característica, tan adecuada con el apresuramiento de la vida real; acaso pueda aducirse como disculpa a semejante indiferencia lectora la dificultad que Gerardo Diego señalaba así («ABC», I-VIII-1973): «Si, por ejemplo, son veinte los cuentos, serán también veinte veces las que tendrá que lanzarse al agua del nuevo asunto y estar atentísimo para saber de qué y de quién o quiénes se trata. Y apenas ha concluido de enterarse [el lector], colorín colorado, el cuento se ha acabado.» Quedan asimismo algunos críticos y creadores que consideran el cuento (más de una vez lo han declarado públicamente) como especie narrativa menor, campo propicio para probatura de las fuerzas propias antes de lanzarse a aventuras narrativas de mayor extensión y de supuesta máxima envergadura. Con todo, sería un despropósito hablar para el género cuento de su extinción o crepúsculo.

Presentes y ausentes

El amplio período que comprende la antología debida a Medardo Fraile va, más o menos, desde el final de la guerra civil (cuando comienza la posguerra) hasta días bien recientes, con libros y autores muy próximos y todo ello dentro de España, pues los cuentistas de la llamada España peregrina no son tomados en cuenta (pág. 14). Entre los antologados hay quienes comenzaron su carrera antes de 1936 —caso de Rafael Sánchez Mazas (nacido en 1894), Edgar Neville (1899), Samuel Ros (1905) y José María Sánchez Silva (1911)—, pero los cuentos elegidos datan de tiempo posterior, y otros autores, en mayor número, dieron las primeras señales de vida ya en la posguerra. Si todos los que están en la antología «son», desde luego, cuentistas (palabra cuyo uso corre a menudo el riesgo de que se entienda peyorativamente), nada más fácil, dada la relativa abundancia de los mismos y su calidad, más la limitación de espacio («unas trescientas páginas») impuesta al antólogo, que echar de menos determinados nombres que Medardo Fraile, su colega y amigo, conoce sobradamente y tuvo que relegar a la condición de integrantes de una mera lista en nota a pie de página —así, los números 23, 32 y 37 de la introducción, con un total de 55 menciones.

En los años cuarenta, cuando se inicia una lenta y penosa recuperación de la normalidad perdida, el panorama del género apare-



AITANA MARTÍN

ce dominado por dos autores todavía jóvenes y muy activos —Ros y Sánchez Silva—, celebrados y entrevistados frecuentísimamente, finalistas en la convocatoria del Premio Nacional de Literatura correspondiente a 1943, que ganó el primero de ellos por el volumen inédito (y, después, extrañamente desaparecido) *Con el alma aparte*; Ros, cultivador antaño de la narración humorística extensa, conservaba todavía rezagos vanguardistas o ramonianos junto a cierto lirismo nostálgico, mientras que Sánchez Silva diríase más asentado en la realidad costumbrista, protagonizada de ordinario por humildes personajes (Sánchez Silva, que no tardaría en conseguir extensa nombradía con la narración infantil *Marcelino pan y vino*, hizo mucho por la causa del cuento desde el diario madrileño «Arriba», que dirigía por entonces). El septuagenario Azorín alternó en los años cuarenta una frecuente colaboración periodística con nuevos libros narrativos —los cuentos de *Cavilar y contar* (1942), entre ellos—, ya en su postrera etapa de «desasimiento» y «crepúsculo». Fueron, en suma, unos diez años de actividad creadora en los que (por lo que al cuento atañe) se sale a una media de cinco libros anuales publicados, en un ambiente poco propicio, más bien raquítico si lo comparamos a lo que sería más tarde; pero no conviene silenciar este difícil punto de partida, y nuestro antólogo hace bien al tomarlo en cuenta.

«Los niños de la guerra»

En las dos décadas siguientes, que son las de la aparición de la llamada generación de «los niños de la guerra» o del «medio siglo», algunos de cuyos miembros se codearían no tardando con sus inmediatos antecesores, la situación cambia para mejor. Aumenta el número de cultivadores del género y, consiguientemente, la variedad (temática, técnica, etc.) puede ser más rica; cuantitativamente, la media anual de edición de libros de cuentos sube aproximadamente a 11 (para los años cincuenta) y a 19 (años sesenta); se incrementa asimismo la atención de semanarios y revistas —como «Alcalá» y «La Hora» (órganos del SEU), «Clavileño» (de la Asociación Internacional de Hispanistas), «Ateneo» (Ateneo de Madrid), «Correo Literario» (Instituto de Cultura Hispánica) y las no oficiales «Insula» y «Revista Española» (que el antólogo menciona oportunamente)—. Abundan, proliferan incluso, los certámenes, tan pingüemente dotado alguno como el «Hucha de Oro» —200.000 pesetas en el momento de su fundación, 1966—; por cierto que el ejemplo de la organización central prendió en bastantes Cajas regionales que crearon su respectivo galardón, lo que, materialmente, es muy de agradecer, aunque, salvo contadas excepciones, sirvió más bien para bajar el nivel de

exigencia y confundir (algo análogo estaba ocurriendo con los premios de novela, dada su desmedida abundancia).

Dos narradores que no sé si podrían ser adscritos a la generación antedicha, pues nacieron en 1919, si bien irrumpieron en la república literaria ya mediado el siglo, Francisco García Pavón y José Luis Acquaroni, formaron durante algún tiempo pareja por el estilo a la de Samuel Ros y José María Sánchez Silva, y sus nombres aparecieron más de una vez juntos como ganadores de bastantes certámenes, lo cual motivaría la pregunta de un anónimo («Correo Literario», 15-VII-1953): «¿Es que no hay otros nombres, señores jurados?» Claro está que las posibilidades existentes eran numerosas y no estaban cerradas a nadie, como poco después atestiguarían dos premios nacidos en 1955, el «Sésamo» (Madrid) y el «Leopoldo Alas» (Barcelona), cada uno con sus características peculiares y ambos llamados a convertirse —por la concurrencia de concursantes y por el acierto de sus jurados— en reveladores de gente nada conocida entonces y, después, nombres destacados (el mismo Medardo Fraile ejemplifica, con un «Sésamo» de 1955, esta circunstancia). Finalmente, cabe registrar como síntoma saludable el hecho de la existencia de colecciones en parte o totalmente dedicadas a la publicación de libros de cuentos, mantenidas durante un tiempo más bien breve, ya que no pareció ampararlas una acogida propicia de lectores y críticos —editoriales como Rocas, Taurus, Azur, Editora Nacional, Novelas y Cuentos patrocinaban entonces iniciativas de este tipo—. Pero semejante esplendor hubo de decaer, externamente al menos, pese a la fidelidad de los cultivadores del género, la mayor parte cultivadores asimismo de la novela; quizá los años setenta marquen un final de época tras el que las cosas serán de otro modo, con otra generación de narradores que (por la fecha de nacimiento) no conoció la guerra civil y que no entra en la antología que nos ocupa.

Tres o cuatro (de aceptar la convención establecida) son, por tanto, las generaciones

que tienen cabida y representación en el libro, a saber: la del 27, la del 36 (que, según algunos tratadistas, se funde y confunde con la primera de posguerra) y la del medio siglo (en la que colocaríamos incluso a los más jóvenes del conjunto reunido —Doménech, Suiro, Fernández Rocas—, nacidos en los años treinta). Ciertamente, como diría Perogrullo, el tiempo nunca pasa en balde y que la distancia entre la aparición de los primeros y los últimos es grande, pero ceñida su obra —el cuento elegido como muestra— a la llamada posguerra; es así como las diferencias globales se atenúan o desaparecen y solamente quedan aquellas derivadas del específico talento estético de cada cual, lo que lleva a una relativa variedad de tonos, desde la fantasía cunqueriana hasta el realismo y costumbrismo de buena ley (quiero decir: no tendenciosamente politizado) que ofrecen bastantes de sus compañeros pasando por la evocación, entre irónica y lírica, de un paraíso perdido (la niñez) en manos de Julián Ayesta.

Otros modos

Aún no había llegado de la forma clamorosa que lo haría más tarde el «boom» hispanoamericano, que en el relato breve y entre nosotros, en algunos de sus cultivadores, pasó a mi ver negativamente cuando la pura narratividad se perdía enmascarada tras un pretencioso e inane experimentalismo; eran otros los modelos, confesados o no —Chéjov, por ejemplo—, y, sobre todo, la manera de realizar, donde contaban, entre otros, los consabidos ingredientes de ternura y humor, diversamente coloreados y combinados, de ordinario al servicio de una realidad perfectamente verosímil y con «final abierto» en bastantes casos, de lo cual hay muestra en la antología. Algunos cuentos de ella, atendidos los personajes, atendida también la idiosincrasia de los hechos narrados, representan una tendencia, así temática como tonal, que bautizo como «humildismo», dado que en tales relatos se encuentra el lector ante pobres gentes, rurales o ciudadanas, patéticamente humilladas y ofendidas por la vida y por sus prójimos, para las cuales despliega el escritor su piedad y, a las veces, encarado con determinadas manías y limitaciones, también su capacidad de burla, nunca aceda; Leopoldo Alas, sus cuentos, pudieran haber apoyado esta tendencia, de la que el primer libro de Vicente Soto, *Vidas humildes, cuentos humildes* (1948), sería cumplido ejemplo.

Con sobrado motivo destaca Medardo Fraile en la Introducción algo que los textos por él seleccionados —debidos a 35 autores— corroboran satisfactoriamente: el hecho de un brillante cultivo del género cuento, tanto por el número de sus cultivadores como por el mérito de su obra, a lo largo del tiempo de posguerra (o, si se quiere, de la llamada Era de Franco); cuántas veces se minimiza y hasta se ignora este hecho en favor quizá de otro género, la novela, mucho más atendido, mimado incluso. Ojalá esta antología, que viene a incorporarse a una bibliografía ni muy nutrida ni muy relevante, ayude a que se quiebre un tal maleficio. □

RESUMEN

Para el profesor Martínez Cachero, el cuento goza de una mala salud de hierro en España. Una antología que ha preparado Medardo Fraile sobre el cuento de posguerra le da ocasión para hacer un repaso a los escritores que más asiduamente han frecuen-

tado este tipo de narración, a los diarios y revistas que acogieron estos relatos y a los premios y certámenes que los estimularon. Este brillante cultivo, con todo, se ha minimizado en ocasiones y de ello se lamenta Martínez Cachero.

Autores varios

Cuento español de posguerra (antología)

Ed. de Medardo Fraile, Cátedra, Madrid, 1986. 290 páginas. 530 pesetas.

Carlos Patiño, un compositor barroco

Por Miguel Querol

Miguel Querol (Ulldecona, Tarragona, 1912) es doctor en Filosofía, ex director del Instituto Español de Musicología del Consejo Superior de Investigaciones Científicas y miembro del Presidium de la Sociedad Internacional de Musicología. Ha publicado 25 libros y escrito más de 200 obras. Es Premio Nacional de Música.

En 1950, en el Congreso Internacional de Música Sacra celebrado en Roma, leí una comunicación sobre «La polifonía religiosa española del siglo XVII», para la cual estudié un millar de obras manuscritas inéditas y durante los diecisiete años que estuve al frente del RISM en España (Répertoire International de Sources Musicales) inventarié una gran parte del contenido de los archivos musicales de toda España. Los conocimientos adquiridos me llevaron a la conclusión de que el barroco musical español era un océano lleno de grandes islas, entendiéndose de grandes compositores, todavía por conocer. Entre la lista de estos grandes está el nombre de Carlos Patiño, que en 1634 sucedió al maestro Mateo Romero, más conocido por el apodo de «Capitán», en la dirección de la Capilla Real de Madrid. Ya aquel gran adelantado de la musicología española, H. Eslava, consciente del valor musical de las obras de Patiño, en su *Lira Sacra Hispánica* (1869), publicó la «Missa in devotione» a ocho voces repartida en dos coros de a cuatro, y F. Pedrell, en los volúmenes III y IV de su *Teatro Lírico Español*, así como en su *Cancionero Musical*, editó varias piezas de este compositor. Yo mismo, en *Música Barroca Española*, vol. II (1982), una «Misa de la Batalla», de Patiño, a doce voces en dos coros de a seis voces. No obstante, dada la vastitud de la obra de Patiño, ésta continuaba desconocida hasta el día feliz en que Lothar G. Siemens, inteligente músico español formado en el Instituto de Musicología de la Universidad de Hamburgo, se enamoró de la figura del maestro Patiño, dedicándose a su estudio. Fruto de su entusiasmo son los dos volúmenes de *Obras musicales recopiladas* (1986-1987) que ahora voy a reseñar (1).

Del primer volumen es muy importante su introducción. En primer lugar se da por primera vez una satisfactoria biografía del compositor. Basta comparar lo que de Patiño traen todos los diccionarios y enciclopedias para ver la importancia de estos nuevos datos biográficos que voy a resumir. Carlos Patiño nació en Santa María del Campo (Cuenca), donde fue bautizado el 9-X-1600. Desde niño fue orientado hacia la iglesia. Probablemente es en el convento de Trinitarias de su pueblo natal donde tuvo lugar su primer encuentro con la música. Desde su infancia mostró tanto talento que en junio de 1612, aún no había cumplido sus doce años, fue contratado por la catedral de Sevilla como mozo de coro. Durante un año su educación musical estuvo a cargo del maestro de mozos de coro Francisco Company y luego de Juan de Vacca. Pero el arte de la composición musical no lo aprendió hasta 1617 con el maestro de capilla de la catedral de Sevilla Alonso Lobo, de quien se reconoce discípulo. Muerto su maestro entra en contacto con otro gran músico de la época, el portugués Francisco de Santiago.

En enero de 1622 contrae matrimonio en Sevilla con Laura María de Vargas Texeda Lozano. En enero de 1623 gana las oposiciones a maestro de órgano de la capilla del Sagrario en la catedral de Sevilla. En junio de este mismo año nace su primer hijo Pedro Félix y en 1625 su segundo, a consecuencia de cuyo parto murió su esposa y dos meses después Juan, su segundo hijo. Tales acontecimientos provocan una dolorosa situación en el ánimo de Patiño y hacen que éste confíe a sus suegros la educación de su primogénito, mientras él se dedica a los estudios eclesiásticos en Sevilla, con cuya capilla del Sagrario continuaba vinculado. En 1628 realiza oposiciones al magisterio de capilla de la catedral de Salamanca. A pesar de sus inmejorables ejercicios el jurado se inclinó por Francisco Martínez Díez, natural de la ciudad de Salamanca. Pero Patiño ya no volvió a Sevilla. En mayo del mismo año 1628 es nombrado maestro de capilla del Real Convento de la Encarnación de Madrid, y en 1634 sucede a Mateo Romero en la dirección de la Real Capilla. En 1660 pide

la jubilación, pero el rey no se la concede. Murió en Madrid el 15-IX-1675.

Los precedentes datos biográficos, como explica el profesor Siemens, son una síntesis de las investigaciones realizadas por la musicóloga francesa Danièle Becker, quien a su vez ha publicado otro tomo titulado *Las obras humanas de Carlos Patiño* (Cuenca, 1987), donde trata más extensamente la biografía de este compositor. Lo más importante es lo que se ha dicho. Pero hay también en esta introducción una aportación muy personal de Lothar Siemens de interés general. Se trata de un retrato conservado en la Sección de Música de la Biblioteca Nacional de Madrid, catalogado como óleo anónimo del siglo XVI y atribuido al dorso a «Mateo Flecha, músico de Felipe II». Esta atribución es errónea, según observa Siemens, porque «el vestido, que nada tiene que ver con el hábito carmelitano que usara fray Mateo Flecha el Joven, parece más bien moda del siglo XVII bien entrado y, por otra parte, la música y partitura que muestra el personaje retratado manifiestan también en su grafía una clara adscripción al siglo XVII. Lo más interesante es que la música representada reproduce, sin duda alguna, el incipit de «Maria Mater Dei», el motete más famoso y difundido, ya en su tiempo, del compositor de la capilla real de Felipe IV, don Carlos Patiño, del cual nos habla incluso él en su testamento, habiendo sido tal vez pintado por su propio hijo, Pedro Félix Patiño», de profesión pintor. El mencionado motete está publicado como número tres de las *Obras musicales recopiladas*. Veamos ahora algunas características de estas obras.

Aspectos compositivos.—En el campo melódico, el frecuente empleo de intervalos de cuarta disminuida, así ascendentes como descendentes, y de los de sexta mayor y menor, rarísimos en la polifonía clásica, y algún salto de séptima disminuida en las voces. En el aspecto armónico llama la atención la extraordinaria abundancia de acordes de séptima en su primera inversión, pues si bien se encuentran también en los otros compositores, su abundancia en Patiño llama verdaderamente la atención. Pero también emplea la tercera inversión del acorde de dominante, lo cual ya

no era nada común y corriente. En el número 18 se encuentran cinco de esta especie de séptimas. También hay muchas falsas relaciones, lo cual es propio de los grandes polifonistas. También se encuentran algunas séptimas sin preparación y progresiones armónicas de toda clase, especialmente de séptimas seguidas. A notar también cómo sistemáticamente usa grupos de corcheas (cuando toda la composición es a base de negras y blancas) siempre que la palabra cantada implica el concepto de movimiento, por ejemplo, en las palabras «spargit» (esparce), «fluent» (fluirán las aguas), «sagitta volante» (saeta voladora), «acclera» (acelera), etc. Separa las sílabas, mediante breve pausa, en palabras como «sus-piramus», «et ti-meo», para imitar el suspiro y el miedo, etcétera.

Policoralidad.—De las 38 obras publicadas por Siemens en estos dos volúmenes, 29 son a ocho voces repartidas en dos coros de a cuatro, dos son a doce voces en tres coros, una a doce voces en dos coros de a seis, dos a nueve voces en tres coros y cuatro a cuatro voces. Así pues, Patiño aparece como el gran compositor y maestro en el uso y juego de los dos coros. Dentro de este apartado conviene explicar que en las dos secuencias a nueve voces en tres coros, el coro primero consta únicamente de una sola voz en tiple concertante. Los músicos y el público de la época barroca concebían el coro como un personaje más en el múltiple diálogo del drama. Por ello, tanto en la música religiosa como en la profana, en el teatro de Calderón se encuentran coros a una voz, a dos, a tres, etc. En la composición «Taedet animam meam», doce voces en tres coros, el coro primero está formado por un cuarteto puramente instrumental de bajoncillos, sin ninguna voz humana. Poner un coro formado por tres o cuatro instrumentos era un procedimiento normal en la polifonía barroca.

Acompañamiento.—Toda la polifonía del siglo XVII se interpretaba siempre con acompañamiento. En las obras de Patiño publicadas por Siemens se encuentran las siguientes denominaciones: «Acompañamiento»,



ANGELES MALDONADO

Viene de la página anterior



«Acompañamiento general», «Acompañamiento continuo», «Acompañamiento continuo general», «Acompañamiento continuo para arpa» (el órgano con el bajo del segundo coro), «Órgano primero y violón» (además, órgano segundo con el bajo vocal del segundo coro), «Acompañamiento y bajón», «Acompañamiento primer coro y Acompañamiento continuo», «Acompañamiento primer coro clavicordio», «Bajo continuo para el órgano», «Órgano y continuo» (el órgano va con el segundo coro), y «Arpa» (y órgano con el segundo coro). De estos acompañamientos, siete están cifrados y 27 sin cifrar. De las obras de Patiño, así como de sus contemporáneos y sucesores, se desprende claramente que los compositores españoles fueron siempre muy perezosos y negligentes en cifrar sus acompañamientos. En realidad hay que llegar a mediados del siglo XVIII para encontrar en España bajos completamente cifrados y bien cifrados. Aun a lo largo de todo el siglo XVIII se observa gran negligencia en el cifrado. En cuanto a los instrumentos usados para realizar el acompañamiento, se podría decir en términos generales que si una iglesia solamente tenía un órgano, éste ejecutaba el acompañamiento a lo largo de toda la obra. Si además de un órgano disponía de un arpa, confiaban a ésta la realización del bajo continuo, mientras que el órgano reforzaba uno o dos coros. Si las capillas disponían también de un violón o bajón, estos instrumentos reforzaban el bajo continuo. Algunas veces he visto en los archivos de algunas catedrales el papel del violón cifrado, lo que yo interpreto como que el tocador de violón y el arpista utilizaban el mismo papel, aunque tampoco es improbable que a veces tocaran el violón como instrumento polifónico al estilo de la guitarra, que en muchas iglesias intervenía principalmente en el canto de los villancicos. El uso del bajón en la polifonía lo introdujo «oficialmente» Tomás Luis de Victoria en el año 1601, siendo organista de las Reales Descalzas de Santa Clara. El bajón se usaba todavía en la Seo de Zaragoza en 1939 acompañando los cantos polifónicos de Semana Santa, principalmente en el canto del Miserere. También en catedrales como las de Valencia y Sevilla se usó el clavicordio.

Los salmos.—El canto policoral de los salmos en las grandes solemnidades fue una de las conquistas más valiosas de la música barroca. Son 18 los salmos publicados por L. Siemens. Ellos constituyen siempre un complejo esencialmente funcional. El hecho de que los versos de los salmos no sean alternados con el canto gregoriano, como se hacía siempre en el siglo XVI, hace que Patiño utilice muy raramente la cuerda recitativa salmódica de los tonos eclesiásticos. Como la economía del tiempo es apremiante y no le permite entretenerse en el curso del salmo, que transcurre siempre rápido, Patiño se desahoga en el «Gloria Patri» final, donde repite a su gusto las palabras cantadas que en el Gloria del salmo «Lauda Jerusalem» llenan trece páginas de la partitura. Este salmo es el más abundante en progresiones armónicas. Pero a mi gusto y juicio el más interesante es «In exitu Israel de Aegypto», donde excepcionalmente y con gran fortuna utiliza la entonación y curso recitativo salmódico del llamado «Tonus Peregrinus». Con ser el salmo más largo de todos, es para mí el más inspirado y expresivo. Su partitura llena 57 páginas. En él pueden observarse, entre otros «madrigalimos», los movimientos en corcheas de las palabras «fugit» y «retorsum», escalas de corcheas en «fugisti», ágiles corcheas para expresar que por la alegría «saltan como carneros». Y en las palabras «stagna aquarum» y «fontes aquarum» los dos compases en forma visual de pequeña cascada de corcheas.

Afín a este salmo, por su extensión, es el cántico «Te Deum laudamus», a ocho voces en dos coros. Como el texto es tan largo, en lugar de responder un coro a otro con la misma música y texto, reparte éste, como



ANGELES MALDONADO

quien pasa la pelota al compañero, siempre avanzando en esta forma: coro primero, «Te Deum laudamus»; coro segundo, «Te Dominum confitemur»; coro primero, «Te aeternum Patrem»; coro segundo, «Omnis terra veneratur», etc. Solamente cantan ambos coros juntos en las palabras «Pleni sunt caeli». En toda la polifonía barroca la idea de plenitud y totalidad aparece siempre cantada por todos los coros simultáneamente. También en el centro de la obra, por imperativo estético, cantan juntos después de cantar mucho tiempo separados y finalmente a la terminación de la obra.

La Salve Regina.—De las seis Salve Regina publicadas solamente glosa el canto gregoriano, a lo largo de toda la obra, en el número 22. En las restantes sólo emplea la entonación gregoriana de la palabra «salve», entonación corrompida por el sentido armónico moderno de aquel entonces, escribiendo el sol sostenido. En todo el resto de las obras procede con la máxima libertad. Hermosa libertad, pues todas las salves son bellísimas. En la Salve a doce voces en tres coros del número 23, el maligno duende de las imprentas ha hecho que después de las páginas 79-80, a tres coros, se repitan las páginas 65-77 de la Salve anterior a seis voces. A continuación vuelven a salir las páginas 79-80, saltando a la página 97. Faltan por consiguiente en la edición las páginas 81-96 de esta grandiosa Salve. Creo que valdría la pena publicarla entera en otro volumen.

Otras obras.—Patiño escribió también dos secuencias con el mismo patrón vocal: un tiple concertante solista y dos coros mixtos con acompañamiento. Casi podrían calificarse como semipopulares, sobre todo atendiendo a la voz del tiple solista. Son las composiciones más simples y pobres en armonía. En cambio, la antifona «Ave Regina coelorum» es de las más ricas en modulaciones y acordes de séptima. También interesantes en este sentido son el Motete y Lección de Difuntos, números 18 y 19 de la edición. En el «Tantum ergo» glosa enteramente la famosa melodía hispánica tradicional del «Pange lingua», dicho de Urreda, que dio lugar a tantas obras polifónicas y orgánicas en los siglos XV-XVII.

Cuestión de actualidad.—El barroco hace años que está de moda en los conciertos de música. Ahora bien, la policoralidad es la ma-

nifestación primera y principal de la esencia del estilo barroco, y de ella, directa o indirectamente, provienen todos los géneros de música barroca. Presumen los italianos de que la bicoralidad nació en San Marcos de Venecia, porque en esta iglesia había dos órganos en sendas tribunas opuestas, en cada una de las cuales se colocaba un coro, por obra y arte de Andrea y Giovanni Gabrieli. Pero nadie tiene en cuenta que por la misma época Felipe II, en la iglesia de El Escorial, puso cuatro grandes órganos instalados en el coro y extremos del crucero de la basílica y otros dos pequeños, llamados realejos, en sendos balcones de las naves laterales. También se olvida que el último maestro de capilla de Felipe II escribió salmos a dieciséis voces en cuatro coros y una misa a diecinueve voces. Por otra parte, Felipe II, entre los años 1573 y 1586, consta que llevó por lo menos cinco veces su Real Capilla a El Escorial, unas veces reforzada con la capilla de la catedral de Toledo, otras con la del monasterio de Guadalupe y con la misma capilla de El Escorial. ¿Para qué juntar, me pregunto yo, tantos órganos y capillas, sino para interpretar música policoral española? (2). Puede darse por seguro que todos los cantores juntos de las mencionadas capillas no eran tantos como tiene el Coro de la RTVE o el Coro Nacional. ¿Pero qué hacen nuestros coros oficiales? Ellos son siempre los muy humildes y fieles servidores de la orquesta, para cantar con ella obras siempre de compositores extranjeros. ¿No creen los responsables de los mencionados coros que tienen un poco la obligación de dar a conocer nuestro patrimonio nacional de música vocal?

Los mismos cantores de nuestros coros oficiales se sentirían muy entusiasmados con la interpretación de alguna de estas grandiosas obras policorales. Haciendo un recuento de memoria, encuentro que existen 30 volúmenes de polifonía barroca española publicados hasta la fecha, y seguro que habrá alguno más que yo no recuerdo ahora. Con motivo de haber publicado mi volumen II de *Música barroca española. Música policoral litúrgica* (1982) el famoso y sabio compositor Luigi Nono me escribió desde Venecia una carta autógrafa de nueve páginas interesándose vivamente por varios detalles de la policoralidad española. Este mismo volumen salió dedicado, en dedicatoria impresa, al Coro de RTVE, con la esperanza de que alguna obra cantarían; pero nada, que yo sepa, han hecho hasta el día de hoy. Incluso creo que ni siquiera se han enterado de esta publicación. Solamente dos coros privados, el «Grupo Barroco Gaudeamus» y «Collegium Musicum Bach», ambos de Madrid, bajo la dirección de L. Vicente Joana, interpretaron el día 20 de enero, en el Real Monasterio de la Encarnación, tres motetes y una secuencia de Patiño publicados por L. Siemens y una Misa de Batalla a doce voces editada por quien esto escribe. Mi cordial felicitación a estos grupos en nombre de la cultura musical española y mi reproche a los coros oficiales. □

(1) A punto de salir este comentario he recibido el volumen III de las obras de Patiño (1988).

(2) Cf. M. Querol: *Los orígenes del barroco musical español*. Publicado por el Conservatorio Superior de Música (Valencia, 1974).

RESUMEN

El barroco musical español, a juicio del musicólogo Miguel Querol, ha venido siendo un océano lleno de grandes islas (grandes compositores) todavía por conocer. Uno de estos nombres importantes es el de Carlos Patiño, un compositor barroco del que apenas

se conocía alguna obra aislada, hasta que Lothar G. Siemens, como fruto de su interés investigador y de su entusiasmo, ha publicado en dos volúmenes la recopilación de las obras musicales de Patiño, trabajo que Querol comenta en este artículo.

Lothar G. Siemens

Carlos Patiño (1600-1675). Obras musicales recopiladas

Instituto de Música Religiosa de la Diputación Provincial de Cuenca, Cuenca, 1986 (I), 1987 (II). 467 y 617 páginas. 4.000 y 4.000 pesetas.

Las confesiones de un ex presidente

Por Leopoldo Calvo-Sotelo

Leopoldo Calvo-Sotelo (Madrid, 1926) es ingeniero de Caminos, Canales y Puertos. Ha trabajado en la empresa privada y ha estado, desde 1975 hasta 1982, en todos los Gobiernos de la Monarquía Parlamentaria. Fue presidente de los últimos de UCD en 1981 y 1982.

Le Pouvoir et la Vie no es un libro de memorias. Valéry Giscard d'Estaing (VGE) se ha propuesto romper con la tradición y no ha ordenado cronológicamente sus recuerdos, ni ha querido caer en la tentación apologetica. Se ve a sí mismo como «instrumento de una evolución» (pág. 11) irreversible en el género de las confesiones políticas que, a partir de él, no seguirá siendo el mismo. Su propósito, anunciado desde el Prólogo, es «comunicar las vivencias de su septenio»; corregir «ese extraordinario equívoco que aleja a los gobernados de los gobernantes, haciéndoles creer que pertenecen a especies humanas distintas» (pág. 10); y «abolir... la distancia excesiva que separa (en Francia) el Poder y la Vida» (pág. 318).

Hay en la raíz de ese propósito un problema de identidad, que ciertamente se plantea a todo hombre público, aunque no de manera tan aguda como a VGE (1).

El político de hoy ve su imagen, lee sus palabras y oye su voz repetidas cien veces, mil veces, en la televisión y en la prensa hablada o escrita. Es un espectador forzado y ansioso de sí mismo. ¿De sí mismo? Esa es la cuestión. Su imagen, objetivada en los medios, le parece al político, inevitablemente, la imagen de otro; y lo que se cuenta como historia suya le suena, inevitablemente, a leyenda. Debe, por ello, el hombre público de nuestros días vivir como un buen actor ese otro personaje que los demás inventan y difunden, contribuir a su propia leyenda y acomodarse, mejorándola, a la imagen que se le atribuye. Pero nunca llega el político a reconocerse en su imagen pública, a aceptarse como lo pintan: y de ahí nace su deseo de mostrarse como es, como cree ser; deseo que se aviva cuando ya le abandonan las candelillas del poder y se le han fatigado las ambiciones.

El auge extraordinario de los medios de comunicación subraya hoy lo mucho que de actor ha tenido siempre el político. Los demás le fuerzan a desdoblarse, a interpretar, a fingir. El político miente no tanto sobre las cosas como sobre sí mismo. Y un buen día le llega el cansancio de su oficio de actor, el deseo de ser él mismo, de que le conozcan como él es. Entonces dice, igual que don Quijote: «Yo sé quién soy»; y quiere que los demás lo sepan también; entonces escribe *Le Pouvoir et la Vie*.

Esa necesidad brota, en el caso de VGE, de lo más hondo de su persona: es más profunda que la necesidad de justificarse, de defender cuanto hizo. Podría decirse que el narcisismo, presente en todo hombre público, ha vencido en VGE a la apologetica.

Pero ¿tiene sentido ese esfuerzo de identidad? ¿Hay un hombre público «en sí», distinto de su imagen, que valga la pena conocer? Yo creo que no: la política, y cuantos en ella se mueven, están desde Parménides en la vía de la opinión y no en la vía de la verdad. Pero VGE ha creído que sí, y toma de la mano al lector para introducirlo en su intimidad de Presidente de la República Francesa; para darle, antikantianamente, un «VGE-en-sí». ¿Cuál es el resultado?

Dije antes que en VGE esa necesidad de acortar la distancia a la que se siente visto por los demás es mayor que en otros hombres públicos: no en balde VGE pertenece a la clase de los hombres fríos, rigurosos y distantes. Su paso por la Politechnique, su larga estancia en el Ministerio de las Finanzas, su impecable sintaxis verbal, su atildada cortesía, lo alejan del interlocutor o del espectador. Pero la tentación de aproximarse a ellos puede resultar can-

dorosa. Y ese ingrediente —el candor— queda como un dulce precipitado en el ánimo del lector cuando vuelve la última página de *Le Pouvoir et la Vie*. (O al menos ha quedado en mi ánimo, aunque no se me oculta cuánto hay de rebuscado en el emparejamiento VGE/candor; aunque tampoco ignoro, porque lo dice el propio VGE en la página 301, que «en Francia se percibe la ingenuidad como una humillación») (2).

¿Cuál es el resultado? ¿«Qué» nos cuenta en estas confesiones VGE, y «cómo» nos lo cuenta? Intentaré condensar mis impresiones de lector y proyectarlas sobre mis recuerdos personales.

1. La presidencia

¿Qué maravilla ser Presidente de la V República Francesa! De Gaulle inventó para él una Monarquía Republicana. El Monarca-Presidente se elige por siete años: ¡siete años!, una eternidad en el tiempo interior de la política. El Presidente no es durante ese plazo tan largo responsable ante las Cámaras, y navega sobre las tempestades políticas como el avión transatlántico navega sobre las meteorológicas; por eso hay algo de aeroestático en las vivencias que relata VGE. Y, además, o en consecuencia, el Presidente tiene muy poco que hacer: no está, como el Primer Ministro, constantemente acuciado por la realidad (3). Si el «tempo» del Primer Ministro es el «Allegro vivace», el tempo del Presidente es el «Andante maestoso». Decide cómo y cuándo interviene, cómo y cuándo se hace carne y habita entre los hombres. Cultiva su «domaine réservé», aunque la Constitución no lo haya acotado para él; y hace sus apariciones periódicas en la escena internacional con interlocutores que viven una vida mucho más difícil y mucho más esclava que la suya.

VGE inicia sus confesiones con esta afirmación humilde y sincera: «Yo no hubiera sido nunca Presidente de la República sin la enfermedad y la muerte del Presidente Pompidou» (pág. 13). Sin duda esto es cierto. Y, no obstante, VGE nos parece nacido para aquella altísima responsabilidad. Tiene más la figura moral y física del árbitro supremo que la del político depredador. En 1974 se le advina más delicado que audaz, menos habilidoso que prudente, inteligente antes que firme, animal de matices y no de zarpazos, con la generosidad y la elegancia del que ha triunfado fácilmente. No importa que su victoria fuese ajustadísima: había hecho la breve campaña como si le sobrarán votos. François Giroud escribió poco después esta miniatura de VGE:

«Extremadamente sensible a todo lo que le lastima —vulgaridad, fealdad, inelegancia, gritos, excesos de cualquier clase—, va por la vida, en cuanto a lo demás, «con todas las antenas cortadas»» (4).

Llegó a los cuarenta y ocho años a la Presidencia más confortable del más poderoso país de Europa. Inglaterra, decayendo ejemplarmente; Alemania, condicionada aún por la penitencia de su pecado nazi; Italia, sin ambición de hegemonía, no estaban en condiciones de hacerle sombra. (A Adolfo Suárez le oí decir una vez, en sus buenos tiempos de 1978: «¡Ah, si yo fuera Presidente de Francia!».)

No es extraño que tanta altura acentuase en VGE la soledad del poder máximo y la nostalgia de la vida real. Además, dueño en El Elíseo de su programa y de su horario, tuvo más tiempo que otros políticos para mirarse hacia adentro y para contemplar cara a cara «la comédie du pouvoir».

2. El eje París-Bonn

Cuarenta páginas, quizá las más interesantes del libro, se dedican al Canciller Schmidt. En ellas, y en las inmediatamente an-

teriores sobre Jean Monnet, trata VGE, de paso, graves cuestiones internacionales. La relación Schmidt/VGE repitió, mejorándola para bien de Europa, la relación De Gaulle/Adenauer (5). Pero si en el general De Gaulle había un complejo de superioridad, en VGE la superioridad ha desaparecido (aunque tal vez no todo el complejo); y la amistad es ya posible, hasta permitir observaciones críticas del Canciller. Cuando Schmidt sitúa a Francia «del lado de los vencedores de la guerra», VGE anota, con precisión y melancolía, que el Canciller no dice «Francia ganó la guerra» (pág. 127). Francia tiene para el Canciller «una influencia internacional superior a su potencia real, y se sirve hábilmente de ella».

Helmut Schmidt y VGE son hombres muy diferentes: Schmidt es directo, simpático, hablador, seguro sin vanidad, y tiene en el rostro la huella de las dificultades vencidas. Se entienden en un inglés que ninguno de los dos domina (6), y parece como si la estrecha relación que tuvieron hubiera descansado más en las actitudes y en los gestos, en una confianza y una necesidad preestablecidas, que en la palabra; y acaso también en una aceptada división del trabajo: Schmidt reconocía en VGE la competencia en cuestiones monetarias (el SME) y se reservaba la política de defensa (pág. 136). Esta buena relación, esta singular sintonía entre Helmut y Valéry, hizo real, por una vez en la historia, la manida imagen del eje París-Bonn.

Aunque conocidas, son notables las versiones de VGE sobre el poco aprecio de Schmidt por Carter, y sobre el episodio de la bomba de neutrones con el que empieza a averiarse el atlantismo de Schmidt; hechos ambos que VGE recoge con velada satisfacción gaullista, y que refuerzan a su juicio el pilar europeo de la Alianza (pág. 132).

Apunta en estas páginas una cuestión clave para entender bien los últimos treinta años de la historia de Occidente: la ambición de hegemonía europea que Francia incuba desde De Gaulle, y que sigue viva hoy en la revitalización de la UEO. Pero ésta ya es otra historia: la de la Comunidad Europea.

3. Europa

Mi experiencia de negociador durante tres años con la Comunidad me dejó una imagen de Francia —de la Francia de VGE— como «obstáculo». Escribí sobre este punto, con la cortesía obligada, en el Prólogo a la traducción de una divertida obra de Jean-François Deniau (7). Por esa mi deformación profesional me han interesado especialmente los pasajes en que VGE habla de Europa. Ya he aludido a uno; añadiré el comentario de otros dos.

A principios de 1977 VGE almuerza en El Elíseo con Jean Monnet. A los postres le invita a hablar del general De Gaulle. Monnet se resiste. Por fin, da esta opinión:

«De Gaulle perdió una gran oportunidad, la mayor oportunidad de su vida, en 1962 cuando fue a Alemania. Los alemanes estaban entonces dispuestos a confiarle la dirección de Europa. ¡Hubiéramos tenido una Europa dirigida por Francia, y todo hubiera sido distinto!» (pág. 121).

Al lector avisado le sorprende un poco este juicio nacionalista en Monnet, uno de los padres fundadores de Europa, que ciertamente había olvidado su chauvinismo para hacerse apóstol de la supranacionalidad. Pero es que hay un epílogo curioso a esta escena. VGE ha despedido a Monnet acompañándole hasta la entrada principal, y ha cerrado luego la puerta. Inmediatamente oye que llaman otra vez; abre, y es Monnet que le dice:

«Vuelvo porque hay una cosa que he olvidado y que me importa decirle: deduzco de su manera de actuar que usted ha comprendido lo esencial.»

Se calla un instante, como para concentrar su pensamiento. VGE, sorprendido, espera. Y Monnet sigue:

«Sí, he visto que usted ha comprendido que, a partir de ahora, Francia «es ya pequeña para resolver ella sola sus problemas»».

Da media vuelta, abre la puerta y se va. Este es el verdadero Monnet. La singular escena deja la impresión de que no estaba para Monnet tan claro que VGE hubiera comprendido «lo esencial».

El segundo pasaje tiene también a Monnet, ya muerto, como protagonista. El día de su entierro, en marzo de 1979, VGE acude a Monfort l'Amaury. Toda la Europa Comunitaria está presente; y anota VGE:

«Los europeos se reconocían entre ellos, como si se tratara de enterrar a uno de los suyos. Ocupaban todo el cementerio. La situación casi me irritó: parecía como si los franceses estuvieran allí de más, como si tuvieran que andar de puntillas. Y yo pensaba en Jean Monnet, originario de la Charente, pensaba en su fisonomía de francés refinado y en su ciudad de Cognac, entre los campos apacibles y protegida por los setos.»

Aun a riesgo de empañar la voluntad de estilo de VGE, tan patente en ese párrafo, he procurado traducirlo fielmente, porque me parece muy revelador. No quisiera apurar el análisis. Pero no puedo evitar un par de preguntas. Se extraña VGE de que los europeos considerasen a Monnet uno de los suyos. Pero ¿no era Jean Monnet uno de los suyos, un europeo, un eminentísimo europeo? La situación le parecía irritante. Pero ¿es posible que se sintiera VGE incómodo y extraño en un ambiente europeo, o europeísta? «La France» como obstáculo en la construcción de Europa, el temor gaullista a sumergirse en una Europa supranacional, la ambición francesa de hegemonía, me parecen más claramente pintadas en esta breve descripción que en centenares de páginas doctas. A esta luz, el horizonte de 1992 se borra en la niebla romántica de la «Europa de las Patrias».

4. España

El lector español de *Le Pouvoir et la Vie* lee con curiosidad especial las referencias de VGE a España. No son muchas. (Hacia el final del libro se promete un segundo volumen en el que VGE hará una semblanza de S. M. el Rey don Juan Carlos.) Pero las que hay merecen un breve comentario.

En la página 350 evoca VGE su visita a Madrid el 27 de noviembre de 1975, cuando la ceremonia de proclamación de S. M. el Rey.

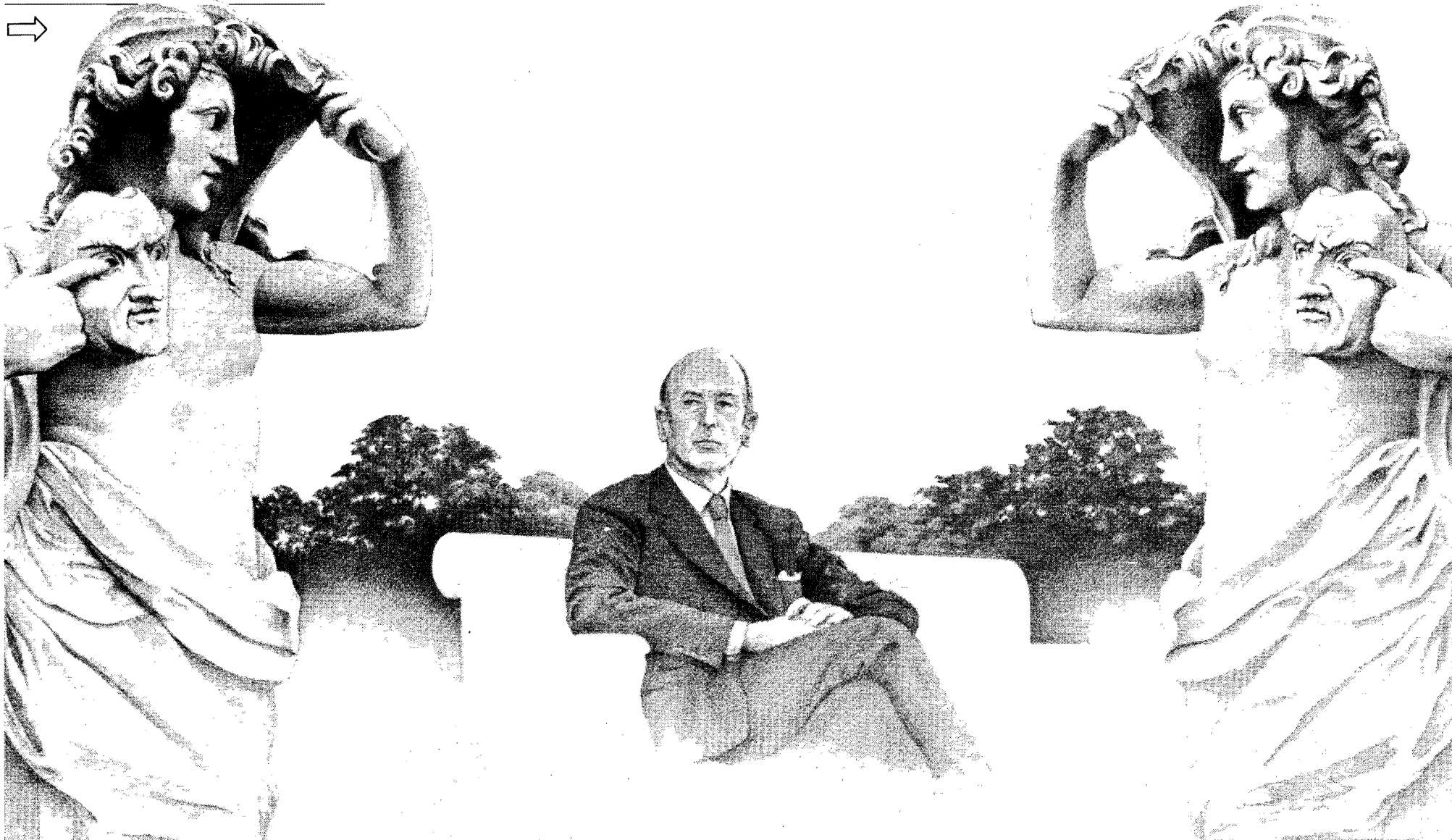
«Vine sólo entre los dirigentes europeos —dice— a saludar a la democracia española renacida, con el deseo de que Francia fuera un poco su madrina.»

Yo entraba en el primer Gobierno de Adolfo Suárez pocos días después y pude sentir el peso de esa voluntad protectora, que algunos llamaron impertinentemente «complejo de Luis XIV». Mi amigo el embajador Deniau, al que siempre he admirado como navegante solitario y como escritor, fue instrumento eficaz de aquel madrinazgo, que fracasó a pesar de él. Algunos episodios (como la insistencia de VGE en recibir el Toisón o en acceder al Congreso de los Diputados por la Puerta de los Leones) (8), jalonan anecdóticamente la evolución de su actitud. Muy pronto el candor del hada madrina deja paso a la dureza del negociador y al egoísmo electoral del próximo candidato. VGE había dicho en Madrid:

«Ahora, cuando han regresado a la democracia, algunos países van a pedir la entrada en Europa. ¡Francia, fiel a su misión, está dispuesta a ayudarlos!» (pág. 351).

Y, sin embargo, no ayudó a España en su lucha contra el terrorismo, porque siguió

Viene de la página anterior



FRANCISCO SOLE

dando asilo a los etarras residentes en Francia (9). Ni ayudó tampoco a España a entrar en la Comunidad; todo lo contrario: el día del Corpus Christi de 1980 estableció una condición suspensiva en las negociaciones que tenía el valor de un veto (10).

Pero, ciertamente, en la página 338 hay un elogio sincero a la transición española: «Los españoles me han dado una lección de "descripción"».

Y cuenta VGE a continuación su viaje oficial a España en junio de 1978 y la recepción que dio en el Palacio de Aranjuez. Aquella recepción fue memorable por muchas razones, de las que VGE recuerda dos: el hecho de que se trajó del Elíseo «todo» lo necesario para la cena: la vajilla de Sèvres, los vinos, los tapices, las flores y las viandas. Y, luego, el ambiente de conciliación nacional que pudo ver en los salones del Palacio. La sagacidad política de VGE supo apreciar el talento que animaba la transición, con el Rey y Adolfo Suárez a la cabeza. Y se pregunta:

«¿Quién podría imaginar en Francia una reunión semejante?»

Recuerdo que, durante el aperitivo en Aranjuez, estaba yo hablando con Joaquín Garrigues Walker y con Santiago Carrillo (11) cuando, en el pequeño salón abarrotado, una mano me tocó el hombro; me volví para encontrar al dueño de la mano, y era el duque de Medinaceli, que quería que yo le presentase a Carrillo. Efectivamente se lo presenté y hablaron largamente. No hubo un fotógrafo que recogiera en imágenes esa reveladora anécdota de la transición política.

Cuando, años más tarde, siendo yo Presidente del Gobierno, fui recibido en El Elíseo por el Presidente Mitterrand, vino a la conversación de sobremesa ese talento conciliador que impregnaba la vida política española durante los tiempos de UCD. Y, contestando a una pregunta de Mitterrand, le dije que yo recibía en mi despacho de La Moncloa por lo menos una vez al mes al secretario general del PSOE, Felipe González, entonces Jefe de la Oposición; y que, además, hablaba frecuentemente con él en los pasillos del Congreso. Mitterrand no salía de su asombro y comentó:

«Durante los siete años de la Presidencia de Giscard, sólo me invitó una vez al Elíseo, hacia el final de su mandato; y preferí no aceptar la invitación.»

Los testimonios llenos de autoridad de VGE y de Mitterrand son sólo una muestra de que la transición política se elogia fuera de

España tanto como se denuesta aquí por una minoría miope y apasionada.

5. El estilo y el tono

Doy fin a estos comentarios —inconexos como *Le Pouvoir et la Vie*— con el mío sobre alguna de las huellas personales que VGE deja a lo largo del libro.

El chauvinismo que se atribuye a los franceses alcanza una cota alta, como parece lógico, en VGE. A veces es una frase, dicha de pasada: el Arco del Triunfo, definido como un «atlas del heroísmo francés» (pág. 79); el orgullo de la lengua: para designar la moneda comunitaria, «a excepción del francés, las lenguas comunitarias no son a tener en cuenta», pero hay que andar con ojo para que no pueda hablarse de «una manifestación más del imperialismo intelectual de Francia» (pág. 151). (Por cierto que VGE se regocija recordando su astucia al proponer para la moneda el nombre «inglés» «European Currency Unit», cuyas iniciales forman la palabra «francesa» ECU.)

Otras veces el chauvinismo anima todo un pasaje: por ejemplo (págs. 319 y siguientes), cuando VGE siente la inferioridad de la Marsellesa respecto del himno alemán, y decide ordenar que se toque a un ritmo lento «evocador de la "grandeur" de Francia»; Karl Böhm la dirige así, después del «Deutschland über alles», en honor de Scheel y de VGE en la Opera de París; y a ese ritmo la Marsellesa le parece a VGE que «supera, y de lejos, a su rival» (pág. 322) y que se confirma, sin duda, como «el himno más original y más célebre del mundo» (pág. 320).

No acierta uno a alojar sentimientos y expresiones parecidas en un político español moderno.

Gotas de ingenuidad caen discretamente sobre algunas páginas de *Le Pouvoir et la Vie*. VGE ya no es un novicio, a finales de 1977, cuando participa en el mitin de Vassy, y comenta que las mujeres le miran al pasar, «como miran a sus hijos» (pág. 339); o un poco antes, en Carpentras, cuando se encamina a la tribuna de los oradores, erguida en una gran explanada, y oye que las gentes, dobladas sobre las barreras metálicas, se dicen: «¡Lo has visto! ¡Es Giscard!» (pág. 347).

En el otoño de 1980 menciona ante los periodistas que ha guardado «un secreto para las mujeres». Interrogado sobre el secreto, dice que no lo revelará hasta que termine la

campana electoral. La campaña termina con la derrota de Giscard y el secreto se olvida. Siete años más tarde se decide a revelarlo en la página 279 de *Le Pouvoir et la Vie*:

«Durante mi septenio, he estado enamorado de 17 millones de francesas.»

Unas líneas más abajo añade: «Hay que tomar el término (enamorado) en su más preciso sentido.»

Y para subrayar la precisión desliza suavemente la palabra «desnudez». El lector se sorprende un poco y no puede evitar, entre otras menos objetivas, esta pregunta: ¿Por qué 17 millones? ¿Ha extendido el político su piropo a todas las mujeres en edad electoral, o había acotado el hombre de 1974, todavía juvenil, un subconjunto más selectivo de la demografía femenina? En cualquier caso, está claro que el candidato quiso ser cortés, y el «politechnicien» necesitó ser exacto.

En el capítulo sobre la pena de muerte hay algo más que ingenuidad. VGE subraya la responsabilidad del Presidente de la República, que puede —él sólo— conceder la gracia al condenado o «dejar que la justicia siga su curso». Y nos cuenta el día en que, por primera vez, negó una petición de gracia. Sabe VGE que el reo será ajusticiado al amanecer siguiente. El lector le acompaña en sus reflexiones vespertinas, y conoce su propósito pío de recogerse en un templo; finalmente, entra con él en sus habitaciones privadas del Elíseo. El lector adivina una noche en vela del Presidente, ante cuya imaginación desfilaron horribles escenas de patíbulo. Pero VGE vuelve a sorprender al lector. ¿Qué hace? Consulta en un calendario la hora «exacta» del amanecer, se mete en la cama y pone a esa hora justa el despertador, después de darle cuerda. Lo de menos es que luego, al parecer, no lo oiga (pág. 298).

RESUMEN

Las confesiones de un ex presidente son las de Valéry Giscard d'Estaing, quien, a juicio de Leopoldo Calvo-Sotelo, también ex presidente aunque de Gobierno, no ha escrito un libro de memorias, con las reglas y limitaciones internas propias de este tipo de relatos, sino que, como el propio político francés ad-

El estilo de VGE es llano («sólo he corregido el texto una vez», declara en el prólogo) y el libro se lee con interés y con facilidad, pese a que no hay en el relato —en los varios relatos yuxtapuestos— la tensión argumental que hace de las memorias clásicas una especie de novela. Corre a lo largo de las 400 páginas un hilo singular, presente en todas ellas: la personalidad de VGE, a cuyo retrato para españoles me gustaría que contribuyera este artículo. □

- (1) François Mitterrand hablaba en «Le Monde» (23 de septiembre de 1971) de «esas ganas terribles de ser uno mismo».
- (2) Pierre Vianson Porté inicia así su *Carta abierta a Valéry Giscard d'Estaing* (Albin Michel, 1976): «Si tuviera que pintarle a usted en pocas palabras, señor Presidente de la República, me tentaría recurrir a tres adjetivos. Diría que usted es sincero, ingenuo y frágil.»
- (3) Por añadidura, VGE no ha sido nunca Jefe de Gobierno.
- (4) Françoise Giroud, *La Comédie du Pouvoir*, Fayard, 1977.
- (5) Es una lástima que no pueda decir lo mismo de la relación Mitterrand/Kohl.
- (6) VGE no es que hable mal el inglés: es que habla demasiado bien el francés y tiene que echar de menos en la otra lengua los recursos y los matices que maneja en la suya.
- (7) Jean-François Deniau, *Europa, un continente por descubrir*, Rialp, 1982.
- (8) Reservada, como es sabido, a S. M. el Rey.
- (9) En la página 112 se anuncia una regla según la cual Francia «no aceptará la residencia de los que estén decididos a continuar un combate militar». Esta regla se aplicó, por lo visto, a los activistas iraníes; pero no a los vascos en tiempo de VGE. Hubo que esperar al tándem Mitterrand/Chirac.
- (10) Recuérdese que el general De Gaulle había vetado sistemáticamente el ingreso de Inglaterra en el Mercado Común.
- (11) Por cierto que una errata de imprenta llama, en la edición francesa, a Carrillo con un nombre que trae antiguos ecos: Camillo.

Valéry Giscard d'Estaing

Le Pouvoir et la Vie

Compagnie 12, París, 1988. 404 páginas. 95 francos franceses.

La revolución de Gorbachev

Por Fernando Morán

Fernando Morán (Avilés, 1926) cursó Derecho en Madrid y amplió estudios en el Institut des Hautes Etudes Internationales de París y en la London School of Economics de Londres. Diplomático de profesión, ha sido embajador representante permanente ante las Naciones Unidas. Ministro de Asuntos Exteriores de 1982 a 1985. Senador y diputado. Hoy es diputado al Parlamento Europeo. Ha publicado obra de ficción, ensayo de crítica literaria y ensayo político.

La publicación en noviembre pasado, simultáneamente en los principales idiomas occidentales, en ruso y en las lenguas de la federación soviética, de *Perestroika —Una nueva filosofía política*, en varias ediciones, que no en la española—, ha significado no solamente un acontecimiento editorial de primer orden, sino también, y sobre todo, un hecho político fundamental a escala mundial.

Aun si la obra está destinada, en buena medida, a favorecer la posición del dirigente soviético dentro de su país y a mejorar la posición internacional de la Unión Soviética, y si la edición que hoy comentamos está pensada en razón del efecto sobre la opinión occidental y, por lo tanto, encierra una dimensión utilitaria a fines políticos —propaganda—, no es menos cierto que la apuesta y los compromisos que el Primer Secretario del PCUS realiza le comprometen ante la dirección del partido, ante la opinión de su pueblo, ante los occidentales y ante el mundo en general. Así opinaba Kissinger frente a las cadenas de la televisión americana en el acto de la presentación del libro en Nueva York.

Un libro político es genuino, no por la veracidad de todas sus páginas, sino por los compromisos que encierra. *Perestroika* es un libro muy comprometido. Los compromisos nacen de la misma finalidad de la obra: se trata de señalar un nivel en las reformas muy alto, de manera que se comprometa el autor y sus aliados a saltar sobre las inercias. También de reducir mediante el compromiso soviético en materia de política exterior, sobre todo de defensa, las desconfianzas de la otra parte. No es que Gorbachev queme todas o muchas de sus naves. Pero la credibilidad de la dirección soviética quedará mermada en la medida en que la acción política de la Unión Soviética no se oriente sensiblemente en la dirección apuntada en la obra. De no haber una congruencia esencial entre lo que se propone en el libro y lo que se lleve a cabo, la conclusión general será que el oportunismo ha prevalecido o que han triunfado las inercias.

Cambios y evoluciones

Ante una obra de este alcance, ¿cuál debe ser el método empleado por quien de ella da cuenta?

Sin duda, no se trata de reseñar la evolución de la Unión Soviética en los últimos años, de detenerse en los análisis de los kremlinólogos sobre las relaciones de poder dentro del Politburó o en el Secretariado del Comité Central, en la dinámica en las nacionalidades y repúblicas, del juego de poder entre los tres elementos esenciales de la clase política: «apparachiks» del partido, ejército y tecnócratas y tecnólogos. Tampoco es permitido por la extensión atribuida a este artículo un análisis pormenorizado de los cambios de la política soviética en materia de defensa.

Pero no es menos cierto que la mera narración de lo que Gorbachev escribe, sin situarlo en algunas realidades, dejaría escapar el mismo sentido del mensaje porque este mensaje es un elemento dialéctico dentro del debate interno soviético y también en la relación Este-Oeste. Habrá, pues, que ceñirse al texto, pero insertándolo en algunas, pocas, referencias.

Gorbachev afirma que la política de «perestroika» —reestructuración— no ha estado motivada por una situación catastrófica de la economía soviética. Por una crisis de la sociedad. También rechaza que la «perestroika» sea un mero instrumento de la política exterior destinada a tranquilizar a los occidentales, a favorecer un equilibrio nuclear a la baja que potencie la supuesta supremacía soviética en lo convencional; que tenga como fin esta operación tranquilizadora separar a los europeos de los americanos. Reconoce, no obstante, un vínculo —normal y evidente, por otra parte— entre clima exterior y posibilidad de reforma: la empresa reestructuradora interior exige una situación internacional que él califica de más normal, más distendida. En otras palabras: menores gastos en defensa, menor necesidad de renovar constantemente siguiendo la tendencia de un antagonista mucho más avanzado tecnológica y científicamente en sectores decisivos.

Es lógico que Gorbachev no se desnude totalmente y que mantenga que en su estado actual la economía soviética funciona pasablemente y que afirme y reafirme que su país es una potencia militar pareja a la americana. No se desnuda. Pero su crítica es muy explícita y, en ciertos momentos, asombrosamente dura.

El secretario general del PCUS afirma que la sociedad soviética estaba madura para el cambio. De no producirse éste se desencadenaría una grave crisis económica y social. En diversos momentos se han anunciado cambios en la Unión Soviética. Sin contar con el giro esencial de la nueva política económica de Lenin en los años 20 —abortada por su enfermedad y muerte y por el triunfo de la colectivización staliniana sobre modelos como el de Zinoviev—, las propuestas de reequilibrio entre industria ligera y pesada y la nueva política agrícola —de resultados poco menos que desastrosos— de Krushev. Incluso en el primer momento de la era Breznev, antes del largo estancamiento y del reinado de la corrupción. No es, pues, absolutamente novedoso que se toque en la Unión Soviética el clarín del cambio. Sí que lo es el carácter global del cambio que se propugna, exigido por un análisis crítico casi global.

Males estructurales

El análisis de Gorbachev sobre los males estructurales de la Unión Soviética es lo más interesante del libro. Estos análisis se nutren de argumentos que se desarrollan en la Unión Soviética desde hace años. En la ciudad de Sibibirsk —la ciudad de los sabios en Siberia—, un grupo de economistas y científicos intercambiaban al comienzo de los años 80 —e incluso antes del inicial reformismo de Andropov— ideas que luego circulaban, no ya entre los disidentes, sino en los círculos de la Academia de Ciencias. (Un recuerdo personal: durante una entrevista a solas con Gromyko —quien parece decidió con su voto de calidad la elección de Gorbachev, pero que sin duda era, por edad y temperamento, poco proclive al cambio— le pregunté si no eran posibles cambios en la economía y sociedad soviéticas. Gromyko, tras uno de sus típicos silencios, densos como la nieve y el barro de la campaña rusa, me dijo: «Sin duda; hay toda una generación que los espera.» Pero, a continuación lanzó una larga tirada culpando a los occidentales, que con su armamentismo —era la época del despliegue de los eurocohetes— congelaban las situaciones.)

Lo que es relativamente nuevo no es la admisión de debilidades y errores. Es la amplitud y carácter más bien total del análisis.

El país —dice Gorbachev— estaba perdiendo impulso. Estaba disminuyendo la renta nacional. Se producían fenómenos ajenos al socialismo en el terreno de las prácticas administrativas y de las costumbres. Disminuía

la esperanza socialista y crecían el absentismo, el vandalismo urbano, el alcoholismo. Dominaba una economía de productor que ignoraba las expectativas del consumidor y la calidad. Era el reinado de la producción bruta. Imperaba el menosprecio casi total por la rentabilidad y por el empleo racional de los recursos. De manera que, pese a una superabundancia de mano de obra para empleos rutinarios, había escasez de personal cualificado (a lo que se une el hacinamiento de quienes buscan trabajo en las grandes ciudades, los «limitchiks» de Moscú, contra cuyo crecimiento exponencial luchó Eltsin ganándose la enemistad de los directores de empresas que contrataban este trabajo precarizado). La composición del capital estaba, también, desproporcionada con una excesiva tasa del capital fijo.

Esta situación económica condujo a una drástica reducción de la calidad de vida. Deterioro intelectual, de las libertades, con aumento de lo que eufemísticamente se denomina medidas administrativas.

Tal situación exige una corrección radical, una reestructuración: la «perestroika».

El camino de la «perestroika» es conocido. En marzo de 1985 Gorbachev es elegido secretario general (los esfuerzos contra la corrupción de Andropov desaparecieron en el estancamiento de la época Chernenko, en la que los breznevianos mantienen posiciones). Michel Tatu, en la obra hasta ahora más equilibrada entre las aparecidas, da cuenta de algunas ideas reformistas de Gorbachev expresadas en la época chernenkiana, precisamente en el momento de su rivalidad con Romanov (Zuikov, hombre de Gorbachev y de origen andropoviano como él mismo, sucesor de Romanov en Leningrado, será exponente al frente de aquella ciudad de un reformismo relativo. Hoy, como se sabe, Zuikov ha sucedido a Eltsin en Moscú, pero su reformismo aparece como más tibio).

Ya en abril de 1985, en el plenario del Comité Central se decide la reestructuración. Se adopta explícitamente en la Conferencia del Comité Central en junio de 1985. Y luego en el Congreso del PCUS en febrero y marzo de 1986, donde se produce el cambio más significativo de dirigentes, y en el Comité Central de junio de 1987 (los cambios de personal, por razón de la vigencia de la posición de poder de los promovidos por Andropov, son comparativamente menores que en las grandes renovaciones del comienzo de Breznev. Lo más significativo es el control de la política exterior desgajada de Gromyko y la ascensión de los conocedores de América, Dubrynin, Iakolev... Así como el mantenimiento del jefe de la KGB —institución que hasta ahora apoya la reforma— y de los grandes patronos de las repúblicas, como el ucraniano Chtcherbistski).

Es a nivel medio donde la renovación y las depuraciones del cargado e ineficiente aparato burocrático son más significativas —y las que provocan oposiciones más duras a la «perestroika»: en 1986, 200.000 funcionarios fueron sancionados y 32.000 multados.

¿Cuáles han sido los instrumentos de la reestructuración económica? Principalmente la contabilidad total de costos de las empresas, es decir, un cálculo de los factores de las mismas con enfoque en la rentabilidad; y la ley para las actividades privadas. Los comentaristas señalan la insuficiencia de esta ley, enumerativa y contradictoria. Es decir, que fija más una especie de «numerus clausus» y no establece criterios. En todo caso, el sector privatizado hace poco más que legalizar prácticas existentes, pero antes ilegales. Un nivel de privatización inferior con mucho al alcanzado en Hungría e incluso inferior al de Polonia. (En cuanto a la flexibilidad del sistema económico, la Unión Soviética estaba por debajo del resto de los países del Este, salvo de Rumanía y, hasta hace un lustro, de Bulgaria.)

Para Gorbachev la «perestroika» es una revolución, un cambio cualitativo y directo en

las estructuras. Las revoluciones se desarrollan, dice, en momentos diferenciados. Así, la Revolución Francesa en sus momentos de la contestación de los nobles, de 1789, de 1848; así, la Revolución Británica... Las ideas de Marx son transcritas puntualmente en este punto.

Por otra parte, Gorbachev paga tributo a todo el curso soviético: asume todo el pasado, sin hacer exclusión de la colectivización staliniana y la lucha contra los «kulaks», procesos a los que alude, si bien sin gran insistencia. (Posteriormente a la publicación del libro se desarrollará la gradual rehabilitación de Zinoviev. Con todo, y pese a los artículos de «Pravda», «Ogoniok» y «Literatournaia Gazeta», una verdadera rehabilitación de los purgados no se ha producido aún y va a encontrar serias dificultades.)

Pero el carácter revolucionario de la «perestroika» se inscribe bajo el tranquilizador signo de Lenin. En el libro hay poco lenguaje sacral o recitativo de las viejas fórmulas y tranquilizadoras letanías (lo que los franceses llaman «gueule de bois»), pero hay algunas. El precedente de Lenin y la NEP sirve para cubrir la mercancía.

La «glasnost»

La transparencia, «glasnost» —no es la libertad de expresión, de asociación, pese al fenómeno de la proliferación de clubs—, es, más modestamente, el derecho a la información, o, mejor, a ciertas informaciones. Por ejemplo, sobre las catástrofes —pese a los retrasos en la información sobre Chernobyl— o sobre las lacras de la sociedad, alcoholismo, absentismo, irracionalidades del sistema burocrático. El máximo de la «glasnost» hasta ahora ha sido la publicación de procesamientos por abuso de poder de miembros de la KGB. Es, sin duda, un hito importante. La Unión Soviética, si todo va bien, no será en tiempo previsible un Estado democrático: se está pasando de un Estado totalitario a otro autoritario. (A finales de los sesenta, entre nosotros, Juan Linz calificaba el régimen de Franco de Estado autoritario, no totalitario; y sacaba conclusiones: el autoritarismo, en ciertas condiciones, está abierto a la democratización; el totalitarismo, no.)

El enfoque en el libro de la «glasnost» es funcional: sin transparencia no habrá eficacia económica y social, no cabe la reestructuración.

La «glasnost» tiene sus límites: la verdad y el socialismo. ¿Quién los defiende en cada caso?

La proliferación de clubs, de grupos, como consecuencia de una cierta apertura desde 1985, ha dado la palabra a sectores. No todos ellos podrían considerarse progresistas. Esto es aplicable a quienes mantienen posiciones muy enraizadas en posiciones tradicionales. Los eslavófilos, que hoy aparecen como contrarios al pluralismo cultural, étnico y, a la postre, político de la Unión.

Dostoyevski fue un eslavófilo, a diferencia de Turgeniev, que era europeizante y modernizador. Pushkin nunca se planteó, que yo sepa, estos dilemas. En Gogol o en Tolstoi hay una mitificación del buen pueblo y la sabiduría y solidaridad natural que es, en sus modelos, la del «mujik» ruso eslavo.

En la obra que reseñamos hay un tratamiento muy rápido y ligero de un tema esencial: cómo influirá la «perestroika» en las relaciones con los otros países socialistas. Existe casi absolutamente una ausencia: el tema de las nacionalidades (bien es verdad que después de su publicación Gorbachev ha señalado la conexión íntima e insoslayable entre la descentralización económica que implica la reestructuración y la autonomía de las repúblicas que forman la Unión Soviética).

Viene de la página anterior



Desde el comienzo de la «perestroika» se han sucedido los incidentes y tensiones en las nacionalidades. En 1986, enfrentamientos entre yukets y rusos en la república autónoma de Yakutia y los enfrentamientos de Alma Ata entre kazajos y rusos tras el relevo del líder nativo de Kazajstan y su sustitución por un ruso. Manifestaciones de hebreos en Moscú en 1987 y actuación antisemita en Pamiat. En Riga, el nunca dominado nacionalismo letón resurge. Y los tártaros se manifiestan en Moscú. Y este año los graves incidentes entre armenios y azaris en la antigua confederación transcaucásica.

El tema de las nacionalidades era uno de los logros soviéticos. Ya desde 1917 —Stalin era comisario de las nacionalidades— los soviets fueron flexibles respecto a Carelia. La Constitución de 1936 parecía haber dado solución a este tema que nunca resolvió el imperio del Zar. La Constitución impedía atentar contra la autonomía cultural de las nacionalidades y pretendía preservar la unión. Kirguises, uzbekos y ucranianos defendieron la madre patria frente a la agresión nazi. Pero otras eran las fuerzas subyacentes. Hace unos años, un autor francés —Helène Carrière d'Encausse— hablaba de un imperio desgarrado ante el posible contagio del fundamentalismo musulmán. Una visión en exceso simplista. No hay duda que desde los años veinte las tensiones entre azaris musulmanes —en parte chiitas— y armenios cristianizados han sido fuertes en Azerbaijan; de la misma manera que era inocultable el nacionalismo ucraniano que explica el éxito inicial en la república del colaboracionista de los alemanes, Vlasov; por no citar la resistencia pasiva en las repúblicas bálticas. Pero concluir que el imperio estaba disgregado es una extrapolación aventurada. El sistema se mantenía con una estructura de poder en las repúblicas en las que el primer secretario era un nativo y el segundo —generalmente jefe de la KGB— un ruso. La rusificación variaba de una república a otra. Pero era una constante, un factor aglutinante. Implicaba un centralismo económico, administrativo y político máximos. ¿Hasta qué punto la «perestroika» y la mayor autonomía —y un mayor papel del mercado— favorece las corrientes centrífugas? ¿En qué medida es compatible el férreo corsé del centralismo político y económico del partido? ¿La planificación central es indispensable a la cohesión de la Unión? Desde otra perspectiva: ¿Afganistán, la amarga experiencia, está influyendo en las tensiones nacionales?

Gorbachev poco o nada nos dice en su libro de estos planteamientos esenciales. Y ello cuando una de las principales diferencias, cuando no la causa de fricción entre él y su segundo —y eventual rival— Ligatchev, más centralista, menos privatizador y más rusófilo, reside en buena medida en una diferente concepción del tratamiento de las nacionalidades.

La «glasnost» ha tenido consecuencias en las nacionalidades. Y no solamente en ellas. Ha dado voz al grupo de rusófilos, eslavófilos, antisemitas agrupados en organizaciones como Pamiat.

Pamiat (la tradición), encabezada por el fanático antisemita Vassiliev, ha desarrollado una actividad demagógica que debe de contar con apoyos en círculos importantes de la dirección del partido. Pamiat está causando mayores estragos en la imagen de la Unión Soviética en Occidente —en especial en Estados Unidos— que las dificultades de verificación de la limitación de armas estratégicas.

De todo esto, nada, o casi nada, en el libro *Perestroika*.

Situación internacional

El análisis que Gorbachev realiza de la situación internacional, las grandes líneas de su política exterior, son lo mejor conocido de su obra en la opinión occidental. *Perestroika*, el libro, está en buena parte destinado a mos-



ALFONSO RUANO

trar una nueva faz internacional de la Unión Soviética. Por ello, para este lector esta parte del libro ha aportado menos horizontes nuevos, pero lo que se percibe no pierde ningún interés. Limitémonos a señalar lo esencial de esta parte de la obra.

La «perestroika» como orientación política se inició cuando aún dominaba un clima de tensión internacional. Hasta Reykiavik no se evidencia la posibilidad de acuerdo de reducción de armamentos. Las mismas relaciones entre las dos Alemanias tropiezan con grandes obstáculos, como se manifestó en la cancelación del primer proyecto de viaje de Honnecker a la República Federal de Alemania. Pero desde principios de 1985 —aún viviendo Chernenko y dominando la política exterior casi al 100 por 100 Gromyko— se pueden detectar signos de mayor flexibilidad. La obsesión es impedir o dificultar el desarrollo de la SDI (guerra de las galaxias). Para ello se está dispuesto a hacer concesiones en las INF y en las armas estratégicas. En la Conferencia de Desarme de Estocolmo, iniciada en enero de 1984, la Unión Soviética y sus aliados se venían mostrando menos inflexibles de lo que se hubiera podido esperar. Gorbachev no rompe, pues, con los antecedentes inmediatos; pero acelera el proceso y toma iniciativas, una tras otra, de suma audacia.

Comienza Gorbachev por sentar ciertos principios. Vivimos en un mundo de tensiones, complejísimo y en proceso de cambio vertiginoso. En este mundo las inflexibilidades son disfuncionales y, dada la situación nuclear, muy peligrosas. La única seguridad nace del diálogo y del desarme. Desde el XX Congreso del PCUS se había mantenido en la Unión Soviética que la guerra nuclear —y para el pensamiento estratégico ruso es difícil la separación de guerra convencional de nuclear— no podía en ningún supuesto ser victoriosa para ninguno de los dos bandos. Razones ambientales convertirían incluso una guerra convencional y limitada en una catástrofe general (a este respecto Gorbachev recuerda que en el área de un conflicto convencional se encuentran situadas unas trescientas centrales nucleares). Se impone el diálogo, y éste exige

una diplomacia abierta y no secreta. Lenin se había nutrido de Clausewitz. En la visión soviética desde fines de los setenta hay un cambio muy importante. En ningún momento se transmite en el libro el viejo dogma del perecimiento del capitalismo. Por el contrario, el supuesto es la coexistencia de los dos sistemas durante mucho tiempo.

En términos de doctrina militar, la consecuencia es el principio no de la superioridad estratégica, sino el de defensa nuclear y convencional suficiente. Principio declarado en la reunión del Pacto de Varsovia en Berlín en 1987 (y recogido en la reunión extraordinaria cumbre de la OTAN en marzo de 1988).

La concepción tradicional desde Stalin y la vigencia del eslogan de socialismo en un solo país era estatista en política exterior. Los frentes dentro de los estados capitalistas coadyuvaban al logro de los objetivos del Estado, pero éste era el único factor significativo. Ahora Gorbachev insiste en que en las relaciones internacionales se multiplican los sujetos.

El libro en esta parte está destinado al público occidental, fundamentalmente al americano. De ahí la extensión y detalle con que se trata la política americana. Pero esto no es mera táctica: la diplomacia soviética vive obsesionada por los Estados Unidos. En alguna ocasión he preguntado a los soviéticos del Mi-

nisterio de Exteriores cuánto tiempo y atención dedicaban a lo que no fuese los Estados Unidos o Alemania.

Respecto a América, lo esencial es el tono que trata de liberarse de cualquier maniqueísmo. Faltan las largas tiradas sobre el imperialismo, secuela inevitable del estadio actual del desarrollo capitalista. Por el contrario, admisión del carácter progresista de ciertas fases de la historia americana.

Lo mismo respecto a Europa. Si bien se reafirma la validez e intangibilidad de Yalta y Potsdam, se habla de un espacio europeo, de una Europa desde el Atlántico a los Urales, de una familia europea a la que Rusia pertenece. Es más, llega a decir que Europa y Rusia estuvieron unidas en la común pertenencia al cristianismo y en los credos liberadores que siguieron. Y se propugnan relaciones entre CEE y COMECON. Respecto a Alemania y a la cuestión alemana, clave de todos los equilibrios, el tono es moderado. Resaltan por su ausencia los tradicionales ataques al revisionismo y militarismo alemanes (se pasa, también, por encima del acuerdo Ribbentrop-Molotov).

Por primera vez desde hace décadas no se considera a los socialdemócratas europeos como socialtraidores. Por el contrario, llega a decir el autor que en materia de defensa algunas posiciones de aquéllos son conjugables con las soviéticas en materia de defensa. Hay menciones elogiosas para las posiciones de Genscher, Von Weizäcker, Andreotti y, en una ocasión, para Felipe González.

Momento decisivo

Una característica de la política exterior era el escepticismo respecto al Tercer Mundo, con la excepción de la atención a la India. Tampoco es un tema central en *Perestroika*. En un pasaje, hablando de Latinoamérica y tras mantener las tesis conocidas sobre Cuba y Nicaragua, y de afirmar que la revolución no es exportable, dice algo que parece indicar la admisión del principio de respeto a las zonas de influencia. Si bien se eluden los temas de Afganistán y de Kampuchea —en el primero ya habían tomado iniciativas a través de Naciones Unidas en busca de una retirada, por lo que el silencio parece motivado por el efecto en la opinión interior—, Asia y el Pacífico reciben atención en el libro. De hecho un cambio importante en la política exterior soviética desde Gorbachev es la búsqueda de una relación menos tirante con China, y una atención hacia el Japón, a pesar de las orientaciones armamentistas de los nipones desde 1983. En un pasaje señala que la estructura industrial de la Unión Soviética se orienta de Siberia hacia el lejano Este.

Es evidente que estamos en un momento decisivo de las relaciones Este-Oeste. También lo es que una evolución profunda —con todas sus dificultades, detenciones y aun retrocesos— en la Unión Soviética tendrá un efecto muy sensible en el clima político y cultural europeo.

Para seguir los desarrollos en curso es de suma utilidad leer el libro de Mikhail Gorbachev, *Perestroika*. □

RESUMEN

A juicio de Fernando Morán, la aparición simultánea, en varios idiomas, de un libro del líder soviético Mikhael Gorbachev, en el que —con el nombre, «perestroika», que ha hecho furor en Occidente— se expone la nueva filosofía política de la Unión Soviética, supone

un hecho político fundamental a escala mundial. Para Gorbachev la «perestroika» es una revolución, un cambio cualitativo y directo en las estructuras; todo esto ha provocado, piensa Morán, un momento decisivo en las relaciones Este-Oeste.

Mikhael Gorbachev

Perestroika

Ediciones B, Barcelona, 1987. 240 páginas. 1.550 pesetas.

Sobre arquitectura popular

Por Manuel Alvar

Manuel Alvar (Benicarló, Castellón, 1923) es catedrático de Historia de la Lengua Española en la Universidad Complutense de Madrid. Académico de la Real Academia Española y Premio Nacional de Literatura, es autor de numerosos trabajos lingüísticos y literarios, habiendo creado los Atlas lingüísticos del español.

Los libros son nuestra costumbre. Y, acaso por serlo, los vemos, los usamos, los queremos, pero nos dejan en nuestro propio silencio. Hasta que un día se abren las cataratas de la sorpresa y ya no hay palabras para la plática, sino el enmudecimiento del estupor. Aquel libro nos anonada y quisiéramos decir de él, pero el elogio es una mezquindad y la conversación técnica carece de sentido. Sin embargo, la propia dignidad exige que hablemos, porque gracias a aquel libro se han remejido los aposos de nuestra intimidad y han surgido a borbotones los sentimientos más encariñados. Pero tampoco es bastante por muy personales que sean esas actitudes. Hay algo que, desde el fondo de aquel pozo, sube como el agua rebosante y fresca en los arcaduces de la noria: es una serie de valores éticos, y patrióticos, y científicos, y de otras mil connotaciones con las que el libro se ha enriquecido. Tal vez ese conjunto de razones me sitúan ante esta obra, porque Carlos Flores nos ha justificado, desde tan lejos, desde sus muchísimos saberes técnicos, a unas gentes que caminamos por unas trochas muy apartadas de las suyas, pero un día las veredas se cruzaron y el lingüista encontró sentido a su propio quehacer. Ese día lo recuerdo muy bien. Yo regresaba de ¿Alemania? y estaba recién trasladado a Madrid. A mi lado, fidelísimo, abnegado, caminaba Julio Fernández-Sevilla. (Julio era un hombre cabal de una región donde «cabal» quiere decir cosas que rompen las trabas del diccionario. Julio, con Pascual González Guzmán, con Nicolás Marín, nos fue arrebatado estólida y brutalmente.) Buscábamos libros para nuestra cátedra, era invierno y la noche había cerrado. Una gran librería y una hermosa obra: Julio, esa portada es una casa del Pirineo aragonés, de los pueblos aquellos de mi tesis. Y pasamos de largo. Pero la fotografía quedó removiendo las soledades de mis comienzos como dialectólogo. Hoy los cinco tomos de una obra sorprendente: *Arquitectura popular española*. Su autor: Carlos Flores. Ahora, porque Julio me falta y sé quién es Carlos Flores, me acerco a ese trabajo que un día nos dejó atónitos y al que —desde mi quehacer científico— quisiera darle sentido.

Decir que el libro es único, de valor excepcional, que honra al hombre que lo hizo y al país que lo alumbró, tal vez sea justo y necesario, pero hay mucho más. He hablado de valores éticos. Detrás de cada obra va un hombre. Desconfío de quienes se creen grandes hombres; he conocido bastantes y no me parecen otra cosa que pobres diablos, hinchados como el perro aquel del prólogo que Cervantes puso a la segunda parte del *Quijote*. Y, sin embargo, he conocido grandes hombres por fortuna mía, muchos grandes hombres, de verdad. Sencillos, generosos, inciertos en su propio saber. Y, además, sin enterarse de su propia grandeza, porque los tales, al verse y al ver el mundo que les rodea, sonríen y se acodan sobre el balcón desde el que contemplan este gran teatro en el que vivimos. Un día los dejó Luciano de Samosata en la barca de Caronte; la barca era chica y había que arrojar las vanidades y pompas de la vida porque la lastraban y podían hundirla. Habían subido al esquiife Menipo, Mercurio y el Filósofo. Este era como muchos de su ralea, y se encara con Menipo: «Harías bien en dejar tu libertad, tu independencia, tu franqueza, tu buen humor, tu calma inalterable y tu risa sempiterna.» Pero Mercurio tercia: «De ningún modo: retén todo eso que son cosas ligeras, fáciles de transportar y útiles para la travesía.» Carlos Flores sabe mucho más que el Filósofo y pertenece al talante de los Menipos: con su trabajo hace enmudecer a los pedantes; con su calma, tiene tiempo de aprender de quienes enseñan; con su buen humor, piensa que todo es relatividad de relatividades. Carlos Flores es un sabio griego. Su obra está ahí y él no la exhibe ni la proclama. La descubrimos un día paseando —otra vez Grecia— y nos sentimos anonadados. Pero sus obras manan incesantes y diversas; esta *Arquitectura* es sólo una parte de su quehacer (su Gaudí, su España popular). Ahora pienso en los hombres del Renacimiento; sólo los currinches se abrumaban por el trabajo ingente, y es que en su limitación no saben que la fecundidad es un don de los dioses (porque se escandalizan de pensar que sea una bendición de Dios). Este es el hombre; por eso ha hecho una obra grande y duradera. Pero no bastaría con esto para escribir (mejor, publicar) unas cuartillas. Son otras cosas.

El patriotismo del trabajo

También he dicho que ésta es una obra patriótica. De nuevo el escándalo de los patos. Nacer en estos rumbos de la estrella no es cómodo. Resulta desazonante. Sin embargo, España es un país hermoso. Por sus cameros hay gentes admirables. España es un país

que —tal vez desde el siglo XVI— padece mil castas de lepidópteros, la más dañina de ellas se dedica a succionar en la polis. Hay que ir a los pueblos para que el espíritu no acabe engurruido, para que los pulmones respiren y para que el corazón lata con ritmo acompasado. El arquitecto se ha echado a los montes (y a los llanos y a las costas) de España y ha convivido con las gentes que poco cuentan en las historias que nos cuentan, pero que son las que hacen la Historia. En esos montes y en esos llanos y en esas costas de Dios, el arquitecto dice algo que el dialectólogo —el pobre ganapán que escribe estas cuartillas— sabe muy bien: su obra se ha hecho «sobre el terreno, partiendo de un conocimiento directo del tema (... es) algo obtenido esencialmente a partir de la propia realidad (...). He procurado meterme hasta el fondo en el ambiente popular (...). Esos ratos de sobremesa en la fonda del pueblo, en el café local, en el chigre o en la taberna, creo que de una u otra manera habrán contribuido a hacerme conocer mejor cuáles son los rasgos esenciales de ese modo de vida que llamamos "popular"».

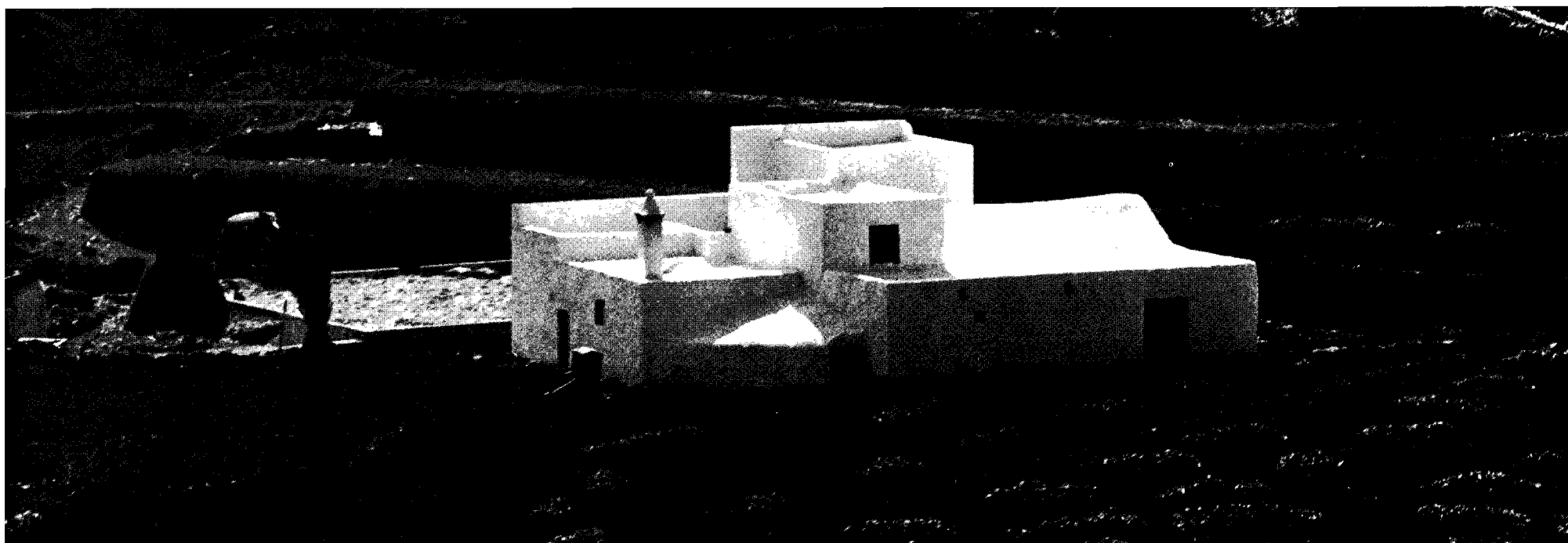
Esto solía ser noventa y ochismo. Pero que nos quede —sólo— la cartela con que caracterizar el arranque de ese modo de acercarse a las cosas. El 98 acabó pronto, aunque para siempre nos quedara a los hombres de esta tierra un gesto que nos identifica (y nos identifica con aquellas andanzas y visiones de pasión española). Carlos Flores, desde su 98 superado, intenta la gran obra de conocer a España. Es la lección de amor, de fidelidad, de generosidad que escribe este hombre en tiempos en que florecen los rencores, las deslealtades y las mezquindades. No diré que nadie se lea estos cinco grandes tomos (aunque bien útil le sería), sino que pase las páginas y vea miles y miles de fotografías de nuestros pueblos, de nuestras plazas, de nuestros hórreos, de nuestros aleros, de nuestros soportales, de nuestros cementerios, de nuestros..., y habrá acrecido su amor y su entusiasmo por este hermoso país al que nos empeñamos en empequeñecer con nuestras «viles pasioncillas vanas». Y el patriotismo está también en la presencia didáctica con que el libro se muestra. (¿Hará falta recordar de nuevo a Unamuno y Ortega?): junto a cada fotografía esas acotaciones en negrita nos están acercando al sentido de la realidad y de la historia, y con no pocas precisiones para que nuestro saber se abroquele en el conocimiento que lleva al amor. (El lector recuerda las apostillas con que Sánchez Albornoz ilustraba los grabados de *España, un enigma histórico*, y vuelve a pensar en el 98 y en ese «dolorido sentir» que ni la muerte nos podrá quitar.) Estas consideraciones, tan identificadas con la obra, me han hecho pensar —sin embargo— en la única discrepancia que

tengo con Carlos Flores. Porque en un momento escribe: «Cuando un tema como el de la arquitectura popular se halla tan estrechamente vinculado a las más diversas disciplinas —historia, economía, geografía, sociología, etnografía, etc.— cabe otro peligro para el que lo afronta en solitario, como es el de pretender pasar por todas esas cosas: geógrafo, historiador, economista, sociólogo, etc.» He escrito «única discrepancia». Tal vez sea excesivo. Hay una ausencia: el «etcétera» nos cobija, es verdad, pero acaso los dialectólogos no nos conformamos con ser etcéteras de economistas y sociólogos. Pero esta ausencia me permite una justificación y un poco de pandería (que también era una forma de saber entre los griegos).

«Wörter und Sachen»

He hablado de los valores científicos de esta obra, y las líneas que acabo de escribir me dan pie para volver sobre ello. Carlos Flores ha descrito sus atardeceres en las tabernas de los pueblos, o sus conversaciones en las posadas del camino. Muchas veces, por los ataques de nuestros montes o en las ventas solitarias, se ve a un dialectólogo con su máquina fotográfica, su grabadora y su cuestionario. El arquitecto y el buscador de palabras han coincidido, y hasta levantan juntos los planos de las casas y buscan las cosas tradicionales y se hastían con la adulteración que inventan quienes de pueblo tienen bien poco. También cuentan amigos comunes entre geógrafos y etnólogos y, por si fuera poco, además suelen ir solitarios. Esto me justifica de hablar, desde mi parcela dialectal, de una obra que, al parecer, nos debería ser remota; sin embargo, hay una línea de convergencia: es la que hizo que el dialectólogo se sintiera atraído por unos libros excepcionales y que, acaso, los pueda entender mejor que cualquier otro investigador. Veámoslo.

En 1909, Rudolf Meringer, lingüista de Graz, fundó la revista «Wörter und Sachen» («Palabras y cosas»); trataba de demostrar cómo la historia de la lengua iba unida a la historia de la cultura. Para él, «el futuro de la historia de la cultura está en enlazar la ciencia de la lengua con la ciencia de las cosas». Y en algún momento escribió: «el sabio de gabinete tiene a menudo tan poco de investigador como el cazador que, haciendo garabatos en un papel, caza borrones de tinta con papel secante». No merece la pena espigar más: hay que trabajar en el campo, después vendrá el quehacer en la biblioteca (¿pero no



Una vivienda campesina en Lanzarote (Canarias).

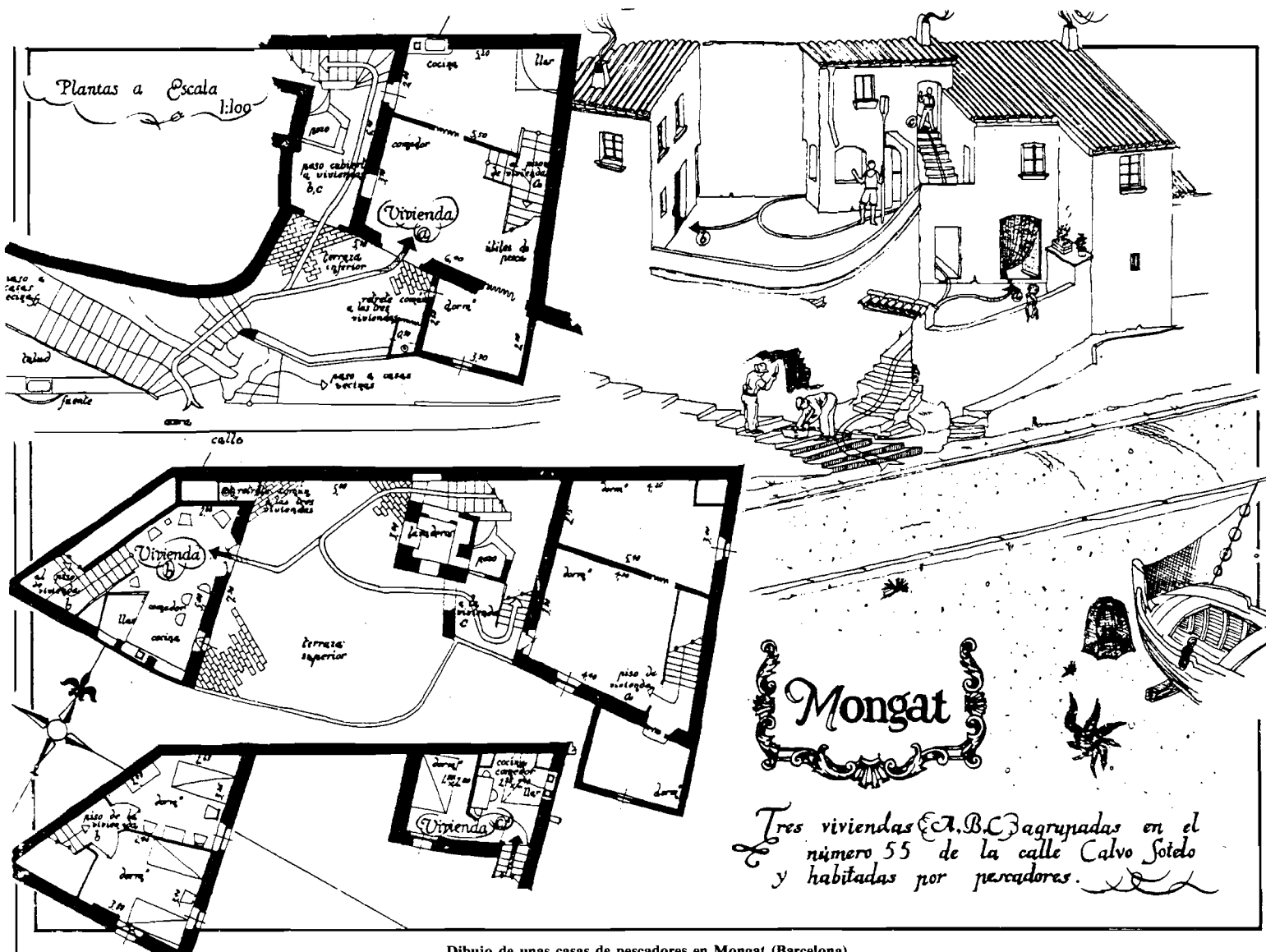
Viene de la página anterior



es esto lo que Carlos Flores nos ha dicho al frente de su obra?); hay que establecer vinculaciones de nuestra ciencia con la de los demás (¿pero no es esto la interdisciplinariedad de Carlos Flores?). Pero lo que resulta más sorprendente, o mejor, más coherente con los principios, es que Meringer hiciera multitud de estudios en relación con la casa, y esos estudios tuvieron —indirectamente al menos— no poca repercusión en España. Del viejo maestro son sus *Etymologien zum geflochtenen Haus* ("Etimologías enlazadas con la casa"), *Das volkstümliche Haus in Bosnien und Herzegovina* ("La casa popular en Bosnia y Hercegovina"), *Die Stellung des bosnischen Hauses und Etymologien zum Hausrat* ("La condición de la casa de Bosnia y etimologías del mobiliario"), *Das deutsche Haus und seine Hausrat* ("La casa alemana y su mobiliario") y otro sobre temas más concretos: *Zu französisch «landier»* ("Acerca del francés 'morillos del fuego'"), *Beitrag zur Geschichte Ofen* ("Contribución a la historia de los hornos"), etc.

Esta postura científica motivó pronto una ruidosa polémica con el gran Hugo Schuchardt, cuya obra se adscribió en algún momento a este método. Son éstas cuestiones que no nos interesan ahora. Sí resulta importante aducir, por cuanto significó para nosotros, la escuela de Hamburgo y el nombre ilustre de Fritz Krüger. Desde 1923 trabajó incansablemente en la Península Ibérica y a ella envió a sus discípulos: las monografías fueron innumerables (*Vocablos y cosas de Sanabria, Die gegenstand Kultur Sanabrias und seiner Nachbargebiete*—"La cultura material de Sanabria y de sus regiones limítrofes"—, *El léxico rural del Noroeste ibérico, Die Hochpyrenäen. Haus und Hof*, tomos I y II—"Los altos Pirineos", "Casa y corral"—), y los nombres de sus alumnos no se pueden silenciar (Giese, Bergmann, Messerschmidt, Wilmes), por más que sólo citemos a quienes se dedicaron a temas afines a los de la obra que comento, y aún habría que aducir otras investigaciones como las de Rohlf's o Griera que pueden relacionarse con los «trullis» baleares. Pero no queda aquí el interés que la obra de Carlos Flores tiene para los estudios dialectales. Mucho antes que Meringer naciera hubo un par de precursores españoles (Sarmiento y Jovellanos) que, si en el plano de la teoría son de importancia capital, en el estudio de hechos concretos no puedo silenciar la monografía de Jovellanos sobre el «hórreo» que nos afecta ahora: al estudiar las palabras («horrio», «pegollo», «traba», etc.), tuvo que plantearse el estudio morfológico de la construcción, lo que le llevó a unas conclusiones muy importantes, por cuanto le mostraron que el hórreo no es latino ni árabe, sino prerromano; después, los romanos lo adquirieron y perfeccionaron, sustituyendo con voces propias las que pertenecían a la tradición originaria. Y otro después, un polaco, Eugeniusz Frankowski, y unos españoles (J. M. de Barandiarán y J. de Larrea) ilustraron las cosas desde eso que llamamos ciencia y aun estudiaron el «garaixe» (hórreo) agregado al caserío.

Pero el nombre de Meringer nunca podrá ser olvidado: de sus trabajos salió la aplicación del estudio de la etnografía a la lingüística, cuya floración más espectacular fueron los atlas lingüísticos. Por 1928, Jud y Jaberg llamaron al suyo *Sprach- und Sachatlas Italiens und Südschweiz* ("Atlas lingüístico y etnográfico de Italia y Suiza meridional"); de ahí en adelante, todos los atlas lingüísticos vienen siendo etnográficos y, lo que no podemos callar, en Andalucía, Canarias, Aragón, Navarra, Rioja y Santander, la casa ha sido motivo de continua preocupación: la arquitectura, los materiales de construcción, la forma de los edificios, los enseres, todo se ha estudiado con interés. Volúmenes completos de esas obras se han dedicado a la «arquitectura popular» y sus dominios concomitantes. Y acaso nos encontremos a gusto: sabiéndonos amparados los dialectólogos por maestros de



Dibujo de unas casas de pescadores en Mongat (Barcelona).

muy diversos saberes y, aunque trabajemos en nuestra propia soledad, sentir que los etnólogos no nos desamparan (¿cómo olvidar lo que de la casa andaluza dijo Julio Caro Baroja a propósito del tomo III del atlas regional?) y ahora —queremos creer— que tampoco los arquitectos. Entre todos sabemos todas las cosas. Relatividad que nos cura de petulancias, pero que nos ampara cuando no sabemos. Y recordamos a lingüistas que han estudiado la casa popular de Jaén, o la de Aragón, o la de Navarra, o la barraca valenciana.

El hombre solitario

El dialectólogo que se ha asomado a esta obra ha leído que el arquitecto buscó el apoyo de algún geógrafo, como H. Lautensach, al que él ha recordado —también— al estudiar los arabismos del español; con etnólogos, a los que en muchas ocasiones ha buscado; con geólogos, que han dado sentido a la ordenación lingüística (y con quienes trabajó en el Pirineo); con historiadores, que le explican la distribución de los hechos dialectales. Nos hemos solidarizado, aunque tantas y tantas veces, como Carlos Flores dice, acabemos haciendo la obra solos. Bien lo sé. Y siento desconfianza de los trabajos colectivos. La ciencia, incluso en países de gran solidaridad, se hace entre pocos, mejor, entre muy pocos. Aun en grandes conjuntos de bien trabada apariencia, el rendimiento sólo se da en grupos pequeños. Trabajé en el Instituto de la Lengua Japonesa de Tokio: una gran empresa, una gran solidaridad, una gran voluntad de entendimiento, pero los investigadores de cada tema no solían ser más de tres. Y en nuestros pagos, la insolidaridad, la envidia, la desidia, la vagancia, no nos hacen ser muy optimistas: lo que uno no pueda hacer, aunque sea con los dientes, no se hará; los demás (y no lo digo a humo de pajas) es probable que le destruyan lo estudiado, si es que le han dejado hacer algo. No es pesimismo, sino sentido de la realidad. Esta obra, ingente, abrumadora, bellísima, se ha hecho por un hombre: ¿La hubiera llevado

a cabo un gran equipo? Lo cierto es que de otro modo no se ha hecho todavía. Y esas obras proyectadas con munificencia acaban en el despilfarro del dinero del contribuyente. Con muy pocos medios, sin dotaciones fijas, sin nada de nada, resulta que aquí salen obras como ésta. ¿No será ése el milagro español? Cuando pensamos en otros países, la admiración nos corroe: mapas en los que trabajan juntos geógrafos, geólogos, cartógrafos, lingüistas. No son mejores esos mapas que los nuestros. Y en el fondo del alma deseo que los nuestros sean los mejores.

Hoy nos hablan mucho de identidades, de raíces y demás tópicos al uso. No suelen ser sino zarandajas de muy poca cuenta. Porque las otras, las grandes, las trascendentes verdades bien nos las sabemos y se las sabía el español cuando pisaba las sendas (y las selvas) del ancho mundo, o cuando surcaba los mares antes nunca navegados. Esta obra nos da a todos una emocionante lección de solidaridad (y de identidad); así somos, variados y uniformes, como en el espejo de nuestras lenguas. Así vivieron años y años los hombres que enmudecieron hace siglos, pero cuya voz la hacemos vibrar nosotros. Cada ciudad —dicen los teóricos del urbanismo— tiene su voz propia, como la tiene cada casa, o cada hombre. Es la persistencia, tenaz y fidelísima, a la llamada de la tierra. Contra la degradación

de nuestras verdades y la falsificación de tanto Sardanápalo como ha destruido nuestras costas, estos libros nos dicen el saber del hombre que durante centurias y centurias ha vivido, amado y muerto sobre un parvo pegual. Experiencia repetida para que nosotros seamos y para que nos identifiquemos con el saber acumulado de cien generaciones que hablan con voces de silencio.

Como despedida

Debiera hablar del contenido de esta obra admirable: ¿Cuántas páginas necesitaría? No lo hago y nadie crea que es más fácil callar. Para mí el silencio resulta más lacerante cuando tengo que elogiar sin reservas. Saber técnico, conocimientos bibliográficos, planos, mapas... Cuanto el más exigente pida, está aquí. El autor nos ha dado su mucho saber, pero saber no es contar los conocimientos técnicos de un oficio; cuando se sabe, el saber trasciende. Y esta obra es una gran lección de ciencia, de sacrificio sin límites, de amor y de perfección. Es una gran obra de patriotismo, de la única forma que encuentro aceptable el patriotismo: trabajar en silencio y lejos de alharacas y fanfarrias. Si cada español hubiera cumplido como Carlos Flores, ¡qué gran país sería el nuestro! □

RESUMEN

El lingüista Manuel Alvar explica en su comentario cómo ha llegado a interesarse por esta obra de arquitectura popular que, en principio, parece estar alejada de su campo habitual de investigación. Pero el lingüista, que ha rastreado amplias zonas españolas con el

fin de realizar sus atlas lingüísticos, se encuentra, con gusto, con esta España monumental y popular que le ponen en el camino los cinco volúmenes de Carlos Flores, quien, dice Alvar, ha intentado la gran obra patriótica de conocer a España.

Carlos Flores

Arquitectura popular española

Cinco volúmenes, Aguilar, Madrid, 1986 (reimpresión). 420, 543, 555, 402 y 445 páginas. 61.500 pesetas en total.

Panorama de las religiones

Por Julián Marías

Julián Marías (Valladolid, 1914) es doctor en Filosofía y miembro de la Real Academia Española. Ha sido profesor visitante en universidades norteamericanas y catedrático titular de la Cátedra Ortega y Gasset de Filosofía Española. Entre otros libros es autor de Antropología metafísica y España inteligible.

Ha sido tradicional que las religiones se miran entre sí con malos ojos, incluso con manifiesta hostilidad. Todavía quedan restos de esa actitud en el mundo, y se podría decir que se ha intensificado en los últimos decenios, aunque no por parte de los cristianos. Hace muchos años, cuando me familiaricé con las formas de la vida en los Estados Unidos, advertí que en Europa se insistía preferentemente en el contenido de la «creencia», lo cual conducía a ver como «error» la creencia distinta, mientras que en los Estados Unidos se fijaba sobre todo la atención en la adoración o culto («worship»), y así las diversas religiones —o confesiones— aparecían como diferentes formas o estilos de «worship»; aparecía más la semejanza que la diferencia, lo que une más que lo que separa.

Es evidente que desde el Concilio Vaticano II esa actitud se ha difundido, se ha hecho dominante en la Iglesia católica y en casi todas las confesiones cristianas. Otras religiones, sin embargo, se han endurecido y han renovado su carga de exclusivismo y fanatismo; casi siempre esto se ha aliado con la política, en una intrincada combinación de servicios mutuos.

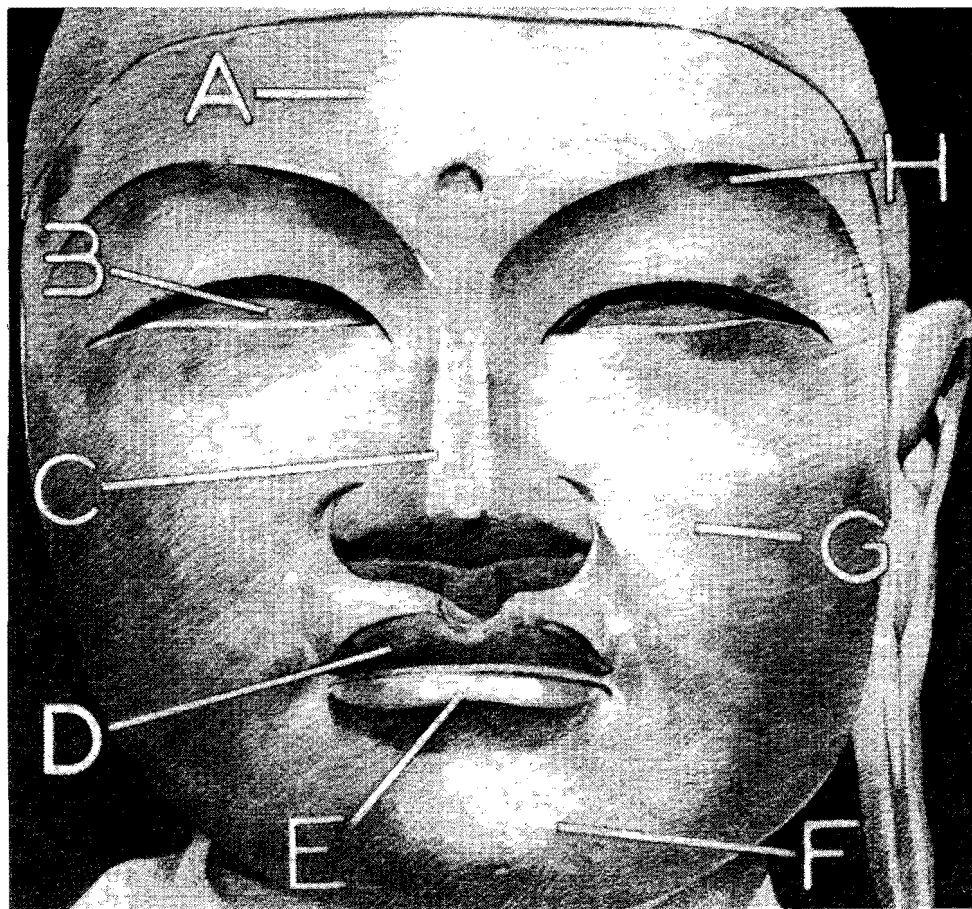
Espíritu de comprensión

El espíritu de comprensión, de interés intelectual, de estimación general de lo religioso, domina un grueso libro de 1.890 páginas de gran formato, que acaba de aparecer en traducción española: el *Diccionario de las Religiones*, dirigido por el Cardenal Paul Poupard (publicado originariamente en francés por las Presses Universitaires de France). El Cardenal Poupard, del Secretariado para los No-Creyentes, es desde hace cinco años Presidente ejecutivo del nuevo Consejo Pontificio para la Cultura, mínimo organismo de catorce miembros de todo el mundo al que pertenezco desde su fundación. Paul Poupard fue durante bastantes años director del Institut Catholique de París; su competencia intelectual, su amplio saber se han unido siempre a una postura abierta y cordial: intenta «entender» y «comprender»; excelentes condiciones para dirigir un *Diccionario de las Religiones*, en el cual ha colaborado con treinta y un artículos.

Es una obra casi íntegramente francesa; la inmensa mayoría de los colaboradores pertenecen a esa lengua y cultura, con muy pocas excepciones (Hans Urs von Balthasar, el Cardenal König y algunos más). Esto da a la obra una mayor uniformidad, lo que es positivo, y algunas limitaciones que podrían superarse.

RESUMEN

No siempre, recuerda Julián Marías, las distintas religiones se han visto entre sí con buenos ojos. Desde el Concilio Vaticano II las confesiones cristianas han acentuado su ecumenismo, a la vez que otras religiones han endurecido su exclusivismo y fanatismo. Con espíritu de comprensión,



ARTURO REQUEJO

El horizonte de este Diccionario es amplísimo. Cristianismo, judaísmo, Islam, las religiones de la India, las del Extremo Oriente, las de Africa, la América indígena, los esquimales, los polinesios, todo aparece recogido y estudiado, normalmente con competencia, concisión, breves bibliografías. En conjunto, este Diccionario es una obra espléndida para tener una información responsable de la inmensa complejidad de lo religioso en la historia y en el mundo actual. Los hombres de Occidente, aun los cultivados, suelen tener ideas muy vagas sobre las religiones pretéritas o las de otros continentes; el puesto que ocupan en esta obra va a permitir en adelante superar un estado frecuente de ignorancia, que por otra parte refluja sobre la interpretación de lo religioso en el mundo a que se pertenece. Tal vez hubiera sido deseable que para estas religiones se hubiesen escrito artículos amplios, capaces de dar una visión de conjunto; la multiplicación de artículos muy concretos es buena para el ya conocedor o para el especialista, pero no son fáciles de consultar para el que tiene escasa familiaridad con el tema.

Los artículos relacionados con el Concilio Vaticano II, sus consecuencias e interpretaciones, son muy numerosos. Las cuestiones relacionadas con la libertad religiosa están ampliamente tratadas, e igualmente las que se refieren a las diversas religiones y al ecumenismo. Las aportaciones de los últimos Papas están reseñadas y valoradas con precisión. Aparecen igualmente los nombres de autores que han escrito algo que muestra conexiones —positivas o negativas— con la religión; el

interés intelectual y estimación general de lo religioso, aparece este Diccionario de las religiones, que ha dirigido el cardenal Paul Poupard. La mayoría de los redactores pertenecen a la cultura francesa, hecho que, según Marías, le da uniformidad, pero también limitación.

número de los contemporáneos, sobre todo franceses, y también alemanes, es muy alto, probablemente excesivo, porque algunos tienen un valor muy discutible; sorprende, en cambio, que falte toda mención de Miguel de Unamuno, o de Zubiri, o, en otro orden, de Miguel Asín Palacios: ni siquiera se menciona su nombre, ni en las bibliografías, al hablar del sufismo; ni *Dante y el Islam* ni *El Islam cristianizado*, el extraordinario libro sobre Ibn Arabi o Abenarabi, son citados. Todo lo español está reducido a su mínima expresión, y esto no responde a lo que ha sido su realidad. Para poner un solo ejemplo, el insuficientísimo artículo «Santiago» no tiene más mención que ésta: «Según una tradición de la alta edad media, muy popular en España, su cuerpo habría sido trasladado milagrosamente a Santiago de Compostela». No se habla del camino de Santiago —que merecería un artículo independiente— ni de lo que ha significado para Europa entera durante siglos.

Reparos mínimos

Con todo, lo que me parece menos logrado en este excelente libro es lo que se refiere a la dimensión más estrictamente «religiosa» de las cuestiones tratadas. Hay un largo artículo, «Resurrección de Jesús», pero falta uno sobre la resurrección de todos los hombres —yo diría sobre la resurrección «de la carne», de tan enorme alcance religioso—. También es relativamente superficial el artículo «Credo», que merecería una información más extensa y rigurosa y cierta profundización en su sentido. Y «Creación» deja una neta impresión de insuficiencia, a diferencia del valioso y profundo artículo «Misericordia» o los muy amplios e informativos referentes al «Maniqueísmo» y su fundador. Y se echa de menos la presencia de Orosio, Osio, Prisciliano, San Anselmo, por los cuales se renunciaría de buen grado a una docena de nombres casi insignificantes.

Me parece un error que el artículo «Amor» no exista como tal, y se reduzca a unas referencias a otras voces, «Caridad» en el caso del cristianismo. La profundísima y original idea de que «Dios es amor» y, por consiguiente, la condición amorosa del hombre si es «imago Dei», se desdibuja al remitir a la

palabra «caridad», tan desgastada por usos secundarios y que elimina dimensiones esenciales; esto va contra la tendencia a rehabilitar el nombre «amor», que deja abierto el camino para una comprensión más honda de su significado. Y la parte teológica de ese artículo no profundiza en el núcleo de la cuestión; insiste demasiado en las acciones «prácticas» del amor como ayuda o justicia, con lo cual se recae en el sentido más estrecho de la caridad, y se deja borroso el contenido específicamente amoroso; o bien se insiste más de lo necesario en el comentario de diversas ideologías.

Estos reparos, mínimos si se tiene en cuenta la magnitud de este *Diccionario de las Religiones*, no se proponen más que señalar algunas deficiencias que fácilmente podrían ser superadas en sucesivas ediciones. Es menester subrayar la importancia de esta publicación, gracias a la cual va a ser posible dilatar y precisar enormemente los conocimientos religiosos, ya que son contadas las personas que disponen de medios para abarcar un horizonte de tal amplitud.

Lo religioso

El núcleo más persistente de descontento, al menos de inquietud, es la tendencia actual —y no sólo actual— a no tratar de modo estrictamente «religioso» lo que tiene que ver con la religión. Diversas instancias reclaman la atención hacia aspectos que, sin dejar de ser interesantes, son marginales o secundarios: la sociología, la economía, la política, la moral, la erudición. No son frecuentes los estudios en que lo intrínsecamente religioso ocupa el primer plano. Un *Diccionario*, y que se extiende al conjunto de las religiones que tienen o han tenido vigencia, tiene por fuerza un valor primariamente informativo, y es sumamente improbable que pueda hacer sentir lo religioso en formas que son remotas de nuestra sensibilidad. Pero siempre echo de menos, al tratar de cualquier religión, que se consiga ver que es eso, religión; y cuando se trata de las próximas a nuestra mentalidad, y sobre todo del cristianismo, ello es posible y reclamado por la índole del asunto.

Tal como es, este *Diccionario de las Religiones* es una obra de alto valor; imagínese, no obstante, lo que podría ser con una ligera torsión hacia la perspectiva que me parece deseable. Sería un maravilloso instrumento, capaz de completar al hombre de nuestro tiempo en una dimensión en la que está afectado por graves carencias. La trivialización de la religión, o su sustitución por otras cosas, es uno de los rasgos de la época en que vivimos. Frente a ello se advierten en ciertas porciones del mundo, sobre todo en el islámico, movimientos que insisten energicamente en lo religioso, aunque con caracteres que nos pueden parecer más ideológicos o combativos que otra cosa; si se trata de algo religioso, habrá que decir que es de otra forma de religiosidad, que dentro de la tradición cristiana no acaba de parecerlo. Y no puede menos de advertirse el contraste, tal vez peligroso, entre una religiosidad beligerante y una disolución en otras cosas de lo que se llama religión.

La propia excelencia y utilidad de la obra comentada hace sentir nostalgia de lo que podría ser su equivalente en otro temple que no pertenece forzosamente al pasado, sino acaso más bien al porvenir. □

En el próximo número

Artículos de José María Valverde, Vicente Palacio Atard, Rafael Lapesa, Elías Díaz, Miguel Herrero R. de Miñón, Olegario González de Cardedal y Sixto Ríos.

Cardenal Paul Poupard (director)

Diccionario de las religiones

Herder, Barcelona, 1987, 1.890 páginas. 12.000 pesetas.

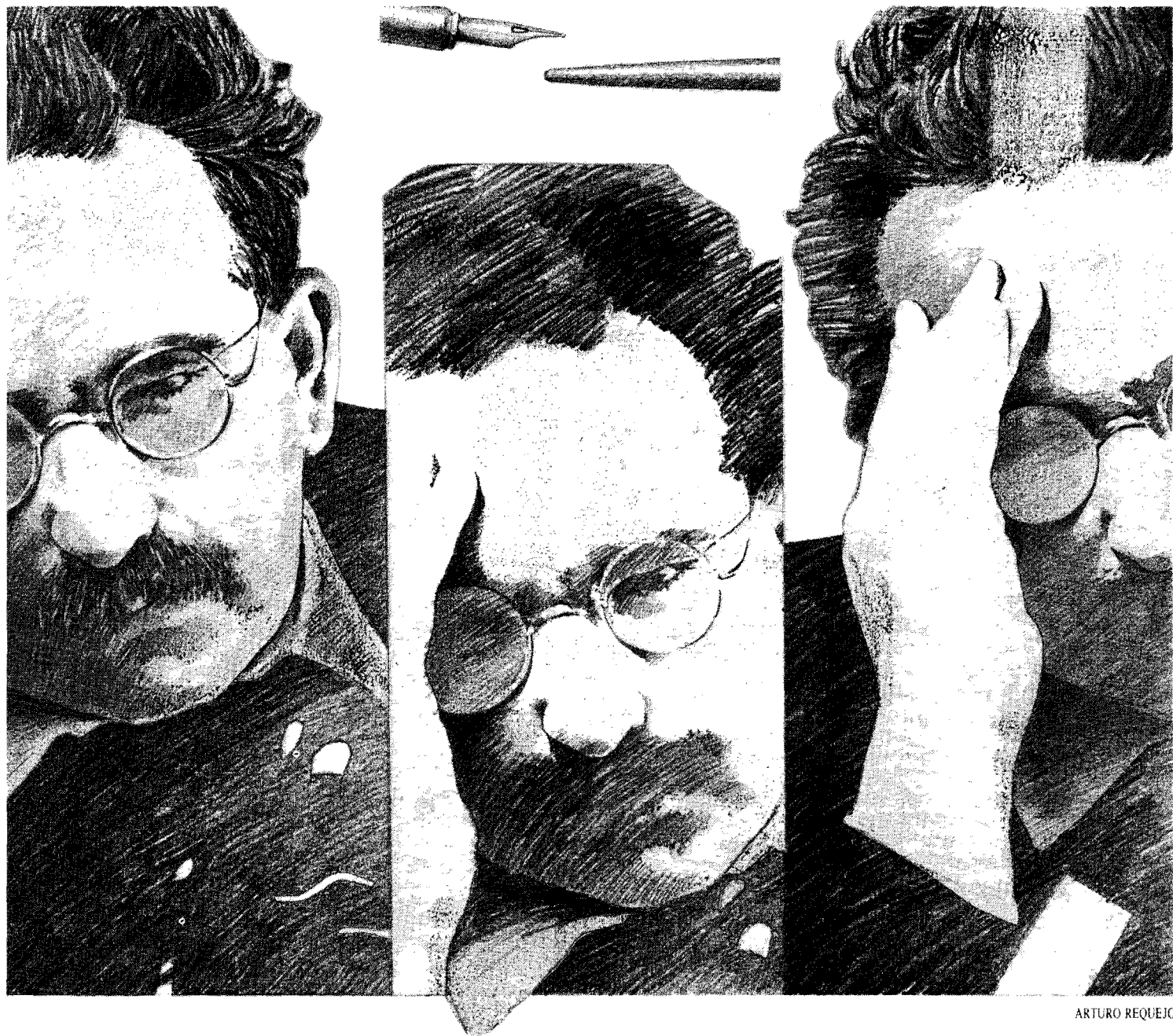
Fascinación de Walter Benjamin

Por José María Valverde

José María Valverde (Valencia de Alcántara, Cáceres, 1926) es catedrático de Estética de la Universidad de Barcelona, además de ensayista, poeta y traductor de Rilke, Eliot y Joyce, entre otros. Ha escrito con Martín de Riquer una Historia de la Literatura Universal.

El cementerio de Port-Bou domina, desde muy alto, un horizonte profundo de mar enmarcado de enseñadas y montes. Junto a la entrada hay una pequeña lápida: «Walter Benjamin / 1892-1940 / Filósofo alemán.» Es la respuesta anticipada a los visitantes que hace años empezaron a llegar preguntando por su tumba. Pues no hay tal tumba: los restos del «filósofo alemán» fueron a la fosa común cuando se suicidó, el 26 de septiembre de 1940, al ver que la policía española le iba a devolver a la Francia dominada por los nazis, de donde él había escapado a pie por los montes. (Lo cuenta Lisa Fittko, que le guió, en *Mi travesía de los Pirineos: Evocaciones 1940-1941*, traducción de Andrés Sánchez Pascual, Muchnik Editores, 1988.) Esa inútil fuga fue muy penosa para Walter Benjamin por su angina de pecho y por el peso de una gran cartera, que sería su único resto conservado, vaciada de sus papeles: símbolo, si se quiere —o «alegoría», en su propio término—, de su obra y de su persona, como sugerencia, como inacabamiento, como ambigüedad.

Walter Benjamin había sido un personaje en relativa penumbra dentro de la vida cultural germánica. Hijo de un marchante de arte cuya riqueza se evaporó en la inflación de los años veinte, Benjamin, aunque alérgico a la carrera universitaria, se doctoró formalmente en 1920 con una tesis sobre *El concepto de crítica de arte en el romanticismo alemán*, pero por el dictamen negativo de Horkheimer no se atrevió a presentar en Frankfurt su tesis de habilitación profesoral, *Ursprung des deutschen Trauerspiels*, publicada en 1928, y cuyo título mal cabe traducir literalmente como *Origen de la tragedia alemana*, porque uno de sus puntos básicos es el contraste entre la «tragedia» clásica y ese extraño género que fue el «Trauerspiel» barroco («spettacolo luttuoso», ha traducido algún italiano). La verdad es que este trabajo, con tanta profundidad como oscuridad en sus intuiciones, se saltaba toda consideración académica. Aparte de estas dos piezas doctorales y otra de análogo empeño sobre las *Afinidades electivas* de Goethe, el pensamiento más característico de Walter Benjamin fue el que se difundió entre nos-



ARTURO REQUEJO

otros desde los años setenta —entre nosotros y por todas partes: es difícil abrir hoy día una revista cultural italiana, o francesa, o de lengua inglesa sin hallar su nombre—. Jesús Aguirre, en España, y H. A. Murena, en Argentina, fueron buenos seleccionadores y traductores de Benjamin. Aquél, sobre todo, eligió y enmarcó sugestivos textos benjaminianos con agudos títulos: los *Discursos inte-*

rrumpidos, I (1973, ahora se anuncia un volumen II), reunían varios ensayos capitales; los tres volúmenes de *Iluminaciones* se titulaban: *Imaginación y sociedad* (1971), *Baudelaire, un poeta en el esplendor del capitalismo* (1972), después retitulado *Poesía y capitalismo*, y *Tentativas sobre Brecht* (1975); y ahora está anunciado el cuarto: *Imaginación y sociedad*.

Entre los materiales aquí ordenados destacan los procedentes de un vasto proyecto inacabado, *París, capital del siglo XIX*, donde las prosas del propio Benjamin se juxtaponen a una gran acumulación de citas sobre este tema —baudelaireano «traperero» de textos, se llamó él mismo—. (En alguna ocasión escribió Walter Benjamin que la mejor crítica sería la compuesta por un mosaico de citas, sin una sola palabra del crítico: en todo caso, él gustaba de tomar un texto para enmarcarlo con sus reflexiones, a modo de comentario talmúdico o de tratamiento plástico de un «emblema», o, en términos nuestros, una «empresa» a lo Saavedra Fajardo.)

El estilo de este Walter Benjamin más típicamente famoso como pensador es tan fascinante como sorprendente —y difícil, si se lee más de una página seguida—: Susan Sontag observó que sus frases parecen yuxtapuestas, sin enlace consecutorio entre ellas; también, mirando en conjunto, diríamos que sus textos —tómese como ejemplo característico el célebre *La obra de arte en la edad de su reproducibilidad técnica* (1936)— no son propiamente «discursos», en cuanto que no «discurren» desde las premisas de un punto de partida a la conclusión de un punto de llegada, sino que acumulan reflexiones sobre el mismo terreno, «marcando el paso» en el sentido militar del término, esto es, moviéndose rítmicamente, pero sin avanzar. (Ese efecto de movilidad sin desplazamiento, por cierto, se exacerbaría en algunos textos de ciertos autores que relucientemente acabaron por recibir mucho de Benjamin: así, Adorno en su *Teoría estética*.) Personalmente, el «estilo de pen-

En este número

Artículos de

| | | | |
|-----------------------|-----|----------------------------|-------|
| José María Valverde | 1-2 | Miguel Herrero R. de Miñón | 8-9 |
| Vicente Palacio Atard | 3 | Olegario G. de Cardedal | 10-11 |
| Rafael Lapesa | 4-5 | Sixto Ríos | 12 |
| Elías Díaz | 6-7 | | |

SUMARIO en página 2



Viene de la página anterior



Fascinación de Walter Benjamin

sar» benjaminiano yo no lo llamaría «interrumpido», sino más bien entrecortado, discontinuo, «puntual», como ahora está de moda decir.

El hecho es que, sobre todo desde que Benjamin deja atrás aquellos tres grandes trabajos aludidos de carácter casi académico, la peculiaridad de su estilo muestra ser adecuada expresión de una mente tan rica como indecisa, frenada por la misma profundidad de sus intuiciones y por la variedad de sus perspectivas. Sobre todo, hay en él una gran dualidad contrapuesta de referencias asumidas: primero, su judaísmo —estimulado por su amigo Gershom Scholem, luego maestro de la Cábalá—, y luego, superponiéndose a ello, su peculiarísima lectura del marxismo, descubierta gracias a su tercer gran amor, la regista teatral letona Asja Lacis. Nos sería fácil engañar a algunos lectores diciendo de modo simplista, por ejemplo, que el mesianismo judaico en Walter Benjamin asume caracteres de mesianismo político, etc. Pero la verdad es que en Benjamin nunca valen las síntesis ni los esquemas: por el primer lado, sorprende que su

conciencia lingüística —que debe mucho a W. v. Humboldt y a los vieneses de fin de siglo— tome el Génesis para una reflexión sobre el lenguaje, y también para aplicar a su trabajo crítico el modelo de los numerosos niveles de interpretación en el Talmud; pero, por el otro lado, también es curioso que la lectura benjaminiana del marxismo, al asumir su lección para saber ver en la historia las conexiones de lo más espiritual con lo más económico, la haga con unos tonos pesimistas como los del famoso trozo sobre el «Angelus Novus» en las *Tesis de filosofía de la historia*. En todo caso, ambas perspectivas quedan también inconclusas, abiertas: Gershom Scholem quedaría decepcionado al no poder incorporar a Benjamin al sionismo —como se ve en su apasionante *Correspondencia 1933-1940* y en su *Walter Benjamin, historia de una amistad*, Península, 1987—, donde se ven frustradas sus pretensiones de «concesionario» de Benjamin.

Epoca de fascinación

En el otro sentido, aunque el marxismo de Walter Benjamin estuvo a punto de llevarle a militar profesionalmente en el partido comunista alemán, al fin no se decidió, y no es fácil decir en qué medida contribuyó a ello su viaje a Moscú —diciembre de 1926 a enero de 1927— para ver a Asja Lacis, contado en *Diario de Moscú*: un diario especialmente sugestivo por no estar destinado a publicarse, si bien algunos de sus trozos se integraron en su crónica «Moscow», publicada en la revista «Die Kreatur», con dos firmas, como si estuviera escrita en colaboración con Asja Lacis. Este *Diario*, por cierto, recogido en *Gesammelte Schriften*, VI, fue traducido al inglés y anotado por Gary Smith, formando el número 35 de la gran revista norteamericana «October», de donde se han recogido aquí sus notas, pero no su sustancioso epílogo —no menos interesante que el inevitable prólogo de Scholem.

Con todo esto, cabría decir que estamos entrando en una época de fascinación por el Walter Benjamin «menor», en cuanto que su figura personal da unidad biográfica y totalizadora a una obra nada fácil de transitar. Pe-

ro, además, ocurre que en estos textos «menores» advertimos mejor que la raíz de toda la obra benjaminiana es poética, incluso en el sentido formalista y experimental de este término. Dicho de otro modo, Benjamin resulta ser sobre todo un «Dichter», un escritor creativo, y sólo a partir de ello ha podido aparecer como pensador («sui generis», eso sí), y aun, si se quiere, como «filósofo», según la piadosa lápida catalana. Esto ya lo pudo empezar a ver el lector español cuando en 1982 se publicó su *Infancia en Berlín hacia 1900* —a pesar de la poco agraciada traducción—: era una suerte de quintaesencia lírica, con algo del Proust a quien Benjamin tradujo, pero con una maravillosa concisión en sus estampas. Ahora, la raíz poética de Benjamin —me permito insistir en su doble aspecto: lírico y renovador de formas— se ve también en *Dirección única (Einbahnstrasse)*, «calle de dirección única», con el nombre de Asja Lacis como quien la abrió en el autor), fragmentos con algo de aforismos en la tradición francesa (y vienesa) —a veces, sueños; a veces, greguerías—,

con más de creativo que de conceptual. Y, en otra dirección, el Benjamin poeta en prosa está también sugestivamente en las páginas que se han titulado *El Berlín demónico: relatos radiofónicos* —de hecho, unas charlas para muchachos de 1929 a 1932; según su autor, un mero modo de ganar dinero, pero de una gracia y belleza extraordinarias—. Habría que asociarlas a sus *Hörmodelle*, estampas de teatro radiofónico que reconstruyeron momentos de la historia literaria germánica, y su colección *Deutsche Menschen*, cartas poco importantes de personajes alemanes, cada cual con un comentario no más extenso que ella: originalísimo aporte a la imagen de la historia alemana.

Así, el hombre Benjamin, a la vez amado y desvalido, perseguido y errante, nos fascina especialmente porque su imagen se une a su estilo de pensar —entrecortado, un poco a tientas, y por ello mismo más sugerente en sus golpes de intuición ambigua— como presencia de un poeta en prosa, tan líricamente sensible como formalmente creador. □

Qué es

SABER Leer

Con carácter mensual, la revista **SABER/Leer** es una publicación periódica, editada por la Fundación Juan March, que recoge comentarios originales y exclusivos sobre libros editados recientemente en las diferentes ramas del saber. Los autores de estos trabajos son distintas personalidades en los campos científico, artístico, literario o de cualquier otra área, quienes, tras leer la obra por ellos seleccionada, ofrecen una visión de la misma, aportando también su opinión sobre el estado del asunto abordado en el libro comentado.

Los textos contenidos en esta revista pueden reproducirse libremente citando su procedencia: «Revista crítica de libros SABER/Leer, Fundación Juan March, Madrid».

SABER Leer
Revista crítica de libros



Fundación Juan March
Servicio de Información y Prensa

Castelló, 77
Teléfono: 435 42 40
Telex: 45406 FUJM E
28006 Madrid
España

Depósito legal:
M. 40.038-1986
ISSN: 0213-6449
Impreso en: G. Jomagar
Móstoles (Madrid)

RESUMEN

Aunque en vida Walter Benjamin, el filósofo alemán que se suicidó en 1940 en la frontera francoespañola para no ser entregado a los nazis, no dejó de ser un personaje en relativa penumbra dentro de la vida cultural germánica, a juicio de José María Valverde,

desde los años sesenta, por el contrario, su figura y su obra no han dejado de ganar en reconocimiento y estima. Varios títulos, aparecidos en español no hace mucho, le sirven al profesor Valverde para adentrarse en lo que él mismo considera la fascinación de Benjamin.

Walter Benjamin

Dirección única

Alfaguara, Madrid, 1987. 104 páginas. 650 pesetas.

Diario de Moscú

Taurus, Madrid, 1988. 176 páginas. 1.290 pesetas.

El Berlín demónico: relatos radiofónicos

Icaria, Barcelona, 1987. 171 páginas. 1.104 pesetas.

Walter Benjamin/Gershom Scholem

Correspondencia 1933-1940

Taurus, Madrid, 1987. 304 páginas. 2.600 pesetas.

SUMARIO

| | Págs. |
|--|-------|
| «Fascinación de Walter Benjamin», por José María Valverde, sobre los libros <i>Dirección única</i> , <i>Diario de Moscú</i> , <i>El Berlín demónico</i> y <i>Correspondencia</i> , de W. Benjamin | 1-2 |
| «Angel Herrera, un hombre para la historia», por Vicente Palacio Atard, sobre los libros <i>El pensamiento de Angel Herrera</i> y <i>Conversaciones sobre Angel Herrera</i> , de J. M. García Escudero | 3 |
| «El mundo de la antigua lírica popular hispánica», por Rafael Lapesa, sobre el libro <i>Corpus de la antigua lírica popular hispánica</i> , de Margit Frenk | 4-5 |
| «Tierno Galván, libertario y socialista», por Elías Díaz, sobre el libro <i>Tierno Galván y otros precursores políticos</i> , de Raúl Morodo | 6-7 |
| «La disuasión selectiva», por Miguel Herrero R. de Miñón, sobre el libro <i>Discriminate Deterrence</i> , de autores varios | 8-9 |
| «El Cristo de los filósofos», por Olegario González de Cardedal, sobre el libro <i>La Christologie idéaliste</i> , de Xavier Tilliette | 10-11 |
| «Juegos, conflictos y negociaciones», por Sixto Ríos, sobre el libro <i>Analysing conflict and its resolution</i> , de P. G. Bennet | 12 |

Angel Herrera, un hombre para la historia

Por Vicente Palacio Atard

Vicente Palacio Atard (Bilbao, 1920) ha sido catedrático de la Universidad Complutense y es académico de la de Historia. Entre sus trabajos pueden destacarse: Los españoles de la Ilustración (Premio Nacional de Literatura 1964 para estudios históricos), La España del siglo XIX (Premio Nacional de Historia 1978) y los Cuadernos bibliográficos de la guerra de España 1936-1939.

Angel Herrera: un hombre para la historia, un hombre para la polémica. Se quejaba Fernández Almagro de que las «eminencias grises» de nuestra historia contemporánea apenas han merecido la atención de los historiadores. Son hombres que no saltan al primer plano del escenario, aquellos a quienes se entrevé moviéndose en la discreta penumbra desde la que se manejan los hilos de la trama en el gran teatro del mundo. Pocas veces sus biografías llegan a los escaparates de las librerías. Son con frecuencia los hombres silenciados, o incluso los hombres ignorados.

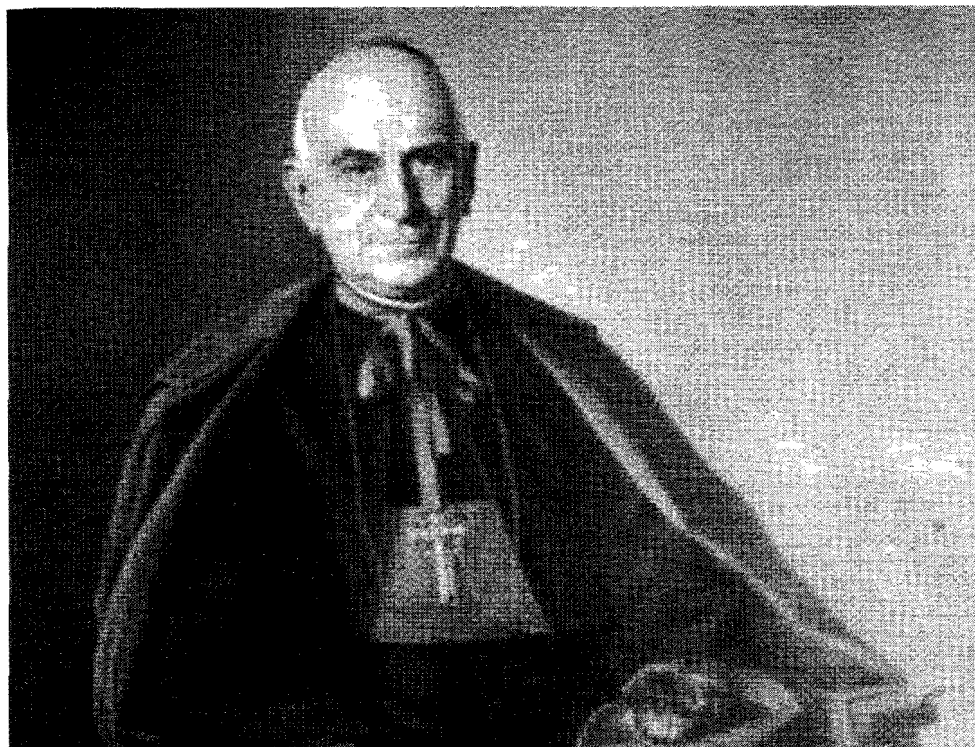
Ahora hace veinte años que falleció Angel Herrera. Su entierro en Málaga, de cuya diócesis fue obispo, se revistió de la pompa de quien había llegado a ser cardenal de la Iglesia. Las necrologías que se publicaron en la prensa hablaron de la influencia de su vida y de su obra. Veinte años después, si preguntamos por él a las gentes jóvenes que surgen a la vida pública después de su fallecimiento, apenas les sonará su nombre y difícilmente sabrán situarlo en el tiempo y en el espacio histórico.

A llenar en parte el vacío bibliográfico en torno a Herrera contribuyen los dos tomos que José María García Escudero ha publicado con los títulos de *El pensamiento de Herrera. Antología política y social*, el uno; y *Conversaciones sobre Angel Herrera*, el otro. No constituyen estas obras el estudio exhaustivo de la vida y obra del biografiado; pero son la más importante aproximación a ese examen biográfico. El autor es de sobra conocido y no necesita presentación. García Escudero viene realizando desde años atrás un tenaz esfuerzo de análisis histórico de nuestra España contemporánea en que se denuncian las raíces de nuestras discordias civiles y se subrayan las tentativas de los conciliadores. Hace pocas semanas ha presentado otro libro suyo precisamente con el título *Los españoles de la conciliación*, en uno de cuyos capítulos centra la figura de Angel Herrera.

Desde esta perspectiva de «los conciliadores» enfoca García Escudero la vida y obra de Herrera. Hay en los dos volúmenes mencionados un intento de comprender a Herrera con respetuosa devoción no exenta de sentido crítico. No se trata de una apología. El mejor homenaje que se debe tributar a Herrera, dice el autor, no es el de la alabanza, sino el de la verdad, con sus luces y sus sombras. Incluso pretende García Escudero la comprensión inteligente de quienes han sido sus detractores, de las razones o sinrazones de los discrepances. En una palabra, son dos libros abiertos al diálogo.

Documentos y testimonios

En estos dos libros se reúnen materiales para una biografía. En el tomo de *Conversaciones* se transcriben más de cincuenta entrevistas con personas calificadas que conocieron y trataron a Herrera; se reproducen también nueve testimonios de coetáneos ya fallecidos, extractados de artículos o alocuciones. Algunos son de amigos que le conocieron bien por la frecuencia de su trato, como Sánchez de Muniain o Fernando Martín-Sánchez, y que le admiraron; otros, como el de José María Gil Robles, de compañeros en tareas comunes que, sin embargo, tuvieron con él graves roces y discrepancias.



El cardenal Angel Herrera Oria

Las «conversaciones» responden a lo que metodológicamente podríamos considerar «fuentes orales» para la historia, en las que tienen cabida desde la anécdota significativa hasta el juicio global razonado. Son testimonios para su posterior análisis por quien quiera hacer historia. La presentación del testimonio va precedida de una sobria, pero seria, indicación acerca del testigo y sus relaciones con el personaje sobre el que testimonia. Ya se sabe que en historia, y más en historia contemporánea, hay que conocer al autor del documento antes de interpretarlo. La utilización de este tipo de fuentes sabemos que exige circunspección y cautela, pero son una enriquecedora aportación, a veces de datos inéditos, y casi siempre de brochazos impresionistas que ayudan a matizar los rasgos de una vida sobre el paisaje de una época.

Tratándose de un conjunto tan extenso de testimonios, no todos resultarán de igual valor. «Es evidente que algunos de los entrevistados —dice García Escudero— habrían podido decir más, pero también es evidente que sólo ellos eran jueces de la discreción de su testimonio.»

La *Antología* responde a criterios de selección que tratan de poner de relieve los principios inspiradores del cristianismo militante de Herrera y la proyección de esos principios en las actuaciones políticas y las realizaciones institucionales por él llevadas a cabo. Como en toda antología de este tipo, a veces sabrán a poco los textos seleccionados, en ocasiones demasiado breves para que resulten suficientemente expresivos. En cambio, por excepción, García Escudero publica textos extensos de gran interés, como los relacionados con la famosa polémica que Herrera sostuvo, en 1955, con el ministro de Información Arias Salgado.

La selección de estos textos se ha realizado sobre el más completo conjunto de fuentes disponibles, unas impresas y otras inéditas, procedentes del archivo de Herrera, que se conserva en el Instituto Social León XIII. Por cierto, una fuente que hoy parece extraviada son las «memorias» incompletas que Herrera comenzó a dictar y de las que García Escudero pudo tomar algunas notas hace años.

Pero los dos tomos de García Escudero son algo más que un acopio de materiales. El de *Conversaciones* va precedido de un estudio introductorio, de más de cien páginas de apretada lectura, que constituye por sí solo un avance de la biografía que todavía se echa de menos.

La vida y la obra de Herrera se han prestado a la controversia. Azaña le llamó, con despectiva frase, «jesuita de capa corta». Jo-

sé Antonio Primo de Rivera consideraba la «Santa Casa» de Herrera como el «gran frigorífico» en que se congelaba el ímpetu de la juventud católica. Para algunos de sus coetáneos fue un hombre cortés, pero distante. Para otros, el guía exigente, pero acertado. En nuestros días, Lain ha rectificado anteriores opiniones suyas para subrayar la sensación de fracaso en que concluyen las principales obras de Herrera y el vacío cultural que cree se pone de manifiesto en ellas, su incapacidad para modernizar el arcaizante catolicismo español. A la controversia cultural puede agregarse la disputa política. Herrera, el católico del acatamiento a la República, según el principio del «ralliement» de León XIII, que no aprobó —y hasta rechazó en julio de 1936— el Alzamiento armado, fue luego, en virtud de ese mismo principio de acatamiento a los poderes constituidos, el hombre de la aceptación del régimen de Franco. (El P. Sopena censura su «descarado franquismo».)

Continuidad de una vida

¿Cómo era este hombre discutido? ¿Cuáles son las dimensiones auténticas de su obra?

García Escudero subraya, ante todo, la continuidad de una vida, que no debe partirse en dos etapas, la del seglar y la del eclesiástico. En mi opinión, aunque esa continuidad pueda ser necesario punto de partida para la interpretación biográfica, quizá sea conveniente establecerla para el análisis de su obra. Es verdad que el joven abogado del Estado, a quien en 1909 lanzaba el P. Ayala al apostolado seglar, siempre aspiró a consagrarse sacerdote, lo que realizó en Friburgo entre 1936-1940. Es verdad que su vida entera sólo se puede entender desde su fe profunda y su

vocación de apóstol. Es verdad también que, tanto el seglar como el eclesiástico, fue siempre un hombre de acción.

Este hombre de acción procede en todo momento según unos principios firmemente asentados, con una sólida formación escolástica, en la que tal vez se echa de menos el bagaje intelectual que hubiera podido acercarle mejor a la comprensión de la cultura moderna. Pero a él los principios no le sirven para el goce intelectual, sino para «hacer cosas». Fundador de obras, y hasta fundador incontinente le llama García Escudero, que las multiplica sin darle tiempo de rematarlas o perfeccionarlas. En todas ellas existe el propósito de formar minorías dirigentes y crear instrumentos para la reforma social, dentro de un proyecto cristiano que se inspiraba en Pío XI y Pío XII, los pontífices de quienes aprendió un cristianismo moderno, pero anterior al Concilio Vaticano II. Precisamente el Concilio le sorprendió a Herrera y, aunque lo aceptó con disciplina y sinceridad, no dejó de conturbarle.

El hombre de acción fue un educador. Creó el vivero en que creció un tipo humano, «el propagandista», de modo análogo a como en torno a Giner de los Ríos se formó «el institucionista». Si cayéramos en la tentación, siempre un poco engañosa, de establecer «vidas paralelas», podríamos emparejar a estas dos grandes figuras, Herrera y Giner, aunque su paralelismo revelara también un anacronismo, porque se distancian en el tiempo al menos una generación.

Pero la obra de Herrera no se circunscribe a los centros de formación de minorías selectas, sino que adquiere también una dimensión cultural y política más amplia. Una de sus grandes realizaciones fue La Editorial Católica y «El Debate», consiguiendo hacer uno de los mejores diarios de España y aun de Europa; así como la Escuela de Periodismo que fundó fue la primera en formar buenos profesionales. Es innegable la influencia de aquel periódico en la transformación de la mentalidad de la derecha confesional española. Gran parte de esta obra se deshizo con la guerra civil. También el proyecto político concreto, en tiempo de la República, la Acción Popular, cuya dirección —¿para bien, para mal?— endosó a Gil Robles, quedaría igualmente cancelado por la guerra.

Al considerar el conjunto de la vida y las obras de Herrera hay motivo para una reflexión seria sobre su incidencia en la historia española. Los mayores obstáculos no los encontró sólo en sus adversarios de la izquierda, sino con frecuencia en quienes se alineaban a la derecha. Su obra, en parte, sobrevive todavía, con las naturales adaptaciones a los nuevos tiempos. Pero de los testimonios y documentos que se recogen en estos libros y del bosquejo biográfico de García Escudero se deduce, a mi entender, la figura de Herrera como la del hombre de excepcionales dotes, pero que llega tarde a la cita de la Historia. ¿Cuáles hubieran sido los resultados de su obra si su vida no hubiera sobrevenido detrás del integrista finisecular, sino que se hubiera anticipado al mismo? □

RESUMEN

El historiador Vicente Palacio Atard, citando a Fernández Almagro, llama la atención sobre la sombra que envuelve a muchos de los denominados «eminencias grises» de nuestra historia más reciente. Es el caso del sacerdote y hombre de empresas periodísticas Angel Herrera,

sobre quien han aparecido dos libros: uno, en el que se recoge su pensamiento político y social, y otro de conversaciones con quienes le conocieron y trataron. Ambos, comentados por Palacio Atard, permiten hacerse una idea completa de la personalidad de Herrera Oria.

José María García Escudero

El pensamiento de Angel Herrera. Antología política y social

Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid, 1987. 328 páginas. 1.500 pesetas.

Conversaciones sobre Angel Herrera

Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid, 1986. 518 páginas. 1.200 pesetas.

El mundo de la antigua lírica popular hispánica

Por Rafael Lapesa

Rafael Lapesa (Valencia, 1908) ha sido catedrático de instituto de Lengua y Literatura y de Historia del Español en la Universidad Complutense. Académico desde 1947, en la actualidad es director de la Real Academia Española. Entre sus obras destacan: Historia de la Lengua Española, De la Edad Media a nuestros días y Garcilaso: estudios completos.

Ventitrés años llevaba don Ramón Menéndez Pidal dando a conocer la existencia de una épica autóctona y tradicional castellana cuando en 1919 inauguró el curso del Ateneo madrileño disertando sobre «La primitiva poesía lírica española». Aquella conferencia fue una nueva revelación: descubrió otro tesoro poético, también castellano y tradicional, consistente en poemas anónimos sumamente breves destinados a servir de cabeza o estribillo a canciones que los glosaban, repitiéndolos enteros o en parte al final de cada estrofa; cancioncillas que hablaban de un vivir primario, sencillo y fundamental, auroral y eterno: naturaleza, amor, pastoreo, labranza y montería, encuentros de viajeros y serranas, fiestas y romerías. Tales estribillos y sus glosas formaban parte de la poesía que el Marqués de Santillana estimaba de «ínfimo grado», hecha «syn ningund orden, regla nin cuento», a diferencia de la cortesana, sometida a preceptiva rigurosa; eran, según él, cantares que, junto con los romances, alegraban a las gentes «de baxa e servil condición». Sin embargo, el gran señor no era ajeno al atractivo de aquella lírica desdeñada: en ella se había inspirado para labrar sus refinadas serranillas; y él mismo (si es cierta la atribución no controvertida hasta mediarnos siglo) o un trovador más joven, Suero de Ribera (según tesis respetable), acudieron a estribillos de tradición popular para cifrar en ellos los sentimientos de tres gentiles damas que dialogan cantando de amores, y la decepción del autor que las ha escuchado escondiéndose tras los arbustos del vergel:

Aguardan a mí:
nunca tales guardas vi.
.....
La niña que amores ha,
sola ¿cómo dormirá?
.....
Dexalde al villano, y pene;
véngue me Dios de ele.
.....
Sospirando yva la niña
y non por mí,
que yo bien ge lo entendí.

Al llamado «villancico» del Marqués o de Suero de Ribera siguieron algunas composiciones que en la segunda mitad del siglo XV fueron recogidas por cancioneros áulicos y que también están inspiradas en la lírica tradicional anónima. Pero el acceso de ésta a los ambientes señoriales no se consumió hasta la época de los Reyes Católicos: el Cancionero musical de Palacio reunido entonces prueba que damas y galanes se deleitaban aplicando exquisitos artificios polifónicos a una producción lírica que parecía haber nacido espontáneamente de entre los trigos, como Lope de Vega había de decir de los romances un siglo más tarde. Las auras del Renacimiento les hacían sentir como obra de la Naturaleza todoparidora, y se les ofrecía tan perfecta en su simplicidad como las flores silvestres. Tras el Cancionero musical de Palacio registraron abundantes muestras de lírica tradicional otros cancioneros cortesanos y pliegos sueltos de difusión popular, acompañándolas muchas veces por glosas debidas a poetas de diverso nivel. El aprovechamiento de este caudal poético se acrecienta a lo largo de todo el siglo XVI y continúa en el XVII: líricos, novelistas y dramaturgos —algunos tan eximios como Gil Vicente, Cervantes, Góngora, Lope de Vega, Tirso de Molina, Quevedo y Calderón— in-

tercalan, retocan, refunden e imitan cantares de la herencia tradicional. Igual entusiasmo habían de sentir por ella los poetas de nuestro siglo.

* * *

Y no les faltaba razón: dos o tres versos leves bastaban a estas cancioncillas para captar la belleza y la gracia de un paisaje («Alta estava la peña, / nace la malva en ella»); el reflejo del sol en el agua del hontanar («Hilo de oro mana / la fontana: / hilo de oro mana»); el espejeo de las olas («Las ondas de la mar / ¡quán menudicas van!»); las lluvias y soles de la primavera abrioleña («Llueve, llueve, / palomica verde; / escampa, escampa, / palomica blanca»); la alegría del florido mayo («Entra mayo y sale abril; / ¡tan garridico lo vi venir!»). Con igual abstención de recursos ornamentales se cantaban los gozos y las cuitas del amor, las de la soltera a su pesar, las diabluras del viento con las ropas de Marilyn Monroe de entonces, y tantos y tantos aspectos del vivir diario y su entorno:

En la fuente del rosel
lavan la niña y el donzel.
En la fuente de agua clara
con sus manos lavan la cara,
él a ella y ella a él...

.....
No me llamen flor de las flores,
llamadme castillo de dolores.
.....

¿Con qué la lavaré
la flor de la mi cara?
¿Con qué la lavaré,
que bivo mal penada?
Lávanse las casadas
con agua de limones;
lávome yo, cuidada,
con penas y dolores.
.....

Levantóse un viento
que de la mar salía,
y alçóme las faldas
de la mi camisa.

La caza de altanería suministraba frecuentes metáforas y alegorías referentes al requerimiento y conquista amorosos («Halcón que se atreve / con garça guerrera, / peligros espera»); pero a veces no eran la garza ni el pico del halcón, sino la flecha de un ballestero, la que se clavaba en la presa voladora; así ocurre en un bellísimo villancico cuyas variantes piden atención. La versión más antigua es la recogida por Gil Vicente en su *Auto de Inês Pereira* (1523), según el pliego suelto sin fecha conservado en la Biblioteca Nacional de Madrid:

Mal ferida va la garça
enamorada;
sola va, y gritos dava.
A las orillas de un río
la garça tenía el nido;
ballestero la ha herido
en el alma.
Sola va, y gritos dava.

La *Copilaçam* vicentina póstuma (1562) sustituye el presente «va» por el imperfecto «yva», evocador de un pasado ilusorio, y suprime la glosa. Desaparecen, pues, la mención del ballestero y la del alma de la garza, con lo que se desdibuja la posible alusión a una mujer. El poema queda reducido a lo esencial, sin anecdota: el ave está malherida, enamorada y sola, y grita en su desamparo. No importa ya que represente metafóricamente a una mujer o directamente a una garza: se ha convertido en obsesionante símbolo del amor que lleva a la muerte. La versión que ofrece Diego Pisador en su *Libro de Música de Vihuela* (1552) coincide con la de la *Copilaçam* en eliminar lo anecdótico, pues suprime los tres últimos versos de la glosa; pero también omite el pie quebrado «enamorada», indispen-

sable para el valor simbólico, y altera el orden de los versos restantes mezclando los de la cabeza con los de la glosa, en los que introduce, sin embargo, variantes preferibles. Con ellas, con la cabeza de la *Copilaçam* y con el orden de la glosa según el pliego suelto, Damaso Alonso estableció así el texto crítico:

Malferida iba la garza
enamorada:
sola va y gritos dava.
Donde la garza hace su nido,
ribericas de aquel río,
sola va y gritos dava.

La versión restaurada mejora la del pliego suelto con el «yva» de la *Copilaçam* y tomando de Pisador el verso «ribericas de aquel río», que visualiza el río —ya no es «un río» cualquiera— a cuyas «ribericas» acogedoras se dirige el ave para morir. La reiteración de «sola va y gritos dava» refuerza la intensidad del lirismo. Es un texto crítico perfecto, en el doble sentido de la excelencia y de la obra completa, donde nada es inútil y nada falta. Pero también el escueto tríptico de la *Copilaçam* es perfecto y se basta a sí mismo; aislado y sin repetición, aumenta el eco misterioso de los gritos que la garza profiere volando solitaria hacia la muerte en tiempo impreciso y sin lugar determinado:

Mal ferida yva la garça
enamorada;
sola va y gritos dava.

El podador del villancico en la *Copilaçam*, fuese o no Gil Vicente, obró como los cantores de romances que se deshicieron de las peripecias del Infante Arnaldos y así apresaron la fantasía de sus oyentes con la canción prodigiosa del marinero, reservada para quien se embarcara con él en un periplo sin rumbo conocido. Uno y otros descubrieron que las melodías nunca oídas son más dulces que las escuchadas, como había de decir Keats ante los músicos esculpidos en el mármol de una urna griega. Abrieron ventanas al misterio, al sentimiento de lo inefable; acertaron a ser elocuentes insinuando lo que callaban, diciendo solamente lo preciso para que entrase en juego la imaginación del lector u oyente. Veámoslo también en otro de los muchos cantares tradicionales inspirados en la vinculación que hermana al amor y la muerte («Fratelli a un tempo stesso Amore e Morte / ingenerò la sorte», en versos de Leopardi tan recordados por nuestro don Miguel de Unamuno):

Dentro en el vergel
moriré;
dentro en el rosal
matarm'an.
Yo m'iva, mi madre,
las rosas coger;
hallé mis amores
dentro en el vergel.
Dentro en el vergel
moriré;
Dentro del rosal
matarm'an.

¿Por qué tiene la joven enamorada esta certeza de encontrar la muerte en el mismo huerto donde encontró al amado? ¿A qué obedece su presentimiento fatídico? ¿Lo causan angustias de conflicto interior como las que Melibea confiesa a Celestina? Nada nos dice el cantar: nos inquieta con enigmas que no formula. Sugiere, insinúa: en ello consiste en gran parte el encanto de esta lírica tan leve y tan honda, tan sencilla y tan certera. La poesía culta desarrolla y elabora los temas, describiendo puntualmente lo que perciben los sentidos o lo que halaga, atormenta, serena o exalta el alma; la lírica tradicional prefiere la mención ingenua y escueta. Garcilaso sigue morosamente, con orden perfecto, la progresiva acción del viento sobre la rubia cabellera y el cuello de una belleza juvenil:

... el cabello, que en la vena
del oro se escogió, con vuelo presto
por el hermoso cuello alto, enhiesto,
el viento mueve, esparce y desordena...

Un estribillo tradicional que corría de boca en boca en los siglos XVI y XVII se contentaba con decir:

Estos mis cabellos, madre,
dos a dos se los lleva el aire.

Otro paralelo significativo: Góngora, al celebrar los «frescos airezillos / de la primavera» y la sombra que en el estío dan los álamos, precisa con metáforas consagradas el color alterno que, al moverse las hojas, presentan su haz y su envés:

Álamos crecidos
de hojas inciertas,
medias de esmeraldas
y de plata medias,

mientras el dístico tradicional recogido por los músicos Juan Vásquez y Miguel de Fuenllana sólo habla de la contemplación gozosa de la arboleda brizada por el viento:

De los álamos vengo, madre,
de ver cómo los meneas el aire.

Pero estos cantarcillos, ¿no dicen mucho más de lo que literalmente dicen?

* * *

Con la valoración de esta lírica primitiva por Menéndez Pidal culminaba el interés posromántico hacia lo popular. El mismo año de su conferencia en el Ateneo aparecía el primer tomo del *Cancionero musical popular*, de Pedrell (1919-1922). En el ambiente de la Institución Libre de Enseñanza, del Instituto Escuela y de la Residencia de Estudiantes, la canción tradicional moderna y el folclorismo auténtico ejercían muy viva atracción, en armonía con la busca de las raíces hispanas por los hombres más representativos de la generación de 1898. Un poeta característico de ella, el hoy injustamente olvidado Enrique de Mesa, renovador de la tradición serrana del Arcepreste de Hita y del Marqués don Iñigo, pedía a Jimena Menéndez Pidal, niña entonces, que le cantase la copla «Ya se van los pastores / a la Extremadura», tan divulgada más tarde. En el Centro de Estudios Históricos hubo una sección de música y folclore donde trabajaron Eduardo Martínez Torner y Jesús Bal. Torner no sólo reunía notaciones musicales del Romancero oral, sino también canciones líricas tradicionales conservadas en pueblos y aldeas. Las *Cuarenta canciones españolas* seleccionadas por él (1924) y el *Cancionero musical* antológico que publicó en la Biblioteca Literaria del Estudiante (1929) anticiparon su muy valiosa *Poesía popular española. Índice de analogías entre la lírica española antigua y la moderna*, que apareció en la revista «Symposium», de Syracuse University, entre 1947 y 1950, y el volumen *Lírica hispánica. Relaciones entre lo popular y lo culto*, publicado en Madrid (1966) once años después de morir Torner exiliado en Londres.

Mientras tanto, a la reveladora conferencia de Menéndez Pidal habían seguido los nueve tomos reunidos por don Julio Cejador y Frauca con el título de *La verdadera poesía castellana. Floresta de la antigua lírica popular* (Madrid, 1921-1930, reimpresión de Arco/Libro, 1987). Es una enorme compilación que reúne abundantísimo tesoro de poesía lírica auténticamente tradicional, pero mezclada con multitud de imitaciones y glosas que no lo son y con obras pertenecientes a otros géneros; por otra parte, la clasificación según la forma métrica se revela insuficiente a partir del tomo II; y el conjunto produce la im-

Viene de la página anterior



FUENCISLA DEL AMO

presión de una ingente masa caótica (3.544 poemas) que el investigador no puede dejar de tener presente, pero siempre con cautela. Por aquellos mismos años Dámaso Alonso contagiaba a Federico García Lorca y Rafael Alberti el amor a la vieja lírica tradicional, al tiempo que preparaba su antología *Poesía española. Edad Media y poesía de tipo tradicional* (Madrid, 1935). En ella separa las canciones y villancicos tomados segura o presumiblemente de la tradición oral por poetas conocidos y un «Cancionero anónimo» donde selecciona 68 poemas que son verdaderas joyas. Después, en colaboración con José Manuel Blecuca, publicó una *Antología de la poesía española. Lírica de tipo tradicional* (Madrid, 1956; 2.ª ed., 1964), que representa ampliamente toda la producción románica peninsular (mozárabe, gallego-portuguesa, castellana y catalana) anterior al siglo XVIII, así como su prolongación judeo-española. La selección, hecha por tan buenos catadores de poesía, comprende más de 500 composiciones y está avalorada, además, por dos excelentes prólogos y abundante anotación. Y en 1968 apareció *El cancionero español de tipo tradicional*, de José María Alín, extensa antología de 941 canciones atestiguadas antes de 1605 y 24 más, casi todas citadas por Gonzalo Coireas en 1625. Dispuesto por orden cronológico, con gran cantidad de variantes y notas ilustrativas, y precedido por un valioso estudio, marcó otro progreso importante en el mejor conocimiento de nuestra antigua lírica tradicional.

* * *

Al otro lado del Atlántico, la investigadora mejicana Margit Frenk, inteligente, sensible a la belleza, provista de vasto saber y rigurosa en su labor, había publicado en 1966 otra antología de la *Lírica española de tipo popular*, cuya parte primera da muestras de los testimonios más antiguos (jarchas mozárabes, canciones de amigo gallego-portuguesas, cantares catalanes y castellanos); la sección segunda, siglo XV y Renacimiento, es la más nutrida, y distribuye sus 535 composiciones según los diversos temas; y la sección tercera contiene poemas sefardíes de tradición medieval. La colectora tenía en su haber importantes estudios previos sobre las jarchas y sus paralelos con la lírica medieval francesa

(que habían de culminar en el excelente libro *Las jarchas romances y los comienzos de la lírica románica*, 1975, reedición de 1985), y preparaba con Ivette Jiménez de Báez una deliciosa colección de *Coplas de amor del folklore mexicano* (1970), muchas de ellas cantadas también en La Montaña, Asturias y otras regiones españolas, mientras algunas proceden de estribillos cultos del Siglo de Oro. Justamente es la relación entre la poesía popular y la culta uno de los problemas que más acucian a Margit Frenk: con gran ecuanimidad expone y discute las teorías favorables a la prioridad de la una o de la otra en el citado libro sobre las jarchas y en el más breve *Entre folklore y literatura (Lírica hispánica antigua)*, de 1964, publicado en 1971 y reeditado en 1984. Este último contiene una insuperable exposición histórica de la poesía española de tradición popular medieval y de su valoración, así como una descripción, no menos excelente, de su mundo poético, estilo, temas y forma. Hecho importante para la historia de la canción tradicional (no señalado, que yo sepa, con anterioridad a Margit Frenk) es que desde finales del siglo XVI el auge de la lírica creada por autores cultos a la manera de la tradicional auténtica originó una nueva lírica popular que desplazó a la antigua. Así viven hoy, transmitidas oralmente, en Méjico o en España, cantares procedentes de Lope, Góngora y otros poetas de la época barroca.

Coronación de toda esta labor es el *Corpus de la antigua lírica popular hispánica (siglos XV a XVII)*, que Margit Frenk ha publicado hace pocos meses (Madrid, Editorial Castalia, 1987). Es una obra asombrosa por la riqueza del caudal reunido, la ingente bibliografía manejada, el rigor con que registra las numerosísimas versiones y variantes, la información que suministra acerca de cada cantar y, sobre todo, por la perfecta organización, fruto de criterios establecidos por una mente privilegiada. La exposición metodológica ocupa nada menos que 22 páginas, aleccionadas para cualquier investigador por muy dudo que sea. La compilación no incluye la lírica hispánica tradicional anterior al siglo XV mediado ni tampoco la posterior a 1700, aunque hace referencia a una u otra cada vez que un cantar ofrece analogía con ellas. Lo que reúne —según sus propias palabras— «son los productos de la moda popularizante que se inició hacia fines del siglo XV, y esos productos

conforman un conjunto heterogéneo de canciones y rimas: algunas, sin duda, arcaicas; otras, compuestas a la manera de aquéllas; otras, antiguas pero retocadas; otras, de nuevo cuño... «Esa es la lírica popular del Siglo de Oro» [...]. En su conjunto no es poesía medieval. Procede de ella y ha sido integrada a la cultura dominante: ha cambiado de signo». La colectora desecha los textos que cree excesivamente «contaminados por la poesía culta» y sólo da cabida a glosas cuando ofrecen caracteres de tradicionalidad popular. El total de cantares suma 2.388, pero como son muchos los casos de dos, tres o más versiones distintas, el total efectivo rebasa los 2.800: casi tantos como los allegados por Cejador, con la diferencia de no contener nada ajeno a la lírica de tradición popular y de no ser un caos, sino un maravilloso cosmos.

Para tamaña cosecha, Margit Frenk no se ha contentado con la ya muy nutrida de sus predecesores: ha examinado por su cuenta 144 manuscritos y centenares de impresos conservados en treinta y tantas bibliotecas. Tratándose de lírica principalmente transmitida por tradición oral, las variantes son innumerables, y en no pocos casos plantean el dilema de si corresponden a versiones distintas de un mismo cantar o a cantares diferentes. Tanto en esta cuestión espinosa como en la elección de cada texto base, la colectora se ha esforzado por eliminar decisiones arbitrarias, fijando un orden de preferencias a que atenerse. El aparato crítico de cada cantar o versión comprende la fuente o fuentes de donde se ha tomado; las variantes y otras indicaciones textuales; mención de la glosa o glosas y de las citas

de que fue objeto, así como de las antologías que lo han recogido; las circunstancias contextuales que lo enmarcan; contrahechuras «a lo divino» e imitaciones de diverso tipo; correspondencia con otros cantares antiguos o del folclore actual, paralelos románicos, etc. La abundancia y calidad de esta información son, en verdad, impresionantes.

Los cantares están distribuidos por temas y subtemas. Los de amores, claro está, son los más abundantes, ya sean de amor gozoso, ya «adolorido», ora expresen el desamor o el jugueteo de los enamorados; les siguen en número los de fiestas, música y baile; los hay de marineros y viandantes, labriegos, pastores, menestrales y pregoneros; lamentaciones, enechas noticieras, recuerdos de historias viejas; no pocos son burlescos o satíricos; y no faltan nanas y otras canciones infantiles. Dentro de cada apartado, los cantares se agrupan en secciones según afinidades de sentimiento, actitud, circunstancias, etc., representados por un verso del cantar más significativo, elegido para encabezar cada sección. De este modo se nos presenta en panorama ordenado el mundo y ambiente vital del que ha brotado la humilde y exquisita floración poética que los embellece.

La literatura hispánica tiene la gran fortuna de poseer la doble tradición popular y culta, cuya mutua influencia ha dignificado la una y ha rejuvenecido la otra. Gracias a la inteligencia, la sensibilidad poética y el insuperable esfuerzo de Margit Frenk podemos hoy gozar y conocer plenamente el precioso legado de los siglos en que ambas confluyeron. □

RESUMEN

El profesor Rafael Lapesa, director de la Real Academia Española, ha aprovechado la publicación del trabajo de una hispanista mejicana sobre la antigua lírica popular hispánica (libro que Lapesa elogia por la riqueza del caudal reunido, la ingente biblio-

grafía manejada y la información que suministra, entre otras razones), para repasar concienzudamente lo que se ha escrito, desde Menéndez Pidal a nuestros días, sobre esta vertiente lírica y popular de la literatura española.

Margit Frenk

Corpus de la antigua lírica popular hispánica (siglos XV a XVII)

Castalia, Madrid, 1987. LXXII + 1.250 páginas. 8.500 pesetas.

Tierno Galván, libertario y socialista

Por Elías Díaz

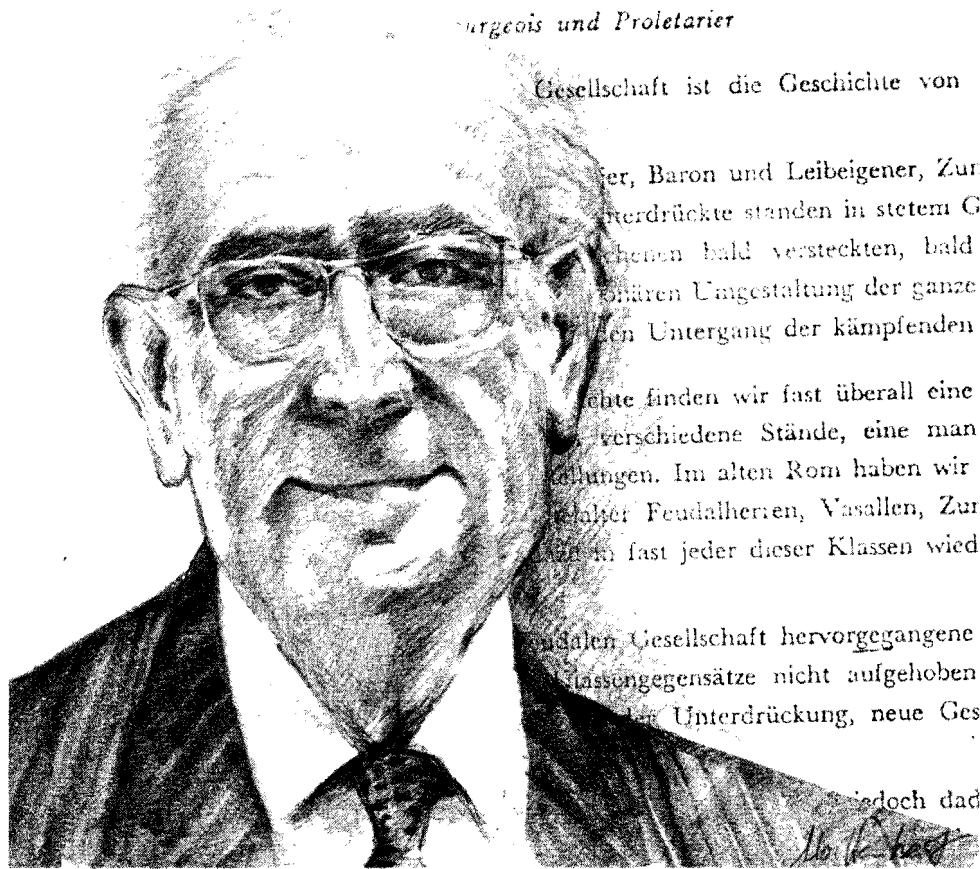
Elías Díaz (Santiago de la Puebla, Salamanca, 1934) es catedrático de Filosofía del Derecho en la Universidad Autónoma de Madrid y director de la revista de pensamiento «Sistema». Autor de Estado de Derecho y sociedad democrática, De la maldad estatal y la soberanía popular y La transición a la democracia: claves ideológicas.

Hará falta tiempo, y estudios serios y de fondo, para avanzar en el conocimiento de la compleja, poliédrica, personalidad y de la no «reducida» ni reducible obra intelectual de Enrique Tierno Galván (1918-1986). Pero se ha empezado bien, con alto nivel, lo cual impedirá o dificultará en el futuro distorsiones infundadas y posibles atrevimientos simplificados; y, por el lado positivo, ello contribuirá a dejar señaladas, para su mejor interpretación, orientaciones no indiscutibles, por supuesto, pero sí necesariamente atendibles y de suficiente peso por su documentación y reflexión. Junto a otras cosas de los primeros momentos (entre ellas permítaseme mencionar el número monográfico de «Sistema», 71-72, junio de 1986), ha llegado pronto el libro, el primer libro, pues quizá tenga que escribir más sobre él, de su discípulo y colaborador más cercano, íntimo y cotidiano, Raúl Morodo.

Bien consciente de esta circunstancia, y de su correlativa imagen, se adelanta Morodo a hacer constar que Tierno, «a diferencia de otros pensadores españoles relevantes, tendrá discípulos críticos, pero no epígonos o escoliastas dóciles». Estoy completamente de acuerdo con él, claro está, también por la cuenta que me tiene, pues —aunque con muchísima menor intensidad/extensión— también yo fui discípulo y seguidor suyo durante algún largo tiempo; y siempre he sido y sigo siendo ávido lector, y admirador crítico (aparte, como casi todos, de su atrayente personalidad) de sus escritos, libros, artículos, bandos y panfletos de todo tipo. Precisamente desde esa relación discipular, intelectual y política, en la que tanto aprendí, pude constatar, y me reafirmo ahora leyendo estas páginas, especialmente algunas, de Raúl Morodo, que —cuando se llegaba con él a un cierto punto (antes no)— Tierno era bastante «autoritario», aunque no sé si es ésta la palabra más adecuada: ejercía con firmeza y suavidad su fuerte autoridad moral e intelectual; admitía la discrepancia y escuchaba con atención, pero a la postre él decidía, aunque (demócrata) por lo general convenciendo o arrastrando a las mayorías. Yo cuando más le traté fue en la oposición política en los años sesenta: de ahí proviene sin duda esa impresión mía, ese recuerdo de irreductibilidad y resistencia que —desde luego— él siempre expresaba de manera matizada, evasiva e irónica. Tales cualidades, junto a su lucidez mental, su vasta cultura y formación (real o imaginaria a veces, pero eso era secundario pues igual operaba como revulsivo) y su palabra siempre precisa y rigurosa (sólo ambigua y equívoca cuando la realidad también lo era) es, asimismo, lo que yo más evocaré de él como profesor, como intelectual, desde aquella lejana y casi yerma Salamanca de los años cincuenta.

Revulsivo político

Pero también evocaré lo que con total justicia destaca Raúl Morodo en este emotivo y analítico libro, donde le une y le desune con otros muy importantes y plurales precursores intelectuales y políticos, al señalar que Tierno «por encima de todo ha representado el gran intelectual que actuó de revulsivo político y de conciencia ética de la sociedad española durante el franquismo». Eso es completamente cierto. En cuanto tal, como avanzado precursor, actuando siempre en complejas situaciones de transición —a pesar de todo,



siempre consideró, y consideramos, a la dictadura como transitoria—, fue a su vez «avisor brillante y anunciador comprometido» de la nueva democracia que él, con el conjunto de las fuerzas de la oposición, contribuyó a traer. Reasumiendo toda su biografía, en cuyo estudio Raúl Morodo enlaza expresamente propuestas intelectuales con actitudes políticas, escribe éste como final conclusión: «Tierno, en efecto, consiguió —en su vida intelectual política— tres cosas que juntas son inusuales: ser uno de los pioneros más cualificados y anticipadores de la democracia y de la reconciliación nacional, ser el intelectual de mayor significación crítica en la historia de la izquierda española, conseguir el más grande homenaje popular e interclasista en Madrid que un político, y al mismo tiempo intelectual, haya recibido en nuestro país.»

Pero este hombre que muere en «olor de multitud» había sido en 1939, en ese «mismo» Madrid, un vencido de la guerra civil: veintidós años, estudiante-soldado anarquista, solitario y orgulloso, «no aceptará la derrota —escribe Morodo— sino que reconvertirá el hecho, lo asumirá sin dramatismo» (...) y «adoptará una actitud peculiar: desde el margen, sin concesiones, irá esculpiendo una personalidad distante, pero no agresiva, y dentro de sus temas, comenzará su labor disolvente de la cultura de hibernación». Se va haciendo así desde entonces —años cuarenta—, desde el distanciamiento del conflicto bélico y la semiculturación prudente, el Tierno «finjido forzado», evasivo y gran simulador, pero —es importante insistir en esto— que se sirve de la simulación no para «instalarse» sino para sobrevivir, como sistema de defensa, y enseguida para «destruir y crear». Son también años de estudio, de amplias y sosegadas lecturas. Logra así tiempo después, en 1948, con dificultades, «sin concesiones ni estridencias» y con el profesor Carlos Ollero como su gran valedor y amigo, la cátedra de Derecho Político de la Universidad de Murcia. Serían éstos, desde su tesis doctoral en 1942, los años del «barroco como pretexto» (pero, no obstante, tomado muy en serio su estudio), etapa denominada «neotacitista» con predominio del criptolenguaje para la crítica a los tópicos y dogmas del franquismo desde la reflexión desmitificadora sobre la cultura y la política teológica de la España imperial.

Van ya quedando —creo— relativamente en claro los diferentes períodos de la biografía personal, intelectual y política de En-

rique Tierno Galván. Tras la síntesis hecha aquí por Morodo y con mis propias antiguas anotaciones (cfr. mi libro *Pensamiento español en la era de Franco*), yo me inclinaria a la siguiente estructuración, en buena medida, aunque no en todo, con él coincidente: 1) Años de formación, preguerra y guerra civil (1918-1939): además de a los *Cabos sueltos*, Morodo recurre aquí a las no muy prodigadas confidencias de Tierno sobre éstos y los siguientes tiempos de posguerra; 2) Años de supervivencia en la cultura de hibernación (1939-1953), años del barroco y el debatido «neotacitismo»; 3) Años (en Salamanca) «de despeje, neopositivismo, funcionalismo y Europa», etapa que yo acotaría entre 1953-1963 y que Raúl Morodo lleva hasta 1965, fecha de su expulsión de la Universidad y en la que se cifra por él el inicio del largo período de los «años de madurez» ya hasta su muerte pero con inflexiones importantes a lo largo de todo ese tiempo y —advierte— una «autorreducción en los finales seis años», todo lo cual exige —creo— una más explícita diferenciación; 4) Años de paso intelectual y político al socialismo (1963-1968), etapa tal vez la más importante de Tierno desde el punto de vista intelectual (que se prolonga con obras de ese mismo carácter en los primeros años setenta), y en mi opinión también la más equilibrada y abierta desde el punto de vista político; 5) Años de una cierta radicalización (de inspiración anarquista, insistirá Morodo) quizá más externamente política que intelectual de fondo (1968-1978), años del PSI y del PSP, de gran actividad pública, marcados por el final del franquismo y el inicio de la transición a la democracia, vividos muy próxima y contradictoriamente por su, en exceso, fiel colaborador Raúl Morodo; 6) Años, finalmente, de «autorreducción» los denomina éste, de unión con el PSOE (1978-1986) y como alcalde de Madrid desde 1979, con su vuelta lúdica y escéptica del barroco (muestra, los famosos *Bandos*), hasta esa inolvidable, injusta y prematura muerte, todavía no cumplidos los sesenta y ocho años, el 19 de enero de 1986.

En la organización formal de este esquema yo diferiría, como puede verse, de Morodo en adelantar algo la fecha (1963 y no 1965) que serviría como símbolo del paso político e intelectual de Tierno desde un antifranquismo liberal, funcionalista y europeísta (etapa 1953-1963), hacia un socialismo en buena medida inspirado por una flexible y personal interpretación del marxismo: con ello estable-

co una etapa más (1963-1968) que él absorbe —con implicaciones de fondo, claro está— en la más dilatada que llegaría ya hasta 1978. Me baso para destacar y diferenciar tal fecha y etapa en la publicación, precisamente en 1963, de su importante trabajo *Humanismo y sociedad* en el que, en mi opinión, hay ya claramente una actitud socialista y, con las matizaciones que se quieran, también tendencialmente marxista. Es allí —recuérdese— donde Tierno señala que, frente al reaccionario humanismo tradicional, humanismo de la falsa compatibilidad, hace falta un «nuevo humanismo» que destruya —dice— la diferencia entre ricos y pobres: «el nuevo humanismo —escribe aquí— tiene que pensar como el pobre». Y, a su vez, más allá de la cultura del fraccionamiento propia del posterior humanismo de la incompatibilidad y del capitalismo evolucionado de nuestro tiempo, Tierno augura en ese ensayo de 1963: «Del humanismo de la fracción dentro del marco de la sociedad capitalista saldrá la nueva unidad del mundo no capitalista, que, repito, será la nueva unidad entre el espíritu y las cosas.» Son ya, como puede verse, los mismos básicos elementos, «el espíritu y las cosas» a la búsqueda de la unidad, que estarán presentes con mayor complejidad en su *Razón mecánica y razón dialéctica*, de 1969; y en medio (1966) queda expresa huella, en este contexto, de la profunda y decisiva influencia de Baruch Spinoza.

Funcionalismo y socialismo

Me parece —y de ahí mi crítica— que Morodo no ha concedido toda la importancia debida a *Humanismo y sociedad*; apenas le dedica atención en su libro, lo sitúa todavía entre el «culturalismo crítico y lúdico» (pág. 205) y además, coherente con ello, lo fecha equivocadamente en 1958 (pág. 200), siendo así que dicho trabajo apareció en el número 29/30 del «Boletín» correspondiente, como digo, a 1963. Pero acierta y recuerda bien aquél al señalar que, tras su detención política y la de Tierno y otros, ocurrida en 1957, y tras las vicisitudes del prolongado procesamiento, ya a principios de los sesenta, es cuando en efecto «el funcionalismo —dice— se transforma en socialismo» (pág. 206). Téngase también en cuenta que es antes de 1965 cuando «Tierno, Donato Fuejo, Jorge Enjuto y yo —señala Morodo (pág. 207)— entramos en el PSOE (en 1964), pero —anota aquél— Tierno será expulsado apenas un año después». Con todo, y aun manteniendo esa fecha de 1965 como final de etapa, si bien advirtiendo que ello «exige algunas matizaciones», escribe no obstante Raúl Morodo (págs. 197-198): «Intelectualmente, antes de 1965 se había ya distanciado del neopositivismo (funcionalismo), y políticamente conjugará su apoyo y adhesión al monarquismo juanista liberal (Unión Española) y sus comienzos socialistas, todavía crípticos, y desde luego heterodoxamente marxistas. Si tuviese que dar una fecha de transición más correcta —dice ahora el propio Morodo y concuerdo plenamente con él—, daría la de 1963: en este año, en efecto, pasamos un semestre en la Universidad de Puerto Rico, y, tanto intelectual como políticamente, hay una evolución clara: releo a Marx y entra en él ya la idea de estructurar un movimiento socialista diferenciado del exilio más por razones históricas, como señalaré, que por razones ideológicas.» Sin embargo —añotaría yo—, no me parece que se compagine bien esa idea de una «estructuración socialista diferenciada», en 1963, con el señalado ingreso en el PSOE al año siguiente, en 1964. Por lo que se refiere al otro punto, al de la aproximación al marxismo, habría que recordar que muy probablemente el principal fruto intelectual de ese semestre en Puerto Rico, en el que «releo a Marx», será principalmente su *Humanismo y sociedad*. El socialismo y el marxismo de Tier-

Viene de la página anterior



no empiezan, pues, antes de 1965, propiamente en 1963. O, incluso, antes si admitiésemos que su crítica de 1961 a Costa —como «prefascista»— tiene influencias o reminiscencias, en mayor o menor medida, de origen lukacsiano.

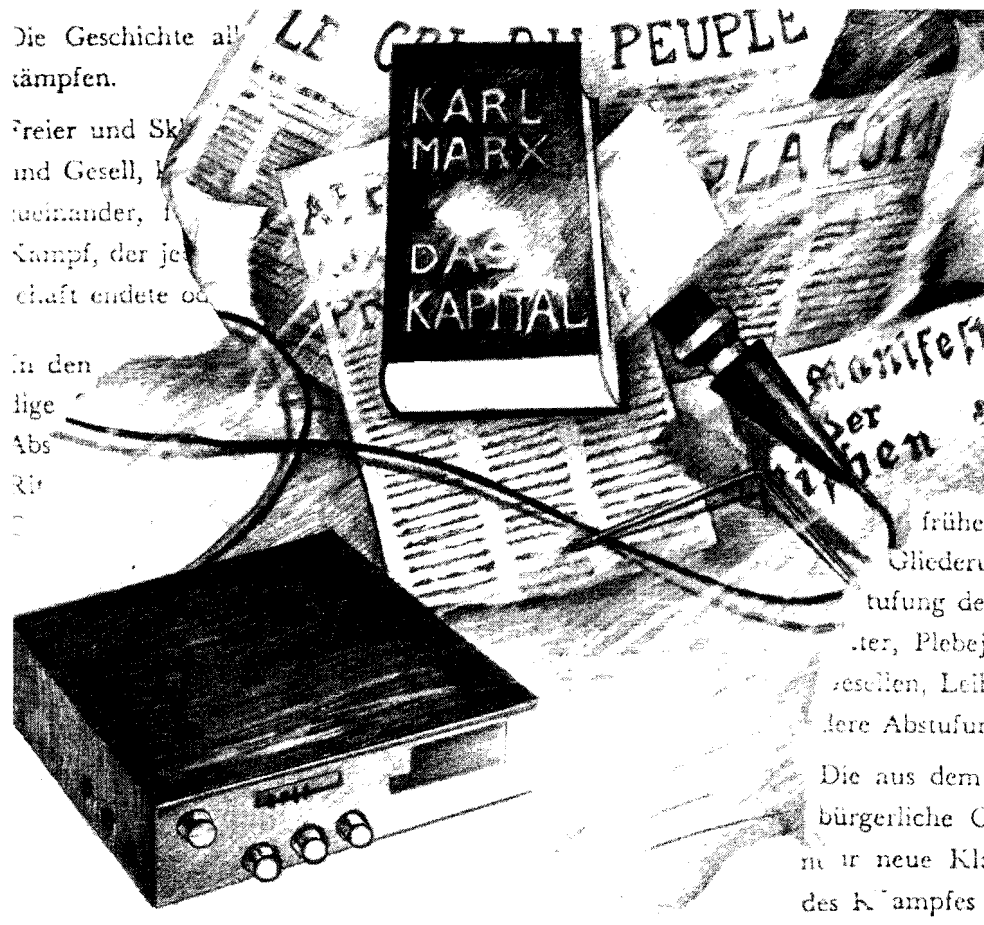
Una de las «claves» de mi discrepancia con Morodo en este tema de las fechas, y la consiguiente periodificación, quizá provenga de que yo doy más importancia negativa a 1968 y a la fundación institucional del PSI en ruptura con el PSOE que a esa individual «expulsión» de 1965; pero no dejo con todo de reconocer que ésta y, sobre todo, las continuas discrepancias e incomprensiones —con no pocas culpas de Llopis y «Toulouse»— en relación con «el interior», contribuyeron también muy poderosamente a esa, en mi opinión, precipitada y desacertada ruptura de 1968. Mi conclusión, en cualquier caso, es que habría que haber sabido esperar. No voy a dedicar ya más espacio aquí a estas tan añejas cuestiones de carácter político, objeto de mil inacabables discusiones internas: reenvío también, por si a alguien le interesan, a mi libro de 1982 *Socialismo en España: el partido y el Estado*. Prefiero volver a referirme a problemas más propiamente teóricos de la obra de Tierno, aunque de todos modos sin olvidar nunca la acertada propuesta metodológica que es eje del libro de Raúl Morodo, auspiciando en todo momento la imprescindible conexión entre teoría y práctica, entre trabajos intelectuales y actuaciones políticas del «viejo profesor».

Sobre el anarquismo

Desde esa perspectiva, el también viejo y buen amigo Morodo me reprocha, mejor dicho me señala (y reconozco que con alguna, no toda, parte de razón), tres principales aspectos de discrepancia con respecto a cuestiones por mí tratadas en anteriores trabajos sobre Tierno y al hilo de esa estructuración cronológica de su pensamiento: «uno, que Elías Díaz infravalora la constante libertaria/anarquista de Tierno que, con distinto significado y alcance, se dará en todos sus períodos teórico-prácticos; dos, que de una forma acrítica acepta sin más la definición de «neotacitista» señalada por Juan Marichal, y tres, que la propuesta de sus dos últimas fases queda un poco borrosa» (pág. 174). Como se trata —creo— de cuestiones de interés objetivo, también para futuros hipotéticos lectores e intérpretes de la obra de Tierno, me referiré a cada una de ellas por separado pero de manera muy resumida, haciendo constar que un adecuado debate exigiría un mucho mayor espacio del que ahora lógicamente dispongo. Seguiré un orden inverso al de la exposición de las críticas hechas por Morodo para matizar (no rechazar, pues hay en ellas buena parte de razón) y explicar mi reelaboración, contando también con los nuevos datos y argumentos aportados por aquél.

En lo referente a las dos —ahora tres— últimas fases del pensamiento de Tierno (1963/1965 a 1986) creo que, en la medida de lo posible, mi posición ha quedado ya suficientemente explicada y razonada más arriba. Hago constar de todos modos, porque es de justicia, que concordando o no con la famosa periodificación, el libro de Raúl Morodo ofrece al lector una importante y sugerente información de primera mano (y habrá que pedirle que dé más) sobre, especialmente, los polémicos períodos del PSI y del PSP, por mí —es cierto— en mucha menor medida considerados. También Antonio Gómez Rufo, en su recuerdo-homenaje en forma de *Carta a un amigo sobre don Enrique Tierno Galván* (Ediciones Antonio Machado, 1986), aporta interesantes materiales y agudas observaciones sobre, especialmente, esas postreras etapas políticas e intelectuales de su biografía.

El tema del «neotacitismo» —volviendo atrás— es enormemente complejo y exige mayor investigación histórica sobre el barroco de



STELLA WITTENBERG

la que hasta ahora todos los que, a su vez, nos ocupamos de Tierno, incluido —creo— Morodo, le hemos dedicado. Jorge Novella, filósofo y diputado, está en ello y de su investigación podrán sin duda obtenerse mayores precisiones. Por supuesto, y en esto concuerdo plenamente con Morodo, que de ningún modo puede considerarse a Tierno, tampoco al Tierno de esos años, como operando desde dentro del sistema franquista, es decir, buscando una reforma desde dentro. Para mí esto es algo que está completamente claro y fuera de toda duda. Si resultase que todos, o la inmensa mayoría de los tacitistas, buscaban la reforma desde dentro, pues bien, entonces Tierno —lo admito— no habría sido tal. Lo que ocurre es que yo siempre actué sobre la base de que también había habido neotacitistas situados más en el margen o incluso fuera del sistema; y me reafirma ahora en ello Jorge Novella con un texto de José Antonio Maravall en el que habla, en efecto, de tacitistas que en los gloriosos tiempos imperiales fueron —como Tierno en el franquismo— marginados por el poder, sus obras secuestradas por la Inquisición y ellos mismos personalmente encarcelados. En cualquier caso, lo que siempre hice fue reducir dicha etapa hasta sus años de Murcia (1953), pero de ningún modo, y en esto no concordaría con Marichal, incluyendo los tiempos funcionalistas de Salamanca; pero eso yo creía que estaba del todo claro en mis publicaciones sobre nuestro común maestro. Al decir Morodo (pág. 174) que yo acepto —y además «de forma acrítica»— la definición de «neotacitista» dada por Juan Marichal (cfr. sobre ella, págs. 176-180), se puede crear semejante, injustificada, confusión.

Y queda la cuestión del anarquismo de Tierno que, al parecer, yo infravaloraría. No lo creo así, la verdad: siempre he reconocido esa profunda aunque intermitente veta libertaria suya, pero estaría dispuesto a poner más énfasis en ello (porque me parece justo) si es que me hubiese quedado corto: lo compenso con el título de estas notas. Lo que ocurre, y ello puede que haya influido en mi mayor mesura o austeridad, es que estamos hoy, me parece, en un cierto abusivo riesgo de indefinición del término «anarquismo» o del calificativo «libertario»: todo el mundo, cualquier liberal, incluso los más conservadores —también por la mala traducción anglosajona—, se

atreven en nuestros días a autoproclamarse con toda tranquilidad libertarios, ácratas o anarquistas; hay que diferenciar a Tierno de todo eso. Pero, aparte de tal precaución, también sería verdad por otro lado que, en mi opinión, Raúl Morodo sobrevalora a su vez, o por decirlo mejor (con mayor precisión), que hace excesivamente omnipresente tal calificación combinándola un tanto indiscriminadamente, es decir, sin matizar adecuadamente las diferencias en al menos dos series o secuencias, con todas las actitudes teóricas y políticas adoptadas por Tierno a lo largo de su biografía, en esos seis períodos antes sintetizados. Tendríamos así (primera serie) amalgamas, a mi juicio excesivas, de carácter barroco-anarquista, regeneracionista-anarquista, tecnócrata-anarquista o, incluso, funcionalista-anarquista. Concuerdo, en cambio, y me parece lo más válido de la crítica de Morodo, cuando insiste (segunda serie) en el muy importante intento de síntesis entre socialismo y anarquismo o también en ese Tierno más moderno y definitorio simbolizado por la «utopización libertaria del marxismo». A la hora, en cualquier caso, de hablar del anarquismo de Tierno habrá siempre que tomar en consideración, como objeción y obstáculo, el hecho —más grave si admitimos la fuerte conexión existente en él entre teoría y praxis política— de que nunca militó ni se adscribió (excepto tal vez en su primera juventud) a movimiento o sindicato anarquista alguno, habiéndolo hecho en cambio en diferentes partidos socialistas o colaborando muy de cerca con la sindical obrera de orientación comunista. Pienso que algunas de las amalgamas propuestas por Morodo deberían revisarse desde la perspec-

tiva de una cierta necesaria coherencia entre sus elementos componentes o, incluso, de su mera posibilidad y compatibilidad fáctica.

Algo formalmente similar pudiera decirse (y es una crítica que yo, por mi parte, haría a su valiosísimo libro, importante como digo y muy bien escrito) con respecto a la, a mi modo de ver, excesiva utilización que allí se hace del término «regeneracionismo» para situar y entender prácticamente desde él toda la historia del pensamiento español en el siglo XX. De manera explícita habla Morodo (pág. 170) de un «caso Tierno» parangonándolo así con el «caso Costa», pero yo creo que son difícilmente parangonables (Tierno, aunque complejo y siempre debatible, es mucho menos equívoco, o nada equívoco), y desde esa perspectiva y entre esos dos polos estructura aquél toda esa nuestra reciente historia intelectual y política (reenvío en relación con ello a los otros capítulos hispánicos de su obra): expresaría desde ahí Ortega el regeneracionismo liberal; Azaña, el regeneracionismo democrático; Araquistain, el regeneracionismo socialista; no sé si R. Ledesma Ramos y J. A. Primo de Rivera, el regeneracionismo fascista; y Tierno, en fin, el regeneracionismo libertario. Aceptando cosas de ese esquema, yo objetaría, otra vez, que me parece excesiva, y excesivamente indiscriminada, esa omnipresencia del «regeneracionismo» (¿lejana influencia de nuestro común amigo Alfonso Ortí?), y que para entender mejor toda esa historia faltaría —creo— una más detenida consideración de otros de nuestros intelectuales-políticos: entre ellos, por ejemplo, Giner de los Ríos, Azcárate o Jaime Vera (antes de Costa) y (después de él) los mejores del 98, Fernando de los Ríos, Julián Besteiro y varios más, no reducibles en modo alguno —como tampoco los citados por Morodo— a dicho estricto mecanismo de selección. Y por lo que se refiere a Tierno, pienso que la fuerte crítica —premarxista, o tal vez marxista, como antes dije— que le hace a Costa como prefascista (calificación final de la que discrepo) dificultaría ya por sí misma ese entendimiento de aquél como «regeneracionista»: concretamente Raúl Morodo define a su maestro en esos «anticostistas» momentos, juntando precisamente las dos categorías aquí objetadas, como (pág. 182) «la versión anarquista del neoregeneracionismo tardío».

Difícil síntesis

Como ya señalé, mucho más ajustada me parece en cambio esa doble decisiva caracterización, siempre provisionalmente definitoria y flexible, que también hace Morodo de un Tierno Galván intelectual a la búsqueda de la difícil síntesis entre razón mecánica y razón dialéctica, elementos en todo momento en equilibrio inestable y abierto, y —en íntima y profunda conexión con ello— del político que habría intentado aunar, a la altura de nuestro tiempo, los mejores postulados del socialismo y del anarquismo, que aspiraba en definitiva y no sin contradicciones, pero siempre con ironía e inteligencia, a esa —como símbolo— «utopización libertaria del marxismo». □

RESUMEN

Elías Díaz, que mantuvo una relación discipular, intelectual y política con Enrique Tierno Galván, abre aquí a su vez un interno diálogo crítico con este libro de Raúl Morodo, una de las personas más próximas al «Viejo

Profesor», libro en el que analiza el talante humano, político e intelectual de quien, a su juicio, actuó de revulsivo político y de conciencia ética de la sociedad española durante el franquismo.

Raúl Morodo

Tierno Galván y otros precursores políticos

Ediciones «El País», Madrid, 1987. 267 páginas. 1.100 pesetas.

La disuasión selectiva

Por Miguel Herrero R. de Miñón

Miguel Herrero R. de Miñón (Madrid, 1940) es doctor en Derecho, letrado del Consejo de Estado, diputado desde 1977 y miembro de la Comisión Trilateral. Ha publicado diversos trabajos en España y Estados Unidos sobre Derecho constitucional y relaciones internacionales.

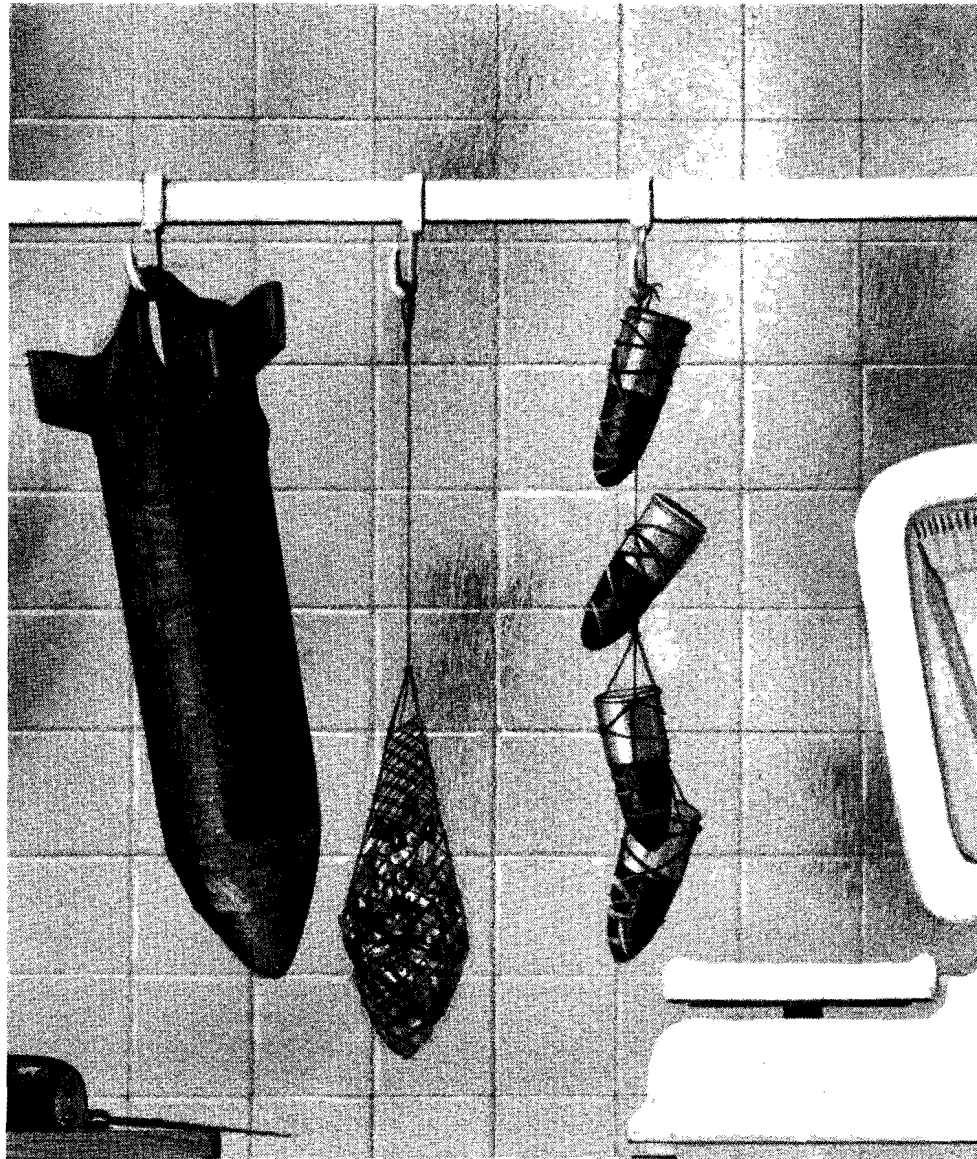
La situación estratégica provocada por la II Guerra Mundial, esto es, la bipolarización entre los bloques liderados por USA y la URSS, toca ahora a su fin. Se apunta ya un nuevo orden —o desorden— internacional en el que, sin mengua del conflicto este-oeste, surgen otros ejes de relación y otros centros de decisión. Pero la universalización de la sociedad internacional y de sus conflictos, alcanzada en los años cincuenta, hace que la transformación ahora iniciada tenga también carácter y alcance planetarios.

Los Estados Unidos han tenido, desde los padres fundadores, una vocación de hegemonía mundial, y el aislacionismo que predicara Washington ha de interpretarse, a la luz de dos siglos de «orgullosa historia», como la contracción del músculo que el atleta hace antes de iniciar su carrera. Baste para comprobarlo atender a la evolución, en clave dinámica y expansiva, de la doctrina Monroe, hasta la universalización, desde las riberas del Pacífico a las del Atlántico y del Índico, de lo que Root denominara «destino manifiesto». Por eso los Estados Unidos son una de las partes más afectadas en esta magna mutación de las relaciones internacionales. Se encuentran en la raíz de sus causas y en el punto de mira de sus efectos, y para analizar aquéllas y prevenir éstos, una vez más surge la teoría.

Son numerosos los estudios y análisis que, sobre la política exterior americana, ven la luz en los centros académicos o paraacadémicos de los Estados Unidos, y la política de seguridad («National Security») ha llegado a ser una disciplina con propia entidad. Es sobre tal fondo donde destaca el reciente *Informe sobre la Disuasión Selectiva*, obra de una Comisión relevante por sus presidentes, Ikle y Wohlstetter; por sus miembros, una docena de nombres entre los que figuran Brzezinski y Kissinger; y por su formidable equipo de expertos civiles y militares.

Se trata de analizar las transformaciones de las relaciones internacionales y la posición de los Estados Unidos en ellas, a través de una serie de informes sobre cuestiones claves de la defensa, de los cuales *Disuasión Selectiva* es sólo el primero (1). La incidencia que en la política norteamericana tienen tales análisis ha sido evidente en más de una ocasión, y baste pensar, por citar uno de los más próximos, el Informe Kissinger sobre la crisis centroamericana (1983). En consecuencia, todo induce a pensar que la atenta consideración de esta magna serie de análisis ahora iniciada y del debate que está llamada a provocar, es una de las vías de acceso privilegiadas, cuando no el camino real, para conocer racionalmente, es decir, con capacidad de previsión, el futuro de la política de seguridad de los Estados Unidos y, por acción o reacción, del mundo occidental. Ya señalaba Ortega que «el pensamiento es el leve rizo que deja en la quietud del estanque el soplo primerizo». Desde perspectivas tan distintas como los intentos de fortalecer el pilar europeo de la Alianza (Informe Pontillon de la Asamblea de la U.E.O., documento 1.137 de 9 de mayo de 1988), a la exposición de las prioridades estratégicas de seguridad nacional, realizada por el Presidente de los Estados Unidos en enero de 1988, la cita y reiterada referencia al texto aquí comentado, demuestra la amplitud de su eco.

¿Y cuál es, en este caso, el vendaval que se anuncia? A mi juicio, las causas de esta mutación en las relaciones internacionales son tres: geoestratégicas, económicas y políticas.



ALFONSO RUANO

Desde el primer punto de vista, la supremacía nuclear primero y técnica después de los Estados Unidos ha sido sustituida por la paridad estratégica con la Unión Soviética. Paridad nuclear (creciente disminución de la distancia tecnológica americana sobre la URSS por los constantes avances soviéticos, apoyados por una investigación de base y por un esfuerzo económico creciente y sostenido) y paridad espacial. De aquí que la disuasión nuclear americana, puesta ya en duda por De Gaulle, sea cada vez menos creíble, a la vez que, dada la superioridad convencional soviética, más y más necesaria; de ahí que la denominada S.D.I. (Guerra de las Galaxias) sea no sólo por su propia utilidad, sino por la revolución tecnológica que induce, un objetivo irrenunciable para la seguridad americana y una permanente pesadilla para los soviéticos.

Desde otro punto de vista, y sobre ello el Informe Ikle-Wohlstetter guarda silencio, la economía norteamericana ha perdido puntos en relación con Japón y la Comunidad Económica Europea en virtud del propio crecimiento de éstos, y, si se pone así necesariamente punto final a una hegemonía, también fuerza a nipones y europeos a abandonar la cómoda situación de «opulentos protectores». La trilateralización de la economía exigirá la trilateralización de la seguridad y de la política. Pero, a la vez, si los Estados Uni-

dos han de seguir siendo uno de los vértices de tal triángulo, todo hace sospechar —y el descenso de la cotización del dólar apunta en tal sentido— que habrán de imponerse pautas más librecambistas en el mundo occidental.

En paralelo a esta dispersión del poder económico, tiene lugar una difusión del poder militar y político. El magno proceso, en su día descrito por Rupert Emmerson, que ha disuelto los imperios coloniales en naciones (*From Empire to Nation*, Cambridge [Mass.], 1962), la difusión del uso de la energía nuclear (con el eventual ocaso del T.N.P.) y de complicadas tecnologías militares, y los cambios demográficos a los que servirá de apoyo la «revolución verde» en curso en el campo alimentario, han dispersado el poder, y un mundo policéntrico es necesariamente un mundo policéntrico.

El *Informe sobre la Disuasión Selectiva* pretende contribuir, y a ello responde su subtítulo, a planificar la estrategia de la Seguridad de los Estados Unidos de cara a ese mundo. Un mundo, por definición conflictivo, en el que subsistirá el enfrentamiento USA-URSS profetizado por Tocqueville, donde se esboza la emergencia de otras grandes potencias (China, Japón, y, curiosamente, no se nombra a la Comunidad Económica Europea), y donde incide la inestabilidad de un tercer mun-

do cada vez más reivindicativo, menos dominante y más interrelacionado, por sus fuentes de energía y su posición geoestratégica, con los Estados Unidos y su liderato occidental.

Se trata, pues, de un conflicto global y pluridimensional donde la seguridad es indivisible —frente a quienes propugnan la distensión sólo en Europa—, pero se plantea a escalas diversas y en ejes diferentes —frente al mito de la agresión directa— en los que el uso potencial, e incluso actual, indirecto o directo de las fuerzas, no será el elemento único, pero sí capital. El Informe Ikle-Wohlstetter trata de planificar la programación y utilización de tal elemento.

«Hipótesis de lo peor»

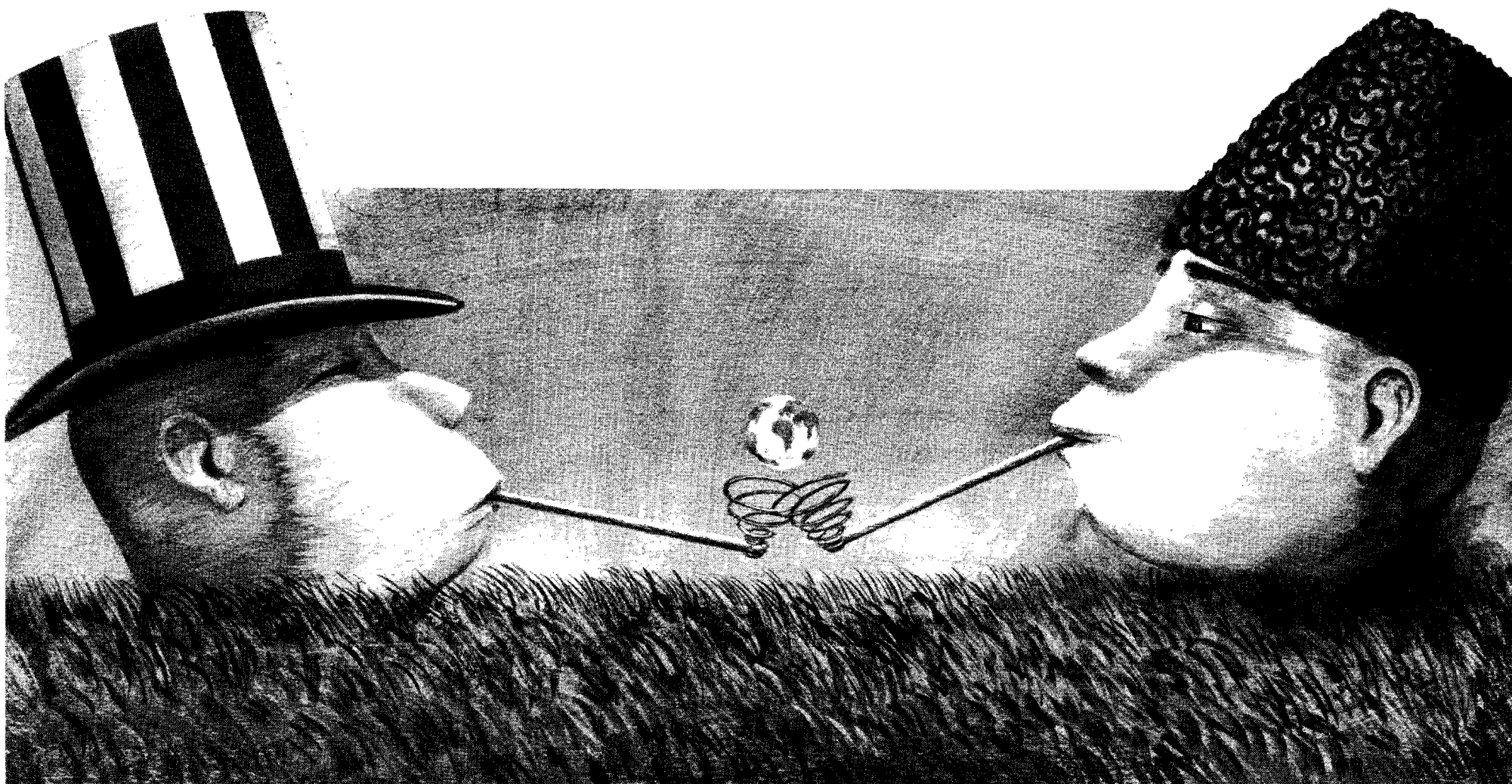
El análisis de las relaciones internacionales, como todo buen análisis, ha de destruir —en sentido heideggeriano— la costra de lugares comunes que impiden la recta percepción de los problemas, para percibir éstos en su pristina autenticidad. El primero de ellos, el de la disuasión nuclear masiva a cargo de los Estados Unidos, vinculado a la llamada «hipótesis de lo peor», esto es, el ataque masivo, ya convencional, ya nuclear, del bloque oriental sobre Europa occidental. La respuesta nuclear norteamericana no es concebible ante tal tipo de ataque soviético, y además, dada la paridad nuclear USA-URSS, dicha represalia sería suicida. Ambas características —hipótesis extremas y consecuencias suicidas— hacen inviable la respuesta nuclear de los Estados Unidos; como tal, infiable y, en consecuencia, inútil en cuanto instrumento disuasorio. Así lo comprendieron los estrategas americanos desde 1962 (McNamara), y de aquí la respuesta flexible adoptada en 1967 por y para la Alianza. Pero, además, la estrategia basada en tales supuestos —despliegue de grandes unidades americanas, apoyadas por importantes reservas, y una respuesta de capacidad nuclear total— resulta esterilizante para hacer frente tanto a los conflictos de baja intensidad como a los conflictos fuera de área. Ello plantea dos grandes órdenes de escenarios lógicos y geográficos donde, a juicio del Informe comentado, se juega la seguridad americana, en ocasiones más verosímiles y numerosas que en la gran confrontación este-oeste.

¿Qué son conflictos de baja intensidad? Aquellos que van desde la guerra subversiva a la contienda geográficamente localizada, con metas muy limitadas por parte del agresor. Se trata de conflictos que en modo alguno ponen en tela de juicio la globalidad del «statu quo», aunque sí son capaces de erosionarlo seriamente (v.gr., subversión de Centroamérica, ocupación de Afganistán, desestabilización de África del Sur); conflictos, en consecuencia, en los que no se puede utilizar, ni política, ni estratégica, ni siquiera técnicamente, el arsenal previsto por y para la «hipótesis de lo peor», y que afectan al equilibrio global sin que, por amenazarlo globalmente, puedan obtener la respuesta prevista para tal amenaza. La experiencia demuestra que el expansionismo soviético, una constante que engarza con la ancestral política rusa, ha utilizado siempre este tipo de agresión y de conflicto: limitado y flexible.

Otro tanto ocurre con los escenarios fuera del área de la OTAN, e incluso de otras alianzas mayores de los Estados Unidos (v.gr., Japón o el Pacífico Sur). Se trata, en este caso, de escenarios donde pueden aparecer desafíos y amenazas que, sin afectar frontalmente a la seguridad de los Estados Unidos, la erosionan gravemente, ya procedan de raíces puramente autóctonas, ya sean utilizados, con independencia de su origen, por la estrategia indirecta de la Unión Soviética. Tal sería el caso del sureste y suroeste asiáticos y, de manera muy especial, esta última zona, concretamente el



Viene de la página anterior



ALFONSO RUANO

Golfo Pérsico, como fuente principal de los abastecimientos energéticos del mundo occidental. Pero si la dependencia y la vulnerabilidad respecto de los suministros petroleros ha terminado por hacer a los europeos sensibles a lo que ocurre en el Golfo y así lo demuestra el despliegue naval coordinado en la U.E.O., la amenaza a la seguridad occidental no es menos acuciante, por más lejana a Europa, en América Central o el Caribe. Los Estados Unidos no pueden, ni política, ni estratégicamente, atender el teatro europeo si, v.gr., la costa nicaragüense del Pacífico abriga bases soviéticas, o se cierra el Canal de Panamá, o se cortan desde Cuba las líneas de comunicación marítimas con Europa. Más aún, el Informe subraya el peligro de desestabilización de los Estados Unidos desde el sur si la subversión se extiende hasta México, idea que yo mismo expuse en Washington ante la Comisión Trilateral en 1984 (cf. mi libro *España y la CEE*, Barcelona, Planeta, 1986, pág. 179).

Ante semejante situación, los Estados Unidos se ven abocados a modificar su situación en la esfera internacional. No pueden, sin duda ya, asumir prácticamente en exclusiva la función de única potencia mundial con intereses globales, y ello desmiente las lejanas apreciaciones de Kissinger (*Years of upheaval*, Londres, 1982). Porque esta globalidad la discute la Unión Soviética; porque otras potencias están deseosas o incluso, como es el caso de Japón, condenadas a asumirla; porque, en fin, las potencias medianas y pequeñas no están ya dispuestas a aceptar ni un ángel ni menos un demonio tutelar. Pero es claro que tampoco los Estados Unidos están dispuestos a un nuevo aislacionismo que convirtiera la fortaleza americana en marginal a la gran plataforma euro-asiática y su apéndice africano y lo que ello supone en términos militares, económicos y políticos. Los espléndidos análisis de Brzezinski en su reciente monografía *The Game Plan* (Boston/New York, 1986) laten bajo las fórmulas del Informe comentado, tendientes a garantizar el replanteamiento de una estrategia de los Estados Unidos para seguir siendo una potencia global e incluso la principal dentro de otras potencias globales, en un mundo policéntrico.

Dos son las líneas de razonamiento que los autores del Informe siguen al respecto: políticas unas, militares otras.

Por lo que hace a las primeras, el Informe afirma taxativamente que nunca como ahora los Estados Unidos han necesitado más aliados capaces de compartir con ellos las cargas y los riesgos de la seguridad común. Se trata no de propugnar un espléndido aislamien-

to, sino, antes al contrario, de fortalecer alianzas que sean algo más que meros protectorados. Por eso resulta injustificada la reacción europea (v.gr., Howard, Kaiser y De Ross en el «Herald Tribune» de 4 de febrero de 1988). Porque el Informe Ilke-Wohlstetter no propugna disolver las alianzas, como es el caso de los neoisolationistas (v.gr., Krause, *How NATO weakens the West*, New York, 1986), sino de fortalecer los elementos europeos de la defensa de Europa, incluidas las fuerzas nucleares británicas y francesas; la contribución japonesa a la seguridad común, y la alianza con medianas y pequeñas potencias del tercer mundo.

En cuanto a los instrumentos militares se refiere, el Informe propugna una mayor flexibilidad en la asistencia a terceros países en materia de seguridad interna y en el desarrollo de las nuevas armas, especialmente los sistemas de baja detección (STEALTH); las armas y municiones de precisión (SMART); la defensa antibalística, y la capacidad espacial para operaciones bélicas; cuatro campos en los cuales, por otra parte, los soviéticos no dejan de hacer importantes y permanentes avances. Esta nueva tecnología de precisión es definitiva para la eficacia de la respuesta occidental sobre la segunda línea soviética en caso de ataque del Pacto de Varsovia en Europa.

Desnuclearización imposible

La disuasión nuclear masiva es infiable por su carácter apocalíptico, y, al menos desde Santo Tomás, la política se hace al margen de la escatología. La desnuclearización en un mundo que conoce esta fuente de energía es imposible, como lo fue en su momento pretender renunciar al motor de explosión, las armas de pólvora, el uso bélico del hierro, la rueda, o el fuego, con todos sus peligros. La política de desarme debe ser realista, es decir, «global» (afectando a los elementos convencionales y químicos tanto como a los nucleares), «equilibrada» (y ello supone hoy la asimetría, dada la superioridad soviética), «verificable» y «efectiva» (es decir, con toma en consideración de los factores geográficos, industriales, demográficos, etc.). Pero, además, y el Informe insiste en ello, no tiene por qué implicar la vulnerabilidad nuclear de los Estados Unidos, ni la inconveniencia de la precisión en las armas, ni la eliminación, como peligrosas (!) en exceso sobre las ofensivas de las defensas antinucleares y antibalísticas.

Ello obliga al lector a volver sobre el título del Informe: la *Disuasión Selectiva*. Frente

te a la respuesta masiva infiable, frente a la respuesta flexible que sólo es viable en la escalada, hacia la masiva. Frente a una mera defensa activa, técnicamente inoperante, se propone como instrumento de disuasión y de defensa avanzada en caso de conflicto, una estrategia selectiva en los objetivos —militares— y en los medios —armas—, tanto nucleares como convencionales. La precisión de las armas ahora tecnológicamente asequible permite incrementar el componente convencional, a la vez que da nuevo relieve a los arsenales nucleares no sólo americano, sino británico y francés, y a la disuasión nuclear europea a construir sobre ellos. Más aún, el «Moscow Criterion» propio de la estrategia nuclear británica, acentuado a partir de 1982, o la opción francesa, desde 1980, en pro de las «œuvres vives» como objetivo nuclear, son primicias de una disuasión selectiva ahora más realizable merced a la modernización tecnológica de los arsenales.

Un Informe así, leído desde Europa, equivale a un importante estímulo intelectual y político. Los europeos no pueden seguir confiando su defensa al contribuyente, al soldado y al estratega norteamericanos, a la vez que compiten deslealmente con el primero (no debe olvidarse que Estados Unidos es todavía el país más librecambista de toda la O.C.D.E.), no escatiman las reticencias frente al segundo y condenan permanentemente al último. No es casual que España aparezca sólo dos veces mencionada en el Informe Ilke-Wohlstetter como ejemplo de país poco dispuesto a colaborar con la estrategia norteamericana, ya de bases adelantadas, ya de operaciones fuera de área, y que condenatorio sea el más autorizado comentario que ha obtenido en la prensa

española este Informe («El País», 1 de febrero de 1988, pág. 11).

Si Europa no aparece más en el Informe comentado no es porque, a juicio de sus autores, haya dejado de constituir un polo prioritario de atención para los Estados Unidos, sino porque en el mundo policrático que ya alborea, sólo quienes estén dispuestos a desarrollar su voluntad y su capacidad de poder tienen algo que decir. Tal es el sentido último de la respuesta que Ilke, Wohlstetter, Brzezinski y Kissinger han dado al comentario europeo de su Informe («Herald Tribune», 24 de febrero de 1988).

Si para la seguridad europea es fundamental la solidaridad norteamericana, ésta sólo se garantizará mediante un mayor esfuerzo europeo en pro de la solidaridad militar y política, y aunque esto no lo dice el Informe, no es menos importante la cooperación económica con los Estados Unidos. Ello pasa, sin duda, por un reequilibrio general y una división del trabajo y del beneficio, pero la base para hacerlo es el libre cambio generalizado.

En defensa rige también la máxima hebrea: «al que tiene mucho se le dará más, y al que tiene poco, incluso eso se le quitará».

- (1) Se anuncian los siguientes informes para los próximos meses:
- Orígenes del cambio en el futuro contexto de la seguridad.
 - Asistencia en materias de seguridad.
 - La función de las armas convencionales avanzadas.
 - Opciones futuras para el despliegue avanzado de las fuerzas de los Estados Unidos.
 - Cambios recomendables en nuestras políticas y programas militares espaciales.
 - El presupuesto de investigación y desarrollo y la seguridad nacional.
 - Tecnología y seguridad nacional.

RESUMEN

Un importante equipo de expertos civiles y militares norteamericanos ha elaborado un informe sobre disuasión selectiva, que es comentado —situándolo en el nuevo orden internacional, en el que la bipolarización en dos bloques parece tocar a su fin— por Miguel Herrero R. de Miñón. Este y otros informes, que

se anuncian, van a permitir conocer el futuro de la política de seguridad de los Estados Unidos y, por acción o reacción, la del mundo occidental. En opinión de Herrero, tres son las causas de esta mutación en las relaciones internacionales: geoestratégicas, económicas y políticas.

Fred C. Ikle y Albert Wohlstetter (co-chairmen)

Discriminate Deterrence

Report of the Commission on Integrated Long-Term Strategy. United States Government Printing Office, Washington, DC, 1988. 69 páginas.

El Cristo de los filósofos

Por Olegario González de Cardedal

Olegario González de Cardedal (Lastra del Cano, Avila, 1934) es doctor en Teología por la Universidad de Munich, catedrático de la Universidad Pontificia de Salamanca y miembro de la Comisión Teológica Internacional. Es autor, entre otros libros, de El poder y la conciencia, Jesús de Nazaret, España por pensar y El lugar de la teología.

El lunes 23 de noviembre de 1654, alrededor de medianoche, estampaba Pascal en su *Memorial* una frase que explicita y anticipa la profunda división del pensamiento moderno en el orden filosófico y religioso: «Dios de Abraham, Dios de Isaac, Dios de Jacob; no de los filósofos y de los sabios» (1).

1. **Historia y fe.** ¿No podríamos con la misma razón hablar por un lado del Cristo de los creyentes y por otro del Cristo de los filósofos? ¿Dónde está Cristo en su lugar propio: con los sacerdotes en el templo, con los filósofos en el pórtico o con los políticos en la acción? ¿Cuál es la originalidad específica de Jesús: religiosa, metafísica o práctica? ¿A quién toca por tanto interpretarle y a quién pertenece más en propio su realidad?

Durante los tres últimos decenios ha proliferado una literatura que acentúa la dimensión concreta y circunstancial de Jesús, su conexión con el medio social y económico en medio del que vivió. Se ha intentado incluso anexionarle a alguno de los movimientos políticos existentes en Palestina. Se ha llegado a identificarle como líder de grupo en un momento en que aquella región hervía de inquietud ante el poder invasor de Roma (2).

En todo caso, la conmoción revolucionaria y descolonizadora, que hemos vivido en los últimos años, nos ha llevado a recuperar la potencia revolucionaria que contenía el mensaje de Jesús y la potencia liberadora de su propia actitud primero y luego de su palabra como fermento de libertad y de justicia. Como consecuencia de esta actitud y situación histórica ha adquirido especial relieve el Jesús de la historia. Incluso la propia terminología usual entre creyentes ha acentuado su procedencia e inserción racial, hablando con preferencia del profeta de Galilea y de Jesús de Nazaret, frente a la terminología clásica en la comunidad creyente, que ha hablado de Jesús el Señor, el Mesías o, con su fórmula equivalente griega, de Jesucristo. Parecían verse contrapuestas dos lecturas: la lectura exterior, que hablaba del Jesús de la historia, y la lectura interior, que hablaba del Cristo de la fe.

El libro que presentamos nos propone romper esa fácil disyuntiva, historia o fe, para intentar una lectura previa a ambas: la interpretación filosófica de Cristo, que le sitúa en el vértice de convergencia entre Dios y el hombre, llevando a cabo la fuerza interna que los inhabita y acerca a ambos: a Dios su propia plenitud, que le lleva a ser hombre; y al hombre su necesidad suprema: poder llegar a existir desde Dios, divinamente.

Con esta perspectiva se cambia en su raíz la fácil alternativa anterior porque se ve la historia como lugar o expresión de la trascendencia, y al hombre en una relación con el absoluto que le hace prójimo y consanguíneo de Dios. Esta es la idea central de nuestro libro: la consideración que de Cristo ha hecho la filosofía, y en especial ese movimiento filosófico, poético y religioso a la vez, que es el idealismo alemán, como momento cumbre del pensamiento moderno y como subsuelo del que han nacido las revoluciones que llegan hasta nuestros días.

2. **Cristianismo y filosofía.** ¿Pero es posible establecer alguna relación entre filosofía y cristianismo? ¿No está la primera preocupada por el ser y los universales, por el hombre y su naturaleza, mientras que el cristianismo estaría preocupado por el destino particular de Cristo y por la salvación de todos los demás? San Pablo, hombre de tres culturas anudadas en su único corazón, ha

formulado para siempre en su carta a los Corintios I, 10-31, la heterogeneidad que existe entre el judaísmo como religión de la ley, el helenismo con su sabiduría y finalmente el cristianismo con su discurso centrado en la muerte y resurrección de Cristo, que él llama 'el logos de la cruz'.

El evangelio lleva a cabo en sus tres primeros siglos de existencia una gesta incommensurable: convertir el pensamiento, antes centrado en el ser universal, a una forma de ejercicio que pone la historia como centro; traspasarlo de una contemplación de la naturaleza como origen y centro de la realidad a otra contemplación que pone la libertad de Dios y la creación en el centro; hacer pasar la comprensión del hombre del orden de la naturaleza al orden de la libertad y de la vida como misión. «Hasta Jesús, todas las sabidurías meditaban sobre el destino, sobre la necesidad confundida con la razón. El les ha manifestado su locura. El es lo contrario del destino. El es la libertad, la creación, la vida. El es quien ha desfatalizado la historia» (3).

El mundo antiguo y su filosofía han rechazado a Cristo en nombre del destino, de la imperturbable necesidad del orden cósmico, de la ley de un Estado comprendido como unidad política, religiosa y cultural. Para aquella filosofía, la libertad del individuo, la victoria sobre las leyes necesarias, la ruptura de la muerte en la resurrección y la liberación del sujeto individual por el amor, eran realidades impensables porque derogaban lo que ellos consideraban principios supremos: la soberanía de la naturaleza y la soberanía del Estado sobre el hombre. Hay que releer la polémica entre Celso y Porfirio, por un lado, y Orígenes y Tertuliano, por otro, para percibirse de cómo se estaban enfrentando dos mundos absolutamente opuestos (4).

3. **Los retos del cristianismo a la sabiduría griega.** El hombre griego, es decir, la filosofía vigente, que no era la traducción total del alma griega, sufre cuatro grandes escándalos ante el cristianismo. Otros niveles de realidad y de esperanza latían en ella que le permitieron ver en la nueva fe una forma superior de existencia y la forma suprema de filosofía. Justino, filósofo de profesión, se convertirá tras rodar buscando la verdad en todas las escuelas filosóficas del Mediterráneo, por considerar que el cristianismo 'es la única filosofía segura y provechosa' (5). La filosofía griega vigente en los tres primeros siglos del cristianismo tenía respecto de él una secreta afinidad a la vez que una profunda distancia. Es bien significativo que el cristianismo no estableciera conexión con las religiones del imperio y sí, en cambio, la estableciera con la filosofía, por considerar que ésta en cierta manera era una preparación para el evangelio.

Esa filosofía iba a sentirse cuestionada en sus puntos neurálgicos. He aquí los retos del evangelio a la sabiduría helénica. «Retos metafísicos»: frente a la eternidad de la materia y de la naturaleza, se anuncia la creación y la revelación en el tiempo, por lo cual no es el eterno retorno y la inmutabilidad de los ciclos naturales el centro de comprensión de la realidad, sino una palabra acontecida en un lugar y tiempo concretos.

«Retos teológicos»: Dios es algo más y alguien diferente de lo divino. Dios es realidad personal que llama al hombre por su nombre y le confiere una misión, por la que cumple una función en el teatro del mundo (propon = persona) y puede sentirse como singular, sagrado e irreductible. Si además se añade que esa relación de Dios con el hombre se ha concretado en la encarnación, entonces la distancia entre el Dios de los griegos y el Dios de los cristianos se extiende hasta el infinito.

«Retos antropológicos»: contra toda propensión platónica o neoplatónica, el hombre tiene un alma singular, propia, que nada tiene que ver con el alma del mundo. ¿Cómo se siente herido Plotino ante las afirmaciones de los gnósticos cristianos que reclaman este ca-

rácter individual del alma humana! (*Eneadas* II, 9, 5). Pero hay otro elemento todavía más escandalizador: la resurrección de los cuerpos. Si el punto de partida de la filosofía platónica era la identificación del cuerpo como un sepulcro para el alma, el impulso esencial de la vida del hombre era escapar al cuerpo y disfrutar de la existencia estricta y exclusivamente espiritual. Sobre la colina del Areópago, Pablo proclamará como buena noticia la resurrección de Jesús y de todos tras él, para irrisión compasiva por parte de sus oyentes.

«Retos morales»: a la encarnación de Dios sigue en el mensaje cristiano la 'pasión de Dios'. La muerte de Jesús en la cruz incluía dos cosas: el sufrimiento de Dios en carne y la compasión de Dios para con los humanos, de cuya muerte quiere ser solidario para su perarla desde dentro. Con ello además se estaba afirmando que el dolor no es un resto absolutamente inasimilable y loco de la realidad, sino que puede ser creador de redención. Frente a la comprensión estética de los dioses en Grecia y a su localización en el empuje, la afirmación de la muerte de Jesús, como sacrificio solidario y redentor de los hombres en la pelada cumbre del calvario, era algo absolutamente envilecedor e intolerable para un hombre griego.

4. **Paideia helénica y humanitas cristiana.** Y sin embargo muchos hombres, humildes unos y filósofos de profesión otros, van a trascender su metafísica previa para adherirse por el bautismo al cristianismo como forma de acrecentamiento de su propio pensar y como enriquecimiento de su dignidad moral.

5. **El giro de la época moderna.** El mundo moderno y en su nombre la filosofía han cambiado el horizonte tanto de la reflexión como de la acción. Han elevado a categorías absolutas la libertad, el hombre nuevo, la apertura permanente al futuro, la esperanza absoluta, la divinización del hombre. Desde esa actitud han recuperado en clave exclusivamente filosófica al cristianismo y a la figura de Jesús como símbolo de humanidad suprema. En Jesús reconocen el anticipo genial de lo que ha sido la victoria del sujeto sobre el objeto, de la libertad sobre la necesidad, de la vida sobre la muerte, del absoluto personal sobre cosmos y tiempo. Como consecuencia se ha invertido la actitud ante Jesús. Si antes era considerado como la antítesis de Sócrates y el antifilósofo por antonomasia, ahora en cambio será reconocido como «el» filósofo. Así le llamará Spinoza: 'filósofo perfecto', 'filósofo por excelencia' (6). Rousseau llegará todavía más lejos en su admiración: «Si la vida y la muerte de Sócrates son las de un sabio; la vida y la muerte de Jesús son las de un Dios» (7).

El libro que presentamos es la exposición analítica de ese proceso de la razón moderna: la recuperación de Cristo bien en cuanto sujeto de filosofía, considerándole como personaje moral y filosóficamente fecundo, o bien en cuanto objeto filosófico en sí mismo, es decir, realización concreta de lo que es el primer problema metafísico: la unión entre lo Absoluto y lo relativo, el Todo fundante y el hombre fundado, el Creador y la creatura. El libro se divide objetivamente en tres partes: una implícita o aludida solamente, que presenta aquellos filósofos anteriores a la Ilustración para quienes la personalidad de Cristo aparecía con valencia filosófica por haber sido el revelador por antonomasia del ser y de Dios, el que más allá de imágenes había visto a Dios no cara a cara como Moisés, sino 'espíritu a espíritu', el que por tanto había sido capaz de aportar conocimiento y salvación. Hay que releer la correspondencia entre Spinoza y Oldenburg (*Cartas 73-78*) y quedarse sorprendido al ver que considera a Cristo como «boca y palabra de Dios» ('os et vox Dei'), y todo ello con independencia de una confesión cristiana de la que él está lejos.

Leibniz, Rousseau y Spinoza son los silenciosos precursores de esta recuperación fi-

losófica de Cristo, a quien consideran como el mediador finito entre el Infinito y lo finito, el más significativo modo finito de Dios. Tras ellos vendrá la Ilustración, que mantendrá una visión dualista de Cristo, con una dicotomía que llega hasta nuestros días: por un lado, el maestro de una religión moral, el proponente del evangelio como forma suprema de actitud ética; y por otro lado la «Idea Christi». Lessing va a formular el problema en los siguientes términos: «Las verdades históricas, como contingentes que son, no pueden servir de prueba de las verdades de razón como necesarias que son» (8). Con esta división alternativa se abre lo que él llama 'horrible foso' que separa la historia de la trascendencia, los hechos particulares de lo universal, al Jesús judío creyente como tantos otros, y al Cristo reconocido como universal de la vida humana y confesado como Verbo de Dios.

6. **El Cristo del idealismo.** La parte central del libro está dedicada a exponer las ideas que han animado a los pensadores del idealismo respecto de Cristo, haciendo un salto hasta pensadores de nuestros días que siguen reconociendo el significado filosófico de Cristo. Hemos pasado de la «philosophia Christi» entendida moralmente, tal como la proponía Erasmo, y de las intuiciones de Nicolás de Cusa sobre Cristo como clave de bóveda del pensamiento filosófico al igual que del teológico, a una filosofía rigurosa y estricta que pone a Cristo como centro de la historia, clave de interpretación del ser y revelación histórica del Absoluto. Hegel, Schelling, Fichte, Heine, Hölderlin, Novalis, Schleiermacher; y en nuestros días: Bergson, Blondel, Tillich, Balthasar, Rahner, Nibert, Teilhard de Chardin, J. Santayana (9).

El libro está ordenado no por autores, sino por temas, en las cuatro partes siguientes: la herencia; vida de Jesús e idea de Cristo; la exinación; el Cristo de la historia y el cristianismo histórico. Estos autores suponen dos cosas: la realidad histórica de Jesús como propiedad de todos los hombres y significativa en todo orden a la vez que el giro de la metafísica extendida hasta la antropología. En la *Vida de Jesús* tenemos el relato de unos hechos particulares, pero en la *Idea de Cristo* tenemos afirmada la unión entre particularidad y universalidad, entre lo Absoluto y el tiempo, entre la Divinidad y la humanidad. Es decir, Cristo nos pone ante los esenciales problemas de la metafísica: «el conocimiento de la absoluta identidad de la humanidad y de Dios, la consanguinidad del hombre y de Dios» (pág. 54). En su tenor original la 'Idea de Cristo' significa al Dios-Hombre o al Hombre-Dios, lo eterno en el tiempo, lo originario metafísico unido a lo temporal fortuito, la idea o principio que funda la realidad aparente, el lazo indefectible entre existencia y trascendencia (Jaspers), el tránsito necesario de la esencia a la existencia (Tillich).

Hegel es el gigante que lleva a cabo una metafísica como transcripción de una visión de la fe, integrando la idea cristiana del sufrimiento y haciendo de la cruz de Cristo la clave de la comprensión del ser y de la historia. La negatividad es una fase de la realidad; la muerte es el tránsito hacia la suprema recuperación; el Viernes Santo histórico, como hecho y memoria del acontecimiento particular de la muerte de Cristo, es elevado a categoría absoluta (Viernes Santo especulativo) con la que se comprende a Dios (realidad de Dios-muerte de Dios-recuperación de Dios en la comunidad), a la historia y al ser mismo. Se ha dicho que el 'logos de la cruz', la estatuología, es la clave de todo el pensamiento de Hegel. La exinación del Eterno, del Hijo, tomando forma de esclavo, es la revelación definitiva del ser. Jesucristo se convierte así en clave de comprensión de la naturaleza y de la historia. «Toda la historia va a parar a Cristo y procede de él. La aparición del Hijo de Dios es el eje de la historia universal» (Hegel).

Viene de la página anterior



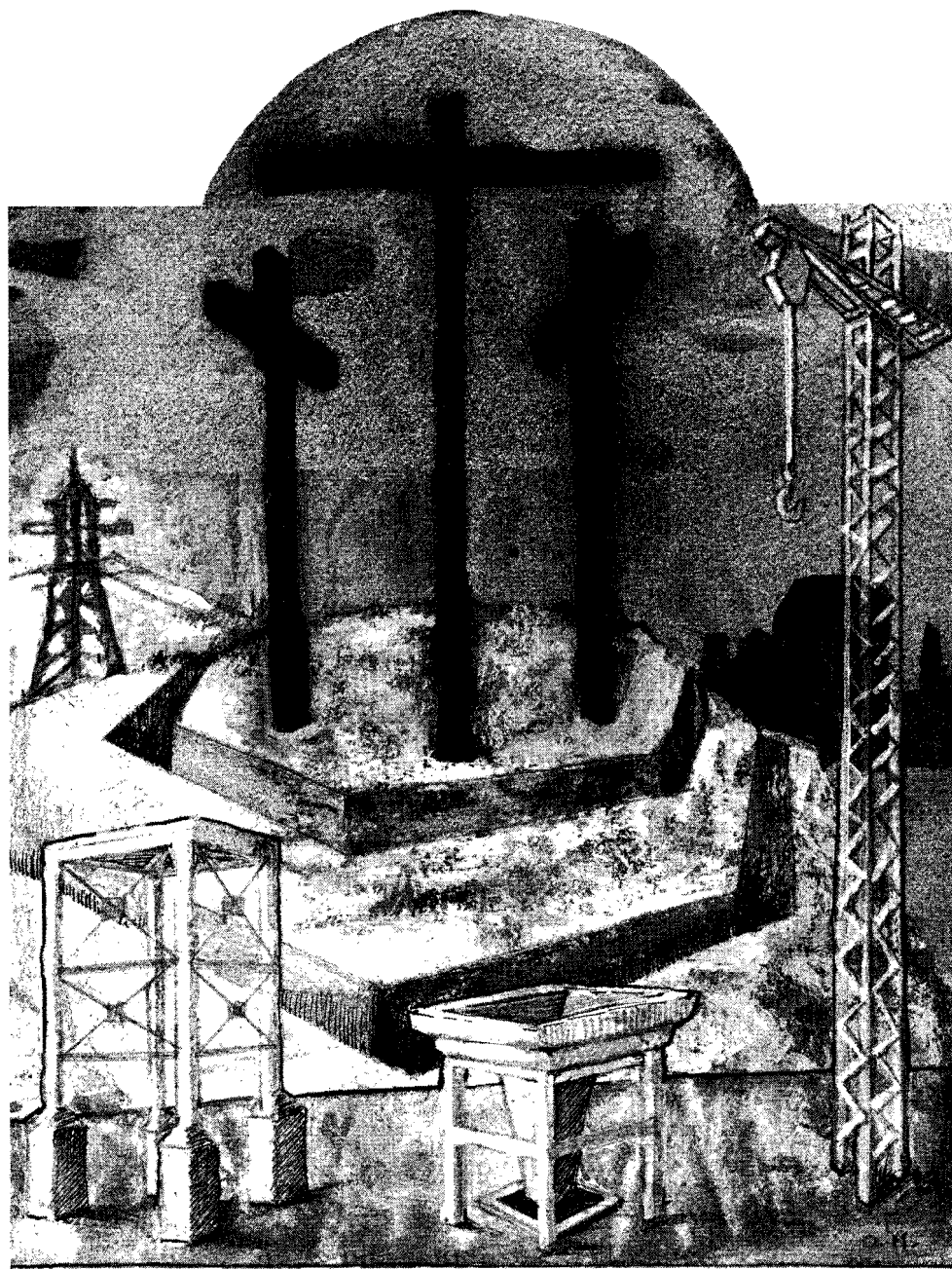
Nuestro autor, distinguiendo entre las diversas acentuaciones que Hegel hace en *Fe y saber*, *Filosofía de la Historia* y la *Fenomenología*, escribe: «El saber absoluto es una traducción en términos abstractos de lo que se puede llamar la Lógica de la Cruz, esta lógica paradójica a la que Hegel ha dado, indebidamente en opinión de Kierkegaard, derecho de ciudadanía filosófica» (págs. 98-99) (10).

«Encontrar la rosa de la razón en la cruz de la realidad» será su lema, prolongando ideas que tienen en Lutero su origen (11). La «theologia crucis» (teología de la cruz) de Lutero ha engendrado la «philosophia crucis» (filosofía de la cruz) de Hegel. Y en ello ha visto una tarea eminentemente filosófica, porque nada tiene que hacer el filósofo en el mundo si no es capaz de explicar la alteridad, el mal, el sufrimiento y la muerte. Por eso Platón fue ya más lúcido que cierta Ilustración, la cual, cerrando los ojos a esos problemas, se torna ciega para pensar a fondo el hombre, ofreciéndole capacidad para vivir y esperanza para morir.

7. El teólogo ante la cristología idealista. ¿Qué piensa el teólogo de esa asimilación de Cristo por una doctrina filosófica, al margen de la fe? El tendrá que mantener en alto la irreductibilidad absoluta de Jesús como hecho particular y persona en libertad. Pero a la vez tiene que confesar que ese Jesús es el Verbo de Dios. Por lo cual considera que tantos libros fáciles sobre el Jesús de la historia y su revolución se quedan a mitad de camino porque no son capaces de explicar la universalidad antropológica y salvífica de Cristo. Hay que poder hablar de Jesús de Nazaret y mostrar que es el Verbo de Dios encarnado, el particular inagotable, el universal concreto, porque en él se destila el Absoluto divino. El teólogo que cree en la encarnación tiene que proponer una idea de Dios que haga pensable la revelación, encarnación y muerte de Cristo; a la vez proponer una idea de hombre que haga posible su extensión hasta el límite, en el que pueda existir como Hijo de Dios y en cuanto tal ser Dios. Aquí radica la fecundidad de la cristología trascendental de Rahner.

Por otro lado, el teólogo reconoce que esos autores quieren tomar absolutamente en serio una serie de textos bíblicos que la teología no siempre piensa con toda la radicalidad necesaria. Hay lo que podríamos llamar un breviario de cristología filosófica en el Nuevo Testamento. Toda la reflexión de Hegel y Hölderlin, de Schelling y Fichte gira en torno al Prólogo de San Juan, a Filipenses 2,6-11 (Himno de la kénosis o vaciamiento de su condición divina para existir en forma de esclavo), a los textos sobre la Sabiduría, al Sermón de la Montaña, al Padre nuestro y Colosenses 1,15-20 (Jesús origen del mundo, por quien consisten, hacia quien se ordenan y quien consume todas las cosas). El teólogo reconoce que esos textos fundan, más aún, exigen una interpretación de Cristo que se extiende hasta el orden metafísico. Si Cristo no es este universal, no se puede creer en él. A lo sumo podríamos reconocer en él a un judío ejemplar, un profeta eficaz o un revolucionario con suerte. Pero una cosa es la admiración y otra muy distinta es la fe. ¿Qué fue el inmenso esfuerzo de Teilhard de Chardin sino querer entender a la luz de una cosmología contemporánea los textos en que San Pablo afirma que todas las cosas proceden, consisten y se consuman en Cristo?

Y sin embargo la cristología filosófica elimina lo que podríamos llamar la virulencia de la cruz, que la torna inasimilable para cualquier pensamiento humano. Ella no es necesidad del ser, sino expresión del amor de Dios. La encarnación o kénosis no es una fase necesaria de Dios para llegar a sí mismo. La muerte de Cristo en la cruz es la muerte del Hijo en humanidad, que evidentemente afecta al Padre como persona en amor, no como realidad de naturaleza. Sólo un Dios comprendido como Trinidad, que es ya en sí toda pen-



OSCAR MUINELLO

sable plenitud, comunicación y amor con anterioridad a creación y revelación, puede explicar la creación o la muerte de Cristo sin caer en un panteísmo. Esta cristología filosófica tiene su inmenso mérito: ofrecer una lectura en clave metafísica de lo que el creyente vive como iniciativa de gracia y libertad. Responde a una pregunta ingenua: ¿Cómo tiene que ser Dios para poder encarnarse, sufrir, morir y resucitar en Cristo? ¿Cómo tiene que ser para que eso no sea una necesidad metafísica, que le haría dependiente del mundo, y sin embargo sea una posibilidad histórica?

Un teólogo filosóficamente tan bien informado y cristianamente tan lúcido como Balthasar ha escrito: «A partir de la resurrección de Cristo era liberado el núcleo de la dogmática cristiana: Dios es amor; la Trinidad inmanente se revela actuando en la historia, a saber, como ortopraxis de este Dios que entrega su Hijo al abandono y a la permanencia en los muertos. He aquí lo que constituye la representación más alta de Dios: en él (Hegel) coincide la identidad (Dios es todo, la vida eterna) y la no identidad (Dios es muerte, en la medida en que él se identifica con la ausencia de Dios); es de tal forma viviente (de tal manera amor) que puede permitirse el lujo de pasar por la muerte.

Ninguna religión, ningún sistema filosófico, se ha atrevido ni a pensar ni a proclamar nada semejante sobre Dios, el hombre y el mundo. Esta es la razón por la cual el cristianismo es una realidad sin análogos: él no propone una idea, sino un hecho —Jesucristo—, quien en la unidad de la reivindicación (igualdad con Dios), de la cruz y de la resurrección sigue siendo un átomo que no se puede desintegrar. De este hecho depende para nosotros la posibilidad de atrevernos a abordar el ser como amor y todos los existentes como dignos de ser amados; concepción que el aspecto del mundo en manera ninguna nos hubiera podido inspirar» (12).

8. La suprema pasión del hombre. Tras todas las cristologías filosóficas se esconde inexpresado un anhelo que anida en la entra-

ña del hombre: lograr una realización histórica de sí mismo que le haga posible existir con Dios y desde Dios, ser Dios. Que sea real tal presencia divina en la historia, respondiendo a ese anhelo del hombre, eso es algo que desborda toda filosofía. Mas si alguien elevase esa pretensión, mostrando una vida y muerte coherentes con ella, entonces la filosofía tendría que volver la mirada para comprobar en qué medida tal existencia concreta es la realización del anhelo. El cristianismo ha elevado esta pretensión al confesar a Jesús como Verbo Encarnado y como Dios humanado. Con ello propone la suprema provocación al filósofo, porque recoge uno de sus más profundos deseos, pero le responde en una dirección inesperada. El cristianismo afirma no la llegada por conquista del hombre hasta Dios —¡Prometeo, suprema tentación moderna!—, sino, a la inversa, la llegada de Dios hasta el hombre. Por eso el cristianismo implica la incitación suprema y la suprema paradoja para el filósofo. Si la deificación es la primera pasión del hombre, el cristianismo en este sentido es profundamente natural, Dios mediante y mediante conversión (13).

9. Una mirada a España. Un pueblo pierde el tino de su propia historia cuando olvida cuáles son los grandes manaderos de su dignidad: la moral y la religión; y tras ambas,

como secreta raíz originaria, la metafísica y la mística. Ante una situación espiritual como la española, que parece haber perdido la confianza en la razón teórica y en lo que fue su savia religiosa a lo largo de siglos, uno no puede por menos de recordar la sentencia de Hegel: «Tan asombroso como un pueblo, para el que se hubieran hecho inservibles su derecho político, sus convicciones, sus hábitos morales y sus virtudes, sería el espectáculo de un pueblo que hubiera perdido su metafísica.»

A una ausencia de ejercitación política durante decenios ha seguido una inundación política. En ella están anegándose los necesarios esfuerzos de un pensamiento metafísico y religioso a la altura del tiempo. Es hora de levar anclas de la trivialización sin horizonte para adentrarse en la mar alta de las últimas cuestiones. Últimas cuestiones que no están lejos de cada uno de nosotros, porque nos son interiores y coextensivas a la acción de cada día y a los problemas de la sociedad, pero que hay que saber alumbrar para que sean luz y alimento de los hombres, tan menesterosos de esperanza como de pan, tan aquejados por dolencias últimas como por dolores inmediatos.

Termino expresando una pena y extrañeza: que el autor no haya mencionado siquiera el nombre de Unamuno, que en el *Cristo de Velázquez* nos dio la más bella traducción poética de la cristología filosófica aquí expuesta, y sin la cual a su vez el poema es ininteligible. □

- (1) Pascal, *El Memorial*, editado al frente de sus *Pensamientos* siempre. Cfr. W. Weischedel, *Der Gott der Philosophen. Grundlegung einer philosophischen Theologie im Zeitalter des Nihilismus I-II* (Darmstadt, 1979).
- (2) Cfr. H. Guevara, *La resistencia judía contra Roma en época de Jesús* (Madrid, 1984); R. Aguirre, *Del movimiento de Jesús a la iglesia cristiana* (Bilbao, 1987).
- (3) E. Borne, «Jésus devant les philosophes», en *Jésus* (Coll.: Génies et Réalités. París, 1971), págs. 209-230, cit. en pág. 220.
- (4) Cfr. Stockmeier, *Glaube und Kultur. Studien zur Begegnung von Christentum und Antike* (Düsseldorf, 1983); E. Sánchez Salor, *Polémica entre cristianos y paganos* (Madrid, 1986).
- (5) Diálogo con Trifón 8.
- (6) Cfr. X. Tilliette, «Spinoza devant le Christ», en *Gregorianum*, 58 (1977), págs. 221-237; A. Matheron, *Le Christ et le salut des ignorants chez Spinoza* (París, 1971); J. Lacroix, *Spinoza et le problème du salut* (París, 1970).
- (7) Profesión del vicario de Saboya, en *Emile ou de l'éducation* (París, Garnier, 1964), libro IV, pág. 380.
- (8) G. E. Lessing, *Escritos filosóficos y teológicos* (Madrid, 1982), pág. 447. El exponente más significativo de la cristología ilustrada es Kant, *La religión dentro de los límites de la mera razón*.
- (9) El título de la obra de G. Santayana es todo un programa: *The Idea of Christ in the Gospels or God in Man. A critical Essay* (New York, 1946); cfr. H. Gouhier, *Bergson et le Christ des évangiles* (París, 1961), págs. 173-198 («Une christologie philosophique»).
- (10) Cfr. E. Brito, *La cristología de Hegel* (París, 1983); id., *Hegel et la tâche actuelle de la christologie* (Namur-París, 1979).
- (11) Cfr. K. Löwith, *Von Hegel zu Nietzsche* (Stuttgart, 1964), págs. 28-43 («Rose und Kreuz»).
- (12) H. U. von Balthasar, en *Pour vous qui est Jésus-Christ* (París, 1970), pág. 149.
- (13) E. Bloch, *Atéismo en el cristianismo* (Madrid, 1985), propone una cristología prometeica llevada al extremo. Jesús es el hombre que se ha atrevido a ser consustancial con Dios y a suplantarlo el Reino de Dios por el reinado del hombre, al Dios de la esperanza por la Esperanza como único Dios.

RESUMEN

Desde que Pascal aludiera por escrito a la profunda división entre el Dios de los creyentes y el Dios de los filósofos, mucho se ha escrito sobre estas dos dimensiones de la única realidad de Dios. El teólogo español Olegario González de Cardedal comenta un libro que se propone romper la disyuntiva

entre el Jesús de la historia y el Cristo de la fe, e intenta una lectura previa a ambas: la interpretación filosófica de Cristo que le sitúa en el vértice de convergencia entre Dios y el hombre. Cristianismo y filosofía, pues, es el tema básico del artículo de Cardedal.

Xavier Tilliette

La Christologie idéaliste

Desclée, París, 1986. 239 páginas. 125 francos franceses.

Juegos, conflictos y negociaciones

Por Sixto Ríos

Sixto Ríos (Pelahustán, Toledo, 1913) ha sido profesor de la Universidad de Madrid durante más de cincuenta años. Es numerario de la Real Academia de Ciencias, Honorary Fellow de la Royal Statistical Society, y en 1977 obtuvo el Premio Nacional a la Investigación Matemática.

La analogía entre los llamados juegos de sociedad: loterías, ajedrez, bridge, póquer, damas..., y multitud de situaciones económicas, sociales, políticas, militares, diplomáticas..., es tan evidente que incluso la ponen de manifiesto locuciones corrientes como «jugar a la Bolsa», «guerra de precios», etc.

Juegos, conflictos, negociaciones, son actividades humanas tan viejas como nuestras culturas, que como vamos a ver pueden ser analizadas científicamente mediante las teorías matemáticas creadas a tal fin.

Los arqueólogos han descubierto astrágalos aparentemente usados como dados en los juegos de los hombres de la edad de piedra, de modo que a cada cultura primitiva van asociadas unas formas de juego. Pero la conexión entre matemáticas y juegos permaneció por milenios insospechada.

Cardano, Pascal, Fermat, Galileo (siglo XVII), comenzaron a estudiar científicamente el juego de dados, y sus continuadores llegaron al moderno Cálculo de Probabilidades. Pero aquí no nos interesamos en este momento por los juegos de azar puro, en los que no interviene la inteligencia de los jugadores, ya que un idiota puede ganar a una persona inteligente.

Contrariamente, en los juegos que se llaman de «estrategia», como póquer, ajedrez, etc. (en alguno de los cuales interviene un elemento de azar), tiene una influencia decisiva la inteligencia de los jugadores, ya sea en forma de reflexión o de farol.

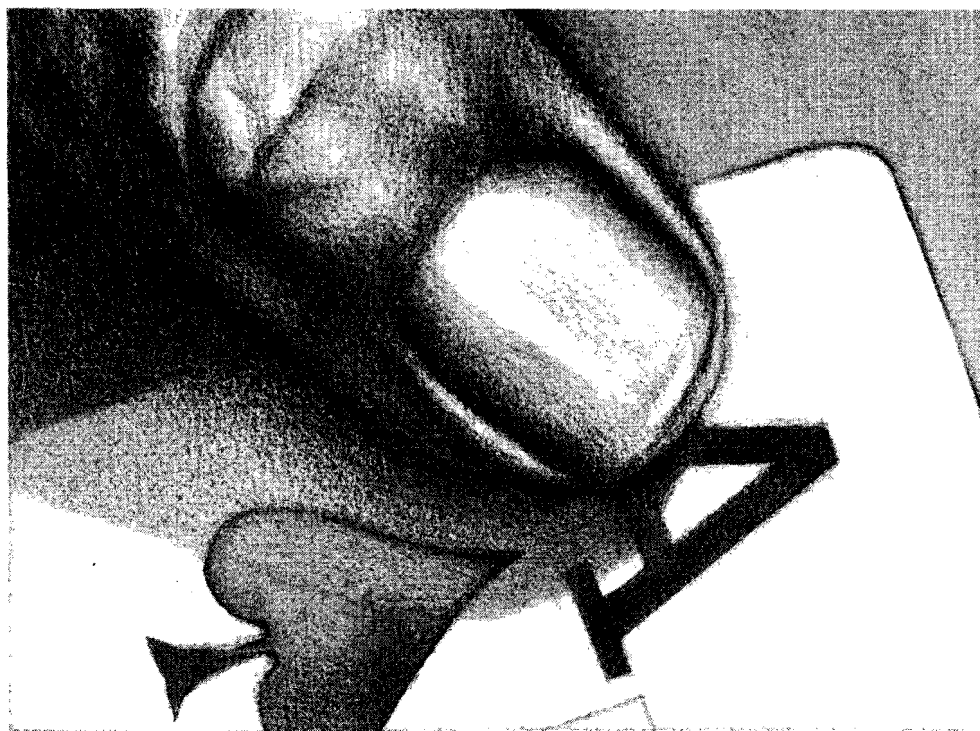
Tras los trabajos iniciales de Zermelo y Borel, puede decirse que las bases de una teoría de estos juegos, llamados de «estrategia», fueron sentadas por Von Neumann en una serie de importantes memorias y en su libro *Theory of games and economic behaviour* (escrito con la colaboración del economista O. Morgenstern). Su punto de vista ha sido encontrar modelos matemáticos apropiados para muchos problemas económicos, sociales, de investigación operativa, etc.

Estrategia «minimax»

Vamos a indicar sobre un ejemplo militar la idea matemática de estrategia «minimax», que es uno de los conceptos fundamentales introducidos por Von Neumann.

El problema típico de ataque aéreo a submarinos, cuyo esquema es el cuadro adjunto, se presenta constantemente en la guerra como consecuencia de las medidas y contramedidas debidas a diversos progresos técnicos, tácticos, etc. Aunque las cifras que se dan no son las reales, lo interesante es la comprensión del método.

Antes del empleo del radar para localizar submarinos, el porcentaje de submarinos hundidos era, según múltiples datos estadísticos, el 40 por 100.



JUAN RAMON ALONSO

AVION CONTRA SUBMARINO (Proporción de submarinos vistos que son hundidos)

| | | Submarino | |
|-------|---------------|--------------------------|-----------------------|
| | | No usa receptor de radar | Usa receptor de radar |
| Avión | No usa radar | 40 % | 70 % |
| | Utiliza radar | 80 % | 20 % |

Cuando los aviones empezaron a usar radar, el número de submarinos hundidos se elevó al 80 por 100 de los visados. Pero pronto los submarinos comenzaron a usar receptores de radar y pudieron percibir con mucha antelación la proximidad de aviones equipados con radar, con lo que el porcentaje de submarinos hundidos descendió al 20 por 100. Viendo esto, el mando de los aviones dejó de usar radar, esperando volver al porcentaje del 40 por 100. Sin embargo, el porcentaje de submarinos hundidos fue del 70 por 100. Una información demostró que los submarinos continuaban utilizando los receptores de radar, lo cual representaba una desventaja para los submarinos, ya que tenían que desmontar el aparato y ponerlo bajo cubierta, lo cual suponía una pérdida de tiempo para iniciar la inmersión. Después de algún tiempo, el mando de los submarinos se dio cuenta de que al no usar los aviones radar era contraproducente usar receptores, y en efecto se comprobó que al suprimirlos el porcentaje de submarinos hundidos volvió a ser del 40 por 100.

El problema es saber para cada mando cuál es la estrategia más ventajosa. Si ambos emplean radar, tiene ventaja el mando submarino; si uno lo emplea y el otro no, tiene ventaja el mando de los aviones.

He aquí, sin entrar en detalles técnicos, brevemente expuesta, la solución del problema según la teoría de Von Neumann: Cada

mando debe utilizar el radar ocasionalmente en una cierta proporción (que se denomina su estrategia óptima), pero dentro de esta proporción, completamente al azar. Evidentemente esto último es necesario, pues si el mando de los submarinos conociera la ley con que el mando de los aviones utilizara el radar, tendría una ventaja efectiva utilizando los receptores en las mismas ocasiones.

No podemos entrar en el cálculo de estas estrategias, llamadas «minimax», que son óptimas desde el punto de vista de cada mando en sentido de que si A no utilizara su estrategia óptima, B podría obtener una ventaja modificando convenientemente la suya. Si ambos mandos utilizan sus respectivas estrategias óptimas, la proporción de submarinos hundidos a la larga será de 53 1/3 por 100, y el mando submarino no logrará con otra estrategia disminuir esta proporción a menos que el mando de aviones utilice una estrategia que no sea la óptima, ni el mando de aviones logrará incrementar dicho porcentaje a menos que el mando de submarinos deje de utilizar su estrategia óptima.

Problemas como éste quizá parezcan demasiado esquemáticos para el hombre práctico, pero como dice Von Neumann: «El progreso importante en cada ciencia resulta cuando para el estudio de problemas que eran modestos comparados con las últimas aspiraciones, se crean métodos que pueden extenderse más y más. La caída de los cuerpos es un fenómeno físico trivial, pero fue el estudio de este hecho simple y su comparación con el material astronómico el que originó la Mecánica.»

Desde los trabajos de Von Neumann-Morgenstern han pasado casi sesenta años hasta la publicación del libro *Analysing Conflict and its resolution* (editado por P. G. Bennet, Oxford, 1987), que nos ha sugerido la publicación de esta nota divulgativa del desarrollo actual de la teoría de juegos de estrategia.

Viene ahora a mi memoria el recuerdo de mi concurrencia, en el verano de 1968, al Coloquio de Teoría y Aplicaciones de los Juegos de Estrategia, organizado por la Agencia de Control de Armamentos y Desarme del Departamento de Estado de EE.UU., en Washington. En aquella ocasión conocí el progreso extraordinario de esta teoría en los años sesenta y cómo, cuando aún era una creencia corriente la escasa utilidad de la misma en los problemas concretos, los americanos habían podido utilizar modelos de metajuegos cooperativos de información incompleta para analizar la difícil situación creada en Cuba al final de 1962 y llegar a un consejo negativo respecto al comienzo de una guerra, y como también los rusos habían llegado a la misma

conclusión, estos estudios contribuyeron así a librar al mundo de un gran desastre.

(Se ha dicho que la primera guerra mundial fue química, la segunda física y que la tercera será informática. Seamos optimistas expresando nuestra esperanza de que sigan los matemáticos contribuyendo a evitar esa tercera.)

Parece ilustrativo indicar, siquiera sea en forma muy simplificada, el modelo de juego utilizado en una primera aproximación al problema del desarme en una posible guerra entre dos grandes potencias o bloques. Se trata del llamado modelo de equilibrio de Nash.

| PAGOS A EE.UU. | | URSS | |
|----------------|------------|------------|---------|
| | | No desarme | Desarme |
| EE.UU. | No desarme | -2 | 10 |
| | Desarme | -10 | 5 |

| PAGOS A URSS | | URSS | |
|--------------|------------|------------|---------|
| | | No desarme | Desarme |
| EE.UU. | No desarme | -2 | -10 |
| | Desarme | 10 | 5 |

Se supone en este modelo, enormemente simplificado, que cada potencia tiene dos estrategias posibles: no desarmar o desarmar. Si ninguno de los dos desarma, la situación de ambos es fuertemente peligrosa de guerra y podemos indicar esto asignándole a cada uno una utilidad negativa que podemos poner, para fijar las ideas, (-2). Si uno desarma y el otro no, la situación es muy mala para el primero y le asignamos una utilidad (-10) y (+10) al otro. Finalmente, si ambos desarmen, el peligro y consecuencias de guerra son mucho menores, y podemos poner como utilidad de cada uno +5.

Como la estrategia «no desarmar» para I es mejor para cualquier cosa que haga II, le convendrá a I adoptarla, y como la estrategia «no desarmar» es mejor para II para cualquier cosa que haga I, le convendrá adoptarla. Así llegamos al punto de equilibrio en que cada uno gana (-2). Sin embargo, parece que es mejor para ambos «desarmar», pues entonces ganarían cinco cada uno, y ésta es la solución a que se llegaría considerando el juego como cooperativo.

Metajuegos, superjuegos, juegos estocásticos poliépitos, catástrofes, son algunos de los modelos que se estudian profundamente en el Coloquio de Cambridge, a fin de lograr soluciones cada vez más realistas y útiles a problemas complejos e importantes que van de la crisis de Cuba a la guerra de las Malvinas, del problema terrorista a las interpretaciones modernas de la lucha biológica de los genes por la supervivencia.

Esto sin entrar en cuestiones más técnicas, cuyo análisis sería inapropiado en esta ocasión, como la teoría de Lanchester para el análisis crítico del combate defensivo, simulación de conflictos internacionales, distribución de Weibull, etc., que son tratadas en el libro con gran profundidad por conocidos especialistas. □

En el próximo número

Artículos de Carlos Seco Serrano, Antoni M. Badia, Ricardo Gullón, Francisco Rodríguez Adrados, José Manuel Pita Andrade, Luis de Pablo y Ramón Pascual. Índice 1988.

RESUMEN

El matemático Sixto Ríos ha leído un trabajo de P. G. Bennet, en el que se señala cómo los juegos, los conflictos y las negociaciones son actividades humanas tan viejas como

nuestras culturas que pueden ser analizadas científicamente, tal como hace en su artículo, mediante las teorías matemáticas creadas a tal fin.

P. G. Bennet

Analysing conflict and its resolution

Clarendon Press, Oxford, 1987. 386 páginas. 30 libras esterlinas.

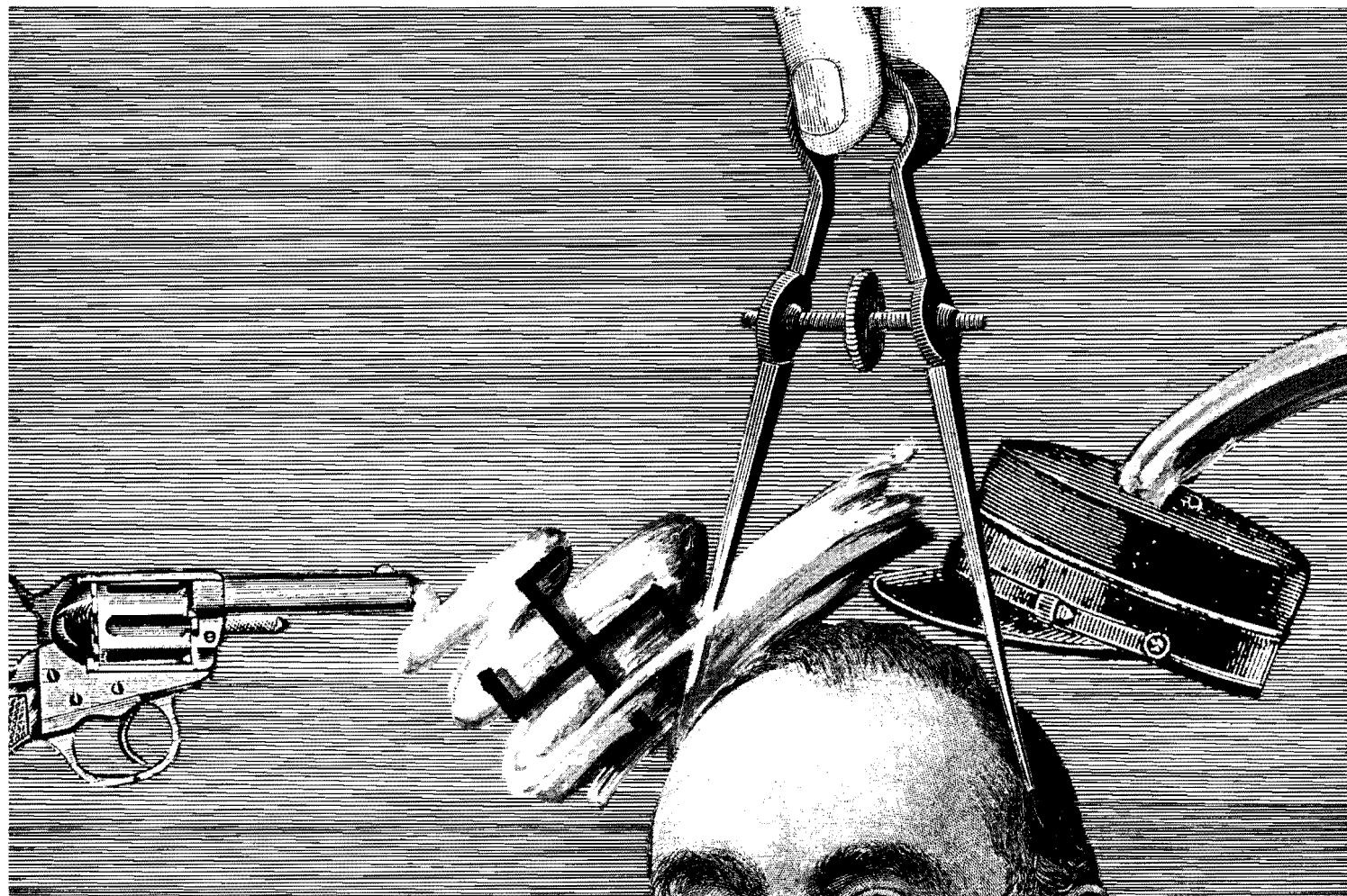
Un diálogo entre Pétain y Francia

Por Carlos Seco Serrano

Carlos Seco Serrano (Toledo, 1923) es catedrático de Historia Contemporánea de España en la Universidad Complutense de Madrid. Es académico de número de la Real Academia de la Historia (Madrid) y de la de Buenas Letras (Barcelona). Es autor, entre otros títulos, de *Epoca contemporánea: la República, la guerra, la España actual; Alfonso XIII y la crisis de la Restauración; y Militarismo y civilismo en la España contemporánea*, con el que obtuvo el Premio Nacional de Historia 1986.

No hace mucho subrayaba yo —comentando el excelente estudio del profesor Stanley G. Payne sobre el régimen de Franco— las dificultades con que la objetividad histórica tropieza cuando se trata de abordar un tema próximo a nosotros; por ejemplo, el de la guerra civil española, distanciada ya medio siglo de nuestro tiempo pero vigente, por voluntad de los triunfadores de 1939, hasta la década de los setenta. Los franceses atravesaron también una guerra civil que arrancó de la mundial, y que se prolongó en la resaca de los años que siguieron a la liberación de 1944. En ella se enfrentaron, como en el caso de España, dos conceptos de Francia y de la Historia: el atenido a una imagen tradicional, transfigurada por los aspectos negativos de la Gran Revolución; el abierto, a partir de ese mismo trazo revolucionario, a un horizonte ya irrenunciable, y que la misma Guerra Mundial —en su segunda versión— había dilatar radicalmente.

La diferencia esencial —historiográficamente— entre el caso español y el caso francés estriba, en lo relativo a nuestro país, en que las secuencias de la «gran ruptura» —el maniqueísmo «España-anti España»— se han prolongado, por voluntad del dictador, hasta la desaparición física de éste. De aquí que, mientras el proceso de transición a la democracia, conducido por hombres de una generación ajena a la gran catástrofe de 1936, logró orillar el revanchismo vinculado a la generación que padeció en su carne los acontecimientos bélicos propiamente dichos, en cambio el «enfoque histórico» del proceso —ideológicamente mantenido sin fisuras por espacio de cuarenta años— se haya parecido más a una reacción que a una revisión objetiva —en la mayor parte de los casos—, pasando de un maniqueísmo a otro de signo contrario.



ALFONSO RUANO

Muy distinto es lo ocurrido en Francia. Aunque allí la guerra civil, tan feroz como en España, quedase enmascarada, al tiempo que subsumida, por la gran conflagración mundial y por la unanimidad que apiñó a los franceses, a la hora de la liberación, para sumarse a la victoria aliada sobre Alemania —tal fue el gran legado del general De Gaulle a su país—, «todo» ha ido quedando lejos tras el reajuste final de la V República y la nueva conmoción provocada por la liquidación colonial. Y los niveles de objetividad historiográfica respecto a ese desgarramiento interior ya han sido alcanzados al norte del Pirineo. Resulta muy significativo que en los últimos años hayan aparecido —casi simultáneamente— tres estudios, de distinto planteamiento y alcance, sobre sendas «figuras-símbolo», que desbordan su carácter militar en una proyección po-

lítica. El más importante de esos estudios es el consagrado por Jean Lacouture al general De Gaulle, en una obra verdaderamente monumental (tres volúmenes, 1984-1986) [ver «SABER/Leer», n.º 4, abril 1987], que, sin restar nada a la grandeza del personaje, dista mucho de la exaltación panegírica al modo de Mauriac, pongo por ejemplo. El de menor envergadura es el de Jean Perrin sobre Foch (1987). Y el más apasionante, el de Marc Ferro: *Pétain*.

Problema humano

El libro de Marc Ferro no se atiene al modelo de «reconstrucción lineal» —trayectoria biográfica desde la cuna hasta el sepulcro; reconstrucción del mundo que condiciona al biografiado y que éste contribuye a transformar (así, la espléndida obra de Lacouture)—. Marc Ferro acude al fenómeno histórico «decisivo», para abordarlo «desde» el nivel en que la imagen «consagrada» del mariscal Pétain entra bajo una nueva luz, se actualiza en una experiencia insólita, que despliega las «reservas» históricas e ideológicas marginadas por la III República, cuando ésta se derrumba al impulso de los tanques alemanes. «Hasta 1940 —escribe— los franceses no se habían dividido sobre la imagen de Pétain.» Era unánimes en la veneración al mariscal —el hombre de 1917—. Pero se trataba de esa veneración «que rodea a los grandes muertos». Los acontecimientos de 1940 —derrota, ocupación, división de Francia— hacen resurgir todo un pasado, «como las lavas de un volcán que se creía extinto». De esta fecha —1940— parte, pues, Marc Ferro para presentarnos al mariscal. Luego inicia el itinerario de una crónica minuciosa, seguida a veces día a día, hora a hora. Pero con retrocesos en profundidad —retrospecciones— cada vez que un gesto, una decisión, requieren cierta perspectiva «desde» el propio pasado de Pétain —«desde» sus más hondas vivencias—. Por ejemplo: la represión de los «motines» de 1917 es contemplada a través del planteamiento, por el general, del problema que condujo —según él— al hundimiento del Estado en 1940.

La agudeza del análisis circunstancial y el alumbramiento de nuevas fuentes documentales —a veces sensacionales— facilitan la aproximación al personaje «real»; pero, sobre todo, la serenidad —que no frialdad— de su enfoque. Marc Ferro da una lección magistral de lo que debe ser la postura del historiador, y sobre todo del historiador enfrentado con un «problema humano» muy concreto. «El papel del historiador —escribe— consiste, de una parte, en conservar y restituir las diferentes memorias de una época, nuestra identidad colectiva; de otra parte, y sobre todo, en tratar de hacer el pasado inteligible, y especialmente en relación con el tiempo presente. El historiador debe conservar, explícitamente»

En este número

Artículos de

| | | | |
|----------------------------|-----|--------------------------|-----|
| Carlos Seco Serrano | 1-2 | José Manuel Pita Andrade | 8-9 |
| Antoni M. Badia i Margarit | 3 | Luis de Pablo | 10 |
| Ricardo Gullón | 4-5 | Ramón Pascual | 11 |
| Francisco R. Adrados | 6-7 | Indice 1988 | 12 |

SUMARIO en página 2



Viene de la página anterior



Un diálogo entre Pétain y Francia

tar, analizar, diagnosticar. No debe juzgar jamás.» (Se trata, pues —me permito esta glosa—, de una toma de contacto con un concreto pasado, y no de una toma de posiciones frente a él.) Y añade Marc Ferro la siguiente observación: «La ciencia política o histórica no debe borrar el trazo de la experiencia vivida. Ella no podrá hacer olvidar que el terror nazi ha reinado en todo el país desde el verano de 1942, y que no hacía falta esforzarse mucho para correr el riesgo de ser fusilado». La historia de lo contemporáneo tendrá, pues, dos caras indisociables: el análisis histórico y la memoria vivida; pero de naturaleza tan diferente, «que en la misma casa requieren, en cierto modo, habitación separada». ¿Se puede renunciar a la segunda para salvar la historia en su «pureza»... aséptica? Ciertamente no; he aquí una clave del criterio de objetividad para el historiador de la época contemporánea. Hace ya muchos años —en 1961— escribía yo, incidiendo en este mismo problema: «... Cuando, dentro de algún tiempo, pueda hacerse con absoluto rigor metodológico el estudio de nuestra época, lo primero que habrá de tenerse en cuenta es lo que nosotros, los que vivimos el proceso, hemos dicho de él en un juicio que quiere ser objetivo sin prescindir de una valiosa experiencia directa. Este testimonio no podemos, no debemos, escamoteárselo al historiador futuro, si éste se atiene a lo que, con sobrada razón, ha escrito G. Barraclough: "Hemos de considerar el pasado por sí mismo, y juzgar las edades pasadas —si juzgar es tarea pertinente a la Historia— por sus propios criterios, por sus propias normas, y no por las nuestras".»

Una última reflexión sugiere este libro —como el de Lacouture sobre De Gaulle—: estamos viviendo, en los últimos años, una revalorización de la biografía —y de la llamada «histoire événementielle». En el prefacio, Marc Ferro reproduce su diálogo con el ya desaparecido Fernand Braudel, a quien le planteó su proyecto. Braudel le animó: debía hacer «un buen relato». Sobre Pétain «es necesario que se pueda "comprender" todo, por fin. No dudes en "retroceder" para "explicar"; cuanto más retrocedes en el pasado, mejor analizas». No rechazaba, pues, el gran maestro la «historia tradicional»; la requería



El mariscal Pétain.

cuando era notoriamente inexcusable. Esta nueva encuesta acerca de Pétain suponía, según él, un resorte para desvelar horizontes mucho más amplios: «porque hablar de Pétain es también, y siempre, hablar de los franceses, hablar de nosotros mismos. Y es sin duda por haberle adulado e infamado, por lo que actualmente se le oculta bajo el régimen de Vichy».

Y de hecho, este libro es como un apasionante diálogo entre Pétain y Francia, iniciado en comunión fervorosa y que irá agriándose hasta llegar al divorcio de 1944. Parte ese diálogo de una idea generalizada en la inmensa «débâcle» de 1940: la guerra está perdida; la rendición de Inglaterra es cosa de semanas, tal vez de días. Pétain —mejor que la línea Maginot o que las divisiones acorazadas— ha logrado «detener» a Hitler, salvar una plataforma nacional desde la que será posible, en la

futura paz, en el nuevo orden europeo, la presencia «digna» de Francia. Y el proyecto alternativo del viejo mariscal se apoya a su vez en dos ilusiones. En lo que afecta a la «recuperación» tras el armisticio, le obsesiona el acuerdo de Prusia (1918: pérdida de la guerra, Alemania, derrotada pero no deshecha, logró ganar la paz; 1807: Tilsit, la Prusia humillada, desmembrada por Napoleón, encontró en el fondo de la derrota la savia regeneradora de la que brotaría el futuro renacimiento de Alemania). En lo que afecta al orden interno, sueña con una respuesta al «error y la corrupción» de la III República, a través de un «Estado nuevo», purgado del «veneno» democrático; fiel a las «esencias eternas» de Francia, que, lejos de una mimesis totalitaria, se «atenderán» más al corporativismo salazariano, e incluso al ejemplo de la «nueva España» de Franco, para cristalizar en «su» propio modelo.

El «nuevo Estado»

Las dos ilusiones, que naufragan —Hitler no es Napoleón, ni Tilsit se parece a Montoire; el «nuevo Estado» apenas es un esquema, sin auténtica vida, frente a la vigorosa tradición liberal que llega de la Gran Revolución—, perderán su sentido en la realidad intuida por «el hombre del Destino» (De Gaulle). Un equívoco creciente se interpone entre el viejo mariscal y sus «súbditos» a través de evidencias

insoslayables: Hitler actúa —pese al armisticio— como dueño y señor; intentar entenderse con él —cuando el sabotaje y el terrorismo de la «Resistencia» son replicados con represalias feroces, indiscriminadas— va pareciéndose, cada vez más, a una traición que a una «táctica de salvación»; la ruptura con Inglaterra, incluso con Norteamérica —la gran valedora en principio—, cuando han cambiado las tornas y la guerra se prolonga hacia un resultado cada vez menos dudoso, no deja a Pétain salida más gallarda que romper la baraja: de ahí la idea de deponer el mando y ofrecerse como desvalido prisionero para contrarrestar las represalias contra los franceses de la Resistencia; o de escapar a tiempo, de buscar el apoyo norteamericano en visperas del desembarco deshaciendo el yugo impuesto por los alemanes a través de Laval. Dos momentos entrevistados, dos soluciones adoptadas, rechazadas luego. ¿Debilidad de anciano, enmascarada con un presunto gesto de sacrificio? En cualquier caso, el diálogo Francia-Pétain está roto, y se hará imposible reanudar.

En este proceso patético, este análisis de mentalidades —mentalidad colectiva, en ebullición; decisiones en solitario de una figura mítica, a solas con un pasado roto, con un futuro imposible— es lo que hace apasionante y nuevo el libro de Marc Ferro, basado en un afán de «comprender». El afán que debe presidir, siempre, la tarea del historiador auténtico. □

RESUMEN

Recientemente han aparecido en Francia varias biografías importantes de «figuras-símbolo» —en la denominación del profesor Carlos Seco Serrano— de la historia contemporánea francesa. Una de éstas —la más apasionante, según el comentarista— es la del ge-

neral Pétain, escrita por Marc Ferro, quien se ha acercado a este controvertido militar —el héroe de Verdún, el colaboracionista de Vichy— con afán de «comprender» el problema humano. Este afán debe presidir —piensa Seco— la tarea del historiador auténtico.

Marc Ferro

Pétain

Fayard, París, 1987. 790 páginas. 150 francos.

Los textos contenidos en esta revista pueden reproducirse libremente citando su procedencia: «Revista crítica de libros SABER/Leer, Fundación Juan March, Madrid».

SABER

Leer

Revista crítica de libros

Fundación Juan March

Servicio de Información y Prensa

Castelló, 77
Teléfono: 435 42 40
Telex: 45406 FUJM E
28006 Madrid
España

Depósito legal:
M. 40.038-1986
ISSN: 0213-6449
Impreso en: G. Jomagar
Móstoles (Madrid)

SUMARIO

| | Págs. |
|---|-------|
| «Un diálogo entre Pétain y Francia», por Carlos Seco Serrano, sobre el libro <i>Pétain</i> , de Marc Ferro | 1-2 |
| «El interés por las palabras», por Antoni M. Badia i Margarit, sobre el libro <i>Panorama de la lexicografía catalana</i> , de Germà Colon y Amadeu-J. Soberanas | 3 |
| «Fragmentos de Ezra Pound», por Ricardo Gullón, sobre el libro <i>Pound as Wuz. Essays and Lectures on Ezra Pound</i> , de James Laughlin | 4-5 |
| «Cara y cruz de los sofistas», por Francisco Rodríguez Adrados, sobre el libro <i>Les grands sophistes dans l'Athènes de Périclès</i> , de Jacqueline de Romilly | 6-7 |
| «Nuevas luces sobre la Alhambra», por José Manuel Pita Andrade, sobre el libro <i>Foco de antigua luz sobre la Alhambra desde un texto de Ibn al-Jatib en 1362</i> , de Emilio García Gómez | 8-9 |
| «El caso Stockhausen», por Luis de Pablo, sobre el libro <i>Stockhausen, entrevista sul genio musicale</i> , de Mya Tannenbaum | 10 |
| «Inicio de colaboración científica europea», por Ramón Pascual, sobre el libro <i>History of CERN</i> , de A. Hermann, J. Krige, U. Mersits y D. Pestre | 11 |
| <i>Indice 1988</i> | 12 |

El interés por las palabras

Por Antoni M. Badia i Margarit

Antoni M. Badia i Margarit (Barcelona, 1920) es catedrático emérito de Gramática histórica española y catalana en la Universidad de Barcelona. Miembro del Institut d'Estudis Catalans y de la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona y correspondiente de la Real Academia Española. Ha publicado libros de lingüística y sociolingüística.

Es humana la necesidad de establecer límites entre los vocablos según sus significados. De otro modo no nos entenderíamos. De hecho, esa labor la hacen incluso las personas incultas (si no, no sabríamos qué quieren decir), y gracias a ella, los niños aprenden a usar las palabras cada vez con más propiedad. Hay más: en la formación de las lenguas (y pienso concretamente en las derivadas del latín, tanto por mi dedicación profesional como por el libro objeto de mi comentario) se advierte que una misma palabra originaria, además de dar resultados distintos según la fonética histórica correspondiente, ha adquirido significados independientes en cada romance. Compárense, por ejemplo, el español «traer», el catalán «treure», el francés «traire», el italiano «trarre» (derivados todos del latín «trahō»), para ver que, también en este terreno, se impone la necesidad de establecer límites en las significaciones de las palabras para que exista una comunicación correcta. De ahí la existencia de los diccionarios.

Por lo que respecta al catalán, el libro de Germà Colon y Amadeu J. Soberanas nos ofrece una útil y amplia perspectiva de la preocupación por inventariar las palabras de la lengua, que se ha manifestado a lo largo de su historia. Ahora bien, la tarea de los autores hubiera podido consistir en establecer un repertorio bibliográfico completo de obras lexicográficas, cosa que ya hubiera sido sumamente provechosa. Pero en realidad nos han ofrecido una historia («panorama» la llaman) de los diccionarios, vocabularios y obras afines, en íntima relación con la historia de la lengua y de la cultura catalanas. Mi propósito aquí no es resumir su magnífica aportación, sino poner de relieve las épocas que en ella se destacan.

Los glosarios

Los comienzos de las lenguas románicas vienen señalados, como es sabido, por los glosarios. Así, en la consideración de los orígenes del español, cobran especial relieve las Glosas Emilianenses y las Glosas Silenses. En Cataluña existen varios glosarios latinos, como los de Ripoll (siglos X y XI), los cuales, por más que sean latinos, no dejan de reflejar voces del romance catalán. Más importancia tienen las glosas del manuscrito 838 de Montserrat (de hacia 1200) y las del manuscrito 139 de Ripoll (de fines del siglo XIV). Los contactos con las letras provenzales quedan patentes en los «rimarios», así como la riqueza del vocabulario luliano, a veces muy técnico, justifica las listas de «explicación de vocablos oscuros». Con estas menciones, no ciertamente muy descolantes, se cierra el período medieval.

De modo muy distinto hay que juzgar lo que ocurre tan pronto como se hacen sentir los nuevos aires renacentistas. Aquí sí que la lexicografía adquiere un nivel notable, que hay que poner en relación con el auge de las letras catalanas. Sólo me referiré a tres realidades. De momento, el *Liber Elegantiarum*, de Joan Esteve (1489), que es una de las primeras recolecciones que aplica una cierta técnica lexicográfica y que interesa especialmente por su filiación valenciana. En segundo lugar, la universal curiosidad del hombre del Renacimiento se manifiesta en las *Regles de esquivar vocables* (de fines del siglo XV), curiosa lista de más de 300 correcciones idiomáticas, que hacen pensar en las discusiones de la so-



TINO GATAGAN

ciolingüística contemporánea, a propósito de los registros (culto, coloquial, vulgar) en que aparecen las palabras. Por fin, hay que señalar que la verdadera innovación en la lexicografía catalana la constituyó la adaptación del *Lexicon* latino-español de Nebrija al catalán, por obra de Gabriel Busa (1507); en esta obra se pretende cubrir todos los sectores de la lengua catalana a partir de las palabras latinas correspondientes. Este vocabulario, reeditado el 1522, el 1560 y el 1585, tuvo una gran difusión e influencia. El siglo XVI todavía se pretende cubrir todos los sectores de la lengua catalana a partir de las palabras latinas correspondientes. Este vocabulario, reeditado el 1522, el 1560 y el 1585, tuvo una gran difusión e influencia. El siglo XVI todavía se pretende cubrir todos los sectores de la lengua catalana a partir de las palabras latinas correspondientes. Este vocabulario, reeditado el 1522, el 1560 y el 1585, tuvo una gran difusión e influencia.

Instrumentos de aprendizaje

La lexicografía catalana del siglo XVII se caracteriza por tres diccionarios, concebidos sobre todo como instrumentos para el aprendizaje del latín por parte de los estudiantes catalanes. Me refiero a los de Antoni Font (1637), Pere Torra (1640) y Joan Lacavallería (1696). Mayor complejidad ofrece el siglo XVIII. En una época en que se combinan dificultades políticas y adquisiciones culturales, no resulta fácil emitir un juicio sobre la lexicografía del momento. Así se mezclan: unos datos de vocabulario en el famoso texto didáctico y reivindicativo de Baldiri Reixac (1749), la importante empresa lexicográfica de Carles Ros (con su diccionario valenciano-castellano de 1764), las contribuciones de Antoni de Capmany, los proyectos lexicográficos de la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona (por lo menos tres, los tres dignos de tomarse en consideración) y el rico repertorio recopilado por Manuel Joaquim Sanelo (inédito hasta 1964).

El siglo XIX, que había de transcurrir bajo el signo de la recuperación (la «Renaixença»), es de gran efervescencia en el terreno de la lexicografía. La primera constatación que

se impone es que el ángulo de visión de las aportaciones del Principado difiere del que adoptan las de Valencia o las islas Baleares. Los diccionarios elaborados en Cataluña se mueven dentro de todo el territorio lingüístico, e incluso intentan incluir variantes dialectales. En los que aparecen fuera de Cataluña se nota una preocupación fundamental: proporcionar a la gente el aprendizaje y la comprensión de la lengua de la Corte. En cuanto al metalenguaje escogido, los libros de Cataluña y Baleares se valen generalmente del catalán, mientras que los valencianos son escritos en castellano. Dejando de lado muchas otras referencias, en Cataluña descuellan el diccionario catalán-castellano-latino de Félix Amat (1803-1805) y el de Pere Labèrnia (*Diccionari de la llengua catalana amb la correspondència castellana y llatina*, 1844-1848), cuyos prestigio y autoridad se mantendrían hasta la aparición del diccionario normativo de Pompeu Fabra (1932). De Valencia se pueden mencionar Escrig y Martí Gadea, y, de las Islas, Febrer Cardona y Joan Josep Amengual. Consecuencia del movimiento de la «Renaixença» fue el interés por el catalán medieval, que dio origen a tres recopilaciones de primer orden (Aguiló, Balari, Alart). Gracias a ellas

se explica la lexicografía moderna, sobre todo la propia obra de Fabra.

En el siglo actual se llevan a cabo dos empresas que se complementan recíprocamente: el *Diccionari Català Valencià Balear*, de Antoni M. Alcover y Francesc B. Moll (1930-1962) y el *Diccionari General de la Llengua Catalana*, de Pompeu Fabra (1932). Aquél, abundante, exhaustivo, documentado, inventaría todos los elementos que los autores han tenido a su alcance. Este, selectivo, preciso, conciso, ha sido el mentor de la llamada codificación de la lengua. No en vano estos dos diccionarios han sido el soporte del fenómeno singular que llamamos normalización lingüística y cultural de las letras catalanas. Los autores han cerrado deliberadamente su panorama con estas dos obras (a sabiendas de que excluían otros notabilísimos diccionarios de la presente centuria). Quizás así se ve mejor la curva de la atención que ha merecido, durante los siglos de su existencia, la lexicografía catalana, que ni se aparta mucho de las de otras lenguas románicas ni deja de ser buen indicio de los avatares de su evolución. Por otro lado, el libro está lleno de datos eruditos, de sugerencias estimulantes y de informaciones nuevas. □

RESUMEN

El lingüista catalán Antoni M. Badia en su comentario sigue los pasos de dos colegas suyos, que han escrito una suerte de excursión a través de la lexicografía catalana, una útil y amplia perspectiva de la preocupación por inventariar las palabras de la lengua. El

comentarista, que se detiene en algunos hitos decisivos, saluda la aparición de este panorama de los diccionarios, vocabularios y obras afines, que están en íntima relación con la historia de la lengua y de la cultura catalanas.

Germà Colon y Amadeu J. Soberanas

Panorama de la lexicografía catalana

Enciclopedia Catalana, Barcelona, 1986. 276 páginas. 2.400 pesetas.

Fragmentos de Ezra Pound

Por Ricardo Gullón

Ricardo Gullón (Astorga, León, 1908) perteneció a la carrera fiscal y ha sido profesor de literatura en varias universidades norteamericanas. En Puerto Rico dirigió la Sala Zenobia-Juan Ramón y es autor de varios libros sobre temas y autores de literatura contemporánea.

El interés por la persona y la obra de Ezra Pound no ha disminuido con el paso de los años: una vasta corriente de recuerdos, biografías, comentarios y análisis de textos fluye incesante de las prensas británicas y americanas. De la producción más reciente destacan los ensayos de James Laughlin, poeta y memorialista, discípulo, amigo y editor de Pound, con quien mantuvo una relación privilegiada durante cerca de medio siglo.

Fue Pound quien le animó a convertirse en editor y no erró en el consejo: «New Directions», la casa editorial fundada y dirigida por Laughlin, es una de las más prestigiosas de Estados Unidos. Junto a Pound, ha publicado a James Joyce, William Carlos Williams, Henry Miller, Djuna Barnes..., a novelistas y poetas más jóvenes: John Hawkes, Lawrence Ferlinghetti... y a extranjeros, desde Franz Kafka y André Gide a Federico García Lorca.

Llamar a Laughlin discípulo de Ezra Pound es, en más de un sentido, correcto; al primero se debe la denominación de «Ezuni-versity», aplicada a la actividad pedagógica del poeta, de la que se benefició directamente en conversaciones y por correspondencia. El primero de los nueve ensayos incluidos en este volumen describe el curso de la universidad poundiana, en Rapallo, del que «Jaz» fue único beneficiario: información en tono coloquial, revisión de temas históricos y de cuestiones literarias, admoniciones, recomendación de lecturas, etc. Toda la Historia, desde Gibbon, había incurrido en errores sustanciales, y la Poética, como la Cultura en general, necesitaba urgente reinterpretación.

Ligado en este punto al inicial, el segundo capítulo detalla el funcionamiento de la universidad a distancia, que permitió alcanzar a un público numéricamente muy superior al de los pocos que visitaron Rapallo durante los años en que Pound impartió sus enseñanzas. Libros de clara intención pedagógica, tales como *ABC de la lectura* (1934) y *Guía a «Kulchur»* (1938), difundieron sus ideas sobre la cultura y sus derivados. Sobre música lo hizo anteriormente en *Antheil y el Tratado de la Armonía* (1924), y sus escritos contra el sistema bancario no tardaron en proliferar con tono cada vez más violento.

Manifiestos y traducciones

Las antologías le sirvieron para establecer nuevos valores: los imagistas primero; Yeats, Eliot y Williams luego, hasta llegar a Cummings en la selección que encabeza Confucio. Paralelamente ejerció su didactismo en artículos de revista («Poetry», «The Little Review», «The Dial»...), esforzándose en controlar estas y otras publicaciones. Desde, por lo menos, 1914 quiso fundar su propia academia, sin conseguirlo.

Recurrió a la publicación de manifiestos para divulgar sus principios y a las traducciones para difundir textos poco conocidos y, a su juicio, ejemplares, como los de la poesía china, que conoció a través de los apuntes del erudito Ernest Fenollosa. (De ahí surgieron los incluidos en *Cathay* (1915), en donde —dijo Eliot— «inventó la poesía china para nuestro tiempo».) Tradujo a Sófocles y a los trovadores provenzales y en innumerables cartas difundió su mensaje a jóvenes y maduros.

Las observaciones de Laughlin respecto a los estudios chinos de Pound conducen una vez más a preguntarse cuál era su conocimien-

to del idioma y cuán fieles son sus traducciones. El recelo de los sinólogos y sus descalificaciones se basan en una profesionalidad alejada de la creación poética, y así sucede con los especialistas en la tragedia griega. ¿Cómo podrían comprender que se tradujera a Sófocles en jerga? Laughlin sugiere una respuesta conectada con lo dicho por Eliot: el traductor «inventaba significados» acordes con la exigencia poética.

Pound as Wuz es uno de esos libros fragmentarios, interesantes por su fragmentación: cada capítulo desarrolla un tema tangencialmente ligado a los demás, y la personalidad del autor y el estilo refuerzan su unidad. Déjese decir dos palabras sobre Laughlin, antes de volver a su maestro: sabe griego, latín, alemán, provenzal, italiano y francés —así lo deduzco del texto—, conoce bien los materiales utilizados por Pound y posee un sentido crítico muy agudo. Quizá su vocación lírica le facilita el acceso a una poesía no caracterizada precisamente por su sencillez.

Por razones de espacio omito comentar los capítulos dedicados a Proporción y a los poemas de menor entidad —de menor entidad comparados con los *Cantos*—. Si destacaré como constante poundiana el gusto por las abreviaturas, omisión de letras, adjudicación

de nombres y, muy particularmente, el juego de palabras en la alteración nominativa: «Harry-Stottle» por Aristotele; «Harry-Strip-Her-Knees» por Aristophanes.

Gran poema épico

Pasando de lo personal a lo textual, o sea, de lo biográfico a lo crítico, en los capítulos sexto y séptimo analiza Laughlin los *Cantos* con innegable autoridad. El gran poema épico ha oscurecido los poemas anteriores de Ezra Pound. No es justo, pero así es. Los de *Cathay* conservan su frescura inicial y la gracia de sus ritmos sigue atrayendo al lector como lo atrajo entonces: «La mujer del comerciante del río» es una construcción fina y equilibrada; «Una carta» es un monólogo narrativo en el cual se rememoran dos vidas y la alteración de los sentimientos causada por el paso del tiempo. Anteriormente, «El árbol» (1905) presentó una visión órfica de la realidad no muy distante de la ofrecida por Juan Ramón Jiménez en «Arboles hombres» (*Romances de Coral Gables*, 1939-1942).

Desde 1904 pensaba Pound en un poema semejante a lo que después de algunas salidas en falso llegó a ser su obra magna. En 1915

trabajaba intensamente en la redacción, y —según Noel Stock— mediado diciembre disponía de un borrador de los tres primeros cantos. Si el punto de partida fue inicialmente el *Sordello*, de Robert Browning, no tardó en adoptar como modelo para su épica la *Odissea* y la *Divina Comedia*: de Homero y de Dante procedía el impulso germinal, y pronto componentes muy distintos irían emergiendo en la construcción.

La última edición que conozco de los *Cantos* (1983) va más allá del centenar primeramente calculados; incluye 109, más borradores, fragmentos y notas de ocho más. No se recogen los cantos 72 y 73, escritos en italiano y nunca publicados por las razones que luego se dirán.

Según Laughlin, el poema fue surgiendo de una «memoria prodigiosa», lecturas acumuladas, recuerdos revividos y, desde luego, movidos por una energía creadora excepcional. Los *Cantos pisanos* más que el resto dan testimonio de esa memoria, semejante a la del borgiano Funes. Esta parte, considerada por la generalidad como la más bella del total, fue escrita en condiciones deplorables.

Pound, es bien sabido, habló con frecuencia desde «Radio Roma» durante los años de la segunda guerra mundial. Al finalizar la contienda fue internado en el centro disciplinario del ejército norteamericano y recluido en una jaula a la intemperie; cuando su salud amenazaba quebrarse, pasó a una tienda de campaña donde volvió a escribir. Sólo disponía de dos libros: uno de Confucio y un diccionario chino; más adelante encontró en el retrete una antología de poesía inglesa.

Sin duda acertó al alejarse de Browning, una de sus admiraciones juveniles, pero la voz de éste (con las de Campion y Rossetti) se oye ocasionalmente en un poema puesto bajo la advocación de las figuras más ilustres de la Antigüedad y de la Edad Media para en seguida afirmarse en la modernidad.

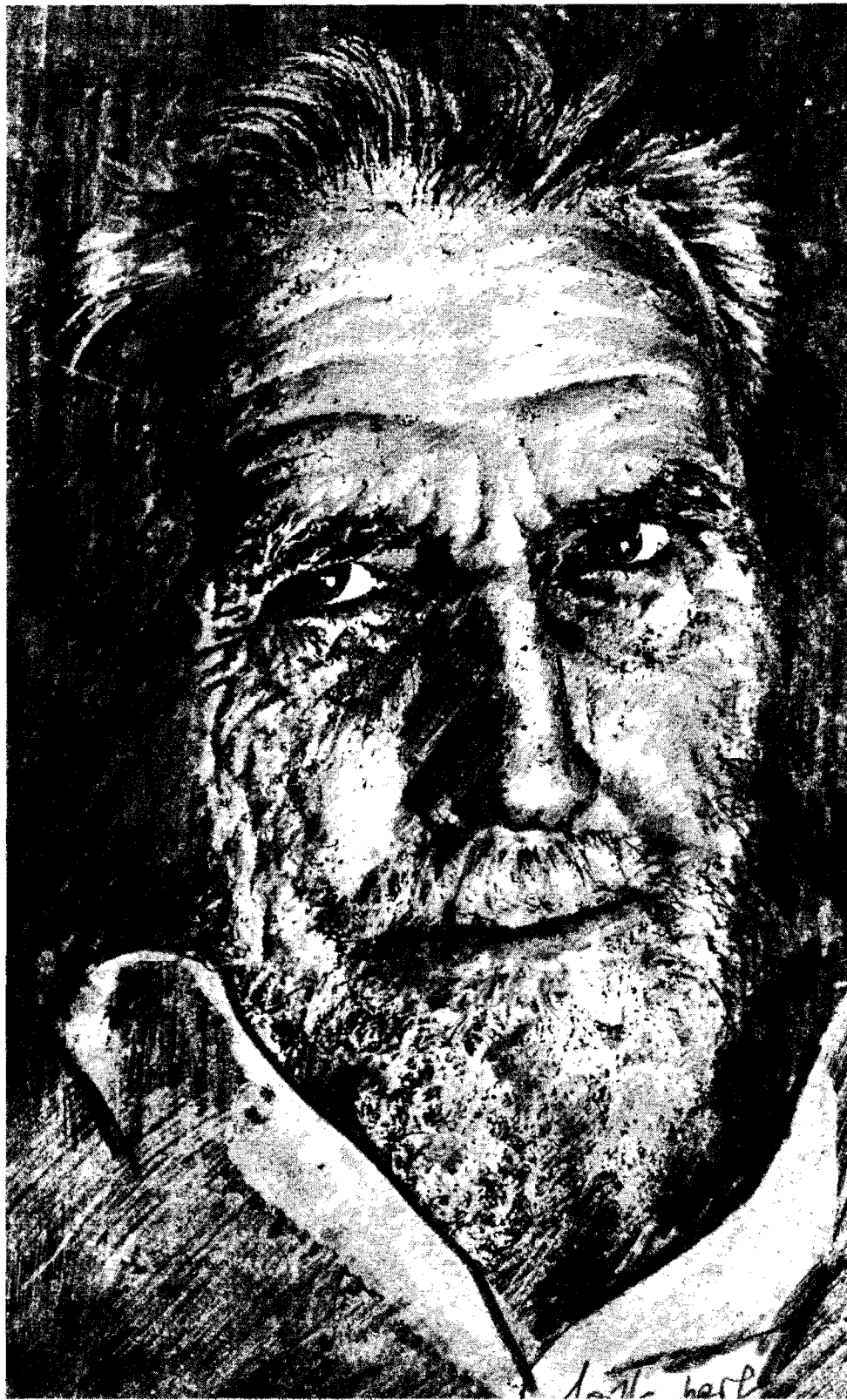
Pluralidad cultural

Guiados por Laughlin podremos observar las novedades registradas en los *Cantos*: la ordenación de los versos en estructura de «collage»; la inclusión en el texto de palabras, frases y pasajes en no menos de trece idiomas, antiguos y modernos; la atención prestada a las teorías de reforma monetaria y a la ética de Confucio; la utilización del «método ideogramático» como estructurante del poema, situando palabras y frases en el texto sin las habituales conexiones; una voz monologante «que todo lo explica, salvo la ciencia y la tecnología».

No le basta al crítico ponderar la memoria de hechos, personas y teorías de que dispone el autor; todavía le urge describirla como perfectamente capaz de retener los sonidos de las diversas lenguas utilizadas en el texto con intención de reforzar la estructura fónica, además de acreditar la pluralidad cultural del poema.

En opinión de Laughlin, los grandes motivos de los *Cantos* son cinco: Amor, «en sus varios aspectos, como Pound lo había encontrado en los Misterios Eléusicos» y en las canciones de los trovadores; Naturaleza, conforme aparece en el mito de Demeter y Perséfone; el Orden del Estado, según las ideas de Confucio y de los buenos emperadores chinos; Religión, en su propia forma de misticismo; y el Sueño del Paraíso terrenal, que la aceptación de sus teorías económicas hubiera hecho posible (paraíso realizado en las míticas ciudades de Dioce y Wagadu).

Respecto a las voces resonantes en el discurso, no es el crítico menos perceptivo que al fijar los motivos del poema. En su análisis del canto 74 identificará esas voces con su precisión habitual. No iré más allá de la enumeración: una escueta relación de nombres im-



STELLA WITTENBERG



Viene de la página anterior



presionará con mayor fuerza al lector. T. S. Eliot («Old Possum»), Herodoto, Leo Frobenius, Agassiz, Homero, Safo, Guido Cavalcanti, Catulo, Bernard de Ventadorn, Dante, François Villon, Heine, Verlaine, Ben Jonson, Confucio y el teatro Noh.

Riquísima intertextualidad, bien documentada en el texto y complementada por una segunda serie de nombres que el crítico se limita a mencionar: los Taoístas, Plotino y San Francisco de Asís encabezan una lista cuyo total suma 21 nombres.

Este sistema de ecos —recuérdese— opera en el primero de los *Cantos pisanos*, escrito en las dramáticas condiciones que ya conocemos. Si la construcción sigue el modelo dantesco, con los primeros cantos equivalentes al Infierno, los intermedios al Purgatorio (la sección Rock-Drill 85-95) y «Tronos» (96-109), «tercer orden de la jerarquía angélica en Dante», como Paraíso, «el alto reino del pensamiento y el espíritu», ¿dónde situar los fragmentos de Pisa?

Mitología e historia

Quisiera entrar en su examen, mas no lo consenten ni la ocasión ni el espacio; quisiera, además, lo imposible: relacionar el canto 74 con el 73 (uno de los dos suprimidos), en que, según parece, Guido Cavalcanti refiere la historia de la muchacha campesina violada por soldados canadienses, con lo demás que sigue. Entre estos dos cantos se interpone un período de horror («violento terror e histeria», diría más tarde su abogado, Julian Cornell) que marcó a Pound para el resto de su vida.

Si en los primeros cantos el narrador es Odiseo y Pound narratario y transcriptor, pronto se establece una identificación entre el homérico y el contemporáneo; desde la primera línea del canto segundo el nombre de Robert Browning alerta al lector, y de ahí en adelante será una figura de doble faz la que desciende a los recintos de sombra, escuche a Tiresias, encuentre a Circe, evoque a Demeter, recurra a los rituales de Eleusis, etc.

Esto cambiará cuando Pound se traslade de la mitología a la historia y de la historia a la economía, de Jefferson y el Nuevo Mundo a las reformas financieras de Leopoldo de Habsburgo Lorena y la historia de China. (El canto 44 es el dedicado a la usura, uno de los más conocidos y citados; con toda lógica se publicó por vez primera en un periódico consagrado a la reforma monetaria, 1936.) La conducta ulterior del poeta, su aproximación al fascismo, su antisemitismo, su aversión a Roosevelt, sus emisiones radiofónicas, fueron presagiadas por esas partes de su épica —y por las páginas de teoría económica, a las que cada vez prestaba mayor atención.

La guerra y la prisión cambiaron todo: el sufrimiento alteró al hombre y al poeta. Laughlin no vacila al escribir la palabra «demencia», y no parece dudoso que si no en el período de la efímera república de Saló, cuando redactó los cantos suprimidos, sí poco después, tras el enjaulamiento en Pisa, los signos de confusión y trastorno mental se hicieron visibles, conforme más adelante dictaminaron en Washington los psiquiatras que le tuvieron a su cargo.

Para valorar la situación de Ezra Pound durante y después de la guerra es preciso acudir a otros libros, a otras memorias. Esta no es ocasión de hacerlo, aunque sí lo es de exponer algunas observaciones sugeridas por el texto de Laughlin. Dos de ellas se refieren a opiniones del crítico acaso susceptibles de revisión: la primera apunta a la posibilidad de que Pound conociera los fragmentos de Safo a través de la recopilación y traducción de Charles Weigall; la segunda se fundamenta en la escasa relevancia atribuida a la obra del antropólogo alemán Leo Frobenius, tan activa en los *Cantos* —Guy Davenport, en «Pound and Frobenius» (1935), es el crítico que, sobre este punto, conviene consultar.



STELLA WITTENBERG

Por inclinación natural a considerar la Literatura como un supertexto en el que dialogan y se cruzan los semejantes y diferentes, me atreveré a relacionar las líneas de Pound con ciertos pasajes de Unamuno y Galdós (en artículo anterior establecí su conexión con Juan Ramón Jiménez). El método de don Miguel como profesor universitario de griego coincide con el expuesto por Laughlin al tratar de la manera poundiana de enseñar el chino a estudiantes totalmente desconocedores de este idioma.

Huellas españolas

Para advertir la presencia de lo español en los *Cantos* no es preciso ir más allá del tercero. Allí se encuentran huellas de nuestra historia y nuestra literatura: concretamente del *Cantar de Myo Cid*. En su primer viaje a Europa (1898), todavía adolescente, no parece haber visitado España. En 1904, segundo curso de sus estudios en Hamilton College, comenzó a trabajar el español, y consta que en enero de 1905 estaba leyendo *Doña Perfecta*, de Galdós, y en abril el *Cantar*.

En la Universidad de Pennsylvania tuvo, entre otros maestros, al distinguido hispanista Hugo A. Rennert, autor de una *Vida de Lope de Vega*. Con una beca de la Universidad se trasladó a Inglaterra en julio de 1905, investigó en el British Museum la figura del gracioso en la comedia de Lope y vino a Madrid para continuar sus trabajos en la biblioteca del Palacio Real.

Visitó Burgos y los lugares cidianos; de este viaje se originó el artículo «Burgos, una ciudad de ensueño en Castilla la Vieja», publicado en «Books News Monthly» (octubre 1906). Recuerda el pasaje del *Cantar* referente a la prohibición decretada por Alfonso VI de que se acogiera al héroe y hasta de que se comunicara con él, presentando a la niña que se atrevió a dirigirle la palabra informándole de la amenaza pendiente sobre los burgaleses.

La primera parte del canto tercero es buen ejemplo de yuxtaposición. Christine Froula menciona el diálogo con Browning, la traducción de un verso de D'Annunzio, una alusión al Lago de Garda y más oblicuamente a Catulo, y una referencia al humanista Gian Francisco Poggio... La segunda parte recoge la versión del incidente expuesta en el artículo citado (se recordará que Manuel Machado lo trató en «Castilla», *Alma*, 1898-1900). Pound es fiel al *Cantar*, inserta en el canto una línea en español y menciona el trato con los judíos Raquel y Vidas, y la conquista de Valencia.

Concluye el canto con una referencia a Inés de Castro, la que reinó después de morir, y otra a la divisa de Isabel de Este: «ni con esperanza ni con temor». La hipótesis sugerida por Nakin de una posible circularidad del *Canto* es ingeniosa pero improbable, y menos probable resulta en mi opinión el paralelo Cid-Odiseo basado en su común capacidad de engaño.

Respecto a Galdós, noto dos puntos de coincidencia con Pound que, aun siendo nuevos, merecen ser tenidos en cuenta. En *Fortunata* y *Jacinta* hay dos momentos que recuerdan líneas del poeta norteamericano: en «Mesmerism» menciona al «gato en la boca de agua (del canalón, del desagüe)» («cat in

the water-but»), distinto pero asociable a los que Jacinta oye en la alcantarilla cercana a su casa; el poema «de Catulo», donde canta a la amada que abraza un gorrión en el seno, responde a lo largo de los años a «la pájara» Fortunata con los pichones (tan cruelmente mutados en los ratones que duermen con Florita en *Tiempo de silencio*, de Luis Martín Santos).

Cuestiones últimas

Cerraré este comentario con dos preguntas dirigidas tanto a mí mismo como al crítico: ¿por qué la sutil descalificación de Oswald Spengler, de quien es muy posible discrepar sin desconocer lo que representa su obra como diagnóstico de una época y de una cultura? La segunda cuestión es ésta: ¿acaso desde perspectiva diferente a la del autor —la de Pound, por ejemplo— no podría calificarse de heroica la actitud de la muchacha italiana que, violada por soldados enemigos, los guía hacia la muerte? No sé si la causa de la supresión del canto 73, mantenida hasta hoy, se debe precisamente a que en él se narra este hecho. Ni Laughlin ni Peter Makin (*The Pound Cantos*, 233-34) son tan explícitos como desejaría el lector, al menos este lector. □

RESUMEN

James Laughlin, el autor de este libro escogido por Ricardo Gullón, es un poeta, memorialista y editor norteamericano, que además fue discípulo y amigo de Ezra Pound, con quien mantuvo una relación privilegiada durante casi cincuenta años y de la que es fruto este libro fragmentario, que pretende

tratar aspectos concretos de la vida y obra de Pound. Para Gullón esta fragmentación es lo que hace que el libro sea especialmente interesante: cada capítulo desarrolla un tema tangencialmente ligado a los demás, y la personalidad del autor y el estilo refuerzan su unidad.

James Laughlin

Pound as Wuz. Essays and Lectures on Ezra Pound

Graywolf Press, Saint Paul, Minnesota, 1987. 208 páginas. 9,50 dólares.

Cara y cruz de los sofistas

Por Francisco Rodríguez Adrados

Francisco Rodríguez Adrados (Salamanca, 1922) es catedrático emérito de Filología Griega de la Universidad Complutense de Madrid y presidente de la Sociedad Española de Estudios Clásicos. Creador de una escuela de helenistas y lingüistas, dirige las revistas «Emérita» y «Española de Lingüística», el Diccionario Griego-Español y la «Colección Hispánica de Autores Griegos y Latinos».

Sin los grandes sofistas que de todos los rincones de Grecia acudieron a impartir su enseñanza en la Atenas de Pericles, el mundo de la cultura jamás habría sido lo que es. Seguidos o combatidos, fueron ellos los que pusieron en marcha la idea de una enseñanza intelectual destinada a servir a la vida política y a fundar el principio mismo de que existe la posibilidad de una educación y unas artes que abren caminos y producen resultados, fuera de toda tradición y de toda herencia nobiliaria. Esto que nos parece hoy obvio, fueron ellos los que lo descubrieron.

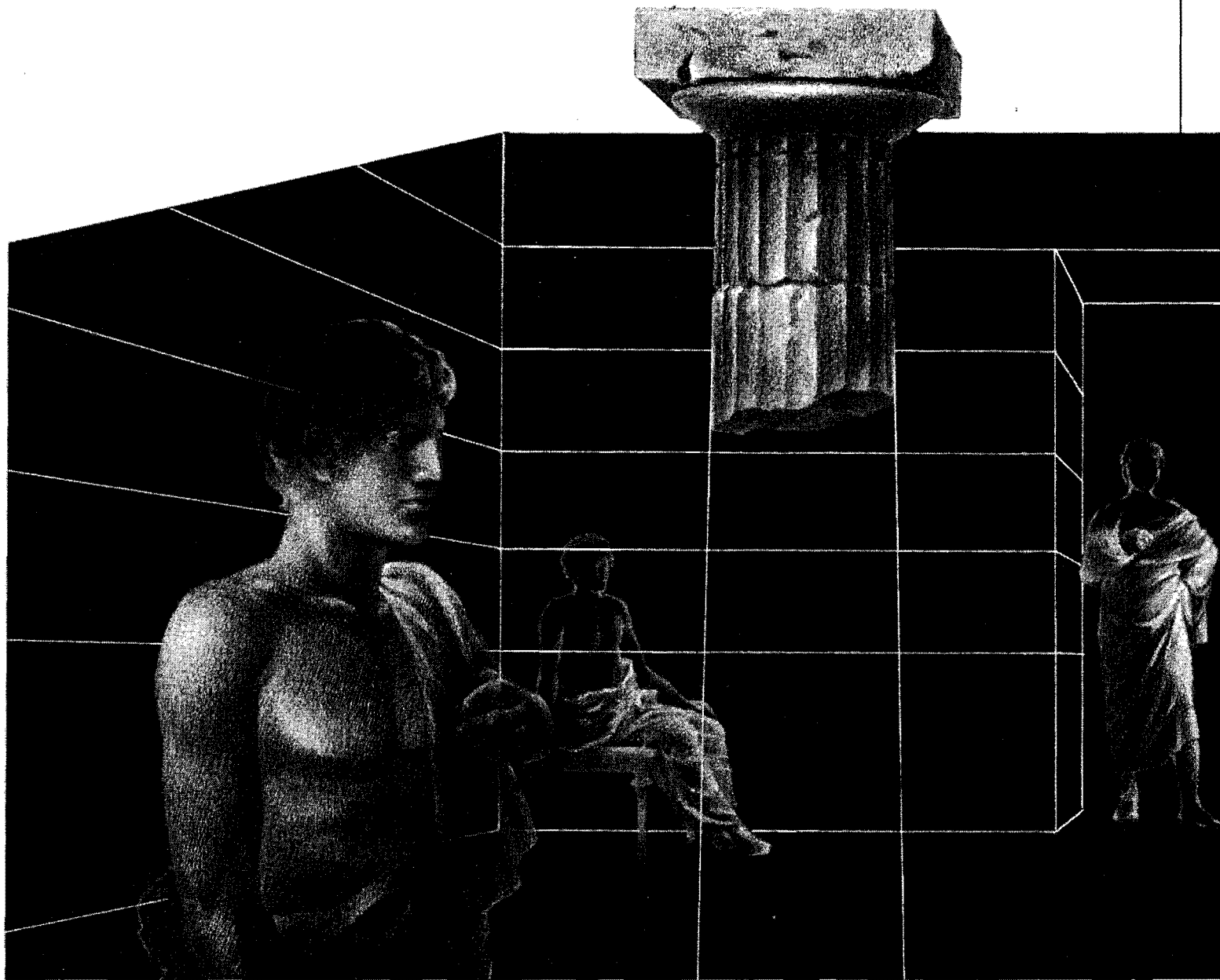
Y sin embargo, los sofistas han tenido mala prensa: en parte porque, por circunstancias varias, sus enseñanzas fueron exageradas y distorsionadas en el ambiente de crisis moral de fines de la guerra del Peloponeso. En parte, porque sólo conocemos a los sofistas a través de sus rivales, Platón y los platónicos, que, por otra parte, identificaban a toda la escuela con sus epígonos más desmoralizados. De ahí que de los sofistas sólo nos hayan llegado algunos cuadros más o menos subjetivos trazados por Platón y Jenofonte, sobre todo, y una serie de frases desprovistas de contexto y sujetas a toda clase de interpretaciones.

Es sabido que, pese a todo, a partir de esos mínimos restos la ciencia filológica europea ha reconstruido, en la medida de lo posible, sus enseñanzas. Sus fragmentos recogidos por Diels-Kranz, junto con los de los presocráticos, han sido traducidos, comentados, estudiados una y otra vez. Pero en España contamos con varias traducciones de los presocráticos (la última, la excelente publicada por Alberto Bernabé este mismo año, *De Tales a Demócrito. Fragmentos presocráticos*, Madrid, Alianza Editorial, 1988) y sin embargo no hay ninguna, lamentablemente, de los sofistas, que son tan interesantes como aquéllos.

Descifrar enigmas

Estudiar a los sofistas —como a los presocráticos— es un poco la tarea de descifrar enigmas, y en ello, dice la autora del libro comentado, está el encanto. Pero no sólo en esto. Si la gran línea de la filosofía griega que nos ha sido relativamente bien transmitida y que tanto ha influido en distintos sistemas religiosos y filosóficos que se han sucedido, es una línea esencialista primero, realista después (la de Platón y Aristóteles, en definitiva), existe la segunda línea, la de Demócrito, los sofistas y Epicuro, línea relativista y puramente humanista, que está en realidad más próxima a ideas que nos envuelven a partir del siglo XVIII. Hay, tanto o más que una influencia, una confluencia, un redescubrimiento. La sofística tiene, pues, una innegable modernidad.

Pero hay que apresurarse a declarar que no se trata de «sofística» en el mal sentido que la palabra ha tomado a partir de Platón, su rival. El «sophistés» es, originariamente, el sabio: el sabio un poco ingenuo, demasiado creído en sí mismo, como son los descubridores. «Mi patria era Calcedonia y mi profesión el saber», decía Trasímaco, uno de ellos. El descrédito de la palabra hizo sustituirla por la más modesta de «philosophos», amigo del saber: el que duda y busca, el que (al menos antes de solidificarse las doctrinas) no pretende dar seguridades ni obtener resultados prácticos.



Pero Jacqueline de Romilly, una figura capital del helenismo francés, bien conocida por sus estudios sobre Tucídides, los trágicos y todo el pensamiento griego, distingue muy claramente entre los «grandes sofistas», los creadores de una escuela por lo demás muy varia en el detalle de su doctrina, y una serie de epígonos que exageraron el relativismo y que, en realidad, más que sofistas eran hombres de acción que utilizaban la doctrina sofística como «alibi» para justificar sus métodos y sus ambiciones dentro de la política ateniense en los duros y tristes años del fin de la guerra del Peloponeso. Fue la guerra la que destruyó los valores, la que hizo que todo pareciera lícito. Aunque no puede negarse que se aprovechó, aunque fuera distorsionándolo, un entramado de ideas.

Yo mismo, en mi *Ilustración y política en la Grecia clásica* (Madrid, «Revista de Occidente», 1966) y en la versión reducida publicada varias veces con el nombre de *La democracia ateniense*, había distinguido entre una primera y una segunda sofística, enlazando sólo la primera con el movimiento más amplio de la Ilustración y de la Democracia. Jacqueline de Romilly insiste ahora muy detenidamente en este tema, tratando de precisar las posiciones de los primeros sofistas y las ideas de cada uno de ellos.

Apasionados por el saber

Pero, ¿quiénes son estos sofistas? Realmente, sólo dentro de unas bases anteriores de pensamiento humanista puede comprenderse que en lugares tan alejados entre sí del mundo griego —de Asia Menor a Sicilia, de Tracia al Peloponeso— surgiera prácticamente al mismo tiempo toda una generación de hombres apasionados por el saber, de maestros itinerantes tan seguros de ayudar a mejorar a los hombres que se hacían pagar por ello. Y sólo dentro del ambiente liberal, democrático y humanista de Atenas, que no excluía ciertas reacciones tradicionalistas, pudo darse esa floración intelectual.

Porque antes la poesía o la filosofía se propagaban en pequeños círculos de iniciados, mientras que ahora nos hallamos ante una verdadera enseñanza para todos: para los que podían pagarla, ciertamente, pero su eco iba mucho más allá de los discípulos estrictos. Tucídides, Aristófanes, Eurípides, tantos otros, están llenos de sofística, no tanto en doctrinas concretas como en métodos dialécticos e intelectuales. A través de fuentes diversas, Platón en primer término, vemos el entusiasmo de todos, de los más jóvenes sobre todo, pero también de ricos ciudadanos como Calias o estadistas como Pericles, ante el nuevo fenómeno. Era una verdadera revolución. Aunque dentro, por supuesto, de un ambiente general de interés por lo humano que ya se trasladaba en Esquilo o en Fidiás.

Nuestra autora describe muy bien ese entusiasmo, esa novedad; las reacciones críticas también, que unían a personajes tan diversos como Anito, el acusador de Sócrates, y el propio Sócrates. Porque la sofística venía a hacer tabla rasa de todo: éste es el título de uno de los capítulos («La tabla rasa»), al que sigue ciertamente otro titulado «La reconstrucción a partir de la tabla rasa».

Pero empecemos por el principio. Atenas tenía una educación tradicional, música y gimnasia, y sus «sabios» eran los poetas, que insistían en el poder del dios, que fijaba los límites de la justicia, y en unas «leyes no escritas». Y ahora resulta que Protágoras, el príncipe de los sofistas, el amigo de Pericles, inicia su tratado sobre los dioses con aquella afirmación famosa de que no es posible asegurar si existen o no existen. Y dice en su *Del estado original* que la justicia es algo construido por el hombre, un acuerdo utilitario basado en que el hombre es capaz de raciocinio y de persuasión. Y cree que todo es discutible, replanteable.

Fue, decimos, una revolución que colocaba al hombre en el centro de la escena: antes era definido sólo con relación al dios, como un ser inferior y subordinado a él. Ciertamente, el hombre queda solo, tiene que construir su propia vida, sus propias normas.

Y a veces utiliza esto en el sentido del inmoralismo. Pero tiene en sus manos su destino, puede juzgar por sí mismo los acontecimientos. Era, en la época previa a la guerra del Peloponeso, desde los años cuarenta del siglo V, e incluso en los comienzos de esa guerra, en los veinte, un panorama apasionante.

Y los sofistas eran optimistas. Se ofrecían como profesores del arte oratorio, pero no se trataba sólo de un aprovechamiento práctico de las posibilidades de una Atenas con democracia directa; creían que podían, mediante un «arte» que en realidad era para ellos una ciencia, sacar lo mejor de cada hombre, formarlo intelectualmente al propio tiempo. Creían en la posibilidad de un acuerdo entre los hombres, en un sistema político gobernado por estos principios, no por imposiciones de la sangre o del poder.

Medida de las cosas

Jacqueline de Romilly insiste mucho en todo esto porque, ya se sabe, el relativismo sofístico, a partir de la frase protagórica de que el hombre es la medida de todas las cosas o de la afirmación gorgiana de que el orador es, simplemente, un «artífice de persuasión», fue muy lejos. Hay una indiferencia de base ante las consecuencias de la elección humana. Pero a partir de un relativismo metafísico absoluto, los grandes sofistas aceptaron restricciones de tipo práctico. No se puede aspirar a hacer política en una ciudad negando sin más todas sus leyes. El que éstas sean relativas, que pueda haber en otra ciudad otras diferentes, no dice nada en principio contra ellas. Y para intentar convencer hay que dar argumentos muy exactos relativos a la utilidad y hay que apoyarse en opiniones difundidas. La misma religión tiene una utilidad política.

Se llega así a la reconstrucción del concepto de «virtud»: es una virtud que el hombre crea y justifica, pero que ha de tener una utilidad para la ciudad y para el ciudadano.



Viene de la página anterior



FRANCISCO SOLE

En realidad, hay una síntesis respecto a ciertas posiciones tradicionales, aunque deje de utilizarse una fundamentación religiosa de las mismas. Nuestra autora coloca a Protágoras y otros sofistas dentro de la línea de la democracia moderada, nos hace ver cómo Sócrates, que en el siglo IV proponía una restauración democrática tradicionalista, no renegaba de los grandes sofistas: los presentaba, en realidad, como los fundadores de toda educación intelectual. Pusieron las bases los sofistas, de otra parte, de los sentimientos de panhelenismo, que se justificaban en la comunidad de los griegos como dotados de una «paideia» o educación superior.

Naturalmente, los detalles varían, por ejemplo, en cuanto a las teorías sobre la relación entre «phúsis» o naturaleza y «nomos» o ley, convención. En ciertos momentos, la naturaleza se hace fundamento del «nomos» y se marcha por la vía del reconocimiento de la comunidad humana, no sólo la de la ciudad. Otras veces hay problemas concretos, como las reales o supuestas contradicciones entre dos obras de Antifonte (serían dos Antifontes, para algunos), su *Verdad* y su *Sobre la Concordia*. La autora estudia todo esto y lo expone con lucidez y claridad. No ignora tampoco que la sofística todo lo penetra en la Atenas de fines del siglo V y que se tiñe de diversos colores: está en el fondo de doctrinas oligárquicas en Antifonte y Critias, por ejemplo. Pero destaca lo común y lo original.

Una aventura intelectual

La sofística es antes que nada una aventura intelectual y un movimiento educativo, es un «volver a empezar» la cultura humana, es una palanca para la creación de sociedades más humanas y modernas, una ayuda, también, para triunfar mediante fórmulas que se reputan seguras. Ciertamente, hay a veces ingenuidad. Y hay riesgo.

La Ilustración griega y la Democracia ateniense tuvieron, diríamos, mala suerte: llegar a su máximo despliegue, a su máximo flore-

cimiento, en una época calamitosa, en la de la guerra que enfrentaba a Atenas con media Grecia y que creaba, en Atenas misma, una guerra civil. Los cálculos de Pericles, el gobernante ilustrado amigo de los sofistas y atacado por ello en las personas de su entorno, pese a las precauciones que como buen político tomaba, fueron equivocados. En definitiva, Pericles quería hacer compatible la democracia interna, por él dirigida mediante su poder de persuasión y su prestigio, con una hegemonía de Atenas dentro de Grecia. No faltaban argumentos: Atenas era la liberadora de Grecia frente al poderío persa, defendía a los griegos contra éste, ofrecía un modelo de vida y hasta una economía superiores. Pero creía que podía hacer desistir a Esparta de la guerra y mantener así el «status quo», y se equivocó. Murió prematuramente y sus sucesores fueron más agresivos en lo exterior y menos tolerantes en lo interior. Y surgieron la guerra civil y la derrota.

Pero ninguna derrota fue más grande que el cambio que las ideas de los sofistas sufrieron en manos de los que querían, como decíamos arriba siguiendo a nuestra autora, justificarse de algún modo. Los que sostenían, como Trasímaco, que la justicia es la conveniencia del fuerte o los que justificaban, como Calicles, todos los excesos del poder con el lema de la naturaleza. Calicles no era, nos dice nuestra autora, un filósofo: sólo un rico ateniense que quería triunfar en la ciudad y utilizaba harapos de ideas de los sofistas.

Con todo, el problema no puede minimizarse, es un problema humano general, no estrictamente ateniense: el problema de la verdad humana, trabajosamente ganada, discutida, que ha de compatibilizarse de algún modo con otras posibles verdades; y la verdad religiosa o la de los credos políticos imperiosos y «científicos». Para Platón, de Gorgias —el único sofista que no pretendía enseñar la «virtud»— sale Calicles, el «enfant terrible», el filósofo nietzscheano. En cierto modo tiene razón: el relativismo humanista deja en cierto modo abiertas todas las puertas, si se le quitan ciertos controles, igualmente humanistas.

Pero no es una consecuencia necesaria. Esto es lo que hay que proclamar con más vigor. La democracia y el pensamiento libre pueden hacer elecciones desastrosas ciertamente. Son un factor de libertad y, por tanto, de riesgo. Pero no hay un mecanismo imparable que lleve de lo uno a lo otro, como creía Platón.

Ni es justo, en absoluto, juzgar a toda la sofística por esos últimos representantes suyos, a los que a veces se alude, raras veces por su nombre. Y no sólo los de fines del siglo V, también los del siglo IV, contra los que sin duda combatía Platón. Este no siempre ha sido visto.

Momento de libertad

El libro abre el espectáculo fascinante de uno de los momentos de la humanidad en que con más libertad se han movido y se han combatido las ideas, en un momento histórico tan vital como trágico. Hace ver muy bien que la sofística, casi omnipresente en los escritores de la época, no es, sin embargo, toda Atenas. El amor a la belleza, el sentimiento de lo trágico, el idealismo, aparecen a su lado. Junto a los sofistas estrictos están los poetas, cómicos y trágicos, que tienen un talante propio, por influidos que estén por el movimiento ilustrado (contra el que a veces reaccionan). Y cuando degenera la sofística y se convierte de

un lado en puro inmoralismo, de otro en pura retórica, con esta última nace una fuerza importante en el panorama intelectual de las edades venideras.

Pero más importante es, quizá, el antagonismo entre sofística y filosofía, fundamentalmente la socrática. Nuestra autora insiste una y otra vez en los puntos comunes, que son muchos (ambos son movimientos intelectuales), y dice no sin razón que Platón exagera los contrastes para mejor trazar límites que el común de las gentes (un Aristófanes, por ejemplo) tendía a borrar. Pero los contrastes existen. Si los sofistas, los grandes sofistas iniciales, buscaron superar la tabla rasa y «reconstruir la virtud», en frase de nuestra autora, Sócrates y Platón buscaron a su vez reconstruir las antiguas virtudes, sólo que ahora sobre base intelectual. Pero virtudes fijas, absolutas, para siempre: no virtudes basadas en un acuerdo o una conveniencia, sometidas a una «métrica del placer» y a la medida del hombre. Quizá el libro no refleje con todo el énfasis que sería preciso esta radical distinción.

Espíritu moderno

Mal conocidos, manejados con prejuicio, desprestigiados por sus mismos seguidores, los sofistas no eran para los venideros otra cosa, fundamentalmente, que los antagonistas poco afortunados de Sócrates en los diálogos de Platón. Hay que hacer ver, como se hace en este libro, que no han salido de la nada, más bien están entre la tradición griega anterior y el socratismo, nacido también de aquélla, pero que reaccionó contra la sofística. Esta encontró un espíritu próximo en Demócrito, con su atomismo y su probabilismo. Notablemente, pese a los embates de Platón y a su propia decadencia, volvió a retoñar de algún modo en el epicureísmo de la edad helenística, heredero suyo al tiempo que de Demócrito. Heredó principalmente el talante intelectual de ambos.

Porque lo notable es que nos hallamos, en realidad, ante un aspecto del pensamiento humano que es universal. Hay que reconocer, como dice nuestra autora, que está más próximo al espíritu de la ciencia moderna, de la democracia, del talante liberal, del puro humanismo no religioso que tanto espacio ocupan en el mundo de hoy, que las filosofías idealistas de la Antigüedad, por ingente que haya sido su papel en el pensamiento humano. Así, no se trata sólo de influencias, sino de constantes humanas generales, como señalábamos al comienzo. Pero, precisamente por esto, el conocimiento de la sofística, como el de toda la Ilustración y la política con ella emparentada, es esencial para trazar un paralelo, para mejor comprender las corrientes que han venido más tarde y que dominan hoy nuestro panorama intelectual.

Por eso es tan importante, al hacer una historia de las ideas, aclarar la posición de la sofística, descartar tantos prejuicios y tantas ignorancias. Ciertamente, los especialistas vienen haciéndolo desde hace varios decenios. Pero ello no ha penetrado todavía lo suficiente. Por eso es bienvenido este libro: bien informado pero sin alardes de erudición, bien escrito y muy meditado. □

RESUMEN

Pese a que sin los grandes sofistas el mundo de la cultura jamás habría sido lo que es, estudiarlos sigue siendo, señala Rodríguez Adrados al ocuparse de un trabajo sobre los sofistas de la Atenas de Pericles, una tarea de desciframiento de enigmas, lo que, por otro

lado, piensa por su parte la autora del trabajo, no deja de tener su encanto. Sofistas hubo muchos y hay que distinguir claramente entre «grandes sofistas», creadores de una escuela, y sus epígonos. De los primeros trata la obra en cuestión y a ellos se refiere Adrados.

Jacqueline de Romilly

Les grands sophistes dans l'Athènes de Periclès

Editions de Fallois, París, 1988. 336 páginas. 100 francos.

Nuevas luces sobre la Alhambra

Por José Manuel Pita Andrade

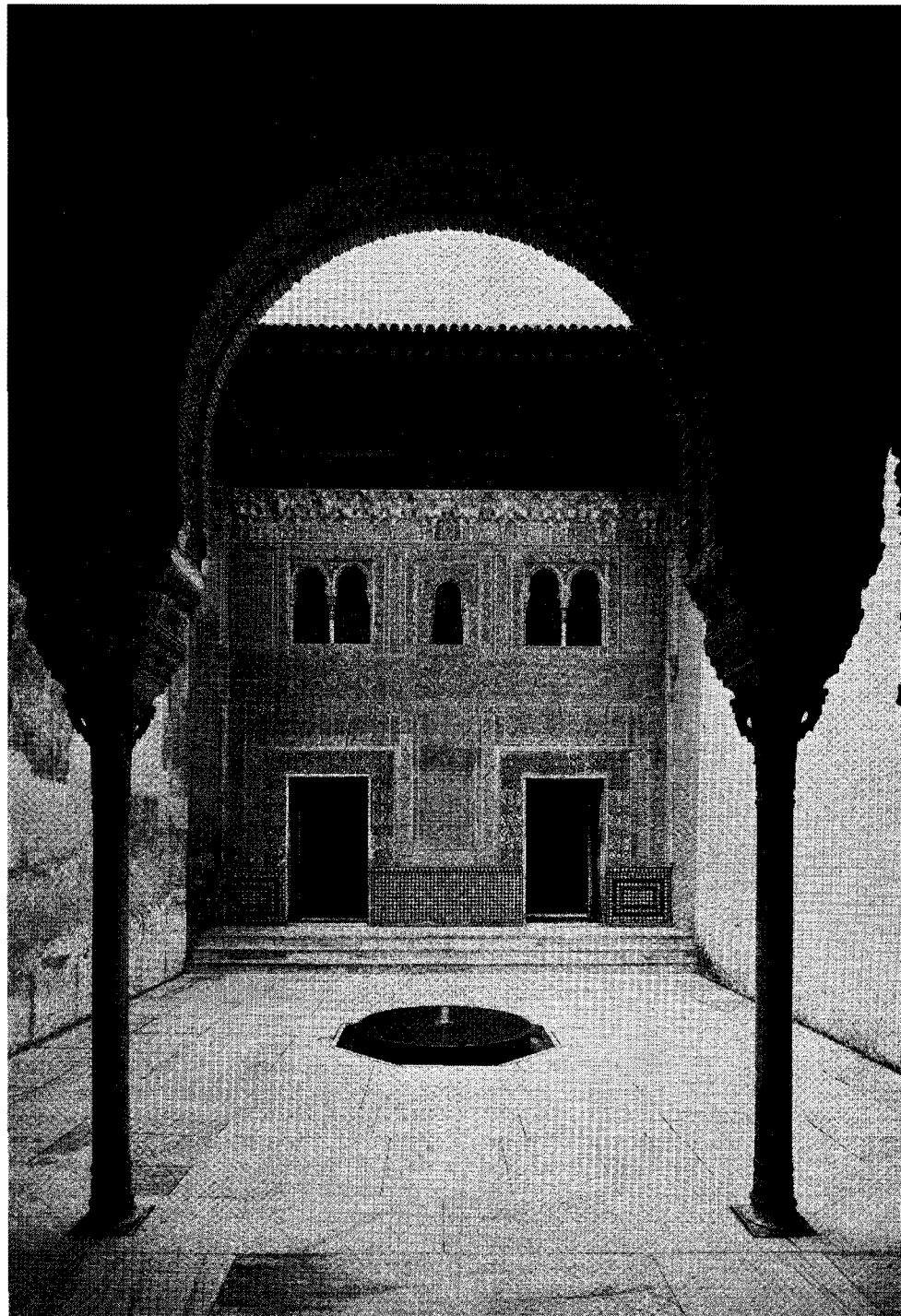
José Manuel Pita Andrade (La Coruña, 1922) ha sido catedrático de Historia del Arte de las universidades de Granada y Complutense y director del Museo del Prado. Es miembro de la Academia de Bellas Artes de San Fernando. Hasta su traslado a Madrid, en 1978, dirigió la revista «Cuadernos de la Alhambra». Entre sus obras pueden citarse, La capilla real y la catedral de Granada, El Greco y La arquitectura española del siglo XVII.

En 1985, don Emilio García Gómez ofrecía, como prólogo a una pulquísima edición y traducción en verso de los *Poemas árabes en los muros y fuentes de la Alhambra* (publicada por el Instituto Egipcio de Estudios Islámicos de Madrid), una apretada síntesis de las paradojas que se contienen en este asombroso conjunto. «La Alhambra es uno de los monumentos arquitectónicos más frágiles que existen... sus materiales son pobrísimos. Muchos de sus más elegantes arcos no sostienen nada: están colgados, como asimismo lo están sus maravillosas cúpulas de mocárabes. Es casi una decoración de teatro. Su osamenta son muros de tapial o de adobe, con algo de mampostería, que tiene encima una dermis de estuco, y todavía encima de ésta tuvo una epidermis de oro y colorines, hoy casi borrada (el mármol queda para algunas solerías, para las columnillas y para poco más). Entonces, ¿cómo resulta que el más frágil palacio del mundo es uno de los que más están durando?»

A la fragilidad se yuxtapone en la Alhambra la perennidad. Ambas conviven del modo más sorprendente, de manera casi milagrosa. Tal vez, como apunta el mismo García Gómez, «porque 'ha seguido siempre viviendo', y ha seguido siempre viviendo porque 'siempre ha sido amada', y el amor es el que ayuda a subsistir, el gran motor de la vida». En efecto, la historia de la Alhambra fue hilvanándose a lo largo de los siglos (salvo esporádicas etapas de abandono) con la presencia de los reyes musulmanes y cristianos, de novelistas, poetas e ilustradores románticos venidos de más allá de los Pirineos y aun del otro lado del Atlántico, también de «gitanos» que hallaron refugio en ella para imprimir notas de pintoresquismo que sedujeron a los artistas foráneos. En los últimos cien años la Alhambra se convirtió (con diversas alternativas que no es del caso rememorar) en feudo de restauradores y conservadores, a veces agriamente enfrentados. Recordemos que en 1988 se celebra el centenario del nacimiento de Torres Balbás, que entre 1923 y 1936 tradujo a rigurosa ciencia el estudio del monumento consolidando sus muros y revitalizando sus ámbitos con ejemplar honestidad. Después de nuestra guerra civil habría que evocar la memoria de quienes, como Bermúdez Pareja, dedicaron su vida al estudio y cuidado de la Alhambra.

Pasión por Granada

Hemos de repesar aquí nuestros deseos de hacer un balance de cuanto se ha ido investigando y diciendo sobre la Alhambra en los últimos cincuenta años. La tarea hubiera sido útil antes de abordar el comentario de un libro que acabó de imprimirse en abril de 1988 y unas semanas después, el 23 de mayo, fue dado a conocer, en «sesión pública y solemne», en la Academia de Bellas Artes de San Fernando. Su autor, don Emilio García Gómez, le puso un expresivo título, *Foco de antigua luz sobre la Alhambra*, y con él vuelve a darnos una prueba inequívoca de su apasionado interés por cuanto se relaciona con Granada. No se olvide que el más ilustre de nuestros arabistas había llegado a la ciudad a los veinticinco años, como joven catedrático de la Universidad, y allí vivió, entre 1930 y 1935, una etapa decisiva de su existencia. Quienes



El Patio de Mexuar.

quieran asomarse a sus vivencias granadinas deben deleitarse leyendo su *Silla del Moro y Nuevas escenas andaluzas* (recomendamos la edición de 1978 ilustrada por Miguel Rodríguez-Acosta). Las páginas del libro nos ofrecen una imagen incisiva, vivaz, a veces contradictoria, pero siempre entrañable de la urbe y de sus gentes. Mucho de lo que se dice mantiene plena actualidad a pesar de los cuarenta años transcurridos desde que la obra se publicó por primera vez. Pongamos un botón de muestra transcribiendo las palabras que cierran un epigrafe: «Hay en Granada un palacio misterioso. Todo el mundo habla de él y nadie lo ha visto. Tiene un precioso nombre: Torres Bermejas.» Sólo ahora podrá visitarse la impresionante fortaleza que corona el Mauror tras haber sido prohijada por la Fundación Juan March.

El «mawlid» de 1362

Hemos querido situar al lector en una vertiente de la producción de García Gómez, la que se relaciona con Granada y la Alhambra, antes de internarnos, guiados por él, en el recinto palatino nazarí para contemplar la fiesta conmemorativa del nacimiento del Profeta («mawlid») que tuvo lugar el 30 de diciembre de 1362. Cabe revivirla gracias a un importantísimo texto publicado con rigurosa y primorosa traducción del árabe. Se conoce a través de sendos manuscritos conservados en la Biblioteca General de Rabat (tema de una

tesis doctoral de la señora Saadiya Faghia, todavía inédita) y en la Universidad de Leiden; el descubrimiento de este último se debe a don Emilio García Gómez. Forma parte de una obra de Ibn al-Jatib, famoso poeta que fue a la vez historiador y político en la corte de Mohámed V, uno de los monarcas más notables de la dinastía nazarí, que tuvo un azaroso reinado partido por un cuatrienio en que estuvo destronado (1354-59 y 1362-90).

No podemos entrar aquí en el análisis de la personalidad y de la trayectoria política de Mohámed V, aunque es indispensable tenerlas muy en cuenta para comprender el siglo más brillante de la historia de la Granada musulmana. El lector que acuda a la obra que comentamos conseguirá una imagen original del rey que, antes y después de su destronamiento, puso todo su empeño en transformar la Alhambra. García Gómez carga el acento en las rupturas que promovió en los caminos seguidos por su padre Yusuf I. Arrasó el mexuar (ámbito fundamental en la vida político-administrativa) de su progenitor, aunque hubo de respetar las obras de fortificación realizadas que incluían una presea excepcional: la Torre de Comares con su maravilloso Salón de Embajadores. En otras vertientes llevó a cabo cambios sustanciales que afectaron al protocolo, a los títulos que se atribuyó, a las normas de gobierno (derivadas de la progresiva exaltación del carácter mayestático y autocrático del rey) y a una serie de signos externos en donde tuvieron buena parte los colores: al rojo, característico de todo lo naza-

rí, se añadió el blanco, que revestía el trono del monarca y se impuso en una prensa novedosa, el cubrecabezas del soberano. En la fiesta que vamos a evocar. Mohámed V lució por primera vez un turbante blanco (que venía a contraponerse a la corona de los cristianos) «jamás usado precedentemente en al-Aldalus con este fin», según puntualiza Ibn al-Jatib.

Conjunto monumental

Entremos de lleno en el recuerdo del «mawlid» de 1362, ya que en el relato de aquel festejo conmemorativo del nacimiento del Profeta se contiene el más importante testimonio escrito, de procedencia musulmana, sobre la Alhambra. Los textos que figuran en sus muros, con los poemas de Ibn Zamrak (véase el discurso de ingreso de García Gómez en la Academia de la Historia —3 de febrero de 1943— reimpreso por el Patronato de la Alhambra en 1975), Ibn al-Yayyab y del mismo Ibn al-Jatib, pocas concreciones nos dan sobre el edificio; el que ahora se da a conocer descubre un velo sobre cómo estaba el conjunto monumental en 1362. Los primeros párrafos del texto exigen atenta lectura ya que describen con inusitada morosidad el escenario en que se desarrollaba la fiesta, es decir, unos ámbitos de la Alhambra que han llegado hasta nosotros, aunque transformados. Cierto que, pese a todo, consienten diversas interpretaciones, mas ello no merma su valor testimonial. Los párrafos que siguen describen la fiesta propiamente dicha, con la entrada del Rey, la recepción de los invitados, las plegarias que rezaron, los manjares que se sirvieron, el artilugio («horologio») que sirvió para medir el paso de las horas nocturnas, los versos que se recitaron, «el humo del ámbar de Sihr, cuya nube entoldó a los circunstantes», «el agua de rosas, caída sobre las ramas de la familiaridad como un diluvio...».

García Gómez ha llevado a cabo una magnífica labor con la traducción de este interesantísimo texto que permite evocar, con trazos intensos, un episodio de la vida en el seno de la Alhambra cuando el gran palacio nazarí estaba a medio hacer. Esta circunstancia abre interrogantes que el gran arabista afronta con valiente decisión. Para animar a que el lector se ponga en contacto directo con sus hipótesis leyendo el libro, las resumiremos. Pero antes será útil glosar la descripción de Ibn al-Jatib.

El escenario de la fiesta

El historiador, político y poeta musulmán (que por cierto, como observa García Gómez, «conocía al dedillo todos los primores de la lengua árabe, pero se habituó a escribir siempre en una diabólica prosa rimada, donde el pensamiento se columpia o salta de rama en rama, como los monos de Tarzán...») comienza hablándonos de una «suntuosa construcción» que Mohámed V «había hecho nueva con motivo de su segundo reinado», constando de «una gran sala general y el iwan que unificaba todo su mexuar». Sigue una observación importante. La de que procedió así «obedeciendo al doble imperativo de hacer un ensanche necesario y rebasar los límites anteriores. Basóse para ello en el viejo mexuar, obra de su antecesor, que derribó dejándolo en rasa explanada y añadiéndole, para mayor holgura, todo lo circundante».

Hemos creído necesario transcribir algunas palabras de Ibn al-Jatib porque nos aleccionan sobre el ímpetu renovador del monarca deshaciendo lo hecho por su padre e iniciando una gran tarea que culminaría con la conclusión del Patio de los Leones. Sin embargo no olvidemos que en 1362, como dice el mismo cronista en otro lado, las obras «estaban menos que mediadas». La fiesta tuvo lugar en

Viene de la página anterior



Vista parcial de Granada con la Alhambra al fondo.

un escenario que ofrecía los inicios de un gran esfuerzo constructivo con promesa de óptimos frutos.

La belleza y la riqueza del nuevo mexuar quedan exaltadas por Ibn al-Jatib con las frases más encomiásticas. Alaba su «limpiez y holgura», sus alicatados, con sus dibujos y labores; habla de «arcos muy decorados» y de cómo «sostienen la cubierta de la altísima cúpula cuatro columnas tan blancas que se dirían cortadas de la piel de la aurora. El torno que las había redondeado por abajo, había dejado en ellas brazaletes y muescas que deslumbraban los ojos y suspendían el pensamiento... En todas las paredes ondea el mar de los azulejos, cuyo oleaje represa por encima una faja en la cual se halla grabado un poema que reúne máximas políticas: las letras están recubiertas por panes de oro purísimo y entre ellas se aglutina lapislázuli molido...».

Arte nazarí

Sirva de muestra lo que antecede (las descripciones prosiguen extendiéndose además a otros ámbitos) para valorar el interés del texto aunque se despoje de toda su ganga. Recorriéndolo con cuidado veremos cómo descubre pormenores muy precisos y cómo expresa cabalmente la esencia del arte nazarí con su obsesión por todo lo ornamental. Lo estrictamente arquitectónico (mucho más importante de lo que a primera vista pueda parecer) se va también filtrando, de un modo sutil, en las palabras de Ibn al-Jatib. Habría finalmente que considerar los espacios abiertos, con sus fuentes, limitados por galerías con sus arcos y columnas, los miradores que se asoman sobre la ciudad... y otros detalles que resultaría demasiado prolijo recoger aquí.

Entrando en el campo de lo que podríamos llamar arquitectura efímera (tema que apasiona ahora a los estudiosos), aludiremos primero al solio. Elevado en la parte oriental

del mexuar, tenía altura suficiente para impedir «que a él se acercasen los pies y dificultaba que se alargaran los brazos. Bajo el trono había tres escalones. Todo estaba recubierto de ladrillos vidriados...» Y por último citemos la enorme carpa que se levantó para cobijar a los invitados habida cuenta de que los edificios, como se dijo antes, «se hallaban a medio construir». Los detalles que nos da sobre su «formidable mástil», de sus cordajes, de sus telas, erigidos «valiéndose del trabajo de expertos nautas», no tienen desperdicio.

La Sala de Dos Hermanas y la Fachada de Comares

Nos hemos demorado, tal vez en demasía, con el texto de Ibn al-Jatib porque creemos honradamente que, dándolo a conocer y traduciéndolo de modo magistral, García Gómez ha realizado una impagable contribución para un mejor conocimiento de la Alhambra. Pero el libro que lo arroja en su meollo, de muy deleitosa lectura, contiene los más variados y jugosos comentarios en su extensa Introducción, distribuida en once capítulos, y en sus cinco Apéndices. En la primera se analizan y desarrollan con gran agudeza y rigor científico toda una serie de temas que giran en torno a la figura de Mohámmed V, la compleja personalidad de Ibn al-Jatib, el «mawlid» en Oriente y Occidente, el escenario de la fiesta y la «nueva Alhambra», el horario granadino y los «poemas de las horas», el programa de los festejos de 1362 con sus diversas vertientes y, por último, puntualizaciones de tipo preferentemente filológico relacionadas con la edición del texto. El contenido de los cinco Apéndices resulta más misceláneo, yuxtaponiéndose una apretada visión de conjunto de la Alhambra, una audaz interpretación de la llamada Fachada de Comares, un estudio específico del manuscrito de Leiden a que antes nos referimos, un análisis

de la personalidad de Ibn al-Jatib y, finalmente, datos sobre epígrafes que hubo en la Alhambra o, con mayor probabilidad, en el Generalife, debidos a Yúsuf III (1400-1417) y a su poeta áulico Ibn Furkun.

De entre tantos temas de interés (algunos ya glosados anteriormente) queremos destacar dos cuestiones que entrañan sendas propuestas arriesgadas, pero muy sugerentes. La primera se refiere a la localización del mexuar de Mohámmed V, tan generosamente exaltado como hemos visto, no donde suele situarse hoy (al comienzo del recinto palatino), sino en la Sala de Dos Hermanas, cabe el Patio de los Leones, aunque construido años antes que éste. Quienes quieran conocer esta revolucionaria tesis deben leer el capítulo V de la Introducción; aquí solo recordaré que García Gómez aduce unos versos que según Ibn al-Jatib fueron grabados en el nuevo mexuar, sin duda enigmáticos, pero donde se alude a una norma coránica (que prohíbe desposarse con dos hermanas) con estas palabras:

«... en tiempos de un credo que prescribe no ver 'quien tenga juntas dos hermanas'».

La segunda propuesta requeriría comentarios muy extensos y exige, más todavía que

la anterior, acudir al libro de don Emilio para valorarla en todas sus dimensiones. Se comprenderá leyendo estas palabras suyas: «Hay una tesis mía, a la que dedico un apéndice muy largo, y en la que pongo mucho empeño... Abreviada al máximo, consiste en estas partes: la mal llamada 'Fachada de Comares', absurda donde está, no es más que la Puerta Principal de la Alhambra, que estuvo en el eje del Patio de los Arroyanos y fue trasladada al rincón en que se halla, cuando Carlos V metió allí una esquina de su palacio.» Ver pues, sobre todo, el Apéndice II, con las razones y testimonios documentales que aduce.

Una Alhambra «unitaria»

Hemos de poner punto final a esta recensión suscribiendo un juicio novedoso e importante de don Emilio García Gómez. El de que, frente a cuanto se ha dicho y escrito, la Alhambra musulmana, y fundamentalmente la de Mohámmed V, fue «una», sin «descuartizar». Su desmembramiento en «cuartos» (el de Comares, el de los Leones...) fue obra de los cristianos. Esta aseveración tal vez exija revisar manidos conceptos sobre el conjunto monumental. □

RESUMEN

Emilio García Gómez, que ya se había ocupado de la Alhambra, da a conocer un interesante texto del historiador, político y poeta musulmán Ibn al-Jatib, en el que describe una fiesta organizada por Mohámmed V en el recinto palatino nazarí, en 1362, para conmemorar el nacimiento de Mahoma. Con este motivo detalla las obras realizadas, sobre todo en el mexuar. El ilustre arabista estudia una serie de cuestiones relacionadas con el texto e incluye novedosas propuestas, a las que se refiere Pita Andrade.

Emilio García Gómez

Foco de antigua luz sobre la Alhambra desde un texto de Ibn al-Jatib en 1362

Instituto Egipcio de Estudios Islámicos, Madrid, 1988. 268 páginas. 2.120 pesetas.

El caso Stockhausen

Por Luis de Pablo

Luis de Pablo (Bilbao, 1930) estudió en Darmstadt y París con Max Deutsch. Es autor de cerca de un centenar de obras, como Portrait Imaginé y la ópera Kiu. Fundador de «Tiempo y Música», «Alea» y primer director del Centro para la Difusión de Música Contemporánea del Ministerio de Cultura. Ha sido profesor de análisis y técnicas contemporáneas de composición en Buffalo (Estados Unidos), Ottawa y Montreal (Canadá) y en el Conservatorio de Madrid.

En la colección de bolsillo «Laterza» ha aparecido esta entrevista con Karlheinz Stockhausen —Mödrath bei Köln, 1928—, hecha por la musicóloga y periodista Mya Tannenbaum, actualmente colaboradora de plantilla del «Corriere della Sera». Un libro de pequeño formato —como todos los de la colección—, pero que no tiene desperdicio.

Es ya obvio que Stockhausen es no sólo un enorme compositor, sino —en frase de Claude Rostand— «uno de los fenómenos artísticos más importantes de lo que va de siglo». Baste recordar que, entre otras cosas, su obra ha sido la primera en dotar de una estética válida al mundo electroacústico, y que en esa línea ha calado tan hondo que su presencia, consciente o no, sigue viva hasta en los diseños de los sintetizadores comerciales, con lo que su impacto va desde cualquier laboratorio del ramo hasta el último grupo rockero. Pero, claro, hay mucho más: Stockhausen ha traído un sinnúmero de técnicas compositivas nuevas y es, además, uno de los orígenes —sin duda no el único— de ese intento de cosmología musical, o música cosmológica —como se prefiera— que aspira a reflejar toda la conciencia humana sin ataduras a una cultura precisa: una música del hombre en perpetua lucha por expandir su conciencia incluso fuera del planeta. Hay quien podría calificar tal búsqueda de específicamente alemana y sería parcialmente cierto, pero también desagradablemente fácil. Porque habría que hablar también, y más justamente, del sufismo —Stockhausen ha reconocido su deuda con el gran maestro Hazrat Inayat Khan—, de la India, de ciertas culturas indoamericanas —mejicanas sobre todo—, del Tibet, que tan profunda huella ha dejado en obras como *Stimmung*, etc. El punto de partida de Stockhausen es posible que sea el alemán, pero es evidente —salvo para los que se empeñan en conservar criterios nacionalistas inamovibles— que su evolución le ha llevado a una postura sincrética generalizada, de la que su música es la mejor prueba. Stockhausen, se adivinará, es, además de un artista extraordinario, un personaje —las dos cosas no tienen por qué ir juntas—. Mya Tannenbaum subraya este segundo aspecto, sin olvidar por fortuna el primero.

Novedades importantes

El libro está dividido en los siguientes capítulos: 1. El caso Stockhausen; 2. Un perro en el concierto; 3. El oficio de compositor; 4. La acústica; 5. La misión Stockhausen; 6. Las opiniones de Stockhausen; 7. La forma y la «fórmula» Stockhausen; 8. Stockhausen al servicio de la música. Se termina con una cronología de la vida y obra del autor —resumida la primera— que se detiene en 1984.

El libro presenta alguna novedad importante respecto a otros anteriores parecidos —recuerdo el famoso de Jonathan Cott, de hace ya más de veinte años—. Por ejemplo, su aporte al mundo de la ópera. Se sabe que Stockhausen inició un vasto ciclo de óperas en 1977. Ciclo que, con el nombre de *Licht* —Luz—, durará una semana y cada una de las cuales tendrá el nombre del día correspondiente. La primera terminada, *Jueves*, fue estrenada el 15 de marzo de 1981 en la Scala de Milán.



ALBERTO URDIALES

El aporte de Stockhausen en ese terreno está siendo muy cuestionado: mientras pocos le discuten su calidad musical —aunque algunos tuerzan el gesto ante ciertos pasajes—, la mayoría le niega el pan y la sal en lo referente al texto y la teatralidad del espectáculo. Stockhausen lleva al respecto la misma táctica que en su día llevara con el rechazo levantado por su *Stimmung* en el ya lejano 1968: «mi música terminará por hacer callar a los lobos». Su seguridad en el camino emprendido parece ser absoluta. Y «criticando al crítico», afirma que su teatro viene de «fantasías de mi mundo interior», para las cuales pide la misma perfección y disciplina de actores que la del «Nô», el «Katakali» o la ópera de Pekín, ya que, a su juicio, los grandes divos son por definición pésimos actores, no comparables en nivel teatral y absoluta dedicación —desde la infancia, en una casta especial— a los ejemplos citados. Textualmente añade: «Mi teatro no es simbólico, ni histórico. No quiero rehacer el pasado, ni buscar aspectos sociales. No me interesan los reyes ni los barberos. Mi teatro cuenta una historia universal: la historia de la existencia humana, la única que me fascina y conmueve». Cita como ejemplo, no una ópera, sino una obra parateatral como *Sirius*, en la que, dice, el «Hombre» personifica la «tierra», el «norte», la «noche», el «invierno», la «semilla»; el «adolescente» lo hace con el «fuego», el «este», la «mañana», la «primavera», etc. Se observará que esta idea es casi la misma encontrable en la mayoría de las culturas antiguas, incluida la nuestra —el recuerdo de los estudios de Kurt Sachs o Marius Schneider es inevitable—. Esta mezcla de lo arquetípico-prototípico y la técnica más avanzada es la entraña misma del pensamiento y creación stockhausenianos.

Dentro de esta técnica avanzada, Stockhausen ofrece unas reflexiones interesantísimas sobre la amplificación y espacialización del sonido como factor no sólo de forma para la música actual, sino incluso para la relectura de la del pasado, llegando a explicar —al menos en parte— la crisis general de la cuerda en Occidente como síntoma de lo insostenible para la sensibilidad de hoy el que un grupo de hombres toquen todos lo mismo. O sea, viendo en ese hecho una contradicción y un desperdicio de potencialidades humanas, en lucha, con inmenso trabajo, por lograr una verdadera individualidad rica, que el hombre actual tiene que conseguir como su tarea más urgente si no quiere perderse por tiempo indefinido. La técnica, rectamente entendida, debiera estar para eso, y de hecho lo posibilita; otra cosa es que lo emplee.

Respecto de otros libros anteriores análogos, hay una ausencia provocativa y un neto cambio de opinión. La ausencia: no se habla, como tantas otras veces, de la catástrofe que, a juicio de Stockhausen, el mundo ha de pasar —una guerra total, sin duda—, y en la que el género humano superviviente, drásticamente reducido su número, se encontrase con el ineludible deber de basar su vida en una espiritualidad mayor para la que él, nos afirmaba, estaba —con otros— preparando el material de base. Es aventurado pronunciarse sobre si sigue siendo ésta su visión o, simplemente, le ha dejado de interesar o la da por sabida.

Modelo de orquestación

El cambio de opinión se refiere a su juicio sobre la música de consumo. Recuerdo cómo, a principio de los sesenta, Stockhausen daba como modelo de orquestación algunos ejemplos sacados de los grupos rock más avanzados de entonces —no hay que olvidar que en la portada del disco de los «Beatles», «Sargent Pepper's lonely heart» figuraba la cabeza de Stockhausen en el «collage» de sus «santos patronos», junto con John Cage, Wagner, Fred Astaire, Edgar Allan Poe, Stan Laurel, Oliver Hardy y qué sé yo cuántos más—. Esas veleidades parecen haber pasado, y cuando Stockhausen habla de música, lo hace subrayando enfáticamente la importancia del grado de complejidad —una reflexión por otra parte común hoy—, reflejo del esfuerzo del hombre por conseguir cotas cada vez más altas de conciencia. Dice: «Ciertos aspectos del arte y de la vida están sólo al alcance de unos pocos y está bien que así sea. Los otros deberán merecerlo. Es una cuestión de madurez» —comentario mío al mar-

gen: obviamente Stockhausen no habla de nivel económico: sobre eso ha sido siempre muy claro—. Sigue Stockhausen: «No sé la duración de este camino, si será cuestión de siglos, decenios o días... La música de nuestro momento, la que practico y amo, ha llegado al grado más alto de nuestra evolución. Los que defienden el rock se han desarrollado sólo hasta el nivel del rock. Y así sucede con todo. Pero para comprender una obra como *Sirius* hace falta estar al nivel de *Sirius*, o sea un nivel muy alto...»

El libro toca, además, otros temas igualmente importantes: el nacimiento y situación de la música del presente, la tiranía del consumismo y su incidencia en la creación, la enseñanza de la composición, etc. Todos tratados con el mismo espíritu radical y de intranigente perfeccionismo ególatra característico del autor. Pero no se vea en lo que digo deseo alguno de invalidar sus opiniones por un juicio moral fuera de lugar. En mi opinión, los análisis que Stockhausen hace son, en general, perfectamente justos y sólo pueden resultar un tanto chocantes por lo egocéntricos. Pero, repito, el venir apoyados en la conciencia abrumadora del propio valor no los invalida en absoluto —de ser así, ¿qué haríamos con Unamuno?—, aunque pueda ser discutible su buen gusto, sobre todo en un ambiente como el nuestro, de frecuente cautela, hija de la mediocridad ignorante.

Y puesto que hablo de nuestro ambiente, no deja de ser asombroso el abandono de la música de Stockhausen entre nosotros desde que *Alea* dejase de presentar sus obras regularmente (1973). Con tales —y tantas otras— carencias no resulta fácil crear una formación verdadera de la escucha. ¿Habrá que dar por perdida la batalla por una colectividad española musicalmente equilibrada y viva? □

RESUMEN

Para muchos críticos, el compositor Karlheinz Stockhausen es «uno de los fenómenos artísticos más importantes de lo que va de siglo». Un libro-entrevista, publicado originalmente en Italia, le da oportunidad a Luis de Pablo para resaltar la importancia que tiene

esta figura no sólo en la música electroacústica, sino en toda la música contemporánea. El libro, además, respecto a otros similares ya aparecidos, ofrece la novedad de ocuparse de todo lo que este músico alemán está realizando en el campo operístico.

Mya Tannenbaum

Stockhausen, entrevista sul genio musicale

Laterza, Roma-Bari, 1985. 153 páginas. 12.000 liras.

Inicio de colaboración científica europea

Por Ramón Pascual

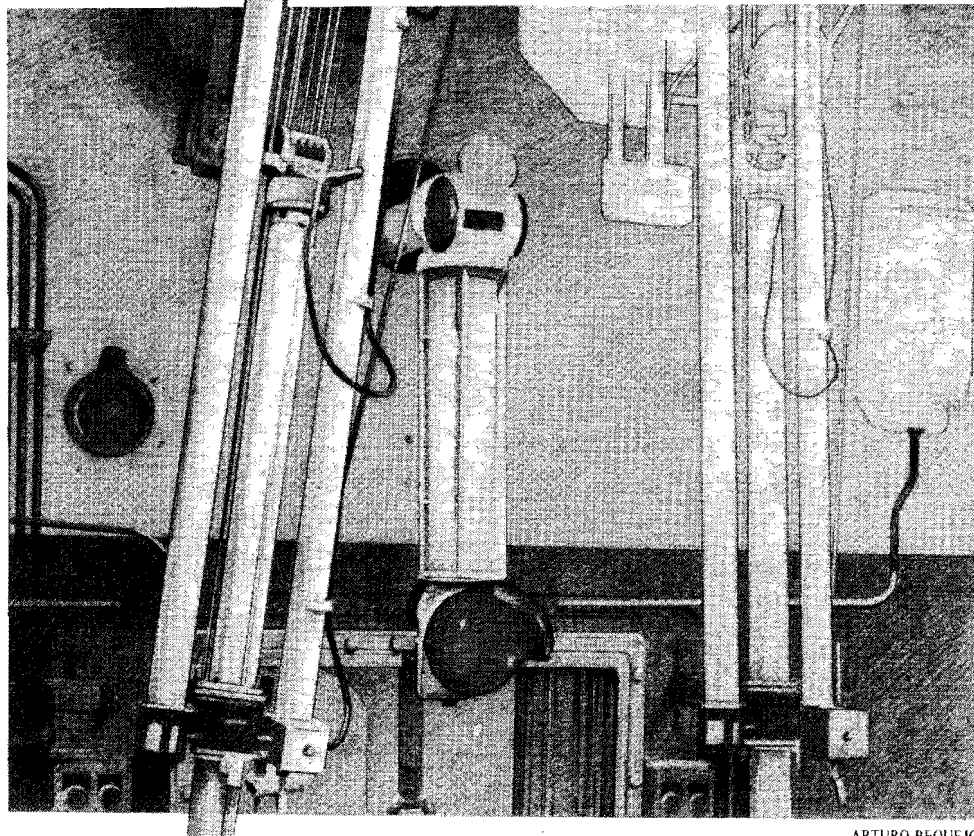
Ramón Pascual (Barcelona, 1942) es catedrático de Física Teórica de la Universidad Autónoma de Barcelona y rector de la misma. Ha sido profesor en las universidades de Valencia, Complutense de Madrid, Zaragoza y Autónoma de Madrid, así como investigador de la JEN (Madrid), del ICTP (Trieste), del CERN (Ginebra), de Orsay (París) y del Rutherford Laboratory (Oxford).

Es difícil dilucidar dónde acaba el periodismo y dónde empieza la historia. Se trata de algo sobre lo que se ha vertido bastante tinta y que tiene fronteras poco definidas. Por un lado parece difícil querer hacer historia de acontecimientos recientes, mientras que lo que ya tiene unos años no suele ser objeto del trabajo de los periodistas. Así, muchas veces queda un período del pasado inmediato sin estudiar, dependiente sólo de la memoria de los protagonistas, normalmente poco objetiva y que se pierde transcurridos quince o veinte años, y de los papeles y documentos que, si no desaparecen, tampoco nadie desentierra. El libro que es objeto de este comentario se inscribe en este marco al tratar desde un punto de vista histórico el nacimiento del CERN, el Laboratorio Europeo de Física de Partículas, ubicado en Ginebra, cuyas siglas corresponden a las iniciales francesas de su primer nombre: «Convention Européenne pour la Recherche Nucléaire».

La idea de tratar desde el punto de vista histórico el nacimiento del CERN no era nueva, y aunque habían existido ya algunos trabajos previos, no se materializó hasta el año 1982 al aprobarse un proyecto encargado al profesor de Historia de la Ciencia y la Tecnología de la Universidad de Stuttgart, Armin Hermann. El proyecto contemplaba una historia en dos volúmenes que relatará todo el complejo nacimiento del CERN y los diez primeros años de su existencia. El primer volumen, que ha visto recientemente la luz, parte de la situación de la física de «altas energías» de los años cuarenta, que entonces era la física nuclear y la física de los rayos cósmicos, y recoge todas las vicisitudes hasta octubre de 1954 cuando, tras la ratificación de la Convención por parte de Noruega, tuvo lugar la primera sesión del recién nacido Consejo Europeo para la Investigación Nuclear.

El interés de conocer con un cierto detalle cómo fue posible que los países de la Europa de la postguerra se lanzaran a un proyecto como el que nos ocupa, sobrepasa el ámbito de los especialistas en física de partículas elementales y de los científicos en general, pues se trata de una pieza más de la reconstrucción de una Europa flagelada por la guerra y de uno de los eslabones importantes del camino hacia la construcción de una Comunidad Europea que va incluso más allá de la estricta Europa Comunitaria al contar incluso con países como Suiza, Austria, Noruega, Suecia e incluso, en su momento inicial, Yugoslavia.

Es bien sabido que la Europa de la postguerra se encontraba en una situación difícil en la que algunas voces empezaban a proclamar la conveniencia de algunas formas de colaboración y aparecían los primeros movi-



ARTURO REQUEJO

mientos europeistas, mientras que se aceptaba el Plan Marshall. Conviene recordar también que Europa científicamente estaba por reconstruir, mientras que la Unión Soviética y, sobre todo, los Estados Unidos, gozaban de una ciencia que florecía tras la reconducción de su potencial dedicado a la construcción de las bombas nucleares. Después de descubrirse el muón, el pión y alguna otra partícula elemental en los rayos cósmicos, los Estados Unidos iniciaban el camino de la llamada «big science» al establecer el Laboratorio Nacional de Brookhaven en 1946 y al aprobar el proyecto de construcción del acelerador de partículas conocido como Cosmotrón, de tres Giga-electronvolt (GeV) de energía, que empezaría a funcionar en Brookhaven en 1952, y el del Bevatrón de Berkeley de seis GeV, que entraría en funcionamiento en 1954. En Europa tan sólo Gran Bretaña gozaba de un cierto nivel científico en el campo que nos ocupa, que se materializó en el reactor nuclear experimental de Harwell. No fue hasta 1949, que se estructuró la OTAN, y no fue hasta 1950 que Schuman propuso un primer proyecto de colaboración netamente europeo que cristalizó un año más tarde con el establecimiento de la Comunidad Europea del Carbón y del Acero.

Primer intento serio

Es en este ambiente en el que se desarrollaron los primeros esfuerzos por emprender alguna colaboración científica que permitiera a los países europeos un cierto nivel de competitividad. El primer intento serio se planteó en la Conferencia Cultural Europea que se reunió en Lausanne en 1949 y en la V Asamblea General de la UNESCO que tuvo lugar en Florencia en junio de 1950, y en la que Isi-

ador I. Rabi propuso la creación de un centro europeo que pudiera albergar algún tipo de acelerador. Es a partir de estas iniciativas aún muy poco definidas, en las que se barajaron posibilidades tan dispares que iban desde una simple coordinación al establecimiento de un verdadero laboratorio europeo, o desde la construcción de un reactor nuclear a un acelerador de partículas, desde donde se empezaron a movilizar algunos científicos y políticos europeos, entre los que hay que mencionar a Perrin, Auger, Amaldi, Kramers, Kowarski, de Rose, Colonnetti, de Rougemont, Dautry...

No vamos aquí a relatar los detalles, los avances y los retrocesos del proyecto, los acuerdos y los desacuerdos entre los científicos y entre los políticos. Como muestra de las dificultades que hubo que vencer voy a transcribir el título del acuerdo alcanzado en la conferencia de Ginebra de febrero de 1952: «Acuerdo de Constitución de un Consejo de Representantes de Estados Europeos para Planificar un Laboratorio Internacional y Organizar Otras Formas de Cooperación en Investigación Nuclear.» La extensión del título da idea de la cantidad de intereses, matices, tensiones y puntos de vista contrapuestos que existían entre los impulsores. A pesar de ello, la voluntad de los científicos de reforzar la ciencia europea y la de los políticos de avanzar en la unidad de Europa posibilitaron que una idea muy indefinida se convirtiera en algo muy concreto, hasta llegar a un Acuerdo de la UNESCO en 1952 que, a lo largo de seis sesiones de su Consejo, fue definiendo sus características, sus siglas, su localización en Ginebra..., hasta la firma de la Convención en julio de 1953. En octubre de 1954, tras la novena sesión del Consejo Provisional, dicha firma ya había sido ratificada por los trece países, con lo que finalizaba la etapa provisional del CERN y se daba paso al CERN definitivo.

Poco debían poder pensar los iniciadores del proyecto, aquella mezcla compleja y exitosa de políticos y científicos, que unos treinta años más tarde las tierras que se empezaban a remover junto al aeropuerto de Ginebra se convertirían en uno de los más importantes laboratorios mundiales de la física de altas energías, sólo comparable en algunos aspectos con un par de equivalentes norteamericanos, y en el que se han realizado los últimos grandes descubrimientos de la especialidad. Tampoco debían imaginar que de aquellos primeros aceleradores se pasaría al actual SPS, cuyo túnel tiene una longitud de unos

siete kilómetros, o al LEP, que cuando esté acabado antes de dos años permitirá a electrones y positrones circular por un túnel de más de 20 kilómetros de longitud. Ni debían imaginar que del modesto presupuesto inicial de 200.000 dólares se pasaría al actual, de más de 700 millones de francos suizos.

La importancia del CERN también radica en haber servido de modelo para otras iniciativas del mismo género. No es casualidad que sus primeros pasos fueran imitados por los impulsores de algunas otras iniciativas científicas europeas, tal como es el caso de la actual Agencia Europea del Espacio (ESA), o de la Organización Europea de Biología Molecular (EMBO), que incluso se ubicó inicialmente en el mismo CERN. Constituida ya la Comunidad Económica Europea, el CERN también le sirvió de modelo en alguna de sus iniciativas más importantes, como la del establecimiento del centro de fusión nuclear, el Joint European Torus (JET) que, situado cerca de Oxford, supone el mayor esfuerzo europeo en dicho campo científico.

Ausencia española

Al ir avanzando por las páginas del libro uno observa con cierta nostalgia la ausencia de toda referencia a España. En el índice onomástico sólo aparece un científico español, Rafael Armenteros, un exiliado. Mientras los demás países europeos intentaban recuperar el tiempo perdido y poner su capacidad de investigación a pleno rendimiento, razones bien conocidas nos hacían permanecer totalmente apartados de aquellas iniciativas. Conviene sin embargo recordar cuáles han sido las relaciones de España con el CERN hasta llegar a la satisfactoria situación actual. Después de la guerra civil los mejores físicos de las universidades españolas tomaron el camino del exilio, y así nos encontramos que en los años cincuenta en nuestras aulas no se explicaban aún los grandes avances de la física de los inicios de siglo. Si no se explicaba la relatividad y la mecánica cuántica, ¿cómo se podía pensar en ninguna línea de investigación en física moderna?

Probablemente sería interesante que alguien intentara historiar, a partir de bases más sólidas, las grandes líneas que voy a apuntar aquí. El hecho es que a iniciativa de los directores de la Junta de Energía Nuclear, España ingresó en el CERN en el año 1961. Aunque en aquel momento la rentabilidad científica de nuestro ingreso era muy reducida, a raíz del ingreso empezaron a iniciarse algunos pequeños grupos de investigadores en el campo de la física de las partículas elementales, primeramente en aspectos teóricos y más adelante también en aspectos experimentales. Los nombres de Otero Navascués, Durán y Sánchez del Río van ligados a aquella etapa que duró hasta 1968, cuando, tras una depreciación del cambio de la peseta y justo cuando España empezaba a recoger algunos frutos de nuestra permanencia en el CERN, España decidió retirarse. Sin embargo, los lazos científicos y personales que se habían creado se mantuvieron, y gracias a la presión ejercida por la comunidad de científicos relacionados con el CERN, a la buena disposición de los países miembros y a la clara visión del Gobierno y de todos los grupos de la oposición, España pudo reingresar en condiciones aceptables en 1984 como país de pleno derecho. □

En el próximo número

Artículos de J. J. Martín González, Miguel Artola, Antonio Domínguez Ortiz, Gonzalo Sobejano, Francisco Tomás y Valiente, Emilio Lledó y José Ferrater Mora.

RESUMEN

El profesor Ramón Pascual señala en su artículo los pasos que dieron los países europeos tras la segunda guerra mundial para unirse en el tema de la investigación nuclear. La creación del CERN, el Laboratorio Europeo de Física de Partículas, de cuyo

nacimiento y de su puesta en marcha trata el volumen comentado, supuso el inicio de la colaboración científica europea, no siempre fácil desde el momento en que científicos y políticos han diferido en ocasiones en sus planteamientos.

A. Hermann, J. Krige, U. Mersits y D. Pestre

History of CERN

Vol. I, Elsevier Science Publishing B. V., North-Holland, Amsterdam, 1987. 600 páginas.

ARQUITECTURA

- ALVAR, Manuel
«Sobre arquitectura popular», sobre el libro *Arquitectura popular española*, de Carlos Flores. N.º 18. Octubre. Págs. 10-11.
- FERNANDEZ ALBA, Antonio
«Le Corbusier en su centenario», sobre *Le Corbusier: Ideas y formas*, de William J. R. Curtis, y *Le Corbusier*, de Willy Boesiger. N.º 14. Abril. Págs. 6-7.

ARTE

- AZCARATE, José María de
«Arte mudéjar aragonés», sobre *Arte mudéjar aragonés*, de Gonzalo M. Borrás Gualis. N.º 15. Mayo. Págs. 8-9.
- GALLEGO, Julián
«Un embajador del Barroco en París», sobre *Diario del viaje del caballero Bernini a Francia*, de Paul Fréart de Chantelou. N.º 13. Marzo. Págs. 10-11.
- «Descubrimiento de la iconología», sobre *Iconología*, de Cesare Ripa. N.º 18. Octubre. Págs. 1-2.
- GARCIA-SABELL, Domingo
«Los dibujos eróticos de Rodin», sobre *Rodin. Dessins érotiques*, de Philippe Sollers y Alain Kirili. N.º 16. Junio-julio. Págs. 4-5.
- MARTIN GONZALEZ, Juan José
«Los Borbones y el gobierno de las artes», sobre *L'art de Cour dans l'Espagne des Lumières. 1746-1808*, de Yves Bottineau. N.º 12. Febrero. Págs. 6-7.
- PITA ANDRADE, José Manuel
«Nueva imagen de nuestro Renacimiento», sobre *La arquitectura del Renacimiento en Toledo (1541-1631)*, de Fernando Marias. N.º 11. Enero. Págs. 10-11.
- «Nuevas luces sobre la Alhambra», sobre *Foco de antigua luz sobre la Alhambra desde un texto de Ibn al-Jatib en 1362*, de Emilio García Gómez. N.º 20. Diciembre. Págs. 8-9.

BIOLOGIA

- GARCIA OLMEDO, Francisco
«Biología molecular del gen», sobre *Molecular Biology of the Gene*, de J. D. Watson, N. H. Hopkins, J. W. Roberts, J. A. Bietz y A. M. Weiner, y *ADN recombinante. Introducción a la ingeniería genética*, de J. D. Watson, J. Tooze y D. T. Kurtz. N.º 12. Febrero. Págs. 1-2.
- PERUCHO, Manuel
«Mente material, materia mental», sobre *Mind from matter? An essay on evolutionary epistemology*, de Max Delbrück. N.º 15. Mayo. Págs. 10-11.

CIENCIA

- GODED, Federico
«La caja de Pandora nuclear», sobre *The Making of the Atomic Bomb*, de Richard Rhodes. N.º 17. Agosto-septiembre. Págs. 8-9.
- SOLS, Alberto
«Descubrimientos y descubridores», sobre *Los descubridores*, de Daniel J. Boorstin. N.º 14. Abril. Pág. 12.

DERECHO

- DIAZ, Elías
«Iluminismo crítico y sociología del Derecho», sobre *Sociología del diritto. Origini, ricerche, problemi*, de Renato Treves. N.º 12. Febrero. Pág. 12.
- GARCIA DE ENTERRIA, Eduardo
«El debate sobre la independencia judicial», sobre *Judicial Independence: the Contemporary Debate*, de Shimon Shetreet y Jules Deschènes (eds.). N.º 13. Marzo. Pág. 12.
- RUBIO LLORENTE, Francisco
«Constitución y Derechos Fundamentales», sobre *Theorie der Grundrechte*, de Robert Alexy. N.º 16. Junio-julio. Págs. 8-9.

ECONOMIA

- GARCIA DIEZ, Juan Antonio
«Un economista al alcance de todos», sobre *A History of Economics. The Past as the Present*, de John K. Galbraith. N.º 15. Mayo. Pág. 3.
- TORTELLA, Gabriel
«El presente como historia económica», sobre *La economía española en el siglo XX. Una perspectiva histórica*, de Jordi Nadal, Albert Carreras y Carles Sudrià (compiladores). N.º 17. Septiembre. Págs. 4-5.

FILOLOGIA

- ALVAR, Manuel
«Andrés Bello, desde hoy», sobre *Andrés Bello: Historia de una vida y de una obra*, de Fernando Murillo Rubiera. N.º 12. Febrero. Págs. 4-5.
- BADIA I MARGARIT, Antoni M.
«La obra de Alfonso X el Sabio», sobre *Alfonso X el Sabio y la lingüística de su tiempo*, de Hans-J. Niederehe. N.º 12. Febrero. Pág. 3.
- «El interés por las palabras», sobre *Panorama de la lexicografía catalana*, de Germà Colon y Amadeu-J. Soberanas. N.º 20. Diciembre. Pág. 3.
- LORENZO, Emilio
«Una autoridad lexicográfica», sobre *Estudios de lexicografía española y Diccionario de dudas y dificultades de la lengua española*, de Manuel Seco. N.º 16. Junio-julio. Pág. 3.

FILOSOFIA

- FERRATER MORA, José
«La Tierra y el tiempo», sobre *Time's Arrow. Time's Cycle: Myth and Metaphor in the Discovery of Geological Time*, de Stephen Jay Gould. N.º 13. Marzo. Pág. 3.
- LOPEZ ARANGUREN, José Luis
«Semiótica y hermenéutica de la narración», sobre *El discurso histórico*, de Jorge Lozano, y *Tiempo y narración*, de Paul Ricoeur. N.º 14. Abril. Págs. 8-9.
- MUGUERZA, Javier
«Un libro en busca de identidad», sobre *Análisis de la identidad*, de Javier Echeverría. N.º 12. Febrero. Págs. 8-9.
- PINILLOS, José Luis
«Muerte y transfiguración de lo moderno», sobre *El fin de la modernidad. Nihilismo y hermenéutica en la cultura posmoderna*, de Gianni Vattimo. N.º 11. Enero. Págs. 8-9.
- RODRIGUEZ ADRADOS, Francisco
«Cara y cruz de los sofistas», sobre *Les grands sophistes dans l'Athènes de Pericles*, de Jacqueline de Romilly. N.º 20. Diciembre. Págs. 6-7.
- VALVERDE, José María
«Fascinación de Walter Benjamin», sobre *Dirección única, Diario de Moscú, El Berlín demoníaco y Correspondencia 1933-1940*, de Walter Benjamin. N.º 19. Noviembre. Págs. 1-2.

FISICA

- GALINDO, Alberto
«El gran dragón de humo», sobre *El debate de la teoría cuántica*, de Franco Selleri. N.º 15. Mayo. Pág. 12.
- GARCIA DONCEL, Manuel
«La conquista del mundo subatómico», sobre *Inward Bound: Of matter and Forces in the Physical World*, de Abraham Pais. N.º 16. Junio-julio. Págs. 10-11.
- PASCUAL, Ramón
«Los electrones, los átomos y los núcleos», sobre *Partículas subatómicas*, de Steven Weinberg. N.º 11. Enero. Pág. 12.
- «Inicio de colaboración científica europea», sobre *History of CERN*, de A. Hermann, J. Krige, U. Mersits y D. Pestre. N.º 20. Diciembre. Pág. 11.
- SANCHEZ DEL RIO, Carlos
«Física a lo grande», sobre *The Particle Explosion*, de Frank Close, Michael Marten y Christine Sutton. N.º 17. Agosto-septiembre. Pág. 12.

HISTORIA

- ARTOLA, Miguel
«Lerroux y Cataluña», sobre *El republicanismo lerrouxista a Catalunya (1901-1923)*, de Joan B. Culla i Clarà. N.º 11. Enero. Págs. 1-2.
- DOMINGUEZ ORTIZ, Antonio
«Masonería española, un secreto desvelado», sobre *La Masonería en la crisis española del siglo XX*, de María Dolores Gómez Molleda. N.º 11. Enero. Pág. 3.
- JOVER, José María
«El retorno de Luis Vives», sobre *Erasmus in Hispania, Vives in Belgio*, de Jozef Ijsewijn y Angel Losada (eds.). N.º 16. Junio-julio. Págs. 6-7.
- PALACIO ATARD, Vicente
«Angel Herrera: un hombre para la historia», sobre *El pensamiento de Herrera. Antología política y social, y Conversaciones sobre Angel Herrera*, de José María García Escudero. N.º 19. Noviembre. Pág. 3.
- SECO SERRANO, Carlos
«Un diálogo entre Pétain y Francia», sobre *Pétain*, de Marc Ferro. N.º 20. Diciembre. Págs. 1-2.
- TOMAS Y VALIENTE, Francisco
«Carande y los banqueros de Carlos V», sobre *Carlos V y sus banqueros*, de Ramón Carande. N.º 15. Mayo. Págs. 1-2.

LITERATURA

- CARBALLO CALERO, Ricardo
«Doce poetas gallegos», sobre *Desde a palabra, doce voces: nova poesía galega*, de Luciano Rodríguez Gómez (antólogo). N.º 11. Enero. Págs. 4-5.
- GULLON, Ricardo
«Juan Ramón, el muchacho despatriado», sobre *El muchacho despatriado. Juan Ramón Jiménez en Francia (1901)*, de Ignacio Prat. N.º 11. Enero. Págs. 6-7.
- «Fragmentos de Ezra Pound», sobre *Pound as Wuz. Essays and Lectures on Ezra Pound*, de James Laughlin. N.º 20. Diciembre. Págs. 4-5.
- LAPESA, Rafael
«El mundo de la antigua lírica popular hispánica», sobre *Corpus de la antigua lírica popular hispánica*, de Margit Frenk. N.º 19. Noviembre. Págs. 4-5.
- MARTINEZ CACHERO, José María
«El cuento de nunca acabar», sobre *Cuento español de posguerra (antología)*, de autores varios. N.º 18. Octubre. Pág. 3.
- MARTINEZ MONTAVEZ, Pedro
«Islam y literatura árabe, hoy», sobre *L'Islam en questions. Vingt-quatre écrivains arabes répondent*, de Luc Barbulesco y Philippe Cardinal. N.º 17. Agosto-septiembre. Págs. 6-7.
- RODRIGUEZ ADRADOS, Francisco
«Aquiles, modelo de héroe trágico», sobre *Achilles. Paradigms of the war hero from Homer to the Middle Ages*, de Katherine Callen King. N.º 14. Abril. Págs. 1-2.

- SOBEJANO, Gonzalo
«Veinte novelas españolas de cinco siglos», sobre *Der spanische Roman vom Mittelalter bis zur Gegenwart*, de Volker Roloff y Harald Watzlaff-Eggebert (eds.). N.º 15. Mayo. Págs. 6-7.
- YNDURAIN, Francisco
«Ramón cumple cien años», sobre *El libro mudo (secretos)*, de Ramón Gómez de la Serna. N.º 15. Mayo. Págs. 4-5.
- ZAMORA VICENTE, Alonso
«Platero vuelve al camino», sobre *Platero y yo*, de Juan Ramón Jiménez. N.º 13. Marzo. Págs. 8-9.

MATEMATICAS

- GUZMAN, Miguel de
«La matematización de la cultura», sobre *Descartes'Dream. The World According to Mathematics*, de Philip J. Davis y Reuben Hersh. N.º 16. Junio-julio. Pág. 12.
- RIOS, Sixto
«Juegos, conflictos y negociaciones», sobre *Analysing conflict and its resolution*, de P. G. Bennet. N.º 19. Noviembre. Pág. 12.

MUSICA

- PABLO, Luis de
«El caso Stockhausen», sobre *Stockhausen, entrevista sul genio musical*, de Mya Tannenbaum. N.º 20. Diciembre. Pág. 10.
- PRIETO, Claudio
«Federico Mompou, historia de una vida», sobre *Federico Mompou. Vida, textos y documentos*, de Clara Janés. N.º 14. Abril. Pág. 3.
- QUEROL, Miguel
«Ravel visto por un musicólogo español», sobre *La estética musical de Ravel*, de Mariano Pérez Gutiérrez. N.º 13. Marzo. Págs. 6-7.
- «Carlos Patiño, un compositor barroco», sobre *Carlos Patiño (1600-1675). Obras musicales recopiladas*, de Lothar G. Siemens. N.º 18. Octubre. Págs. 4-5.
- SOPEÑA, Federico
«Mahler, más acá y más allá de la moda», sobre *Mahler*, de T. W. Adorno. N.º 16. Junio-julio. Págs. 1-2.

NUTRICION

- VILARDELL, Francisco
«La ciencia en la cocina», sobre *On Food and Cooking. The Science and Lore of the Kitchen*, de Harold McGee. N.º 14. Abril. Págs. 10-11.

POLITICA

- AYALA, Francisco
«Por la senda de Dios», sobre *El Islam*, de Daniel Pipes. N.º 14. Abril. Págs. 4-5.
- BRUNNER, Guido
«Bismarck, el individuo como factor histórico», sobre *Bismarck*, de Ernst Engelberg. N.º 17. Agosto-septiembre. Págs. 1-2.
- CALVO-SOTELO, Leopoldo
«Las confesiones de un ex presidente», sobre *Le Pouvoir et la Vie*, de Valéry Giscard d'Estaing. N.º 18. Octubre. Págs. 6-7.
- CEBRIAN, Juan Luis
«Europa, un debate pendiente», sobre *Penser l'Europe*, de Edgar Morin. N.º 17. Agosto-septiembre. Pág. 3.
- DIAZ, Elías
«Tierno Galván, libertario y socialista», sobre *Tierno Galván y otros precursores políticos*, de Raúl Morodo. N.º 19. Noviembre. Págs. 6-7.
- HERRERO R. DE MIÑON, Miguel
«La disuasión selectiva», sobre *Discriminate deterrence*, de Fred C. Ikle y Albert Wohlstetter. N.º 19. Noviembre. Págs. 8-9.
- MORAN, Fernando
«La revolución de Gorbachev», sobre *Perestroika*, de Mikhael Gorbachev. N.º 18. Octubre. Págs. 8-9.

QUIMICA

- GONZALEZ, Antonio
«Los productos naturales y la Biotecnología», sobre *Primary and Secondary Metabolism of Plant Cell Cultures*, de K.-H. Newman, W. Barz y E. Reinhard (eds.). N.º 13. Marzo. Págs. 1-2.

RELIGION

- GONZALEZ DE CARDEDAL, Olegario
«Dios entre la ética y la estética», sobre *Gloria. Una estética teológica, Theodramatik y Theologik*, de Hans Urs von Balthasar. N.º 12. Febrero. Págs. 10-11.
- «El Cristo de los filósofos», sobre *La Christologie idéaliste*, de Xavier Tilliette. N.º 19. Noviembre. Págs. 10-11.
- MARIAS, Julián
«Panorama de las religiones», sobre *Diccionario de las religiones*, del Cardenal Paul Poupard (director). N.º 18. Octubre. Pág. 12.

TECNOLOGIA

- GARCIA SANTESMASES, José
«Robótica», sobre *Robotics: Control, Sensing, Vision and Intelligence*, de K. S. Fu, R. C. González y C. S. G. Lee. N.º 17. Agosto-septiembre. Págs. 10-11.
- RIOS, Sixto
«Ciencia estadística e inteligencia artificial», sobre *Artificial Intelligence with Statistical Pattern Recognition*, de E. A. Patrick y J. M. Fattu. N.º 13. Marzo. Págs. 4-5.